

Obras  
1

Albert

Camus

Alianza Tres

## Obras incluidas en este volumen:

EL REVÉS Y EL DERECHO  
 NUPCIAS  
 EL EXTRANJERO  
 EL MITO DE SÍSIFO  
 CALÍGULA  
 CARNETS, I

Pocas veces el conflicto entre vida y obra ha sido tan dramático como en el caso de ALBERT CAMUS (1913-1960). Un conflicto dramático en un mundo dramático –el centro de un siglo considerado el más cruel de la Historia– ante el que nunca perdió la cara. Por ello, el paso del tiempo sobre su vida y su obra es ahora más interesante que nunca. Su vida, que reunió la ejemplaridad del héroe y la honestidad del hombre civil, ha salido indemne de los malentendidos y las malas intenciones con que fue atacada, e indemne incluso de sus vacilaciones en los momentos más difíciles. Su obra literaria, la que estuvo a punto de sacrificar a su vida de hombre comprometido, ha ido mostrando calidades nuevas, creciendo siempre, convirtiéndose en un punto de referencia imprescindible



283 Albert Camus Obras, I

Obras  
1Albert  
Camus

Alianza Tres

para la comprensión del siglo xx. En esta edición de las OBRAS de Albert Camus está todo su autor, desde el articulista combativo, penetrante, insobornable, hasta el pensador de los graves problemas de nuestro tiempo: desde el hombre que anota en sus diarios su vida y el germen de todas sus ideas, literarias y filosóficas, hasta el viajero y conferenciante: desde el creador de símbolos literarios que quedan unidos a este siglo ("El extranjero", "La peste"), hasta el hombre de teatro cuyas obras se continúan representando en el mundo entero hoy como ayer. La vida y la obra –las dos– de Albert Camus (Premio Nobel de Literatura en 1957) es lo que, finalmente, el lector hallará en estas "Obras", reunidas de manera cronológica en torno a las grandes etapas de su evolución. Es el tiempo el que nos lo devuelve convertido en nuestro contemporáneo en un momento en que la crisis de valores artísticos, sociales y políticos sacude a un mundo a punto ya de entrar en un nuevo siglo.

Cubierta: Angel Uriarte

Fotografías: Cédida por Catherine Camus

(Archivo familia Camus)

© René Saint-Paul

© Cartier-Bresson II, MAGNUM PHOTOS

© PHOTO IZIS

© Agence de Presse BERNARD

Albert Camus

*Obras, 1*

*El revés y el derecho*

*Nupcias*

*El extranjero*

*El mito de Sísifo*

*Calígula*

*Carnets, 1*

Edición de José María Guelbenzu

Alianza Editorial



Primera edición en «Alianza Tres»: 1996 (febrero)  
Primera reimpresión en «Alianza Tres»: 1996 (junio)

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Éditions Gallimard, 1942 (L'Etranger, Le Mythe de Sisyphe),  
1944 (Caligula), 1950 (Noces), 1958 (L'Envers et L'Endroit),  
1962 (Carnets, 1)

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2013  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef 91 393 88 88

ISBN: 84-206-3283-X (T. 1)

ISBN: 84-206-3299-6 (O. C.)

Depósito legal: M. 20.785-1996

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa  
Paracuellos de Jarama (Madrid)

Printed in Spain

## Índice

i	Prólogo, por José María Guelbenzu
9	EL REVÉS Y EL DERECHO
13	Prefacio
25	La ironía
35	Entre sí y no
45	Con la muerte en el alma
57	Amor a la vida
63	El revés y el derecho
67	NUPCIAS
71	Nupcias en Tipasa
79	El viento de Djemila
87	El verano en Argel
99	El desierto
111	EL EXTRANJERO
113	Primera parte
159	Segunda parte
207	EL MITO DE SÍSIFO
211	Un razonamiento absurdo
214	Lo absurdo y el suicidio
221	Los muros absurdos
237	El suicidio filosófico
256	La libertad absurda

269	El hombre absurdo
274	El donjuanismo
281	La comedia
288	La conquista
297	La creación absurda
299	Filosofía y novela
309	Kirilov
317	La creación sin mañana
323	El mito de Sísifo
331	<i>Apéndice.</i> La esperanza y lo absurdo en la obra de Franz Kafka
347	CALÍGULA
351	Acto I
375	Acto II
403	Acto III
423	Acto IV
449	CARNETS, 1
451	Cuaderno I
495	Cuaderno II
543	Cuaderno III

## Prólogo

La presente edición de las Obras de Albert Camus en lengua española reúne, en varios volúmenes, todas las obras publicadas del autor, exceptuando algunas de ellas por las siguientes razones: 1. Porque se trata de las adaptaciones teatrales de textos de otros autores (como es el caso de *Les esprits*, de Pierre de Larivey, *La dévotion à la croix*, de Calderón de la Barca, *Un cas intéressant*, de Dino Buzzati, y *Le chevalier d'Olmedo*, de Lope de Vega), de indudable interés para el lector francés, pero mucho menor para el español. 2. Porque responden a la ingente labor de articulista del autor —distinta de la reunida en los tres volúmenes de *Actuelles*—, necesariamente vinculada a las circunstancias de actualidad del momento, y requerirían un extenso y agobiante aparato de notas explicativas de dificultosa lectura. Y 3. Porque su inclusión respondería más al sentido de una edición crítica que al de una reunión de su obra publicada en forma de libro (es el caso de *La mort heureuse*, una primera versión de *El extranjero*). El último volumen contendrá sus escritos de juventud, las versiones teatrales de dos novelas —*Los posesos*, de Dostoyevski y *Réquiem por una monja* de William Faulkner—, el trabajo en equipo del Théâtre du Travail titulado *Révolte dans les Asturies* y una completa cronología de su vida y obra.

La segunda advertencia se refiere a la ordenación de

los textos. Hemos acordado presentarlos ordenados de modo que el lector pueda seguir, a la vez, la peripecia vital del autor, que es la ordenación más simple y directa; para ello, nos hemos apoyado en una relación —varias veces anotada por él mismo en sus diarios— entre su vida y su obra, que permite organizar tres secciones: 1. La que gira en torno al sentido del absurdo, cuyo emblema es, sin duda, el mito de Sísifo y que agrupa las obras del primer volumen de esta edición. 2. El mundo prometeico que se corresponde con la actitud de rebeldía —que reúne las obras de los volúmenes segundo y tercero. Y 3. La centrada en el mito de Némesis —el destino, pero también el renacimiento personal y literario— y que se corresponde con el camino que muestran las obras reunidas en el volumen que concluye con *El primer hombre*. Como es natural, la correspondencia entre esta división y el contenido de los volúmenes es orientativa y, desde luego, abierta, pues un planteamiento normativo daría como resultado una intromisión intolerable en la libertad del lector.

Conviene señalar que los textos que aquí se ofrecen aparecen desnudos de todo aparato crítico y que la datación de las obras aparece junto al título original, señalando siempre las primeras ediciones, salvo en el caso del teatro, en que cada fecha se corresponde con la primera representación de la obra.

Entre el muchacho solar que asienta su primera noción de rebeldía en el espacio mediterráneo y el hombre que el 11 de noviembre de 1942, solo en Le Panelier, lejos de su esposa Francine y atrapado por la guerra, escribe en su diario: «¡Como ratas!», refiriéndose a la situación y sensación de aislamiento extremo que la invasión de la región de Vichy por los alemanes le provoca, se mueve el contenido de este primer volumen. Es un período que conduce al autor a su concepción del absurdo, a través de un intenso viaje que comienza con su vida familiar en el populoso barrio obrero de Belcourt, en Ar-

gel. Allí hace sus primeros amigos, va a la escuela, «aprende la libertad en la miseria», según sus propias palabras, juega al fútbol y lo abandona minado por la tuberculosis; se instala en casa de un tío adinerado y en la larga convalecencia lee y piensa. Será entonces cuando descubra su deseo de escribir. Después, la universidad, la actividad intelectual, le acercarán paulatinamente al sentido del compromiso, a la entrada —fríamente meditada— en la política, a su temprana adhesión al Partido Comunista, a su lúcido y no menos temprano abandono del mismo... Ya en la primavera de 1935 abre el primero de sus *carnets*, que seguirá escribiendo a lo largo de su vida. Luego vendrán las primeras colaboraciones en prensa y la entrada en el teatro.

Un día de 1936, Camus y dos amigas alquilan la Casa-ante-el-mundo «colgada de la cima de una colina desde donde se veía la bahía» de Argel. Sus *carnets* se van llenando de anotaciones sobre lo que serán *La muerte feliz*, *Nupcias*, *Calígula* y *El mito de Sísifo*; el primero acabará dando paso a *El extranjero*. El muchacho mediterráneo de *El revés y el derecho* y *Nupcias* se coloca al fin ante el absurdo y lo asume y lo vive con la fuerza de un *yo* que, más tarde, acabará dando en la rebeldía. Es la confluencia de la «mirada» mediterránea con el «sentimiento» del absurdo lo que acaba dando a la luz el conjunto de obras que componen este primer volumen.

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

EL REVÉS  
Y EL DERECHO

*A Jean Grenier*

*Título original: L'Envers et L'Endroit (1937)*  
*Traducción de Alberto Luis Bixio*  
*Traducción del Prefacio y revisión de Miguel Salabert*



## *Prefacio*

Los ensayos reunidos en este volumen fueron escritos en 1935 y 1936 (tenía yo entonces veintidós años) y publicados un año después, en Argelia, en muy reducido número de ejemplares. Desde hace mucho tiempo, esta edición es inencontrable y siempre me he negado a autorizar su reimpresión.

Mi obstinación no tiene razones misteriosas. No reniego de nada de lo que he expresado en estos escritos, pero su forma siempre me ha parecido torpe. Los prejuicios que, muy a pesar mío, abrigo acerca del arte, me han impedido durante mucho tiempo considerar la posibilidad de su reedición. Gran vanidad, aparentemente, que, por añadidura, podría dar a entender que mis otros escritos satisfacen a todas las exigencias. ¿Tendré que precisar que no es eso? Lo que pasa es que soy más sensible a las torpezas de *El revés y el derecho* que a otras, que tampoco ignoro. ¿Cómo explicarlo si no es reconociendo que las primeras afectan, e incluso traicionan un poco, al tema más dilecto para mí? Zanjada la cuestión de su valor literario, puedo confesar, en efecto, que, para mí, el valor testimonial de este librito es considerable. Y digo bien para mí, pues es ante mí ante quien testimonia y es de mí de quien exige una fidelidad cuya profundidad y dificultad sólo yo conozco. Trataré de decir por qué.

Brice Parain suele decir que este librito contiene lo mejor que yo he escrito. Parain se equivoca. Conocedor de su lealtad, no lo digo por esa irritación que siente todo artista ante quienes tienen la impertinencia de preferir en él lo que ha sido a lo que es. No, Parain se equivoca porque a los veintidós años, salvo en casos geniales, apenas se sabe escribir. Pero, comprendo lo que Parain, sabio enemigo del arte y filósofo de la compasión, quiere decir. Quiere decir, y tiene razón, que hay más verdadero amor en estas torpes páginas que en todas las que he escrito después.

Cada artista conserva así, en el fondo de sí mismo, una fuente única que alimenta durante toda su vida lo que es él y lo que él dice. Cuando la fuente se seca, la obra va poco a poco endureciéndose y agrietándose a ojos vistas. Ésas son las tierras ingratas del arte a las que ha dejado de regar la corriente invisible. Con los cabellos ya ralos y secos, el artista, ya en declive, está maduro para el silencio o, lo que es lo mismo, para los salones. En mi caso, sé que mi fuente está en *El revés y el derecho*, en este mundo de pobreza y de luz en el que he vivido tanto tiempo y cuyo recuerdo todavía me preserva de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción.

Ante todo, jamás la pobreza ha constituido una desdicha para mí, porque la luz derramó sus riquezas sobre ella. Esa luz iluminó hasta mis rebeliones, que fueron casi siempre, creo poder decirlo con honestidad, rebeliones por todos y para que la vida de todos se formara en la luz. No es seguro que mi corazón estuviese naturalmente predispuesto a esta clase de amor. Pero las circunstancias me ayudaron. Para corregir una indiferencia natural, me encontré equidistante de la miseria y del sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol, y en la historia; el sol me enseñó que la historia no es todo. Así es, sin duda, como abordé esta carrera incómoda en la que estoy, lanzándome inocentemente sobre una cuerda de equilibrista por la que avanzo penosamente, sin estar seguro de alcanzar el fin. Dicho de otro modo,

llegué a ser un artista, si es cierto que no hay arte sin negociación ni sin consentimiento.

En cualquier caso, el espléndido calor que reinó sobre mi infancia me ha privado de todo resentimiento. Vivía en la pobreza, pero también en una especie de goce. Me sentía armado de fuerzas infinitas para las que sólo había que hallar un punto de aplicación. No era la pobreza la que obstaculizaba el ejercicio de esas fuerzas; en África, el mar y el sol no cuestan nada. El obstáculo residía más bien en los prejuicios o en la estupidez. Eso me deparaba todas las oportunidades para desarrollar un orgullo que me ha perjudicado mucho, del que se ha burlado con razón mi amigo y maestro Jean Grenier, y que en vano traté de corregir hasta el momento en que me di cuenta de que hay también una fatalidad de los caracteres. Más valía, pues, aceptar el propio orgullo, y tratar de utilizarlo bien, que imponerse, como dice Chamfort, principios más fuertes que el propio carácter. Pero, después de haberme interrogado, puedo afirmar que, entre mis numerosas debilidades, nunca ha figurado el defecto más extendido entre nosotros. Me refiero, claro es, a la envidia, verdadero cáncer de las sociedades y de las doctrinas.

No me pertenece el mérito de esta afortunada inmunidad. Se la debo, ante todo, a los míos, que careciendo de casi todo no envidiaban casi nada. Sólo con su silencio, su reserva, su orgullo natural y sobrio, esta familia, que ni siquiera sabía leer, me dio entonces mis más altas lecciones, lecciones que permanecen vigentes. Y además, yo estaba demasiado ocupado en sentir para poder preocuparme por otras cosas. Todavía hoy, cuando veo la vida de un hombre acaudalado en París, hay algo de compasión en el alejamiento que a menudo eso me inspira. Hay en el mundo muchas injusticias, pero existe una de la que jamás se habla: la del clima. De esta injusticia yo he sido beneficiario; sin saberlo, durante mucho tiempo. Oigo ya desde aquí las acusaciones de nuestros feroces filántropos, en el caso de que me lean. Quiero hacer pasar a los obreros por ricos y a los burgueses por pobres, a fin

de conservar por más tiempo la feliz servidumbre de unos y el poder de los otros. No, no es eso. Al contrario, cuando la pobreza se conjuga con esta vida sin cielo ni esperanza que, al llegar a la edad de hombre, escribí en los horribles suburbios de nuestras ciudades, se consuma entonces la injusticia más extrema y escandalosa. Hay que hacer todo lo posible, en efecto, para que estos hombres escapen a la doble humillación de la miseria y de la fealdad. Nacido pobre, en un barrio obrero, no supe, sin embargo, lo que era la verdadera desdicha hasta que conocí nuestros fríos suburbios. Ni siquiera la extremada miseria árabe puede compararse a aquélla, bajo la diferencia de los cielos. Una vez que se han conocido los suburbios industriales, se siente uno manchado para siempre, creo yo, y responsable de su existencia.

No por ello es menos cierto lo que he dicho. Me encuentro a veces con personas que viven en medio de fortunas cuya cuantía ni siquiera puedo imaginar. Tengo que hacer un esfuerzo, sin embargo, para comprender que se pueda envidiar esas fortunas. Hace ya mucho tiempo viví, durante ocho días, colmado de los bienes de este mundo: dormíamos al raso en una playa, me alimentaba de fruta y me pasaba la mitad del tiempo en un mar solitario. En esa época aprendí una verdad que me ha inducido a recibir los signos de la comodidad o de la instalación con ironía, impaciencia y, a veces, con furor. Aunque yo viva ahora sin la preocupación del mañana, es decir, como un privilegiado, no sé poseer. Soy incapaz de conservar lo que tengo y lo que se me ofrezca sin haberlo buscado. Menos por prodigalidad, creo yo, que por otra clase de parsimonia: soy avaro de esa libertad que desaparece cuando comienza el exceso de bienes. El mayor de los lujos nunca ha dejado de coincidir, para mí, con un cierto despojamiento. A mí me gusta la casa desnuda de los árabes o de los españoles. Mi lugar preferido para vivir y trabajar (y, lo que es más raro, donde me daría igual morir) es una habitación de hotel. Nunca he podido abandonarme a lo que se llama «la vida de interior (que

tan a menudo es lo contrario de la vida interior); la llamada felicidad burguesa me aburre y me horroriza. Esta incapacidad no tiene, por otra parte, nada de glorioso, y ha contribuido no poco a alimentar mis peores defectos. No envidio nada, y estoy en mi derecho, pero no siempre pienso en la envidia de los demás, y eso me resta imaginación, es decir, bondad. Ciertamente es que me he trazado, para mi uso personal, la máxima de que «hay que aplicar los principios a las grandes cosas, pues para las pequeñas basta con la misericordia». Pero ¡ay!, uno se traza máximas para colmar los agujeros de su propia naturaleza. En mí, la misericordia de que hablo se llama más bien indiferencia. Sus efectos, como puede suponerse, son menos milagrosos.

Pero lo único que quiero es subrayar que la pobreza no implica obligadamente la envidia. Años después, cuando una grave enfermedad me despojó provisionalmente de esa fuerza vital que en mí lo transfiguraba todo, y pese a las invisibles dolencias y nuevas debilidades que encontré en mí, conocí el miedo y el desánimo, pero no la amargura. Esa enfermedad añadía, sin duda, otras trabas, y las peores, a las que ya llevaba conmigo. Pero, finalmente, mi enfermedad favoreció esa libertad de corazón, esa ligera distancia hacia los intereses humanos que me ha preservado siempre del resentimiento. Desde que vivo en París, sé que este privilegio es verdaderamente regio. He gozado de él sin límites ni remordimientos y, hasta ahora al menos, ha iluminado toda mi vida. Artista, por ejemplo, he comenzado a vivir en la admiración, lo que, en cierto sentido, es el paraíso terrenal. (Sabido es que hoy, en Francia, lo usual para empezar una carrera literaria, e incluso para acabarla, es, por el contrario, elegir un artista como objeto de mofa.) Del mismo modo, mis pasiones de hombre no han estado nunca «a la contra». Los seres a los que he amado han sido siempre mejores y más grandes que yo. La pobreza, tal como la he vivido, no me ha enseñado, pues, el resentimiento, sino al contrario, una cierta fidelidad y una muda tenacidad. Si en

ocasiones me ha ocurrido olvidarlo, habrá que atribuir la responsabilidad a mí solo y a mis defectos y no al mundo en que nací.

El recuerdo de esos años es lo que también me ha impedido siempre hallarme satisfecho en el ejercicio de mi oficio. A este respecto, voy a hablar, con toda la simplificación de que sea capaz, de lo que los escritores callan generalmente. No voy a evocar siquiera la satisfacción que se siente, al parecer, ante la obra o la página lograda. No sé si habrá muchos artistas que la conozcan. En cuanto a mí, no creo haber sentido nunca alegría al releer una página terminada. Incluso confesaré, aceptando que se me tome al pie de la letra, que siempre me ha sorprendido el éxito de algunos de mis libros. Uno acaba acostumbrándose al éxito, claro, y muy lamentablemente. Sin embargo, todavía hoy sigo sintiéndome un aprendiz al lado de algunos escritores vivos a quienes reconozco la posición que les da su verdadero mérito y entre los cuales figura muy en primer lugar aquel a quien dediqué este librito hace ya veinte años \*. El escritor tiene, naturalmente, satisfacciones para las que vive y que bastan para colmarlo. En cuanto a mí atañe, esas satisfacciones las conozco en el momento de la concepción, durante el segundo en que el tema se revela, cuando la articulación de la obra se dibuja ante la sensibilidad súbitamente clarividente, en esos deliciosos momentos en que la imaginación se confunde completamente con la inteligencia. Esos instantes pasan como vienen. Luego queda la ejecución, es decir, una larga y penosa tarea.

En otro plano, un artista conoce también las satisfacciones de la vanidad. El oficio de escritor, particularmente en la sociedad francesa, es en gran medida un oficio de vanidad. Lo digo sin desprecio, apenas con pesar. En este punto me parezco a los demás. ¿Quién puede declararse exento de esta ridícula debilidad? Después de todo, en una sociedad dedicada a la envidia y a la irri-

---

\* Jean Grenier.

sión, siempre llega el día en que, puestos en solfa, nuestros escritores pagan muy caras esas pobres satisfacciones. Pero, precisamente, en veinte años de vida literaria, mi oficio me ha procurado muy pocas satisfacciones de éstas, y cada vez menos a medida que ha ido pasando el tiempo.

¿No es el recuerdo de las verdades entrevistas en *El revés y el derecho* lo que me ha impedido siempre sentirme cómodo en el ejercicio público de mi oficio y lo que me ha conducido a tantas negativas, que no siempre me han granjeado amigos? En efecto, al no hacer caso del cumplido o del homenaje, se corre el riesgo de dejar creer al elogiador que se le desdeña, cuando lo cierto es que uno duda sólo de sí mismo. De igual modo, si yo hubiera manifestado esa mezcla de rudeza y de contemporización que se encuentra en la vida literaria, ni hubiera llegado a exagerar mi pavoneo, como tantos otros, me habría hecho acreedor de más simpatías, puesto que así habría demostrado entrar en el juego. Pero, ¿qué se le va a hacer!, ese juego no me divierte. La ambición de Rubempré o de Julien Sorel me desconcierta a menudo por su ingenuidad y por su modestia; la de Nietzsche, Tolstoi o Melville me conmueve a causa precisamente de su fracaso. En el fondo de mi corazón, sólo me siento humilde ante las vidas más pobres o ante las grandes aventuras espirituales. Entre unas y otras se encuentra actualmente una sociedad que da risa.

A veces, en esos «estrenos» teatrales, único ámbito en el que me encuentro con lo que insolentemente se denomina El-Todo-París, tengo la impresión de que la sala va a desaparecer, de que esa gente, tal como parece, no existe. Son los otros los que me parecen reales, las grandes figuras que gritan sobre el escenario. Para no salir corriendo en esos momentos, hay que recordar que cada uno de los espectadores tiene también una cita consigo mismo, que él lo sabe y que, sin duda, acudirá en seguida a ella. Y al instante mismo, el público se torna de nuevo fraterno; las soledades reúnen a los que la sociedad

separa. Sabiendo esto, ¿cómo adular a esa gente, aspirar a sus irrisorios privilegios, consentir en felicitar a todos los autores de todos los libros, expresar ostensiblemente el agradecimiento al crítico favorable, por qué tratar de seducir al adversario, y, sobre todo, con qué cara recibir esos cumplidos y esa admiración de que la sociedad francesa (en presencia, al menos, del autor, pues una vez ausente...) hace tanto uso como del *pernod* y de la prensa del corazón? Yo no entro en nada de eso, es un hecho. Tal vez haya en ello mucho de este mi mal orgullo, cuyo imperio y latitud me son bien conocidos. Pero si sólo fuera eso, si únicamente entrara en juego mi vanidad, me parece que, por el contrario, yo gozaría de los cumplidos, superficialmente, en vez de sentir un reiterado malestar. No, cuando yo siento reaccionar la vanidad que tengo en común con mis colegas es ante ciertas críticas que conlleven una gran parte de verdad. Ante el elogio, no es el orgullo lo que da a mi semblante esa expresión retadora e ingrata que tan bien conozco, sino (a la vez que esa profunda indiferencia que es en mí una tara congénita) un singular sentimiento que me viene entonces: «No es eso...» No, no es eso, y por eso es por lo que la reputación, como se dice, es a veces tan difícil de aceptar que se siente una especie de maligna alegría de hacer todo lo necesario para perderla. Al contrario, al releer *El revés y el derecho*, después de tantos años, para esta edición, sé instintivamente ante ciertas páginas, y pese a sus imperfecciones, que es eso. Eso, es decir esta anciana, una madre silenciosa, la pobreza, la luz sobre los olivos de Italia, el amor solitario y poblado, todo lo que da testimonio, ante mis propios ojos, de la verdad.

He envejecido y pasado por muchas cosas desde que escribí estas páginas. He aprendido mucho sobre mí mismo, y he llegado a conocer mis límites y casi mis debilidades. He aprendido menos sobre los seres, porque mi curiosidad se orienta más a sus destinos que a sus reacciones y los destinos se repiten mucho. He aprendido, al menos, que existían y que el egoísmo, si no puede rene-

gar de sí, debe tratar de ser clarividente. Gozar de sí es imposible, lo sé, pese a mis grandes facultades para este ejercicio. Si la soledad existe, lo que ignoro, deberíamos tener el derecho, de vez en cuando, a soñar con ella como un paraíso. Yo lo sueño a veces, como todo el mundo. Pero dos ángeles tranquilos me han prohibido siempre la entrada; uno de ellos muestra el rostro del amigo, el otro la cara del enemigo. Sí, todo esto lo sé y he aprendido además, o casi, lo que costaba el amor. Pero sobre la vida misma, apenas sé más de lo que digo, tan torpemente, en *El revés y el derecho*.

«No hay amor a la vida sin desesperación de vivir», he escrito, un tanto enfáticamente, en estas páginas. No sabía yo por entonces hasta qué punto eso era verdad. Todavía no había atravesado los tiempos de verdadera desesperación. Esos tiempos llegaron y pudieron destruir todo en mí, salvo precisamente el desordenado apetito de vivir. Todavía sufro de esta pasión, a la vez fecunda y destructora, que se manifiesta hasta en las páginas más sombrías de *El revés y el derecho*. No vivimos verdaderamente más que algunas horas de nuestra vida, se ha dicho. Eso es verdad en un sentido y falso en otro. Pues nunca he perdido el ávido ardor que se notará en los ensayos que siguen, ardor que, en última instancia, es la vida misma en lo que ésta tiene de mejor y peor. Yo he querido, sin duda, rectificar lo malo que producía en mí. Como todo el mundo, me he esforzado por corregir mi naturaleza por la moral. Esto es, ¡ay!, lo que me ha resultado más difícil. Con energía, y yo la tengo, es posible, a veces, llegar a conducirse según la moral, pero no a ser. Y pensar en la moral cuando se es un hombre de pasiones es consagrarse a la injusticia, hablando al mismo tiempo de justicia. A veces me representan al hombre como una injusticia en marcha, y es en mí en quien pienso al decirlo. Si en este momento tengo la impresión de haberme equivocado o de haber mentido en lo que a veces he escrito, es porque no sé cómo dar a conocer honestamente mi injusticia. Cierto es que nunca he dicho que yo



sea justo. Únicamente he dicho que había que tratar de serlo, y también que eso era una pena y una desdicha. Pero ¿es tan grande la diferencia? ¿Y puede predicar verdaderamente la justicia quien ni siquiera logra hacerla reinar en su vida? ¡Si, al menos, se pudiera vivir de acuerdo con el honor, esa virtud de los injustos! Pero nuestro mundo considera obscena tal palabra; el término «aristócrata» forma parte de las injurias literarias y filosóficas. Yo no soy aristócrata, mi respuesta está en este libro: he aquí a los míos, mis maestros, mi linaje, y he aquí, por ellos, lo que me une a todos. Y, sin embargo, sí, tengo necesidad del honor, porque soy lo bastante grande como para prescindir de él.

¡Qué importa! En realidad, lo que yo quería decir es que aunque haya caminado mucho desde que escribí este libro, no he avanzado tanto. A menudo me ha ocurrido retroceder cuando creía estar avanzando. Pero, al fin, mis errores, mis ignorancias y mis fidelidades me han traído siempre de vuelta a este antiguo camino que empecé a recorrer con *El revés y el derecho*, camino cuyas huellas se ven en todo lo que he hecho después y por el que, algunas mañanas de Argel, por ejemplo, me echo a andar con la misma ligera embriaguez de siempre.

¿Por qué, pues, si es así, haber rehusado durante tanto tiempo a reeditar tan débil testimonio? En primer lugar, porque hay en mí, forzoso es repetirlo, resistencias artísticas, como hay en otros resistencias morales o religiosas. La prohibición, la idea de que «eso no se hace», que me es bastante ajena en tanto soy hijo de una libre naturaleza, se halla presente en mí en tanto en cuanto esclavo, y esclavo admirativo, de una severa tradición artística. Acaso también esta desconfianza apunte a mi profunda anarquía, y, por ello, sea útil. Conozco mi desorden, la violencia de ciertos instintos, el abandono sin gracia al que puedo arrojar-me. Para su edificación, la obra de arte debe servir-se ante todo de estas fuerzas oscuras del alma. Pero no sin canalizarlas, sin rodearlas de diques, para que pueda aumentar su caudal. Mis diques

siguen siendo, aún hoy, demasiado altos. De ahí, esa rigidez, a veces... Simplemente, el día en que se establezca el equilibrio entre lo que soy y lo que digo, ese día, tal vez, y apenas me atrevo a escribirlo, pueda construir la obra con que sueño. Lo que he querido decir aquí es que esa obra se parecerá, de una u otra manera, a *El revés y el derecho*, y que hablará de una cierta forma de amor. Se comprenderá ahora la segunda razón que he tenido para guardar para mí estos ensayos juveniles. Exteriorizamos demasiado en la torpeza y en el desorden nuestros secretos más íntimos y queridos. También los traicionamos bajo un disfraz excesivamente aderezado. Más vale esperar a ser experto para darles una forma, sin cesar de hacer oír su voz, para saber unir a dosis casi iguales lo natural y el arte. En suma, esperar a llegar a ser. Pues ser es poder hacerlo todo al mismo tiempo. En arte, todo se da simultáneamente o no se da nada; no hay luces sin llamas. Stendhal exclamaba un día: «Pero mi alma es un fuego que sufre si no arde». Los que se le parecen a este respecto sólo deberían crear en esa llamarada. En el vértice de la llama, surge el grito, perpendicularmente, y crea sus palabras, que lo repercuten a su vez. Hablo aquí de lo que todos nosotros, artistas inseguros de serlo, pero seguros de no ser otra cosa, esperamos, día tras día, para poder aceptar vivir.

¿Por qué, pues, dado que se trata de esta espera, probablemente vana, aceptar hoy esta publicación? En primer lugar algunos lectores han sabido encontrar el argumento que me ha convencido \*. Y además, porque siempre llega un día en la vida de un artista en el que debe hacer balance, volver a acercarse a su propio centro para luego tratar de mantenerse en él. Así es hoy para mí, y no tengo por qué extenderme más. Si, pese a tantos es-

\* Es sencillo. «Este libro existe ya, pero en muy reducido número de ejemplares, vendidos a alto precio por los libreros. ¿Por qué sólo los lectores ricos han de tener el derecho de leerlo?» En efecto, ¿por qué?

fuerzos por edificar un lenguaje y dar vida a los mitos, no consiguiera yo algún día volver a escribir *El revés y el derecho*, entonces no habría llegado a nada. Ésa es mi oscura convicción. Nada me impide, en todo caso, soñar que lo lograré, imaginar que emplazaré en el centro de esa obra el admirable silencio de una madre y el esfuerzo de un hombre por volver a encontrar una justicia o un amor que equilibre ese silencio. En el sueño de la vida, he aquí al hombre que encuentra sus verdades y que las pierde, en el territorio de la muerte, para regresar a través de las guerras, de los gritos, de la locura de justicia y de amor, del dolor, en fin, hacia esa patria tranquila en la que la misma muerte es un dichoso silencio. He aquí también... Sí, nada impide soñar, a la hora misma del exilio, puesto que, al menos, eso lo sé a ciencia cierta, que una obra de hombre no es otra cosa que una larga marcha para volver a encontrar, por los meandros del arte, las dos o tres simples y grandes imágenes a las que se abrió el corazón la primera vez. Quizá sea ésta la razón por la que, después de veinte años de trabajo y de producción, continúo viviendo con la idea de que mi obra ni siquiera ha comenzado todavía. Y esto es, ante todo, lo que deseaba decir aquí, desde el momento mismo en que, con motivo de esta reedición, me volví hacia estas mis primeras páginas.

### *La ironía*

Hace dos años conocí a una anciana. Sufría de una enfermedad de la que había creído que iba a morir. Le había quedado paralizado todo el lado derecho del cuerpo. No tenía más que una mitad de sí misma en este mundo, mientras la otra le era ya ajena. Viejecita inquieta y parlanchina, había quedado reducida al silencio y a la inmovilidad. Sola durante largas jornadas, analfabeta, poco sensible, toda su vida se reducía a Dios. Creía en Él. Y la prueba es que tenía un rosario, un crucifijo de plomo y una imagen de estuco de San José con el niño. Dudaba de que su enfermedad fuera incurable, pero lo afirmaba para que la gente se interesara por ella, y en todo lo demás se remitía a Dios, al que tan mal amaba.

Aquel día, alguien se interesaba por ella. Era un joven. (Él creía que había una verdad y sabía, por lo demás, que aquella mujer iba a morir, sin preocuparse por resolver esta contradicción.) Se había tomado un verdadero interés en el aburrimiento de la anciana. Y ella lo había notado. Ese interés era una buena suerte inesperada para la enferma. Ella le hablaba de sus penas con animación: se le estaba acabando la cuerda, claro está, había que dejar sitio a los jóvenes. ¿Sí se aburría? Con toda seguridad. Nadie le hablaba. Estaba en un rincón, como un perro. Mejor era terminar de una vez. Porque prefería morir a vivir a costa de alguien.

Su tono se había hecho agresivo. Era una voz de mercado, de regateo. Sin embargo, el joven comprendía, aunque pensaba que más valdría vivir a costa de otros que morir. Pero eso únicamente probaba una cosa: que, sin duda, él nunca había vivido a costa de nadie. Y precisamente el joven decía a la anciana, porque había visto el rosario: «Le queda Dios».

Era cierto. Pero hasta en eso le fastidiaban. Si se quedaba un largo rato rezando, si se le perdía la mirada en algún motivo de la tapicería, la hija decía: «—¡Mírala, otra vez rezando! —¿Y a ti que te importa?, decía la enferma. —No me importa nada, pero termina por ponerme nerviosa.» Y la vieja se callaba, lanzando a la hija una larga mirada, cargada de reproches.

El joven escuchaba todo aquello con una inmensa pena desconocida que le encogía el corazón. Y la vieja continuaba diciendo: «¡Ya verá cuando sea vieja! ¡También ella lo necesitará!»

La anciana daba la impresión de estar liberada de todo, salvo de Dios, entregada por entero a ese mal último de ser virtuosa por necesidad, de estar persuadida demasiado fácilmente de que lo que le quedaba era el único bien digno de amor, sumida en fin, y sin remisión, en la miseria del hombre en Dios. Pero basta que renazca la esperanza de vida para que Dios se quede sin fuerza alguna frente a los intereses del hombre.

Se habían sentado a la mesa. El joven estaba invitado a cenar. La vieja no comía, porque por la noche los alimentos son demasiado pesados. Permanecía en su rincón, detrás de quien le había escuchado. Y al sentirse así observado, el joven comía a disgusto. Sin embargo, la cena avanzaba. Para prolongar la reunión, decidieron ir al cine. Precisamente daban una película divertida. El joven había aceptado atolondradamente, sin pensar en el ser que continuaba existiendo a sus espaldas.

Los comensales se habían levantado para ir a lavarse las manos, antes de salir. Evidentemente estaba exclui-

do que la vieja fuese también. Aun cuando no estuviese inválida, su ignorancia le habría impedido comprender la película. Decía que no le gustaba el cine; pero la verdad es que no lo comprendía. Estaba en su rincón y concentraba toda su atención, una atención vacía, en las cuentas de su rosario. En él ponía toda su confianza. Los tres objetos que conservaba eran para ella el punto material donde comenzaba lo divino. Más allá del rosario, del crucifijo y del San José, se abría una gran y profunda oscuridad, en la que la vieja colocaba su esperanza.

Todos estaban ya listos. Se acercaban a la anciana para besarla y desearle que pasara buena noche. Ella ya había comprendido y apretaba con fuerza su rosario; pero bien pudiera ser que ese ademán fuera tanto de desesperación como de fervor. La habían besado. Sólo quedaba el joven, que había estrechado con afecto la mano de la mujer y ya se volvía. La vieja veía marcharse al que se había interesado por ella. No quería quedarse sola. Sentía ya el horror de su soledad, del insomnio prolongado, del diálogo decepcionante con Dios. Tenía miedo. No se apoyaba sino en el hombre, y, aferrándose al único ser que le había demostrado interés, no le soltaba la mano, se la apretaba, mientras le expresaba torpemente su agradecimiento para justificar esa insistencia. El joven se sentía incómodo. Ya los otros se volvían para exhortarle a apresurarse. El espectáculo comenzaba a las nueve y era mejor llegar pronto para no tener que hacer cola.

Él se sentía confrontado con la más horrenda desdicha que hubiera conocido: la de una vieja enferma, a la que se abandona para ir al cine. Quería marcharse y liberarse de aquello, desentenderse de todo y procuraba retirar la mano. Durante un segundo, sintió un odio feroz por la vieja y le dieron ganas de abofetearla con furia.

Por fin, pudo alejarse y salir, mientras la enferma, a medias incorporada en el sillón, veía con horror desvane-

cerse la única certeza en la que hubiera podido descansar. Ahora nada la protegía. Y, entregada a la idea de su muerte, no sabía exactamente lo que la espantaba, pero sentía que no quería estar sola. Dios no le servía más que para alejarla de los hombres y dejarla sola. Ella no quería apartarse de los hombres. Y por eso se echó a llorar.

Los otros estaban ya en la calle. Un remordimiento tenaz roía al joven. Levantó la mirada hacia la ventana iluminada, gigantesco ojo muerto en la casa silenciosa. El ojo se cerró. La hija de la anciana enferma dijo al joven: «Siempre apaga la luz cuando está sola. Le gusta quedarse a oscuras.»

El anciano se imponía. Fruncidas las cejas, y agitando un índice sentencioso, decía: «A mí, mi padre me daba cinco francos por semana para que me divirtiese hasta el sábado siguiente. Pues bien, aún me las arreglaba para ahorrar algunas monedas. Para ir a ver a mi novia, me hacía cuatro kilómetros, campo a través, de ida, y cuatro kilómetros de vuelta. Vamos, vamos, os lo digo yo, la juventud de hoy ya no sabe divertirse.» Estaban sentados en torno a una mesa redonda el viejo y tres jóvenes. El viejo contaba sus pobres aventuras: insignificancias puestas por las nubes, desfallecimientos que él celebraba como victorias. No daba pausa a su relato y, preocupado por decirlo antes de que los otros le abandonaran, retenía de su pasado lo que creía apropiado para conmover a sus oyentes. Hacerse escuchar era su único vicio: se negaba a ver la ironía de las miradas y la brusquedad burlesca con que lo abrumaban. Para ellos era el vejete del que se sabe que todo iba mejor en su época cuando él creía ser el abuelo respetado cuya experiencia es un título de autoridad. Los jóvenes no saben que la experiencia es una derrota y que hay que perderlo todo para saber un poco. Él había sufrido. No decía nada de ello. Es mejor parecer feliz. Y además, si se equivocaba en esto, se habría equivocado más gravemente queriendo, en cam-

bio, conmover con sus desdichas. ¿Qué importan los sufrimientos de un viejo cuando la vida nos ocupa por entero? Hablaba, hablaba, se perdía con delectación en la monotonía de su voz ensordecida. Pero aquello no podía durar. Su placer solicitaba un fin y la atención de los oyentes declinaba. Ya ni siquiera resultaba divertido; era un viejo. Y a los jóvenes les gusta jugar al billar y a las cartas, que no se parecen al trabajo imbécil de cada día. Pronto se quedó solo, a pesar de sus esfuerzos y de sus mentiras para hacer más atrayente su relato. Sin consideración alguna, los jóvenes se habían marchado. De nuevo solo. Lo más terrible para un viejo es no ser escuchado. Se le condenaba al silencio y a la soledad, se le indicaba que pronto iba a morir. Y un viejo que va a morir es inútil, y hasta molesto e insidioso. Que se vaya. Y si no, que se calle: es lo menos que puede hacer. Y él sufre porque no puede callarse sin pensar que es viejo. Se levantó, sin embargo, y se marchó sonriendo a todo el mundo. Pero no encontró sino rostros indiferentes o agitados por una alegría de la que él no tenía derecho a participar. Un hombre decía riendo: «Es vieja, no digo que no. Pero la gallina vieja es la que hace mejor caldo.» Otro, con acento ya más grave: «En casa no somos ricos, pero comemos bien. Mira mi nieto, come más que su padre. Al padre le basta con medio kilo de pan, y él, él se zampa un kilo. ¡Y zas, el salchichón, y zas, el queso! A veces, cuando termina, dice: "ham, ham" y todavía sigue comiendo.» El viejo se alejó. Y con paso lento, un pasito de burro de noria, recorrió las largas aceras, llenas de hombres. Se sentía mal y no quería volver a casa. Generalmente, le gustaba llegar a casa y encontrarse la mesa puesta, a la luz de la lámpara de petróleo, con los platos, entre los que, maquinalmente, los dedos encontraban su lugar. También le gustaba la cena silenciosa con la vieja sentada frente a él, los bocados largamente masticados, el cerebro vacío, los ojos fijos y muertos. Esa noche volvería más tarde. La cena estaría servida y fría, la vieja se habría acostado, sin inquietud, puesto que conocía sus retrasos imprevistos.

Ella solía decir: «Hoy está lunático», y quedaba dicho todo.

Él avanzaba ahora, con la lenta obstinación de su paso. Estaba solo y era viejo. Al cabo de una vida, la vejez se repite en la boca con sabor a náuseas. Todo termina en no ser escuchado. Anda, dobla una esquina, tropieza y casi se cae. Yo lo vi. Es ridículo, pero qué se le va a hacer. A pesar de todo, prefiere la calle, la calle antes que esas horas en que, en su casa, la fiebre le desfigura a la vieja y lo aísla en su habitación. Entonces a veces la puerta se abre lentamente y queda entornada un instante. Entra un hombre, con un traje claro, se sienta frente al viejo y permanece callado durante varios minutos. Se queda inmóvil, como la puerta entreabierta. De vez en cuando, se pasa una mano por el pelo y suspira dulcemente. Una vez que ha mirado un rato al anciano, con la misma mirada cargada de tristeza, se marcha, silenciosamente. Detrás de sí, un ruido seco cae del picaporte y el viejo se queda horrorizado, con un miedo ácido y doloroso en el vientre. Mientras que en la calle no está solo, por poca gente que haya. Su fiebre canta. Apresura el pasito: mañana todo cambiará, mañana. De pronto descubre que mañana será igual y pasado mañana, y todos los demás días. Y este descubrimiento irremediable lo abruma. Son ideas como éstas las que nos hacen morir. Por no poder soportarlas, la gente se mata... O, si se es joven, se hacen frases con ellas.

Viejo, loco, ebrio, no se sabe. Su fin será un fin digno, sollozante, admirable. Morirá hermosamente, quiero decir, sufriendo. Eso será para él un consuelo. Y, además, ¿a dónde ir? Es viejo para siempre. Los hombres construyen para la futura vejez. A esa vejez, asaltada por hechos irremediables, quieren darle el ocio que les deja sin defensas. Quieren ser capataces para retirarse a un hotelito. Pero, una vez hundidos en la edad, se dan cuenta de que eso es falso. Tienen necesidad de otros hombres para protegerse. Y éste necesitaba que le escucharan para creer en su vida. Ahora las calles estaban más oscuras y

menos transitadas. Aún pasaban algunas voces. En el extraño apaciguamiento del atardecer, se hacían más solemnes. Detrás de las colinas que circundaban la ciudad, había aún resplandores diurnos. Una humareda imponente, venida no se sabía de dónde, apareció detrás de las crestas de los árboles. Lenta, se elevó y se escalonó como un abeto. El viejo cerró los ojos. Frente a la vida que se llevaba los rumores de la ciudad y la sonrisa indiferente del cielo, él estaba solo, desamparado, desnudo, muerto ya.

¿Será necesario describir el reverso de esta hermosa medalla? Es de suponer que en una habitación sucia y oscura, la vieja servía la mesa..., y que una vez preparada la cena, se sentó, miró la hora, esperó un poco y se puso a comer con apetito. Pensaba: «Hoy está lunático.» Quedaba dicho todo.

Eran cinco: la abuela, su hijo menor, su hija mayor y los dos hijos de esta última. El hijo era casi mudo. La hija disminuida, pensaba con dificultad; y de los dos nietos, uno trabajaba ya en una compañía de seguros cuando el más joven aún estudiaba. A los sesenta años, la abuela dominaba aún a toda la familia. Sobre su cama, podía verse un retrato suyo en el que, con cinco años menos, muy erguida, con un vestido negro cerrado en el cuello por un medallón, sin una arruga, con inmensos ojos claros y fríos, exhibía ese porte de reina que no abandonó sino con la edad y que a veces ella procuraba recobrar en la calle.

A esos ojos claros, el nieto debía un recuerdo que aún le hacía enrojecer. La anciana esperaba a que hubiera visitantes para preguntarle, mirándole severamente. «¿A quién prefieres? ¿A tu madre o a tu abuela?» El juego se hacía más intenso cuando la propia hija estaba presente, pues el chico respondía siempre: «A mi abuela.» Y sentía entonces en el corazón un gran impulso de amor por esa madre que se callaba siempre. Y cuando los visitantes se asombraban por esa preferencia, la madre decía: «Es que es ella la que lo ha criado.»



Ocurría también que la anciana creía que el amor es algo que se exige. Su conciencia de ser una buena madre de familia le infundía una especie de rigidez e intolerancia. Nunca había engañado a su marido y le había dado nueve hijos. Después de la muerte de él, había educado a su pequeña familia con energía. Tras abandonar su alquería de las afueras, habían ido a parar a un viejo barrio pobre, en el que habitaban desde hacía mucho tiempo.

Y en verdad no le faltaban cualidades a aquella mujer. Pero para sus nietos, que estaban en la edad de los juicios absolutos, ella no era sino una comediente. Uno de sus tíos les había contado una anécdota significativa. El tío, habiendo ido a visitar a su suegra, la había visto inactiva, en la ventana. Pero ella le había recibido con un trapo en la mano, y le había pedido disculpas por continuar su trabajo, ya que tenía poco tiempo para cumplir con las tareas domésticas. Y fuerza es confesar que todo era así. Con demasiada facilidad se desvanecía al término de una discusión familiar. También solía tener penosos vómitos debidos a una afección del hígado. Pero era muy poco discreta en el ejercicio de su enfermedad. Lejos de aislarse, vomitaba con estrépito en el cubo de la basura, en la cocina. Y al volver junto a los suyos, pálida, con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo, si le suplicaban que se acostara, les recordaba que tenía que cocinar, y el lugar que ella ocupaba en la dirección de la casa. «Soy yo la que lo hace todo aquí.» Y añadía: «¿Qué sería de vosotros si yo desapareciera!»

Los nietos se acostumbraron a no prestar atención a los vómitos, a sus «ataques», como ella decía, ni a sus quejas. Un día se quedó en la cama y reclamó un médico. Se llamó al médico para complacerla. El primer día el médico diagnosticó una pequeña indisposición; al segundo, un cáncer de hígado, y el tercero una ictericia grave. Pero el más joven de los dos nietos se obstinaba en no querer ver en aquello más que una nueva comedia, una simulación más refinada. No estaba inquieto. Esa mujer lo había oprimido demasiado para que sus primeras im-

presiones pudieran ser pesimistas, y hay una especie de valentía desesperada en la lucidez y en la negativa a amar. Pero, representando el papel de la enfermedad, se puede efectivamente padecerla, la abuela llevó la simulación hasta la muerte. El último día, asistida por su familia, se liberó de sus fermentaciones intestinales. Con sencillez, se dirigió a su nieto, y le dijo: «Ya ves, ventoseo como un cochinito.» Murió una hora después.

Su nieto, y ahora bien que se daba cuenta, no había comprendido absolutamente nada. No podía liberarse de la idea de que ante él se había representado la última y la más monstruosa de las simulaciones de aquella mujer. Y si se preguntaba sobre la pena que sentía, no descubriría ninguna. Únicamente el día del entierro, a causa de la explosión general de lágrimas, lloró. Pero lo hizo con el temor de no ser sincero y de mentir ante la muerte. Era un hermoso día de invierno, atravesado por los rayos del sol. En el azul del cielo se adivinaba el frío refulgente de lentejuelas amarillas.

El cementerio dominaba la ciudad y se podía ver cómo el hermoso sol transparente caía sobre la bahía temblorosa de luz, cual un labio húmedo.

¿No se concilia acaso todo esto? La verdad desnuda. Una mujer a la que se abandona para ir al cine, un viejo al que ya no se le escucha, una muerte que no redime nada. Y, después, del otro lado, toda la luz del mundo. ¿Qué importa, si se acepta todo? Son tres destinos semejantes y sin embargo diferentes. La muerte para todos, pero a cada cual su muerte. Al fin y al cabo, el sol nos calienta, a pesar de todo, los huesos.

## *Entre sí y no*

Si es verdad que los únicos paraísos son aquellos que se han perdido, sé cómo llamar a este algo tierno e inhumano que hoy me habita. Un emigrante retorna a su patria. Y yo me acuerdo. Ironía, rigidez, todo se calla y he me aquí repatriado. No quiero rumiar la felicidad. Es mucho más sencillo y mucho más fácil. En efecto, de esas horas que rescato, desde el fondo del olvido, se ha conservado sobre todo el recuerdo intacto de una emoción pura, de un instante suspendido en la eternidad. Eso es lo único verdadero en mí y siempre lo sé demasiado tarde. Nos gusta la flexión de un gesto, la oportunidad de un árbol en el paisaje. Y para recrear todo ese amor, no disponemos más que de un detalle, pero suficiente: el olor de una habitación cerrada durante demasiado tiempo, el sonido singular de un paso en el camino. Así me ocurre a mí. Y si, amando, yo me diera, sería yo mismo, puesto que no existe sino el amor que nos devuelve a nosotros mismos.

Lentas, apacibles y graves, esas horas retornan tan fuertes, tan conmovedoras... porque es el atardecer, porque la hora es triste y hay una especie de deseo vago en el cielo sin luz. Cada gesto reencontrado me revela a mí mismo. Un día me dijeron: «¡Es tan difícil vivir!» Y me acuerdo del tono con que me lo dijeron. Otra vez alguien murmuró: «El peor error consiste en

hacer sufrir.» Cuando todo ha terminado, se extingue la sed de vida. ¿Es eso lo que llaman felicidad? Al seguir tales recuerdos recubrimos todo con el mismo ropaje discreto y la muerte se nos manifiesta como un telón de fondo de colores envejecidos. Volvemos a nosotros mismos. Sentimos nuestra congoja y la amamos más. Sí, tal vez sea ésa la felicidad, el sentimiento apiadado de nuestra desdicha.

Así es esta tarde. En el café moro, situado en los confines de la ciudad árabe, me acuerdo no de una pasada felicidad, sino de un extraño sentimiento. Ya cae la noche. En las paredes, leones de color amarillo canario persiguen a jeques vestidos de verde, entre palmeras de cinco ramas. En un rincón del café, una lámpara de acetileno da una luz inconstante. La iluminación real se debe al hogar puesto en el fondo de un pequeño horno adornado con azulejos verdes y amarillos. La llama ilumina el centro de la sala y siento sus reflejos en el rostro. Estoy frente a la puerta y a la bahía. Acurrucado en un rincón, el dueño del café parece mirar mi vaso, ya vacío con una hoja de menta en el fondo. No hay nadie en la sala. Al fondo, se oyen los ruidos de la ciudad, y más lejos están las luces de la bahía. Oigo la fuerte respiración del árabe. Sus ojos brillan en la penumbra. ¿Es el ruido del mar lo que se oye a lo lejos? El mundo suspira hacia mí en un ritmo prolongado y me trae la indiferencia y la tranquilidad de lo que no muere. Grandes reflejos rojos hacen ondear los leones en las paredes. El aire se refresca. Se oye una sirena en el mar. Los faros comienzan a girar: una luz verde, una roja, una blanca. Y siempre ese gran suspiro del mundo. Una especie de canto secreto nace de esa indiferencia. Y heme aquí repatriado. Pienso en un niño que vivió en un barrio pobre. ¡Aquel barrio, aquella casa! Era de dos plantas y las escaleras no estaban iluminadas. Aún ahora, después de largos años, él podría volver allí en plena noche. Sabe que subiría por la escalera a toda velocidad sin tropezar una sola vez. Hasta el cuerpo tiene impregnado de aquella ca-

sa. Sus piernas conservan en ellas la medida exacta de la altura de los escalones; su mano, el horror instintivo, nunca vencido, a la barandilla de la escalera, a causa de las cucarachas.

En los atardeceres de verano, los obreros salen al balcón. En la casa de aquel niño había sólo una ventanita muy pequeña. Bajaban entonces sillas a la puerta de la casa y tomaban el fresco. La calle, los vendedores de helados, los cafés enfrente, los ruidos de los chicos que corrían de puerta en puerta. Pero, sobre todo, entre los grandes ficus, estaba el cielo. Hay una soledad en la pobreza, pero una soledad que da su valor a cada cosa. En un determinado grado de riqueza, el mismo cielo y la noche llena de estrellas parecen bienes naturales, pero en la parte baja de la escala, el cielo recobra todo su sentido: una gracia sin precio. ¡Noches de verano, misterios en los que crepitaban las estrellas! Detrás del niño se abría un corredor maloliente y allí estaba su sillita, desvencijada, que se hundía un poco cuando se sentaba en ella. Pero alzados los ojos, se bebía plenamente la noche pura. Pasaba a veces un tranvía gigantesco y veloz. Un borracho canturreaba luego en la esquina de una calle, sin conseguir turbar el silencio.

La madre del niño permanecía también silenciosa. En ciertas circunstancias alguien le preguntaba: «¿En qué piensas?» «En nada», respondía ella. Y era cierto. Todo está allí, luego nada hay que pensar, sus intereses, sus hijos, se limitan a estar allí, con una presencia demasiado natural para poder sentirla. Ella era un poco minusválida, pensaba con dificultad. Tenía una madre ruda y dominante, que lo sacrificaba todo a un amor propio de animal susceptible y que había dominado durante mucho tiempo el espíritu débil de la hija. Emancipada por el matrimonio, ésta tornó a ella dócilmente, una vez muerto el marido. Había muerto en el campo del honor, como se dice. En un buen lugar del cuarto pueden verse, en un marco dorado, la cruz de guerra y la medalla militar. El hospital había devuelto a la viuda un fragmento

de metralla encontrado entre las carnes del muerto. La viuda lo guardaba. Hace ya tiempo que ha dejado de sufrir. Ha olvidado a su marido, pero aún habla del padre de sus hijos. Para educarlos, trabaja y da el dinero a su madre. Ésta se ocupa de la educación de los niños con un látigo. Cuando golpea demasiado fuerte, la hija le dice: «No les pegues en la cabeza.» Los quiere porque son sus hijos. Los quiere con un amor igual, nunca manifestado. A veces, como en esos atardeceres que él recuerda al volver del trabajo agotador, encuentra la casa vacía. La vieja ha ido de compras, los chicos están aún en la escuela. Entonces se deja caer en una silla y, con la mirada vaga, se pierde en la enajenada persecución de una ranura del piso. Alrededor se espesa la noche, y en ella el mutismo es de una desolación irremediable. Si el niño entra en ese momento, distingue la flaca silueta, de hombros huesudos, y se queda allí plantado y sobrecogido de miedo. El niño empieza a sentir muchas cosas. Apenas es consciente todavía de su propia existencia, pero le es difícil llorar ante ese silencio animal. Siente lástima por su madre. ¿Es eso amarla? Ella que nunca lo ha acariciado, puesto que no habría sabido hacerlo. Y él se queda entonces varios minutos mirándola. Al sentirse extraño, adquiere conciencia de su pena. Ella no lo oye, pues está sorda. En seguida volverá la vieja y la vida renacerá: la luz redonda de la lámpara de petróleo, el hule, los gritos, las palabrotas. Pero ahora ese silencio marca un momento de detención, un instante desmesurado. Por sentir todo eso confusamente, el niño cree sentir, en el impulso que lo domina, amor por la madre. Y eso está bien, porque, después de todo, es su madre.

Ella no piensa en nada. Fuera, la luz, los ruidos. Aquí, el silencio en la noche. El niño crecerá, aprenderá. Le están educando y se le exigirá agradecimiento, como si se le evitara el dolor. Su madre mantendrá siempre esos silencios, y él crecerá en el dolor. Ser un hombre, eso es lo que importa. La abuela morirá, luego la madre, luego él.

La madre se ha sobresaltado. Ha sentido miedo. Él parece haberse quedado atontado al verla así. Que vaya a hacer sus deberes. El niño ha hecho sus deberes. Hoy está en un sórdido café. Ahora es un hombre. ¿No es eso lo que importa? Forzoso es creer que no, puesto que hacer los deberes y aceptar ser un hombre son cosas que conducen tan sólo a ser viejo.

El árabe sigue acurrucado en un rincón, con los pies entre las manos. De las terrazas sube un olor de café tostado, junto con los parloteos animados de voces jóvenes. Un remolcador agrega aún su nota grave y tierna. El mundo termina aquí como cada día y, de todos sus tormentos sin medida, nada queda ahora sino esta promesa de paz. ¡La indiferencia de esta madre extraña! Únicamente esa inmensa soledad del mundo es lo que me da la medida. Una tarde llamaron a su hijo —ya mayor— junto a ella. Un susto le había provocado una grave conmoción cerebral. Tenía ella la costumbre de salir al balcón al terminar el día. Tomaba una silla y apoyaba la boca contra el hierro frío y salado del balcón. Y allí se quedaba mirando pasar a la gente. Detrás de ella iba amasándose poco a poco la oscuridad. Enfrente, las tiendas se iluminaban de improviso. La calle se llenaba de gente y de luces y la mujer se perdía en una contemplación sin fin. Aquella tarde un hombre había aparecido tras ella, la había arrastrado, maltratado, y luego había huido al oír ruidos. Ella no había visto nada y se desmayó. Estaba acostada cuando llegó el hijo. Siguiendo el consejo del médico, decidió pasar la noche junto a su madre. Se tendió en la cama a su lado, vestido. Era verano. El miedo del drama reciente persistía en la habitación recalentada. Le llegaba ruido de pasos y de puertas que rechinaban. En el aire pesado flotaba el olor de vinagre con que habían refrescado a la enferma. Ella, por su parte, se agitaba, gimoteaba y a veces se sobresaltaba bruscamente. Lo sacaba así de breves somnolencias de las que surgía empapado de sudor, ya alerta... Y en las que tornaba a caer, pesadamente, después de echar una

mirada al reloj, en el que bailaba, tres veces repetida, la llama de la lamparilla. Sólo después se dio cuenta de hasta qué punto habían estado solos aquella noche. Solos contra todos. Los «otros» dormían a la hora en que los dos respiraban la fiebre. En aquella vieja casa todo parecía entonces hueco. Al alejarse, los tranvías de media noche drenaban toda la esperanza que nos viene de los hombres, todas las certezas que nos da el ruido de las ciudades. En la casa resonaba aún el estrépito de su paso y gradualmente todo se extinguía. Sólo quedaba un gran jardín de silencio en el que crecían a veces los gemidos atemorizados de la enferma. Nunca se había sentido tan fuera de lugar. El mundo se había disuelto y con él la ilusión de que la vida vuelve a comenzar todos los días. Ya no existía nada, estudios o ambiciones, preferencias gastronómicas o colores favoritos. Sólo existían la enfermedad y la muerte, en las que él se sentía hundido... Y, sin embargo, en el momento mismo en que el mundo se desmoronaba, él vivía. Y hasta había terminado por adormecerse, no, sin embargo, sin llevarse la imagen desesperante y tierna de una soledad de dos. Después, mucho después, se acordaría de aquel olor de sudor y de vinagre, de aquel momento en que había sentido los lazos que lo unían a su madre. Como si ella fuera la inmensa piedad de su corazón, extendida en torno suyo, hecha corporal, y desempeñando con aplicación, sin preocuparse por la impostura, el papel de una pobre anciana de destino conmovedor.

Ahora el fuego se recubre de ceniza en el hogar. Y siempre el mismo suspiro de la tierra. Una *derbouca* hace oír su canto primoroso. Una risueña voz femenina se le une. Avanzan luces en la bahía... Sin duda, son barcas de pesca que entran en la dársena. El triángulo de cielo que veo desde mi lugar está despojado de las nubes del día. Colmado de estrellas, se estremece bajo un hábito puro y las alas aterciopeladas de la noche baten lentamente en torno mío. ¿Hasta dónde llegará esta noche en la que ya no me pertenezco? Hay una virtud peligrosa en la palabra sencillez. Y esta noche comprendo que uno pueda

querer morir, porque, ante una transparencia de la vida, nada tiene ya importancia. Un hombre sufre y padece desdicha tras desdicha. Las soporta, se instala en su destino. Es estimado. Y luego una noche, nada: encuentra a un amigo al que ha querido mucho. Éste le habla distraídamente. Al volver a casa, el hombre se mata. La gente habla en seguida de disgustos íntimos y de dramas secretos. No. Si es absolutamente necesario encontrar una causa, ese hombre se ha matado porque un amigo le ha hablado distraídamente. Y así, cada vez que me ha parecido experimentar el sentido profundo del mundo, es su sencillez lo que siempre me ha trastornado. Aquella noche, mi madre y su extraña indiferencia. Otra vez, vivía yo en un hotelito de suburbio, solo con un perro, una pareja de gatos y sus crías, todos negros. La gata no podía alimentarlos. Uno a uno, todos los gatitos iban muriendo. Iban dejando la casa llena de porquería. Y al volver cada noche, encontraba otro tieso, y con el hocico desfigurado. Una noche encontré el último, a medias devorado por su madre. Ya olía mal. El olor de la muerte se mezclaba con el olor de la orina. Me senté entonces en medio de toda aquella miseria y, con las manos en las inmundicias, respirando aquel olor de podredumbre, miré largo rato la llama demente que brillaba en los ojos verdes de la gata, inmóvil en un rincón. Sí. Así me ocurre esta noche. Al llegar a un determinado grado de privación, ya nada conduce a nada; ni la esperanza ni la desesperación parecen fundadas, y la vida entera se reúne en una imagen. Pero, ¿por qué detenerse ahí? Sencillo, todo es sencillo en las luces de los faros, una verde, una roja, una blanca; en el frescor de la noche y en los olores de la ciudad y de la miseria que suben hasta mí. Si esta noche vuelve a mí la imagen de cierta niñez, ¿cómo no acoger la lección de amor y de pobreza que puedo sacar de ella? Puesto que esta hora es como un intervalo entre sí y no, dejo para otras horas la esperanza o el asco de vivir. Sí, recoger tan sólo la transparencia y la sencillez de los paraísos perdidos: en una imagen. Y así fue como, no hace



mucho tiempo, en una casa de un viejo barrio, un hijo fue a ver a su madre. Están sentados frente a frente, en silencio; pero sus miradas se encuentran:

«—¿Y entonces, mamá?

—Entonces, pues ya ves.

—¿Te aburres? No hablo mucho.

—¡Oh, tú nunca has hablado mucho!»

Y una hermosa sonrisa sin labios se le funde en el rostro. Es cierto. Nunca le había hablado; pero en verdad, ¿qué necesidad había de ello? Al callarse, la situación se aclaraba. Él su hijo, ella su madre. Ella puede decirle: «Ya sabes.»

Está sentada al pie del diván, con los pies juntos, las manos juntas, sobre las rodillas. Él, en la silla, la mira apenas y fuma sin cesar. Un silencio.

«—No deberías fumar tanto.

—Es verdad.»

Todos los olores del barrio suben por la ventana. El acordeón del café vecino, la circulación que se hace más intensa al atardecer, el olor de los pinchos de carne asada que se come entre panecillos elásticos, un niño que llora en la calle. La madre se levanta y toma su labor de punto. Tiene unos dedos gordos deformados por el artrismo. No trabaja con rapidez. Toma tres veces el mismo punto o deshace toda una hilera de puntos, con un sordo ronroneo.

«—Es un chaleco. Me lo pondré con un cuello blanco. Con eso y mi abrigo negro tendré ropa para pasar la estación.»

La anciana se levanta para encender la luz.

«—Ahora oscurece temprano.»

Era verdad. Había pasado ya el verano y todavía no había llegado el otoño. En el cielo suave, todavía gritaban algunos vencejos.

«—¿Volverás pronto?

—Pero si todavía no me he marchado. ¿Por qué hablas de eso?

—No, era por decir algo.»

Pasa un tranvía. Un automóvil.

«—¿Es cierto que me parezco a mi padre?

—Oh, la estampa misma de tu padre. Claro está que no lo conociste. Tenías seis meses cuando murió. ¡Pero si tuvieras un bigotito!...»

Él ha hablado de su padre sin convicción. Ningún recuerdo, ninguna emoción. Sin duda, era un hombre como tantos otros. Por lo demás, se había marchado con gran entusiasmo. En el Marne le abrieron el cráneo. Ciego y agonizante durante una semana. Su nombre inscrito en el monumento a los muertos de su comuna.

«—En el fondo, dice ella, es mejor así. Habría vuelto ciego o loco. Entonces, el pobre...

—Es verdad.»

Y qué otra cosa podría retenerle en ese cuarto, sino la certeza de que siempre es mejor así, el sentimiento de que toda la absurda sencillez del mundo se ha refugiado en esa habitación.

«¿Volverás?, preguntó la anciana. Sé bien que tienes trabajo. Sólo que de vez en cuando...»

Pero ahora, ¿dónde estoy? ¿Y cómo separar este café vacío de aquel cuarto del pasado? Ya no sé si vivo o si recuerdo. Las luces de los faros están allí y el árabe que se incorpora frente a mí me dice que va a cerrar. Tengo que marcharme. No quiero ya bajar por esta cuesta, tan peligrosa. Ciertamente es que miro una última vez la bahía y sus luces, que lo que sube entonces hasta mí no es la esperanza de días mejores, sino una indiferencia serena y primitiva por todo y por mí mismo. Pero debo quebrar esta curva demasiado blanda y demasiado fácil. Tengo necesidad de mi lucidez. Sí, todo es sencillo. Son los hombres los que complican las cosas. Que no nos vengan con líos. Que no nos digan del condenado a muerte: «Va a pagar la deuda que tiene con la sociedad», sino: «Van a cortarle el cuello.» Eso no cambia nada; pero así y todo hay una pequeña diferencia. Y además, hay gente que prefiere mirar su destino cara a cara.

## *Con la muerte en el alma*

Llegué a Praga a las seis de la tarde. En seguida llevé mis maletas a la consigna. Disponía aún de dos horas para buscar un hotel. Y me sentía henchido de un extraño sentimiento de libertad, porque mis dos maletas ya no me pesaban en los brazos. Salí de la estación, pasé ante unos jardines y, de pronto, me encontré en plena avenida Wenceslao, llena de gente a esa hora. Alrededor de mí, un millón de seres que habían vivido hasta ese momento sin que nada hubiera transpirado de su existencia para mí. Vivían. Yo me encontraba a millares de kilómetros del país familiar. No comprendía su idioma. Todos iban muy de prisa. Al pasarme, todos se apartaban de mí. Me dejé arrastrar por la corriente.

Tenía poco dinero. Lo suficiente para vivir seis días; pero al cabo de ese tiempo unos amigos vendrían a reunirse conmigo. Sin embargo, la inquietud también me asaltó sobre este punto. Me puse, pues, a buscar un hotel económico. Me encontraba en la ciudad nueva y todos los que veía rutilaban de luces, risas y mujeres. Apreté el paso. Algo en mi carrera precipitada se parecía ya a una fuga. Hacia las ocho, sin embargo, fatigado, llegué a la ciudad vieja. Allí me sedujo un hotel de apariencias modesta y entrada pequeña. Entro. Relleno la ficha. Tomo la llave. Tengo la habitación número 34, en el tercer piso. Abro la puerta y me encuentro en un cuarto muy lujoso.

Busco la indicación del precio: es dos veces más elevado de lo que pensaba. La cuestión del dinero se hace espinosa. Tendré que vivir pobremente en esta gran ciudad. La inquietud, aún indiferenciada un rato antes, se precisa. Estoy incómodo. Me siento hueco, vacío. Sin embargo, tengo un momento de lucidez: siempre se me ha atribuido, con razón o sin ella, la mayor indiferencia hacia el dinero. ¿Qué tiene que ver aquí esta estúpida aprensión? Pero la mente ya está en marcha. Hay que comer. Andar otra vez por las calles y buscar el restaurante económico. No debo gastar más de diez coronas en cada comida. De todos los restaurantes que veo, el menos caro es también el menos acogedor. Paso y vuelvo a pasar. En el interior, terminan por advertir mis movimientos: tengo que entrar. Es un bodegón muy oscuro, pintado con frescos pretenciosos. El público es bastante heterogéneo. En un rincón, unas muchachas fuman y hablan con gravedad. Hay hombres que comen, la mayor parte sin edad y sin color. El camarero, un gigante con un esmoquin grasiento, se acerca a mí con un rostro inexpresivo. Rápidamente, al azar, indico en la carta, incomprensible para mí, un plato. Pero parece que la cosa merece una explicación. Y el camarero me interroga en checo. Respondo con el poco alemán que sé. Él no sabe alemán. Me pongo nervioso. Llama a una de las muchachas, que se acerca en una actitud clásica, con la mano izquierda apoyada en la cadera, el cigarrillo en la derecha y una sonrisa húmeda. Se sienta a mi mesa y me interroga en un alemán que me parece tan malo como el mío. Todo queda explicado. El camarero quería alabarme el plato del día. Acomodaticio, acepto el plato del día. La muchacha me habla, pero ya no le entiendo. Naturalmente, digo sí, con mi aire más convencido. Pero estoy aquí. Todo me exaspera, vacilo, no tengo hambre. Y siempre ese pinchazo doloroso en mí y el vientre oprimido. Le invito a una caña como está mandado. Llega el plato del día y me como una mezcla de sémola y de carne, repugnante por una cantidad inverosímil de cominos. Pero pienso en otra cosa, mejor dicho,

en nada, mientras miro fijamente la carnosa y riente boca de la mujer que tengo frente a mí. ¿Cree que me gusta? Ya está junto a mí, se pone insinuante. Un gesto maquinal mío la contiene. (Era fea. Muchas veces pensé que si aquella muchacha hubiera sido hermosa me habría librado de todo lo que siguió.) Tenía miedo de ponerme malo allí, en medio de aquella gente dispuesta a echarse a reír. Más aún de estar solo en la habitación del hotel, sin dinero y sin ardor, reducido a mí mismo y a mis miserables pensamientos. Todavía hoy me pregunto, con fastidio, cómo pudo salir de mí el ser hosco y cobarde que yo era entonces. Me marché. Anduve por la ciudad vieja, pero, incapaz de permanecer más tiempo frente a mí mismo, corrí hasta el hotel, me acosté y esperé el sueño, que llegó casi en seguida.

Todo país en el que no me aburro es un país que no me enseña nada. Con frases como ésta procuraba reanimarme. Pero ¿describiré los días que siguieron? Volví a mi restaurante. Por la mañana y por la noche soporté los horribles platos saturados de cominos, que me provocaban náuseas. Luego, me pasaba todo el día con unas continuas ganas de vomitar. Pero no cedía a ello, sabiendo que tenía que alimentarme. Por lo demás, ¿qué era eso comparado con lo que habría tenido que soportar si hubiera probado un nuevo restaurante? En aquél por lo menos me «reconocían». Me sonreían, si bien no me hablaban. Por otra parte, la angustia iba ganando terreno. Pensaba demasiado en esa punta aguda que tenía metida en el cerebro. Decidí organizar mis días y establecer aquí y allá puntos de apoyo. Permanecía en la cama hasta lo más tarde posible y reducía consecuentemente mis días. Me arreglaba y luego salía a explorar metódicamente la ciudad. Me perdía en las suntuosas iglesias barrocas, procurando encontrar en ellas una patria. Pero salía de allí más vacío y más desesperado por aquella conversación decepcionante conmigo mismo. Erraba a lo largo del Moldava, cortado por diques borboteantes. Me pasaba horas desmesuradas en el inmenso barrio del Hradchin,

solitario y silencioso. A la sombra de su catedral y de sus palacios, mi paso solitario resonaba por las calles a la hora del crepúsculo. Al darme cuenta de esto, me sobreco-gía otra vez el pánico. Cenaba temprano y me acostaba a las ocho y media. El sol me arrancaba de mí mismo. Iglesias, palacios y museos. Procuraba calmar mi angustia en todas las obras de arte. Truco clásico: quería disolver mi sublevación en la melancolía. Pero en vano. Tan pronto como salía, era un extraño. Sin embargo, una vez, en un claustro barroco, situado en la extremidad de la ciudad, la dulzura de la hora, las campanas que doblaban lentamente, los grupos de palomas que alzaban el vuelo desde la vieja torre, también algo como un perfume de hierbas y de nada, hicieron nacer en mí un silencio poblado de lágrimas, que me puso a dos dedos de la liberación. Y al volver a mi cuarto aquella noche, escribí de un tirón lo que sigue y que ahora transcribo con fidelidad, porque en su mismo énfasis vuelvo a encontrar la complejidad de lo que entonces sentía: «¿Qué otro provecho puede pretenderse del viaje? Aquí estoy a cuerpo limpio, en la ciudad en la que no sé leer los letreros, caracteres extra-ños en los que no encuentro nada familiar, sin amigos a quienes hablar, en fin, sin diversiones. Sé que nada pue-de sacarme de esta habitación a la que llegan los ruidos de una ciudad extranjera, para conducirme hacia la luz más delicada de un hogar o de un lugar amado. ¿Llama-ré, gritaré? Aparecerán rostros extraños. Iglesias, oro e in-cienso, todo me rechaza en una vida cotidiana en la que mi angustia da su precio a cada cosa. Y he aquí que el te-lón de las costumbres, el cómodo tejido de los gestos y de las palabras en que el corazón se amodorra, se levanta lentamente y termina por descubrir el rostro lívido de la inquietud. El hombre está frente a frente consigo mismo: le desafío a que sea feliz... Y sin embargo es por ahí por donde el viaje le ilumina. Se produce un gran desacuer-do entre él y las cosas. En ese corazón menos sólido, la música del mundo entra más fácilmente. En esa gran desnudez, en suma, el más mínimo árbol aislado se con-

vierte en la más tierna y la más frágil de las imágenes. Obras de arte y sonrisas de mujeres, razas de hombres plantadas en su tierra y monumentos en que se resumen los siglos, todo ello constituye un conmovedor y sensible paisaje que el viaje revela. Y luego, al terminar el día, esta habitación de hotel en la que algo me abre de nuevo el apetito, como si fuera hambre del alma.» Pero, ¿tendré que confesar que todo eso no eran sino historias para adormecerme? Y ahora bien puedo decirlo, lo que me queda de Praga es ese olor de pepinillos en vinagre, que venden en todas las esquinas de las calles para comer de-prisa, y cuyo perfume agrio y picante suscita mi angustia y la reforzaba desde el momento en que salía del hotel. Eso y acaso también cierta melodía de acordeón. Bajo mis ventanas un ciego manco, sentado sobre el instru-mento, lo sostenía con una nalga y lo manejaba con la mano que le quedaba. Era siempre el mismo aire pueril y tierno, que me despertaba por las mañanas para colocar-me bruscamente en la realidad sin decorados en la que me agitaba.

Recuerdo aún que a orillas del Moldava me detenía de pronto y, cautivado por aquel olor o aquella melodía, y proyectado por entero fuera de mí mismo, me decía en voz baja: «¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?» Pero evidentemente no había llegado aún a los confines. Al cuarto día, por la mañana, hacia las diez, me preparaba para salir. Quería ver cierto cementerio judío que no ha-bía conseguido encontrar el día anterior. Alguien llamó a la puerta de una habitación vecina. Después de un mo-mento de silencio llamaron de nuevo. Esta vez largamen-te, pero por lo visto en vano. Un pesado paso bajó los pisos. Sin prestar atención, con la mente en blanco, perdí algún tiempo en leer el prospecto de un jabón de afeitar que venía usando desde un mes atrás. El día era pesado. Desde el cielo nublado, una luz cobriza descendía hasta las agujas y las cúpulas de la vieja Praga. Los vendedores de diarios anunciaban, como todas las mañanas, el *Narodni Politika*. Me arranqué con esfuerzo del sopor que

me invadía. Pero en el momento de salir, me crucé con el camarero del piso, armado de llaves. Me detuve. Él llamó de nuevo, largamente, e intentó abrir. Nada. Debía de estar corrido el cerrojo interior. Nuevas llamadas. La habitación sonaba a hueco y de manera tan lúgubre que, sintiéndome oprimido, me marché sin querer saber nada. Pero en las calles de Praga me vi perseguido por un doloroso presentimiento. ¿Cómo iba a olvidar la simplona expresión del camarero, sus zapatos de charol torcidos de extraña manera, y el botón que le faltaba en la chaqueta? Por fin almorcé, pero con un asco creciente. Hacia las dos volví al hotel.

En el vestíbulo el personal cuchicheaba. Subí rápidamente los pisos para encontrarme en seguida frente a lo que esperaba. Era eso, claro. La puerta de la habitación estaba entreabierta, de manera que sólo se veía de ella una pared pintada de azul. Pero la luz difusa de la que hablé más arriba proyectaba sobre esa pantalla la sombra de un muerto tendido en la cama y la de un agente de policía que montaba guardia junto al cadáver. Las dos sombras se recortaban en ángulo recto. Aquella luz me trastornó. Era una luz auténtica, una verdadera luz de vida, de una tarde de vida, una luz que hace que uno se dé cuenta de que vive. Él estaba muerto. Solo en su cuarto. Yo sabía que no era un suicida. Entré precipitadamente en mi habitación y me tiré en el lecho. Un hombre como muchos otros, bajo y grueso, si me fiaba de la sombra. Evidentemente hacía mucho que estaba muerto. Y la vida había continuado en el hotel, hasta que al camarero se le ocurrió llamar a aquella puerta. Había llegado allí sin sospechar nada. Y se había muerto solo. Yo, durante ese tiempo leía el prospecto de mi jabón de afeitar. Pasé la tarde entera en un estado que me resultaría difícil describir. Me quedé tumbado, con la cabeza vacía y el corazón extrañamente oprimido. Me arreglaba las uñas, contaba las ranuras del piso. «Si puedo contar hasta mil...» Al llegar a cincuenta o sesenta, fracasaba. No podía seguir. En

una ocasión, en el pasillo, una voz ahogada, una voz de mujer, dijo en alemán: «Era tan bueno.» Entonces pensé desesperadamente en mi ciudad, a orillas del Mediterráneo, en las tardes de verano, que me gustan tanto, muy suaves en medio de la luz verde, y llenas de mujeres jóvenes y hermosas. Desde días atrás no había pronunciado una sola palabra y el corazón me estallaba de sublevaciones y gritos contenidos. Habría llorado como un niño si alguien me hubiera abierto los brazos. Al caer la tarde, roto de cansancio, miraba perdidamente el picaporte de mi puerta, con la cabeza vacía y oyendo un aire popular de acordeón. En aquel momento no podía ir más allá. Ya no había país, ni ciudad, ni habitación ni nombre, locura o conquista, humillación o inspiración. ¿Iba a saber o a consumirme? Llamaron a la puerta y mis amigos entraron. Estaba salvado, aunque frustrado. Creo que dije: «Estoy contento de volver a veros.» Pero estoy seguro de que mis confesiones se detuvieron ahí y de que, a sus ojos, yo era el mismo hombre que habían dejado tiempo atrás.

Poco después salí de Praga. Y desde luego me interesó lo que vi a continuación. Podría consignar una determinada hora en el pequeño cementerio gótico de Bautzen, el rojo vivo de sus geranios y la mañana azul. Podría hablar de las anchas llanuras de Silesia, despiadadas e ingratas. Las atravesé al amanecer. Un vuelo pesado de pájaros surcaba la mañana brumosa y espesa, por encima de la tierra pegajosa. También me gustó Moravia, tierna y grave, sus puras lontananzas, sus caminos bordeados de ciruelos de frutos agrios. Pero en el fondo de mí conservaba el aturdimiento de quien miró demasiado un precipicio sin fondo. Llegué a Viena, de la que salí al cabo de una semana, y seguí prisionero de mí mismo.

Sin embargo, en el tren que me llevaba de Viena a Venecia, esperaba algo. Era como un convaleciente alimentado con caldos y que piensa en lo que será comer la pri-

mera corteza de pan. Nacía una luz. Ahora lo sé: estaba dispuesto para la felicidad. Hablaré sólo de los seis días que viví en una colina cerca de Vicenza. Allí estoy todavía. O mejor dicho, vuelvo a encontrarme allí a veces. Y a menudo todo aquello me es devuelto en un perfume de romero.

Entro en Italia. Tierra hecha para mi alma, reconozco una a una las señales de su proximidad. Las primeras casas de tejas escamosas, las primeras viñas puestas contra una pared, que la sulfatación ha azulado. Las primeras ropas blancas tendidas en los patios, el desorden de las cosas, el desaliño de los hombres. Y el primer ciprés (tan delgado y sin embargo tan recto), el primer olivo, la higuera polvorienta. Plazas llenas de sombras de las pequeñas ciudades italianas, mediodías en que las palomas buscan un refugio, lentitud y pereza. Al alma se le gastan allí sus rebeliones. La pasión se encamina gradualmente hacia las lágrimas. Y luego, ahí está Vicenza. Aquí los días giran sobre sí mismos, desde el despertar de la mañana, henchida del grito de los gallos, hasta este atardecer sin igual, suave y tierno, sedoso tras de los cipreses, y medido largamente por el canto de las cigarras. Este silencio interior que me acompaña nace de la lenta marcha que lleva el día a este otro día. ¿Qué otra cosa puedo desear sino esta habitación que se abre a la llanura, con sus muebles antiguos y sus encajes? Tengo frente a mí todo el cielo y ese giro de los días me parece que podría seguirlo sin cesar, inmóvil, girando con ellos. Respiro la única felicidad de que soy capaz... una conciencia atenta y amistosa. Me paseo durante todo el día: desde la colina bajo hacia Vicenza o bien voy más allá, por el campo. Cada ser que encuentro, cada olor de ese camino es un pretexto para amar sin medida. Mujeres jóvenes que cuidan una colonia de vacaciones, la trompeta de los vendedores de helados (su vehículo es una góndola montada sobre ruedas y provista de varas), los puestos de frutas, las sandías rojas de semillas negras, las uvas translúcidas. Son otros tantos puntos de apoyo para quien ya no sabe

estar solo \*. Pero la flauta agria y tierna de las cigarras, el perfume de las aguas y de las estrellas que se muestran en las noches de septiembre, los caminos olorosos entre los lentiscos y las cañas, son tantos signos de amor para quien se ve obligado a estar solo \*. Así pasan los días. Después del deslumbramiento de las horas plenas de sol, llega el atardecer en el decorado espléndido que le presta el oro del crepúsculo y el negro de los cipreses. Avanzo entonces por el camino hacia las cigarras que se oyen de tan lejos. A medida que avanzo, una a una las cigarras ponen su canto en sordina; luego se callan. Ando con paso lento oprimido por tanta belleza ardiente. Una a una, detrás de mí, las cigarras inflan la voz. Luego cantan: un misterio en ese cielo del que se derraman la indiferencia y la belleza. Y a la última luz del día, leo en la fachada de un chalet: «*In magnificencia, Naturae, resurgit spiritus.*» Es ahí donde hay que detenerse. Aparece ya la primera estrella. Luego tres luces sobre la colina de enfrente. La noche que cae súbitamente sin que nada la haya anunciado, un murmullo y una brisa en los arbustos que están detrás de mí. El día ha huido, dejándome su dulzura.

Desde luego, yo no había cambiado, es que ya no estaba solo. En Praga me ahogaba entre paredes. Aquí estaba ante el mundo y, proyectado en torno mío, poblaban yo el universo de formas semejantes a mí. Pues todavía no he hablado del sol. Así como me llevó mucho tiempo comprender mi apego y mi amor por el mundo de pobreza en que transcurrió mi infancia, sólo ahora entreveo la lección del sol y del país en que nací. Poco antes de mediodía salía y me encaminaba hacia un punto que conocía y que dominaba la inmensa llanura de Vicenza. El sol estaba casi en el cenit. El cielo era de un azul intenso y aéreo. Toda la luz que caía de él bajaba la cuesta de las colinas, vestía los cipreses y los olivos, las

---

\* Es decir, todo el mundo.

casas blancas y los tejados rojos, y luego iba a perderse en la llanura que humeaba al sol. Y cada vez era el mismo desamparo. En mí, la sombra horizontal del hombrecito bajo y rechoncho. Y esas llanuras que remolineaban al sol y en el polvo, esas colinas peladas y cubiertas de hierbas quemadas, me ponían en contacto con una forma despojada y sin atractivos de ese gusto de la nada que llevaba en mí. Este país me rebotaba a mi más profunda mismidad y me colocaba frente a mi angustia secreta. Pero era la angustia de Praga y no era. ¿Cómo explicarlo? Ciertamente, ante esta llanura italiana, poblada de árboles, de sol y de sonrisas, percibí mejor que en otros lugares el olor de muerte y de inhumanidad que me perseguía desde hacía un mes. Sí, esa plenitud sin lágrimas, esa paz sin alegría que me colmaba, todo eso no era sino una conciencia muy nítida de lo que no recordaba: de un renunciamiento y de un desinterés. Como el que va a morir y que lo sabe no se interesa por la suerte de su mujer, salvo en las novelas. El tal realiza la vocación del hombre, que es ser egoísta, es decir, desesperado. Para mí no hay ninguna promesa de inmortalidad en este país. ¿Qué me importa revivir en mi alma, sin ojos para ver a Vicenza, sin manos para tocar las uvas de Vicenza, sin piel para sentir la caricia de la noche en el camino que va del Monte Berico a la villa Valmarana?

Sí, todo esto era cierto. Pero al mismo tiempo entraba en mí con el sol algo que no sabría describir bien. En este punto extremo de conciencia extrema, todo se inunda y mi vida se me presenta como algo que había que rechazar o aceptar en bloque. Tenía necesidad de una magnitud. La encontraba en la comparación de mi desesperación profunda con la indiferencia secreta de uno de los más hermosos paisajes del mundo. De ahí obtenía la fuerza para ser animoso y consciente a la vez. Era demasiado para mí, algo tan difícil y tan paradójico. Pero acaso haya exagerado algo lo que entonces sentí con tanta precisión. Por lo demás, retorno a menudo a Praga y a los días mortales que allí viví. He vuelto a mi ciudad.

A veces, sólo un olor agrio de pepinos y vinagre viene a despertar mi inquietud. Entonces tengo que pensar en Vicenza. Pero las dos me son caras y no me es difícil separar mi amor por la luz y la vida, de mi secreto apego por la experiencia desesperada que he querido describir. Está claro, y yo no quiero decidirme. En los suburbios de Argel hay un pequeño cementerio de puertas de hierro negro. Si se recorre hasta el fin, se descubre con el valle con la bahía al fondo. Se puede soñar largamente ante esta ofrenda que suspira con el mar. Pero cuando uno vuelve sobre sus pasos, encuentra una lápida. «Sentimientos de eterno pesar», en una tumba abandonada. Afortunadamente, quedan los idealistas para arreglar las cosas.

## *Amor a la vida*

Por la noche, en Palma, la vida refluye lentamente hacia el barrio de los cafés cantantes, detrás del mercado: calles negras y silenciosas hasta el momento en que se llega frente a las puertas de persianas por las que se filtran la luz y la música. Pasé casi toda una noche en uno de esos cafés. Era una salita muy baja, rectangular, pintada de verde y adornada con guirnalda rosadas. El techo de madera estaba cubierto de minúsculas bombillas rojas. En ese pequeño espacio se habían encajado milagrosamente una orquesta, un bar de botellas multicolores y el público, apretujado a más no poder, codo a codo. Había sólo hombres. En el centro, dos metros cuadrados de espacio libre. Vasos y botellas corrían hasta los cuatro rincones de la sala, llevados por el camarero. Todos allí habían perdido la conciencia de sus actos. Todos gritaban. Una especie de oficial de marina me eructaba, en el rostro, cumplidos cargados de alcohol. En mi mesa, un enano sin edad me contaba su vida. Pero yo estaba demasiado tenso para escucharle. La orquesta tocaba sin tregua melodías de las que sólo se distinguía el ritmo, porque todos los pies llevaban el compás. A veces se abría la puerta. En medio de alaridos se acomodaba a los recién llegados, entre dos sillas \*.

---

\* Hay cierta soltura en la alegría, que define la verdadera civiliza-



Sonó de pronto un golpe de címbalo y una mujer saltó bruscamente al exiguo círculo del centro del cabaret. «Veintiún años», me dijo el oficial. Me quedé estupefacto. Era el rostro de una muchacha, pero esculpido en una montaña de carne. Mediría como un metro ochenta. Enorme, debía de pesar unas trescientas libras. Con las manos en las caderas, vestida con una malla amarilla que hinchaba un damero de carne blanca, sonreía; y las comisuras de la boca difundían hacia las orejas una serie de pequeñas ondulaciones de carne. En la sala, la excitación ya no tenía límites. Se notaba que esa muchacha era allí conocida, amada, esperada. Ella no cesaba de sonreír. Paseó la mirada por el público, y, siempre silenciosa y sonriente, hizo ondular el vientre hacia adelante. La sala bramó, luego reclamó una canción que parecía conocida. Era un cante andaluz, gangoso, cuyo ritmo marcaba sordamente la batería a cada tres compases. La muchacha cantaba, y en cada movimiento imitaba los del amor con todo su cuerpo. En ese movimiento monótono y apasionado, verdaderas olas de carne nacían en sus caderas e iban a morir en sus hombros. La sala estaba atónita. Pero en el estrillido, la muchacha, girando sobre sí misma mientras se sostenía los senos con las manos y abría la boca roja y húmeda, volvió a entonar la melodía, a coro con la sala, hasta que todo el mundo se levantó en medio de un gran tumulto.

Ella, plantada en el centro, pegajosa de sudor, despeinada, erguía sus macizas formas, hinchadas en la malla amarilla. Como una diosa inmunda saliendo de las aguas, con la frente bestial y estrecha, los ojos vacíos, vivía tan sólo en un tenue estremecimiento de las rodillas, como el de los caballos después de la carrera. En medio de la alegría trepidante que la rodeaba, era como la imagen innoble y exaltante de la vida, con la

---

ción. Y el pueblo español es uno de los pocos de Europa realmente civilizados.

desesperación de sus ojos vacíos y el sudor espeso en su vientre.

Sin los cafés y los diarios, sería difícil viajar. Una hoja impresa en nuestro idioma, un lugar en el que, por la noche, procuramos codearnos con hombres, nos permiten imitar en un ademán familiar al hombre que éramos en nuestro país y que, a distancia, nos parece tan extraño. Pues lo que da valor al viaje es el miedo. El viaje quiebra en nosotros una especie de decorado interior. Ya no es posible hacer trampas..., enmascararse detrás de las horas de oficina y de taller (esas horas contra las cuales protestamos con tanta vehemencia y que nos defienden con tanta seguridad del sufrimiento de estar solos). Por eso siempre tengo ganas de escribir novelas en que mis héroes dijeran: «¿Qué sería de mí sin mis horas de oficina?» O bien: «Ha muerto mi mujer; pero afortunadamente tengo que despachar para mañana una nutrida correspondencia.» El viaje nos quita ese refugio. Lejos de los nuestros, de nuestra lengua, separados de todos nuestros apoyos, privados de nuestras máscaras (no conocemos siquiera las tarifas de los tranvías, y todo es así), nos encontramos por entero en la superficie de nosotros mismos. Pero también, al sentirnos el alma enferma, damos a cada ser, a cada objeto, su valor de milagro. Una mujer que baila sin pensar, una botella sobre la mesa, entrevista detrás de una cortina: cada imagen se convierte en un símbolo. La vida no parece reflejarse en él por entero, en la medida en que nuestra vida se resume en ese momento en él. Sensible a todos los dones, ¿cómo expresar las embriagueces contradictorias de que podemos gozar (hasta la de la lucidez)? Y acaso nunca ninguna región sino el Mediterráneo, me haya llevado a la vez tan lejos y tan cerca de mí mismo.

Evidentemente, de allí provenía mi emoción del café de Palma. Pero, en cambio, a mediodía, en el barrio desierto de la catedral, entre viejos palacios de frescos patios, en las calles de los olores de sombra, lo que me ad-

miraba era la idea de «lentitud». No había nadie en aquellas calles. En los miradores, viejas mujeres inmóviles. Y al andar a lo largo de las casas, deteniéndome en los patios llenos de plantas verdes y pilares redondos y grises, me fundía con ese olor de silencio, perdía mis límites, no era sino el sonido de mis pasos o ese vuelo de pájaros cuya sombra veía en lo alto de los muros todavía soleados. Pasaba también largas horas en el pequeño claustro gótico de San Francisco. Su fina y preciosa columnata relucía con ese hermoso amarillo dorado que tienen los viejos monumentos de España. En el patio, adelfas, falsos pimenteros, un pozo de hierro forjado del que pendía un largo cucharón de metal oxidado. Los transeúntes bebían allí. A veces recuerdo aún el sonido claro que ese cucharón hacía al tornar a caer sobre la piedra del pozo. Sin embargo, no fue la dulzura de vivir lo que ese claustro me enseñó. En el seco batir de las alas de las palomas, en el silencio súbitamente agazapado en medio del jardín, en el chirriar aislado de la cadena del pozo, encontraba yo un sabor nuevo y, no obstante, familiar. Yo estaba lúcido y sonreía frente a este juego único de las apariencias. Me parecía que un ademán habría rajado aquel cristal en que sonreía el rostro del mundo. Iba a deshacerse algo, a morir el vuelo de las palomas, y cada una de ellas iba a caer lentamente con sus alas desplegadas. Sólo mi silencio y mi inmovilidad hacían plausible lo que tanto se parecía a una ilusión. Yo entraba en el juego. Sin dejarme engañar, me prestaba a las apariencias. Un hermoso sol dorado calentaba suavemente las piedras amarillas del claustro. Una mujer sacaba agua del pozo. Dentro de una hora, un minuto, un segundo, en ese instante tal vez, todo podía desmoronarse. Y sin embargo el milagro continuaba. El mundo proseguía, púdico, irónico y discreto (como ciertas formas dulces y reservadas de la amistad de las mujeres). Continuaba un equilibrio, coloreado, sin embargo, por toda la aprensión de su propio fin.

Allí estaba todo mi amor a la vida: una pasión silenciosa por lo que acaso iba a escapárseme, una amargura bajo una llama. Todos los días abandonaba yo aquel claustro como arrancado de mí mismo, inscrito por un breve instante en la duración del mundo. Y sé muy bien por qué pensaba entonces en los ojos sin mirada de los Apolos dóricos o en los personajes ardientes y estáticos de Giotto \*. Es que en ese momento yo comprendía verdaderamente lo que podían aportarme semejantes países. Me admira que puedan encontrarse, a orillas del Mediterráneo, certezas y reglas de vida, que el hombre satisfaga en ellas su razón y que por ellas justifique un optimismo y un sentido social. Porque lo que entonces me llamaba la atención no era un mundo hecho a la medida del hombre, sino un mundo que se cerraba sobre el hombre. No, si el lenguaje de esos países era acorde con lo que resonaba profundamente en mí, no lo era porque respondiera a mis preguntas, sino porque las hacía inútiles. No eran acciones de gracias las que podían subirme a los labios, sino esa Nada que sólo pudo nacer ante paisajes aplastados por el sol. No hay amor a la vida sin desesperación de vivir.

En Ibiza, iba todos los días a sentarme en los cafés que jalonan el puerto. Alrededor de las cinco de la tarde, los jóvenes del lugar se pasean en dos filas a lo largo del muelle. De ahí surgen los matrimonios y ahí se hace toda la vida. No puede uno dejar de pensar que hay cierta grandeza en el hecho de comenzar de esta manera la vida ante todo el mundo. Me sentaba allí un poco aturrido todavía por el sol del día, llenos los ojos de iglesias blancas y de muros enjalbegados, de campiñas secas y de olivos hirsutos. Bebía una horchata dulzona, contemplaba la curva de las colinas que, frente a mí, bajaban suavemente hacia el mar. El atardecer se hacía verdoso. En la

---

\* La decadencia de la escultura griega y la dispersión del arte italiano comienzan con la aparición de la sonrisa y de la mirada. Como si la belleza cesara donde comienza el espíritu.

más elevada de las colinas, la última brisa hacía girar las aspas de un molino. Y, por un milagro natural, todos bajaban la voz, de manera que ya no existía más que el cielo, y palabras cantarinas que subían hacia él, pero que se oían como si vinieran de muy lejos. En ese breve instante de crepúsculo reinaba algo de fugaz y melancólico, sensible no a un hombre solamente sino a todo un pueblo. Yo, por mi parte, tenía ganas de amar como se tienen ganas de llorar. Me parecía que cada hora de mi sueño sería robada en adelante a la vida..., es decir, al tiempo del deseo sin objeto. Como en esas horas vibrantes de cabaret de Palma y de claustro de San Francisco, me quedaba inmóvil y tenso, sin fuerzas para resistir aquel inmenso impulso que quería poner el mundo en mis manos.

Sé que me equivoco, que hay que ponerse límites. Sólo con esta condición se crea. Pero no hay límites para amar, y ¿qué me importa estrechar mal, si puedo abrazarlo todo? En Génova hay mujeres cuya sonrisa amé durante toda una mañana. No volveré a verlas, evidentemente, nada es más simple. Pero las palabras no podrán cubrir la llama de mi pena. Pequeño pozo del claustro de San Francisco, en él contemplaba yo el vuelo de las palomas y me olvidaba de mi sed. Pero siempre llegaba un momento en que mi sed renacía.

### *El revés y el derecho*

Era una mujer original y solitaria. Mantenía estrecho comercio con los espíritus, abrazaba las querellas de éstos y se negaba a ver a ciertas personas de su familia, mal consideradas en el mundo en que ella se refugiaba.

Le tocó una pequeña herencia que le venía de la hermana. Aquellos cinco mil francos, llegados al fin de una vida, resultaron bastante embarazosos. Había que invertirlos. Si casi todos los hombres son capaces de utilizar una gran fortuna, la dificultad comienza cuando la suma es pequeña. La mujer permaneció fiel a sí misma. Cerca ya de la muerte, quiso dar abrigo a sus viejos huesos. Se le ofreció una verdadera oportunidad. En el cementerio de la ciudad acababa de expirar una concesión, y en ese terreno los propietarios habían levantado un suntuoso panteón, sobrio de líneas, de mármol negro, un verdadero tesoro, en verdad, que le dejaban por la suma de cuatro mil francos. Ella compró el panteón. Era valor seguro, independiente de las fluctuaciones de la bolsa y de los acontecimientos políticos. Hizo arreglar la fosa interior y la mantuvo lista para recibir su cuerpo. Una vez terminadas las obras, mandó grabar su nombre en letras mayúsculas de oro.

Le causó tanta satisfacción todo aquello que llegó a concebir un verdadero amor por su tumba. Al principio iba a ver la marcha de las obras. Y luego terminó por vi-

sitarse todos los domingos por la tarde. Era ésa su única salida y su única distracción. Hacia las dos de la tarde, recorría el largo trayecto que la llevaba a las puertas de la ciudad donde se hallaba el cementerio. Entraba en el pequeño panteón, cerraba cuidadosamente la puerta y se arrodillaba en el reclinatorio. De esta manera, puesta en presencia de sí misma, comparando lo que ella era y lo que iba a ser, encontrando el eslabón de una cadena siempre rota, penetró sin esfuerzo en los secretos designios de la Providencia. Por un símbolo singular, llegó a comprender un día que estaba muerta a los ojos del mundo. El día de los santos, en que llegó más tarde que de costumbre, encontró el umbral de la puerta piadosamente adornado con violetas. Por una delicada atención, unos desconocidos, apiadados ante aquella tumba sin flores, habían compartido las suyas y honrado la memoria de aquel muerto abandonado a sí mismo.

Y ahora torno a pensar en esas cosas. Sólo veo los muros del jardín que se extiende al otro lado de la ventana. Y las pocas hojas entre las que se filtra la luz. Más arriba hay también hojas. Y más arriba aún está el sol. Pero de todo ese júbilo del aire que se siente afuera, de toda esa alegría difundida por el mundo, sólo distingo las sombras de las ramas que juegan en mis cortinas blancas. También cinco rayos de sol que derraman pacientemente en la pieza un perfume de hierbas secas. Una brisa, y las sombras se animan en la cortina. Si una nube cubre y luego descubre el sol, emerge de la sombra el amarillo desbordante de este jarrón de mimosas. Eso basta: nace una sola luz y yo me siento colmado de una alegría confusa y turbadora. Es una tarde de enero la que me pone así frente al reverso del mundo. Pero el frío queda en el fondo del aire. En todas partes una película de sol que se rompería entre las uñas, pero que reviste todas las cosas de una eterna sonrisa. ¿Quién soy yo? ¿Y qué puedo hacer sino entrar en el juego de las hojas y de la luz? Ser este rayo en el que mi cigarrillo se consume, esta tibieza y esta pasión discreta que respira en el aire. Es en el fon-

do de esta luz donde intento alcanzarme. Y si trato de comprender y de saborear este delicado sabor que revela el secreto del mundo, es a mí mismo a quien encuentro en el fondo del universo. Yo mismo, es decir, esta emoción extrema que me libera del decorado.

Hace un rato, otras cosas, los hombres y las tumbas que ellos compran. Pero dejadme recordar este minuto en el tejido del tiempo. Otros dejan una flor entre unas páginas y en ella encierran un paseo en el que el amor los rozó. Yo también me paseo, pero el que me acaricia es un dios. La vida es breve y es un pecado perder el tiempo. Dicen que soy activo. Pero ser activo también es perder tiempo en la medida en que uno se pierde. El día de hoy es un alto y mi corazón va al encuentro de sí mismo. Si una angustia aún me oprime es la de sentir cómo este instante impalpable se me va de entre los dedos como las perlas del mercurio. No me quejo, puesto que me veo nacer. A esta hora, todo mi reino es de este mundo. Este sol y estas sombras, este calor y este frío que viene del fondo del aire: ¿voy a preguntarme si algo muere y si los hombres sufren, puesto que todo está escrito en esta ventana en la que el cielo derrama la plenitud yendo al encuentro de mi piedad? Puedo decir, y lo diré ahora mismo, que lo que importa es ser humano y sencillo. No, lo que importa es ser verdadero. Y entonces todo se da en ello naturalmente: la humanidad y la sencillez. ¿Y cuándo, pues, soy más verdadero que cuando soy del mundo? Me siento colmado antes de haber deseado. La eternidad está ahí y yo la esperaba. Lo que ahora deseo ya no es ser feliz, sino tan sólo ser consciente.

Un hombre contempla su tumba y el otro la cava: ¿cómo separarlos? ¿Los hombres y su absurdo? Pero he aquí la sonrisa del cielo. La luz se hincha y pronto será verano. Pero he aquí los ojos y la voz de aquellos a quienes hay que amar. Me aferro al mundo con todas mis fuerzas, a los hombres, con toda mi piedad y mi reconocimiento. Entre este derecho y este revés del mundo, no quiero elegir, no me gusta que se elija. La gente no quie-

re que uno sea lúcido e irónico. Dice: «Esto demuestra que usted no es bueno.» No veo la relación. Verdad es que si oigo decir a alguien que él es inmoralista, traduzco que tiene necesidad de imponerse una moral; que desprecia la inteligencia, me da a entender que no puede soportar sus dudas. Pero es porque no me gusta que se hagan trampas. El mayor valor consiste en mantener los ojos abiertos a la luz, así como a la muerte. Por lo demás, ¿cómo decir el lazo que hay entre este amor, devorador de la vida, y esta desesperación secreta? Si presto oídos a la ironía \*, agazapada en el fondo de las cosas, ella se me descubre lentamente. Guiña su ojillo claro, y dice: «Vivid como si...» A pesar de mis muchas búsquedas, es ésta toda mi ciencia.

Después de todo, no estoy seguro de tener razón. Pero lo importante no es que piense en aquella mujer cuya historia me contaron. Iba a morir y la hija la amartajó mientras estaba aún viva. En efecto, parece que la operación es más fácil cuando los miembros no están todavía rígidos. Pero es curioso, de todos modos, vivir entre gente tan apresurada.

## NUPCIAS

---

\* Esa *garantía de libertad* de la que habla Barrès.

El verdugo estranguló al cardenal Carafa con un cordón de seda que se rompió: tuvo que intentarlo por segunda vez. El cardenal miró al verdugo sin dignarse pronunciar ni una palabra.

Stendhal, *La duquesa de Palliano*

*Título original: Noces (1938)*  
*Traducción de Rafael Chirbes*

## *Nupcias en Tipasa*

En primavera Tipasa está habitada por los dioses, y los dioses hablan en el sol y en el olor de los ajenos, en el mar acorazado de plata, en el cielo azul crudo, en las ruinas cubiertas de flores y en la luz hirviente de los montones de piedras. A ciertas horas, el campo se vuelve negro de tanto sol. Los ojos intentan en vano captar algo más que las gotas de luz y los colores que tiemblan al extremo de las pestañas. El olor voluminoso de las plantas aromáticas rasca en la garganta y ahoga en el calor enorme. Apenas sí, al fondo del paisaje, alcanzo a ver la masa negra del Chenua, que hunde sus raíces en las colinas que rodean el pueblo, y se quiebra con un ritmo seguro y pesado, yendo a inclinarse en el mar.

Llegamos cruzando el pueblo que se abre a la bahía. Entramos en un mundo amarillo y azul en el que nos recibe la respiración aromática y acre de la tierra de verano en Argelia. Por todas partes, las buganvillas rosa saltan los muros de las villas; en el interior de los jardines hay hibiscos de un rojo todavía pálido, una floración de rosas de té, espesas como la nata, y delicados arriates de finos lirios azules. Todas las piedras están calientes. A la hora en que nos apeamos del autobús, amarillo como un botón de oro, los carniceros efectúan la ronda matinal en sus vehículos rojos y los pitidos de las bocinas alertan a los habitantes.

A la izquierda del puerto, una escalera de piedras secas lleva, entre lentiscos y retamas, hasta las ruinas. El camino pasa por delante de un pequeño faro y desemboca en seguida en el campo. Ya al pie del faro, corpulentas plantas carnosas, con flores de color violeta, amarillas o rojas, bajan hasta los primeros acantilados que el mar chupa con un ruido de besos. Erguidos en medio del suave viento, bajo el sol que nos calienta sólo un lado de la cara, miramos la luz que baja del cielo, el mar sin una arruga y la sonrisa de sus dientes destellantes. Antes de entrar en el reino de las ruinas, somos espectadores por última vez.

Unos pasos más adelante, los ajenjos nos agarran de la garganta. Su vellón gris cubre las ruinas hasta perderse de vista. Su esencia fermenta bajo el calor y, en toda la extensión del mundo, sube desde la tierra hacia el sol un aguardiente generoso que hace vacilar el cielo. Caminamos al encuentro del amor y el deseo. No buscamos lecciones, ni la amarga filosofía que se le pide a la grandeza. Aparte del sol, de los besos y los aromas silvestres, todo nos parece fútil. Nunca busco estar solo en este sitio. He acudido con frecuencia acompañado por quienes amaba, y he leído en sus rasgos la clara sonrisa que adquiere el rostro del amor. En este lugar, dejo el orden y la medida para otros. Me poseo por entero el gran libertinaje del mar y la naturaleza. En el matrimonio de las ruinas con la primavera, las ruinas han vuelto a convertirse en piedras y, perdiendo el lustre que les impuso el hombre, han regresado de nuevo a la naturaleza. Para celebrar la vuelta de estas hijas pródigas, la naturaleza ha prodigado las flores. Entre las losas del foro, el heliotropo asoma su cabeza redonda y blanca, y los geranios rojos derraman su sangre sobre lo que un día fueron casas, templos y plazas públicas. Como a esos hombres a quienes la mucha ciencia devuelve a Dios, los muchos años han devuelto las ruinas a la casa de su madre. Hoy, por fin, las abandona su pasado, y nada las aparta

de esa fuerza profunda que las devuelve al centro de las cosas que se desploman.

¡Cuántas horas he pasado aplastando los ajenjos, acariciando las ruinas, intentando acompasar mi respiración con los suspiros tumultuosos del mundo! Hundido en los olores silvestres y en los conciertos de insectos soñolientos, abro mis ojos y mi corazón a la grandeza insostenible de este cielo saciado por el calor. No es tan fácil llegar a ser lo que se es, encontrar de nuevo la profundidad de la propia medida. Pero, al mirar el sólido espinazo del Chenua, mi corazón se apaciguaba con una extraña certidumbre. Aprendía a respirar, me integraba y me realizaba. Trepaba por las laderas, y cada ladera me ofrecía una recompensa: el templo cuyas columnas miden el recorrido del sol, y desde donde se ve el pueblo entero, con sus muros blancos y rosa y sus verandas verdes. Y también la basílica situada en la colina del este: ha mantenido los muros y, formando un amplio radio a su alrededor, se alinean los sarcófagos exhumados, la mayoría de ellos apenas asomando en la tierra de la que todavía participan. Han contenido muertos; ahora les crecen encima las salvas y los alhelíes. La basílica de Santa Salsa es cristiana, pero cada vez que se mira por un vano, llega la melodía del mundo: laderas plantadas de pinos y cipreses, o el mar que arrastra sus perros blancos a una veintena de metros. La colina que sostiene Santa Salsa culmina en una planicie y el viento sopla con mayor amplitud a través de los pórticos. Bajo el sol de la mañana, una gran felicidad se columpia en el espacio.

Qué pobres son quienes necesitan mitos. Aquí los dioses sirven de lechos, o de hitos en el camino de los días. Describo y digo: «Aquí está lo rojo, lo azul, lo verde. Esto es el mar, la montaña; esto son las flores.» ¿Qué necesidad tengo yo de hablar de Dionisos para decir que me gusta aplastar las bolas de lentisco debajo de mi nariz? ¿Le pertenece acaso a Deméter el viejo himno con el que me permitiré soñar después sin el menor remordimiento?: «De entre quienes viven sobre la tierra, qué



afortunado es el que ha visto estas cosas.» Ver y ver sobre esta tierra, ¿cómo olvidar la lección? Los misterios de Eleusis bastaba con contemplarlos. Incluso aquí, sé que jamás me acercaré lo suficiente al mundo. Necesito estar desnudo y zambullirme después en el mar, perfumado aún con las esencias de la tierra, lavar éstas en aquél, y anudar en mi piel el abrazo por el que, desde hace tanto tiempo, suspiran —labios contra labios— la tierra y el mar. Metido en el agua, siento primero el pasmo, el ascenso de una viscosidad fría y opaca; después noto la inmersión en el zumbido de las orejas, la nariz que moquea y la boca amarga (la natación: los brazos relucientes de agua que salen del mar y se doran al sol, y que vuelven a hundirse con una torsión de todos los músculos; la carrera del agua por encima de mi cuerpo, esa posesión tumultuosa de la ola entre mis piernas) y, por fin, la ausencia de horizonte. En la orilla me desplo- mo en la arena, abandonado del mundo, devuelto a mi pesadez de carne y hueso, embrutecido de sol, volviendo, de vez en cuando, la mirada hacia mis brazos, en los que las ronchas de piel seca descubren, cuando el agua resbala, la pelusa rubia y el polvo de la sal.

Aquí comprendo lo que se llama gloria: el derecho de amar sin medida. No hay más que un solo amor en este mundo. Estrechar un cuerpo de mujer es también retener junto a mí esta alegría extraña que desciende desde el cielo hasta el mar. Dentro de un momento, cuando me tumbe entre los ajenjos para que su perfume se me meta en el cuerpo, seré —contra todos los prejuicios— consciente de que estoy cumpliendo una verdad que es la del sol, y que acabará siendo también la de mi muerte. En cierto sentido, aquí interpreto mi vida, una vida con sabor de piedra caliente, que se ha llenado con los suspiros del mar y el zumbido de las cigarras que empiezan a cantar a esta hora. La brisa es fresca y el cielo azul. Amo esta vida de abandono y quiero hablar de ella con libertad: me otorga el orgullo de mi condición de hombre. Me han dicho con frecuencia: no hay de qué enorgullecerse.

Y sí que lo hay: este sol, este mar, mi corazón henchido de juventud, mi cuerpo que sabe a sal y el inmenso decorado donde la ternura y la gloria se encuentran en el amarillo y en el azul. Debo aplicar mi fuerza y mis habilidades a conseguir eso. Aquí, todo me deja intacto, no abandono nada de mí mismo, no me cubro con ninguna máscara: me basta con aprender pacientemente la difícil ciencia de vivir, que bien se merece todo el saber vivir de ellos.

Un poco antes del mediodía volvemos a través de las ruínas hasta un pequeño café junto al puerto. ¡Qué refrescante resulta para la cabeza, que vibra con los címbalos del sol y los colores, la bienvenida que le da la sala llena de sombras y el enorme vaso lleno de menta verde y helada! Fuera están el mar y la carretera ardiente de polvo. Sentado a la mesa, intento capturar entre mis pestañas palpitantes el deslumbramiento colorista de un cielo que el calor ha vuelto blanco. Con la cara mojada de sudor, pero con el cuerpo fresco bajo el ligero tejido que nos cubre, mostramos la feliz lasitud de un día de nupcias con el mundo.

En este café se come mal, pero tienen mucha fruta: en especial, melocotones que nos comemos a mordiscos, de manera que el jugo nos resbala por la barbilla. Con los dientes apretados contra el melocotón, escucho cómo el fuerte latido de mi sangre sube hasta los oídos y miro con mis ojos atentos. Por encima del mar, el silencio enorme del mediodía. Todo ser bello posee el orgullo natural de su belleza, y hoy el mundo deja que su orgullo rezume por todas partes. Ante él, ¿por qué iba yo a negar la alegría de vivir, si sé que no lo encierro todo en la alegría de vivir? Ser feliz no es ninguna vergüenza. Pero hoy en día el imbécil es rey, y llamo imbécil a quien tiene miedo de disfrutar. Nos han hablado tanto de orgullo: ya lo sabéis, es el pecado de Satán. Desconfiad, gritaban, os perderéis, y perderéis también vuestras energías. Desde entonces, he aprendido que, en efecto, hay cierto orgullo... Pero en otros momentos no puedo impedirme rei-

vindicar un orgullo de vivir que el mundo entero se ha conjurado para darme. En Tipasa, yo veo equivale a yo creo, y no me obstino en negar lo que mi mano puede tocar y mis labios acariciar. No experimento el deseo de hacer una obra de arte, sino de contar lo que es diferente. Tipasa se me aparece como esos personajes a quienes se describe para que, indirectamente, signifique un punto de vista acerca del mundo. Igual que ellos, testimonio, y lo hace con virilidad. Hoy es mi personaje y me parece que, al acariciarla y describirla, mi borrachera no terminará nunca más. Hay un tiempo para vivir y otro para testimoniar que se vive. Hay también un tiempo para crear, lo que resulta menos natural. Me basta con vivir con todo mi cuerpo y con testimoniar con todo mi corazón. Vivir Tipasa, testimoniar; y ya vendrá la obra de arte a continuación. Hay una libertad en eso.

Nunca me quedaba más de un día en Tipasa. Llego un momento en el que se ha visto demasiado un paisaje, de la misma manera que hace falta mucho tiempo antes de haberlo visto lo suficiente. Las montañas, el cielo, el mar, son como rostros en los que se descubre la aridez o el esplendor a fuerza de mirar en vez de ver. Pero todo rostro, para ser elocuente, debe sufrir una cierta renovación. Y nos lamentamos por habernos cansado demasiado deprisa cuando habríamos de sorprendernos de que el mundo nos parezca nuevo sólo por olvidado.

Al atardecer, me metía en una zona del parque más ordenada, y que formaba un jardín al borde de la carretera nacional. Al salir del tumulto de los perfumes y del sol, en el aire que la tarde había refrescado, se serenaba el espíritu, y el cuerpo distendido disfrutaba del silencio interior que nace con el amor satisfecho. Me había sentado en un banco. Miraba cómo el campo se cerraba con el día. Me había saciado. Por encima de mí, un granado dejaba que colgaran los capullos de sus flores, cerrados y acanalados como diminutos y apretados puños que contuvieran toda la esperanza de la primavera. Había rome-

ro a mis espaldas y lo percibía nada más que por su perfume de aguardiente. Se enmarcaban entre los árboles las colinas y, todavía más lejos, un cordón de mar, por encima del cual, el cielo, como una vela desarbolada, reposaba toda su ternura. Notaba en el corazón esa extraña alegría que nace de una conciencia tranquila. Hay un sentimiento que conocen bien los actores cuando tienen conciencia de haber cubierto bien su papel, o dicho con la mayor precisión, de haber hecho coincidir sus gestos con los del personaje ideal que encarnan; de haber entrado de alguna manera en un patrón dibujado de antemano y que, de repente, han hecho vivir y latir con su propio corazón. Eso era precisamente lo que yo sentía: había interpretado bien mi papel. Había desempeñado bien mi oficio de hombre; y el hecho de haber conocido la alegría durante una larga jornada no me parecía un triunfo excepcional, sino el cumplimiento emocionado de una condición que, en determinadas circunstancias, nos impone el deber de ser felices. En un momento así, volvemos a encontrar soledad, pero con satisfacción.

Ahora, los árboles se han llenado de pájaros. La tierra suspira lentamente antes de entrar en las sombras. Enseguida, con la primera estrella, caerá la noche sobre el escenario del mundo. Los dioses deslumbrantes del día regresarán a su muerte cotidiana. Vendrán otros dioses. Y para que sean más sombríos, sus rostros devastados nacerán en el corazón de la tierra.

Al menos, el incesante estallido de las olas en la arena me llegaba a través de un espacio en el que bailaba un polen dorado. Mar, campo, silencio, perfumes de esta tierra: me llenaba de una vida olorosa y mordía el fruto ya dorado del mundo, y me trastornaba notar cómo resbalaba en mis labios su jugo azucarado y fuerte. No, no era yo el que importaba, ni el mundo, sino únicamente el acorde; y el silencio que —de él a mí— engendraba el amor. Un amor que no tenía la debilidad de reivindicar para mí solo, consciente y orgulloso de que lo comparto

con toda una raza nacida del sol y del mar, viva y sabrosa, que extrae su grandeza de la sencillez, y que se yergue en las playas para dirigirle una sonrisa cómplice a la sonrisa deslumbrante de sus cielos.

### *El viento de Djemila*

Es de esos sitios en los que el espíritu muere para que nazca una verdad que es su negación misma. Cuando fui a Djemila, hacía viento y sol, pero se trata de otra historia. Lo que hay que contar de entrada es que reinaba un enorme silencio pesado y sin fisuras: como el equilibrio de una balanza. Chillidos de pájaros, el sonido afelpado de la flauta de tres agujeros, un trote de cabras, rumores procedentes del cielo; un montón de ruidos que construían el silencio y la desolación de esos lugares. De tarde en tarde, un crujido seco, un chillido agudo, indicaban el vuelo de un pájaro emboscado en las piedras. Senderos entre los restos de las casas, amplias calles enlosadas bajo las columnas relucientes, el foro inmenso entre el arco de triunfo y el templo situado en una loma: cualquier camino acaba llevando a los barrancos que, por todas partes, limitan Djemila, que es una baraja desplegada hacia un cielo sin límites. Y uno se encuentra allí, concentrado, de cara a las piedras y al silencio, mientras avanza el día, y las montañas van creciendo al tiempo que se vuelven de color violeta. Pero el viento sopla sobre la meseta de Djemila y, en esa gran confusión del viento y el sol que mezcla la luz con las ruinas, se forja algo que le da al hombre la medida de su identidad ante la soledad y el silencio de la ciudad muerta.

Se necesita tiempo para ir a Djemila. No es una ciudad en la que uno se detiene y que luego deja atrás. No lleva a ninguna parte ni se abre a ninguna región. Es un sitio del que sólo se vuelve. La ciudad muerta está al final de una carretera en zigzag que parece que nos la promete en cada una de sus curvas y que, por eso, se nos hace más larga. Cuando por fin surge —en lo alto de una meseta de colores apagados, hundida entre altas montañas, su esqueleto amarillo como un bosque de osamentas—, Djemila representa el símbolo de esa lección de amor y paciencia que puede, por sí sola, conducirnos al corazón palpitante del mundo. Allá arriba, entre algunos árboles e hierbas secas, se defiende con todas sus montañas y piedras contra la admiración vulgar, el pintoresquismo o los guiños de la esperanza.

Estuvimos vagando durante todo el día en aquel esplendor árido. Poco a poco, el viento, que apenas se notaba al comienzo de la tarde, pareció que crecía con el paso de las horas y que llenaba todo el paisaje. Soplaban desde una hendidura en las montañas, un lugar lejano hacia el este: llegaba desde la lejanía del horizonte y se desbordaba en cascadas entre las piedras y el sol. Soplaban con fuerza y sin descanso a través de las ruinas, giraba en un circo de piedras y tierra, bañaba los montones de bloques acribillados, rodeaba cada columna con su aliento y se esparcía con incesantes silbidos por el foro que se abría al cielo. Yo me sentía crujir al viento como una arboladura. Doblado, con los ojos quemados y los labios cuarteados, mientras mi piel se iba secando hasta dejar de ser mía. Descifraba la escritura del mundo antes que nada a través de la piel. El viento le dibujaba encima los signos de su ternura o de su cólera, calentándola con su aliento de estío, o mordiéndola con sus dientes de escarcha. Pero después de haber sido frotado tanto tiempo por ese viento, sacudido durante más de una hora, aturdido por la resistencia, perdía conciencia del dibujo que trazaba mi cuerpo. Como al guijarro lo pulen las mareas, a mí me bruñía el viento, consumiéndome hasta el alma.

Yo era un poco de esa fuerza a cuyo impulso flotaba; después, mucho; y, por fin, era la misma fuerza, y confundía los latidos de mi sangre con los enormes impulsos sonoros de ese corazón que estaba por todas partes presente en la naturaleza. El viento me moldeaba a imagen de la ardiente desnudez que me rodeaba. Y su fugitivo abrazo me otorgaba, piedra entre las piedras, la soledad de una columna o de un olivo bajo el cielo de verano.

El baño violento de sol y viento agotaba todas mis energías vitales. Apenas quedaba en mí ese latido de alas que aflora, esa vida que gime, esa débil rebeldía del espíritu. De inmediato, esparcido por las cuatro esquinas del mundo, olvidadizo, olvidado de mí mismo, yo soy ese viento, y, en el viento, esas columnas y ese arco, esas losas que huelen a calor y esas montañas pálidas que rodean la ciudad desierta. Y nunca he sentido antes, con tanta fuerza, a la vez el desprendimiento de mí mismo y mi presencia en el mundo.

Sí, estoy presente. Y lo que me duele en este momento es que no puedo ir más lejos. Como un hombre condenado a cadena perpetua, a quien todo se le vuelve presente. Pero también como un hombre que sabe que mañana será lo mismo, y los demás días. Porque, para un hombre, tomar conciencia de su presente es no esperar nada más. Existen paisajes que son estados del alma, pero son los más vulgares. Por todo aquel territorio, yo perseguía algo que no era mío, sino suyo, como un gusto de muerte que compartíamos. Entre las columnas, cuyas sombras ya se alargaban oblicuas, las inquietudes se deshacían en el aire como pájaros heridos. Y, ocupando su lugar, esta lucidez árida. La inquietud nace en el corazón de los vivos, pero la calma recubrirá este corazón vivo: ahí está toda mi clarividencia. A medida que el día avanzaba, que los ruidos y las luces se ahogaban bajo las cenizas que descendían del cielo, abandonado de mí mismo, me sentía indefenso ante las fuerzas lentas que, en mí, decían no.

Pocas personas entienden que hay un rechazo que no tiene nada en común con la renuncia. ¿Qué significan aquí palabras como porvenir, bienestar o posición? ¿Qué significa el progreso del corazón? Si rechazo obstinadamente todos los «más adelante» del mundo, es porque trato de no renunciar a mi riqueza presente. No me gusta creer que la muerte abre otra vida. Para mí es una puerta cerrada. No digo que es un paso que hay que dar, sino que es una aventura horrible y sucia. Todo lo que me proponen se empeña en descargar al hombre del peso de su propia vida. Y ante el vuelo pesado de los grandes pájaros por el cielo de Djemila, lo que reclamo y obtengo es precisamente un cierto peso de la vida. Estar entero en esta pasión pasiva: el resto ya no me pertenece. Tengo en mí demasiada juventud como para poder hablar de la muerte. Pero me parece que, si tuviera que hacerlo, sería en este sitio donde encontraría la palabra precisa que, entre el horror y el silencio, enunciaría la certeza consciente de una muerte sin esperanza.

Se vive con algunas ideas familiares. Dos o tres. Al compás de los mundos y hombres que uno encuentra, las pule y transforma. Hacen falta diez años para tener una idea que sea bien nuestra: de la que se pueda hablar. Naturalmente, resulta un poco desalentador. Pero el hombre consigue así cierta familiaridad con el hermoso rostro del mundo. Hasta ese momento lo ha mirado cara a cara. A partir de entonces, necesita dar un paso a un lado para contemplar su perfil. Un hombre joven mira el mundo cara a cara. No ha tenido tiempo de pulir la idea de la muerte, o de la nada, de la que, sin embargo, ha mascado el horror. Eso debe ser la juventud: ese duro cuerpo a cuerpo con la muerte, ese miedo físico del animal que ama el sol. En contra de lo que se dice, y al menos desde ese punto de vista, la juventud no tiene ilusiones. Ni ha tenido el tiempo suficiente, ni la piedad, para contruírselas. Y no sé por qué, ante este paisaje quebrado, ante este grito de piedra lúgubre y solemne —Djemila, inhumana a la caída del sol—, ante esta muerte de la esperanza y los colores yo estaba convencido de que, lle-

gados al fin de una vida, los hombres dignos de tal nombre deben enfrentar ese cuerpo a cuerpo, renegar de esas cuantas ideas que poseyeron los suyos y recuperar la inocencia y la verdad que brilla en la mirada de los antiguos ante su destino. Reconquistan su juventud, pero abrazando la muerte. Desde esa perspectiva, nada más despreciable que la enfermedad. Es un remedio contra la muerte. Prepara para ella. Crea un aprendizaje, cuyo primer estadio se presenta como blandura con uno mismo. Apoya al hombre en su gran esfuerzo por despojarse de la certeza de morir entero. Pero Djemila... entonces siento que el verdadero, el único progreso de la civilización, ése al que de vez en cuando un hombre se ata, es el de crear muertos conscientes.

Me sorprende siempre —mientras que estamos tan dispuestos a matizar sobre otros temas— la pobreza de nuestras ideas acerca de la muerte. Está bien o está mal. Le tengo miedo o la llamo (eso dicen). Pero eso también demuestra que lo sencillo nos queda grande. ¿Qué es el azul y qué es pensar el azul? Existe la misma dificultad en el caso de la muerte. No sabemos razonar ni acerca de la muerte ni de los colores. Y, sin embargo, lo importante es este hombre que está delante de mí, pesado como la tierra, y que prefigura mi porvenir. ¿Pero puedo pensar de verdad en él? Me digo, debo morir, pero eso no quiere decir nada, puesto que no llego a creerlo y sólo puedo tener la experiencia de la muerte de los demás. He visto a gente morir. Sobre todo, he visto morir perros. Tocarlos me trastornaba. En esos momentos, pienso: flores, sonrisas, deseos de mujer, y comprendo que todo mi horror a morir se basa en que tengo celos del vivir. Estoy celoso de los que vivirán y para quienes flores y deseos de mujer alcanzarán su plenitud de carne y sangre. Soy envidioso, porque amo demasiado la vida como para no ser egoísta. Qué me importa a mí la eternidad. Uno puede estar un día ahí, acostado, y oírse decir: «Eres fuerte y tengo que serte sincero: te digo que vas a morir»; estar ahí, con toda la vida entre las manos, todo

el miedo en las entrañas y una mirada idiota. Y que significa lo demás: oleadas de sangre acuden a golpear mis sienes y me parece que aplastaría cuanto me rodea.

Pero los hombres mueren a su pesar, a pesar de sus decorados. Se les dice: «Cuando te cures...», y se mueren. Yo no quiero eso. Si hay días en los que la naturaleza miente, hay otros días en los que dice la verdad. Djemila dice la verdad esta tarde, y con qué tristeza, y con qué insistente belleza. Por mi parte, ante este mundo, no quiero mentir ni que se me mienta. Quiero llevar mi lucidez al extremo y mirar mi final con todo el desperdicio de mis celos y de mi horror. A medida que me separo del mundo, tengo miedo de la muerte, a medida que —en vez de contemplar el cielo que permanece— ligo mi suerte a la de los hombres que viven. Crear muertos, conscientes es disminuir la distancia que nos separa del mundo y entrar sin alegría en el cumplimiento, conscientes de las imágenes exaltantes de un mundo perdido para siempre. Y el canto triste de las colinas de Djemila me hunde aún más dentro del alma la amargura de esta enseñanza.

Al atardecer, bajábamos las cuestas que conducen al pueblo y, al volver sobre nuestros pasos, escuchábamos las explicaciones: «Aquí se encuentra la ciudad pagana; este barrio que crece en las afueras es el de los cristianos. A continuación...» Sí, es verdad. Allí se han sucedido hombres y civilizaciones; los conquistadores han marcado esta comarca con su civilización de sargentos. Se hacían una idea baja y ridícula de la grandeza y medían la de su imperio por la superficie que ocupaba. El milagro está en que las ruinas de su civilización sean la negación misma de su ideal. Porque esta ciudad esqueleto, vista desde tan arriba en el crepúsculo y en los vuelos blancos de las palomas en torno al arco de triunfo, no inscribía en el cielo signos de conquista y ambición. El mundo acaba siempre venciendo a la historia. Conozco bien la poesía del gran grito de piedra que Djemila lanza entre

las montañas, el cielo y el silencio: lucidez, indiferencia, los auténticos signos de la desesperación o de la belleza. El corazón se encoge ante esta grandeza que abandonamos ya. Djemila permanece detrás de nosotros con el agua triste de su cielo, un canto de pájaro que llega del otro lado de la meseta, repentinos y breves trotes de cabras en las laderas de las colinas y, en el crepúsculo distendido y sonoro, el rostro vivo de un dios cornudo en el frontón de un altar.

## *El verano en Argel*

*A Jacques Heurgon*

Con frecuencia, los amores que se comparten con una ciudad son secretos. Ciudades como París, Praga e incluso Florencia, están encerradas en sí mismas y de ese modo limitan el mundo que les es propio. Pero Argel —y con ella ciertos lugares privilegiados, como las ciudades marítimas— se abre en el cielo como una boca o una herida. Lo que se puede amar de Argel es lo que da vida a todo el mundo: el mar a la vuelta de cada esquina, un cierto peso del sol, la belleza de la raza. Y, como siempre, en ese impudor y en esa ofrenda, se encuentra un perfume más secreto. En París se puede sentir nostalgia de espacio y de un batir de alas. Aquí, al menos, el hombre está saciado, y seguro en sus deseos; puede entonces medir sus riquezas.

Hay que vivir mucho tiempo en Argel para comprender cuánto puede tener de esterilizante un exceso de bienes naturales. Aquí no hay nada para el que quiera aprender, educarse, o volverse mejor. Es una tierra sin lecciones. Se conforma con dar, pero da con profusión. Está entregada por entero a los ojos y se la conoce desde el momento en que se la disfruta. Sus placeres no tienen remedio y sus alegrías se quedan sin esperanza. Exige almas clarividentes, o sea, sin consuelo. Pide que se lleve a cabo un acto de lucidez de idéntico modo que se lleva a cabo un acto de fe. ¡Tierra singular que le entrega, al

hombre que nutre, al mismo tiempo su esplendor y su miseria! No es extraño que la riqueza sensual de la que está provisto un hombre sensible de este país coincida con la más extrema desnudez. No hay verdad que no lleve en ella misma su amargura. ¡Cómo extrañarse entonces de que nunca ame tanto el rostro de este país como cuando estoy entre sus habitantes más pobres!

Aquí, mientras les dura la juventud, los hombres se encuentran con una vida a la medida de su belleza. Y después, con el descenso y el olvido. Apostaron por la carne, pero sabían que iban a perder. En Argel, para quien es joven y está vivo, todo se convierte en refugio y pretexto para el triunfo: la bahía, el sol, los destellos blancos y rojos de las terrazas que miran al mar, las flores y los estadios, las muchachas de piernas frescas. Pero, para quien ha perdido la juventud, no hay nada a lo que agarrarse, ni un lugar en el que la melancolía pueda salvarse de sí misma. En el exterior, las terrazas de Italia, los claustros de Europa o el dibujo de las colinas provenzales: sitios en los que el hombre puede escapar de su humanidad y librarse con dulzura de sí mismo. Pero aquí, todo exige la soledad y la sangre de los hombres jóvenes. Goethe, mientras muere, llama a la luz, y es una frase histórica. En Belcourt y en Bab-el-Ued, los viejos sentados al fondo de los cafés escuchan las fanfarronadas de los jóvenes de pelo engominado. Esos principios y esos finales, en Argel, nos los trae el verano. Durante unos meses, la ciudad se queda desierta. Permanecen los pobres y el cielo. Bajamos con los pobres en dirección al puerto y a los tesoros del hombre: el agua tibia y los cuerpos morenos de las mujeres. Por la tarde, ahitos de esas riquezas, se reencuentran en el hule y la lámpara de petróleo que constituyen el único decorado de su vida.

En Argel no se dice «tomar un baño», sino «pegarse un baño». No insistamos. Se baña uno en el puerto y luego descansa en las boyas. Al pasar junto a una boya en la que hay una chica guapa, les grita a los compañeros: «Te

digo que es una gaviota.» Ahí están los gozos saludables. Hay que creer que constituyen el ideal de esos jóvenes, ya que la mayoría de ellos continúa con la misma vida durante el invierno y todos los mediodías se desnuda al sol para un frugal almuerzo. No es que hayan leído los sermones aburridos de los naturalistas, esos protestantes de la carne (hay una sistemática del cuerpo que es tan exasperante como la del espíritu). Es que están «bien al sol». Nunca se destaca lo suficiente la importancia que para nuestra época ha tenido esa costumbre. Por primera vez en dos mil años, el cuerpo ha sido puesto al desnudo en las playas. Desde hace veinte siglos, los hombres se han dedicado a convertir en decente la insolencia y la ingenuidad griegas, a disminuir la carne y a complicar la vestimenta. Hoy, y más allá de esta historia, las carreras de los jóvenes sobre las playas del Mediterráneo se reencuentran con los gestos magníficos de los atletas de Delos. Y viviendo así, cerca de los cuerpos y a través del cuerpo, se advierte que éste tiene sus matices, su vida y, por aventurar un contrasentido, una psicología que le es propia \*. La evolución del cuerpo, como la del alma, tiene su historia, sus retornos, sus progresos y sus carencias. Sólo un matiz: el color. Cuando uno va en verano a los baños del puerto, adquiere conciencia del paso simultáneo de todas las pieles del blanco al dorado; después, al moreno, y para concluir, a un color tabaco que se sitúa en el límite del esfuerzo de transformación del que es capaz un cuerpo. El puerto está dominado por el juego

\* ¿Puedo permitirme la ridiculez de decir que no me gusta el modo en que Gide exalta el cuerpo? Le pide que contenga su deseo para volverlo más intenso. De ese modo, se aproxima a quienes se conocen como «complicados» o «cerebrales» en el argot de las casas de citas. El cristianismo también quiere dejar en suspenso el deseo. Pero es más natural: ve en eso una mortificación. Mi colega Vincent, que es tonelero y campeón juvenil de brasa, tiene una visión aún más clara de las cosas. Cuando tiene sed, bebe; si desea a una mujer, busca acostarse con ella, y se casaría si se enamorara (eso no le ha llegado todavía). Después, siempre dice: «Ahora va mejor» —lo que resume vigorosamente la apología que podría hacerse de la saciedad.



de cubos blancos de la Casbah. Cuando uno se queda a ras del agua, sobre el fondo de intenso blanco de la ciudad árabe, los cuerpos despliegan un friso cobrizo. Y, a medida que avanza el mes de agosto y aumenta el sol, el blanco de las casas se vuelve más cegador y las pieles adquieren un ardor más sombreado. ¿Cómo no identificarse entonces con ese diálogo entre la piedra y la carne, a la medida del sol y de sus estaciones? Se ha ido la mañana entera en chapuzones, en florecimientos de risas entre los haces de agua, en largos golpes de remo en torno a los cargueros rojos y negros (los que vienen de Noruega, y traen todos los perfumes del bosque; los que llegan de Alemania, llenos del olor de los aceites; los que recorren la costa y huelen a vino y a viejos toneles). A la hora en que el sol se desborda desde todos los rincones del cielo, la canoa naranja cargada de cuerpos morenos nos lleva en una loca carrera. Y cuando, al quedarse bruscamente en suspenso, el cadencioso batir de los dos remos como alas de un color frutal, nos deslizamos lentamente en el agua tranquila de la dársena, ¿cómo no estar seguro de que transporto a través de las aguas lisas un colorido cargamento de dioses, a quienes reconozco como hermanos?

Pero al otro extremo de la ciudad, el verano nos tiende ya el contraste de sus otras riquezas: quiero decir, sus silencios y su aburrimiento. Esos silencios no tienen todos la misma calidad, según nazcan de la sombra o del sol. Está el silencio de mediodía en la plaza de Gobernación. A la sombra de los árboles que la bordean, los árabes venden a cinco céntimos sus vasos de limonada helada, perfumada con azahar. Su reclamo —«Fresca, fresca»— atraviesa la plaza desierta. Después de su grito, el silencio retumba bajo el sol: en el cántaro del comerciante, el hielo gira y escucho su leve crujido. Está el silencio de la siesta. En las calles de la Marina, ante las tiendas pringosas de los peluqueros, se puede medir el melodioso zumbido de las moscas tras las cortinas de caña. En otra parte, en los cafés moros de la Casbah, es el

cuerpo quien permanece en silencio: no puede apartarse de esos sitios, dejar el vaso de té y recuperar el tiempo con los ruidos de su sangre. Está, sobre todo, el silencio de las tardes de verano.

Esos breves instantes en los que el día se inclina hacia la noche, ¿hace falta que estén poblados de signos y de llamadas secretas para que, en mí, Argel se encuentre hasta tal punto ligada a ellos? Cuando paso algún tiempo lejos de esta tierra, imagino sus crepúsculos como promesas de felicidad. En las colinas que dominan la ciudad hay caminos entre olivos y lentiscos. Y a ellos se vuelve entonces mi corazón. Veo subir haces de pájaros negros hacia el horizonte verde. En el cielo, que de repente se ha quedado vacío de su sol, algo se distiende. Una pequeña población de nubes rojas se estira hasta que se deshace en el aire. Casi inmediatamente, aparece la primera estrella, que ya estaba formándose y endureciéndose en el espesor del cielo. Y después, de golpe, devoradora, la noche. Tardes fugitivas de Argel, ¿qué tienen de inigualable que desatan en mí tantas cosas? Esa dulzura que dejan en mis labios: no me ha dado tiempo a cansarme de ella, cuando ya ha desaparecido en la noche. ¿Es ése el secreto de su persistencia? La ternura de esta tierra es perturbadora y furtiva. Pero en el instante en que aparece, al menos el corazón se le abandona entero. En la playa Pado-vani, el *dancing* está abierto todos los días. Y en esa inmensa caja rectangular que mira, en toda su longitud, al mar, la juventud del barrio baila hasta el anochecer. Allí esperaba yo con frecuencia un minuto especial. Durante el día, la sala está protegida por inclinados bastidores de madera. Cuando el sol ha desaparecido, los quitan. Entonces, la sala se llena de una extraña luz verde nacida de la doble concha del cielo y del mar. Si uno se sienta lejos de la ventana, alcanza a ver tan sólo el cielo y, como sombras chinescas, los rostros de los bailarines que pasan uno tras otro. A veces tocan un vals y, sobre el fondo verde, los negros perfiles giran con obstinación, como esas figuras recortadas que se pegan en el plato de un fonógrafo.

Luego llega deprisa la noche y, con ella, las luces. Pero yo no sabría decir qué es lo que encuentro de transportador y secreto en ese instante sutil. Me acuerdo de una muchacha magnífica que había bailado durante toda la tarde. Llevaba un collar de jazmín por encima de su ceñido vestido azul, que el sudor mojaba desde la grupa hasta las piernas. Reía y bailaba y movía la cabeza. Cuando pasaba junto a las mesas, dejaba tras de sí un olor mezclado de flores y carne. Con la llegada del anochecer, ya no veía su cuerpo pegado contra el de su pareja de baile, sino que, en el cielo, giraban las manchas alternas del jazmín blanco y de los cabellos negros, y cuando echaba hacia atrás su turgente garganta, escuchaba su risa y veía el perfil de su pareja inclinarse repentinamente. A tardes así, debo la idea que me hago de la inocencia. Y aprendo a no separar jamás a esos seres cargados de inocencia del cielo en el que giran sus deseos.

En los cines de barrio, en Argel, venden a veces unos caramelos de menta que llevan grabado en rojo cuanto se necesita para que nazca el amor: 1. Preguntas: «¿Cuándo te casarás conmigo?»; «¿Me amas?»; 2. Respuestas: «Con locura»; «En primavera». Después de haber preparado el terreno, uno se los pasa a la vecina, que responde, o que se limita a hacerse la tonta. En Belcourt se ven matrimonios acordados de ese modo y vidas enteras comprometidas en un intercambio de caramelos de menta. Y eso describe bien al pueblo infantil de este país.

El signo de la juventud es quizá una magnífica vocación por las felicidades fáciles. Pero, sobre todo, es una precipitación por vivir que llega al despilfarro. En Belcourt, al igual que en Bab-el-Ued, se casan jóvenes. Trabajan muy pronto y agotan en diez años la experiencia de una vida de hombre. Un obrero de treinta años se ha jugado ya todas sus cartas. Aguarda el final rodeado por su mujer y sus hijos. Sus felicidades han sido bruscas y sin misericordia. Igual que su vida. Y entonces se entiende que haya nacido en este país donde todo se entrega

para ser quitado. En esa abundancia, y en ese derroche, la vida forma la curva de las grandes pasiones, repentinas, exigentes, generosas. No hay que construirla, sino quemarla. No se trata, pues, de reflexionar y llegar a ser mejor. La noción de infierno, por ejemplo, aquí no es más que una broma amable. Semejantes fantasías sólo se les permiten a los muy virtuosos. Y yo creo que la virtud es una palabra sin sentido en toda Argelia. No es que esos hombres carezcan de principios. Tienen su moral, y muy peculiar. No le «faltan» a su madre. Hacen respetar a su mujer en la calle. Tienen detalles con la mujer encinta. No atacan entre dos a un adversario, porque «eso es de miserables». Quien no acepta esas reglas elementales, «no es un hombre», y asunto concluido. Me parece justo y fuerte. Somos todavía muchos los que observamos inconscientemente ese código de la calle, el único desinteresado que conozco. Y, al mismo tiempo, se desconoce la moral del tendero. Siempre he visto a mi alrededor cómo se apiadaban los rostros al paso de un hombre flanqueado por los guardias. Y antes de saber si había robado, si era parricida, o nada más que inconformista, decían, «pobre hombre», o, aún más, con un matiz de admiración, «Ése es un pirata».

Hay pueblos que han nacido para el orgullo y la vida. Son también los que nutren la más singular vocación por el tedio. Y los que encuentran más rechazable el sentimiento de la muerte. Si se deja aparte el gozo de los sentidos, las diversiones de este pueblo son torpes. Un club de aficionados a los bolos, los banquetes de las «sociedades de amistad», el cine a tres francos y las fiestas municipales bastan durante años para el recreo de quienes han cumplido los treinta. Los domingos de Argel son de lo más siniestros. ¿Cómo este pueblo sin ingenio iba a saber cubrir con mitos el horror profundo de su vida? Todo cuanto se refiere a la muerte es aquí ridículo u odioso. Este pueblo sin religión y sin ídolo muere en soledad después de haber vivido en masa. No conozco un sitio más odioso que el cementerio de *boulevard* Brou, que mira a uno de los paisajes más hermosos del mundo.

Un montón de mal gusto entre los cercos negros permite que ascienda una tristeza espantosa desde esos sitios en los que la muerte enseña su verdadero rostro. «Todo pasa, dicen los exvotos en forma de corazón, menos el recuerdo.» Y todos insisten en esa eternidad ridícula que nos proporciona, por un precio reducido, el corazón de quienes nos amaron. Las mismas frases sirven para todas las desesperaciones. Se dirigen al muerto y le hablan en segunda persona: «Nuestro recuerdo no te abandonará», finta siniestra por la que se le prestan cuerpo y deseos a quien, en el mejor de los casos, es un líquido negro. En otro sitio, en medio de una embotadora profusión de flores y pájaros de mármol, esta promesa temeraria: «Nunca se quedará sin flores tu tumba.» Pero enseguida nos tranquilizamos: la inscripción rodea un ramo de estuco dorado muy económico para el tiempo de los vivos (como esos inmortales que deben su pomposo nombre a la gratitud de quienes todavía cogen su tranvía en marcha). Como hay que adaptarse al signo de los tiempos, a veces se reemplaza la clásica ave por un descabellado avión de cuentas que simulan perlas y pilotado por un ángel necio al que, sin consideración a la lógica, se ha provisto de un magnífico par de alas.

Sin embargo, ¿cómo hacer comprender que esas imágenes de la muerte no se separan nunca de la vida? Aquí los valores están estrechamente ligados. La broma favorita de los enterradores argelinos, cuando vuelven en el coche de vacío, es gritarles a las chicas que se encuentran por el camino: «¿Subes, guapa?». Nada impide ver en eso un símbolo, aunque sea fastidioso. También puede parecer blasfemo que se responda al anuncio de un fallecimiento con un guiño del ojo izquierdo: «Ese pobre no volverá a cantar»; o como esa oranesa que nunca había querido a su marido: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó.» Pero, a fin de cuentas, no veo qué es lo que puede tener de sagrado la muerte, y noto, por el contrario, la distancia que hay entre el miedo y el respeto. Aquí todo respira el horror a morir en una tierra que invita a la vida. Y, sin embargo, al pie de los muros de este cemente-

rio, los jóvenes de Belcourt conciertan sus citas y las muchachas se ofrecen a los besos y a las caricias.

Entiendo que un pueblo así no pueda ser aceptado por todos. Aquí, la inteligencia no tiene su lugar como en Italia. Esta raza es indiferente al espíritu. Posee el culto y la admiración del cuerpo. Saca de él su fuerza, su ingenuo cinismo y una vanidad pueril que le vale ser juzgada con severidad. Se le reprocha normalmente su «mentalidad», es decir, un modo de ver y vivir. Es verdad que una cierta intensidad de vida no es posible sin injusticia. Ahí está: un pueblo sin pasado, sin tradición, pero no sin poesía, aunque se trate de una poesía cuya calidad conozco bien: dura, carnal, alejada de la ternura; la misma que tiene su cielo, la única —en verdad— que me conmueve y me asemeja. Tengo la insensata esperanza de que, quizá sin saberlo, estos bárbaros que se pavonean en las playas están modelando el rostro de una cultura en la que la grandeza del hombre encontrará por fin su verdadero rostro. Este pueblo arrojado por entero a su presente vive sin mitos, sin consuelo. Ha puesto todos sus bienes en esta tierra y desde entonces se ha quedado sin defensa contra la muerte. Se le han prodigado los dones de la belleza física. Y, con ellos, la singular avidez que siempre acompaña a esa riqueza sin porvenir. Cuanto aquí se hace muestra el asco por la estabilidad y la despreocupación por el porvenir. Se apresuran a vivir y, si aquí fuera a nacer un arte, obedecería a ese odio por lo duradero que llevó a los dorios a tallar en madera su primera columna. Y, sin embargo, sí puede encontrarse una medida al mismo tiempo que un exceso en el rostro violento y porfiado de este pueblo, en este cielo azul vacío de ternura, ante el cual se pueden decir todas las verdades y sobre el que ninguna divinidad engañosa ha trazado los signos de la esperanza o de la redención. Entre ese cielo y esos rostros vueltos hacia él, ningún punto en el que colgar una mitología, una literatura, una ética o una religión, sino piedras, la carne, estrellas, y esas verdades que la mano puede tocar.

Sentir los lazos con una tierra, el amor por algunos hombres, saber que es un sitio donde el corazón siempre encontrará su acorde: son muchas certezas para una sola vida humana. Y sin duda, eso no puede bastar. Pero en esa patria del alma todo aspira a ciertos instantes: «Sí, tenemos que volver allá abajo.» Esa unión que deseaba Plotino, ¿es extraño volver a encontrársela en la tierra? La unidad se expresa aquí en términos de sol y de mar. Se vuelve sensible al corazón gracias a cierto gusto de carne, que constituye su amargura y su grandeza. Aprendo que no hay felicidad sobrehumana, ni eternidad fuera de la curva de los días. Los bienes desdénables y esenciales, las verdades relativas, son los únicos que me conmueven. No tengo suficiente alma para comprender los otros bienes, «los ideales». No se trata de presumir de animal, pero no le encuentro sentido a la felicidad de los ángeles. Lo único que sé es que este cielo durará más que yo. ¿Y a qué voy yo a llamar eternidad, más que a lo que continuará después de mi muerte? No estoy expresando una complacencia de la criatura con su condición. Es algo muy distinto. No siempre resulta fácil ser un hombre, pero aún lo es menos ser un hombre puro. Ser puro es encontrar esa patria del alma donde se vuelve sensible el parentesco con el mundo, donde el latido de la sangre se junta con las pulsaciones violentas del sol de las dos de la tarde. Ya se sabe que uno reconoce a la patria en cuanto la pierde. Para los que están demasiado atormentados consigo mismos, es el país natal el que los niega. No querría ser brutal, ni parecer exagerado. Pero, al fin y al cabo, lo que en esta vida me niega es, ante todo, lo que me mata. Todo lo que exalta la vida acrecienta al mismo tiempo su absurdo. En el verano de Argelia aprendo que la única cosa más práctica que el sufrimiento es la vida de un hombre feliz. Y ése puede ser el camino hacia una vida más grande, puesto que conduce a no hacer trampas.

En efecto, muchos afectan amar la vida para eludir el amor mismo. Se aprestan a disfrutar y a «tener experiencias». Pero es una visión del «espíritu». Se necesita una

rara vocación para ser un vividor. La vida de un hombre se cumple sin el socorro de su espíritu, con sus retrocesos y sus avances, con su soledad y, al mismo tiempo, sus presencias. Se puede sentir una secreta vergüenza, viendo a esos hombres de Belcourt que trabajan y defienden a sus mujeres y a sus hijos, a veces sin un solo reproche. Que no quepa duda: no me hago ilusiones. No hay mucho amor en esas vidas de las que hablo. Pero, al menos, no han eludido nada. Hay palabras que no he comprendido nunca, pecado es una de ellas. Y, sin embargo, creo saber que esos hombres no han pecado contra la vida. Puesto que, si existe un pecado contra la vida, seguramente no es tanto el de desesperar, como el de esperar otra vida y desnudarse de la implacable grandeza de ésta. Esos hombres no han hecho trampas. Gracias a sus ardientes ganas de vivir, fueron dioses del verano a los veinte años; y lo son todavía, una vez que han sido privados de toda esperanza. He visto morir a dos de ellos. Estaban horrorizados, pero silenciosos. Es mejor así. Del interior de la caja de Pandora, en la que se agitaban todos los males de la humanidad, los griegos sacaron en último lugar la esperanza, como el más terrible de todos ellos. No conozco un símbolo más conmovedor. Puesto que, al contrario de lo que se cree, la esperanza equivale a resignación. Y vivir no es resignarse.

Ésa es, cuando menos, la áspera lección de los veranos de Argelia. Pero ya tiembla la estación, y el verano se inclina. Primeras lluvias de septiembre; después de tantas violencias y firmezas, son como las primeras lágrimas de una tierra redimida; como si, durante algunos días, este país se empapara de ternura. Sin embargo, por esas mismas fechas, los algarrobos expanden un perfume de amor por toda Argelia. Por la tarde, después de la lluvia, con el vientre mojado por una simiente que huele a almendra amarga, la tierra entera descansa de su entrega al sol durante todo el verano. Y ese olor consagra de nuevo las nupcias del hombre y la tierra, y despierta en nosotros el único amor verdaderamente viril en este mundo, que es perecedero y generoso.

## NOTA

A modo de ilustración, este relato de una bronca escuchado en Bab-el-Ued y reproducido al pie de la letra. (El narrador no siempre habla como el Cagayous de Mussette. Que nadie se extrañe. La lengua de Cagayous es, con frecuencia, una lengua literaria, me refiero a una reconstrucción. Los tipos del *milieu* no siempre hablan en argot. Emplean palabras de argot, lo que es diferente. El argelino utiliza un vocabulario típico y una sintaxis especial. Pero esas construcciones encuentran su sabor cuando se las introduce en la lengua francesa.)

Entonces Coco se acerca allí, y le dice: «Párate un poco, para.» Y el otro va y le dice: «¿Qué pasa?» Entonces Coco coge y le dice: «Te voy a dar de leches. ¿A mí me vas a dar tú de leches?» Entonces va y se mete la mano detrás, pero es un mosqueo. Entonces Coco le dice: «No te metas la mano atrás, porque te pillo el 6-35 y las leches te las vas a llevar lo mismo.»

El otro no se ha metido la mano. Y Coco, nada más que una: se la pega. No dos, una. Y el otro, al suelo. «Ay, ay», empieza. Entonces aparece la basca. Se ha liado la bronca. Ha habido uno que se le ha acercado a Coco, y otro, y otro. Y yo voy y le digo: «Oye, ¿tú vas a tocar a mi hermano? —¿Quién de éstos es tu hermano? —Si no es, como si lo fuera.» Entonces le he dado un toque. Coco daba, yo daba, Lucien daba también. Yo había pillado a uno contra una esquina, y con la cabeza: «Pam, pam.» Entonces han llegado los guardias. Y van y nos ponen las esposas. Se me caía la cara de vergüenza de tener que atravesar así todo Bab-el Ued. Y delante del Gentleman's Bar estaban los amigos y las chavalas. Se me caía la cara de vergüenza. Pero luego el padre de Lucien nos ha dicho: «Lleváis razón.»

## El desierto

A Jean Grenier

Por supuesto que vivir es lo contrario de expresar. Si creo a los maestros toscanos, es testimoniar tres veces: en el silencio, en la llama y en la inmovilidad.

Se necesita mucho tiempo para reconocer que uno se encuentra todos los días a los personajes de sus cuadros en las calles de Florencia o de Pisa. Pero es que tampoco sabemos ver los verdaderos rostros de quienes nos rodean. Ya no miramos a nuestros contemporáneos, ávidos únicamente por encontrar en ellos lo que sirve para nuestra orientación y regula nuestra conducta. Antes que sus rostros, preferimos su poesía más vulgar. Giotto o Piero della Francesca saben que la sensibilidad de un hombre no es nada. Y por lo que se refiere al corazón, la verdad es que todo el mundo tiene uno. Pero los grandes sentimientos, sencillos y eternos, en torno a los que gravita el amor a la vida —odio, amor, lágrimas y alegrías—, crecen en la profundidad del hombre y modelan el rostro de su destino: como en el entierro del Giotto, el dolor con los dientes apretados de María. En las inmensas *maestàs* de las iglesias toscanas, veo una multitud de ángeles con los rostros vagamente destacados, pero en cada una de esas caras mudas y apasionadas reconozco una soledad.

Se trata de algo pintoresco, episódico, que es cuestión de matices, o de sentirse conmovido. Se trata de poesía.

La verdad es lo que cuenta. Y llamo verdad a lo que continúa. Hay un aprendizaje sutil cuando se piensa que, desde esa perspectiva, sólo los pintores pueden saciar nuestra hambre. Porque tienen el privilegio de convertirse en los novelistas del cuerpo. Porque trabajan en esa materia magnífica y fútil que se llama el presente. Y el presente siempre se representa en un gesto. No pintan una sonrisa, ni un fugitivo pudor, ni una queja, ni una espera; pintan un rostro con su relieve de huesos y su calor de carne. Han expulsado para siempre la maldición del espíritu de esas caras fijadas en líneas eternas: al precio de la esperanza. Porque el cuerpo ignora la esperanza. No conoce más que los impulsos de su sangre. La eternidad que le corresponde está hecha de indiferencia. Como esa *Flagelación* de Piero della Francesca, en la que, en un patio recién fregado, el Cristo martirizado y el verdugo de sólidos miembros muestran idéntica actitud de desprendimiento. Es así porque está claro que ese suplicio no tiene continuación. Y su lección se detiene en el espacio de la tela. ¿Qué razón hay para conmoverse con lo que no tiene un mañana? Esa impasibilidad y esa eterna grandeza del hombre sin esperanza, ese presente eterno, es precisamente a lo que los teólogos avisados han llamado el infierno. Y el infierno, como nadie ignora, es también la carne que sufre. En esa carne se paran los toscanos, y no en su destino. No hay pinturas proféticas. Y no hay que buscar en los museos las razones para esperar.

Es cierto que la inmortalidad del alma preocupa a muchos espíritus benévolos. Pero es porque, antes de haber agotado la savia, ya rechazan la única verdad que se les ha dado, y que es precisamente el cuerpo. Puesto que el cuerpo no les plantea interrogantes. O, al menos, saben el único interrogante que les plantea: se trata de una verdad que se tiene que pudrir y que, por eso, reviste una amargura y una nobleza que no se atreven a mirar de frente. Los espíritus benévolos prefieren la poesía, puesto que es un negocio del alma. Se nota que juego

con las palabras. Pero se entiende también que, por estar a favor de la verdad, quiero sólo consagrar una poesía más elevada: la negra llama que, de Cimabue a Francesca, han levantado los pintores italianos entre los paisajes toscanos como protesta lúcida del hombre arrojado sobre una tierra, cuyo esplendor y cuya luz le hablan sin descanso de un Dios que no existe.

A fuerza de indiferencia y de insensibilidad, un rostro llega a alcanzar la grandeza mineral de un paisaje. Del mismo modo que ciertos campesinos de España acaban pareciéndose a los olivos de su tierra, los rostros de Giotto, despojados de las sombras irrisorias en las que se manifiesta el alma, acaban por reunirse con la Toscana misma en la única lección que esta tierra prodiga: un ejercicio de la pasión en detrimento de la emoción, una mezcla de ascetismo y placer, una resonancia compartida por la tierra y el hombre, gracias a la cual, el hombre, al igual que la tierra, se define a medio camino entre la miseria y el amor. No hay verdades en las que el corazón pueda sentirse seguro. Y yo sabía que eso era evidente cierta tarde en que las sombras empezaban a ahogar las viñas y los olivos de la campiña de Florencia con una enorme tristeza muda. Pero, en ese país, la tristeza es siempre un comentario a la belleza. Y en el tren que corría a través del anochecer, sentía que algo se desataba en mí. ¿Puedo dudar ahora que, aunque mostrara el rostro de la tristeza, aquello era, no obstante, felicidad?

Sí, Italia prodiga también en sus paisajes la lección que enseñan sus hombres. Pero acaba siendo fácil perder la felicidad, porque siempre resulta inmerecida. Incluso en Italia. Y su gracia, aunque siempre llega de repente, nunca es inmediata. Más que ningún otro país, Italia invita a profundizar en una experiencia que sin embargo parece darse por entero ya la primera vez. Primero entrega su poesía, y, de ese modo, oculta mejor su verdad. Sus primeros sortilegios son ritos de olvido: las adelfas de Mónaco, Génova, llena de flores y de olor a pescado, y los atardeceres azules de la costa ligur. A continuación,

Pisa, en donde Italia pierde el encanto un poco canalla de la Riviera. Pero Pisa resulta todavía fácil, y ¿por qué no entregarse durante algún tiempo a su gracia sensual? Exento de toda obligación una vez aquí (y privado de las alegrías del viajero apresurado, ya que un billete barato me obliga a permanecer cierto tiempo en la ciudad «de mi elección»), esta primera noche que llego a Pisa, fatigado y famélico, y me acogen en la avenida de la estación dieciocho ruidosos altavoces que esparcen una oleada de romanzas sobre una multitud compuesta casi en su totalidad por jóvenes, mi paciencia para amar y comprender me parece sin límite. Sé ya lo que espero. Tras esa explosión de vida, llegará el instante singular en el que, cerrados los cafés y restablecido repentinamente el silencio, me dirigiré al centro atravesando calles cortas y oscuras. El Arno negro y dorado, los monumentos amarillos y verdes, la ciudad desierta, ¿cómo describir esa repentina y hábil astucia, mediante la cual, a las diez de la noche, Pisa se convierte en un extraño decorado de silencio, agua y piedras? «¡Por una noche así, Jessica!» En ese escenario único, los dioses se aparecen con la voz de los amantes de Shakespeare... Hay que saber entregarse al sueño cuando el sueño se nos entrega. En el fondo de esta noche italiana escucho ya los primeros acordes del canto más íntimo que uno viene a buscar aquí. Mañana, pero sólo mañana, el campo se completará con la llegada del día. Pero esta noche estoy aquí, dios entre los dioses, y al ver cómo Jessica se escapa, «con pasos llevados por el amor», uno mi voz a la de Lorenzo. Pero Jessica no es nada más que un pretexto y el ímpetu del amor la deja atrás. Sí, lo creo. Lorenzo está menos enamorado que agradecido porque se le permite amar. Pero ¿por qué soñar esta noche con los amantes de Venecia y olvidar Verona? Nada invita a encariñarse con los amantes desgraciados. Nada hay más vano que morir por culpa de un amor. Lo que habría que hacer es vivir. Y Lorenzo vivo vale más que Romeo bajo tierra, a pesar de su rosál. ¿Cómo no bailar, pues, en estas fiestas

del amor viviente? Dormir por la tarde encima de la hierba cortada de la Piazza del Duomo, entre los monumentos que siempre hay tiempo para visitar, beber en las fuentes de la ciudad, donde el agua estaba un poco templada, pero tan fluida, volver a ver de nuevo ese rostro de mujer que reía; tenía la nariz larga y la boca orgullosa. Lo único que hay que comprender es que esa iniciación prepara para iluminaciones más elevadas. Son las procesiones luminosas de los mistos dionisiacos en Eleusis. El hombre prepara sus lecciones en la alegría y, cuando alcanza su más alto grado de ebriedad, la carne se vuelve consciente y consagra su comunión con un misterio sagrado, cuyo símbolo es la sangre negra. El olvido de uno mismo, alcanzado en el ardor de esta primera Italia, nos prepara para esa lección que nos desata de la esperanza y nos arrebatada de nuestra historia. La doble verdad del cuerpo y del instante en el espectáculo de la belleza. ¿Cómo no nos vamos a agarrar a esa verdad, del mismo modo que nos asimos a la única felicidad esperada, que nos hipnotiza y perece al mismo tiempo?

El materialismo más repugnante no es el que la gente piensa, sino el que pretende colarnos ideas muertas como si estuviesen vivas y distraer en mitos estériles la atención obstinada y lúcida que prestamos a lo que en nosotros debe morir para siempre. Recuerdo que, en Florencia, en el claustro de los muertos, en la Santissima Annunziata, hubo algo que me transportó y que, en un primer momento, pensé que se trataba de angustia, aunque resultó no ser más que cólera. Llovía. Leía las inscripciones de las losas funerarias y los exvotos. La una tenía un padre tierno y un marido fiel; otro era, además del mejor esposo, un sagaz comerciante. Una mujer joven, modelo de virtudes, hablaba francés «si come il nativo». En otro lado, una jovencita era la única esperanza de los suyos «ma la gioia è pellegrina sulla terra». Nada de todo eso era asunto mío. Según las inscripciones, casi todos se habían resignado a morir, y lo habían hecho sin



vacilación, puesto que aceptaban sus demás deberes. Ese día, los niños habían invadido el claustro y jugaban a pídola encima de las losas que pretendían perpetuar sus virtudes. Caía la noche en aquellos instantes y yo me había sentado en el suelo, apoyado contra una columna. Un cura me había sonreído al pasar. En el interior de la iglesia, tocaba sordamente el órgano y el color cálido de sus filigranas reaparecía de vez en cuando por detrás de los gritos de los niños. Solo, apoyado contra la columna, me sentía como alguien a quien han cogido del cuello y grita su fe como una última palabra. Todo, en mí, protestaba contra semejante resignación. «Hay que», decían las inscripciones. Pero no; y tenía razón mi rebeldía. Tenía que seguir paso a paso aquella alegría que, indiferente y absorta, caminaba sobre la tierra como un peregrino. Y decirle que no a todo lo demás. Las lápidas me enseñaban que era inútil, que la vida es «col sol levante e col sol cadente». Pero, aun hoy, no veo lo que la inutilidad le quita a mi rebeldía y noto muy bien lo que le añade.

Aunque, al fin y al cabo, no es eso lo que quería decir. Querría ceñir un poco más una verdad que experimentaba entonces en el corazón mismo de mi rebeldía y de la que ésta era nada más que la prolongación, una verdad que iba desde las diminutas rosas tardías del claustro de Santa Maria Novella, a las mujeres de aquel domingo por la mañana en Florencia, con los senos libres bajo ropas ligeras y con los labios húmedos. Aquel domingo, en la esquina de cada iglesia se levantaban puestos de flores, gruesas y relucientes, perladas de agua. Encontraba una especie de «inocencia» y también una recompensa. En aquellas flores y en aquellas mujeres había una opulencia generosa y no veía que desear unas fuese muy distinto que codiciar las otras. Les bastaba el mismo corazón puro. No es muy frecuente que un hombre sienta puro su corazón. Pero, en un momento así, su deber es llamar verdad a lo que lo ha purificado de un modo tan singular, aunque esa verdad pueda parecerles a otros una blasfemia, como ocurrió el día en que yo pensaba así: ha-

bía pasado la mañana en un convento de franciscanos, en Fiesole, empapado con el olor de los laureles. Había permanecido largo rato en un patio pequeño hinchado de flores rojas, sol y abejas amarillas y negras. En un rincón había una regadera verde. Antes, había visitado las celdas de los monjes y había visto las mesitas adornadas con una calavera. Ahora, ese jardín testimoniaba sus inspiraciones. Había regresado a Florencia descendiendo desde la colina hasta la ciudad que se ofrecía con todos sus cipreses. Ese esplendor del mundo, esas mujeres y esas flores me parecían la justificación de aquellos hombres. Y no estaba seguro de que no fuese también una justificación para todos los hombres que saben que un punto extremo de pobreza devuelve siempre al lujo y la riqueza del mundo. Sentía una resonancia común entre la vida de estos franciscanos, encerrados entre sus columnas y flores, y la de los jóvenes de la playa Padovani, en Argel, que se pasan el año al sol. Se despojan por una vida más grande (y no para otra vida). Es, al menos, el único empleo válido de la palabra «desnudamiento». Estar desnudo guarda siempre un sentido de libertad física y este acorde de la mano con las flores —ese entendimiento amoroso de la tierra y del hombre liberado de lo humano...— ¡Ah! ¡Qué fácilmente me convertiría a esa religión, si no fuese ya la mía! No, eso no puede ser una blasfemia: y tampoco lo es, si digo que la sonrisa interior de los san Francisco de Giotto justifica a quienes poseen el gusto por la felicidad. Porque los mitos son a la religión lo que la poesía es a la verdad: máscaras ridículas puestas encima de la pasión de vivir.

¿Iré aún más lejos? Los mismos hombres que, en Fiesole, viven ante sus flores rojas tienen en sus celdas el cráneo que alimenta sus meditaciones. Florencia ante sus ventanas, y la muerte sobre sus mesas. Una cierta continuidad en la desesperación puede engendrar la alegría. Y, cuando la vida las mezcla a cierta temperatura, el alma y la sangre viven cómodas en sus contradicciones, tan indiferentes al deber como a la fe. Así que no me extraña



que, en cierto muro de Pisa, una mano alegre haya resumido de esta manera su particular noción del honor: «Alberto fa l'amore con la mia sorella.» Tampoco me extraña que Italia sea la tierra de los incestos, o al menos —lo que aún es más significativo—, de los incestos declarados. Porque el camino que lleva desde la belleza a la inmoralidad es tortuoso, pero seguro. Hundida en la belleza, la inteligencia come su porción de nada. Ante estos paisajes, cuya belleza aprieta la garganta, cada pensamiento es una tachadura sobre el hombre. Y bien pronto, negado, cubierto, recubierto por tantas convicciones aplastantes, se convierte ante el mundo en ese borrón informe que sólo conoce la verdad pasiva, o su color, o su sol. Los paisajes tan puros son esterilizantes para el alma, y su belleza le resulta insoportable. En esos evangelios de piedra, de cielo y de agua, ha sido dicho que nada resucita. Y, sin embargo, en el fondo de ese desierto magnífico para el corazón, comienza la tentación para los hombres de estas tierras. ¿Qué tiene de extraño que haya espíritus educados ante el espectáculo de la nobleza, en el aire rarificado de la belleza, que se convenzan difícilmente de que la grandeza pueda unirse con la bondad? Una inteligencia, sin un dios que la concluya, busca un dios en lo que la niega. Borgia, al llegar al Vaticano, grita: «Ahora que Dios nos ha dado el papado, hay que darse prisa en disfrutarlo.» Y hace lo que dice. Darse prisa: está bien dicho. Y ahí se percibe ya esa desesperación tan especial de los seres saciados.

Quizá yo me equivoque. Puesto que, al cabo, fui feliz en Florencia, y muchos otros lo fueron antes que yo. Pero ¿qué es la felicidad, sino el sencillo acuerdo entre un ser y la existencia que lleva? ¿Y hay algún acuerdo más legítimo para unir al hombre con la vida que la doble conciencia de su deseo de pervivir y su destino de muerte? Al menos se aprende a no contar con nada y a considerar el presente como la única verdad que nos ha sido dada por «añadidura». Comprendo bien lo que me dicen: Italia, el Mediterráneo, tierras antiguas, donde

todo está hecho a medida del hombre. Pero ¿dónde? ¿Y quién me enseña el camino? ¡Dejadme que abra los ojos y busque mi medida y mi contento! O mejor aún, ya lo veo: Fiesole, Djemila y los puertos al sol. ¿La medida del hombre? El silencio y las piedras muertas. Todo lo demás pertenece a la historia.

Sin embargo, no es en eso en lo que habría que detenerse. Puesto que nadie ha dicho que la felicidad sea a toda costa inseparable del optimismo. Está ligada al amor, que no es lo mismo. Y sé horas y sitios donde la felicidad puede parecer tan amarga que uno prefiere su promesa. Pero es que, en esas horas y esos sitios, yo no tenía corazón suficiente para amar, es decir, para no renunciar. De lo que hay que hablar aquí es de esa entrada del hombre en las fiestas de la tierra y la belleza. Ya que, en ese momento —igual que el neófito deja sus últimos velos—, él abandona ante su dios la calderilla de su personalidad. Sí, existe una felicidad más elevada, desde donde la otra felicidad parece fútil. En Florencia subía a lo más alto del jardín Boboli, a una terraza desde la que se contemplaban el Monte Oliveto y las elevaciones de la ciudad hasta el horizonte. Sobre cada una de las colinas, los olivos palidecían como pequeñas humaredas y, por encima de las ligeras brumas que trazaban, destacaban los densos surtidores de los cipreses, de un color más verde los cercanos, y negros los situados más lejos. Gruesas nubes ponían manchas en el cielo, que mostraba un profundo color azul. Con el final de la tarde, se derramaba una luz plateada que todo lo convertía en silencio. En un primer momento, la cima de las colinas había permanecido envuelta en nubes. Pero se había levantado una brisa, cuya respiración notaba en mi cara. A su impulso, por detrás de las colinas, las nubes se separaron como cuando una cortina se abre. A la vez, pareció que los cipreses de la cumbre crecían de golpe en el cielo azul que acababa de aparecer. Y, al tiempo que lo hacían los cipreses, crecieron lentamente la colina entera y el paisaje de olivos y piedras. Vinieron más nubes. La cortina se

cerró. Y la colina volvió a bajar, con sus cipreses y sus casas. Y después, y en la lejanía de otras colinas cada vez más difuminadas, la misma brisa que abría en un sitio los pliegues espesos de las nubes los cerraba en otro más distante. En esa gran respiración del mundo, el mismo aliento soplab a algunos segundos de diferencia y reemprendía, alejándose más y más, el tema en piedra y aire de una fuga a escala mundial. Cada vez disminuía el tema en un tono: siguiéndolo un poco más lejano, me calmaba un poco más. Y llegado al fin de esta perspectiva emocionante, abrazaba de una sola mirada esa fuga en la que todas las colinas respiraban al mismo tiempo y, con esa respiración, me llegaba algo así como el canto de la tierra entera.

Yo sabía que millones de ojos habrían contemplado ese paisaje y, sin embargo, me parecía recibir la primera sonrisa del cielo. Me ponía fuera de mí, en el sentido más profundo del término. Me aseguraba que todo sería inútil, si ni mi amor, ni ese grito de piedra, existieran. El mundo es hermoso y, fuera de él, no hay salvación. La gran verdad que me enseñaba es que el espíritu no es nada, y ni siquiera el corazón. Y que la piedra que el sol ha calentado, o el ciprés que crece cuando se abre el cielo, limitan el único universo en el que «tener razón» adquiere un sentido: la naturaleza sin hombres. Y ese mundo me anula. Me lleva al límite. Me niega sin cólera. En la tarde que caía sobre la campiña florentina, me encaminaba hacia una sabiduría en la que todo habría sido ya conquistado, si las lágrimas no me hubieran saltado a los ojos, y el gran sollozo de la poesía, que me llenaba, no me hubiera hecho olvidar la verdad del mundo.

Habría que detenerse en ese balanceo: singular instante en el que la espiritualidad repudia la moral, en el que la felicidad nace de la ausencia de esperanza, en el que el espíritu encuentra su razón en el cuerpo. Es cierto que toda verdad lleva en sí misma su amargura, pero también es cierto que toda negación contiene una floración de «sí». Y ese canto de amor sin esperanza, que nace de la

contemplación, puede también dar cuerpo a la más eficaz de las reglas de acción. Al salir de la tumba, el Cristo resucitado de Piero della Francesca no tiene una mirada humana. No hay ningún rastro de felicidad pintado en su cara, sólo una grandeza altiva y sin alma que no puedo impedirme tomar por una resolución de vivir. Expresan igual de poco el sabio y el idiota. Ese círculo me alegra.

Pero esta lección ¿se la debo a Italia, o la he extraído de mi corazón? Sin duda, se me ha aparecido allá abajo. Pero es que Italia, al igual que otros lugares privilegiados, me ofrece el espectáculo de una belleza en la que, a pesar de todo, también mueren los hombres. Al menos, aquí la verdad debe pudrirse; ¿hay algo más exaltante? Aunque la deseo, ¿qué puedo hacer yo con una verdad que no se tenga que pudrir? No está hecha a mi medida. Y amarla sería una apariencia falsa. Se comprende pocas veces que, cuando un hombre abandona lo que constituía su vida, no lo hace nunca por desesperación. Los cabezazos y las desesperaciones conducen a otras vidas y marcan únicamente un tembloroso apego a las lecciones de la tierra. Pero puede ocurrir que, alcanzado cierto grado de lucidez, un hombre se descubra con el corazón cerrado y, sin rebeldía ni reivindicación, vuelva la espalda a lo que hasta ese momento consideraba su vida, me refiero a su agitación. Rimbaud termina en Abisinia, sin haber escrito una sola línea, no por afán de aventura, ni por renuncia de escritor, sino porque «las cosas son así», y, al llegar a cierto punto de conciencia, se acaba por admitir lo que, según nuestra vocación, todos nos empeñamos en no comprender. Se percibe que se trata de emprender la travesía de cierto desierto. Pero ese desierto singular sólo resulta sensible a quienes son capaces de vivir en él sin engañar nunca su sed. Entonces, y sólo entonces, se puebla de aguas vivas de felicidad.

En el jardín Boboli, pendían al alcance de la mano enormes caquis dorados, cuya carne había estallado y destilaba un almíbar denso. Desde esa colina leve hasta esos frutos jugosos, desde la fraternidad secreta que me

acordaba con el mundo al hambre que me impulsaba hacia la carne anaranjada que pendía por encima de mi mano, experimentaba ese balanceo que lleva a ciertos hombres desde el ascetismo al placer, y del despojamiento a la abundancia de la voluptuosidad. Admiraba, admiro ese hilo que une al hombre con el mundo, ese doble reflejo en el que mi corazón puede intervenir y dictar su felicidad hasta un límite preciso donde el mundo puede entonces acabarlo o destruirlo. ¡Florenia! Uno de los únicos sitios de Europa en los que he comprendido que en el corazón de mi rebeldía dormía un consentimiento. En su cielo mezclado de lágrimas y sol, aprendía a consentir en la tierra y a arder en la llama sombría de sus fiestas. Experimentaba... ¿pero qué palabra? ¿Qué desmesura? ¿Cómo consagrar el acuerdo del amor y la rebeldía? ¡La tierra! En este gran templo que los dioses han abandonado, todos mis ídolos tienen los pies de barro.

## EL EXTRANJERO

*Título original: L'Étranger (1942)*  
*Traducción de José Ángel Valente*

Hoy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé. He recibido un telegrama del asilo: «Madre fallecida. Entierro mañana. Sentido pésame.» Nada quiere decir. Tal vez fue ayer.

El asilo de ancianos está en Marengo, a ochenta kilómetros de Argel. Tomaré el autobús de las dos y llegaré por la tarde, así podré velarla y regresaré mañana por la noche. He pedido a mi patrón dos días de permiso que no me podía negar con una excusa semejante. Pero no tenía un aire satisfecho. Llegué incluso a decirle: «No es culpa mía.» No respondió. Pensé entonces que no debía habérselo dicho. Por supuesto, no tenía por qué disculparme. Era a él más bien, a quien correspondía darme el pésame. Pero lo hará sin duda pasado mañana, cuando me vea de luto. Por el momento, es un poco como si mamá no hubiese muerto. Después del entierro, por el contrario, será un asunto resuelto y todo habrá revestido un aire más oficial.

Salí en el autobús de las dos. Hacía mucho calor. Comí en el restaurante de Celeste, como de costumbre. Todos estaban muy apenados por mí, y Celeste me dijo: «Sólo hay una madre.» Cuando salí me acompañaron hasta la puerta. Yo estaba un poco aturdido, porque fue

necesario que subiera a casa de Emmanuel para que me prestase una corbata negra y un brazalete. Perdió a su tío hace algunos meses.

Hube de correr para no perder el autobús. Esa prisa, esa carrera, todo ello sin duda, añadido al traqueteo, al olor de la gasolina, a la reverberación de la carretera y del cielo, hizo que me adormeciera. Dormí durante casi todo el trayecto. Cuando desperté, estaba echado contra un militar, que me sonrió y me preguntó si venía de lejos. Contesté «sí» para no hablar más.

El asilo está a dos kilómetros de la aldea. Hice el camino a pie. Yo quería ver a mamá inmediatamente. Pero el conserje me dijo que era necesario hablar antes con el director. Como éste estaba ocupado, esperé un poco. Durante todo ese tiempo, el conserje me habló, después vi al director: me recibió en su despacho. Era un viejecito, con la Legión de Honor. Me miró con sus ojos claros. Después me estrechó la mano y la retuvo tanto tiempo que yo no sabía demasiado cómo retirarla. Consultó un expediente, y me dijo: «La señora Meursault entró aquí hace tres años. Usted era su único sostén.» Creí que me reprochaba algo y empecé a darle explicaciones. Pero él me interrumpió: «No tiene usted por qué justificarse, hijo mío. He leído el expediente de su madre. Usted no podía subvenir a sus necesidades. Necesitaba una enfermera. Sus ingresos son modestos. Y, a fin de cuentas, ella era más feliz aquí.» Yo dije: «Sí, señor director.» Él añadió: «Sabe, ella tenía amigos, gentes de su edad. Podía compartir con ellos intereses de otro tiempo. Usted es joven y debía de aburrirse con usted.»

Era cierto. Cuando mamá estaba en casa, pasaba su tiempo siguiéndome con los ojos en silencio. Los primeros días de su estancia en el asilo, lloraba con frecuencia. Pero tal era su costumbre. Al cabo de algunos meses, hubiera llorado si la hubiese retirado del asilo. Siempre a causa de la costumbre. Un poco por eso, durante el último año apenas vine aquí. Y también por-

que venir anulaba mi domingo, sin contar el esfuerzo de ir al autobús, de tomar los billetes y de hacer dos horas de viaje.

El director me siguió hablando, pero apenas lo escuchaba. Después me dijo: «Supongo que desea ver a su madre.» Me levanté sin decir nada y él me precedió hacia la puerta. En la escalera me explicó: «La hemos transportado a nuestro pequeño depósito. Para no impresionar a los demás. Cada vez que un pensionista muere, los demás están nerviosos durante dos o tres días. Y se hace así difícil el servicio.» Atravesamos un patio donde había muchos ancianos, charlando en pequeños grupos. Se callaban cuando pasábamos. A nuestra espalda, las conversaciones recomenzaban. Un sordo parloteo de cotorras, diríase. El director me dejó ante la puerta de un pequeño edificio: «Lo dejo, señor Meursault. Quedo a su disposición en mi despacho. En principio, el entierro se ha previsto para las diez de la mañana. Hemos pensado que podría usted así velar a la desaparecida. Una última cosa: su madre parece que había manifestado con frecuencia a sus compañeros el deseo de tener un entierro religioso. He asumido la responsabilidad de hacer lo necesario. Pero quería ponerlo en su conocimiento.» Le di las gracias. Mamá, sin ser atea, jamás había pensado en la religión cuando vivía.

Entré. Era una sala muy clara, caleada y techada de vidrio. Estaba amueblada con sillas y caballetes en forma de X. Dos de entre ellos, en el centro, sostenían el féretro cubierto con su tapa. Se veían solamente los tornillos brillantes, apenas hundidos, que destacaban sobre la madera pintada con nogalina. Cerca del ataúd, con una bata blanca y un pañuelo de color vivo en la cabeza, estaba una enfermera árabe.

En ese momento el conserje entró detrás de mí. Había debido de correr. Tartamudeó un poco: «La hemos cubierto. Pero desatornillaré el féretro para que pueda usted verla.» Cuando se aproximaba al ataúd lo detuve. Me dijo: «¿No quiere?» Respondí: «No.» Se detuvo y me

sentí molesto porque comprendía que no habría debido decir aquello. Al cabo de un momento, me miró y me preguntó: «¿Por qué?» Pero sin reproche, como si se informase. Dije: «No sé.» Entonces, retorciéndose el bigote blanco, declaró sin mirarme: «Comprendo.» Tenía unos hermosos ojos azul claro y la piel un poco rojiza. Me ofreció una silla y él mismo se sentó un poco detrás de mí. La enfermera se levantó y se dirigió hacia la salida. En ese momento, el conserje me dijo: «Tiene un chancro.» Como yo no entendía, miré a la enfermera y vi que llevaba sobre los ojos una venda que daba la vuelta a su cabeza. A la altura de la nariz, la venda estaba plana. Sólo se veía la blancura de la venda en su rostro.

Cuando salió, el conserje dijo: «Voy a dejarle solo.» Ignoro qué gesto hice, pero él se quedó de pie detrás de mí. Esa presencia a mi espalda me molestaba. La habitación estaba inundada por la bella luz del final de la tarde. Dos abejorros bordoneaban contra el vidrio del techo. Sentía que el sueño me ganaba. Sin volverme hacia él, dije al conserje: «¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?» Respondió inmediatamente: «Cinco años», como si hubiera estado esperando desde siempre mi pregunta.

Después, charló sin tregua. Se habría asombrado mucho si le hubieran dicho que terminaría de conserje en el asilo de Marengo. Tenía sesenta y cuatro años, y era parisiense. En ese momento lo interrumpí: «Ah, ¿usted no es de aquí?» Recordé después que antes de llevarme a ver al director, me había hablado de mamá. Me había dicho que era necesario enterrarla muy rápidamente, porque en la llanura hacía calor, sobre todo en esta región. Fue entonces cuando me dijo que había vivido en París y que le costaba olvidarlo. En París, se puede estar con el muerto tres o cuatro días a veces. Aquí no hay tiempo. Apenas se ha hecho uno a la idea y ya hay que salir corriendo detrás del coche funerario. Su mujer le había dicho entonces: «Calla, no son esas

cosas para contar al señor.» El viejo había enrojecido y se había disculpado. Yo intervine para decir: «Pero no. Pero no.» Me parecía que lo que contaba venía al caso y era interesante.

En el pequeño depósito, me explicó que había entrado en el asilo como indigente. Como se sentía capaz, se ofreció para ocupar este puesto de conserje. Le hice notar que, a fin de cuentas, era un pensionista. Me dijo que no. Ya me había sorprendido la manera que tenía de decir: «Ellos», «los otros», y más raramente, «los viejos», cuando hablaba de los pensionistas algunos de los cuales no tenían más edad que él. Pero naturalmente no era lo mismo. Él era el conserje y, en cierta medida, tenía derechos sobre ellos.

La enfermera entró en ese momento. La tarde había caído bruscamente. Con rapidez, la noche se había espesado sobre el techo de vidrio. El conserje giró el conmutador y quedé cegado por la repentina luz. Me invitó a dirigirme al refectorio para cenar. Pero yo no tenía hambre. Me ofreció entonces traer una taza de café con leche. Como me gusta mucho el café con leche, acepté, y, al cabo de un momento, volvió con una bandeja. Bebí. Tuve entonces deseos de fumar. Pero dudé porque no sabía si podía hacerlo delante de mamá. Reflexioné; la cosa no tenía importancia. Ofrecí un cigarrillo al conserje y ambos fumamos.

En un momento dado, me dijo: «Sabe usted, los amigos de su madre van a venir a velarla también. Es la costumbre. Debo ir a buscar sillas y café solo.» Le pregunté si se podía apagar una de las lámparas. El reflejo de la luz sobre las paredes blancas me fatigaba. Me dijo que no era posible. La instalación se había hecho así: O todo o nada. Dejé de prestarle atención. Salió, volvió y colocó las sillas. En una de ellas, apiló las tazas en torno a una cafetera. Después se sentó frente a mí, del otro lado de mamá. La enfermera estaba también al fondo, vuelta de espalda. No veía lo que hacía. Pero por el movimiento de sus brazos, podía deducir que hacía punto. La tempe-

ratura era suave. El café me había calentado y por la puerta abierta entraba un olor de noche y flores. Creo que dormité un poco.

Me despertó un roce. Como había tenido los ojos cerrados, la habitación me pareció todavía más resplandeciente de blancura. No había ante mí ni una sola sombra y cada objeto, cada ángulo y todas las curvas se dibujaban con una pureza que hería la mirada. En ese momento entraron los amigos de mamá. Eran en total una decena y se deslizaban silenciosos en esta luz cegadora. Se sentaron sin que ninguna silla chirriase. Los veía como nunca he visto a nadie y ni un solo detalle de sus rostros o de sus trajes se me escapaba. Sin embargo, no los oía y apenas podía creer en su realidad. Casi todas las mujeres llevaban un delantal y el cordón que les ceñía la cintura hacía que resaltase todavía más el vientre abombado. Yo no había advertido nunca hasta qué punto las ancianas podían tener vientre. Los hombres eran casi todos delgados y llevaban bastón. Me sorprendía en sus rostros no ver sus ojos, sino tan sólo una luz sin brillo en medio de un nido de arrugas. Cuando se sentaron, la mayoría me miró e inclinó la cabeza con embarazo, con los labios subsumidos en la boca sin dientes, sin que pudiese yo saber si me saludaban o si se trataba de un tic. Creo más bien que me saludaban. Percibí en ese momento que estaban todos sentados frente a mí cabeceando, en torno al conserje. Por un momento tuve la impresión ridícula de que estaban allí para juzgarme.

Poco después una de las mujeres se echó a llorar. Estaba en la segunda fila, ocultada por una de sus compañeras, y la veía mal. Lloraba con pequeños gemidos regulares. Parecía que no iba a detenerse jamás. Los otros permanecían como si no la oyesen. Estaban abatidos, tristes y silenciosos. Miraban el féretro o su bastón o no importa qué, pero eso era lo único que miraban. La mujer seguía llorando. Yo estaba muy asombrado porque no la conocía. Hubiera querido no oírla. Sin embargo, no me atrevía a decírselo. El conserje se inclinó hacia ella, le

habló, pero la mujer sacudió la cabeza, musitó algo y siguió llorando con la misma regularidad. El conserje vino entonces a mi lado. Al cabo de un rato bastante largo, me comunicó sin mirarme: «Estaba muy unida a su madre. Dice que era aquí su única amiga y que ahora ya no tiene a nadie.»

Permanecemos un prolongado momento así. Los suspiros y gemidos de la mujer se iban haciendo más raros. Aspiraba fuertemente por la nariz. Finalmente se calló. Yo ya no tenía sueño, pero estaba fatigado y me dolían los riñones. Era ahora el silencio de todas estas gentes lo que me resultaba penoso. De vez en cuando solamente, oía un ruido singular y no podía comprender de qué se trataba. A la larga, terminé por adivinar que algunos de los ancianos chupaban el interior de sus mejillas y dejaban escapar extraños chasquidos. No se daban cuenta, absorbidos como estaban por sus propios pensamientos. Tuve incluso la impresión de que esta muerta, tendida en medio de ellos, nada significaba a sus ojos. Creo ahora, sin embargo, que era una impresión falsa.

Todos tomamos café, servido por el conserje. Después ya no sé. Pasó la noche. Recuerdo que en un momento abrí los ojos y vi que los ancianos dormían encogidos sobre sí mismos. Con la excepción de uno solo que, con la barbilla en el dorso de sus manos aferradas al bastón, me miraba fijamente como si sólo esperase mi despertar. Volví a dormirme. Desperté porque me dolían cada vez más los riñones. Resbalaba el día en la cristalera. Poco después, uno de los ancianos despertó y tosió mucho. Escupía en un gran pañuelo de cuadros y cada uno de sus esputos era como un desgarrón. Despertó a los otros y el conserje dijo que tenían que salir. Se levantaron. El incómodo velatorio les había dejado los rostros cenicientos. Al salir, para mi gran asombro, todos me tendieron la mano, como si esa noche en la que no habíamos cambiado una sola palabra hubiese aumentado nuestra intimidad.



Estaba cansado. El conserje me llevó a su habitación y pude arreglarme un poco. Volví a tomar café con leche, que era muy bueno. Al salir era ya pleno día. Por encima de las colinas que separan Marengo del mar, se extendía un cielo enrojecido. El viento que pasaba sobre las colinas traía hasta aquí un olor de sal. Se anunciaba un hermoso día. Hacía tiempo que no había ido al campo y pensaba cuánto me habría gustado pasearme de no haber sido por mamá.

Esperé en el patio, bajo un plátano. Respiraba el olor de la tierra fresca y había dejado de tener sueño. Pensé en los compañeros de la oficina. A esta hora se estaban levantando para ir al trabajo. Para mí era siempre la hora más difícil. Todavía seguí pensando un poco en estas cosas, pero me distrajo una campana que sonaba en el interior de los edificios. Hubo indistintos ruidos detrás de las ventanas y después todo se calmó. El sol había subido un poco más en el cielo: empezaba a calentar mis pies. El conserje atravesó el patio y me dijo que el director quería verme. Fui a su despacho. Me hizo firmar bastantes papeles. Advertí que iba vestido de negro con un pantalón a rayas. Con el teléfono en la mano me dijo: «Los empleados de pompas fúnebres ya esperan hace un momento. Voy a pedirles que vengan para cerrar el féretro. ¿Quiere antes ver usted a su madre por última vez?» Dije que no. Ordenó por teléfono, bajando la voz: «Figeac, diga a los hombres que pueden ir.»

Me dijo luego que asistiría al entierro y se lo agradecí. Se sentó detrás de su mesa y cruzó sus pequeñas piernas. Me advirtió que estaríamos él y yo solos, con la enfermera de servicio. En principio, los pensionistas no debían asistir a los entierros. Solamente se les permitía el velatorio: «Es una cuestión de humanidad», añadió el director. Pero en esta ocasión había autorizado a seguir la comitiva a un viejo amigo de mamá: «Thomas Pérez.» El director sonrió. Me dijo: «Usted comprenderá, es un sentimiento un poco pueril, pero él y su madre no se separaban. En el asilo bromeaban con ellos, y decían a Pé-

rez: «Es su prometida.» Y él reía. Esa broma les gustaba. Y la verdad es que la muerte de la señora Meursault lo ha afectado mucho, pensé que no debía negarle la autorización. Pero, por consejo del médico visitante, le prohibí velarla ayer.»

Permanecimos silenciosos largo rato. El director se levantó y miró por la ventana de su despacho. En un momento observó: «Ya está el cura de Marengo. Llega antes de la hora.» Me advirtió que necesitaríamos por lo menos tres cuartos de hora de marcha para llegar a la iglesia que está en el pueblo mismo. Descendimos. Delante del edificio estaban el cura y dos monaguillos. Uno de ellos tenía un incensario y el sacerdote se inclinaba hacia él para regular la longitud de la cadena de plata. Cuando llegamos, el cura se incorporó. Me llamó «hijo mío» y me dijo unas pocas palabras. Entró; le seguí.

Vi inmediatamente que los tornillos del féretro estaban completamente enroscados y que había cuatro hombres negros en la sala. Oí al propio tiempo cómo el director me decía que el coche esperaba en la carretera y cómo el sacerdote empezaba sus oraciones. A partir de ese momento, todo sucedió con extremada rapidez. Los hombres se adelantaron hacia el ataúd con un lienzo. El sacerdote, sus acompañantes, el director y yo mismo salimos. Delante de la puerta, había una señora que yo no conocía: «El señor Meursault», dijo el director. No oí el nombre de la señora y comprendí tan sólo que era la enfermera delegada. Incliné sin una sonrisa su rostro huesudo y largo. Nos pusimos en fila para dejar pasar el cuerpo. Seguimos a los que lo llevaban y salimos del asilo. El coche estaba delante de la puerta. Reluciente, oblongo y brillante, recordaba a un portalápices. Al lado estaba el director del sepelio, bajito, con un traje ridículo y un anciano con aire embarazado. Comprendí que era el señor Pérez. Llevaba un fieltro blanco de copa redonda y ala ancha (se destocó cuando el ataúd pasó delante de la puerta), un traje cuyo pantalón caía enroscado sobre los zapatos y un lazo de tela negra demasiado pequeño para el gran cuello blanco de su cami-

sa. Sus labios temblaban bajo una nariz mechada de puntos negros. Sus cabellos blancos, bastante finos, dejaban pasar unas extrañas orejas colgantes y mal terminadas, cuyo rojo color de sangre en aquel rostro macilento me sorprendió. El director de ceremonias nos asignó nuestros lugares. El cura iba delante, seguido del coche. Alrededor de éste, los cuatro hombres. Detrás, el director, yo y, cerrando la marcha, la enfermera delegada y el señor Pérez.

El cielo estaba ya invadido de sol. Comenzaba a pesar sobre la tierra y el calor aumentaba con rapidez. No sé por qué hemos esperado tanto tiempo antes de ponernos en marcha. Me daba calor el traje oscuro. El viejecito, que se había vuelto a cubrir la cabeza, retiró de nuevo su sombrero. Yo me había vuelto un poco hacia su lado y lo miraba cuando el director me habló de él. Me dijo que con frecuencia mi madre y el señor Pérez paseaban juntos por la tarde hasta el pueblo, acompañados por una enfermera. Miré el campo alrededor de mí. Las líneas de cipreses que subían a las colinas cerca del cielo, esta tierra rojiza y verde, las casas extrañas y bien dibujadas, me hicieron comprender a mamá. La tarde, en esta región, debía ser como una tregua melancólica. Hoy, el sol desbordante estremecía el paisaje y lo hacía inhumano y deprimente.

Nos pusimos en marcha. Percibí entonces que Pérez renqueaba ligeramente. El coche, poco a poco, ganaba velocidad y el anciano perdía terreno. Uno de los hombres que rodeaban el coche se dejó sobrepasar también y caminaba ahora a mi altura. Me sorprendió la rapidez con la que el sol ascendía en el cielo. Me di cuenta que, desde hacía largo rato, el campo resonaba con el canto de los insectos y los crujidos de la hierba. El sudor corría por mis mejillas. Como no tenía sombrero, me abanicaba con el pañuelo. El empleado de las pompas fúnebres me dijo entonces algo que no entendí. Al mismo tiempo, se enjugaba el cráneo con un pañuelo que tenía en su mano izquierda, mientras levantaba con la derecha el borde de su gorra. Le dije: «¿Cómo?» Repitió señalando al cielo:

«Pega fuerte.» Contesté: «Sí.» Poco después, me preguntó: «¿Es su madre la que va ahí?» Repetí: «Sí.» «¿Era vieja?» Contesté: «Más o menos», porque no sabía la edad exacta. Después se calló. Me volví y vi al viejo Pérez a unos cincuenta metros detrás de nosotros. Se apresuraba balanceando su sombrero con el ritmo del brazo. Miré también al director. Caminaba con mucha dignidad, sin un gesto inútil. Algunas gotas de sudor perlaban su frente, pero no las enjugaba.

Me pareció que el grupo caminaba un poco más deprisa. Alrededor de mí siempre el mismo campo luminoso ahíto de sol. El brillo del cielo era insoportable. En un momento determinado, pasamos por una parte de la carretera que había sido reparada recientemente. El sol había hecho estallar el asfalto. Los pies se hundían en él y dejaban abierta su pulpa brillante. En lo alto del coche, el sombrero del cochero, de cuero endurecido, parecía haberse formado en este fango negro. Me sentía un poco perdido entre el cielo azul y blanco, y la monotonía de estos colores, viscoso negro del alquitrán abierto, deslucido negro de las ropas, negro brillante del coche. Todo ello, el sol, el olor de cuero y de los excrementos de los caballos del coche, el del barniz y el del incienso, la fatiga de la noche de insomnio, me enturbiaba la mirada y las ideas. Me volví una vez más. Pérez me pareció muy lejos, perdido en una nube de calor, después dejé de verlo. Lo busqué con la mirada y vi que había abandonado la carretera y tomado campo a través. Comprobé también que ante mí la ruta giraba. Comprendí que Pérez, que conocía la región, tomaba un atajo para alcanzarnos. En la curva se reunió con nosotros. Después lo perdimos. Marchó de nuevo campo a través varias veces. Yo sentía el latido de la sangre en las sienes.

Todo pasó después con tanta precipitación, exactitud y naturalidad, que no me acuerdo de nada. De una cosa solamente: a la entrada del pueblo la enfermera delegada me habló. Tenía una voz extraña que no correspondía a su rostro, una voz melodiosa y trémula. Me dijo: «Si va-

mos despacio, nos exponemos a una insolación, pero si vamos demasiado deprisa, se transpira y en la iglesia uno agarra un catarro.» Tenía razón. No había solución. Guardé otras imágenes de esa jornada: por ejemplo, el rostro de Pérez cuando, por última vez, nos alcanzó cerca del pueblo. Gruesas lágrimas de nerviosismo y dolor corrían por sus mejillas, pero las arrugas las retenían, se estancaban, se reunían y formaban un barniz de agua en aquel rostro destruido. Hubo todavía la iglesia y los aldeanos en las aceras, los geranios rojos sobre las tumbas del cementerio, el desvanecimiento de Pérez (un muñeco dislocado, se habría dicho), la tierra color de sangre que rodaba sobre el ataúd de mamá, la blanca carne de las raíces con ella mezcladas, todavía la gente, las voces, el pueblo, la espera ante un café, el ronquido incesante del motor, y mi alegría cuando el autobús entró en el nido de luces de Argel y pensé que me iba a acostar y dormir durante doce horas.

Al despertar, comprendí por qué mi patrón tenía un aire descontento cuando le pedí dos días de permiso: hoy es sábado. Lo había en cierto modo olvidado, pero al levantarme, se precisó esa idea. Mi patrón, naturalmente, pensó que tendría así cuatro días de vacaciones con mi domingo y eso no podía agradarle. Pero, por una parte, no es mía la culpa de que hayan enterrado a mamá ayer y no hoy y, por otra, yo habría tenido en cualquier caso mi sábado y mi domingo. Por supuesto, eso no me impide comprender al patrón.

Me costó trabajo levantarme porque estaba fatigado de mi jornada de ayer. Mientras me afeitaba, me pregunté qué iba a hacer y decidí ir a bañarme. Tomé el tranvía para ir a la casa de baños del puerto. Llegué y me zambullí. Había mucha gente joven. Encontré en el agua a Marie Cardona, una antigua mecanógrafa de mi oficina, a la que había deseado entonces. Ella también, creo. Pero se fue poco después y no tuvimos tiempo. La ayudé a subir en una boya y, en ese movimiento, rocé sus senos. Yo estaba todavía en el agua cuando ella ya se había echado boca abajo en la boya. Se volvió hacia mí. Tenía los cabellos en los ojos y reía. Me subí a su lado en la boya. Ha-

cía bueno y como bromeando dejé caer la cabeza hacia atrás y la posé sobre su vientre. No dijo nada y permanecí así. Tenía en los ojos todo el cielo, que era azul y dorado. Sentía, bajo mi nuca, el vientre de Marie latir dulcemente. Permanecimos largo tiempo en la boya, medio adormecidos. Cuando el sol se hizo demasiado fuerte, ella se echó al agua y la seguí. Le di alcance, pasé mi mano alrededor de su cintura y nadamos juntos. Seguía riendo. En el muelle, mientras nos secábamos, me dijo: «Estoy más morena que tú.» Le pregunté si quería venir al cine por la tarde. Rió de nuevo y me dijo que le apetecía ver un filme de Fernandel. Cuando ya estábamos vestidos, se sorprendió al verme con una corbata negra y me preguntó si iba de luto. Le dije que mamá había muerto. Quiso saber cuándo, y le respondí: «Ayer.» Hizo un ligero movimiento, pero ningún comentario. Quise decirle que no era culpa mía, pero me contuve porque pensé que ya se lo había dicho a mi patrón. Nada significaba eso. De todos modos, uno es siempre un poco culpable.

Por la tarde, Marie había olvidado todo. El filme era divertido por momentos y luego, verdaderamente, resultaba un poco estúpido. Tenía su pierna contra la mía. Le acaricié los senos. Hacia el fin de la sesión, la besé, pero mal. Cuando salimos, vino a casa.

Al despertarme, Marie se había ido. Me había explicado que tenía que ir a casa de su tía. Pensé que era domingo y la idea me contrarió: no me gusta el domingo. Volví entonces a la cama, busqué en la almohada el olor de sal que los cabellos de Marie habían dejado en ella y dormí hasta las diez. Me quedé fumando cigarrillos, siempre acostado, hasta mediodía. No quería comer como de costumbre en el restaurante de Celeste, porque, sin duda, me habrían hecho preguntas, algo que no me gusta. Cocí huevos y los comí tal como estaban, sin pan porque se había acabado y no quería bajar para comprarlo.

Después de comer, me sentí un poco aburrido y va-

gué por el apartamento. Resultaba cómodo cuando estaba mamá. Es ahora demasiado grande para mí y he tenido que traer a mi habitación la mesa del comedor. No vivo más que en esta habitación, entre las sillas de paja un poco hundidas, el armario cuyo espejo amarillea, el lavabo y la cama de cobre. El resto quedó abandonado. Un poco más tarde, por hacer algo, cogí un viejo periódico y lo leí. Recorté un anuncio de las sales Kruschen y lo pegué en un viejo cuaderno donde guardo las cosas que me divierten de los periódicos. También me lavé las manos y, por último, me asomé al balcón.

Mi habitación da a la calle principal del barrio. Hacía un bello mediodía. Sin embargo, la calle estaba húmeda, la gente era poca y todavía con prisas. Primero las familias que iban de paseo, dos niños con traje de marinero, el pantalón por debajo de la rodilla, un poco envarados en sus vestidos rígidos, y una niña con un gran nudo rosa y zapatos de charol. Detrás, una madre enorme, con un traje de seda marrón, y el padre, un hombrecito endeble al que conocía de vista. Llevaba un sombrero de paja, una corbata de lazo y un bastón en la mano. Al verlo con su mujer, comprendí por qué en el barrio se decía que era una persona distinguida. Poco después pasaron los jóvenes del suburbio, luciendo cabellos con brillantina, corbata roja, chaquetas muy entalladas, con un pañuelo bordado en el bolsillo superior y zapatos de punta cuadrada. Supuse que iban a los cines del centro. Por eso salían tan pronto y se apresuraban hacia el tranvía con grandes risotadas.

Después, la calle fue quedando poco a poco desierta. Los espectáculos habían empezado en todas partes, creo. Sólo quedaban en la calle los tenderos y los gatos. El cielo era de una claridad sin brillo sobre los ficus que bordean la calle. En la acera de enfrente, el estanquero sacó una silla, la instaló delante de su puerta y la montó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo. Los tranvías, hacía un momento atiborrados, iban casi vacíos. En

el cafetín «Chez Pierrot», al lado del estanco, el camarero barría serrín en la sala desierta. Era verdaderamente domingo.

Volví a mi silla y la coloqué como la del estanquero porque me pareció más cómodo. Fumé dos cigarrillos, entré para buscar un trozo de chocolate y volví a comerlo en la ventana. Al poco, el cielo se oscureció y pensé que íbamos a tener una tormenta de verano. Sin embargo, se fue descubriendo poco a poco. Pero el paso de las nubes había dejado sobre la calle como una promesa de lluvia que la hizo más sombría. Permanecí largo rato mirando el cielo.

A las cinco, los tranvías llegaron ruidosos. Traían del estadio de las afueras racimos de espectadores colgados de los estribos y las barandillas. Los tranvías siguientes trajeron a los jugadores, a los que reconocí por sus maletines. Gritaban y cantaban a pleno pulmón que su club nunca sería vencido. Varios me hicieron gestos. Uno gritó incluso: «Les hemos ganado.» Yo contesté: «Sí», con la cabeza. A partir de ese momento comenzaron a afluir los coches.

El día avanzó todavía un poco. Sobre los techos enrojeció el cielo y, con la tarde naciente, se animaron las calles. Los paseantes regresaban poco a poco. Reconocí al señor distinguido en medio de los otros. Los niños lloraban o se quedaban atrás. Casi al mismo tiempo, los cines del barrio vertieron en la calle una riada de espectadores. Entre ellos, los jóvenes tenían gestos más resueltos que de costumbre; pensé que habían visto un filme de aventuras. Los que volvían de los cines de la ciudad llegaron algo más tarde. Parecían más serios. Aunque reían, daban de vez en cuando impresión de fatiga y ensimismamiento. Se quedaron en la calle, yendo y viniendo en la acera de enfrente. Las jóvenes del barrio, con el cabello al aire, se cogían del brazo. Los jóvenes se las habían arreglado para cruzarse con ellas y piroppearlas, lo que las hacía reír volviendo la cabeza. Varias de ellas, a las que conocía, me hicieron un gesto de saludo.

Los faroles se alumbraron bruscamente e hicieron palidecer las primeras estrellas que brillaban en la noche. Sentí que mis ojos se cansaban de seguir mirando las aceras con su carga de gentes y de luces. Los faroles hacían brillar el pavimento mojado y los tranvías, a intervalos regulares, lanzaban sus reflejos sobre cabellos brillantes, una sonrisa o una pulsera de plata. Después, con los tranvías más raros y la noche ya negra sobre los árboles y los faroles, el barrio se vació insensiblemente, hasta que el primer gato atravesó con lentitud la calle de nuevo desierta. Pensé que debía cenar. Me dolía un poco el cuello por haber estado demasiado tiempo apoyado sobre el respaldo de mi silla. Bajé para comprar pan y pasta, cociné y comí de pie. Me apeteció fumar un cigarrillo en la ventana, pero el aire había refrescado y sentí un poco de frío. Cerré las ventanas y, al volverme, vi en el espejo un extremo de mesa donde mi lámpara de alcohol se avecinaba a los trozos de pan. Pensé que, al cabo, era un domingo de menos, que mamá estaba ahora enterrada, que iba a volver a mi trabajo y que, después de todo, nada había cambiado.

Hoy trabajé duro en la oficina. El patrón estuvo amable. Me preguntó si no me encontraba demasiado cansado y quiso saber también la edad de mamá. Respondí que «unos sesenta años», para no equivocarme e ignoro por qué pareció aliviado, tal vez por considerar el asunto concluido.

Había un montón de conocimientos que se apilaban en mi mesa y tuve que examinarlos todos. Antes de salir de la oficina para comer, me lavé las manos. Me gusta ese momento, a mediodía. Por la tarde, disfruto menos porque la toalla giratoria que se utiliza está completamente húmeda: ha servido toda la jornada. Se lo señalé un día a mi patrón. Respondió que era, en efecto, deplorable, pero que se trataba, a fin de cuentas, de un detalle sin importancia. Salí un poco tarde, a las doce y media, con Emmanuel, que trabaja en expedición. La oficina da al mar y nos quedamos un momento mirando los cargueros en el puerto que ardía al sol. Llegó en ese momento un camión con estrépito de cadenas y explosiones. Emmanuel me preguntó «si nos subíamos» y eché a correr. El camión siguió adelante y nos lanzamos en su persecución. Yo estaba ahogado entre el ruido y el polvo. No

veía nada y sólo sentía ese impulso desordenado de la carrera, entre los tornos y las máquinas, los mástiles que danzaban sobre el horizonte y los cascos que nosotros bordeábamos. Me apoyé el primero y subí de un brinco. Después ayudé a Emmanuel a sentarse. Estábamos jadeantes, el camión saltaba sobre el pavimento desigual del muelle, entre el polvo y el sol. Emmanuel se ahogaba de risa.

Llegamos cubiertos de sudor al restaurante de Celeste. Allí seguía, con su gran barriga, su delantal y sus bigotes blancos. Me preguntó «si iba bien, a pesar de todo». Le dije que sí y que tenía hambre. Comí rápidamente y tomé café. Después volví a casa, dormí un poco porque había bebido demasiado vino y, al despertarme, tuve ganas de fumar. Iba retrasado y corrí para subirme a un tranvía. Trabajé toda la tarde. Hacía mucho calor en la oficina, y cuando salí, al atardecer, gocé viniendo lentamente a lo largo de los muelles. El cielo era verde y me sentía contento. Con todo, volví directamente a casa porque quería hacerme patatas cocidas.

Al subir, en la oscura escalera, me di contra el viejo Salamano, mi vecino de piso. Iba con su perro. Hace ocho años que los veo juntos. El podenco tiene una enfermedad de la piel, sarna, creo, que le hace perder casi todo el pelo y que lo cubre de placas y costras oscuras. A fuerza de vivir con él, solos los dos en una pequeña habitación, el viejo Salamano ha llegado a parecersele. Tiene costras rojizas en la cara y el pelo amarillo y escaso. El perro, en cambio, ha tomado de su amo una especie de aire encorvado con el hocico hacia adelante y el cuello estirado. Parecen de la misma raza y, sin embargo, se detestan. Dos veces por día, a las once y a las seis, el viejo pasea a su perro. Al cabo de ocho años, no han cambiado de itinerario. Se los ve a lo largo de la calle de Lyon, el perro tira del hombre, hasta que el viejo Salamano tropieza. Entonces golpea al perro y lo insulta. El perro se agacha aterrado y se deja arrastrar. Entonces tiene el vie-

jo que tirar de él. Cuando el perro ya se ha olvidado vuelve a tirar de su amo y vuelve éste a golpearlo y a insultarlo. Los dos se detienen entonces en la acera y se miran, el perro con terror, el hombre con odio. Así todos los días. Cuando el perro quiere orinar, el viejo no le deja tiempo y tira de él; el podenco deja tras él un reguero de pequeñas gotas. Si por azar el perro lo hace en la habitación, es golpeado de nuevo. Hace ocho años que la historia dura. Celeste dice siempre «qué desgracia», pero, en el fondo, nadie puede saber. Cuando lo encontré en la escalera, Salamano estaba insultando a su perro. Le decía: «¡Cabron! ¡Carroña!», mientras gemía el perro. Dije: «Buenas tardes», pero el viejo seguía con sus insultos. Le pregunté entonces qué le había hecho el perro. No me respondió. Decía solamente: «¡Cabron! ¡Carroña!» Lo entreví inclinado sobre su perro, como si arreglase algo en el collar. Le hablé más alto. Entonces, sin volverse, me respondió con una especie de rabia contenida: «No se mueve de ahí.» Después, se puso en marcha tirando del animal que se dejaba arrastrar sobre sus cuatro patas y gemía.

En ese mismo momento entró mi segundo vecino de piso. Se decía en el barrio que vivía de las mujeres. Sin embargo, cuando se le pregunta por su trabajo, él es «almacenero». Por lo general, le tienen poca estima. Pero me habla con frecuencia y, a veces, pasa un rato a mi apartamento porque le presto atención. Creo que lo que dice es interesante. No tengo, además, razón alguna para no hablarle. Se llama Raymond Sintés. Es bastante bajo, con anchos hombros y nariz de boxeador.

Siempre va vestido con mucha corrección. También él me dijo hablando de Salamano: «¡Si eso no es una desgracia!» Me preguntó si no me repugnaba y respondí que no.

Subimos, y cuando iba a dejarlo, me dijo: «Tengo en mi habitación morcilla y vino. ¿Quiere tomar un bocado conmigo?...» Pensé que así no tendría que cocinar y acepté. Tampoco él tiene más que una habitación, con una

cocina sin ventana. Encima de su cama cuelga un ángel de estuco blanco y rosa, fotos de campeones y dos o tres de mujeres desnudas. La habitación estaba sucia y la cama sin hacer. Encendió primero su lámpara de petróleo, después sacó una venda bastante dudosa del bolsillo y envolvió con ella la mano derecha. Le pregunté qué tenía. Se había peleado con un tipo que le venía con historias.

«¡Comprende, señor Meursault!», dijo. No es que yo sea malo, pero soy impulsivo. El otro dijo: «Baja del tranvía si eres hombre.» Le dije: «Anda, estate tranquilo.» Me dijo que yo no era un hombre. Entonces bajé y le dije: «Para, es mejor o te voy a calentar.» Respondió «¡A ver!» Entonces le di uno. Cayó. Iba a levantarlo. Pero empecé a darme patadas desde el suelo. Le di entonces un golpe de rodilla y dos taconazos. Tenía la cara ensangrentada. Le pregunté si era bastante. Respondió: «Sí.» Mientras tanto, Sintés colocaba su venda. Yo estaba sentado en la cama. Me dijo: «Ya ve usted que yo no lo provoqué. Fue él quien me faltó.» Era verdad y lo reconocí. Me explicó entonces que, precisamente, quería pedirme consejo sobre este asunto, que yo era un hombre, que conocía la vida, que podría ayudarlo y que así sería mi camarada. No dije nada y volvió a preguntarme si quería ser su camarada. Dije que me daba lo mismo y pareció contento. Sacó la salchicha, le dio unas vueltas en la sartén y puso en la mesa vasos, platos, cubiertos y dos botellas de vino. Todo en silencio. Después nos instalamos. Comiendo, empecé a contarle su historia. «Conocí a una señora... bueno, era, para decirlo todo, mi amante.» El hombre con el que se había peleado era el hermano de esa mujer. Me dijo que él la había mantenido. Aunque nada contesté, añadió enseguida que sabía lo que se decía en el barrio, pero que tenía la conciencia tranquila y que era almacenero.

«Para volver a mi historia, dijo, me di cuenta de que había trampa.» Le daba justo para vivir. Él pagaba el alquiler de la habitación y le pasaba veinte francos al día

para comida. «Trescientos francos de habitación, seiscientos francos de comida, un par de medias de vez en cuando, hacían en total mil francos. Y la señora no trabajaba. Pero me decía que era demasiado justo, que no conseguía llegar con lo que le daba. Yo le contestaba: «¿Por qué no trabajas media jornada? Así me descargarías de todas esas pequeñas cosas. Te he comprado un conjunto este mes, te pago veinte francos por día, me encargo del alquiler y tú tomas café con tus amigas después de comer. Tú pones el café y el azúcar. Yo pongo el dinero. Me he portado bien contigo y tú no me lo agradeces.» Pero ella no trabajaba, se quejaba siempre de que no le bastaba y así es como me di cuenta de que había gato encerrado.»

Me contó que le había encontrado un billete de lotería en el bolso y que ella no había podido explicarle cómo lo había comprado. Poco después, encontró en su habitación una papeleta del Monte de Piedad que probaba el empeño de dos pulseras. Hasta ese momento él ignoraba la existencia de las pulseras. «Me di sobrada cuenta de que me engañaba. Entonces la dejé. Pero antes, le pegué. Le dije cuatro verdades. Le dije que todo lo que quería era divertirse con su cosa. Comprenderá usted, señor Meursault, le dije: «No ves que la gente está celosa de la felicidad que te doy. Más tarde te darás cuenta de la felicidad que tenías.»»

La había golpeado hasta hacerla sangrar. Antes no lo hacía. «Le pegaba, pero tiernamente, por así decirlo. Lloraba un poco. Yo cerraba las contraventanas y todo terminaba como siempre. Pero ahora va en serio. Para mí, no la he castigado bastante.»

Me explicó entonces que ésa era la razón de que necesitase un consejo. Se interrumpió para avivar la mecha de la lámpara que había ardido. Yo seguía escuchándolo. Había bebido casi un litro de vino y sentía calor en las sienes. Fumaba los cigarrillos de Raymond, porque había agotado los míos. Pasaban los últimos tranvías y llevaban con ellos los ruidos ahora lejanos del barrio. Raymond si-

guió. Lo que le fastidiaba «es que todavía deseaba su sexo». Pero quería castigarla. Había pensado primero llevarla a un hotel y llamar a la «poli» para armar un escándalo y que la fichasen. Después había hablado con amigos del hampa. No se les había ocurrido nada. Para tan poco valía ser del hampa, como me comentaba Raymond. Se lo había dicho a ellos, que habían propuesto entonces «marcarla». No era eso lo que él quería. Iba a reflexionar. Antes deseaba preguntarme algo. Además quería saber primero qué me parecía esta historia. Respondí que no me parecía nada, pero que era interesante. Me preguntó si creía que había sido engañado y a mí me parecía, ciertamente, que lo había sido, y si yo creía que merecía un castigo y yo le dije que nunca se sabe, pero que comprendía que quisiera castigarla. Bebí todavía un poco de vino. Encendió un cigarrillo y me dio a conocer su idea. Quería escribirle una carta «con patadas y, al mismo tiempo, con cosas que la hicieran lamentarlo». Después, cuando volviese, se acostaría con ella y «justo en el momento de terminar» le escupiría en la cara y la echaría. Me pareció que, en efecto, de ese modo quedaría castigada. Pero Raymond me dijo que no se sentía capaz de hacer la carta que convenía y que había pensado en mí para escribirla. Como yo nada dije, me preguntó si me molestaría hacerla enseguida, y le contesté que no.

Se levantó entonces, después de beber un vaso de vino. Apartó los platos y el pequeño trozo de morcilla fría que habíamos dejado. Secó cuidadosamente el hule de la mesa. Sacó de un cajón de la mesilla de noche una hoja de papel cuadriculado, un sobre amarillo, un pequeño plumero de madera roja y un tintero cuadrado de tinta violeta. Cuando me dijo el nombre de la mujer, comprendí que era una mora. Hice la carta. La escribí un poco al azar, pero me esforcé por contentar a Raymond porque no tenía razón para no hacerlo. Leí después la carta en alta voz. Me oyó fumando y moviendo la cabeza, después me pidió que se la releiese. Estaba plenamente



satisfecho. Me dijo: «Estaba seguro de que conocías la vida.» Advertí que, de repente, me tuteaba. Sólo cuando me dijo: «Ahora eres un verdadero camarada», el tuteo me sorprendió. Como repitió su frase, contesté: «Sí.» A mí me daba lo mismo ser su camarada y él tenía verdaderamente aire de querer serlo. Cerró el sobre y terminamos el vino. Después nos quedamos un momento fumando sin decir nada. Fuera todo estaba en calma; oímos el leve ruido de un coche que pasaba. Dije: «Es tarde.» También Raymond lo pensaba. Comentó lo deprisa que pasaba el tiempo y, en cierto sentido, era verdad. Yo tenía sueño, pero me costaba trabajo levantarme. Debía de dar impresión de fatiga porque Raymond me dijo que era necesario no dejarse ir. Al principio, no comprendí. Me explicó entonces que había sabido la muerte de mamá, pero que eso era algo que debía ocurrir un día u otro. Yo pensaba lo mismo.

Me levanté, Raymond me estrechó la mano muy fuerte y me dijo que entre hombres uno siempre se entendía. Al salir de su habitación, cerré la puerta y permanecí un momento en la oscuridad, sobre el rellano. La casa estaba en calma y de lo hondo de la caja de la escalera subía un aire oscuro y húmedo. Sólo oía los latidos de la sangre que zumbaba en mis oídos. Permanecí inmóvil. Pero en la habitación del viejo Salamano el perro gimió sordamente.

Trabajé mucho toda la semana. Raymond vino para decirme que había enviado la carta. Fui al cine dos veces con Emmanuel, que no siempre comprende lo que pasa en la pantalla. Hay entonces que explicárselo. Ayer, era sábado y vino Marie, como habíamos convenido. La deseé mucho, porque llevaba un bonito vestido de rayas rojas y blancas y sandalias de cuero. Se adivinaban sus senos duros y el moreno del sol le daba un rostro de flor. Tomamos un autobús y fuimos a algunos kilómetros de Argel, a una playa cerrada entre las rocas y bordeada de cañas del lado de la tierra. El sol de las cuatro no era muy fuerte, pero el agua estaba tibia, con pequeñas olas largas y perezosas. Marie me enseñó un juego. Había que ir nadando para beber en la cresta de las olas, acumular en la boca toda la espuma y darse la vuelta enseguida sobre la espalda para proyectarla contra el cielo. Se formaba así una orla espumosa que desaparecía en el aire o me caía como lluvia tibia en la cara. Pero al cabo de un rato, sentía arder la boca con el amargor de la sal. Marie me alcanzó y se pegó a mí en el agua. Puso su boca en la mía. Su lengua refrescaba mis labios y nos dejamos llevar por las olas durante un rato.

Cuando nos vestimos en la playa, Marie me miraba con ojos brillantes. La besé. Después, dejamos de hablar. La estreché contra mí y nos apresuramos para tomar un autobús, regresar, ir a mi casa y lanzarnos a la cama. Había dejado mi ventana abierta y era un placer sentir la noche de verano deslizarse sobre nuestros cuerpos morenos.

María se quedó por la mañana y le dije que comeríamos juntos. Bajé para comprar carne. Al subir, oí una voz de mujer en la habitación de Raymond. Un poco después, el viejo Salamano abroncó a su perro; oímos un ruido de suelas y de uñas en los escalones de madera y luego: «Cabrón, carroña», salieron a la calle. Conté a Marie la historia del viejo y se rió. Se había puesto uno de mis pijamas y le había remangado las mangas. Cuando ríe, todavía la deseo más. Un momento después me preguntó si la quería. Le respondí que eso no significaba nada, pero que me parecía que no. Su expresión fue triste. Pero preparando la comida, y a propósito de cualquier cosa, volvió a reír de tal forma que la besé. Fue en ese momento cuando el ruido de una disputa estalló en la habitación de Raymond.

Primero, oímos una voz aguda de mujer y luego a Raymond, que decía: «Me has engañado, me has engañado. Te voy a enseñar a engañarme.» Algunos ruidos sordos y la mujer dio tan terribles alaridos que el descansillo se llenó inmediatamente de gente. Marie y yo salimos también. La mujer seguía gritando y Raymond golpeándola. Marie me dijo que era terrible y no respondí. Me pidió que fuese a buscar un policía; le dije que no me gustaban los policías. De todos modos, llegó uno con el vecino del segundo que es fontanero. Llamó a la puerta y ya no se oyó nada. Llamó más fuerte y, al cabo de un momento, la mujer lloró y Raymond abrió la puerta. Tenía un cigarrillo en la boca y un aire zalamero. La muchacha se precipitó hacia la puerta, y dijo al agente que Raymond le había pegado. «Tu nombre», dijo el agente. Raymond respondió. «Quítate el cigarrillo de la boca

cuando me hables», dijo el agente. Raymond vaciló, me miró y dio una chupada a su cigarrillo. En ese momento, el agente le soltó una guantada con toda la mano, una guantada espesa y dura, en plena mejilla. El cigarrillo cayó a algunos metros. A Raymond le cambió la cara, calló y, después, preguntó con voz humilde si podía recoger su colilla. El agente se lo permitió, añadiendo: «Pero la próxima vez sabrás que un agente no es un muñeco.» Durante esa escena la muchacha lloriqueaba y repetía: «Me ha pegado. Es un chulo.» «Señor agente, preguntó entonces Raymond, ¿permite eso la ley, llamarle chulo a un hombre?» Pero el agente le ordenó que «cerrase el pico». Raymond se volvió entonces a la joven, y le dijo: «Espera, pequeña, ya nos veremos.» El agente volvió a decirle que cerrara el pico, que la chica tenía que irse y él esperar en su habitación la convocación a la comisaría. Añadió que debería dar vergüenza a Raymond emborracharse hasta el punto de temblar como lo estaba haciendo. Raymond se explicó: «No estoy borracho, señor agente. Lo que sucede es que me encuentro aquí, delante de usted, y tiemblo, no puedo evitarlo.» Cerró su puerta y todo el mundo se fue. Marie y yo terminamos de preparar la comida. Pero ella no tenía hambre y yo comí casi todo. Se fue a la una y dormí un poco.

Hacia las tres, llamaron a mi puerta y entró Raymond. Seguí acostado. Se sentó en el borde de la cama. Permaneció un momento callado y le pregunté cómo había pasado todo. Me contó que había hecho lo que quería, pero que ella le había dado una bofetada y que él la había golpeado entonces. Lo demás era lo que yo había visto. Le dije que, a mi modo de ver, ella quedaba ahora castigada y que él debería estar contento. Dijo que sí y añadió que por mucho que hiciera el agente, en nada cambiaría los golpes que ella se había llevado. Dijo que conocía bien a los policías y que sabía lo que había que hacer con ellos. Me preguntó si yo había esperado que respondiese al bofetón del agente. Le dije que no había esperado nada en absoluto y que, además, no me gus-

taba la policía. Raymond pareció muy satisfecho. Me preguntó si quería acompañarlo. Me levanté y empecé a peinarme. Dijo que me necesitaba como testigo. A mí me daba lo mismo, pero no sabía lo que había que decir. Según Raymond, bastaba declarar que la muchacha lo había engañado. Acepté servirle de testigo.

Salimos y Raymond me invitó a una copa. Después quiso que jugáramos una partida de billar y perdí por muy poco. Quiso después ir al burdel, pero yo le dije que no porque no me gustaba. Volvimos despacio y me explicó lo contento que estaba por haber conseguido castigar a su amante. Me pareció que era muy atento conmigo y pensé que habíamos pasado un rato agradable.

De lejos, percibí en el umbral al viejo Salamano, que parecía excitado. Al acercarnos, vi que no tenía su perro. Miraba por todos los lados, giraba sobre sí mismo, trataba de penetrar la oscuridad del pasillo, barbotaba palabras entrecortadas y volvía a registrar la calle con sus pequeños ojos enrojecidos. No respondió inmediatamente cuando Raymond le preguntó qué pasaba. Oí vagamente en un murmullo: «Cabrón, carroña», y siguió de un lado a otro. Le pregunté dónde estaba su perro. Me respondió bruscamente que se había ido. Después, de pronto, se puso locuaz: «Lo llevé al Campo de Maniobras, como de costumbre. Había gente alrededor de las barracas de la feria. Me detuve para ver *El rey de la evasión*. Y cuando quise marcharme, ya no estaba allí. Hacía tiempo que quería comprarle un collar menos grande. Pero nunca hubiese creído que esa carroña pudiera largarse así.»

Raymond le explicó que el perro había podido perderse y que iba a volver. Le citó ejemplos de perros que habían recorrido decenas de kilómetros para encontrar a su amo. A pesar de eso, el viejo todavía se excitó más. «Pero me lo quitarán, entiende. Si al menos alguien lo recogiera. Pero eso no es posible, asquea a todo el mundo con sus costras. Los guardias lo cogerán, seguro.» Yo le dije entonces que debía ir a la perrera y que allí se lo de-

volverían pagando ciertos derechos. Me preguntó si el pago sería elevado. Yo lo ignoraba. Entonces se encolerizó: «Dar dinero por esa carroña. ¡Ya puede reventar!», y empezó a insultarlo. Raymond se rió y entró en la casa. Lo seguí y nos separamos en el descansillo del piso. Poco después oí pasos y el viejo llamó a mi puerta. Cuando abrí, se quedó un momento en el dintel, y me dijo: «Disculpeme, disculpeme.» Lo invité a entrar, pero no quiso. Miraba la punta de sus zapatos y sus manos costrosas temblaban. Sin mirarme, me preguntó: «No van a quitármelo, diga, señor Meursault. Me lo van a devolver. Si no, ¿qué va a ser de mí?» Le dije que la perrera guardaba los perros tres días a disposición de sus propietarios y que después hacían lo que mejor les pareciera. Me miró en silencio. Después dijo: «Buenas tardes.» Cerró su puerta y lo oí ir y venir. Crujió su cama. Y por el extraño ruidillo que atravesó el tabique, comprendí que lloraba. No sé por qué pensé en mamá. Pero tenía que levantarme pronto al día siguiente. No tenía hambre y me acosté sin cenar.

Raymond me telefoneó a la oficina. Me dijo que uno de sus amigos (él le había hablado de mí) me invitaba a pasar el domingo en su cabaña de la playa, cerca de Argel. Contesté que habría aceptado la invitación con gusto, pero que tenía comprometida la jornada con una amiga. Raymond respondió inmediatamente que ella quedaba invitada también. La mujer de su amigo estaría encantada de no encontrarse sola en medio de un grupo de hombres.

Quise colgar enseguida porque sé que al patrón no le gusta que nos telefoneen de la ciudad. Pero Raymond me pidió que esperase y me explicó que habría podido transmitirme la invitación por la tarde, pero que quería decirme otra cosa. Lo había seguido toda la jornada un grupo de árabes entre los que estaba el hermano de su antigua amante. «Si lo ves cerca de la casa esta tarde, cuando vuelvas, avísame.» Le dije que así lo haría.

Poco después, el patrón me hizo llamar y de momento me sentí molesto porque pensé que iba a decirme que telefonara menos y trabajara mejor. No era nada de eso. Me explicó que iba a hablarme de un proyecto todavía muy vago. Tenía intención de instalar una oficina en

París que se ocuparía de sus negocios allí, y directamente, con las grandes compañías, y quería saber si yo estaría dispuesto a ir. Podría así vivir en París y viajar, además, una parte del año. «Usted es joven y tengo la impresión de que es una vida que ha de gustarle.» Dije que sí, pero que en el fondo me daba igual. Me preguntó entonces si no me interesaba un cambio de vida. Contesté que no se cambia nunca de vida, que en cualquier caso todas valían lo mismo y que la mía aquí estaba lejos de disgustarme. Pareció descontento, me dijo que nunca respondía directamente, que no tenía ambición y que eso era desastroso en los negocios. Hubiera preferido no decepcionarlo, pero no veía razón alguna para cambiar de vida. Pensándolo bien, no me sentía desgraciado. Cuando era estudiante, tenía yo muchas ambiciones de ese tipo. Luego, cuando tuve que abandonar mis estudios, comprendí muy pronto que todo eso carecía de verdadera importancia.

Por la tarde, Marie vino a buscarme y me preguntó si quería casarme con ella. Le dije que me daba igual y que podíamos hacerlo si era su deseo. Me preguntó entonces si la quería. Contesté, como ya había hecho una vez, que nada significaba eso, pero que ciertamente no la quería. «¿Por qué te casarías entonces conmigo?», dijo ella. Le expliqué que la cosa no tenía importancia alguna, pero que si ella lo deseaba podíamos casarnos. Además, era ella la que lo preguntaba y yo me limitaba a responder que sí. Comentó ella que el matrimonio era una cosa seria. Respondí: «No.» Se calló un momento y me miró en silencio. Después habló. Quería simplemente saber si yo habría aceptado la misma proposición de otra mujer, a la que hubiese estado unido de igual modo. Dije: «Naturalmente.» Se preguntó entonces si ella me amaba a mí, pero yo nada podía decir sobre ese punto. Después de otro momento de silencio, musitó que yo era raro, que sin duda ella me quería por eso, pero que tal vez un día yo le repugnaría por las mismas razones. Como me callaba,

porque nada tenía que añadir, me tomó del brazo sonriendo y declaró que quería casarse conmigo. Le dije que lo haríamos cuando quisiera. Le hablé entonces de la propuesta del patrón y Marie me dijo que le gustaría conocer París. Le expliqué que yo había vivido allí tiempo atrás y me preguntó cómo era. Le dije: «Es sucio. Hay palomas y patios oscuros. Las gentes tienen la piel blanca.»

Después caminamos y atravesamos la ciudad por sus grandes calles. Las mujeres eran hermosas, y le pregunté a Marie si se daba cuenta. Me dijo que sí y que me comprendía. Durante un momento dejamos de hablar. Yo quería, sin embargo, que se quedase conmigo y le dije que podíamos cenar juntos en el restaurante de Celeste. Le habría gustado mucho, pero tenía que hacer. Estábamos cerca de mi casa y me despedí. Me miró: «¿No quieres saber lo que tengo que hacer?» Yo quería saberlo, pero no lo había pensado y eso es lo que ella parecía reprocharme. Entonces, al verme embarazado, volvió a reír y vino hacia mí con un movimiento de todo su cuerpo para ofrecerme la boca.

Cené en el restaurante de Celeste. Ya había empezado a comer cuando entró una extraña mujercita que me preguntó si podía sentarse a mi mesa. Naturalmente que podía. Tenía gestos bruscos y ojos brillantes en una pequeña cara de manzana. Se quitó la chaqueta, se sentó y consultó nerviosamente la carta. Llamó a Celeste y pidió inmediatamente todos sus platos con voz a un tiempo precisa y precipitada. Mientras esperaba los entremeses, abrió su bolso, extrajo una pequeña hoja cuadrada de papel y un lápiz, hizo anticipadamente la cuenta y sacó de un bolsito, con propina añadida, la suma exacta que colocó ante ella. En ese momento le trajeron los entremeses que englutió a toda velocidad. En espera del plato siguiente, volvió a sacar de su bolso un lápiz azul y una revista que publicaba los programas radiofónicos de la semana. Muy cuidadosamente, marcó una a una todas las emisiones. Como la revista tenía una docena de páginas,

continuó ese trabajo meticulosamente durante toda la cena. Yo ya había terminado y ella seguía punteando con la misma aplicación. Después se levantó, volvió a ponerse la chaqueta con los mismos gestos de autómatas y salió. Como no tenía nada que hacer, salí también y la seguí un momento. Se había situado en el borde de la acera y con una rapidez y una seguridad increíbles seguía su camino sin desviarse y sin volverse. Terminé por perderla de vista y regresé. Pensé que era extraña, pero la olvidé enseñuida.

En el umbral de mi puerta encontré al viejo Salamano. Lo hice entrar y me comunicó que su perro se había perdido porque no estaba en la perrera. Los empleados le dijeron que, tal vez, lo habían atropellado. Les preguntó si no era posible averiguarlo en las comisarias. Le respondieron que no quedaba rastro de esas cosas, porque pasaban todos los días. Dije al viejo Salamano que podría tener otro perro, pero tuvo razón al responderme que estaba habituado a aquél.

Yo estaba en cuclillas sobre la cama y Salamano se había sentado en una silla delante de la mesa. Estaba vuelto hacia mí y tenía las dos manos en las rodillas. Se había dejado puesto el viejo sombrero. Mascullaba trozos de frases bajo su bigote amarillento. Me aburría un poco, pero no tenía nada que hacer ni sentía sueño. Por hablar de algo, lo interrogué sobre su perro. Me dijo que lo tenía desde la muerte de su mujer. Se había casado bastante tarde. En su juventud había deseado dedicarse al teatro; en el regimiento actuaba en las comedias militares. Finalmente, entró en los ferrocarriles y no lo lamentaba porque tenía ahora una pequeña pensión. No había sido feliz con su mujer, pero en general se había habituado a ella. Cuando murió, se había sentido muy solo. Entonces había pedido un perro a un compañero de taller y había traído a aquél cuando era una cría. Fue necesario alimentarlo con biberón. Pero como un perro vive menos que un hombre, habían terminado por ser viejos a la vez. «Tenía mal carácter», me dijo Salamano. «De vez en

cuando teníamos agarradas. Pero era de todos modos un buen perro.» Le dije que era de una hermosa raza y Salamanca se puso contento. «Y eso que usted no lo conoció antes de su enfermedad. Era el pelo lo más bonito que tenía.» Todas las tardes y todas las mañanas, desde que el perro había contraído esa enfermedad de la piel, Salamanca lo cubría de pomada. Pero, según él, su verdadera enfermedad era la vejez, y la vejez no se puede curar.

En ese momento bostecé y el viejo me anunció que iba a irse. Le dije que se podía quedar y que sentía lo que le había pasado a su perro; me dio las gracias. Me dijo que mamá quería mucho a su perro. Al referirse a ella decía «su pobre madre». Supuso que yo debía de ser muy desgraciado después de la muerte de mamá y nada respondí. Me dijo entonces, con mucha vivacidad y un aire contrariado, que sabía que en el barrio se me había juzgado mal porque había llevado a mi madre al asilo, pero él me conocía y estaba seguro de que yo quería mucho a mamá. Respondí, no sé aún por qué, que ignoraba hasta ahora haber sido mal juzgado por esa razón, pero que el asilo me había parecido una solución natural, puesto que yo no tenía suficiente dinero para que alguien atendiese a mamá. «Además, añadí, hacía tiempo que no tenía nada que decirme y se aburría sola.» «Sí, dijo, en el asilo, por lo menos, uno hace amigos.» Después se excusó. Quería dormir. Su vida había cambiado ahora y no sabía muy bien qué iba a hacer. Por vez primera desde que lo conocí, con un gesto furtivo, me tendió la mano y sentí las escamas de su piel. Sonrió levemente, y, antes de salir, me dijo: «Espero que los perros no ladren esta noche. Yo creo siempre que es el mío.»

El domingo me costó despertar y fue necesario que Marie me llamase y me sacudiese. No comimos nada porque queríamos bañarnos pronto. Me sentía completamente vacío, con un ligero dolor de cabeza. Tenía el cigarrillo un gusto amargo. Marie se burló de mí porque me veía, dijo, con «aire de entierro». Llevaba un vestido de tela blanca y se había soltado el pelo. Le dije que estaba muy guapa y rió complacida.

Al bajar, llamamos a la puerta de Raymond. Respondió que bajaba. En la calle, a causa de mi fatiga y también porque no habíamos subido las persianas sentí bruscamente el día, ya a pleno sol, como una bofetada. Marie saltaba de alegría y no dejaba de repetir que el tiempo era muy bueno. Me encontré mejor y me di cuenta de que tenía hambre. Se lo dije a Marie que me mostró su bolsa de hule en la que había metido nuestros dos bañadores y una toalla. Lo único que podía hacer era esperar y oímos que Raymond cerraba su puerta. Llevaba un pantalón azul y una camisa blanca de mangas cortas. Pero se había puesto un sombrero de paja, lo que hizo reír a Marie, y sus antebrazos se veían muy blancos bajo el vello negro. Sentí un poco de repugnancia. Silbaba al

bajar y parecía muy contento. Me dijo: «Salud, viejo», y llamó a Marie «señorita».

La víspera habíamos ido a la comisaría y yo testimonié que la joven había «trampeado» a Raymond. Su caso quedó cerrado con una advertencia. No verificaron mi afirmación. Delante de la puerta hablamos con Raymond y decidimos tomar el autobús. La playa no estaba muy lejos, pero así llegaríamos antes. Raymond pensaba que su amigo se alegraría si llegábamos temprano. A punto de irnos, Raymond, de pronto, me indicó con un gesto que mirara enfrente. Vi un grupo de árabes adosados al escaparate del estanco. Nos miraban en silencio, pero a su modo, ni más ni menos que si fuéramos piedras o árboles muertos. Raymond me dijo con aire preocupado que el segundo por la izquierda era su hombre. Añadió que, sin embargo, ésa era ahora una historia terminada. Marie no comprendía muy bien y nos preguntó qué pasaba. Le expliqué que eran árabes que malquerían a Raymond. Quiso que nos fuéramos cuanto antes. Raymond se rehízo, se echó a reír diciéndome que había que darse prisa.

Fuimos hacia la parada de autobús que estaba un poco más lejos y Raymond me hizo notar que los árabes no nos seguían. Me volví. Los árabes continuaban en el mismo sitio y miraban con igual indiferencia el lugar que acabábamos de abandonar. Tomamos el autobús. Raymond, que parecía haberse tranquilizado completamente, no dejaba de hacer bromas a Marie. Noté que le gustaba, pero ella apenas respondía. De vez en cuando lo miraba riendo.

Nos bajamos en las afueras de Argel. La playa no queda lejos de la parada de autobús. Pero fue necesario atravesar una pequeña meseta que se levanta sobre el mar y descendiendo luego hacia la playa. Estaba cubierta de piedras amarillentas y de asfódelos muy blancos contra el azul ya duro del cielo. Marie se divertía esparciendo los pétalos a grandes golpes de su bolsa de hule. Caminábamos entre filas de pequeños chalés con vallas verdes o blancas, algunos escondidos con sus miradores entre los

tamariscos, otros desnudos en medio de las piedras. Antes de alcanzar la pequeña meseta, se podía ver ya el mar inmóvil y más lejos un cabo soñoliento y macizo en el agua clara. Un ligero ruido de motor subió en el aire quieto hasta nosotros. Y vimos, muy lejos, un pequeño bou que avanzaba, con un movimiento imperceptible, sobre el mar resplandeciente. Marie recogió algunos lirios de roca. Desde la pendiente que bajaba hacia el mar vimos que había ya algunos bañistas.

El amigo de Raymond tenía una pequeña construcción de madera en el extremo de la playa. La casa estaba adosada a las rocas y los pilares que la sostenían por delante se bañaban ya en el agua. Raymond nos presentó. Su amigo se llamaba Masson. Era un tipo alto, macizo de cintura y de hombros, con una mujer pequeña, regordeta y agradable, con acento parisiense. Nos invitó enseguida a acomodarnos y nos dijo que tenía una fritura hecha con lo que había pescado esa misma mañana. Le dije cuánto me gustaba su casa. Me explicó que pasaba en ella el sábado, el domingo y todas sus vacaciones. «Me entiendo bien con mi mujer», añadió. Precisamente, su mujer reía con Marie. Por vez primera, creo, pensé verdaderamente que iba a casarme.

Masson quería bañarse, pero a su mujer y a Raymond no les apetecía venir. Bajamos entonces los tres y Marie se echó inmediatamente al agua. Masson y yo esperamos un poco. Él hablaba lentamente y me di cuenta de que tenía la costumbre de completar todo lo que explicaba con un «y diría más», incluso cuando, en el fondo, nada añadiese al sentido de su frase. A propósito de Marie, me dijo: «Es estupenda, diría más, encantadora.» Después, dejé de fijarme en esa muletilla porque estaba ocupado en disfrutar de la caricia del sol. La arena empezaba a calentarse bajo los pies. Reprimí todavía el deseo que tenía del agua, pero terminé por decir a Masson: «¿Vamos?» Me zambullí. Él entró en el agua lentamente y empezó a nadar al perder pie. Lo hacía a la braza y bastante mal, de modo que lo dejé para alcanzar a Marie. El agua

estaba fría y daba gusto nadar. Nos alejamos Marie y yo, y nos sentimos acompasados en nuestros movimientos y en nuestro bienestar.

Mar adentro, hicimos la plancha y en mi rostro vuelto hacia el cielo apartaba el sol los últimos velos de agua que bajaban hacia mi boca. Habíamos visto que Masson volvía a la playa para tenderse al sol. De lejos, parecía enorme. Marie quiso que nadáramos juntos. Me puse detrás, agarrado a su cintura, y ella avanzaba con los brazos mientras yo la ayudaba batiendo los pies. El pequeño ruido del agua batida nos seguía en la mañana, hasta que me sentí cansado. Dejé entonces a Marie y volví nadando con regularidad y respirando bien. Me tendí boca abajo en la playa, cerca de Masson, y posé mi cara en la arena. Le dije que «era agradable» y él pensaba lo mismo. Poco después regresó Marie. Me di la vuelta para verla venir. Se notaba en todo su cuerpo la viscosidad del agua salada y había recogido su cabello hacia atrás. Se extendió pegada a mí y los dos calores, el de su cuerpo y el del sol, me adormecieron un poco.

Marie me sacudió y me dijo que Masson había subido a la casa y había que comer. Me levanté inmediatamente porque tenía hambre, pero Marie me dijo que no la había besado desde esta mañana. Era verdad y, sin embargo, no deseaba otra cosa. «Ven al agua», me dijo. Corrimos para lanzarnos a las primeras pequeñas olas. Dimos algunas brazadas y se pegó a mí. Sentí sus piernas, en torno a las mías y la deseé.

Cuando volvimos, Masson ya nos estaba llamando. Le dije que tenía mucha hambre y él dijo inmediatamente a su mujer que yo le gustaba. El pan era bueno y yo devoré mi ración de pescado. Había después carne y patatas fritas. Masson daba frecuentes tragos a su vino y me servía sin parar. Al café, sentía un poco de pesadez de cabeza y fumé mucho. Masson, Raymond y yo hemos pensado pasar juntos en la playa el mes de agosto, compartiendo los gastos. Marie nos dijo de pronto: «¿Saben qué hora es? Las once y media.» Quedamos sorprendi-

dos, pero Masson dijo que habíamos comido muy pronto y que era natural porque la hora del almuerzo no era otra que la hora en que uno tenía hambre. No sé por qué eso hizo reír a Marie. Creo que había bebido un poco de más. Masson me preguntó entonces si quería pasear por la playa con él. «Mi mujer echa siempre la siesta después del almuerzo. A mí no me gusta. Necesito andar. Le digo siempre que es mejor para la salud. Pero, al fin y al cabo, está en su derecho.» Marie declaró que ella se quedaba para ayudar a la señora Masson a lavar los platos. La pequeña parisiense dijo que, para eso, convenía poner a los hombres fuera. Bajamos entonces los tres.

El sol caía casi a plomo sobre la arena y su destello sobre el mar era insoportable. No había nadie en la playa. En las casas que bordeaban la pequeña meseta y que dominaban el mar se oían ruidos de platos y cubiertos. Apenas se respiraba con el calor pétreo que subía del suelo. Al principio, Raymond y Masson hablaron de cosas y de gentes que yo no conocía. Comprendí que ellos se conocían desde hacía tiempo y que incluso, en algún momento, habían vivido juntos. Nos dirigimos hacia el agua y caminamos a lo largo de la orilla. A veces, una pequeña ola más larga que las otras llegaba a mojar nuestros zapatos de lona. Yo no pensaba en nada porque estaba medio dormido por este sol sobre mi cabeza desnuda.

En ese momento, Raymond dijo a Masson algo que oí mal. Pero, al mismo tiempo, percibí en el otro extremo de la playa, y muy lejos de nosotros, a dos árabes en mono de trabajo que avanzaban en dirección nuestra. Miré a Raymond, y me dijo: «Es ése.» Seguimos andando. Masson preguntó cómo habían podido seguirnos hasta allí. Pensé que nos debían haber visto tomar el autobús con una bolsa de playa, pero nada dije.

Los árabes avanzaban lentamente, pero ya estaban mucho más cerca. Nosotros no modificamos nuestro ritmo, pero Raymond dijo: «Si hay pelea, tú, Masson, te en-



cargas del segundo. Yo me encargo de mi hombre. Tú, Meursault, si llega otro, es para ti.» Dije: «Sí» y Masson metió las manos en los bolsillos. La arena recalentada me parecía roja ahora. Avanzamos con un paso igual hacia los árabes. La distancia entre nosotros disminuía con regularidad. Cuando sólo nos separaban algunos pasos, los árabes se detuvieron. Masson y yo seguimos más despacio. Raymond se fue derecho hacia su hombre. Oí mal lo que le decía, pero el otro hizo gesto de darle un cabezazo. Raymond golpeó entonces una vez y llamó enseguida a Masson. Masson se fue hacia el que tenía asignado y le dio dos golpes con toda su fuerza. El árabe se desplomó en el agua, con la cara hacia el fondo, y quedó así algunos segundos, con burbujas que reventaban en la superficie alrededor de su cabeza. Entretanto, Raymond había hecho lo suyo y el otro tenía la cara ensangrentada. Raymond se volvió hacia mí, y dijo: «Verás lo que voy a darle.» «¡Cuidado, le grité, tiene un cuchillo!» Pero Raymond estaba ya con un brazo abierto y la boca rajada.

Masson saltó hacia delante. Pero el otro árabe se había levantado para ponerse detrás del que estaba armado. Nosotros no nos habíamos atrevido a movernos. Retrocedieron lentamente, sin dejar de mirarnos y manteniéndonos a distancia con el cuchillo. Cuando consideraron que tenían campo suficiente, huyeron con mucha rapidez, mientras nosotros permanecíamos clavados bajo el sol y Raymond apretaba su brazo, que sangraba.

Masson dijo inmediatamente que había un médico que pasaba los domingos en el montículo. Raymond quiso que fuésemos enseguida. Pero cada vez que hablaba, la sangre de su herida le formaba burbujas en la boca. Lo sostuvimos y volvimos a la casa con toda la rapidez posible. Allí, Raymond dijo que sus heridas eran superficiales y que podía ir a casa del médico. Salió con Masson y yo me quedé para explicar a las mujeres lo sucedido. La señora Masson lloraba y Marie estaba muy pálida. A mí me

fastidiaba explicárselo. Terminé por callarme y fumé mirando al mar.

Hacia la una y media, Raymond volvió con Masson. Tenía el brazo vendado y esparadrapo a un lado de la boca. El médico le había dicho que no era nada, pero Raymond tenía un aire muy sombrío. Masson trató de hacerlo reír. Pero él seguía callado. Cuando dijo que bajaba a la playa, le pregunté adónde iba. Respondió que a tomar el aire. Masson y yo dijimos que lo acompañaríamos. Se encolerizó entonces y nos insultó. Masson dijo que no convenía contrariarlo. Lo seguí, de todos modos.

Caminamos largo rato por la playa. El sol era ahora aplastante. Se quebraba en pedazos sobre la arena y sobre el mar. Tuve la impresión de que Raymond sabía adonde iba, pero sin duda era falsa. En el término extremo de la playa llegamos por último a una fuentecilla que manaba en la arena, detrás de una gran roca. Allí encontramos a nuestros dos árabes. Estaban acostados con sus monos grasientos. Parecían completamente tranquilos y casi contentos. Nuestra aparición nada cambió. El que había herido a Raymond lo miraba en silencio. El otro soplaba en una pequeña caña y repetía sin cesar, mirándonos con el rabillo del ojo, las tres notas que sacaba de su instrumento.

Durante todo ese tiempo no hubo más que el sol y aquel silencio, con el rumor del manantial y las tres notas. Después, Raymond echó mano a su revólver, pero el otro no se movió y siguieron mirándose. Me fijé que el que tocaba la flauta tenía los dedos de los pies muy separados. Sin apartar los ojos de su adversario, Raymond me preguntó: «¿Me lo cargo?» Pensé que si le decía que no se excitaría más y dispararía ciertamente. Le dije sólo: «Todavía no te ha hablado. No estaría bien disparar así.» Se oyó de nuevo el rumor del agua y de la flauta en el corazón del silencio y del calor. Luego Raymond dijo: «Entonces, voy a insultarlo y cuando responda me lo cargaré.» Contesté: «De acuerdo. Pero si no saca su cuchillo, tú no puedes disparar.» Raymond empezó a excitarse. El

otro seguía tocando y los dos observaban cada gesto de Raymond. «No, dije a Raymond. Ocupate del tipo de hombre a hombre y dame tu revólver. Si el otro interviene o él saca su cuchillo, dispararé.»

Cuando Raymond me dio su revólver, el sol resbaló encima. Permanecimos, sin embargo, inmóviles como si todo se hubiese cerrado en torno nuestro. Nos mirábamos sin bajar los ojos y todo estaba detenido aquí entre el mar, la arena y el sol, el doble silencio de la flauta y el agua. Pensé en ese momento que se podía disparar o no disparar. Bruscamente, los árabes, a reculones, se deslizaron detrás de la roca. Raymond y yo nos volvimos entonces. Parecía encontrarse mejor y habló del autobús de regreso.

Lo acompañé hasta el chalé y, mientras él subía la escalera de madera, me paré ante el primer escalón, con la cabeza resonante de sol, desanimado por el esfuerzo que había de hacer para subir al piso y volver a encontrar allí a las mujeres. Pero el calor era tal que resultaba penoso también quedarse inmóvil bajo la lluvia cegadora que caía del cielo. Quedarse o irse venía a ser lo mismo. Al cabo de un rato, volví hacia la playa y eché a andar.

Era el mismo resplandor rojizo. Sobre la arena, el sol jadeaba con toda la respiración rápida y ahogada de sus pequeñas olas. Caminé lentamente hacia las rocas y sentí que mi frente se inflamaba bajo el sol. Todo ese calor se apoyaba en mí y se oponía a mi avance. Cada vez que sentía su poderoso hálito en mi rostro apretaba los dientes, cerraba los puños en los bolsillos de mi pantalón y me tensaba por entero para triunfar del sol y de aquella ebriedad opaca con la que me invadía. A cada espada de luz surgida de la arena, de una concha blanqueada o de un trozo de vidrio, mis mandíbulas se crispaban. Anduve largo rato.

Veía desde lejos la pequeña masa sombría de la roca rodeada de un halo cegador de luz y partículas de agua. Me vino a la imaginación el fresco manantial de detrás

de la roca. Tenía ganas de volver a oír el murmullo del agua, ganas de huir del sol, del esfuerzo y de los llantos de mujer, ganas, en fin, de encontrarme en la sombra y su reposo. Pero al acercarme más, vi que el tipo de Raymond había vuelto.

Estaba solo. Tendido de espaldas, las manos bajo la nuca, la frente a la sombra de la roca y todo el cuerpo al sol. Su mono humeaba en el calor. Me quedé un poco sorprendido. Para mí, era una historia terminada y había venido sin pensarlo.

Al verme, se incorporó un poco y metió una mano en el bolsillo. Yo, naturalmente, agarré el revólver de Raymond en mi chaqueta. Entonces, una vez más, se arrastró hacia atrás, pero sin retirar la mano del bolsillo. Yo estaba relativamente lejos de él, a una decena de metros. Adivinaba por momentos su mirada, entre sus párpados entornados. Pero, con más frecuencia, su imagen danzaba ante mis ojos en el aire inflamado. El ruido de las olas era todavía más perezoso, más quieto que a mediodía. Era el mismo sol, la misma luz sobre la misma arena que se extendía hasta aquí. Hacía ya dos horas que el día no avanzaba, dos horas que había anclado en un océano de metal hirviente. En el horizonte, pasó un vaporcito y adiviné la mancha negra con el rabillo del ojo, porque no había dejado de mirar al árabe.

Pensé que me bastaba dar la vuelta y el incidente habría terminado. Pero toda una playa vibrante de sol se apretaba a mi espalda. Di algunos pasos hacia la fuente. El árabe permaneció inmóvil. A pesar de todo, estaba bastante lejos. Tal vez a causa de las sombras sobre su cara, parecía reír. Esperé. El fuego del sol ardía en mis mejillas y sentía las gotas de sudor acumularse sobre mis cejas. Era el mismo sol del día en que enterré a mamá y, como entonces, me dolía sobre todo la frente y todas sus venas batían a un tiempo bajo la piel. Esa quemadura que no podía soportar, me hizo dar un paso hacia adelante. Sabía que era estúpido, que no me desembarazaría

del sol desplazándome un paso. Pero di un paso, un solo paso hacia adelante. Esta vez, sin levantarse, el árabe sacó su cuchillo que me mostró al sol. La luz surgió desde el acero como una larga hoja relumbrante que alcanzaba mi frente. En el mismo instante, el sudor acumulado en mis cejas corrió de pronto sobre los párpados y los cubrió con un velo tibio y espeso. Cegaba mis ojos ese telón de lágrimas y de sal. Sólo sentía los címbalos del sol sobre la frente e, instintivamente, la hoja relumbrante surgida del cuchillo siempre ante mí. Esa ardiente espada mordía mis cejas y penetraba en mis ojos doloridos. Fue entonces cuando todo vaciló. Del mar llegó un soplo espeso y ardiente. Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para vomitar fuego. Todo mi ser se tensó y mi mano se crispó sobre el revólver. El gatillo cedió, toqué el pulido vientre de la culata y fue así, con un ruido ensordecedor y seco, como todo empezó. Sacudí el sudor y el sol. Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa donde había sido feliz. Entonces, disparé cuatro veces sobre un cuerpo inerte en el que se hundían las balas sin que lo pareciese. Fueron cuatro golpes breves con los que llamaba a la puerta de la desgracia.

## II

Inmediatamente después de mi detención, fui interrogado varias veces. Pero se trataba de interrogatorios sobre cuestiones de identidad que no duraban mucho. Al principio, mi asunto no parecía interesar a nadie en la comisaría. Ocho días después, el juez de instrucción, por el contrario, me miró con curiosidad. Pero para empezar sólo me preguntó mi nombre y dirección, mi profesión, la fecha y el lugar de nacimiento. Quiso saber después si había escogido un abogado. Reconocí que no y le pregunté si era absolutamente necesario tener uno. «¿Por qué?», me dijo. Contesté que mi asunto me parecía muy simple. Sonrió, y dijo: «Es una opinión. Sin embargo, la ley está ahí. Si no escoge usted abogado, lo designaremos de oficio.» Me pareció extremadamente cómodo que la justicia se encargara de esos detalles. Se lo dije. Aprobó y concluyó que la ley estaba bien hecha.

No lo tomé en serio al comienzo. Me recibía en un despacho con las cortinas corridas y tenía en su mesa una sola lámpara que iluminaba el sillón donde había de sentarme, mientras él permanecía en la sombra. Había leído ya en los libros descripciones de escenas parecidas y todo aquello me daba la impresión de un juego. Después de nuestra conversación, por el contrario, lo miré y

vi a un hombre de rasgos finos, azules ojos profundos, alto, con un largo bigote gris y abundantes cabellos casi canos. Me pareció muy razonable y, a fin de cuentas, simpático, a pesar de algunos tics nerviosos que le torcían la boca. Cuando salí, iba incluso a tenderle la mano, pero recordé a tiempo que yo había matado a un hombre.

Al día siguiente, vino a verme a la cárcel un abogado. Era bajo y gordo, bastante joven, con los cabellos cuidadosamente engominados. A pesar del calor (yo estaba en mangas de camisa), llevaba un traje oscuro, cuello de pajarita y una extraña corbata con anchas rayas negras y blancas. Dejó sobre mi cama la cartera que llevaba bajo el brazo, se presentó y me dijo que había estudiado mi expediente. Mi asunto era delicado, pero estaba seguro del éxito si yo confiaba en él. Se lo agradecí, y me dijo: «Vayamos al meollo del asunto.»

Se sentó en la cama y me explicó que se había informado sobre mi vida privada. Supo que mi madre había muerto recientemente en el asilo. Por eso había hecho una investigación en Marengo. Los instructores se habían enterado de que «yo había dado muestras de insensibilidad» el día del entierro de mamá. «Usted me comprenderá, dijo mi abogado, me molesta un poco hacerle esta pregunta. Pero es muy importante. Sería un argumento de peso para la acusación que yo no pudiera responder.» Buscaba mi ayuda. Me preguntó si había sentido dolor ese día. Esa pregunta me sorprendió mucho y pensé que me habría sentido muy molesto de haber tenido que hacerla yo. Contesté, sin embargo, que había perdido la costumbre de interrogarme y que me resultaba difícil informarle. Por supuesto que yo quería a mamá, pero eso no quería decir nada. Todos los seres normales habían, más o menos, deseado la muerte de los que amaban. Aquí, el abogado me interrumpió y dio muestras de una gran agitación. Me hizo prometer que no lo repetiría ni en la vista ni al magistrado instructor. Le expliqué, sin embargo, que yo era de tal naturaleza que mis necesidades físicas alteraban con frecuencia mis sentimientos. El día en que enterré a mamá, estaba muy cansado y tenía sueño. De modo que no me di cuenta de lo que

pasaba. Lo que podría decir, ciertamente, es que hubiera preferido que mamá no hubiese muerto. Pero mi abogado no parecía contento. Dijo: «No es bastante.»

Reflexionó. Me preguntó si podía decir que aquel día había reprimido mis sentimientos naturales. Dije: «No, porque es falso.» Me miró de forma extraña, como si le inspirara un poco de repugnancia. Dijo, con cierta malicia, que en cualquier caso el director y el personal del asilo serían oídos como testigos, «lo que podía jugarme una muy mala pasada». Le hice notar que esta historia ninguna relación guardaba con mi asunto, pero me respondió tan sólo que, como era palpable, yo no había tenido nunca relación con la justicia.

Se fue con aire contrariado. Me habría gustado retenerlo, explicarle que deseaba su simpatía, no para ser mejor defendido, sino, por así decirlo, de forma natural. Me daba cuenta, sobre todo, de que lo ponía en una situación incómoda. No me comprendía y estaba un poco resentido conmigo. Yo deseaba asegurarle que era como todo el mundo, absolutamente como todo el mundo. Pero nada de eso, en el fondo, servía para mucho y renuncié por pereza.

Poco tiempo después hube de comparecer de nuevo ante el juez de instrucción. Eran las dos de la tarde y esta vez su despacho estaba inundado de luz apenas tamizada por un visillo. Hacía mucho calor. Me invitó a sentarme y con mucha cortesía me explicó que mi abogado «a consecuencia de un contratiempo» no había podido venir. Pero yo tenía derecho a no responder y esperar a que mi abogado pudiera asistirme. Dije que podía responder solo. Tocó con un dedo un botón en la mesa. Un joven escribano vino a instalarse casi a mi espalda.

Nosotros nos arrellanamos en nuestros sillones. El interrogatorio comenzó. Me dijo primero que se me describía como persona de carácter taciturno y reconcentrado y quería saber qué pensaba yo. Contesté: «Es que nunca tengo gran cosa que decir. Entonces me callo.» Sonrió como la primera vez, reconoció que era una óptima razón, y añadió: «Además, la cosa no tiene importancia alguna.» Se calló, me miró y recommenzó de forma bastante

brusca para decirme con mucha rapidez: «Lo que me interesa es usted.» No comprendí muy bien qué quería decir y nada contesté. «Hay cosas en lo que hizo que se me escapan, añadió. Estoy seguro de que usted me ayudará a comprenderlas.» Respondí que todo era muy sencillo. Me apremió para que le describiese mi jornada. Volví a explicarle lo que ya le había contado: Raymond, la playa, el baño, la reyerta, la pequeña fuente, el sol y los cinco tiros de revólver. A cada frase comentaba: «Bien, bien.» Cuando llegué al cuerpo tendido, aprobó: «Vale.» Me sentía cansado de repetir una y otra vez la misma historia y me parecía que nunca había hablado tanto.

Se hizo un silencio y, al cabo, se levantó, y dijo que quería ayudarme, que le interesaba y que, con ayuda de Dios, haría algo por mí. Deseaba antes, sin embargo, hacerme algunas preguntas. Sin transición, me preguntó si yo quería a mamá. Dije: «Sí, como todo el mundo», y el escribano que, hasta ese momento, tecleaba con regularidad en su máquina, debió de equivocarse de teclas, porque se azoró y hubo de volver atrás. El juez, siempre sin lógica aparente, me preguntó si había disparado los cinco tiros seguidos. Rememoré y precisé que había disparado primero una sola vez y que, al cabo de algunos segundos, había hecho otros cuatro disparos. «¿Por qué esperó entre el primer disparo y el segundo?», preguntó entonces. Volví a ver, una vez más, la playa roja y sentí en mi frente la fuerza ardiente del sol. Pero nada respondí ahora. Siguió un momento de silencio durante el cual el juez pareció agitado. Se sentó, revolvió sus cabellos, puso los codos en su mesa y se inclinó un poco hacia mí con un aire extraño. «¿Por qué, por qué disparó usted sobre un cuerpo caído?» Una vez más, no supe qué responder. El juez pasó sus manos sobre la frente y repitió, con una voz un poco alterada, la pregunta: «¿Por qué? Tiene que decírmelo. ¿Por qué?» Yo seguía callado.

Se levantó bruscamente, fue a grandes zancadas hacia un extremo del despacho y abrió un cajón en un archivador. Extrajo un crucifijo de plata que blandía al volver hacia mí. Y con una voz completamente distinta, casi temblorosa,

prorrumpió: «¿Lo conoce usted, lo conoce?» Dije: «Sí, naturalmente.» Entonces me aseguró con gran viveza y apasionamiento que él creía en Dios, que estaba convencido de que nadie era lo bastante culpable para que Dios no le perdona-se, pero que para eso hacía falta que el hombre, por su arrepentimiento, se hiciese como un niño cuya alma está vacía y puede acoger todo. Había inclinado todo su cuerpo sobre la mesa. Agitaba su crucifijo casi por encima de mí. A decir verdad, yo lo había seguido muy mal en su razonamiento, primero porque tenía calor y había en la habitación grandes moscas que se posaban en mi cara, pero también porque él me daba cierto miedo. Reconocía al mismo tiempo que era ridículo, porque, después de todo, era yo el criminal. Siguió adelante, sin embargo. Entendí, más o menos que, a su juicio, sólo había un punto oscuro en mi confesión, el hecho de haber esperado para hacer un segundo disparo. Lo demás estaba muy bien, pero eso no lo comprendía.

Iba a decirle que se equivocaba al obstinarse: ese último punto no era tan importante. Pero me cortó y me exhortó una última vez, erguido en toda su estatura, preguntándome si yo creía en Dios. Respondí que no. Se sentó con indignación. Me dijo que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, incluso los que se apartaban de su faz. Tal era su convicción y si alguna vez la pusiera en duda, su vida ya no tendría sentido. «¿Quiere usted, exclamó, que mi vida carezca de sentido?» A mi juicio, ese asunto no me concernía, y se lo dije. Pero por encima de la mesa, puso el Cristo ante mis ojos y gritó desatinadamente. «Soy cristiano. Le pido que perdone tus pecados. ¿Cómo puedes creer que no sufrió por tí?» Me di perfecta cuenta de que me tuteaba. Me sentía hartó. El calor se hacía cada vez más fuerte. Como siempre, cuando deseo desembarazarme de alguien al que apenas escucho, tengo aire de aprobarlo. Para sorpresa mía, irrumpió triunfante: «Ves, ves, decía. ¿No es cierto que crees, que vas a confiarte a él?» Por supuesto, dije no una vez más. Volvió a derrumbarse en su sillón.

Parecía muy fatigado. Permaneció un momento silencioso mientras la máquina, que no había dejado de seguir el diálogo, prolongaba aún las últimas frases. Después

me miró atentamente y con un poco de tristeza. Murmuró: «Nunca vi un alma tan endurecida como la suya. Los criminales que han comparecido aquí lloraron siempre ante esta imagen del dolor.» Estuve a punto de responder que eso era precisamente porque se trataba de criminales. Pero pensé que yo también lo era. Se trataba de una idea a la que no podía acostumbrarme. El juez se levantó en ese momento, como para darme a entender que el interrogatorio había terminado. Tan sólo me preguntó con el mismo aire un poco cansino si lamentaba mi acto. Reflexioné y dije que, más que una auténtica pena, lo que sentía era cierto aburrimiento. Tuve la impresión de que no me comprendía. Pero ese día las cosas no fueron más lejos.

Después, volví a ver con frecuencia al juez instructor. Pero ahora estaba siempre asistido por mi abogado. Se trataba sólo de que yo precisara algunos puntos oscuros de mis declaraciones precedentes. O bien, el juez volvía a discutir las actuaciones con mi abogado. Pero, en realidad, nunca se ocupaban de mí en esos momentos. Poco a poco, en todo caso, el tono de los interrogatorios cambió. Era como si el juez ya no se interesase por mí y hubiese, de algún modo, cerrado mi caso. Dejó de hablarme de Dios y no volví a verlo en el estado de excitación de aquel primer día. Como resultado, nuestras entrevistas se fueron haciendo más cordiales. Algunas preguntas, un poco de conversación con mi abogado y los interrogatorios terminaban. Mi asunto seguía su curso, según la expresión misma del juez. Algunas veces, cuando la conversación era de orden general, se me hacía participar en ella. Comencé a respirar. Nadie, en esos momentos se portaba mal conmigo. Todo era tan natural, tan bien regulado y tan sobriamente representado que tuve la impresión ridícula de ser «miembro de la familia». Y al cabo de los once meses que duró la instrucción, puedo decir que casi me asombraba de no haber disfrutado más que en aquellos raros instantes en que el juez me acompañaba a la puerta de su despacho, dándome palmadas en los hombros y diciéndome cordialmente: «Terminado por hoy, señor Anticristo.» Volvían a dejarme entonces en manos de los gendarmes.

Hay cosas de las que nunca me ha gustado hablar. Cuando entré en la prisión, comprendí al cabo de poco tiempo que no me gustaría hablar de esta parte de mi vida.

Más tarde, dejé de dar importancia a esas resistencias. En realidad, no me consideraba realmente encarcelado los primeros días: esperaba vagamente que algo nuevo aconteciera. Fue sólo después de la primera y única visita de María cuando todo comenzó. Desde el día en que recibí su carta (me decía que no le permitían venir más porque no era mi mujer), desde ese día, sentí que mi casa era mi celda y que mi vida se detenía allí. El día de mi detención me encerraron primero en una habitación donde ya había algunos detenidos, árabes en su mayoría. Se rieron al verme. Después me preguntaron qué había hecho. Dije que había matado a un árabe y permanecieron entonces en silencio. Pero muy poco después cayó la noche. Me explicaron cómo había que arreglar la esterilla donde tenía que acostarme. Enrollando una de las extremidades se podía hacer un cabezal. Toda la noche las chinches corrieron sobre mi rostro. Algunos días después me aislaron en una celda donde me acostaba en una yacija de madera. Tenía un cubo para las necesidades y una

palangana de hierro. La cárcel estaba en la cima de la ciudad y, por un ventanuco, podía ver el mar. Un día en que yo estaba aferrado a los barrotes, con mi rostro tendido hacia la luz, un guardián entró y me dijo que tenía una visita. Pensé que era Marie. En efecto, era ella.

Seguí para ir al locutorio un largo pasillo, después una escalera y, por último, otro pasillo. Entré en una gran sala donde entraba la luz por un amplio vano. La sala estaba dividida en tres partes por dos grandes rejas que la cortaban en longitud. Entre las dos rejas había un espacio de ocho a diez metros que separaba a los visitantes de los presos. Vi a Marie frente a mí con su vestido de rayas y el rostro bronceado. A mi lado, había una decena de detenidos, en su mayoría árabes. Marie, rodeada de moras, estaba entre dos de ellas: una viejecita de labios apretados, vestida de negro, y una mujer gorda, destocada, que hablaba muy alto y gesticulaba mucho. La distancia entre las rejas hacía que los visitantes y los presos tuvieran que alzar mucho la voz. Cuando entré, el ruido de las voces que rebotaban en las grandes paredes desnudas de la sala, la cruda luz que caía del cielo en los cristales y refluía en la sala, me produjeron una especie de aturdimiento. Mi celda era más tranquila y más sombría. Necesité algunos segundos para adaptarme. Sin embargo, terminé por ver neta-mente cada rostro, dibujado en la plenitud del día. Observé que había un guardián sentado en la extremidad del pasillo entre las dos rejas. La mayoría de los presos árabes y sus familias estaban en cuclillas frente a frente. No gritaban. A pesar del tumulto, conseguían entenderse hablando en voz extremadamente baja. Su sordo murmullo se combinaba desde el suelo, como un bajo continuo, con las conversaciones que se entrecruzaban sobre sus cabezas. Todo lo percibí rápidamente al adelantarme hacia Marie. Ya pegada a la reja, me sonreía con todo su ánimo. La encontré muy bella y no supe decírselo.

«¿Cómo estás?», preguntó en voz muy alta. «Ya ves.» «¿Te encuentras bien, tienes todo lo que necesitas?» «Sí, todo.»

Nos llamamos y Marie seguía sonriendo. La mujer gorda vociferaba hacia mi vecino, su marido sin duda, un tipo alto y rubio, de mirada franca. Era un fragmento de conversación ya comenzada.

«Jeanne no lo ha querido», decía la mujer desgañitada. «Sí, sí», respondía el hombre. «Le dije que tú lo recuperarías al salir, pero no lo quiso.»

Marie gritó por su parte que Raymond me saludaba, y dije: «Gracias.» Pero apagó mi voz la de mi vecino que preguntaba «si él iba bien». Su mujer respondió riendo «que él no se había encontrado nunca mejor». Mi vecino de la izquierda, un joven menudo de manos finas, nada decía. Advertí que estaba frente a la viejecita y que ambos se miraban con intensidad. Pero no tuve tiempo de seguir observándolos porque Marie me gritó que era necesario esperar. Dije: «Sí.» Simultáneamente la miraba y sentía deseo de apretar sus hombros por encima del vestido. Deseaba ese fino tejido y no sabía muy bien qué otra cosa cabía esperar. Pero eso era, sin duda, lo que quería decir Marie, porque seguía sonriendo. Sólo veía el brillo de sus dientes y los pequeños pliegues de sus ojos. Volvió a gritarme: «¡Saldrás y nos casaremos!» Respondí: «¿Tú crees?», pero fue sobre todo por decir algo. Dijo entonces con mucha rapidez y siempre muy alto que sí, que me absolverían y que volveríamos a bañarnos. Pero la otra mujer chillaba, por su parte, diciendo que había dejado una cesta en la entrada. Enumeraba todo lo que había puesto en ella. Era necesario verificarlo, porque todo costaba mucho. Mi otro vecino y su madre seguían mirándose. El murmullo de los árabes proseguía por debajo. Fuera, la luz pareció inflarse contra el ventanal.

Me sentía un poco mal y hubiera deseado irme. El ruido me hacía daño. Pero, por otra parte, deseaba aprovechar aún la presencia de Marie. Ignoro cuánto tiempo pasó. Marie hablaba de su trabajo y sonreía siempre. El



murmullo, los gritos, las conversaciones, se cruzaban. El solo islote de silencio era, a mi lado, el joven y la anciana que se miraban. Poco a poco, retiraron a los árabes. Casi todo el mundo se calló desde que salió el primero. La ancianita se aproximó a la reja y, en el mismo momento, un guardián hizo una señal a su hijo. Éste dijo: «Adiós, mamá», y ella pasó su mano entre dos barrotes en señal de despedida lenta, prolongada.

Salió mientras entraba un hombre, con el sombrero en la mano, y ocupaba su puesto. Trajeron a un preso y empezaron a hablar animadamente, pero a media voz, porque en la sala se había vuelto a hacer el silencio. Vinieron a buscar a mi vecino de la derecha y su mujer, como si no hubiese advertido que ya no era necesario gritar, le dijo sin bajar de tono: «Cuídate mucho.» Llegó mi turno. Marie hizo un gesto de que me besaba. Me volví antes de desaparecer. Estaba inmóvil, con el rostro apretado contra la reja y la misma sonrisa rota y crispada.

Fue poco después cuando me escribió. A partir de ese momento empezaron las cosas de las que nunca me ha gustado hablar. No conviene exagerar, en cualquier caso. A mí me fue más fácil que a otros. Sin embargo, al comienzo de mi detención, lo que me resultó más duro fue tener pensamientos de hombre libre. Me ganaba el deseo, por ejemplo, de estar en una playa y bajar hacia el mar. Imaginaba el rumor de las primeras olas bajo la planta de mis pies, la entrada del cuerpo en el agua y su liberación en ella; de pronto sentía hasta qué punto se estrechaban los muros de mi celda. Esa fase duró algunos meses. Después, sólo tuve pensamientos de preso. Esperaba el paseo cotidiano en el patio o la visita de mi abogado. Organizaba muy bien el resto de mi tiempo. Pensé entonces, con frecuencia, que si me hubieran hecho vivir en un tronco de árbol seco, sin más ocupación que mirar la flor del cielo sobre mi cabeza, me habría habituado poco a poco. Habría esperado los vuelos de pájaros o los encuentros de nubes como esperaba aquí las curiosas corbatas de mi abogado y como, en otro mundo,

aguardaba hasta el sábado para estrechar el cuerpo de Marie. Pero, pensándolo bien, no estaba en un árbol seco. Otros eran más desgraciados que yo. Era además una idea de mamá, y ella la repetía con frecuencia, decía que terminaba uno por acostumbrarse a todo.

Por otra parte, yo no iba tan lejos de ordinario. Los primeros meses fueron duros. Pero, precisamente, el esfuerzo que hube de hacer ayudaba a pasarlos. Me atormentaba, por ejemplo, el deseo de una mujer. Era natural, dada mi juventud. No pensaba nunca particularmente en Marie. Pero pensaba con tal intensidad en una mujer, en las mujeres, en todas las que había conocido, en todas las circunstancias en que las había amado, que mi celda se llenaba de todos los rostros y se poblaba de todos mis deseos. Ese pensamiento me desequilibraba en un sentido. Pero en otro, mataba el tiempo. Había terminado por ganar la simpatía del guardián jefe que, a la hora de las comidas, acompañaba al mozo de cocina. Fue él quien, primero, me habló de mujeres. Me dijo que ésa era la primera cosa de la que se quejaban los otros. Le dije que yo era como ellos y que consideraba este tratamiento injusto. «Pero es precisamente para eso para lo que os meten en la cárcel. —¿Cómo para eso? —Claro, la libertad, eso es. Se os priva de libertad.» Nunca lo había pensado. Lo aprobé: «Cierto, le dije, ¿dónde estaría el castigo? —En efecto, usted comprende las cosas. Los otros, no. Pero terminan por consolarse ellos mismos.» Luego, el guardián se fue.

Hubo también los cigarrillos. Cuando entré en la cárcel, me quitaron el cinturón, los cordones de los zapatos, la corbata y todo lo que llevaba en los bolsillos, los cigarrillos entre otras cosas. Una vez en la celda pedí que me los devolviesen. Me dijeron que estaba prohibido. Los primeros días fueron muy duros. Quizá fue eso lo que más me abatió. Chupaba trozos de madera que arrancaba de la tabla de mi cama. Paseaba todo el día una náusea perpetua. No entendía por qué se me privaba de algo que no hacía daño a nadie. Más tarde comprendí que se

trataba también de un elemento del castigo. Pero en ese momento ya me había habituado a no fumar y el castigo había dejado de serlo para mí.

Dejando aparte esas molestias, no me sentía demasiado desgraciado. Todo el problema consistía, una vez más, en matar el tiempo. Terminé por no aburrirme en absoluto desde el momento en que aprendí a recordar. Empezaba a veces a pensar en mi habitación e, imaginariamente, partía de un extremo para volver a él enumerando mentalmente todo lo que se encontraba en mi camino. Al principio, resultaba rápido. Pero cada vez que volvía a empezar, se hacía un poco más largo. Porque me acordaba de cada mueble y, por cada uno de ellos, de cada objeto que había en él, de todos los detalles, y en cuanto a los detalles mismos, de una incrustación, una fisura, un borde mellado, de su color o de su tono. Trataba a la vez de no perder el hilo de mi inventario, de hacer una relación completa. Con tanto éxito que, al cabo de pocas semanas, podía pasar horas tan sólo enumerando lo que había en mi habitación. Así, cuanto más reflexionaba, más cosas desconocidas y olvidadas emergían en mi memoria. Comprendí entonces que un hombre que no hubiese vivido más que un solo día podría, sin dificultad, vivir cien años en una prisión. Tendría suficientes recuerdos para no aburrirse. En cierto modo, era una ventaja.

También había el sueño. Al principio, dormía mal durante la noche y nada durante el día. Poco a poco, fui pasando mejor las noches y conseguí dormir también de día. Puedo decir que, en los últimos meses, dormía de dieciséis a dieciocho horas diarias. Me quedaban así seis horas que matar con las comidas, las necesidades naturales, mis recuerdos y la historia del checoslovaco.

Entre mi colchoneta y la tabla de la cama, había encontrado, en efecto, un viejo pedazo de periódico casi pegado a la tela, amarillento y transparente. Relataba un suceso cuyo comienzo faltaba, pero que había debido de acontecer en Checoslovaquia. Un hombre había salido de una aldea checa para hacer fortuna. Al cabo de veinti-

cinco años, había regresado, rico, con una mujer y un niño. Su madre regentaba un hotel con su hermana en la aldea natal. Para darles una sorpresa, dejó a su mujer y a su hijo en otro alojamiento y fue al hotel de su madre que no lo reconoció cuando entró. Por broma, tomó una habitación. Había dejado ver su dinero. Durante la noche, su madre y su hermana lo asesinaron a martillazos para robarle y arrojaron su cuerpo al río. Por la mañana vino la mujer y reveló sin darse cuenta la identidad del viajero. La madre se ahorcó. La hermana se arrojó a un pozo. Debí de leer esta historia miles de veces. Por una parte, era inverosímil. Por otra, era natural. Me parecía, de todos modos, que el viajero lo había merecido un poco y que nunca se debe jugar.

Así, con las horas de sueño, los recuerdos, la lectura de mi historia checa, la alternancia de la luz y la sombra, discurrió el tiempo. Por supuesto, había leído que se terminaba por perder la noción del tiempo en la cárcel. Pero eso no tenía mucho sentido para mí. No había comprendido hasta qué punto podían los días ser cortos y largos a la vez. Largos de vivir, sin duda, pero tan distendidos que terminaban por desbordar unos sobre otros. Perdían su nombre. Sólo las palabras ayer o mañana tenían, para mí, sentido.

Cuando un día el guardián me dijo que ya llevaba allí cinco meses lo creí, pero sin comprenderlo. Para mí, se trataba del mismo día incesante que se desencadenaba en mi celda y del mismo trabajo que proseguía. Aquel día, cuando el guardián se hubo ido, me miré en mi escudilla de hierro. Me pareció que mi imagen permanecía seria, incluso cuando yo trataba de sonreírle. La agité ante mí. Sonreí y la imagen mantuvo el mismo aire severo y triste. El día acababa y era la hora de la que no quiero hablar, la hora sin nombre, en la que los ruidos de la tarde subían de todos los pisos de la cárcel en un cortejo de silencio. Me acerqué al ventanillo y, con la última luz, contemplé una vez más mi imagen. Seguía estando seria, pero ¿de qué asombrarse si en ese momento también yo

lo estaba? Al mismo tiempo, y por primera vez después de meses, oí distintamente el sonido de mi voz. La reconocí por la que resonaba ya hacía largos días en mis oídos y comprendí que durante todo ese tiempo había hablado solo. Me acordé entonces de lo que decía la enfermera en el entierro de mamá. No, no había solución y nadie puede imaginar lo que las tardes son en las prisiones.

Puedo decir que, en el fondo, el verano, con mucha rapidez, reemplazó al verano. Sabía que con los primeros calores me sobrevendría algo nuevo. Mi asunto estaba inscrito en el último período de sesiones de la audiencia que terminaría con el mes de junio. Los debates se abrieron mientras, fuera, estallaba en toda su plenitud el sol. Mi abogado me había asegurado que no durarían más de dos o tres días. «Además, había añadido, el tribunal tendrá prisa porque su asunto no es el más importante de los que ha de examinar. Hay un caso de parricidio que verá inmediatamente después.»

A las siete y media de la mañana me vinieron a buscar y el coche celular me condujo al Palacio de Justicia. Los dos gendarmes me hicieron entrar en una pequeña habitación sombría. Esperamos, sentados cerca de una puerta detrás de la que se oían voces, llamadas, ruidos de sillas y todo un trajín que me hizo pensar en esas fiestas de barrio donde, después del concierto, se arregla la sala para poder bailar. Los gendarmes me dijeron que había que esperar al tribunal y uno de ellos me ofreció un cigarrillo que rehusé. Poco después me preguntó si me sentía ner-

vioso. Respondí que no. Incluso, en cierto sentido, me interesaba ver un proceso. Nunca en mi vida había tenido ocasión. «Sí, dijo el segundo gendarme, pero termina uno por aburrirse.»

Al cabo de un rato sonó un timbre en la habitación. Me quitaron entonces las esposas. Abrieron la puerta y me hicieron sentar en el banquillo de los acusados. La sala estaba llena hasta los topes. A pesar de las persianas, el sol se infiltraba por algunas partes y el aire era ya sofocante. Habían dejado las ventanas cerradas. Me senté encuadrado por los gendarmes. Percibí en ese momento una hilera de rostros ante mí. Todos me miraban: comprendí que eran los jurados. Pero no puedo decir en qué se distinguían unos de otros. Sólo tuve una impresión: estaba ante una banqueta de tranvía y todos aquellos viajeros anónimos espían al recién llegado para percibir los detalles ridículos. Sé perfectamente que era una idea necia, porque no era el ridículo lo que buscaban, sino el crimen. Sin embargo, la diferencia no es grande y fue, en todo caso, la idea que se me ocurrió.

Estaba también aturdido por toda aquella gente en la sala cerrada. Volví a mirar al público y no pude reconocer ningún rostro. Creo que al principio no me di cuenta de que toda aquella gente se amontonaba para verme. Por lo general, las gentes no se ocupaban de mi persona. Tuve que hacer un esfuerzo para entender que yo era la causa de toda esta agitación. Dije al gendarme: «¿Cuánta gente!» Me respondió que era a causa de los periódicos y me mostró un grupo situado cerca de una mesa bajo el banco de los jurados. Dijo: «Ahí están.» Pregunté: «¿Quién?», y él repitió: «Los periódicos.» Conocía él a uno de los periodistas que lo vio en ese momento y se vino hacia nosotros. Era un hombre ya mayor, simpático, con el rostro un poco arrugado. Estrechó la mano del gendarme muy calurosamente. Advertí en este momento que todo el mundo se encontraba, se interpelaba y conversaba, como en un club donde uno se siente feliz entre gentes del mismo mundo. También me expliqué la

extraña impresión que tenía de estar de más, un poco como un intruso. Sin embargo, el periodista se dirigió a mí sonriendo. Dijo que esperaba que todo me fuese bien. Le di las gracias y él añadió: «Sabe usted, hemos exagerado un poco su asunto. El verano es la estación vacía para los periódicos. Y sólo su historia y la del parricida valen algo.» Me mostró después, en el grupo del que acababa de venir, a un hombrecillo que parecía una comadreja cebada, con enormes gafas de montura negra. Me dijo que era el enviado especial de un periódico de París: «No ha venido precisamente por usted. Pero como le han encargado que informe sobre el proceso del parricida, le hemos pedido que transmita su asunto al mismo tiempo.» Estuve a punto de darle las gracias. Pero pensé que sería ridículo. Me hizo un pequeño gesto cordial con la mano, y nos dejó. Todavía hubo que esperar algunos minutos.

Llegó mi abogado, de toga, rodeado por otros muchos colegas. Fue hacia los periodistas, dio apretones de mano. Bromearon, rieron, con aire de encontrarse perfectamente a gusto, hasta que la campanilla sonó en la sala. Todo el mundo ocupó su lugar. Mi abogado se me acercó, me dio la mano y me aconsejó que respondiera con brevedad a las preguntas que me hicieran, que no tomase iniciativas y que confiase en él para todo lo demás.

Oí a mi izquierda el ruido de una silla que corrían hacia atrás y vi a un hombre alto y delgado, vestido de rojo, con quevedos, que se sentaba plegando cuidadosamente su toga. Era el fiscal. Un ujier anunció al tribunal. En ese momento, dos grandes ventiladores empezaron a zumbar. Tres jueces, dos de negro, el tercero de rojo, entraron con cartapacios y se dirigieron con rapidez a la tribuna que dominaba la sala. El hombre de toga roja se sentó en el sillón del medio, colocó ante él su birrete, se enjugó el pequeño cráneo calvo con un pañuelo, y declaró abierta la sesión.

Los periodistas estaban ya con la estilográfica en la mano. Tenían todos el mismo aire indiferente y un poco

socarrón. Sin embargo, uno de ellos, mucho más joven, vestido de franela gris con una corbata azul, había dejado su estilográfica ante él y me miraba. En su rostro, un poco asimétrico, sólo veía sus ojos, muy claros, que me examinaban atentamente, sin expresar nada definible. Tuve la extraña impresión de ser mirado por mí mismo. Tal vez a causa de ello, y también porque desconocía las costumbres de aquel lugar, no comprendí muy bien todo lo que pasó después, el sorteo de los jurados, las preguntas hechas por el presidente al abogado, al fiscal y al jurado (en cada ocasión, todas las cabezas de los miembros del jurado se volvían simultáneamente hacia el tribunal), una lectura rápida del acta de acusación, en la que reconocí los nombres de lugares y personas, y nuevas preguntas a mi abogado.

Pero el presidente dijo que se iba a proceder al llamamiento de los testigos. El ujier leyó nombres que despertaron mi atención. De en medio de este público, hace un momento informe, vi cómo se levantaban uno a uno, para desaparecer inmediatamente por una puerta lateral, el director y el conserje del asilo, el viejo Thomas Pérez, Raymond, Masson, Salamano, Marie. Ésta me hizo un ligero gesto de ansiedad. Me asombraba todavía no haberlos percibido antes, cuando al oír su nombre, el último, Celeste se levantó. Reconocí al lado de él a la mujercita extraña del restaurante, con su chaqueta y su aire preciso y decidido. Me miraba con intensidad. Pero no tuve tiempo de reflexionar porque el presidente hizo uso de la palabra. Dijo que los verdaderos debates iban a comenzar y que creía innecesario recomendar calma al público. Su misión, dijo, era dirigir con imparcialidad los debates sobre un asunto que deseaba considerar objetivamente. La sentencia pronunciada por el jurado se adoptaría en un espíritu de justicia y, en todos los casos, haría evacuar la sala al menor incidente.

El calor aumentaba y yo veía cómo en la sala los asistentes se abanicaban con periódicos, lo que producía un pequeño ruido continuo de papel arrugado. El presiden-

te hizo una señal y el ujier trajo tres abanicos de paja trenzada que los tres jueces utilizaron inmediatamente.

Mi interrogatorio empezó enseguida. El presidente me interrogó con calma e incluso, pensé, con un matiz de cordialidad. Se me hizo declarar una vez más mi identidad y, no obstante mi irritación, pensé que en el fondo era natural, pues sería demasiado grave juzgar a un hombre por otro. Después, el presidente volvió a empezar la narración de lo que yo había hecho, dirigiéndose a mí cada tres frases para preguntarme: «¿Fue así?» Las tres veces respondí: «Sí, señor presidente», según las instrucciones de mi abogado. La narración fue larga, porque el presidente la hacía con mucha minuciosidad. Entre tanto, los periodistas escribían. Sentía las miradas del más joven de ellos y de la pequeña autómatas. El banco de tranvía estaba enteramente vuelto hacia el presidente. Éste tosió, hojeó sus papeles y se volvió hacia mí abanicándose.

Me dijo que debía entrar ahora en cuestiones aparentemente ajenas a mi asunto, pero tal vez en muy estrecha relación con él. Comprendí que me iba todavía a hablar de mamá, al tiempo que sentía hasta qué punto el tema me aburría. Me preguntó por qué había llevado a mamá al asilo. Respondí que la causa era mi falta de dinero para hacerla acompañar y cuidar. Me preguntó si me había costado personalmente y respondí que ni mamá ni yo nada esperábamos ya uno del otro, ni de nadie, y que ambos nos habíamos acostumbrado a nuestras nuevas vidas. El presidente dijo entonces que no quería insistir sobre ese extremo, y preguntó al fiscal si no deseaba hacerme otra pregunta.

El fiscal medio vuelto de espaldas y, sin mirarme, dijo que con autorización del presidente desearía saber si había vuelto solo hacia la fuente con intención de matar al árabe. «No», dije. «Entonces, ¿por qué iba armado y por qué volver hacia ese lugar precisamente?» Dije que había sido el azar. Y el fiscal con un acento hostil indicó: «Eso será todo por el momento.» Todo fue después un poco

confuso, al menos para mí. Pero después de algunos conciliábulos el presidente declaró que la sesión se levantaba y se reanudaría a primera hora de la tarde para oír a los testigos.

No tuve tiempo de reflexionar. Me condujeron, me hicieron subir al coche celular y me llevaron a la cárcel, donde comí. Poco después, justo el tiempo necesario para que me diese cuenta de que estaba cansado, volvieron a buscarme; todo recommenzó y me encontré en la misma sala ante los mismos rostros. Sólo que hacía mucho más calor y, como por milagro, cada uno de los jurados, el fiscal, mi abogado y algunos periodistas también estaban provistos de abanicos de paja. El joven periodista y la mujer extraña continuaban allí. Pero no se abanicaban y seguían mirándome sin decir nada.

Enjuagué el sudor que cubría mi rostro y sólo recuperé un poco de conciencia del lugar y de mí mismo cuando oí llamar al director del asilo. Le preguntaron si mamá se quejaba de mí, y contestó afirmativamente, pero añadió que era un poco manía de sus pensionistas quejarse de sus familiares. El presidente le hizo precisar si ella me reprochaba haberla dejado en el asilo y el director volvió a contestar afirmativamente. Pero esta vez, nada añadió. A otra pregunta contestó que lo había sorprendido mi tranquilidad el día del entierro. Hubo de aclarar entonces qué entendía por tranquilidad. El director, mirando la punta de sus zapatos, dijo que no había querido ver a mamá, que no había llorado ni una sola vez y que me había ido inmediatamente después del entierro sin recogerme ante su tumba. Algo más lo había sorprendido: uno de los empleados de las pompas fúnebres le había dicho que yo no sabía la edad de mamá. Hubo un momento de silencio y el presidente le preguntó si era de mí de quien hablaba. Como el director no comprendía la pregunta, le aclaró: «Es la ley.» Después el presidente preguntó al fiscal si no quería hacer preguntas al testigo, y el fiscal exclamó: «¡Oh, no! Con esto basta», con tal fuerza y tal mi-

rada de triunfo hacia mí que, por vez primera, al cabo de muchos años, sentí un deseo estúpido de llorar, porque comprendí hasta qué punto toda aquella gente me detestaba.

Después de preguntar al jurado y a mi abogado si tenían preguntas que formular, el presidente interrogó al conserje. En su caso, como en todos los otros, se repitió el mismo ceremonial. Al llegar, el conserje me miró y apartó los ojos. Respondió a las preguntas que se le dirigían. Dijo que yo no había querido ver a mamá, que había fumado, que había dormido y que había tomado café con leche. Sentí entonces que algo indignaba a toda la sala y, por vez primera, comprendí que era culpable. Se hizo repetir al conserje la historia del café con leche. El fiscal me miró con un brillo irónico en los ojos. En ese momento mi abogado preguntó al conserje si había fumado conmigo. Pero el fiscal se opuso violentamente a esa pregunta: «¿Quién es el criminal aquí y qué métodos son esos que consisten en desprestigiar a los testigos de la acusación para minimizar sus testimonios, que no por eso resultan menos aplastantes!» No obstante, el presidente pidió al conserje que contestara a la pregunta. El viejo dijo con aire embarazado: «Sé perfectamente que no estuvo bien. Pero no me atreví a rechazar el cigarrillo que el señor me ofrecía.» Por último, se me preguntó si no tenía nada que añadir. «Nada, respondí, salvo que el testigo tiene razón. Es cierto que le ofrecí un cigarrillo.» El conserje me miró entonces con cierto asombro y una especie de gratitud. Vaciló y después dijo que era él quien me había ofrecido el café con leche. Mi abogado dijo con un ruidoso tono de triunfo que los jurados apreciarían la declaración. Pero la voz del fiscal tronó sobre nuestras cabezas: «Sí, los señores jurados la apreciarán. Y concluirán que un extraño podía proponer un café, pero que era deber de un hijo rehusarlo ante el cuerpo de la que le había dado la vida.» El conserje volvió a su banco.

Cuando llegó el turno de Thomas Pérez, un ujier hubo de sostenerlo hasta el tribunal. Pérez dijo que había

conocido sobre todo a mi madre y que sólo me había visto una vez, el día del entierro. «Comprenderán, yo mismo estaba demasiado apenado. Nada vi, la pena misma me impedía ver. Me causó un grandísimo dolor. Incluso me desvanecí. No pude, pues, ver al señor.» El fiscal le preguntó si, al menos, me había visto llorar. Pérez respondió que no. El fiscal dijo entonces a su vez: «Los señores jurados apreciarán.» Pero mi abogado se enfadó. Preguntó a Pérez, con un tono que me pareció exagerado, «si había visto que yo no lloraba», Pérez respondió: «No.» Y mi abogado, remangando una de sus mangas, dijo con tono perentorio: «He ahí la imagen de este proceso. ¡Todo es verdad y nada es verdad!» El fiscal tenía un rostro impenetrable y picoteaba con un lápiz en los títulos de sus documentos.

Después de cinco minutos de suspensión, durante los cuales mi abogado vino a decirme que todo iba muy bien, testimonió Celeste citado por la defensa. La defensa era yo. Celeste miraba de vez en cuando hacia mi lado y daba vueltas a un panamá entre las manos. Llevaba el traje nuevo que se ponía para venir conmigo, algunos domingos, a las carreras de caballos. Pero creo que no había podido ponerse su cuello, porque llevaba solamente un botón de cobre para cerrar la camisa. Le preguntaron si yo era su cliente, y dijo: «Sí, pero también era un amigo», qué pensaba de mí, y respondió que era un hombre; qué quería decir con eso y afirmó que todo el mundo sabe lo que eso quiere decir; si había observado que yo era retraído y reconoció tan sólo que yo no hablaba para no decir nada. El fiscal le preguntó si pagaba con regularidad mi pensión. Celeste rió, y dijo: «Eso eran detalles entre nosotros.» Se le preguntó todavía qué pensaba de mi crimen. Apoyó entonces sus manos en la barandilla, se veía que había preparado algo. Dijo: «Para mí es una desgracia. Todo el mundo sabe lo que es una desgracia. Lo deja a uno sin defensa. Y bien, para mí es una desgracia.» Iba a continuar, pero el presidente le dijo que estaba bien y que se le daban las gracias. Celeste quedó

un poco desconcertado. Pero manifestó que quería hablar más. Se le pidió que fuese breve. Repitió todavía que era una desgracia. Y el presidente le dijo: «Sí, entendido. Pero nosotros estamos aquí para juzgar las desgracias de ese tipo. Se lo agradecemos.» Como si hubiese llegado al término de su ciencia y de su buena voluntad, Celeste se volvió entonces hacia mí. Me pareció que sus ojos brillaban y temblaban sus labios. Tenía aire de preguntarme qué es lo que podía hacer aún. Yo nada dije, no hice gesto alguno, pero por primera vez en mi vida tuve deseos de besar a un hombre. El presidente volvió a indicarle que se retirara. Celeste fue a sentarse en la sala. El resto de la sesión estuvo allí, un poco inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, el panamá entre las manos, atento a todo lo que se decía. Entró Marie. Se había puesto un sombrero y seguía estando bella. Pero a mí me gustaba más con sus cabellos libres. Desde donde yo estaba, podía adivinar el peso ligero de sus senos y reconocía su labio inferior siempre un poco grueso. Parecía muy nerviosa. Le preguntaron inmediatamente desde cuándo me conocía. Indicó la época en que trabajaba con nosotros. El presidente quiso saber cuáles eran sus relaciones conmigo. Dijo que era mi amiga. A otra pregunta, respondió que, en efecto, debía casarse conmigo. El fiscal, que hojeaba un documento, le preguntó bruscamente la fecha en que había empezado nuestra relación. Ella indicó la fecha. El fiscal hizo notar con aire indiferente que le parecía haber sido al día siguiente de la muerte de mamá. Dijo después con cierta ironía que no quisiera insistir sobre una situación delicada, que comprendía perfectamente los escrúpulos de Marie, pero que (y aquí su entonación se hizo más dura) su deber le obligaba a pasar sobre las conveniencias. Pidió, pues, a Marie que resumiera el día en que yo había estrechado mi relación con ella. Marie no quería hablar, pero ante la insistencia del fiscal, explicó nuestro baño, la salida al cine, nuestro regreso a mi casa. El fiscal dijo que, después de las declaraciones de Marie durante la instruc-



ción, había verificado los programas de esa fecha. Añadió que Marie misma diría qué filme proyectaban entonces. Marie, casi en un susurro, dijo que, en efecto, proyectaban un filme de Fernandel. El silencio era absoluto en la sala cuando terminó. El fiscal se levantó entonces, muy grave y con una voz que me pareció verdaderamente conmovida, tendió el dedo hacia mí y articuló con lentitud: «Señores del jurado, al día siguiente de la muerte de su madre, este hombre se bañaba, iniciaba una relación irregular e iba a reírse a un filme cómico. No tengo más que decirles.» Se sentó, siempre en medio del silencio. Pero, de pronto, Marie rompió en sollozos, dijo que no era eso, que había otras cosas, que se la obligaba a decir lo contrario de lo que pensaba, que me conocía perfectamente y que yo no había hecho nada malo. Pero el ujier, a una señal del presidente, la retiró y prosiguió la audiencia.

Después, apenas se escuchó a Masson, quien dijo que yo era un hombre honrado, «y todavía diría más, un hombre bueno». También se atendió apenas a Salamano cuando recordó que yo había sido bueno con su perro y cuando, en respuesta a una pregunta sobre mi madre y sobre mí, explicó que yo ya no tenía nada que decir a mamá y que por eso la había llevado al asilo. «Hay que comprender, decía Salamano, hay que comprender.» Pero nadie parecía comprender. Lo retiraron.

Llegó el turno a Raymond, que era el último testigo. Raymond me hizo una leve señal y declaró inmediatamente que yo era inocente. Pero el presidente precisó que no le pedían apreciaciones, sino hechos. Le rogó que esperase las preguntas para responder. Se le hizo aclarar sus relaciones con la víctima. Raymond aprovechó para decir que era a él a quien odiaba porque había abofeteado a su hermana. El presidente le preguntó, sin embargo, si la víctima no tenía motivo para odiarme. Raymond dijo que mi presencia en la playa era un puro azar. El fiscal le preguntó entonces por qué la carta donde el drama tenía origen había sido escrita por mí. Raymond respondió que era un azar. El fiscal replicó que el azar tenía ya

muchas culpas sobre su conciencia en esta historia. Preguntó si por azar yo no había intervenido cuando abofeteó a su amante, si por azar yo había testimoniado en la comisaría, si por azar también mis declaraciones en esa ocasión eran de puro favor. Por último, preguntó a Raymond cuáles eran sus medios de existencia, y cuando éste contestó: «Almacenero», el fiscal explicó a los jurados que, con general notoriedad, el testigo ejercía el oficio de chulo. Yo era su cómplice y su amigo. Se trataba de un drama crapuloso de la más baja especie, agravado por el hecho de tener que afrontar a un monstruo moral. Raymond quiso defenderse y mi abogado protestó, pero se le indicó que debía dejar terminar al fiscal. Éste dijo: «Quisiera añadir algo. ¿Era su amigo?», preguntó a Raymond. «Sí, dijo, éste era mi camarada.» El fiscal me hizo entonces la misma pregunta, y yo miré a Raymond que mantuvo la mirada. Respondí: «Sí.» El fiscal se volvió entonces hacia el jurado, y declaró: «El mismo hombre que al día siguiente de la muerte de su madre se entregaba al más vergonzoso desenfreno mató por razones fútiles para liquidar un asunto incalificable de costumbres inmorales.»

Se sentó. Pero mi abogado, agotada su paciencia, exclamó alzando los brazos de modo que sus mangas al caer descubrieron los pliegues de una camisa almidonada: «¿Se le acusa, en fin, de haber enterrado a su madre o de haber matado a un hombre?» El público rió. Pero el fiscal se levantó de nuevo, se envolvió en su toga y afirmó que era necesaria la ingenuidad del honorable defensor para no advertir que había entre los dos órdenes de hechos una relación profunda, patética, esencial. «Sí, exclamó con fuerza, acuso a ese hombre de haber enterrado una madre con un corazón de criminal.» Esta declaración pareció tener un considerable efecto en el público. Mi abogado alzó los hombros y enjugó el sudor que cubría su frente. Pero él mismo parecía quebrantado y comprendí que las cosas no iban bien para mí.

La sesión se levantó. Al salir del Palacio de Justicia para subir al coche, reconocí por un breve momento el



olor y el color de la tarde de verano. En la oscuridad de mi prisión móvil, volví a encontrar uno a uno, como desde el fondo de mi cansancio, todos los ruidos familiares de una ciudad que amaba y de una cierta hora en la que solía sentirme contento. El grito de los vendedores de periódicos en el aire ya sosegado, los últimos pájaros en la plazoleta, el reclamo de los mercaderes de bocadillos, el lamento de los tranvías en los altos virajes de la ciudad y este rumor del cielo antes de que la noche caiga sobre el puerto, todo recomponía para mí un itinerario de ciego, que conocía perfectamente antes de entrar en la cárcel. Sí, era la hora en la que, hacía ya mucho tiempo, me sentía feliz. Lo que me esperaba entonces era un sueño ligero y sin imágenes. Y, no obstante, algo había cambiado, pues, en la espera del siguiente día, fue mi celda lo que volví a encontrar. Como si los caminos familiares trazados en los cielos del estío pudieran llevar lo mismo a las prisiones que a los sueños inocentes.

Incluso en un banquillo de acusado es interesante oír hablar de uno mismo. Durante las intervenciones del fiscal y de mi abogado, puedo decir que se habló mucho de mí, tal vez más de mí que de mi crimen. ¿Eran, en todo caso, tan diferentes esos alegatos? El abogado levantaba el brazo y reconocía la culpa, pero con atenuantes. El fiscal tendía sus manos y denunciaba la culpabilidad, pero sin atenuantes. Sin embargo, algo me molestaba vagamente. A pesar de mis preocupaciones, me sentía tentado a veces a intervenir y mi abogado me decía entonces: «Cállese, será mejor para su causa.» Parecía como, si de algún modo, el proceso se llevase dejándome fuera. Todo se desarrollaba sin mi intervención. Se decidía mi suerte sin contar conmigo. De vez en cuando, tenía ganas de interrumpir a todo el mundo, y decir: «Pero de todos modos, ¿quién es el acusado? Es importante ser el acusado. ¡Yo tengo algo que decir!» Pero, pensándolo bien, nada tenía que decir. Además, he de reconocer que el interés que uno despierta en la gente no dura mucho. Por ejemplo, la acusación del fiscal me cansó muy pronto. Sólo algunos fragmentos, gestos o tiradas enteras, pero desconectadas del conjunto, me sorprendieron o despertaron mi interés.

Pensaba en el fondo, si yo comprendía bien, que había premeditado mi crimen. Al menos, es lo que trataba de demostrar. Como él mismo decía: «Daré una prueba, señores, lo probaré doblemente. Primero, con la absoluta claridad de los hechos; luego, con la sombría luz que me ofrece la psicología de esta alma criminal.» Resumió los hechos desde la muerte de mamá. Recordó mi insensibilidad, mi desconocimiento de la edad de mamá, mi baño del día siguiente, con una mujer, el cine, Fernandel y, por último, el regreso con Marie. Tardé en comprenderlo, en ese momento, porque él decía «su amante» y para mí ella era Marie. Vino luego la historia de Raymond. Pensé que a su manera de ver los acontecimientos no le faltaba claridad. Lo que decía era plausible. Yo había escrito la carta de acuerdo con Raymond para hacer venir a su amante y entregarla a los malos tratos de un hombre «de moralidad dudosa». Yo había provocado en la playa a los adversarios de Raymond, que había sido herido. Le pedí su revólver. Volví yo solo para utilizarlo. Me cargué al árabe como había proyectado. Había esperado. Y «para tener la certeza de que el trabajo estaba bien hecho», había disparado aún otras cuatro balas, tranquilamente, con absoluta precisión, de forma calculada, por así decirlo.

«Y helo ahí, señores, dijo el fiscal. He reconstituido ante ustedes el hilo de acontecimientos que llevaron a este hombre a matar con pleno conocimiento de causa. Insisto en ello, añadió. Porque no se trata de un asesinato ordinario, de un acto impulsivo que ustedes podrían considerar atenuado por las circunstancias. Este hombre, señores, este hombre es inteligente. Ustedes lo han oído. ¿No es así? Sabe responder. Conoce el valor de las palabras. Y no cabe decir que actuó sin darse cuenta de lo que hacía.»

Yo escuchaba y oía que se me juzgaba inteligente. Pero no comprendía bien cómo las cualidades de un hombre ordinario podían convertirse en acusaciones aplastantes contra un culpable. Al menos, eso era lo que me asombra-

ba, y dejé de prestar atención al fiscal hasta que le oí decir: «¿Ha dicho, al menos, que lo lamentaba? Nunca, señores. Ni una sola vez en el curso de la instrucción me pareció conmovido este hombre por su abominable crimen.» Se volvió entonces hacia mí, me señaló con el dedo y siguió abrumándome sin que, en realidad, yo comprendiera bien por qué. Sin duda, no podía dejar de reconocer que tenía razón. Yo no lamentaba gran cosa mi acto. Pero tanto encarnizamiento me asombraba. Hubiera querido tratar de explicarle cordialmente, casi con afecto, que yo nunca había podido lamentar nada verdaderamente. Estaba siempre acaparado por lo que iba a suceder, por hoy o por mañana. Pero, naturalmente, en el estado en que se me había puesto, no podía hablar a nadie en ese tono. No tenía derecho a mostrarme afectuoso, a manifestar buena voluntad. Traté de atender de nuevo porque el fiscal había empezado a hablar de mi alma.

Decía que se había asomado a ella y que no había encontrado nada, señores jurados. Decía que, en realidad, yo no tenía alma en absoluto y que nada humano, ni uno solo de los principios morales que custodian el corazón de los hombres, me era accesible. «Ciertamente, añadía, no sabríamos qué reprocharle. Lo que no ha sabido adquirir, no podemos quejarnos de que le falte. Pero cuando se trata de este tribunal, la virtud enteramente negativa de la tolerancia ha de transformarse en la menos fácil, pero más elevada de la justicia. Sobre todo cuando el vacío del corazón tal y como se descubre en este hombre se convierte en un abismo donde la sociedad podría sucumbir.» Habló entonces de mi actitud hacia mamá. Repitió lo que había dicho durante los debates. Pero se prolongó mucho más que cuando hablaba de mi crimen, tanto que, finalmente, yo no sentía más que el calor de la mañana. Hasta el momento al menos en que el fiscal se detuvo y, después de un momento de silencio, continuó con una voz muy baja y un tono convencido: «Este mismo tribunal, señores, va a juzgar mañana el más abominable de los crímenes: el asesinato de un padre.» Según

él, la imaginación retrocedía ante ese acto atroz. Era de esperar que la justicia de los hombres se pronunciase sin debilidad. Pero, no temía decirlo, el horror que le inspiraba ese crimen casi cedía ante el que le producía mi insensibilidad. Siempre según él, un hombre que mataba moralmente a su madre se sustraía de la sociedad de los hombres tanto como el que levantaba una mano asesina sobre el autor de sus días. En cualquier caso, el primero preparaba los actos del segundo y los anunciaba de algún modo y los legitimaba. «Estoy persuadido, señores, añadió elevando la voz, que no considerarán ustedes demasiado audaz mi pensamiento, si afirmo que el hombre ahora sentado en ese banquillo es también culpable del asesinato que este tribunal habrá de juzgar mañana. Ha de ser castigado en consecuencia.» Aquí, el fiscal enjugó su rostro brillante de sudor. Dijo, en fin, que su deber era doloroso, pero que lo cumpliría firmemente. Declaró que yo nada tenía que hacer en una sociedad cuyas reglas más esenciales no reconocía y que yo no podía recurrir a ese corazón humano cuyas relaciones elementales ignoraba. «Les pido la cabeza de ese hombre, dijo, sin la menor preocupación se la pido. Pues aunque haya tenido en el curso de mi ya larga carrera, ocasión de reclamar penas capitales, nunca como hoy he sentido ese penoso deber compensado, equilibrado, iluminado por la conciencia de un mandamiento imperioso y sagrado y por el horror que experimento ante el rostro de un hombre donde nada leo que no sea monstruoso.»

Cuando el fiscal volvió a sentarse, se produjo un largo silencio. Yo me sentía aturdido por el calor y por el asombro. El presidente tosió un poco y con un tono muy bajo me preguntó si no tenía nada que añadir. Me levanté y, como tenía deseos de hablar, dije, un poco al azar por lo demás, que no había tenido intención de matar al árabe. El presidente respondió que ésa era una afirmación, que comprendía mal hasta ahora mi sistema de defensa y que le gustaría, antes de oír a mi abogado, hacerme precisar los motivos que habían inspirado mi acto.

Dije con rapidez, mezclando un poco las palabras y dándome cuenta de mi ridículo, que había sido a causa del sol. Hubo risas en la sala. Mi abogado alzó los hombros e inmediatamente le dieron la palabra. Pero declaró que el tiempo ya era escaso, que necesitaba varias horas y que solicitaba el aplazamiento de la sesión hasta el comienzo de la tarde. El tribunal accedió.

Al reanudarse la sesión, los grandes ventiladores agitaban todavía el aire espeso de la sala y los pequeños abanicos multicolores de los jurados se movían todos en el mismo sentido. Me parecía que el alegato de mi abogado nunca encontraría fin. Sin embargo, en un momento preciso lo oí, porque decía: «Es cierto que he matado.» Continuó después en el mismo tono, diciendo «yo» cada vez que hablaba de mí. Yo estaba atónito. Me incliné hacia un gendarme y le pregunté por qué. Me dijo que me callara y, un momento después, añadió: «Todos los abogados lo hacen.» Yo pensé que eso suponía apartarme más del caso, reducirme a cero y, en cierto modo, sustituirme. Pero creo que me encontraba ya muy lejos de esta sala de audiencia. Además, mi abogado me pareció ridículo. Arguyó muy rápidamente que había habido provocación y luego también él habló de mi alma. Pero me pareció que tenía mucho menos talento que el fiscal. «Yo también, dijo, me he asomado a esta alma, pero, al contrario que el eminente representante del ministerio público, sí encontré algo y pude leer en ella como en un libro abierto.» Había leído que yo era un hombre honrado, un trabajador constante, infatigable, fiel a la casa que lo empleaba, querido por todos y compasivo ante las desgracias de los demás. A su entender, yo era un hijo modelo que se había ocupado de su madre tanto tiempo como le fue posible. Por último, había confiado en que un asilo de ancianos le daría la comodidad que mis medios no me permitían procurarle. «Me asombra, señores, que se haya hecho tanto ruido a propósito de este asilo. Porque, en fin, si hiciera falta probar la utilidad y la grandeza de estas instituciones, habría que decir que es el Estado mis-

mo el que las subvenciona.» No habló, sin embargo, del entierro y eché de menos esa mención en su alegato. Pero todas esas largas frases, todas esas jornadas y esas horas interminables durante las que se había hablado de mi alma, parecían convertirse en un agua incolora que me producía vértigo.

Finalmente, recuerdo tan sólo que, desde la calle, atravesando todo el espacio de salas y estrados, mientras mi abogado seguía hablando, el sonido de la trompeta de un vendedor de helados llegó hasta mí. Me asaltaron los recuerdos de una vida que ya no me pertenecía, pero en la que había encontrado mis alegrías más simples y más tenaces: los olores del verano, el barrio que amaba, cierto cielo de la tarde, la risa y los vestidos de Marie. Toda la inutilidad de lo que hacía aquí me subió entonces a la garganta y no tuve más que el apremiante deseo de terminar, de volver a encontrarme en mi celda y en ella el sueño. Apenas oí a mi abogado exclamar, por último, que los jurados no querrían enviar a la muerte a un trabajador honrado, condenarlo por un minuto de extravío, y pedir que se consideraran las circunstancias atenuantes de un crimen del que arrastraba ya, como el más implacable de mis castigos, un remordimiento eterno. El tribunal levantó la audiencia y el abogado se sentó con aire de agotamiento. Sus colegas se acercaron para darle la mano. Oí: «Magnífico, querido amigo.» Uno de ellos incluso me tomó como testigo: «¿No le parece?», preguntó. Contesté afirmativamente, pero mi cumplido no era sincero, porque estaba demasiado cansado.

Sin embargo, el día declinaba fuera y el calor se iba haciendo menos agobiante. Por algunos ruidos que me llegaban de la calle, adiviné la suavidad de la tarde. Aquí estábamos todos esperando. Y lo que todos esperábamos juntos sólo me concernía a mí. Miré una vez más la sala. Todo estaba igual que el primer día. Volví a encontrar la mirada del periodista de la chaqueta gris y de la mujer autómatas. Eso me hizo pensar que no había buscado a Marie con la mirada durante todo el proceso. No la ha-

bía olvidado, pero tenía demasiado que hacer. La vi entre Celeste y Raymond. Me hizo un pequeño gesto, como si dijera: «Al fin», y vi su rostro un poco ansioso que sonreía. Pero yo sentí mi corazón cerrado y ni siquiera pude responder a su sonrisa.

El tribunal volvió. Se leyó a los jurados, muy rápidamente, una serie de preguntas. Oí «culpable de asesinato»... «circunstancias atenuantes». Los jurados salieron y me llevaron a la pequeña habitación donde ya había esperado. Mi abogado vino a verme: estaba muy locuaz y me habló con más confianza y cordialidad que nunca. Creía que todo iba a ir bien y que saldría con algunos años de cárcel o de penal. Le pregunté si había posibilidades de casación en caso de juicio desfavorable. Dijo que no. Había seguido la táctica de no formular conclusiones para no indisponer al jurado. Me explicó que no se casaba un juicio como éste, por nada. Me pareció evidente y admití sus razones. Considerándolo en frío, era natural. De lo contrario, habría demasiado papeleo inútil. «De todos modos, dijo mi abogado, queda la petición de indulto. Pero estoy persuadido de que la sentencia será favorable.»

Esperamos mucho tiempo, casi tres cuartos de hora. Al cabo, sonó un timbre. Mi abogado me dejó diciendo: «El presidente del jurado va a leer las respuestas. Sólo lo harán entrar para que el juez pronuncie la sentencia.» Las puertas se cerraron secamente. Corrían gentes por las escaleras sin que yo acertara a saber si estaban próximas o lejanas. Oí después una voz sorda que leía algo en la sala. Cuando el timbre volvió a sonar, se abrió la puerta de mi estrecho reducto y el silencio de la sala subió hacia mí, el silencio, y la rara sensación que tuve al comprobar que el joven periodista había apartado sus ojos. No miré hacia el lado de Marie. No tuve tiempo porque el presidente me dijo en forma extraña que se me decapitaría en una plaza pública y en nombre del pueblo francés. Me pareció entonces reconocer el sentimiento que en todos los rostros se expresaba. Creo que era de

conmiseración. Los gendarmes estaban muy suaves conmigo. El abogado puso su mano sobre mi muñeca. Yo había dejado de pensar. Pero el presidente me preguntó si no tenía nada que añadir. Reflexioné. Dije: «No.» Fue ése el momento en que me llevaron.

Por tercera vez me negué a recibir al capellán. Nada tengo que decirle, no tengo deseos de hablar, habrá ocasión de verlo muy pronto. Lo que ahora me interesa es escapar a la mecánica, saber si lo inevitable puede tener una salida. Me han cambiado de celda. Desde aquí, cuando estoy tendido, veo el cielo, sólo veo el cielo. Paso todas mis jornadas siguiendo en su faz la declinación de los colores que lleva al día hacia la noche. Acostado, cruzo mis manos bajo la nuca y espero. No sé cuántas veces me he preguntado si había ejemplos de condenados a muerte que hubiesen escapado al mecanismo implacable, desaparecido antes de la ejecución, roto los cordones de agentes. Me reprochaba entonces no haber atendido bastante a las descripciones de una ejecución. Debería uno interesarse siempre por estas cosas. Jamás se sabe lo que puede suceder. Como todo el mundo, había leído la información de los periódicos. Pero había, sin duda, obras especializadas que nunca había tenido curiosidad por consultar. Tal vez en ellas hubiese encontrado relatos de evasión. Habría sabido que, al menos en un caso, la rueda se había detenido, que en esa premeditación insoportable, el azar y la fortuna, una vez tan sólo habían cam-

biado algo. ¡Una vez! En un sentido creo que eso me hubiera bastado. Mi corazón habría hecho lo demás. Los periódicos hablaban con frecuencia de una deuda contraída con la sociedad. Era necesario, según ellos, pagarla. Pero eso no habla a la imaginación. Lo que importaba era una posibilidad de evasión, un salto fuera del implacable rito, una loca carrera que ofreciese todas las vías de la esperanza. Por supuesto, la esperanza era ser abatido en la esquina de una calle, en plena huida, de un tiro al vuelo. Pero considerándolo bien, nada me permitía ese lujo, todo me lo negaba, y volvía a ser presa de la mecánica.

A pesar de mi buena voluntad, me resultaba imposible aceptar esa certidumbre insolente. Porque había, en fin, una desproporción ridícula entre el juicio que le dio origen y su desarrollo imperturbable a partir del momento en que la sentencia se había pronunciado. El hecho de que la sentencia se hubiera leído a las ocho de la tarde en lugar de a las cinco, el hecho de que hubiera podido ser completamente distinta, de que fuese dictada por gentes bien vestidas, de que hubiese sido vinculada a tan imprecisa noción como el pueblo francés (o alemán o chino), me parecía todo ello una gran merma en la seriedad de tal decisión. Sin embargo, había de reconocer que desde el mismo instante en que había sido pronunciada, sus efectos habían resultado tan ciertos, tan evidentes, como la presencia de la pared a lo largo de la cual aplastaba mi cuerpo.

Recordé, en uno de esos momentos, una historia que mamá me contaba a propósito de mi padre. Yo no llegué a conocerlo. Todo lo que sabía con alguna precisión sobre ese hombre era, tal vez, lo que entonces me contaba mamá: había ido a ver ejecutar a un asesino. Lo ponía malo la idea de ir. Había ido, sin embargo, y al regreso había vomitado buena parte de la mañana. Mi padre me causaba un poco de asco entonces. Ahora comprendía, era tan natural. ¡Cómo no había comprendido que nada era más importante que una ejecución capital, que era la

única cosa verdaderamente interesante para un hombre! Si alguna vez saliese de esta prisión, iría a ver todas las ejecuciones. Creo que hacía mal en imaginar esa posibilidad. Porque ante la idea de verme libre en la mañana temprana detrás de un cordón de policías, del otro lado en cierto modo, ante la idea de ser el espectador que viene a ver y podrá vomitar después, una ola de alegría envenenada me subía al corazón. Pero eso no era razonable. Hacía mal dejándome llevar a esas suposiciones, porque un minuto después sentía un frío tan terrible que me acurrucaba debajo de mi manta. Daba diente con diente sin poderme contener.

Pero, naturalmente, no se puede ser siempre razonable. Otras veces, por ejemplo, preparaba proyectos de ley. Reformaba las penas. Había comprendido que lo esencial era dar una esperanza al condenado. Una sola entre mil bastaría para que muchas cosas cambiaran. Me parecía, por ejemplo, que se podría encontrar una combinación química, cuya absorción mataría al paciente (el paciente, pensaba) nueve de cada diez veces. Él lo sabría, tal era la condición. Porque pensándolo bien, considerando las cosas con tranquilidad, comprendía que lo que resultaba defectuoso con la cuchilla es que no dejaba ninguna esperanza, absolutamente ninguna. Una vez para siempre, en suma, la muerte del paciente se había decidido. Era un caso archivado, una combinación perfecta, un acuerdo concluido que, en modo alguno, cabía rectificar. Si el golpe, por una extraordinaria excepción, fallase, se volvía a empezar. Por consiguiente, lo que resultaba molesto era la necesidad de que el condenado deseara el buen funcionamiento de la máquina. Pienso que ése es el elemento defectuoso. Lo cual es verdad, en cierto sentido. Pero, en otro, había de reconocer que ahí residía todo el secreto de una buena organización. En resumen, el condenado estaba obligado a colaborar moralmente. En interés suyo, todo debía funcionar sin dificultad.

Me veía forzado a reconocer también que hasta ahora había tenido sobre estos temas ideas erróneas. Creí du-

rante mucho tiempo —no sé por qué— que para ir a la guillotina era necesario ascender a un patíbulo, subir los escalones. Imagino que la causa era la Revolución de 1789, quiero decir todo lo que me habían enseñado o hecho ver sobre estas cuestiones. Pero una mañana recordé la fotografía publicada por los periódicos con motivo de una sonada ejecución. En realidad, la máquina estaba colocada en el suelo mismo, del modo más sencillo del mundo. Era mucho más estrecha de lo que yo pensaba. Resultaba bastante curioso que no me hubiera dado cuenta antes. Esta máquina de la fotografía me había sorprendido por su aspecto de aparato de precisión, perfecto y resplandeciente. Nos hacemos siempre una idea exagerada de lo que no conocemos. Yo debía reconocer, contrariamente, que todo era sencillo: la máquina se encuentra al mismo nivel que el hombre que camina hacia ella. Como se va al encuentro de una persona. También eso era molesto. La subida al patíbulo, la ascensión a pleno cielo, eran cosas a las que la imaginación podía agarrarse. Mientras que, en realidad, la mecánica lo aplastaba todo: uno era discretamente ejecutado, con un poco de vergüenza y mucha precisión.

Había también dos cosas sobre las que volvía una y otra vez: el alba y mi petición de indulto. Procuraba tranquilizarme, sin embargo, y no pensar más en ellas. Me tendía, miraba el cielo, me esforzaba por poner en él mi interés. Se iba haciendo verde, era la tarde. Hacía todavía un esfuerzo para desviar el curso de mis pensamientos. Oía mi corazón. No podía imaginar que ese sonido que me acompañaba desde hacía tanto tiempo pudiese jamás cesar. Nunca he tenido imaginación. Trataba, sin embargo, de representarme un determinado segundo en el que el latido de ese corazón ya no llegaría hasta mis sienes. En vano. El alba o el indulto estaban allí. Terminaba por decirme que lo más razonable sería no contenerse.

Llegaban al alba, lo sabía. Pasé mis noches esperando esa alba. Nunca me gustó que me sorprendieran. Si ha de sucederme algo, prefiero estar dispuesto. Terminé así

por no dormir más que un poco durante mis jornadas, mientras que a lo largo de mis noches esperaba pacientemente el nacimiento de la luz en el cristal del cielo. Lo más difícil era la dudosa hora en la que, como sabía, solían operar. Pasada la media noche, esperaba en acecho. Jamás mi oído había percibido tantos ruidos, distinguido tan tenues rumores. Por otra parte, debo decir que, en cierto modo, tuve suerte durante ese período, porque en ningún momento escuché pasos. Mamá decía con frecuencia que uno no es nunca completamente feliz. Yo asentía en mi prisión cuando se coloreaba el cielo y un nuevo día se deslizaba en mi celda. Porque lo mismo podía haber oído pasos y mi corazón hubiera podido estallar. Incluso si el más delgado rumor me arrastraba a la puerta, incluso si con el oído pegado a la madera escuchaba desesperadamente hasta oír mi propia respiración, horrorizado de encontrarla ronca y tan semejante al estertor de un perro, a fin de cuentas mi corazón no estallaba y había ganado veinticuatro horas más.

Durante toda la jornada había mi petición de indulto. Creo haber aprovechado al máximo esa idea. Calculaba sus consecuencias y obtenía de mis reflexiones un óptimo rendimiento. Partía siempre de la suposición más negativa: mi petición era rechazada. «Pues bien, habré de morir.» Antes que otros, era evidente. Pero todo el mundo sabe que la vida no vale la pena de ser vivida. No ignoraba, en el fondo, que morir a los treinta o a los setenta años no tiene gran importancia porque naturalmente, en ambos casos, otros hombres y otras mujeres vivirán, y así durante miles de millones de años. Nada resultaba más evidente, en realidad. Era siempre yo el que moría, ahora o dentro de veinte años. En ese momento, lo que me molestaba un poco en mi razonamiento era el brinco terrible que sentía en mí al pensar en veinte años de vida por venir. Pero no tenía más que ahogar esos pensamientos imaginando lo que éstos serían cuando, de todos modos, la hora hubiese de llegar. Desde el momento en que se muere, el cómo y el cuándo, no importan, es evidente.



Así (y lo difícil era no perder de vista todos los razonamientos que ese «así» representaba), así, debía yo aceptar que mi petición fuese recusada.

Entonces, sólo entonces, tenía por así decirlo el derecho, me concedía de alguna manera el permiso de abordar la segunda hipótesis: era indultado. Lo difícil es que había que contener ese impulso de la sangre y del cuerpo que encendía mis ojos de una insensata alegría. Era ahora necesario esforzarse en dominar ese grito, en razonarlo. Resultaba indispensable que mi reacción fuese natural incluso en esa hipótesis, para hacer más plausible mi resignación en la primera. Cuando lo conseguía, había ganado una hora de calma. Era, de todos modos, para tenerlo en cuenta.

Fue en un momento así cuando me negué una vez más a recibir al capellán. Estaba tendido y adivinaba la proximidad de la tarde de verano en cierto tono dorado del cielo. Acababan de recusar mi indulto y podía sentir el flujo de la sangre circular con regularidad en mí. No tenía necesidad de ver al capellán. Por primera vez, al cabo de mucho tiempo, pensé en Marie. No me escribía desde muchos días atrás. Al recordarla esta tarde, me dije que tal vez se había cansado de ser la amante de un condenado a muerte. También se me ocurrió que tal vez estaba enferma o muerta. Pertenecía al orden natural de las cosas. Cómo lo habría sabido yo si fuera de nuestros cuerpos ahora separados, nada nos unía ni nos hacía recordarnos. Además, a partir de ese momento, el recuerdo de Marie me habría sido indiferente. Muerta, dejaba de interesarme. Me parecía normal, como me lo parece el que las gentes me olviden una vez muerto. Ya nada tienen que ver conmigo. Ni siquiera podría decir que tal pensamiento me pareciera duro.

En ese preciso momento entró el capellán. Cuando lo vi, tuve un pequeño sobresalto. Lo percibió y me dijo que no temiera. Le dije que solía venir en otro momento. Respondió que era una visita enteramente amistosa, sin relación alguna con mi petición de indulto, de la que na-

da sabía. Se sentó en mi camastro y me invitó a acercarme a él. Rehusé. Pensé que tenía, de todos modos, un aire muy dulce.

Permaneció un momento sentado, los antebrazos sobre las rodillas, la cabeza baja, mirando sus manos. Eran finas y musculosas, me hacían pensar en dos ágiles animales. Las frotó lentamente una contra otra. Después permaneció así, con la cabeza siempre baja, durante tanto tiempo que tuve la impresión, por un momento, de haberlo olvidado.

Pero levantó bruscamente la cabeza y me miró a la cara: «¿Por qué, dijo, rechaza usted mis visitas?» Contesté que yo no creía en Dios. Quiso saber si estaba absolutamente seguro y le dije que no tenía necesidad de preguntármelo: la cuestión me parecía sin importancia. Se echó entonces hacia atrás y se pegó a la pared, con las manos a lo largo de los muslos. Casi sin tener aire de dirigirse a mí, observó que, a veces, uno se creía seguro y, en realidad, no lo estaba. Nada dije. Me miró y me preguntó: «¿Qué piensa usted?» Respondí que era posible. En cualquier caso, yo no estaba tal vez seguro de lo que me interesaba realmente, pero estaba absolutamente seguro de lo que no me interesaba. Y ciertamente ese tema no retenía mi interés.

Apartó la mirada y, siempre sin cambiar de posición, me preguntó si no hablaba así por exceso de desesperación. Le expliqué que no estaba desesperado. Solamente sentía miedo; era natural. «Dios lo ayudará entonces, afirmó. Todos los que yo he conocido en su situación se han vuelto hacia él.» Reconocí que estaban en su derecho. Y que tenían tiempo, además. En cuanto a mí, no quería ser ayudado y precisamente me faltaba tiempo para interesarme en lo que no me interesaba.

En ese momento hicieron sus manos un gesto de irritación, pero se recuperó y recompuso los pliegues de su sotana. Cuando hubo terminado, se dirigió a mí llamándome «mi amigo»: si me hablaba de ese modo no era porque estuviese condenado a muerte; entendía que



todos estábamos condenados a morir. Le interrumpí diciéndole que no era lo mismo y que, por otra parte, jamás podría eso servir de consuelo. «Cierto, aprobó. Pero usted morirá más tarde si no muere hoy. La misma cuestión se planteará entonces. ¿Cómo afrontará usted la terrible prueba?» Respondí que la afrontaría exactamente como la afrontaba en este momento.

Al oírlo, se levantó y me miró directamente a los ojos. Se trataba de un juego que yo conocía a la perfección. Me divertía a menudo con Emmanuel y Celeste que, por lo general, apartaban sus ojos. También el capellán conocía bien este juego, me di cuenta enseguida: su mirada no vacilaba. Tampoco vaciló su voz cuando me dijo: «¿No tiene, pues, ninguna esperanza y vive con el pensamiento de que va a morir totalmente? —Sí», respondí.

Bajó entonces la cabeza y se volvió a sentar. Me dijo que me compadecía. Creía que eso era para un hombre imposible de soportar. Sentí solamente que empezaba a aburrirme. Me volví a mi vez y fui bajo la claraboya. Apoyé la espalda contra la pared. Sin seguirlo bien, advertí que había vuelto a interrogarme. Me hablaba con una voz inquieta y apremiante. Comprendí que estaba emocionado y le presté más atención.

Me confirmaba su certidumbre de que mi petición de indulto sería aceptada, pero yo cargaba con el peso de un pecado del que tenía que desembarazarme. En su opinión, la justicia de los hombres no era nada y la de Dios, todo. Le hice notar que era la primera vez que me habían condenado. Me contestó que esa condena no había lavado, sin embargo, mi pecado. Le dije que no sabía lo que era pecado. Me habían comunicado tan sólo que era culpable. Era culpable, pagaba, no se me podía pedir más. Se levantó entonces de nuevo y me di cuenta de que en esta celda tan estrecha no tenía posibilidad de desplazarse. Sólo cabía sentarse o levantarse.

Yo tenía los ojos fijos en el suelo. Dio un paso hacia mí y se detuvo, como si no se atreviera a avanzar. Miró el

cielo a través de los barrotes. «Se equivoca, hijo mío, dijo, se le podría pedir más. Se le pedirá, tal vez. —¿El qué? —Se le podría pedir ver. —¿Ver qué?»

El sacerdote miró en torno a sí y respondió con una voz que repentinamente sentí muy cansada. «Todas estas piedras transpiran el dolor, lo sé. Nunca he podido verlas sin angustia. Pero, desde el fondo del corazón, sé que los más miserables de ustedes han visto surgir de su oscuridad un rostro divino. Es ese rostro lo que le pido ver.»

Cobré un poco de ánimo. Dije que durante meses había mirado esas paredes. Nada ni nadie había en el mundo que conociese mejor. Tal vez, hace ya mucho tiempo, había buscado un rostro en ellas. Pero ese rostro tenía el color del sol y el fuego del deseo: era el rostro de Marie. Lo había buscado en vano. Ahora había terminado. Y, en cualquier caso, nada había visto surgir de ese sudor de piedra.

El capellán me miró con cierta tristeza. Yo estaba ahora completamente pegado al muro y el día resbalaba sobre mi frente. Dijo algo que no comprendí y me preguntó muy rápido si le permitía besarme: «No», respondí. Se volvió y se acercó al muro que acarició lentamente con su mano: «¿Ama usted hasta ese punto esta tierra?», murmuró. Nada contesté.

Permaneció de espaldas bastante tiempo. Su presencia me pesaba y me irritaba. Iba a decirle que se fuera, que me dejase, cuando gritó de pronto como en un estallido, volviéndose hacia mí: «No, no puedo creerle. Estoy seguro de que ha sentido alguna vez el deseo de otra vida.» Respondí que era natural, pero que eso no tenía más importancia que el deseo de ser rico, de nadar con mucha rapidez o de tener la boca mejor hecha. Eran cosas del mismo orden. Pero él me detuvo porque quería saber cómo imaginaba yo esa otra vida. Entonces le grité: «Una vida en que pudiera acordarme de ésta», e inmediatamente añadí que ya bastaba. Quería hablarme todavía de Dios, pero fui hacia él y traté de explicarle por última

vez que me quedaba poco tiempo. No quería perderlo con Dios. Trató de cambiar de tema preguntándome por qué le llamaba «señor» y no «padre». La pregunta me irritó y le respondí que no era mi padre: estaba con los otros.

«No, hijo mío, dijo poniendo la mano sobre mi hombro. Estoy con usted. Pero usted lo ignora, porque tiene un corazón ciego. Rezaré por usted.»

Entonces, no sé por qué, algo reventó en mí. Empecé a gritar a voz en cuello, lo insulté y le dije que no rezase. Lo había agarrado por el cuello de la sotana. Volcaba sobre él todo el fondo de mi corazón con estremecimientos de alegría y de cólera. Parecía tan seguro. Sin embargo, ninguna de sus certidumbres valía un cabello de mujer. Ni siquiera tenía la certeza de estar en vida porque vivía como un muerto. Yo parecía tener las manos vacías. Pero yo estaba seguro de mí, seguro de todo, más seguro que él, seguro de mi vida y de esa muerte que iba a llegar. Sí, era lo único que tenía. Pero, al menos, yo tenía esa verdad tanto como ella me tenía a mí. Yo había tenido razón, tenía todavía razón, tenía siempre razón. Había vivido de una manera y hubiera podido vivir de otra. Había hecho esto y no había hecho aquello. No había hecho una cosa cuando había hecho otra. ¿Y qué? Era como si hubiera estado esperando todo el tiempo este minuto y esta primera hora del amanecer en que sería justificado. Nada, nada tenía importancia y sabía perfectamente por qué. También él lo sabía. Desde el fondo de mi porvenir, durante toda esta vida absurda que había llevado, un hábito oscuro subía hacia mí a través de los años que aún no habían llegado y ese viento igualaba a su paso todo lo que se me proponía ahora en los años no más reales que estaba viviendo. Qué me importaban la muerte de los otros, el amor de una madre, qué me importaba su Dios, las vidas que uno escoge, los destinos que uno elige, puesto que un solo destino debía elegirme a mí y conmigo a miles de millones de privilegiados que, como él, se decían mis hermanos. ¿Lo comprendía, comprendía al

cabo? Todo el mundo era privilegiado. No había más que privilegiados. A los otros también los condenarían un día. También él sería condenado. ¿Qué importaba si, acusado de asesinato, lo ejecutaban por no haber llorado en el entierro de su madre? El perro de Salamano valía tanto como su mujer. La mujercita automática eran tan culpable como la parisiense con la que se había casado Masson o como Marie, que deseaba que me casara con ella. ¿Qué importaba que Raymond fuese mi camarada tanto como Celeste que valía bastante más que él? ¿Qué importaba que Marie diese hoy su boca a un nuevo Meursault? Comprendía él entonces, este condenado, y que del fondo de mi porvenir... Me ahogaba gritando todo esto. Pero ya me arrancaban al capellán de las manos y los guardianes me amenazaban. Él, sin embargo, los calmó y me miró un momento en silencio. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Dio la vuelta y desapareció.

Cuando se fue, recuperé la calma. Estaba agotado y me dejé caer en mi camastro. Creo haber dormido, porque me desperté con las estrellas sobre mi rostro. Los ruidos del campo llegaban hasta mí. Olores de noche, de tierra y de sal refrescaban mis sienes. La paz maravillosa del verano dormido entraba en mí como una marea. En ese momento, en el límite de la noche, las sirenas aullaron. Anunciaban salidas hacia un mundo que, para siempre, me era ahora indiferente. Por primera vez, después de tanto tiempo, pensé en mamá. Creí comprender por qué al final de su vida se había echado un «novio», por qué había jugado a recomenzar. Allá, también allá, en torno a aquel asilo donde las vidas se extinguían, la noche era como una tregua melancólica. Tan próxima a la muerte, mamá debía de sentirse liberada de ella y dispuesta a revivirlo todo. Nadie, nadie tenía derecho a llorarla. Y también yo me sentí dispuesto a revivirlo todo. Como si esa gran cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, ante esta noche cargada de signos y de estrellas, me abría por vez primera a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí, tan

fraterno al cabo, sentí que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, no me queda más que desear en el día de mi ejecución la presencia de muchos espectadores que me acojan con gritos de odio.

## EL MITO DE SÍSIFO

No te afanes, alma mía, por una  
vida inmortal, apura el recurso  
hacedero.

Píndaro, *Pítica III*

*A Pascal Pia*

*Título original: Le Mythe de Sisyphe (1942)*  
*Traducción de Luis Echávarri*  
*Revisión de Miguel Salabert*

Un razonamiento absurdo

Las siguientes páginas tratan de una sensibilidad absurda que puede encontrarse dispersa en el siglo, y no de una filosofía absurda que nuestra época, hablando con propiedad, no ha conocido. Una honradez elemental exige, por lo tanto, que señalemos, desde el principio, lo que estas páginas deben a ciertos autores contemporáneos. Tengo tan poca intención de ocultarlo que se los verá citados y comentados a lo largo de la obra.

Pero es útil advertir, al mismo tiempo, que lo absurdo, tomado hasta ahora como conclusión, es considerado en este ensayo como un punto de partida. En tal sentido se puede decir que hay algo provisional en mi comentario: la posición que toma no se deja prejuzgar. Aquí sólo se encontrará la descripción, en estado puro, de un mal espiritual. Ninguna metafísica, ninguna creencia interviene en ello por el momento. Tales son los límites y la única postura previa de este libro.

## *Lo absurdo y el suicidio*

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente hay que responder. Y si es cierto, como pretende Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esa respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que se debe profundizar a fin de hacerlas claras para el espíritu.

Si me pregunto en qué puedo basarme para juzgar si tal cuestión es más apremiante que tal otra, respondo que en los actos a los que obligue. Nunca vi morir a nadie por el argumento ontológico. Galileo, que defendía una verdad científica importante, abjuró de ella con la mayor facilidad del mundo, cuando puso su vida en peligro. En cierto sentido, hizo bien. Aquella verdad no valía la hoguera. Es profundamente indiferente saber cuál gira alrededor del otro, si la tierra o el sol. Para decirlo todo, es una cuestión baladí. En cambio, veo que muchas personas mueren porque estiman que la vida no vale la pena vivirla. Veo a otras que, paradóji-

camente, se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón para vivir (lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir). Opino, en consecuencia, que el sentido de la vida es la pregunta más apremiante. ¿Cómo contestarla? Con respecto a todos los problemas esenciales, y considero como tales a los que ponen en peligro la vida o los que decuplican el ansia de vivir, no hay probablemente sino dos métodos de pensamiento: el de Pero Grullo y el de Don Quijote. El equilibrio de evidencia y lirismo es lo único que puede permitirnos llegar al mismo tiempo a la emoción y a la claridad. Se concibe que en un tema a la vez tan humilde y tan cargado de patetismo, la dialéctica sabia y clásica deba ceder el lugar, por tanto, a una actitud espiritual más modesta que procede a la vez del buen sentido y de la simpatía.

Siempre se ha tratado del suicidio como de un fenómeno social. Por el contrario, aquí se trata, para comenzar, de la relación entre el pensamiento individual y el suicidio. Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El propio suicida lo ignora. Una noche dispara o se sumerge. De un gerente de inmuebles que se había matado, me dijeron un día que había perdido a su hija de cinco años y que esa desgracia le había cambiado mucho, le había «minado». No se puede desear una palabra más exacta. Comenzar a pensar es comenzar a estar minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano se halla en el corazón del hombre y en él hay que buscarlo. Este juego mortal, que lleva de la lucidez frente a la existencia a la evasión fuera de la luz, es algo que debe investigarse y comprenderse.

Muchas son las causas para un suicidio, y, de una manera general, las más aparentes no han sido las más eficaces. La gente se suicida rara vez (sin embargo, no se excluye la hipótesis) por reflexión. Lo que desencadena la crisis es casi siempre incontrolable. Los diarios hablan con frecuencia de «penas íntimas» o de «enfer-

medad incurable». Son explicaciones válidas. Pero habría que saber si ese mismo día un amigo del desesperado no le habló con un tono indiferente. Ése sería el culpable, pues tal cosa puede bastar para precipitar todos los rencores, y todos los cansancios todavía en suspenso \*.

Pero si es difícil fijar el instante preciso, el paso sutil en que el espíritu ha apostado a favor de la muerte, es más fácil extraer del acto mismo las consecuencias que supone. Matarse, en cierto sentido, y como en el melodrama, es confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se la comprende. Sin embargo, no vayamos demasiado lejos en esas analogías y volvamos a las palabras corrientes. No es más que confesar que eso «no merece la pena». Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia, por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea de forma instintiva, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento.

¿Cuál es, pues, ese sentimiento incalculable que priva al espíritu del sueño necesario a la vida? Un mundo que se puede explicar incluso con malas razones es un mundo familiar. Pero, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin recurso, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decorado, es propiamente el sentimiento de lo absurdo. Como todos los hombres sanos han pensado en su propio suici-

\* No desaprovechemos la ocasión para señalar el carácter relativo de este ensayo. El suicidio puede, en efecto, relacionarse con consideraciones mucho más respetables. Ejemplo: los suicidios políticos, llamados de protesta, en la revolución china.

dio, se podrá reconocer, sin más explicaciones, que hay un vínculo directo entre este sentimiento y la aspiración a la nada.

El tema de este ensayo es, precisamente, esa relación entre lo absurdo y el suicidio, la medida exacta en que el suicidio es una solución de lo absurdo. Se puede sentar como principio que para un hombre que no hace trampas lo que cree verdadero debe regir su acción. La creencia en lo absurdo de la existencia debe gobernar, por tanto, su conducta. Es una curiosidad legítima la que lleva a preguntarse, claramente y sin falso patetismo, si una conclusión de este orden exige que se abandone lo más rápidamente posible una situación incomprensible. Me refiero, por supuesto, a los hombres dispuestos a ponerse de acuerdo consigo mismo.

Planteado en términos claros, el problema puede parecer a la vez sencillo e insoluble. Pero se supone equivocadamente que las preguntas sencillas traen consigo respuestas que no lo son menos y que la evidencia implica la evidencia. *A priori*, e invirtiendo los términos del problema, así como uno se mata o no se mata, parece que no hay sino dos soluciones filosóficas: la del sí y la del no. Eso sería demasiado fácil. Pero hay que tener en cuenta a los que interrogan siempre sin llegar a una conclusión. A ese respecto, apenas ironizo: se trata de la mayoría. Veo igualmente que quienes responden que no, obran como si pensasen que sí. De hecho, si acepto el criterio nietzscheano, piensan que sí de una u otra manera. Por el contrario, quienes se suicidan suelen estar con frecuencia seguros del sentido de la vida. Estas contradicciones son constantes. Hasta se puede decir que nunca han sido tan vivas como con respecto a ese punto en el que la lógica, por el contrario, parece tan deseable. Es un lugar común comparar las teorías filosóficas con la conducta de quienes las profesan. Pero es necesario decir que, salvo Kirilov, que pertenece a la literatura, Peregrinos, que nace de la leyenda \*, y Jules Le-

\* He oído hablar de un émulo de Peregrinos, escritor de la pos-



quier, que nos remite a la hipótesis, ninguno de los pensadores que negaban un sentido a la vida se puso de acuerdo con su lógica hasta el punto de rechazar la vida. Se cita con frecuencia, para reírse de él, a Schopenhauer, quien elogiaba el suicidio ante una mesa bien provista. No hay en ello motivo para burlas. Esta manera de no tomarse en serio lo trágico no es tan grave, pero termina juzgando a quien la adopta.

Ante estas contradicciones y estas oscuridades, ¿hay que creer, por tanto, que no existe relación alguna entre la opinión que se pueda tener de la vida y el acto que se realiza para abandonarla? No exageremos en este sentido. En el apego de un hombre a su vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo. El juicio del cuerpo equivale al del espíritu y el cuerpo retrocede ante el aniquilamiento. Adquirimos la costumbre de vivir antes que la de pensar. En la carrera que nos precipita cada día un poco más hacia la muerte, el cuerpo conserva una delantera irreparable. Finalmente, lo esencial de esta contradicción reside en lo que yo llamaría la evasión, porque es a la vez menos y más que la diversión en el sentido pascaliano. El juego constante consiste en eludir. La evasión típica, la evasión mortal que constituye el tercer tema de este ensayo, es la esperanza: esperanza de otra vida que hay que «merecer», o engaño de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y la traiciona.

Todo contribuye así a enredar las cosas. No en vano se ha jugado hasta ahora con las palabras y se ha fingido creer que negar un sentido a la vida lleva forzosamente a declarar que no vale la pena vivirla. En verdad, no hay equivalencia forzosa alguna entre ambos juicios. Lo único que hay que hacer es no dejarse desviar por las

---

guerra, quien después de haber terminado su primer libro, se suicidó para llamar la atención sobre su obra. Llamó, en efecto, la atención, pero se juzgó malo el libro.

confusiones, los divorcios y las inconsecuencias que venimos señalando. Hay que apartarlo todo e ir directamente al verdadero problema. El que se mata considera que la vida no vale la pena vivirla: he aquí una verdad indudable, pero infecunda, porque es una perogrullada. ¿Pero es que este insulto a la existencia, este mentís en que se la hunde, procede de que no tiene sentido? ¿Es que su absurdidad exige la evasión mediante la esperanza o el suicidio? Esto es lo que se debe poner en claro, averiguar e ilustrar, dejando de lado todo lo demás. ¿Lo Absurdo impone la muerte? Éste es el problema al que hay que dar prioridad sobre los demás, al margen de todos los métodos de pensamiento y de los juegos del espíritu desinteresado. Los matices, las contradicciones, la psicología que un espíritu «objetivo» sabe introducir siempre en todos los problemas, no tienen cabida en el análisis de esta pasión. Lo único que hace falta es el pensamiento injusto, es decir lógico. Esto no es fácil. Es fácil siempre ser lógico. Pero es casi imposible ser lógico hasta el fin. Los hombres que se matan siguen así hasta el final la pendiente de su sentimiento. La reflexión sobre el suicidio me proporciona, por tanto, la ocasión para plantear el único problema que me interesa: ¿hay una lógica hasta la muerte? No puedo saberlo sino siguiendo, sin apasionamiento desordenado, a la sola luz de la evidencia, el razonamiento cuyo origen indico. Es lo que llamo un razonamiento absurdo. Muchos lo han comenzado, pero no sé todavía si se han atenido a él.

Cuando Karl Jaspers, revelando la imposibilidad de constituir al mundo en unidad, exclama: «Esta limitación me lleva a mí mismo, allá donde ya no me retiro detrás de un punto de vista objetivo que no hago sino representar, allá donde ni yo mismo ni la existencia ajena puede ya convertirse en objeto para mí», evoca, después de otros muchos, esos lugares desiertos y sin agua en los cuales el pensamiento llega a sus confines. Después de otros muchos, sí, sin duda, ¡pero cuán impacientes por

escapar! A esta última vuelta en la que el pensamiento vacila han llegado muchos hombres, y de los más humildes. Éstos renunciaban entonces a lo más querido que poseían y que era su vida. Otros, príncipes del espíritu, han renunciado también, pero a lo que llegaron en su rebelión más pura fue al suicidio de su pensamiento. El verdadero esfuerzo consiste, por el contrario, en atenerse a él tanto como sea posible y en examinar de cerca la vegetación barroca de esas alejadas regiones. La tenacidad y la clarividencia son espectadores privilegiados de ese juego inhumano en el que lo absurdo, la esperanza y la muerte intercambian sus réplicas. El espíritu puede entonces analizar las figuras de esta danza, a la vez elemental y sutil, antes de ilustrarlas y revivirlas él mismo.

### *Los muros absurdos*

Como las grandes obras, los sentimientos profundos declaran siempre más de lo que dicen conscientemente. La constancia de un movimiento o de una repulsión en un alma se vuelve a encontrar en los hábitos de hacer o de pensar y tiene consecuencias que el alma misma ignora. Los grandes sentimientos pasean consigo su universo, espléndido o miserable. Iluminan con su pasión un mundo exclusivo en el que vuelven a encontrar su clima. Hay un universo de la envidia, de la ambición, del egoísmo o de la generosidad. Un universo, es decir, una metafísica y una actitud espiritual. Lo que es cierto de los sentimientos ya especializados lo será todavía más de las emociones tan indeterminadas en su base, a la vez tan confusas y tan «ciertas», tan lejanas y tan «presentes» como pueden ser las que nos produce lo bello o suscita lo absurdo.

La sensación de absurdo a la vuelta de cualquier esquina puede sentirla cualquier hombre. Como tal, en su desnudez desoladora, en su luz sin brillo, es inasible. Pero esta dificultad merece una reflexión. Es probablemente cierto que un hombre nos sea desconocido para siempre y que haya siempre en él algo irreductible que nos escape. Pero *prácticamente*, conozco a los hombres y los reconozco por su conducta, por el conjunto de sus actos, por las consecuencias que su paso suscita en la vi-

da. Del mismo modo, puedo definir *prácticamente*, apreciar *prácticamente* todos esos sentimientos irracionales que no podría captar el análisis; puedo reunir la suma de sus consecuencias en el orden de la inteligencia, aprehender y anotar todos sus aspectos, recordar su universo. Es cierto que en apariencia no conoceré mejor a un actor personalmente por haberlo visto cien veces. Sin embargo, si sumo los héroes que ha encarnado y si digo que le conozco un poco más al tener en cuenta el centésimo personaje, se tendrá la sensación de que hay en ello una parte de verdad. Pues esta paradoja aparente es también un apólogo. Tiene una moraleja. Enseña que un hombre se define tanto por sus comedias como por sus impulsos sinceros. Existe en ello un tono más bajo de los sentimientos, inaccesibles en el corazón, pero que revelan parcialmente los actos que animan y las actitudes espirituales que suponen. Puede advertirse que así defino un método. Pero se advierte también que este método es de análisis y no de conocimiento. Pues los métodos implican metafísicas, revelan sin saberlo conclusiones que a veces pretenden no conocer todavía. Así, las últimas páginas de un libro están ya en las primeras. Este nudo es inevitable. El método aquí definido confiesa la sensación de que todo verdadero conocimiento es imposible. Sólo pueden enumerarse las consecuencias y sólo el clima puede hacerse sentir.

Quizá podamos alcanzar el inaprehensible sentimiento de lo absurdo en los mundos diferentes pero fraternos de la inteligencia, del arte de vivir o del arte simplemente. El clima del absurdo está al comienzo. El final es el universo absurdo y la actitud espiritual que ilumina al mundo con una luz que le es propia, con el fin de hacer resplandecer ese rostro privilegiado e implacable que ella sabe reconocerle.

Todas las grandes acciones y todos los grandes pensamientos tienen un comienzo irrisorio. Las grandes obras nacen con frecuencia a la vuelta de una esquina

o en la puerta giratoria de un restaurante. Lo mismo sucede con la absurdidad. El mundo absurdo más que cualquier otro extrae su nobleza de ese nacimiento miserable. En ciertas situaciones responder «nada» a una pregunta sobre la naturaleza de sus pensamientos puede ser una finta en un hombre. Los amantes lo saben muy bien. Pero si esa respuesta es sincera, si traduce ese singular estado del alma en el cual el vacío se hace elocuente, en el que la cadena de los gestos cotidianos se rompe, en el cual el corazón busca en vano el eslabón que la reanuda, entonces es el primer signo de la absurdidad.

Suele suceder que los decorados se derrumben. Levantarse, coger el tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, la comida, el tranvía, cuatro horas de trabajo, la cena, el sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo es una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo. Pero un día surge el «por qué» y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. «Comienza»: esto es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquinal, pero inicia al mismo tiempo el movimiento de la conciencia. La despierta y provoca la continuación. La continuación es la vuelta inconsciente a la cadena o el despertar definitivo. Al final del despertar viene, con el tiempo, la consecuencia: suicidio o restablecimiento. En sí misma la lasitud tiene algo de repugnante. Debo concluir que es buena, pues todo comienza por la conciencia y nada vale sino por ella. Estas observaciones no tienen nada de original. Pero son evidentes, y eso basta por algún tiempo, al efectuar un reconocimiento somero de los orígenes de lo absurdo. La simple «inquiétude» está en el origen de todo.

Asimismo, y durante todos los días de una vida sin brillo, el tiempo nos lleva. Pero siempre llega un momento en que hay que llevarlo. Vivimos del porvenir: «mañana», «más tarde», «cuando tengas una posición», «con los años comprenderás». Estas inconsecuencias son admira-

bles, pues, al fin y al cabo, se trata de morir. Llega, no obstante, un día en que el hombre comprueba o dice que tiene treinta años. Así afirma su juventud. Pero al mismo tiempo se sitúa con relación al tiempo. Ocupa en él su lugar. Reconoce que se halla en cierto momento de una curva que confiesa tener que recorrer. Pertenece al tiempo, y a través del horror que se apodera de él reconoce en aquél a su peor enemigo. El mañana, anhelaba el mañana, cuando todo él debía rechazarlo. Esta rebelión de la carne es lo absurdo \*.

Un peldaño más abajo y nos encontramos con lo extraño: advertimos que el mundo es «espeso», entreveremos hasta qué punto una piedra nos es extraña e irreductible, con qué intensidad puede negarnos la naturaleza, un paisaje. En el fondo de toda belleza yace algo inhumano, y esas colinas, la dulzura del cielo, esos dibujos de árboles pierden, al cabo de un minuto, el sentido ilusorio con que los revestíamos y en adelante quedan más lejanos que un paraíso perdido. La hostilidad primitiva del mundo remonta su curso hasta nosotros a través de los milenios. Durante un segundo no lo comprendemos, porque durante siglos de él hemos comprendido las figuras y los dibujos que poníamos previamente, porque en adelante nos faltarán las fuerzas para emplear ese artificio. El mundo se nos escapa porque vuelve a ser él mismo. Esas apariencias enmascaradas por la costumbre vuelven a ser lo que son. Se alejan de nosotros. Así como hay días en que bajo su rostro familiar se ve como a una extraña a la mujer amada desde hace meses o años, así también quizá lleguemos a desear hasta lo que nos deja de pronto tan solos. Pero todavía no ha llegado ese momento. Una sola cosa: este espesor y esta extrañeza del mundo es lo absurdo.

\* Pero no en el sentido propio. No se trata de una definición, sino de una *enumeración* de los sentimientos que puede conllevar lo absurdo. La enumeración completa no agota, sin embargo, lo absurdo.

También los hombres segregan lo inhumano. En ciertas horas de lucidez, el aspecto mecánico de sus gestos, su pantomima carente de sentido vuelven estúpido cuanto les rodea. Un hombre habla por teléfono detrás de un tabique de vidrio; no se le oye, pero se ve su mímica sin sentido: uno se pregunta por qué vive. Este malestar ante la inhumanidad del hombre mismo, esta caída incalculable ante la imagen de lo que somos, esta «náusea», como la llama un autor de nuestros días, es también lo absurdo. El extraño que, en ciertos segundos, viene a nuestro encuentro en un espejo; el hermano familiar y, sin embargo, inquietante que volvemos a encontrar en nuestras propias fotografías, son también lo absurdo.

Llego, por fin, a la muerte y al sentimiento que tenemos de ella. Todo está dicho sobre este punto y lo decente es no incurrir en lo patético. Sin embargo, nunca nos asombraremos demasiado ante el hecho de que todo el mundo viva como si nadie «lo supiese». Es que, en realidad, no hay una experiencia de la muerte. En el sentido propio, no es experimentado sino lo que ha sido vivido y hecho consciente. Aquí lo más que puede hacerse es hablar de la experiencia de la muerte ajena. Es un sucedáneo, una opinión que nunca nos convence del todo. Este convencionalismo melancólico no puede ser persuasivo. El horror procede en realidad del lado matemático del acontecimiento. Si el tiempo nos espanta es porque da la demostración; la solución viene luego. Todos los grandes discursos sobre el alma van a recibir aquí, por lo menos durante un tiempo, la prueba del nueve de su contrario. De cuerpo inerte en el que ya no deja huella una bofetada, ha desaparecido el alma. Ese lado elemental y definitivo de la aventura constituye el contenido de la sensación absurda. Bajo la iluminación mortal de ese destino aparece la inutilidad. Ninguna moral ni esfuerzo alguno pueden justificarse *a priori* ante las sangrientas matemáticas que ordenan nuestra condición.

Repito que todo esto ha sido dicho y redicho. Me limito aquí a hacer una clasificación rápida y a indicar estos

temas evidentes. Circulan a través de todas las literaturas y todas las filosofías. La conversación cotidiana se nutre de ellos. No se trata de volver a inventarlos. Pero hay que asegurarse de estas evidencias para poder interrogarse luego sobre la cuestión primordial. Lo que me interesa, quiero repetirlo, no son tanto los descubrimientos absurdos como sus consecuencias. Si se está seguro de estos hechos, ¿qué hay que deducir de ellos, hasta dónde hay que ir para no estudiar nada? ¿Habría que morir voluntariamente o esperar a pesar de todo? Antes es necesario realizar el mismo recuento rápido en el plano de la inteligencia.

La primera operación de la mente consiste en distinguir lo que es cierto de lo que es falso. Sin embargo, en cuanto el pensamiento reflexiona sobre sí mismo lo primero que descubre es una contradicción. A este respecto es inútil esforzarse por ser convincente. Desde hace siglos nadie ha dado de este asunto una demostración más clara y elegante que Aristóteles: «La consecuencia, con frecuencia ridiculizada, de estas opiniones es que se destruyen a sí mismas. Pues al afirmar que todo es cierto afirmamos la verdad de la afirmación opuesta y, por consiguiente, la falsedad de nuestra propia tesis (pues la afirmación opuesta no admite que ella pueda ser cierta). Y si se dice que todo es falso esta afirmación resulta también falsa. Si se declara que sólo es falsa la afirmación opuesta a la nuestra, o bien que sólo la nuestra es falsa, se está, no obstante, obligado a admitir un número infinito de juicios verdaderos o falsos. Pues quien emite una afirmación cierta declara al mismo tiempo que es cierta, y así sucesivamente hasta el infinito.»

Este círculo vicioso no es sino el primero de una serie en la cual la mente que se inclina sobre sí misma se pierde en un remolino vertiginoso. La simplicidad misma de estas paradojas hace que sean irreducibles. Cualesquiera que sean los juegos de palabras y las acrobacias de la lógica, comprender es, ante todo, unificar. El deseo profundo del espíritu mismo en sus operaciones más evolutio-

nadas se une al sentimiento inconsciente del hombre ante su universo: es exigencia de familiaridad, apetito de claridad. Para un hombre, comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello. El universo del gato no es el universo del oso hormiguero. La pero-grullada «todo pensamiento es antropomórfico» no tiene otro sentido. Del mismo modo, el espíritu que trata de comprender la realidad no puede considerarse satisfecho salvo si la reduce a términos de pensamiento. Si el hombre reconociese que también el universo puede amar y sufrir, se reconciliaría. Si el pensamiento descubriese en los espejos cambiantes de los fenómenos relaciones eternas que los pudiesen resumir a sí mismas en un principio único, se podría hablar de una dicha del espíritu de la que el mito de los bienaventurados no sería sino una imitación ridícula. Esta nostalgia de unidad, este apetito de absoluto ilustra el movimiento esencial del drama humano. Pero que esta nostalgia sea un hecho no implica que deba ser satisfecha inmediatamente. Pues si, salvando el abismo que separa el deseo de la conquista, afirmamos con Parménides la realidad del Uno (cualquiera que sea), caemos en la ridícula contradicción de un espíritu que afirma la unidad total y prueba con su afirmación misma su propia diferencia y la diversidad que pretendía resolver. Este otro círculo vicioso basta para ahogar nuestras esperanzas.

Se trata también de evidencias. Vuelvo a repetir que no son interesantes en sí mismas, sino por las consecuencias que se puede sacar de ellas. Conozco otra evidencia: la que me dice que el hombre es mortal. Pueden contarse, no obstante, las personas que han sacado de ellas las conclusiones extremas. En este ensayo hay que considerar como una perpetua referencia el desnivel constante entre lo que nos imaginamos saber y lo que sabemos realmente, el consentimiento práctico y la ignorancia simulada hace que vivamos con ideas que, si las pusiéramos a prueba verdaderamente, deberían trastornar toda nuestra vida. Ante esta contradicción inextricable del es-

píritu captaremos plenamente el divorcio que nos separa de nuestras propias creaciones. Mientras el espíritu calla en el mundo inmóvil de sus esperanzas, todo se refleja y se ordena en la unidad de su nostalgia. Pero apenas hace su primer movimiento, ese mundo se agrieta y se derrumba: una infinidad de trozos que lo reflejan se ofrecen al conocimiento. Hay que desesperar de que podamos reconstruir alguna vez la superficie familiar y tranquila que nos daría la paz del corazón. Después de tantos siglos de investigaciones y de tantas abdicaciones de los pensadores, sabemos que esto es cierto para todo nuestro conocimiento. Con excepción de los racionalistas declarados, nadie cree actualmente en el verdadero conocimiento. Si hubiera que escribir la única historia significativa del pensamiento humano, habría que hacer la de sus arrepentimientos sucesivos y la de sus impotencias.

¿De quién y de qué puedo decir, en efecto: «¡Lo conozco!»? Puedo sentir mi corazón y juzgar que existe. Puedo tocar este mundo y juzgar también que existe. Ahí termina toda mi ciencia y lo demás es construcción. Pues si trato de captar ese yo del cual me aseguro, si trato de definirlo y resumirlo, ya no es sino agua que corre entre mis dedos. Puedo dibujar uno a uno todos los rostros que adopta, así como todos los que se le han dado: esta educación, este origen, este ardor o estos silencios, esta grandeza o esta bajeza. Pero no se suman los rostros. Este mismo corazón mío me resultará siempre indefinible. Entre la certidumbre que tengo de mi existencia y el contenido que trato de dar a esta seguridad hay un foso que nunca será colmado. Seré siempre extraño para mí mismo. En psicología, como en lógica, hay verdades, pero no verdad. El «conócete a ti mismo» de Sócrates vale tanto como el «sé virtuoso» de nuestros confesonarios. Revelan una nostalgia al mismo tiempo que una ignorancia. Son juegos estériles sobre grandes temas. No son legítimos, sino en la medida exacta en que son aproximativos.

He aquí también unos árboles, cuya aspereza conozco, y un agua que saboreo. Estos perfumes de hierba y de es-

trellas, la noche, ciertos crepúsculos en que el corazón se dilata: ¿cómo negaría yo este mundo, cuya potencia y cuyas fuerzas experimento? Sin embargo, toda la ciencia de esta tierra no me dará nada que pueda asegurarme que este mundo es mío. Me lo describís y me enseñáis a clasificarlo. Me enumeráis sus leyes y en mi sed de saber consiento en que sean ciertas. Desmontáis su mecanismo y mi esperanza aumenta. En último término, me enseñáis que este universo prestigioso y abigarrado se reduce al átomo y que el átomo mismo se reduce al electrón. Todo esto está bien y espero que continuéis. Pero me habláis de un invisible sistema planetario en el que los electrones gravitan alrededor de un núcleo. Me explicáis este mundo con una imagen. Reconozco entonces que habéis ido a parar a la poesía: no conoceré nunca. ¿Tengo tiempo para indignarme por ello? Ya habéis cambiado de teoría. Así, esta ciencia que debía enseñármelo todo termina en la hipótesis, esta lucidez naufraga en la metáfora, esta incertidumbre se resuelve en obra de arte. ¿Qué necesidad tenía yo de tantos esfuerzos? Las líneas suaves de esas colinas y la mano del crepúsculo sobre este corazón agitado me enseñan mucho más. He vuelto a mi comienzo. Comprendo que si bien puedo, por medio de la ciencia, captar los fenómenos y enumerarlos, no puedo aprehender el mundo. Cuando haya seguido con el dedo todo su relieve no sabré más que ahora. Y vosotros me dais a elegir entre una descripción que es cierta, pero que no me enseña nada, y unas hipótesis que pretenden enseñarme, pero que no son ciertas. Extraño a mí mismo y a este mundo, armado únicamente con un pensamiento que se niega a sí mismo en cuanto afirma, ¿qué condición es ésta en la que no puedo conseguir la paz sino negándome a saber y a vivir, en la que el deseo de conquista choca con muchos que desafían sus asaltos? Querer es suscitar las paradojas. Todo está ordenado para que nazca esa paz emponzoñada que dan la indiferencia, el sueño del corazón o los renunciamientos mortales.

También la inteligencia me dice, por lo tanto, a su manera, que este mundo es absurdo. Es inútil que su contraria, la razón ciega, pretenda que todo está claro; yo esperaba pruebas y deseaba que tuviese razón. Mas a pesar de tantos siglos presuntuosos y por encima de tantos hombres elocuentes y persuasivos, sé que eso es falso. En este plano, por lo menos, no hay felicidad si no puedo saber. Esta razón universal, práctica o moral, este determinismo, estas categorías que explican todo son como para hacer reír al hombre honrado. Nada tienen que ver con el espíritu. Niegan su verdad profunda: que está encadenado. En este universo indescifrable y limitado adquiere en adelante un sentido el destino del hombre. Una multitud de elementos irracionales se ha alzado y lo rodea hasta su fin último. En su clarividencia recobrada y ahora concertada se aclara y se precisa el sentimiento de lo absurdo. Yo decía que el mundo es absurdo y me adelantaba demasiado. Todo lo que se puede decir es que este mundo, en sí mismo, no es razonable. Pero lo que resulta absurdo es la confrontación de ese irracional y ese deseo desenfrenado de claridad cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del hombre. Lo absurdo depende tanto del hombre como del mundo. Es por el momento su único lazo. Une el uno al otro como sólo el odio puede unir a los seres. Eso es todo lo que puedo discernir claramente en este universo sin medida donde tiene lugar mi aventura. Detengámonos aquí. Si tengo por cierto este absurdo que rige mis relaciones con la vida, si me empapo de este sentimiento que me embarga ante los espectáculos del mundo, de esta clarividencia que me impone la búsqueda de una ciencia, debo sacrificar todo a estas certidumbres y debo mirarlas de frente para poder mantenerlas. Sobre todo, debo ajustar a ellas mi conducta y seguirlas en todas sus consecuencias. Hablo aquí de honradez, pero quiero saber antes si el pensamiento puede vivir en estos desiertos.

Sé ya que el pensamiento ha entrado por lo menos en esos desiertos. Ha encontrado en ellos su pan. Ha com-

prendido en ellos que hasta ahora se alimentaba con fantasmas. Ha dado pretexto a algunos de los temas más apremiantes de la reflexión humana.

Desde el momento en que se le reconoce, el absurdo se convierte en una pasión, en la más desgarradora de todas. Pero toda la cuestión consiste en saber si uno puede vivir con sus pasiones, en saber si se puede aceptar su ley profunda que es la de quemar el corazón que al mismo tiempo exaltan. No es, sin embargo, la cuestión que vamos a plantear ahora. Está en el centro de esta experiencia y ya tendremos tiempo de volver a ella. Examinemos más bien los temas y los impulsos nacidos del desierto. Bastará con enumerarlos. A éstos también los conocen todos en la actualidad. Siempre ha habido hombres que han defendido los derechos de lo irracional. La tradición de lo que se puede llamar el pensamiento humillado nunca ha dejado de estar viva. Se ha hecho tantas veces la crítica del racionalismo que parece innecesario volver a hacerla. Sin embargo, nuestra época ve el renacimiento de esos sistemas paradójicos que se ingeniaban para hacer que tropiece la razón como si verdaderamente ésta hubiese andado siempre con paso seguro. Pero esto no es tanto una prueba de la eficacia de la razón como de la vivacidad de sus esperanzas. En el plano de la historia, esta constancia de dos actitudes ilustra la pasión esencial del hombre, desgarrado entre su tendencia hacia la unidad y la visión clara que puede tener de los muros que lo encierran.

Pero quizá nunca haya sido más vivo que en nuestro tiempo el ataque contra la razón. Desde el gran grito de Zaratustra: «Por casualidad, es la nobleza más vieja del mundo. Yo se la he devuelto a todas las cosas cuando he dicho que por encima de ellas ninguna voluntad eterna quería»; desde la enfermedad mortal de Kierkegaard, «este mal que conduce a la muerte sin nada después de ella», se han sucedido los temas significativos y torturantes del pensamiento absurdo. O, por lo menos, y este matiz es capital, los del pensamiento irracional y religioso.



De Jaspers a Heidegger, de Kierkegaard a Chestov, de los fenomenólogos a Scheler, en el plano lógico y en el plano moral, toda una familia de espíritus emparentados por su nostalgia, opuestos por sus métodos o sus fines, se han dedicado con afán a cerrar la vía real de la razón y a volver a encontrar los rectos caminos de la verdad. Doy por supuesto aquí que esos pensamientos son conocidos y vividos. Cualesquiera que sean o que hayan sido sus ambiciones, todos han partido de este universo indecible en el que reinan la contradicción, la antinomia, la angustia o la impotencia. Y justamente los temas que hemos venido indicando es lo que tienen en común. También con respecto a ellos es necesario decir que lo que importa sobre todo son las conclusiones que hayan podido sacar de esos descubrimientos. Importa tanto que habrá que examinarlos por separado. Pero por el momento se trata solamente de sus descubrimientos y sus experiencias iniciales. Se trata únicamente de comprobar su concordancia. Si bien sería presuntuoso querer tratar de sus filosofías, es posible y suficiente, en todo caso, hacer sentir el clima que les es común.

Heidegger considera fríamente la condición humana y anuncia que esta existencia está humillada. La única realidad es la «inquietud» en toda la escala de los seres. Para el hombre perdido en el mundo y en sus diversiones, esa inquietud es un temor breve y fugitivo. Pero si ese temor adquiere conciencia de sí mismo se convierte en la angustia, clima perpetuo del hombre lúcido «en el que vuelve a encontrarse la existencia». Este profesor de filosofía escribe sin temblar y en el lenguaje más abstracto del mundo que «el carácter finito y limitado de la existencia humana es más primordial que el hombre mismo». Se interesa por Kant, pero es para reconocer el carácter limitado de su «Razón pura». Es para llegar, al término de sus análisis, a la conclusión de que «el mundo no puede ya ofrecer nada al hombre angustiado». La verdad de esta inquietud le parece de tal modo más importante que todas las categorías del razonamiento, que no

piensa más que en ella y no habla sino de ella. Enumera sus rostros: de fastidio cuando el hombre trivial trata de nivelarla en sí mismo y de aturdira; de terror cuando el espíritu contempla la muerte. Tampoco él separa la conciencia de lo absurdo. La conciencia de la muerte es el llamamiento de la inquietud y la «existencia se dirige entonces un llamamiento a sí misma por medio de la conciencia». Es la voz misma de la angustia y exhorta a la existencia a que «se recupere ella misma de su pérdida en el “se” anónimo». También él opina que no hay que dormir y que es necesario velar hasta la consumación. Se mantiene en este mundo absurdo y señala su carácter perecedero. Busca su camino en medio de estos escombros.

Jaspers desespera de toda ontología porque pretende que hemos perdido la «ingenuidad». Sabe que no podemos llegar a nada que trascienda el juego mortal de las apariencias. Sabe que el final del espíritu es el fracaso. Se demora en las aventuras espirituales que nos ofrece la historia y descubre implacablemente el fallo de cada sistema, la ilusión que lo ha salvado todo, la predicación que no ha ocultado nada. En este mundo devastado donde está demostrada la imposibilidad de conocer, donde la nada parece la única realidad y la desesperación sin recurso la única actitud, trata de encontrar el hilo de Ariadna que lleva a los secretos divinos.

Chestov, por su parte, a lo largo de una obra de admirable monotonía, orientado sin cesar hacia las mismas verdades, demuestra sin descanso que el sistema más cerrado, el racionalismo más universal, termina siempre chocando con lo irracional del pensamiento humano. No se le escapa ninguna de las evidencias irónicas, de las contradicciones irrisorias que menosprecian la razón. Una sola cosa le interesa y es la excepción, bien sea de la historia del corazón o del espíritu. A través de las experiencias dostoievskianas del condenado a muerte, de las aventuras exasperadas del espíritu nietzscheano, de las imprecaciones de Hamlet o de la amarga aristocracia de un Ibsen, descubre, aclara y magnifica la rebelión huma-



na contra lo irremediable. Niega sus razones a la razón y no comienza a dirigir sus pasos con alguna decisión sino en el centro de ese desierto sin colores en el que todas las certidumbres se han convertido en piedras.

Kierkegaard, quizá el más interesante de todos, por lo menos a causa de una parte de su existencia, hace algo más que descubrir lo absurdo: lo vive. El hombre que escribe: «El más seguro de los mutismos no consiste en callarse, sino en hablar», se asegura, para comenzar, de que ninguna verdad es absoluta y no puede hacer satisfactoria una existencia imposible en sí misma. Don Juan del conocimiento, multiplica los seudónimos y las contradicciones, escribe los *Discursos edificantes* al mismo tiempo que ese manual del espiritualismo cínico que se llama el *Diario de un seductor*. Rechaza los consuelos, la moral, los principios tranquilizadores. No procura calmar el dolor de la espina que siente en el corazón. Lo excita, por el contrario, y, con la alegría desesperada de un crucificado contento de serlo, construye pieza a pieza, con lucidez, negación y comedia, una categoría de lo demoníaco. Este rostro a la vez tierno e irónico, estas píruetas seguidas de un grito que sale del fondo del alma son el espíritu absurdo mismo en lucha con una realidad que lo supera. Y la aventura espiritual que lleva a Kierkegaard a sus queridos escándalos comienza también en el caos de una experiencia privada de sus decorados y vuelta a su incoherencia primera.

En un plano muy distinto, el del método, con sus exageraciones mismas, Husserl y los fenomenólogos restituyen al mundo su diversidad y niegan el poder trascendente de la razón. El universo espiritual se enriquece con ellos de una manera incalculable. El pétalo de rosa, el mojón kilométrico o la mano humana tienen tanta importancia como el amor, el deseo o las leyes de la gravitación. Pensar no es ya unificar, hacer familiar la apariencia bajo el rostro de un gran principio. Pensar es aprender de nuevo a ver, a estar atento; es dirigir la propia conciencia, hacer de cada idea y de cada imagen, a la mane-

ra de Proust, un lugar privilegiado. Paradójicamente todo está privilegiado. Lo que justifica el pensamiento es su extremada conciencia. Aunque sea más positivo que los de Kierkegaard o Chestov, el sistema husserliano, en su origen, niega, sin embargo, el método clásico de la razón, decepciona a la esperanza, abre a la intuición y al corazón toda una proliferación de fenómenos, cuya riqueza tiene algo de inhumano. Estos caminos llevan a todas las ciencias o a ninguna. Es decir, que el medio tiene aquí más importancia que el fin. Se trata solamente «de una actitud para conocer» y no de un consuelo. Una vez más, por lo menos en el origen.

¿Cómo no advertir el parentesco profundo de esos pensadores! ¿Cómo no ver que se reagrupan alrededor de un lugar privilegiado y amargo donde la esperanza ya no tiene cabida? Quiero que me sea explicado todo o nada. Y la razón es impotente ante ese grito del corazón. El espíritu despertado por esta exigencia busca y no encuentra sino contradicciones y desatinos. Lo que yo no comprendo carece de razón. El mundo está lleno de estas irrationalidades. El mundo mismo, cuya significación única no comprendo, no es sino una inmensa irrationalidad. Si se pudiera decir una sola vez: «Esto está claro», todo se salvaría. Pero estos hombres proclaman a porfía que nada está claro, que todo es caos, que el hombre conserva solamente su clarividencia y el conocimiento preciso de los muros que lo rodean.

Todas estas experiencias concuerdan y se recortan. El espíritu llegado a los confines debe juzgar y elegir sus conclusiones. En ese punto se sitúan el suicidio y la respuesta. Pero quiero invertir el orden de la investigación y partir de la aventura inteligente para volver a los gestos cotidianos. Las experiencias aquí evocadas han nacido en el desierto que no hay que abandonar. Por lo menos hay que saber hasta dónde han llegado. En ese punto de su esfuerzo el hombre se halla ante lo irracional. Siente en sí mismo su deseo de dicha y de razón. Lo absurdo nace de esta confrontación entre el llamamiento humano

y el silencio irrazonable del mundo. Esto es lo que no hay que olvidar. A esto es a lo que hay que aferrarse, puesto que toda la consecuencia de una vida puede nacer de ello. Lo irracional, la nostalgia humana y lo absurdo que surge de su enfrentamiento son los tres personajes del drama que debe terminar necesariamente con toda la lógica de que es capaz una existencia.

### *El suicidio filosófico*

El sentimiento de lo absurdo no es lo mismo que la noción de lo absurdo. La fundamenta y nada más. No se resume en ella sino durante el breve instante en que juzga al universo. Luego tiene que ir más lejos. Está vivo, lo que quiere decir que debe morir o resonar más adelante. Lo mismo sucede con los temas que hemos reunido. Pero lo que me interesa también a este respecto no son las obras o los pensadores, cuya crítica exigiría otra forma y otro lugar, sino el descubrimiento de lo que hay de común en sus conclusiones. Nunca ha habido, quizá, espíritus tan diferentes. No obstante, reconocemos como idénticos los paisajes espirituales en los que se mueven. Así también, a través de ciencias tan diferentes, el grito que termina su itinerario resuena de la misma manera. Se advierte que hay un clima común a los pensadores que se acaba de recordar. Decir que ese clima es mortífero es apenas jugar con las palabras. Vivir bajo este cielo asfixiante exige que se salga de él o que se permanezca en él. Se trata de saber cómo se sale de él en el primer caso y por qué se permanece en él, en el segundo. Yo defino así el problema del suicidio y el interés que se puede conceder a las conclusiones de la filosofía existencial.

Antes quiero desviarme un instante del camino recto. Hasta ahora hemos podido circunscribir lo absurdo por

la parte exterior. Puede uno preguntarse, no obstante, qué es lo que contiene de claro esta noción y tratar de volver a encontrar, mediante el análisis directo, su significación por una parte, y por la otra las consecuencias que implica.

Si acuso a un inocente de un crimen monstruoso, si le digo a un hombre virtuoso que ha codiciado a su propia hermana, me responderá que eso es absurdo. Esta indignación tiene su lado cómico, pero también su razón profunda. El hombre virtuoso ilustra con esa réplica la antinomia definitiva que existe entre el acto que yo le atribuyo y los principios de toda su vida. «Es absurdo» quiere decir «es imposible», pero también «es contradictorio». Si veo a un hombre atacar con arma blanca a un grupo de ametralladoras, juzgaré que su acto es absurdo. Pero no lo es sino en virtud de la desproporción que existe entre su intención y la realidad que le espera, de la contradicción que puedo advertir entre sus fuerzas reales y el fin que se propone. Del mismo modo, estimaremos que un veredicto es absurdo, oponiéndolo al veredicto que, al parecer, imponían los hechos. Del mismo modo también una demostración por lo absurdo se efectúa comparando las consecuencias de este razonamiento con la realidad lógica que se quiere instaurar. En todos estos casos, desde el más sencillo hasta el más complejo, la absurdidad será tanto más grande cuanto mayor sea la diferencia entre los términos de mi comparación. Hay casamientos, desafíos, rencores, silencios, guerras y también paces absurdos. En cada uno de estos casos la absurdidad nace de una comparación. Por tanto, tengo razón al decir que la sensación de la absurdidad no nace del simple examen de un hecho o de una impresión, sino que surge de la comparación entre un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que la supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en uno ni en otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación.

En el plano de la inteligencia puedo decir, por tanto, que lo absurdo no está en el hombre (si semejante metáfora pudiera tener un sentido), ni en el mundo, sino en su presencia común. Es por el momento el único lazo que los une. Si quiero limitarme a las evidencias, sé lo que quiere el hombre, sé lo que ofrece el mundo y ahora puedo decir que sé también lo que los une. No necesito ahondar más. Una sola certidumbre basta para quien busca. Se trata solamente de sacar de ella todas sus consecuencias.

La consecuencia inmediata es, al mismo tiempo, una regla de método. La singular trinidad que se pone así de manifiesto nada tiene de una América descubierta de pronto. Pero tiene en común con los datos de la experiencia que es, a la vez, infinitamente sencilla e infinitamente complicada. La primera de sus características a este respecto es que no puede dividirse. Destruir uno de sus términos es destruirla por completo. No puede haber absurdo fuera de un espíritu humano. Así, lo absurdo termina, como todas las cosas, con la muerte. Pero tampoco puede haber absurdo fuera de este mundo. Y con este criterio elemental juzgo que la noción de lo absurdo es esencial y puede figurar como la primera de mis verdades. Aquí aparece la regla de método evocada anteriormente. Si juzgo que una cosa es cierta debo preservarla. Si me ocupo en hallar la solución de un problema, por lo menos no debo escamotear con esta solución misma uno de los términos del problema. El único dato es para mí lo absurdo. El problema consiste en saber cómo se puede salir de él y si el suicidio debe deducirse de ese absurdo. La primera y, en el fondo, la única condición de mis investigaciones es la de preservar aquello que me abruma, y respetar, en consecuencia, lo que juzgo esencial en él. Acabo de definirlo como una confrontación y una lucha sin tregua.

Y llevando hasta su término esta lógica absurda, debo reconocer que esta lucha supone la ausencia total de esperanza (que nada tiene que ver con la desesperación), el

rechazo continuo (que no se debe confundir con la renunciación) y la insatisfacción consciente (que no se debería confundir tampoco con la inquietud juvenil). Todo lo que destruye, escamotea o sutiliza estas exigencias (y, en primer lugar, el consentimiento que destruye el divorcio) arruina lo absurdo y desvaloriza la actitud que se puede proponer entonces. Lo absurdo no tiene sentido sino en la medida en que no se lo consiente.

Existe un hecho evidente que parece enteramente moral: un hombre es siempre presa de sus verdades. Una vez que las reconoce, no puede apartarse de ellas. No hay más remedio que pagarlas. Un hombre que adquiere conciencia de lo absurdo queda ligado a ello para siempre. Un hombre sin esperanza y consciente de no tenerla no pertenece ya al porvenir. Esto es natural. Pero es natural también que haga esfuerzos por liberarse del universo que él mismo ha creado. Todo lo que precede no tiene sentido, precisamente, sino considerando esta paradoja. Nada puede ser más instructivo a este respecto que examinar ahora hasta dónde llevaron sus consecuencias los hombres que reconocieron el clima absurdo, partiendo de una crítica del racionalismo.

Ahora bien, para atenerme a las filosofías existenciales, veo que todas, sin excepción, me proponen la evasión. Mediante un razonamiento singular, partiendo de lo absurdo sobre los escombros de la razón, en un universo cerrado y limitado a lo humano, divinizan lo que los aplasta y encuentran una razón para esperar en lo que les desgarnece. Esta esperanza forzosa es, en todos, de esencia religiosa. Se merece que nos detengamos en ella.

Ahora analizaré únicamente, y a título de ejemplo, algunos temas particulares de Chestov y Kierkegaard. Pero Jaspers va a proporcionarnos, llevado hasta la caricatura, un ejemplo típico de esta actitud. Lo demás se hará más claro. Lo vemos impotente para realizar lo trascendente, incapaz de sondear la profundidad de la experiencia y consciente de este universo trastornado por el fracaso.

¿Va a progresar o, por lo menos, a sacar las conclusiones de este fracaso? No aporta nada nuevo. En la experiencia no ha encontrado sino la confesión de su impotencia y ningún pretexto para deducir algún principio satisfactorio. No obstante, sin justificación, como él mismo dice, afirma de una vez lo trascendente, la existencia de la experiencia y el sentido sobrehumano de la vida, al escribir: «El fracaso no demuestra, más allá de toda aplicación y de toda interpretación posibles, la nada, sino la existencia de la trascendencia.» A esta existencia que de pronto, y mediante un acto ciego de la confianza humana, lo explica todo, la define como «la unidad inconcebible de lo general y lo particular». Así lo absurdo se convierte en dios (en el sentido más amplio de esta palabra) y la impotencia para comprender en el ser que lo ilumina todo. Nada lleva lógicamente a este razonamiento. Puedo llamarlo un salto. Y paradójicamente se comprende la insistencia, la paciencia infinita de Jaspers en hacer irrealizable la experiencia de lo trascendente. Pues cuanto más fugaz es esta aproximación, tanto más vana prueba ser esta definición y tanto más real le es esta trascendencia, pues su apasionamiento al afirmarlo es justamente proporcional a la diferencia que existe entre su poder de explicación y la irracionalidad del mundo y de la experiencia. Parece, por tanto, que Jaspers se afana tanto más por destruir los prejuicios de la razón por cuanto con ello explicará de modo más radical el mundo. Este apóstol del pensamiento humillado va a encontrar en el extremo mismo de la humillación con qué regenerar al ser en toda su profundidad.

El pensamiento místico nos ha familiarizado con estos procedimientos. Son tan legítimos como cualquiera otra actitud del espíritu. Pero por el momento obro como si me tomara en serio cierto problema. Sin prejuzgar el valor general de esta actitud, ni su poder de enseñanza, quiero considerar únicamente si responde a las condiciones que me he puesto, si es digna del conflicto que me interesa. Vuelvo así a Chestov. Un comentarista cita una de sus frases que merece interés: «La única verdadera sa-

lida —dice— está precisamente allí donde no hay salida alguna para el juicio humano. Si no, ¿para qué necesitaríamos a Dios? No se vuelve uno hacia Dios sino para obtener lo imposible. Para lo posible, se bastan los hombres.» Si hay una filosofía chestoviana, puedo decir que esta frase la resume por completo. Pues cuando, al término de sus análisis apasionados, Chestov descubre la absurdidad fundamental de toda existencia, no dice: «He aquí lo absurdo», sino: «He aquí a Dios; es a él a quien hay que remitirse, aunque no corresponda a ninguna de nuestras categorías racionales.» Para que la confusión no sea posible, el filósofo ruso insinúa inclusive que ese Dios puede ser vengativo y odioso, incomprensible y contradictorio, pero cuanto más horrible es su rostro tanto más afirma su poder. Su grandeza es su inconsecuencia. Su prueba es su inhumanidad. Hay que saltar a él y librarse con este salto de las ilusiones racionales. Por tanto, para Chestov la aceptación de lo absurdo es contemporánea de lo absurdo mismo. Comprobarlo es aceptarlo y todo el esfuerzo lógico de su pensamiento consiste en manifestarlo para hacer surgir al mismo tiempo la esperanza inmensa que implica. Una vez más, esta actitud es legítima. Pero yo me empeño aquí en considerar un solo problema y todas sus consecuencias. No tengo que examinar la emoción de un pensamiento o de un acto de fe. Tengo toda mi vida para hacerlo. Sé que el racionalista encuentra irritante la actitud chestoviana. Pero siento también que Chestov tiene razón contra el racionalista y quiero saber únicamente si permanece fiel a los mandamientos de lo absurdo.

Ahora bien, si se admite que lo absurdo es lo contrario de la esperanza, se ve que para Chestov el pensamiento existencial presupone lo absurdo, pero no lo demuestra sino para disiparlo. Esta sutileza de pensamiento es una jugada patética de malabarista. Cuando, por otra parte, Chestov opone su absurdo a la moral corriente y a la razón, lo llama verdad y redención. Hay, por tanto, en la base y en esta definición de lo absurdo una aprobación que Chestov le aporta. Si se reconoce que toda su

fuerza de esta noción reside en la manera de chocar con nuestras esperanzas elementales, si se tiene la sensación de que lo absurdo exige para seguir existiendo que no se consienta en él, se ve claramente que ha perdido su verdadero rostro, su carácter humano y relativo, para entrar en una eternidad a la vez incomprensible y satisfactoria. Si hay absurdo, lo hay en el universo del hombre. Desde el instante en que su noción se transforma en trampolín para la eternidad ya no está ligada a la lucidez humana. Lo absurdo no es ya esa evidencia que el hombre comprueba sin consentir en ella. Se elude la lucha. El hombre integra lo absurdo y en esta comunión hace desaparecer su característica esencial, que es oposición, desgarramiento y divorcio. Este salto es un escape. Chestov, quien cita tan de buena gana la frase de Hamlet «This time is out of joint», la escribe con una especie de esperanza feroz que se le puede atribuir muy particularmente. Porque no es así como la pronuncia Hamlet o como la escribe Shakespeare. La embriaguez de lo irracional y la vocación del éxtasis desvían de lo absurdo a un espíritu clarividente. Para Chestov la razón es vana, pero hay algo más allá de la razón. Para un espíritu absurdo la razón es vana y no hay nada más allá de la razón.

Este salto puede, por lo menos, aclararnos un poco más la naturaleza verdadera de lo absurdo. Sabemos que no vale sino en un equilibrio, que se halla, ante todo, en la comparación y no en los términos de esta comparación. Pero Chestov precisamente hace recaer todo el peso sobre uno de los términos y destruye el equilibrio. Nuestro deseo de comprender, nuestra nostalgia de absoluto no se explican sino en la medida en que, justamente, podemos comprender y explicar muchas cosas. Es inútil negar absolutamente la razón. Tiene su orden en el cual es eficaz. Ese orden es, precisamente, el de la experiencia humana. De ahí que queramos aclararlo todo. Si no podemos hacerlo, si lo absurdo nace en esa ocasión, es justamente del choque de esta razón eficaz pero limitada y de lo irracional que renace siempre. Aho-

ra bien, cuando Chestov se irrita contra una proposición hegeliana como «los movimientos del sistema solar se efectúan de acuerdo con leyes inmutables y estas leyes son su razón», cuando emplea todo su apasionamiento para dislocar el racionalismo spinoziano va a parar justamente a la vanidad de toda razón, y de ahí, mediante un rodeo natural e ilegítimo, a la preeminencia de lo irracional \*. Pero el paso no es evidente, pues pueden intervenir en ello las nociones de límite y de plan. Las leyes de la naturaleza pueden ser valederas hasta cierto límite, pasado el cual se vuelven contra sí mismas para dar nacimiento a lo absurdo. O también pueden justificarse en el plano de la descripción sin ser por ello ciertas en el de la explicación. Todo se sacrifica aquí a lo irracional y, como la exigencia de claridad es escamoteada, lo absurdo desaparece con uno de los términos de su comparación. El hombre absurdo, por el contrario, no realiza esa nivelación. Reconoce la lucha, no desprecia absolutamente la razón y admite lo irracional. Abarca así con la mirada todos los datos de la experiencia y está poco dispuesto a saltar antes de saber. Sabe solamente que en esta conciencia atenta no hay ya lugar para la esperanza.

Lo que es perceptible en Leon Chestov lo será todavía más, quizá, en Kierkegaard. Ciertamente, es difícil separar proposiciones claras en un autor tan inasible. Mas a pesar de los escritos aparentemente opuestos, por encima de los seudónimos, de los juegos y de las sonrisas, se siente que a lo largo de esta obra aparece como el presentimiento (al mismo tiempo que la aprensión) de una verdad que termina estallando en las últimas obras: también Kierkegaard da el salto. El cristianismo que le asustaba tanto en su infancia recobra finalmente su rostro más duro. Para él también, la antinomia y la paradoja se convierten en criterios de lo religioso. Así, aquello mismo que hacía desesperar del sentido y de la profundidad

\* Especialmente a propósito de la noción de excepción y contra Aristóteles.

de esta vida le da ahora su verdad y su claridad. El cristianismo es el escándalo y lo que Kierkegaard reclama lisa y llanamente es el tercer sacrificio exigido por Ignacio de Loyola, el que más alegra a Dios: «El sacrificio del Intelecto» \*. Este efecto del «salto» es extraño, pero no debe sorprendernos ya. Hace de lo absurdo el criterio del otro mundo, cuando es únicamente un residuo de la experiencia de este mundo. «En su fracaso —dice Kierkegaard— el creyente encuentra su triunfo.»

No tengo por qué preguntarme con qué predicción conmovedora se relaciona esta actitud. Lo único que tengo que preguntarme es si el espectáculo de lo absurdo y su carácter propio lo legitiman. A este respecto sé que no es así. Si se considera de nuevo el contenido de lo absurdo, se comprende mejor el método que inspira a Kierkegaard. No mantiene el equilibrio entre lo irracional del mundo y la nostalgia rebelde de lo absurdo. No respeta la relación que constituye, propiamente hablando, el sentimiento de la absurdidad. Seguro de no poder eludir lo irracional, quiere, por lo menos, salvarse de esta nostalgia desesperada que le parece estéril y sin alcance. Pero si bien puede tener razón sobre este punto en su juicio, no puede tenerla igualmente en su negación. Si reemplaza su grito de rebelión por una adhesión frenética, se ve obligado a ignorar lo absurdo que le iluminaba hasta entonces y a divinizar la única certidumbre que tendrá en adelante: lo irracional. Lo importante, decía el abate Galiani a Madame d'Epinay, no es curarse, sino vivir con sus enfermedades. Kierkegaard quiere curarse. Curarse es su deseo frenético, el que circula por todo su *Diario*. Todo el esfuerzo de su inteligencia tiene por objeto eludir la antinomia de la condición humana. Es un esfuerzo

\* Se puede pensar que no tengo en cuenta aquí el problema esencial, que es el de la fe. Pero yo no examino la filosofía de Kierkegaard, o de Chestov o, más lejos, de Husserl (serían necesarios otro lugar y otra actitud espiritual); les tomo un tema y examino si sus consecuencias pueden convenir a las reglas ya fijadas. Se trata solamente de obstinación.

tanto más desesperado cuanto que advierte de vez en cuando su inutilidad, por ejemplo, cuando habla de él, como si ni el temor de Dios ni la piedad fuesen capaces de darle la paz. Así, mediante un subterfugio torturado, da a lo irracional el rostro de lo absurdo y a su Dios los atributos: injusto, inconsecuente e incomprensible. Sólo la inteligencia trata de ahogar en él la reivindicación profunda del corazón humano. Puesto que nada está probado, todo puede ser probado.

Es el propio Kierkegaard quien nos revela el camino seguido. No quiero sugerir nada ahora, ¿pero cómo es posible no leer en sus obras los signos de una mutilación casi voluntaria del alma frente a la mutilación consentida sobre lo absurdo? Es el *leitmotiv* del *Diario*. «Lo que me ha faltado es la bestia, que también forma parte del destino humano... Pero dadme un cuerpo.» Y más adelante: «¡Oh!, sobre todo en mi primera juventud, qué no hubiese dado por ser hombre, aunque hubiese sido durante seis meses... Lo que me falta, en el fondo, es un cuerpo y las condiciones físicas de la existencia.» Sin embargo, el mismo hombre hace suyo en otra parte el gran grito de esperanza que ha atravesado tantos siglos y animado tantos corazones, salvo el del hombre absurdo. «Pero para el cristiano, la muerte no es en modo alguno el final de todo e implica infinitamente más esperanza que la vida, aunque sea ésta desbordante de salud y de fuerza.» La reconciliación mediante el escándalo es también reconciliación. Permite quizá, como se ve, extraer la esperanza de su contraria, que es la muerte. Pero aunque la simpatía haga inclinarse hacia esta actitud, hay que decir, no obstante, que la desmesura no justifica nada. Sobrepasa, se dice, la medida humana y, en consecuencia, es necesario que sea sobrehumana. Pero este «en consecuencia» está de más. No hay en esto certidumbre lógica. Tampoco hay probabilidad experimental. Todo lo que puedo decir es que, en efecto, sobrepasa mi medida. Si no deduzco de ello una negación, por lo menos no quiero fundamentar nada en lo incomprensible. Quiero saber si

puedo vivir con lo que sé y con eso solamente. Me dicen también que la inteligencia debe aquí sacrificar su orgullo y la razón debe inclinarse. Pero si reconozco los límites de la razón no la niego por ello, pues reconozco sus poderes relativos. Yo quiero solamente mantenerme en este camino medio, en el que la inteligencia puede seguir siendo clara. Si en esto consiste su orgullo, no veo motivo suficiente para renunciar a él. Nada más profundo, por ejemplo, que la opinión de Kierkegaard de que la desesperación no es un hecho, sino un estado: el estado mismo del pecado. Pues el pecado es lo que aleja de Dios. Lo absurdo, que es el estado metafísico del hombre consciente, no lleva a Dios \*. Quizá se aclare esta noción si aventuro esta enormidad: lo absurdo es el pecado sin Dios.

Se trata de vivir en ese estado de lo absurdo. Sé sobre qué están fundados este espíritu y este mundo apuntalados el uno en el otro sin poder abrazarse. Pido la regla de la vida de ese estado y lo que me proponen no tiene en cuenta el fundamento, niega uno de los términos de la oposición dolorosa, me impone una renuncia. Pregunto qué trae aparejada la condición que reconozco como mía; sé que ésta implica la oscuridad y la ignorancia, y me aseguran que esta ignorancia lo explica todo y que esta oscuridad es mi luz. Pero no se contesta a mi intención y ese lirismo exaltante no puede ocultarme la paradoja. Por tanto, hay que desviarse. Kierkegaard puede gritar y advertir: «Si el hombre no tuviese una conciencia eterna; si, en el fondo de todas las cosas, no hubiese sino un poder salvaje e hirviente que produce todas las cosas, lo grande y lo fútil, en el torbellino de oscuras pasiones; si el vacío sin fondo que nada puede llenar se ocultase bajo las cosas, ¿qué sería la vida sino desesperación?» Este grito no puede detener al hombre absurdo. Buscar lo que es verdadero no es buscar lo que es deseable. Si para escapar a la pregunta angustiada: «¿Qué sería la vida?» hay que alimentarse, como el asno, de las rosas de

\* No he dicho «excluye a Dios», lo que sería también afirmar.



la ilusión, más bien que resignarse a la mentira, el espíritu absurdo prefiere adoptar sin temblar la respuesta de Kierkegaard: «La desesperación.» Considerándolo bien todo, un alma decidida saldrá siempre del paso.

Me tomo la libertad de llamar aquí suicidio filosófico a la actitud existencial. Pero esto no implica un juicio. Es una manera cómoda de designar el movimiento por el cual un pensamiento se niega a sí mismo y tiende a superarse a sí mismo en lo que constituye su negación. La negación es el Dios de los existencialistas. Exactamente, ese Dios sólo se sostiene gracias a la negación de la razón humana \*. Pero lo mismo que los suicidios, los dioses cambian con los hombres. Hay muchas maneras de saltar, pero lo esencial es saltar. Estas negaciones redentoras, estas contradicciones finales que niegan el obstáculo que no se ha saltado todavía, pueden nacer tanto (tal es la paradoja a que tiende este razonamiento) de cierta inspiración religiosa como del orden racional. Aspiran siempre a lo eterno, y en eso solamente es en lo que dan el salto.

Hay que decir también que el razonamiento que sigue este ensayo deja enteramente a un lado la actitud espiritual más difundida en nuestro siglo ilustrado: la que se apoya en el principio de que todo es razón y aspira a dar una explicación del mundo. Es natural que se dé una explicación clara de él cuando se admite que debe ser claro. Esto es hasta legítimo, pero no interesa al razonamiento que seguimos ahora. En efecto, su finalidad es aclarar la manera de proceder del espíritu cuando, habiendo partido de una filosofía de la no-significación del mundo, termina encontrándole un sentido y una profundidad. La más patética de esas maneras de proceder es de esencia religiosa; se ilustra en el tema de lo irracional. Pero la más paradójica y significativa es, desde luego, la que da sus razones razonadoras a un mundo que imaginaba al comienzo sin princi-

\* Precisemos una vez más: de lo que se trata aquí no es de la afirmación de Dios, sino de la lógica que conduce a Él.

pio rector. En todo caso, no se podría llegar a las consecuencias que nos interesan sin haber dado una idea de esta nueva adquisición del espíritu de nostalgia.

Examinaré solamente el tema de «la intención», puesto de moda por Husserl y los fenomenólogos. Ya se ha aludido a él. Primitivamente, el método husserliano niega la manera de proceder clásica de la razón. Repitámoslo. Pensar no es unificar, hacer familiar la apariencia bajo el rostro de un gran principio. Pensar es aprender de nuevo a ver, dirigir la propia conciencia, hacer de cada imagen un lugar privilegiado. Dicho de otro modo, la fenomenología se niega a explicar el mundo, quiere ser solamente una descripción de lo vivido. Coincide con el pensamiento absurdo en su afirmación inicial de que no hay verdad, sino solamente verdades. Desde el viento de la tarde hasta esta mano que se apoya en mi hombro, cada cosa tiene su verdad. Es la conciencia la que la aclara con la atención que le presta. La conciencia no forma el objeto de su conocimiento; no hace sino fijar, es el acto de atención y, para decirlo con una imagen bergsoniana, se parece al aparato de proyección que se fija de golpe sobre una imagen. La diferencia consiste en que no hay guión, sino una ilustración sucesiva e inconsecuente. En esta linterna mágica todas las imágenes son privilegiadas. La conciencia pone en suspenso en la apariencia los objetos de su atención. Con su milagro los aísla. Están desde entonces fuera de todos los juicios. Esta «intención» es la que caracteriza a la conciencia. Pero la palabra no implica idea alguna de finalidad: está tomada en su sentido de «dirección», sólo tiene un valor topográfico.

A primera vista parece que nada contradice al espíritu absurdo. Esta aparente modestia del pensamiento que se limita a describir lo que se niega a explicar, esta disciplina voluntaria de la que procede paradójicamente el enriquecimiento profundo de la experiencia y el renacimiento del mundo en su prolijidad, son maneras de proceder absurdas. Por lo menos a primera vista. Pues los métodos de pensamiento, en este caso como en otros, revisten



siempre dos aspectos: uno psicológico y el otro metafísico \*. Con ellos ocultan dos verdades. Si el tema de la intencionalidad no pretende ilustrar sino una actitud psicológica con la cual lo real sería agotado en vez de ser explicado, nada lo separa, en efecto, del espíritu absurdo. Aspira a enumerar lo que no puede trascender. Afirma solamente que en ausencia de todo principio de unidad el pensamiento puede satisfacerse en la descripción y comprensión de cada rostro de la experiencia. La verdad de que se trata entonces para cada uno de estos rostros es de orden psicológico. Testimonia solamente el «interés» que puede presentar la realidad. Es una manera de despertar a un mundo soñoliento y de hacerlo viviente para el espíritu. Pero si se quiere extender y fundamentar racionalmente esta noción de verdad, si se pretende descubrir así la «esencia» de cada objeto del conocimiento, se restituye su profundidad a la experiencia. Para un espíritu absurdo esto es incomprensible. Ahora bien, esta fluctuación entre la modestia y la seguridad es lo que se advierte en la actitud intencional, y este reflejo del pensamiento fenomenológico ilustrará mejor que cualquier otra cosa el razonamiento absurdo.

Pues Husserl habla también de «esencias extratemporales» que la intención pone así de manifiesto, y se cree oír a Platón. No se explican todas las cosas por una sola, sino por todas. No veo en ello diferencia. Ciertamente no se quiere que estas ideas o estas esencias que la conciencia «efectúa» al término de cada descripción sean modelos perfectos, pero se afirma que están directamente presentes en todo dato de percepción. No hay ya una sola idea que lo explique todo, sino una infinidad de esencias que dan un sentido a una infinidad de objetos. El mundo se inmoviliza, pero se aclara. El realismo platónico se hace intuitivo, pero sigue siendo realismo. Kierkegaard

\* Hasta las epistemologías más rigurosas suponen metafísica, hasta el punto de que la metafísica de una gran parte de los pensadores de la época consiste en no tener sino una epistemología.

se abismaba en su Dios, Parménides precipitaba al pensamiento en lo Uno, pero aquí el pensamiento se arroja a un politeísmo abstracto. Más aún, las alucinaciones y las ficciones forman parte también de las «esencias extratemporales». En el nuevo mundo de las ideas, la categoría de centauro colabora con la más modesta, de metropolitano.

Para el hombre absurdo había una verdad, al mismo tiempo que una amargura, en esta opinión puramente psicológica de que todos los rostros del mundo son privilegiados. Que todo sea privilegiado equivale a decir que todo es equivalente. Pero el aspecto metafísico de esta verdad lo lleva tan lejos que, en virtud de una reacción elemental, se siente quizá más cerca de Platón. Se le enseña, en efecto, que toda imagen supone una esencia igualmente privilegiada. En este mundo ideal sin jerarquía el ejército formal se compone solamente de generales. Sin duda, había sido eliminada la trascendencia, pero un giro brusco del pensamiento vuelve a introducir en el mundo una especie de inmanencia fragmentaria que restituye su profundidad al universo.

¿Debo temer que haya llevado demasiado lejos un tema manejado con más prudencia por sus creadores? Me limito a leer estas afirmaciones de Husserl, de apariencia paradójica, pero cuya lógica rigurosa se advierte si se admite lo que precede: «Lo que es verdad es verdad absolutamente, en sí; la verdad es una, idéntica a sí misma, cualesquiera que sean los seres que la perciban, hombres, monstruos, ángeles o dioses.» No puedo negar que la Razón triunfa y toca el clarín por esta voz. ¿Qué puede significar su afirmación en el mundo absurdo? La percepción de un ángel o de un dios no tiene sentido para mí. Este lugar geométrico donde la razón divina ratifica la mía me es para siempre incomprensible. También en ello descubro un salto, y aunque sea dado en lo abstracto, no deja de significar para mí el olvido de lo que, precisamente, no quiero olvidar. Cuando más adelante exclama Husserl: «Si todas las masas sometidas a la atrac-

ción desapareciesen, la ley de la atracción no se vería destruida, pero quedaría simplemente sin aplicación posible», sé que me encuentro ante una metafísica de consuelo. Y si quiero descubrir el recodo en que el pensamiento abandona el camino de la evidencia, no tengo más que releer el razonamiento paralelo que emplea Husserl a propósito del espíritu: «Si pudiéramos contemplar claramente las leyes exactas de los procesos psíquicos, se mostrarían igualmente eternas e invariables, como las leyes fundamentales de las ciencias naturales teóricas. Por tanto, serían válidas aunque no hubiese proceso psíquico alguno.» ¡Aunque no existiese el espíritu, existirían sus leyes! Comprendo entonces que de una verdad psicológica Husserl pretende hacer una regla racional: después de haber negado el poder integrante de la razón humana, salta mediante ese sesgo a la Razón eterna.

El tema husserliano del «universo concreto» no puede, por tanto, sorprenderme. Decirme que todas las esencias no son formales, sino que también las hay materiales, que las primeras son el objeto de la lógica y las segundas de las ciencias, no es sino una cuestión de definición. Se me asegura que lo abstracto no designa sino una parte no consistente por sí misma de un universal concreto. Pero la fluctuación ya revelada me permite aclarar la confusión de estos términos. Pues eso puede querer decir que el objeto concreto de mi atención, ese cielo, el reflejo de esa agua sobre el faldón de este abrigo conservan, por sí solos, el prestigio de lo real que mi interés aísla en el mundo. Y no lo negaré. Pero eso puede querer decir también que ese mismo abrigo es universal, tiene su esencia particular y suficiente, pertenece al mundo de las formas. Comprendo entonces que sólo se ha cambiado el orden de la procesión. Este mundo no se refleja ya en un universo superior; el cielo de las formas se representa en la multitud de las imágenes de esta tierra. Esto no cambia nada para mí. Lo que encuentro aquí no es la afición a lo concreto, el sentido de

la condición humana, sino un intelectualismo lo bastante desenfrenado como para generalizar a lo concreto mismo.

Sería inútil asombrarse de la paradoja aparente que lleva al pensamiento a su propia negación por los caminos opuestos de la razón humillada y de la razón triunfante. Del dios abstracto de Husserl al dios fulgurante de Kierkegaard no hay mucha distancia. La razón y lo irracional llevan a la misma predicación. Es que, en verdad, el camino importa poco y la voluntad de llegar basta para todo. El filósofo abstracto y el filósofo religioso parten del mismo desorden y se apoyan en la misma angustia. Pero lo esencial es explicar. A este respecto la nostalgia es más fuerte que la ciencia. Es significativo que el pensamiento de la época sea a la vez uno de los más empapados en una filosofía de la no-significación del mundo y uno de los más desgarrados en sus conclusiones. No cesa de oscilar entre la extrema racionalización de lo real que lleva a fragmentarlo en razones-tipos y su extrema irracionalización que lleva a divinizarlo. Pero este divorcio sólo es aparente. Se trata de reconciliarse y, en ambos casos, el salto basta para ello. Se cree siempre, equivocadamente, que la idea de razón tiene un sentido único. En realidad, por riguroso que sea en su ambición, este concepto no deja de ser tan móvil como otros. La razón tiene un rostro enteramente humano, pero sabe también volverse hacia lo divino. Desde Plotino, el primero que supo conciliarla con el clima eterno, ha aprendido a desviarse del más caro de sus principios, que es la contradicción, para integrar el más extraño, el completamente mágico de la participación \*. Es un instrumento de pensamiento y

\* A. En esta época era necesario que la razón se adaptase o muriese. Se adapta. Con Plotino se convierte de lógica en estética. La metáfora reemplaza al silogismo.

no el pensamiento mismo. El pensamiento de un hombre es, ante todo, su nostalgia.

Así como la razón supo aplacar la melancolía plotiniana, así también da a la angustia moderna los medios de calmarse en los decorados familiares de lo eterno. El espíritu absurdo tiene menos suerte. Para él el mundo no es tan racional ni tan irracional. Es irrazonable y nada más que eso. En Husserl la razón termina no teniendo límites. El hombre absurdo fija, por el contrario, sus límites, puesto que es impotente para calmar su angustia. Kierkegaard afirma, por otro lado, que un solo límite basta para negarla. Pero el hombre de lo absurdo no va tan lejos. Para él este límite apunta solamente a las ambiciones de la razón. El tema de lo irracional, tal como lo conciben los existencialistas, es la razón que se embrolla y se desembrolla negándose. El hombre absurdo es la razón lúcida que comprueba sus límites.

El hombre absurdo reconoce sus verdaderas razones al término de ese camino difícil. Al comparar su exigencia profunda con lo que se le propone entonces, siente de pronto que se va a desviar. En el universo de Husserl el mundo se aclara y ese deseo de familiaridad que existe en el corazón del hombre se hace inútil. En el apocalipsis de Kierkegaard ese deseo de claridad tiene que negarse si quiere ser satisfecho. El pecado no consiste tanto en saber (a este respecto todo el mundo es inocente) como en desear saber. Justamente, es el único pecado del cual el hombre absurdo puede sentirse culpable e inocente. Se le propone una solución en la que todas las contradicciones pasadas no son ya sino juegos polémicos. Pero no las ha sentido así. Hay que conservar su verdad, que consiste en que no quedan satisfechas. No quiere predicación.

Mi razonamiento quiere ser fiel a la evidencia que lo

---

B. Por otra parte, ésta no es la única contribución de Plotino a la fenomenología. Toda esta actitud está ya contenida en la idea, tan cara al pensador alejandrino, de que no hay solamente una idea del hombre, sino también una idea de Sócrates.

ha estimulado. Esta evidencia es lo absurdo. Es ese divorcio entre el espíritu que desea y el mundo que decepciona, mi nostalgia de unidad, el universo disperso y la contradicción que los encadena. Kierkegaard suprime mi nostalgia y Husserl reúne este universo. No es eso lo que yo esperaba. Se trataba de vivir y de pensar con esos desgarramientos, de saber si había que aceptar o rechazar. No puede tratarse de disfrazar la evidencia, de suprimir lo absurdo negando uno de los términos de su ecuación. Hay que saber si se puede vivir de él o si la lógica ordena que se muera de él. No me interesa el suicidio filosófico, sino el suicidio a secas. Quiero solamente purgarlo de su contenido de emociones y conocer su lógica y su honestidad. Toda otra posición supone para el espíritu absurdo el escamoteo y el retroceso del espíritu ante lo que pone de manifiesto el espíritu. Husserl dice que obedece al deseo de escapar «al hábito inveterado de vivir y de pensar en ciertas condiciones de existencia ya muy conocidas y cómodas», pero el salto final nos restituye en él lo eterno y su comodidad. El salto no implica un peligro extremo, como querría Kierkegaard. El peligro está, por el contrario, en el instante sutil que precede al salto. La honestidad consiste en saber mantenerse en ese borde vertiginoso, y lo demás es subterfugio. Sé también que nunca la impotencia ha inspirado acordes tan conmovedores como los de Kierkegaard. Pero si la impotencia tiene un lugar en los paisajes indiferentes de la historia, no podría encontrarlo en un razonamiento cuya exigencia se conoce ahora.

## *La libertad absurda*

Lo principal está ya hecho. Tengo algunas evidencias de las que no puedo apartarme. Lo que sé, lo que es seguro, lo que no puedo negar, lo que no puedo rechazar, eso es lo que cuenta. Puedo negar todo de esta parte de mí mismo que vive de nostalgias inciertas, salvo ese deseo de unidad, esa apetencia de solución, esa exigencia de claridad y cohesión. Puedo refutar todo en este mundo que me rodea, me hiere o me transporta, salvo ese caos, ese azar rey y esa divina equivalencia que nace de la anarquía. No sé si este mundo tiene un sentido que lo supera, pero sé que no conozco ese sentido y que por el momento me es imposible conocerlo. ¿Qué significa para mí un significado fuera de mi condición? No puedo comprender sino en términos humanos. Lo que toco, lo que me resiste, eso es lo que comprendo. Y sé también que no puedo conciliar estas dos certidumbres: mi apetencia de absoluto y de unidad y la irreductibilidad de este mundo a un principio racional y razonable. ¿Qué otra verdad puedo reconocer sin mentir, sin hacer que intervenga una esperanza que no tengo y que no significa nada dentro de los límites de mi condición?

Si yo fuese un árbol entre los árboles, un gato entre los animales, esta vida tendría un sentido o, más bien, este problema no lo tendría, pues yo formaría parte de

este mundo. Yo *sería* este mundo, al que me opongo ahora con toda mi conciencia y con toda mi exigencia de familiaridad. Esta razón tan irrisoria es la que me opone a toda la creación. No puedo negarla de un plumazo. Por tanto, debo mantener lo que creo cierto. Debo sostener lo que me parece tan evidente, inclusive contra mí mismo. ¿Y qué es lo que constituye el fondo de este conflicto, de esta fractura entre el mundo y mi espíritu, sino la conciencia que tengo de él? Por tanto, si quiero mantenerlo, es mediante una conciencia perpetua, constantemente renovada, constantemente tensa. Esto es lo que debo retener por el momento. En este momento lo absurdo, a la vez tan evidente y tan difícil de conquistar, entra en la vida de un hombre y encuentra su patria. También en este momento el espíritu puede abandonar la vía árida y reseca del esfuerzo lúcido. Ahora desemboca en la vida cotidiana. Vuelve a encontrar el mundo del «se» anónimo, pero el hombre entra en él en adelante con su rebelión y su clarividencia. Ha desaprendido a esperar. Este infierno del presente es por fin su reino. Todos los problemas recuperan su filo. La evidencia abstracta se retira ante el lirismo de las formas y los colores. Los conflictos espirituales se encarnan y vuelven a encontrar el refugio miserable y magnífico del corazón del hombre. Ninguno está resuelto, pero todos se han transfigurado. ¿Se va a morir, a escapar mediante el salto, a reconstruir una casa de ideas y formas a la medida propia? ¿Se va, por el contrario, a mantener la apuesta desgarradora y maravillosa de lo absurdo? Hagamos a este respecto un último esfuerzo y saquemos todas nuestras consecuencias. El cuerpo, la ternura, la creación, la acción, la nobleza humana, volverán entonces a ocupar su lugar en este mundo insensato. El hombre volverá a encontrar en él finalmente el vino de lo absurdo y el pan de la indiferencia con que se nutre su grandeza.

Insistimos todavía en el método: se trata de obstinar-

se. En cierto punto de su camino, el hombre absurdo es solicitado. La historia no carece de religiones ni de profetas, inclusive sin dioses. Se le pide que salte. Todo lo que puede responder es que no comprende bien, que eso no es evidente. No quiere hacer, precisamente, sino lo que comprende bien. Le aseguran que eso es pecado de orgullo, pero no entiende la noción de pecado; que quizá el infierno está al final, pero no tiene bastante imaginación para representarse ese extraño porvenir; que pierde la vida inmortal, pero eso le parece fútil. Quisieran hacerle reconocer su culpabilidad. Él se siente inocente. Para decir la verdad, sólo siente eso, su inocencia irreparable. Ella es la que le permite todo. Así, lo que se exige a sí mismo es vivir *solamente* con lo que sabe, arreglárselas con lo que es y no hacer que intervenga nada que no sea cierto. Le responden que nada lo es. Pero eso, por lo menos, es una certidumbre. Con ella es con la que tiene que ver: quiere saber si es posible vivir sin apelación.

Ahora puedo abordar la noción de suicidio. Se ha advertido ya qué solución es posible darle. En este punto se invierte el problema. Anteriormente se trataba de saber si la vida debía tener un sentido para vivirla. Ahora parece, por el contrario, que se la vivirá tanto mejor si no tiene sentido. Vivir una experiencia, un destino, es aceptarlo plenamente. Ahora bien, no se vivirá ese destino, sabiendo que es absurdo, si no se hace todo para mantener ante uno mismo ese absurdo puesto de manifiesto por la conciencia. Negar uno de los términos de la oposición de la que vive es eludirlo. Abolir la rebelión consciente es eludir el problema. El tema de la revolución permanente se ha trasladado así a la experiencia individual. Vivir es hacer que viva lo absurdo. Hacerlo vivir es, ante todo, contemplarlo. Al contrario de Eurídice, lo absurdo no muere sino cuando se le da la espalda. Una de las únicas posiciones filosóficas coherentes es, por tanto, la rebelión. Es una

confrontación perpetua del hombre con su propia oscuridad. Es exigencia de una transparencia imposible. Vuelve a poner al mundo en duda en cada uno de sus segundos. Así como el peligro proporciona al hombre la irremplazable ocasión de asirlo, también la rebelión metafísica extiende la conciencia a lo largo de la experiencia. Es esa presencia constante del hombre ante sí mismo. No es aspiración, pues carece de esperanza. Esta rebelión es la seguridad de un destino aplastante, menos la resignación que debería acompañarla.

Aquí se ve hasta qué punto la experiencia absurda se aleja del suicidio. Se puede creer que el suicidio sigue a la rebelión, pero es un error, pues no simboliza su resultado lógico. Es exactamente su contrario, por el consentimiento que supone. El suicidio, como el salto, es la aceptación en su límite. Todo está consumado y el hombre vuelve a entrar en su historia esencial. Discierne su porvenir, su único y terrible porvenir, y se precipita en él. A su manera, el suicidio resuelve lo absurdo. Lo arrastra a la misma muerte. Pero yo sé que para mantenerse, lo absurdo no puede resolverse. Escapa al suicidio en la medida en que es al mismo tiempo conciencia y rechazo de la muerte. Es, en la punta extrema del último pensamiento del condenado a muerte, ese cordón de zapato que a pesar de todo divisa a algunos metros, al borde mismo de su caída vertiginosa. Lo contrario del suicida, precisamente, es el condenado a muerte.

Esta rebelión da su precio a la vida. Extendida a lo largo de toda una existencia, le restituye su grandeza. Para un hombre sin anteojeras no hay espectáculo más bello que el de la inteligencia en lucha con una realidad que la supera. El espectáculo del orgullo humano es inigualable. Las depreciaciones no servirán de nada. Esta disciplina que el espíritu se dicta a sí mismo, esta voluntad bien armada, este frente tienen algo de poderoso y de singular. Empobrecer esta realidad,

cuya inhumanidad hace la grandeza del hombre, supone empobrecerle a él al mismo tiempo. Comprendo por qué las doctrinas que me explican todo me debilitan al mismo tiempo. Me libran del peso de mi propia vida, y, sin embargo, es necesario que lo lleve yo solo. En esta situación no puedo concebir que una metafísica escéptica pueda aliarse con una moral del renunciamiento.

Estos rechazos, conciencia y rebelión, son lo contrario del renunciamiento. Contrariamente a su vida, todo lo irreductible y apasionado que hay en un corazón humano los anima. Se trata de morir irreconciliado y no de buena gana. El suicidio es un desconocimiento. El hombre absurdo no puede sino agotarlo todo y agotarse. Lo absurdo es su tensión más extrema, la que mantiene constantemente con un esfuerzo solitario, pues sabe que con esa conciencia y esa rebelión día a día testimonia su única verdad, que es el desafío. Ésta es una primera consecuencia.

Si me mantengo en esta posición concertada que consiste en sacar todas las consecuencias (y sólo ellas) que contiene una noción descubierta, me encuentro frente a una segunda paradoja. Para permanecer fiel a este método, no tengo que enténdrmelas con el problema de la libertad metafísica. No me interesa saber si el hombre es libre. No puedo experimentar sino mi propia libertad. Sobre ella no puedo tener nociones generales, sino algunas apreciaciones claras. El problema de la «libertad en sí» no tiene sentido, pues está ligado de una manera muy distinta al de Dios. Saber si el hombre es libre exige que se sepa si puede tener un amo. La absurdidad particular de este problema viene del hecho de que la noción misma que hace posible el problema de la libertad le quita al mismo tiempo todo su sentido. Pues ante Dios, más que el problema de la libertad, hay el problema del mal. Se conoce la alternativa, o bien no somos libres y Dios todopoderoso es responsable del mal, o bien somos li-

bres y responsables, pero Dios no es todopoderoso. Todas las sutilezas de escuela no han añadido ni quitado nada a lo decisivo de esta paradoja.

Por eso no puedo perderme en la exaltación o la simple definición de una noción que se me escapa y pierde su sentido desde el momento que sobrepasa el marco de mi experiencia individual. No puedo comprender lo que sería una libertad que me fuera dada por un ser superior. He perdido el sentido de la jerarquía. No puedo tener de la libertad sino el concepto del prisionero o del individuo moderno en el seno del Estado. La única que conozco es la libertad de espíritu y de acción. Ahora bien, si lo absurdo aniquila todas mis probabilidades de libertad eterna, me devuelve y exalta, por el contrario, mi libertad de acción. Esta privación de esperanza y de porvenir significa un acrecentamiento en la disponibilidad del hombre.

Antes de encontrar lo absurdo, el hombre cotidiano vive con finalidades, con un afán de porvenir o de justificación (no importa con respecto a quién o qué). Evalúa sus probabilidades, cuenta con el porvenir, con el retiro o el trabajo de sus hijos. Cree todavía que se puede dirigir algo en su vida. En verdad, obra como si fuese libre, aunque todos los hechos se encarguen de contradecir esa libertad. Pero después de lo absurdo todo se desquicia. La idea de que «existo», mi manera de obrar como si todo tuviera un sentido (incluso si, llegado el caso, dijese que nada lo tiene), todo esto se halla desmentido de una manera vertiginosa por la absurdidad de una muerte posible. Pensar en el mañana, fijarse una finalidad, tener preferencias, todo ello supone la creencia en la libertad, aunque a veces se asegure que no se la siente. Pero en ese momento sé muy bien que no existe esa libertad superior, esa libertad de *ser* que es la única que puede fundamentar una verdad. La muerte aparece como la única realidad. Después de ella ya no hay nada que hacer. Ya no tengo la libertad de perpetuarme, sino que soy esclavo, y sobre todo esclavo sin esperanza de revolución

eterna, sin que pueda recurrir al desprecio. ¿Y quién puede seguir siendo esclavo sin revolución y sin desprecio? ¿Qué libertad en su pleno sentido puede existir sin seguridad de eternidad?

Pero al mismo tiempo el hombre absurdo comprende que hasta entonces estaba ligado a ese postulado de libertad, con cuya ilusión vivía. En cierto sentido, eso lo trababa. En la medida en que imaginaba una finalidad en su vida, se supeditaba a las exigencias de un propósito que había de alcanzar y se convertía en esclavo de su libertad. Así, ya no podré obrar sino como el padre de familia (o el ingeniero, o el conductor de pueblos, o el supernumerario de correos) que me dispongo a ser. Creo que puedo elegir ser esto en vez de otra cosa. Lo creo inconscientemente, es cierto. Pero sostengo, al mismo tiempo que mi postulado, las creencias de quienes me rodean, los prejuicios de mi medio humano (¡los otros están tan seguros de ser libres y este buen humor es tan contagioso!). Por muy apartado que uno se pueda mantener de todo prejuicio, moral o social, se sufren en parte y hasta uno ajusta la vida a los mejores de ellos (pues hay prejuicios buenos y malos). Así el hombre absurdo comprende que no era realmente libre. Para hablar claramente, en la medida en que espero o me preocupa una verdad que me sea propia, una manera de ser o de crear, en la medida, en fin, en que ordeno mi vida y pruebo con ello que admito que tiene un sentido, me creo unas barreras entre las que encierro mi vida. Hago como tantos funcionarios del espíritu y del corazón que sólo me inspiran aversión y que no hacen otra cosa, lo veo bien ahora, que tomarse en serio la libertad del hombre.

Lo absurdo me aclara este punto: no hay mañana. Ésta es en adelante la razón de mi libertad profunda. Haré a este respecto dos comparaciones. Ante todo están los místicos, quienes encuentran una libertad que darse. Al abismarse en su dios, al aceptar sus reglas se hacen secretamente libres a su vez. En la esclavitud espontáneamente consentida vuelven a encontrar una independencia

profunda. ¿Pero qué significa esa libertad? Puede decirse, sobre todo, que se *sienten* libres frente a sí mismos y menos libres que liberados. Del mismo modo, completamente vuelto hacia la muerte (tomada aquí como la absurdidad más evidente), el hombre absurdo se siente desligado de todo lo que no es esa atención apasionada que cristaliza en él. Disfruta de una libertad con respecto a las reglas comunes. Se ve en esto que los temas de partida de la filosofía existencialista conservan todo su valor. La vuelta a la conciencia, la evasión del sueño cotidiano son los primeros pasos de la libertad absurda. Pero a lo que se tiende es a la *predicación* existencial y con ella a ese salto espiritual que en el fondo escapa a la conciencia. De la misma manera (ésta es mi segunda comparación) los esclavos de la antigüedad no se pertenecían. Pero conocían esa libertad que consiste en no sentirse responsable \*. También la muerte tiene manos patricias que aplastan pero liberan.

Abismarse en esta certidumbre sin fondo, sentirse en adelante lo bastante extraño a la propia vida para aumentarla y recorrerla sin la miopía del amante es el principio de una liberación. Esta independencia nueva tiene un plazo, como toda libertad de acción. No extiende un cheque sobre la eternidad. Pero reemplaza a las ilusiones de la *libertad*, todas las cuales terminaban con la muerte. La divina disponibilidad del condenado a muerte ante el que se abren las puertas de la prisión cierta madrugada, ese increíble desinterés por todo, salvo por la llama pura de la vida, ponen de manifiesto que la muerte y lo absurdo son los principios de la única libertad razonable: la que un corazón humano puede sentir y vivir. Ésta es una segunda consecuencia. El hombre absurdo entrevé así un universo ardiente y helado, transparente y limitado en el que nada es posible pero donde todo está dado, y más

\* Se trata aquí de una comparación de hecho, no de una apología de la humildad. El hombre absurdo es lo contrario del hombre reconciliado.



allá del cual sólo están el hundimiento y la nada. Entonces puede decidirse a aceptar la vida en semejante universo y sacar de él sus fuerzas, su negación a esperar y el testimonio obstinado de una vida sin consuelo.

¿Pero qué significa la vida en semejante universo? Por el momento nada más que la indiferencia por el porvenir y el ansia de agotar todo lo dado. La creencia en el sentido de la vida supone siempre una escala de valores, una elección, nuestras preferencias. La creencia en lo absurdo, según nuestras definiciones, enseña lo contrario. Pero merece la pena que nos detengamos en esto.

Saber si se puede vivir sin apelación es todo lo que me interesa. No quiero salir de este terreno. Se me ha dado este rostro de la vida; ¿puedo acomodarme a él? Ahora bien, frente a esta preocupación particular, la creencia en lo absurdo equivale a reemplazar la calidad de las experiencias por la cantidad. Si me convengo de que esta vida no tiene otra faz que la de lo absurdo, si siento que todo su equilibrio se debe a la perpetua oposición entre mi rebelión consciente y la oscuridad en que forcejeo, si admito que mi libertad no tiene sentido sino con relación a su destino limitado, entonces debo decir que lo que cuenta no es vivir lo mejor posible, sino vivir lo más posible. No tengo por qué preguntarme si esto es vulgar o repugnante, elegante o lamentable. De una vez por todas, los juicios de valor quedan descartados aquí en beneficio de los juicios de hecho. Sólo tengo que sacar las conclusiones de lo que puedo ver y no aventurar nada que sea una hipótesis. Si supusiera que vivir así no sería honesto, la verdadera honestidad me ordenaría que fuese deshonesto.

Vivir lo más posible, en su sentido amplio, es una regla de vida que nada significa. Hay que precisarla. Parece, ante todo, que no se ha ahondado suficientemente esta noción de cantidad, pues puede dar cuenta de una gran parte de la experiencia humana. La moral de un hombre, su escala de valores no tienen sentido sino por

la cantidad y variedad de experiencias que ha podido acumular. Ahora bien, las condiciones de la vida moderna imponen a la mayoría de los hombres la misma cantidad de experiencias y, por tanto, la misma experiencia profunda. Ciertamente, hay que tener en cuenta también la aportación espontánea del individuo, lo que en él está «dado». Pero no puedo juzgar esto y una vez más mi regla consiste en arreglarme con la evidencia inmediata. Veo entonces que la característica propia de una moral común reside menos en la importancia ideal de los principios que la animan que en la norma de una experiencia que es posible calibrar. Forzando un poco las cosas, los griegos tenían la moral de sus ocios como nosotros tenemos la de nuestras jornadas de ocho horas. Pero ya muchos hombres, y entre ellos los más trágicos, nos hacen presentir que una experiencia más larga cambia este cuadro de valores. Nos hacen imaginar a ese aventurero de lo cotidiano que mediante la simple cantidad de las experiencias batiese todos los récords (empleo a propósito esta expresión deportiva) y ganara así su propia moral \*. Alejémonos, no obstante, del romanticismo y preguntémonos solamente qué puede significar esta actitud para un hombre decidido a mantener su apuesta y a observar estrictamente lo que él cree que es la regla del juego.

Batir todos los récords es, ante todo y únicamente, estar frente al mundo con la mayor frecuencia posible. ¿Cómo se puede hacer esto sin contradicciones y sin juegos de palabras? Pues, por una parte, lo absurdo enseña que todas las experiencias son indiferentes y, por la otra, impulsa a la mayor cantidad de experiencias. ¿Cómo no hacer entonces lo que han hecho tantos de esos hombres de los que hablaba más arriba: elegir la forma de vida

---

\* La cantidad origina a veces la calidad. Si he de creer las últimas puntualizaciones de la teoría científica, toda materia está constituida por centros de energía. Su cantidad más o menos grande hace más o menos singular su especificidad. Un millar de millones de iones y un ión difieren no sólo en cantidad, sino también en calidad. Es fácil encontrar la analogía en la experiencia humana.



que nos aporte la mayor cantidad posible de esa materia humana, introducir con ello una escala de valores que, por otro lado, se pretende rechazar?

Pero sigue siendo lo absurdo y su vida contradictoria lo que nos enseña. Pues el error consiste en pensar que esta cantidad de experiencias depende de las circunstancias de nuestra vida, cuando sólo depende de nosotros. A este respecto hay que ser simplista. A dos hombres que viven el mismo número de años, el mundo les proporciona siempre la misma cantidad de experiencias. A nosotros nos corresponde tener conciencia de ellas. Sentir la propia vida, su rebelión, su libertad, y lo más posible, es vivir lo más posible. Donde reina la lucidez se hace inútil la escala de valores. Seamos todavía más simplistas. Digamos que el único obstáculo, la única pérdida «por falta de ganancia», lo constituye la muerte prematura. El universo aquí sugerido no vive sino por oposición a esa excepción constante que es la muerte. Por eso ninguna profundidad, ninguna emoción, ninguna pasión ni ningún sacrificio podrían hacer iguales a los ojos del hombre absurdo (aunque lo desease) una vida consciente de cuarenta años y una lucidez que abarca sesenta años \*. La locura y la muerte son sus elementos irremediables. El hombre no elige. Lo absurdo y el aumento de vida que implica *no dependen, por tanto, de la voluntad del hombre*, sino de su contrario, que es la muerte \*\*. Si se pesan bien las palabras, se trata únicamente de una cuestión de suerte. Hay que saber consentir en ella. Veinte años de vida y de experiencias no se reemplazarán ya nunca.

\* La misma reflexión se puede hacer con respecto a una noción tan diferente como la idea de la nada. Ésta no añade ni quita nada a lo real. En la experiencia psicológica de la nada, nuestra propia nada adquiere verdaderamente su sentido cuando se considera lo que sucederá dentro de dos mil años. En uno de sus aspectos, la nada está hecha exactamente con la suma de las vidas futuras que no serán las nuestras.

\*\* La voluntad no es aquí sino el agente: tiende a mantener la conciencia. Proporciona una disciplina de vida, según puede apreciarse.

Por una extraña inconsecuencia en una raza tan avisada, los griegos pretendían que los hombres que morían jóvenes fueran amados por los dioses. Y esto no es cierto, salvo si se quiere creer que entrar en el mundo irrisorio de los dioses es perder para siempre el más puro de los goces, que es el de sentir, y sentir en esta tierra. El presente y la sucesión de los presentes ante un alma sin cesar consciente, tal es el ideal del hombre absurdo. Pero aquí la palabra ideal tiene un sonido falso. No es ni siquiera su vocación, sino sólo la tercera consecuencia de su razonamiento. Habiendo partido de una conciencia angustiada de lo inhumano, la meditación sobre lo absurdo vuelve al final de su itinerario al seno mismo de las llamas apasionadas de la rebelión humana \*.

Así saco de lo absurdo tres consecuencias, que son mi rebelión, mi libertad y mi pasión. Con el solo juego de la conciencia transformo en regla de vida lo que era invitación a la muerte, y rechazo el suicidio. Conozco, sin duda, la sorda resonancia que corre a lo largo de estas jornadas. Pero sólo tengo que decir que es necesaria. Cuando Nietzsche escribe: «Parece claramente que lo principal en el cielo y en la tierra es *obedecer* largo tiempo y en una misma dirección: a la larga resulta de ello algo por lo que vale la pena vivir en esta tierra, como por ejemplo la virtud, el arte, la música, la danza, la razón, el espíritu, algo que transfigura, algo refinado, loco o divino», ilustra la regla de una moral de gran porte. Pero muestra también el camino del hombre absurdo. Obede-

\* Lo que importa es la coherencia. Se parte aquí de una aprobación del mundo. Pero el pensamiento oriental enseña que podemos entregarnos al mismo esfuerzo de lógica, eligiendo *contra* el mundo. Eso es igualmente legítimo y da a este ensayo su perspectiva y sus límites. Pero cuando la negación del mundo se ejerce con el mismo rigor, se llega, con frecuencia (en ciertas escuelas vedantas), a resultados semejantes en lo que concierne, por ejemplo, a la indiferencia de las obras. En un libro de gran importancia, *Le Choix*, Jean Grenier fundamenta de este modo una verdadera «filosofía de la indiferencia».

cer a la llama es a la vez lo más fácil y lo más difícil. Es bueno, sin embargo, que el hombre, al medirse con la dificultad, se juzgue de vez en cuando. Es el único que puede hacerlo.

«La plegaria —dice Alain— se hace cuando la noche desciende sobre el pensamiento.» «Pero es necesario que el espíritu se encuentre con la noche», contestan los místicos y los existencialistas. Ciertamente, pero no esa noche que nace bajo los ojos cerrados y por la sola voluntad del hombre, noche sombría y cerrada que el espíritu suscita para perderse en ella. Si debe encontrarse con una noche, ésta debe ser más bien la de la desesperación, que sigue siendo lúcida, noche polar, vigilia del espíritu, de la que surgirá, quizá, esa claridad blanca e intacta que dibuja cada objeto en la luz de la inteligencia. A esta altura, la equivalencia coincide con la comprensión apasionada. Entonces ni siquiera se trata de juzgar el salto existencial. Vuelve a ocupar su fila en medio del fresco secular de las actitudes humanas. Para el espectador, si es consciente, ese salto sigue siendo absurdo. En la medida en que cree resolver la paradoja, la restituye por completo. A este título, es conmovedor. A este título, todo vuelve a ocupar su lugar y el mundo absurdo renace con su esplendor y su diversidad.

Pero es malo. detenerse, difícil contentarse con una sola manera de ver, privarse de la contradicción, la más sutil, quizá, de todas las formas espirituales. Lo que precede define solamente una manera de pensar. Ahora se trata de vivir.

## El hombre absurdo

Si Stavroguin cree, no cree que crea.  
Si no cree, no cree que no crea.

Dostoievski, *Los poseídos*

«Mi campo —dice Goethe— es el tiempo.» He aquí la palabra absurda. ¿Qué es, en efecto, el hombre absurdo? El que, sin negarlo, no hace nada por lo eterno. No es que le sea extraña la nostalgia, sino que prefiere a ella su valor y su razonamiento. El primero le enseña a vivir sin apelación y a contentarse con lo que tiene; el segundo, le enseña sus límites. Seguro de su libertad a plazo, de su rebelión sin porvenir y de su conciencia perecedera, prosigue su aventura en el tiempo de su vida. En él está su campo, en él está su acción, que sustrae a todo juicio excepto al suyo. Una vida más grande no puede significar para él otra vida. Eso sería deshonesto. Tampoco me refiero aquí a esa eternidad irrisoria que se llama posteridad. Madame Roland se remitía a ella. Esta imprudencia ha recibido su lección. La posteridad cita de buena gana esa frase, pero se olvida de juzgarla. Madame Roland es indiferente para la posteridad.

No se puede disertar sobre la moral. He visto a personas obrar mal con mucha moral y compruebo todos los días que la honradez no necesita reglas. El hombre absurdo no puede admitir sino una moral, la que no se separa de Dios, la que se dicta. Pero vive justamente fuera de ese Dios. En cuanto a las otras (e incluyo también al inmoralismo), el hombre absurdo no ve en ellas

sino justificaciones, y no tiene nada que justificar. Parto aquí del principio de su inocencia.

Esta inocencia es temible. «Todo está permitido», exclama Iván Karamazov. También esto parece absurdo, pero con la condición de no entenderlo en el sentido vulgar. No sé si se ha advertido bien: no se trata de un grito de liberación y de alegría, sino de una comprobación amarga. La certidumbre de un Dios que diera su sentido a la vida supera mucho en atractivo al poder impune de hacer el mal. La elección no sería difícil. Pero no hay elección y entonces comienza la amargura. Lo absurdo no libera, ata. No autoriza todos los actos. Todo está permitido, no significa que nada esté prohibido. Lo absurdo da solamente su equivalencia a las consecuencias de esos actos. No recomienda el crimen, eso sería pueril, pero restituye al remordimiento su inutilidad. Del mismo modo, si todas las experiencias son indiferentes, la del deber es tan legítima como cualquier otra. Se puede ser virtuoso por capricho.

Todas las morales se fundan en la idea de que un acto tiene consecuencias que lo justifican o lo borran. Un espíritu empapado de absurdo juzga solamente que esas consecuencias deben ser consideradas con serenidad. Está dispuesto a pagar. Dicho de otro modo, si bien para él puede haber responsables, no hay culpables. Todo lo más consentirá en utilizar la experiencia pasada para fundamentar sus actos futuros. El tiempo hará vivir al tiempo y la vida servirá a la vida. En este campo a la vez limitado y atestado de posibilidades, todo le parece imprevisible en sí mismo y fuera de su lucidez. ¿Qué regla podría deducirse, por tanto, de este orden irrazonable? La única verdad que puede parecerle instructiva no es formal: se anima y se desarrolla en los hombres. No son, por consiguiente, reglas éticas las que el espíritu absurdo puede buscar al final de su razonamiento, sino ilustraciones y el soplo de las vidas humanas. Las imágenes que damos a continuación son de esa clase. Siguen el razonamiento absurdo dándole su actitud y su calor.

¿Necesito desarrollar la idea de que un ejemplo no es forzosamente un ejemplo que hay que seguir (menos todavía, si es posible en el mundo absurdo), y que estas ilustraciones no son, por tanto, modelos? Además de que es necesaria la vocación, resulta ridículo, salvadas las distancias, deducir de Rousseau que hay que caminar a cuatro patas y de Nietzsche que conviene maltratar a la propia madre. «Hay que ser absurdo —escribe un autor moderno—; no hay que ser iluso.» Las actitudes de que se va a tratar no pueden adquirir todo su sentido si no se tienen en cuenta sus contrarias. Un supernumerario de correos es igual a un conquistador si la conciencia les es común. Todas las experiencias son indiferentes a este respecto. Pueden servir o perjudicar al hombre. Le sirven si es consciente. Si no lo es, ello no tiene importancia: las derrotas de un hombre no juzgan a las circunstancias, sino a él mismo.

Elijo únicamente a hombres que sólo aspiran a agotarse, o que tengo conciencia por ellos de que se agotan. La cosa no pasa de ahí. Por el momento no quiero hablar sino de un mundo en el que los pensamientos, lo mismo que las vidas, carecen de porvenir. Todo lo que hace trabajar y agitarse al hombre utiliza la esperanza. El único pensamiento que no es mentiroso es, por lo tanto, un pensamiento estéril. En el mundo absurdo, el valor de una noción o de una vida se mide por su infecundidad.

## *El donjuanismo*

Si bastase con amar, las cosas serían demasiado sencillas. Cuanto más se ama tanto más se consolida lo absurdo. No es por falta de amor por lo que Don Juan va de mujer en mujer. Es ridículo presentarlo como un iluminado en busca del amor total. Pero tiene que repetir ese don y ese ahondamiento porque ama a todas con el mismo ardor y cada vez con todo su ser. De ahí que cada una espere darle lo que nadie le ha dado nunca. Ellas se engañan profundamente cada vez y sólo consiguen hacerle sentir la necesidad de esa repetición. «Por fin —exclama una de ellas—, te he dado el amor.» ¿Sorprenderá que Don Juan se ría de ella? «¿Por fin? —dice—; no, sino una vez más.» ¿Por qué habría de ser necesario amar raras veces para amar mucho?

¿Don Juan es triste? No es verosímil. Apenas apelaré a la crónica. Esa risa, la insolencia victoriosa, esos saltos y la afición a lo teatral son claros y alegres. Todo ser sano tiende a multiplicarse. Así le sucede a Don Juan. Pero, además, los tristes tienen dos motivos para estarlo: ignoran o esperan. Don Juan sabe y no espera. Hace pensar en esos artistas que conocen sus límites, no los pasan nunca, y en ese intervalo precario en que se instala su espíritu poseen la facilidad maravillosa de

los maestros. Eso es, sin duda, el genio: la inteligencia que conoce sus fronteras. Hasta la frontera de la muerte física, Don Juan ignora la tristeza. Desde el momento que sabe, su risa estalla y hace que se perdone todo. Era triste en la época en que esperaba. Ahora vuelve a encontrar en la boca de esa mujer el gusto amargo y reconfortante de la ciencia única. ¿Amargo? ¡Es apenas esa imperfección necesaria que hace sensible la dicha!

Es un gran error tratar de ver en Don Juan a un hombre que se alimenta con el Eclesiastés. Pues nada para él es vanidad sino la esperanza en otra vida. Lo prueba, puesto que se la juega contra el cielo mismo. No le pertenece el pesar por el deseo perdido en el goce, ese lugar común de la impotencia. Eso está bien en el Fausto, quien cree en Dios lo bastante como para venderse al diablo. Para Don Juan la cosa es más sencilla. El «Burlador» de Tirso de Molina responde siempre a las amenazas del infierno: «¡Tan largo me lo fiáis!» Lo que viene después de la muerte es fútil, ¡y qué larga serie de días para quien sabe estar vivo! Fausto reclamaba los bienes de este mundo: el desdichado sólo tenía que tender la mano. Ya era vender su alma no saber gozar de ella. Por el contrario, Don Juan busca la saciedad. Si abandona a una mujer bella no es, en modo alguno, porque ya no la desee. Una mujer bella es siempre deseable. Pero es que desea a otra, y eso no es lo mismo.

Esta vida le colma y nada es peor que perderla. Este loco es un gran sabio. Pero los hombres que viven de la esperanza se avienen mal a este universo en el que la bondad cede el lugar a la generosidad, la ternura al silencio viril, la comunión al valor solitario. Y todos dicen: «Era un débil, un idealista o un santo.» Hay que rebajar la grandeza que ofende.

Causan bastante indignación (o esa risa cómplice que degrada lo que admira) los discursos de Don Juan y esa

misma frase que sirve para todas las mujeres. Pero para quien busca la cantidad de los goces sólo cuenta la eficacia. ¿Para qué complicar las contraseñas que han dado ya sus pruebas? Nadie, ni la mujer ni el hombre, las escucha, sino más bien la voz que las pronuncia. Son una regla, la convención y la cortesía. Se dicen, después de lo cual queda por hacer lo más importante. Don Juan se prepara ya para ello. ¿Por qué se ha de plantear un problema de moral? No es como el Mañara de Milosz, que se condena por el deseo de ser un santo. El infierno es para él algo que se desafía. No tiene sino una respuesta para la cólera divina, y es el honor humano: «Tengo honor —dice al Comendador— y cumplo mi promesa porque soy un caballero.» Pero sería un error igualmente grande considerarlo un inmoralista. Es a ese respecto «como todo el mundo»: tiene la moral de su simpatía o su antipatía. No se comprende bien a Don Juan sino refiriéndose siempre a lo que simboliza vulgarmente: el seductor corriente y el mujeriego. Es un seductor ordinario \*, con la diferencia de que es consciente y por ello absurdo. Un seductor que se hace lúcido no cambiará por ello. Seducir es su estado. Sólo en las novelas se cambia de estado o se vuelve uno mejor. Pero se puede decir que a la vez nada cambia y todo se transforma. Lo que Don Juan pone en práctica es una ética de la cantidad, al contrario del santo, que tiende a la calidad. No creer en el sentido profundo de las cosas es lo propio del hombre absurdo. Recorre, estruja y quema esos rostros ardientes o maravillados. El tiempo marcha con él. El hombre absurdo es el que no se separa del tiempo. Don Juan no piensa en «coleccionar» mujeres. Agota su número y con ellas sus probabilidades de vida. Coleccionar es ser capaz de vivir del pasado propio. Pero él rechaza la añoranza, esa otra forma de la esperanza. No sabe contemplar los retratos.

\* En el sentido pleno y con sus defectos. Una actitud sana comprende *también* los defectos.

¿Es, por tanto, egoísta? A su manera, sin duda. Pero también a este respecto hay que entenderse. Existen los que han nacido para vivir y los que han nacido para amar. Por lo menos, Don Juan lo diría de buena gana. Pero podría elegir mediante una abreviación, pues el amor de que se habla aquí está adornado con las ilusiones de lo eterno. Todos los especialistas de la pasión nos lo dicen: no hay amor eterno si no es contrariado. No hay pasión sin lucha. Semejante amor no termina sino en la última contradicción, que es la muerte. Hay que ser Werther o nada. Hay también en esto muchas maneras de suicidarse, una de las cuales es el don total y el olvido de la propia persona. Don Juan, tanto como cualquier otro, sabe que eso puede ser conmovedor. Pero es uno de los pocos enterados de que lo importante no es eso. Sabe también que aquellos a quienes un gran amor aparta de toda vida personal se enriquecen, quizá, pero empobrecen seguramente a los elegidos por su amor. Una madre, una mujer apasionada tiene necesariamente el corazón seco, pues está apartado del mundo. Un solo sentimiento, un solo ser, un solo rostro, pero todo está devorado. Es otro amor el que conmueve a Don Juan, y éste es liberador. Trae consigo todos los rostros del mundo y su estremecimiento se debe a que se sabe perecedero. Don Juan ha elegido no ser nada.

Para él se trata de ver claro. No llamamos amor a lo que nos liga a ciertos seres sino por referencia a una manera de ver colectiva y de la que son responsables los libros y las leyendas. Pero yo no conozco del amor sino esa mezcla de deseo, ternura e inteligencia que me une a tal ser. Este compuesto no es el mismo para tal otro. No tengo derecho a dar el mismo nombre a todas esas experiencias. Ello dispensa de realizarlas con los mismos gestos. El hombre absurdo multiplica también a este respecto lo que no puede unificar. Así descubre una nueva manera de ser que le libera por lo menos tanto como libera a quienes se le acercan. No hay más amor generoso

que el que se sabe al mismo tiempo pasajero y singular. Todas estas muertes y todos estos renacimientos constituyen para Don Juan la gavilla de su vida. Es la manera que tiene de dar y de hacer vivir. Dejo que se juzgue si se puede hablar de egoísmo.

Pienso ahora en todos los que quieren absolutamente que Don Juan sea castigado, no sólo en otra vida, sino también en ésta. Pienso en todos esos cuentos, esas leyendas y esas risas sobre Don Juan envejecido. Pero Don Juan está ya preparado para ello. Para un hombre consciente no constituyen una sorpresa la vejez y lo que ella presagia. Precisamente, no es consciente sino en la medida en que no se oculta el horror. Había en Atenas un templo consagrado a la vejez. Llevaban a él a los niños. En cuanto a Don Juan, cuanto más se ríe de él tanto más se acusa su figura. Rechaza con ello la que le prestaron los románticos. Nadie quiere reírse de ese Don Juan torturado y lastimoso. Se le compadece. ¿Le redimirá el cielo? Pero no se trata de eso. En el universo que entrevé Don Juan, está comprendido *también* el ridículo. Él consideraría normal que se le castigase. Es la regla del juego. Y su generosidad consiste, justamente, en que ha aceptado toda la regla del juego. Pero sabe que tiene razón y que no puede tratarse de castigo. Un destino no es una sanción.

Ése es su crimen, y se comprende que los hombres de lo eterno deseen que se le castigue. Ha adquirido una ciencia sin ilusiones que niega todo lo que ellos profesan. Amar y poseer, conquistar y agotar es su manera de conocer. (Tiene sentido en esa palabra favorita de la Santa Escritura que llama «conocer» el acto sexual.) Es el peor enemigo de ellos en la medida en que los ignora. Un cronista informa que el verdadero «Burlador» murió asesinado por franciscanos que quisieron «poner fin a los excesos y las impiedades de Don Juan, a quien su nacimiento aseguraba la impunidad». Declararon luego que el cielo lo había fulminado. Nadie ha demostrado ese ex-

traño fin, ni nadie ha demostrado lo contrario. Pero sin preguntarme si eso es verosímil, puedo decir que es lógico. Sólo quiero referirme aquí a la palabra «nacimiento» y jugar con las palabras: su vida era la que aseguraba su inocencia, y sólo la muerte le dio una culpabilidad ahora legendaria.

¿Qué otra cosa significa ese Comendador de piedra, esa fría estatua que se anima para castigar a la sangre y al coraje que se han atrevido a pensar? Todos los poderes de la Razón eterna, del orden, de la moral universal, toda la grandeza extraña de un Dios accesible a la cólera se resumen en él. Esa piedra gigantesca y sin alma simboliza solamente las potencias que Don Juan ha negado para siempre. Pero en eso termina la misión del Comendador. El rayo y el trueno pueden volver al cielo ficticio del que bajaron. La verdadera tragedia se representa al margen de ellos. No, Don Juan no muere bajo una mano de piedra. Creo de buena gana en la bravata legendaria, en esa risa insensata del hombre sano que desafía a un dios que no existe. Pero creo, sobre todo, que esa noche en que Don Juan esperaba en casa de Doña Ana no se presentó el Comendador y el impío debió sentir, pasada la medianoche, la terrible amargura de quienes han tenido razón. Acepto más de buena gana todavía el relato de su vida que, para terminar, le hace sepultarse en un convento. No es que el aspecto edificante de la historia pueda ser considerado verosímil. ¿Qué refugio podía pedir a Dios? Pero eso simboliza más bien la terminación lógica de una vida completamente empapada de absurdo, el feroz desenlace de una existencia vuelta hacia goces sin mañana. El goce termina aquí en ascetismo. Hay que comprender que pueden ser como los dos rostros de una misma carencia. ¿Qué imagen más espantosa se puede desear que la de un hombre a quien traiciona su cuerpo y que, por no haber muerto a tiempo, consume la comedia esperando el fin cara a cara con ese dios al que no adora, sirviéndole como ha servido a la vida, arrodillado ante el vacío, con los brazos tendidos hacia

un cielo sin elocuencia y que, según él sabe, tampoco tiene profundidad?

Veo a Don Juan en una celda de esos monasterios españoles perdidos en una colina. Y si mira algo, no es a los fantasmas de los amores huidos, sino quizá por una aspillerada ardiente, a alguna llanura silenciosa de España, tierra magnífica y sin alma en la que se reconoce. Sí, hay que detenerse en esta imagen melancólica y resplandeciente. El fin último, esperado pero nunca deseado, es despreciable.

### *La comedia*

«El espectáculo —dice Hamlet— es la trampa donde atraparé la conciencia del rey.» Atrapar está bien dicho, pues la conciencia va rápidamente o se repliega. Hay que cazarla al vuelo, en ese momento inapreciable en el que echa sobre sí misma una mirada fugitiva. Al hombre cotidiano no le gusta detenerse en ella. Todo le apremia, por el contrario. Pero, al mismo tiempo, nada le interesa más que él mismo, sobre todo lo que podría ser. De ahí su afición al teatro, al espectáculo, donde se le proponen tantos destinos, cuya poesía recibe sin sufrir su amargura. En eso, por lo menos, se reconoce al hombre inconsciente, que continúa apresurándose hacia no se sabe qué esperanza. El hombre absurdo comienza donde aquél termina, donde, dejando de admirar el juego, el espíritu quiere intervenir en él. Penetrar en todas esas vidas, experimentarlas en su diversidad es propiamente representarlas. No digo que los actores en general obedezcan a ese llamamiento, que sean hombres absurdos, sino que su destino es un destino absurdo que podría seducir y atraer a un corazón clarividente. Es necesario sentar esto para que se entienda sin contrasentido lo que va a seguir.

El actor reina en lo perecedero. Entre todas las glorias, la suya es, como se sabe, la más efímera. Así se dice, por lo menos, en la conversación. Pero todas las glorias



son efímeras. Desde el punto de vista de Sirio, las obras de Goethe se habrán convertido en polvo y su nombre se habrá olvidado dentro de diez mil años. Algunos arqueólogos buscarán, quizá, *testimonios* de nuestra época. Esta idea ha sido siempre docente. Bien meditada, reduce nuestras agitaciones a la nobleza profunda que se encuentra en la indiferencia. Sobre todo, dirige nuestras preocupaciones hacia lo más seguro, es decir, hacia lo inmediato. De todas las glorías, la menos engañosa es la que se vive.

El actor ha elegido, por tanto, la gloria innumerable, la que se consagra y se experimenta. Él es quien saca la mejor conclusión del hecho de que todo debe morir un día. Un actor triunfa o no triunfa. Un escritor conserva una esperanza, aunque sea desconocido. Supone que sus obras atestiguarán lo que fue. El actor nos dejará todo lo más una fotografía, y nada de lo que era él, sus gestos y sus silencios, su corto resuello o su respiración amorosa, llegará hasta nosotros. Para él no ser conocido es no representar, y no representar es morir cien veces con todos los seres que habría animado o resucitado.

¿Puede sorprender encontrar una gloria perecedera edificada sobre las creaciones más efímeras? El actor tiene tres horas para ser Yago o Alcestes, Fedra o Gloucester. En ese breve tiempo los hace nacer y morir sobre cincuenta metros cuadrados de tablas. Nunca ha sido ilustrado lo absurdo tan bien ni tan largo tiempo. Esas vidas maravillosas, esos destinos únicos y completos que se desarrollan y terminan entre paredes, ¿pueden resumirse de una manera más reveladora? Una vez que deja el tablado, Segismundo ya no es nada. Dos horas después se le ve comiendo fuera de casa. Quizá sea entonces cuando la vida es un sueño. Pero después de Segismundo viene otro. El personaje que sufre de incertidumbre reemplaza al hombre que ruge después de vengarse. Recorriendo así los siglos y los espíritus, imitando al hombre tal como puede ser y tal como es, el actor se aseme-

ja a ese otro personaje absurdo que es el viajero. Como él, agota algo y recorre sin descanso. Es el viajero del tiempo y, en lo que respecta a los mejores, el viajero acosado por las almas. Si la moral de la cantidad pudiera encontrar alguna vez un alimento, lo encontraría seguramente en esta escena singular. Es difícil decir en qué medida el actor se beneficia con sus personajes. Pero lo importante no es eso. Se trata de saber, únicamente, hasta qué punto se identifica con esas vidas irremplazables. Sucede, en efecto, que las transporta consigo, que desbordan ligeramente el tiempo y el espacio en que han nacido. Acompañan al actor, y éste no se separa ya muy fácilmente de lo que él ha sido. Sucede que para tomar su vaso reencuentra el ademán de Hamlet al levantar la copa. No, no es tan grande la distancia que le separa de los seres que hace vivir. Ilustra entonces abundantemente todos los meses o todos los días esa verdad tan fecunda de que no hay frontera entre lo que un hombre quiere ser y lo que es. Lo que demuestra es hasta qué punto el parecer hace al ser, pues se ocupa constantemente en representar mejor. Pues su arte consiste en fingir absolutamente, en penetrar lo más posible en vidas que no son la suya. Al término de su esfuerzo se aclara su vocación: dedicarse con todo su corazón a no ser nada o a ser muchos. Cuanto más estrecho es el límite que se le da para crear su personaje tanto más necesario es su talento. Va a morir dentro de tres horas con el rostro que tiene hoy. Es necesario que en tres horas experimente y exprese todo un destino excepcional. Eso se llama perderse para volverse a encontrar. En esas tres horas va hasta el final del camino sin salida que el hombre de la sala tarda toda su vida en recorrer.

El actor, mimo de lo perecedero, no se ejercita ni se perfecciona sino en la apariencia. Lo convencional del teatro consiste en que el corazón no se expresa ni se hace en-

tender sino mediante los gestos y el cuerpo, o mediante la voz, que pertenece tanto al alma como al cuerpo. La ley de este arte quiere que todo tome cuerpo y se traduzca en carne. Si en el escenario hubiera que amar como se ama, emplear esa irremplazable voz del corazón, mirar como se mira, nuestro lenguaje sería cifrado. En él los silencios deben hacerse oír. El amor alza el tono y la inmovilidad misma se hace espectacular. El cuerpo es rey. No es «teatral» el que quiere serlo y esta palabra desacreditada erróneamente abarca toda una estética y toda una moral. La mitad de una vida humana transcurre sobrentendiendo, volviendo la cabeza y callándose. El actor es aquí el intruso. Levanta el sortilegio de esta alma encadenada y las pasiones se precipitan finalmente a su escenario. Hablan en todos los gestos, no viven sino dando gritos. Así, el actor compone sus personajes para ostentarlos. Los dibuja o los esculpe, se introduce en su forma imaginaria y da a sus fantasmas su sangre. No es necesario decir que me refiero al gran teatro, al que da al actor la ocasión de cumplir su destino enteramente físico. Véase a Shakespeare. En este teatro del primer movimiento son los furores del cuerpo los que dirigen la danza. Lo explican todo. Sin ellos todo se derrumbaría. El rey Lear no iría nunca a la cita que le da la locura sin el gesto brutal que destierra a Cordelia y condena a Edgar. Por tanto, es justo que esta tragedia se desarrolle bajo el signo de la demencia. Las almas se entregan a los demonios y a su zarabanda. No hay menos de cuatro locos, uno por oficio, otro por voluntad y los dos últimos por tormento: cuatro cuerpos desordenados, cuatro rostros indecibles de una misma condición.

La escala misma del cuerpo humano es insuficiente. Con la máscara y los coturnos, el maquillaje que reduce y acusa el rostro en sus elementos esenciales, el vestido que exagera y simplifica, este universo lo sacrifica todo a la apariencia y no está hecho sino para el ojo. En virtud de un milagro absurdo, es el cuerpo el que sigue proporcionando el conocimiento. Nunca comprendería yo bien

a Yago si no lo representase. Por mucho que le oiga, no lo capto sino en el momento en que lo veo. Por consiguiente, el actor tiene la monotonía, la silueta única, obsesionante, a la vez extraña y familiar del personaje absurdo que pasea a través de todos sus protagonistas. También en eso la gran obra teatral sirve a esa unidad de tono \*. En eso es en lo que el actor se contradice: es él mismo y, no obstante, tan diverso, tantas almas resumidas por un solo cuerpo. Pero es la contradicción absurda misma este individuo que quiere alcanzarlo todo y vivirlo todo, esta inútil tentativa, esta obstinación sin alcance. Lo que se contradice siempre se une, no obstante, en él. Se halla en ese lugar en que el cuerpo y el espíritu se unen y se aprietan, en que el segundo, cansado de sus fracasos, se vuelve hacia su aliado más fiel. «Y benditos sean aquellos —dice Hamlet— cuya sangre y cuyo juicio se mezclan tan curiosamente que no son una flauta en la que el dedo de la fortuna hace sonar el agujero que le place.»

¿Cómo no iba a condenar la Iglesia semejante ejercicio en el actor? Repudiaba ella en este arte la multiplicación herética de las almas, la orgía de emociones, la pretensión escandalosa de un espíritu que se niega a no vivir más que un destino y se precipita en todas las intemperancias. Ella proscribía en ellos esa afición al presente y ese triunfo de Proteo que son la negación de todo lo que ella enseña. La eternidad no es un juego. Un espíritu lo bastante insensato como para preferir una comedia ya no puede salvarse. No hay compromiso entre el «en todas partes» y el «siempre». De ahí que ese oficio tan despreciado pueda dar lugar a un conflicto espiritual

\* Pienso ahora en el Alceste de Molière. Todo es tan simple, tan evidente y tan grosero. Alceste contra Filinto, Celimena contra Elianto, todo el tema con la absurda consecuencia de un carácter llevado hacia su fin, y el verso mismo, el «mal verso», apenas escandido como la monotonía del personaje.

desmesurado. «Lo que importa —dice Nietzsche— no es la vida eterna, sino la eterna vivacidad.» Todo el drama está, en efecto, en esta elección.

Adriana Lecouvreur, en su lecho de muerte, quería confesarse y comulgar, pero se negó a renunciar a su profesión. Perdió con ello el beneficio de la confesión. ¿Qué era eso, en efecto, sino ponerse contra Dios en defensa de su propia pasión profunda? Y esa mujer agonizante, al negarse con lágrimas en los ojos a renegar del que llamaba su arte, dio pruebas de una grandeza que jamás alcanzó en la escena. Fue su papel más hermoso y el más difícil de representar. Elegir entre el cielo y una fidelidad irrisoria, preferirse a la eternidad o abismarse en Dios es la tragedia secular en la que hay que estar en su sitio.

Los comediantes de la época sabían que estaban excomulgados. Ingresar en la profesión era elegir el Infierno. Y la Iglesia los consideraba como sus peores enemigos. Algunos literatos se indignan: «¿Cómo negar a Molière los últimos sacramentos!» Pero eso era justo y, sobre todo, para él, que murió en escena y termina bajo el disfraz una vida enteramente dedicada a la dispersión. A propósito de él se invoca al genio que lo excusa todo. Pero el genio no excusa nada, justamente porque se niega a hacerlo.

El actor sabía, por tanto, el castigo que se le prometía. ¿Pero qué sentido podían tener tan vagas amenazas en comparación con el último castigo que le reservaba la vida misma? Era éste el que sentía de antemano y aceptaba completamente. Para el actor, lo mismo que para el hombre absurdo, una muerte prematura es irreparable. Nada puede compensar la suma de los rostros y los siglos que de no ser por ella habría recorrido. Pero, de todos modos, se trata de morir. Pues el actor está, sin duda, en todas partes, pero el tiempo lo arrastra también y ejerce efecto en él.

Basta un poco de imaginación para sentir lo que significa un destino de actor. Éste compone y enumera sus personajes en el tiempo. También aprende a dominarlos

en el tiempo. Cuantas más vidas diferentes ha vivido tanto más se separa de ellas. Llega un tiempo en que hay que morir en la escena y en el mundo. Lo que ha vivido está frente a él. Lo ve claramente. Siente lo que tiene esa aventura de desgarrador e irremplazable. Sabe, y ahora puede morir. Hay asilos para los comediantes viejos.

## *La conquista*

«No —dice el conquistador—, no creáis que para amar la acción haya tenido que “desaprender” a pensar. Por el contrario, puedo definir perfectamente lo que creo, pues lo creo con fuerza y lo veo con una visión cierta y clara.» Desconfiad de quienes dicen: «Conozco esto demasiado bien para que pueda expresarlo.» Pues si no pueden, es porque no lo saben o porque por pereza se han limitado a la corteza.

Yo no tengo muchas opiniones. Al final de una vida, el hombre se da cuenta de que ha pasado años tratando de confirmarse una sola verdad. Pero una sola, si es evidente, basta para orientar una existencia. En lo que a mí respecta, tengo decididamente algo que decir sobre el individuo. Se debe hablar de él con rudeza y, si es necesario, con el desprecio conveniente.

Un hombre lo es más por las cosas que calla que por las que dice. Son muchas las que yo voy a callar. Pero creo firmemente que todos los que han juzgado al individuo lo han hecho con mucha menos experiencia que nosotros para fundamentar su juicio. La inteligencia, la conmovedora inteligencia ha presentado quizá lo que había que comprobar. Pero la época, sus ruinas y su sangre nos llenan de evidencias. A los pueblos antiguos, y también a los más recientes hasta nuestra era maquinal, les era posible parangonar las virtudes de la sociedad y

del individuo, averiguar cuál de ellos debía servir al otro. Eso era posible, ante todo, en virtud de esa aberración tenaz del corazón del hombre según la cual los seres fueron puestos en el mundo para servir o para ser servidos. Eso era aún posible porque ni la sociedad ni el individuo habían mostrado toda su habilidad.

He visto a personas agudas maravillarse ante las obras de arte de los pintores holandeses nacidos durante las sangrientas guerras de Flandes, conmoverse ante las oraciones de los místicos silesianos formados en la guerra espantosa de los Treinta Años. Los valores eternos sobrenadan, ante sus ojos asombrados, por encima de los tumultos seculares. Pero el tiempo ha corrido desde entonces. Los pintores actuales carecen de esa serenidad. Aunque en el fondo tengan el corazón que necesita el creador, quiero decir un corazón seco, no les sirve de nada, pues todo el mundo, y el santo mismo, está movilizado. Esto es, quizá, lo que he sentido más profundamente. Con cada forma abortada en las trincheras, con cada rasgo, metáfora o plegaria triturados por la metralla, lo eterno pierde una partida. Consciente de que no puedo separarme de mi época, he decidido formar cuerpo con ella. Por eso si hago tanto caso del individuo es porque me parece irrisorio y humillado. Porque sé que no hay causas victoriosas me gustan las causas perdidas: éstas exigen un alma entera, igual en su derrota como en sus victorias pasajeras. Para quien se siente solidario con el destino de este mundo, el choque de las civilizaciones tiene algo de angustioso. Yo he hecho mía esa angustia al mismo tiempo que he querido jugar en ella mi partida. Entre la historia y lo eterno he elegido la historia, porque me gustan las certidumbres. De ella por lo menos estoy seguro, ¿y cómo negar esta fuerza que me aplasta?

Llega siempre un tiempo en que hay que elegir entre la contemplación y la acción. Eso se llama hacerse un hombre. Esos desgarramientos son espantosos, pero

para un corazón orgulloso no puede haber término medio. Existe Dios o el tiempo, esta cruz o esta espada. Este mundo tiene un sentido más alto que supera a sus agitaciones o nada es cierto sino esas agitaciones. Hay que vivir con el tiempo y morir con él o sustraerse a él para una vida más grande. Sé que se puede transigir y que se puede vivir en el siglo y creer en lo eterno. Eso se llama aceptar. Pero me opongo a este término y quiero todo o nada. Si elijo la acción, no se crea que la contemplación es para mí una tierra desconocida. Pero no puede dármele todo y, privado de lo eterno, quiero aliarme con el tiempo. No quiero tener en cuenta la nostalgia ni la amargura y lo único que quiero es ver con claridad. Te lo digo: mañana te movilizarán. Para ti y para mí eso es una liberación. El individuo no puede nada y, sin embargo, lo puede todo. En esta maravillosa disponibilidad se comprenderá por qué lo ensalzo y lo aplasto a la vez. El mundo es quien lo tritura y yo soy quien lo libera. Yo le proporciono todos sus derechos.

Los conquistadores saben que la acción es en sí misma inútil. Sólo hay una acción útil, la que reharía al hombre y a la tierra. Yo no reharé nunca a los hombres. Pero hay que hacer «como si», pues el camino de la lucha me hace volver a encontrar la carne. Aunque humillada, la carne es mi única certidumbre. Sólo puedo vivir de ella. La criatura es mi patria. Por eso he elegido este esfuerzo absurdo y sin alcance. Por eso estoy del lado de la lucha. La época se presta para ello, como he dicho. Hasta ahora la grandeza de un conquistador era geográfica. Se medía por la extensión de los territorios vencidos. Por algo ha cambiado de sentido la palabra y ya no designa al general vencedor. La grandeza ha cambiado de campo. Está en la protesta y en el sacrificio sin porvenir. Pero no es por complacencia en la derrota. La victoria sería deseable. Pero sólo hay una victoria y es eterna. Es la que no conseguiré nunca. Con

eso es con lo que tropiezo y me atasco. Una revolución se realiza siempre contra los dioses, comenzando por la de Prometeo, el primero de los conquistadores modernos. Es una reivindicación del hombre contra su destino: la reivindicación del pobre no es sino un pretexto. Pero no puedo captar este espíritu sino en su acto histórico y ahí es donde me reúno con él. No se crea, sin embargo, que me complazco en ello: frente a la contradicción esencial definiendo mi contradicción humana. Instalo mi lucidez en medio de lo que la niega. Exalto al hombre ante lo que lo aplasta y mi libertad, mi rebelión y mi pasión se unen en esa tensión, esa clarividencia y esa repetición desmesurada.

Sí, el hombre es su propio fin. Y es su único fin. Si quiere ser algo, tiene que serlo en esta vida. Ahora lo sé de sobra. Los conquistadores hablan a veces de vencer y superar. Pero siempre quieren decir «superarse». Sabéis muy bien lo que eso significa. Todo hombre se ha sentido igual a un dios en ciertos momentos. Por lo menos, así se dice. Pero eso se debe a que, en un relámpago, ha sentido la asombrosa grandeza del espíritu humano. Los conquistadores son solamente aquellos hombres que se sienten con fuerzas suficientes como para estar seguros de vivir constantemente a esas alturas y con la plena conciencia de esa grandeza. Es una cuestión de aritmética, de más o de menos. Los conquistadores pueden con lo más, pero no pueden más que el hombre mismo cuando lo quiere. Por eso no abandonan nunca el crisol humano y se hunden en lo más ardiente del alma de las revoluciones.

Encuentran allí a la criatura mutilada, pero encuentran también los únicos valores que aman y admiran: el hombre y su silencio. Ésa es a la vez su miseria y su riqueza. Sólo hay un lujo para ellos y es el de las relaciones humanas. ¿Cómo no se ha de comprender que en este universo vulnerable todo lo que es humano y no es más que eso adquiere un sentido más ardiente? Los rostros tensos, la fraternidad amenazada, la amistad tan fuer-

te y tan púdica de los hombres entre sí son las verdaderas riquezas, puesto que son perecederas. Entre ellas es donde el espíritu siente más sus poderes y sus límites. Es decir, su eficacia. Algunos han hablado de genio, pero al genio, lo digo en seguida, prefiero la inteligencia. Se debe decir que ésta puede ser entonces magnífica. Ilumina este desierto y lo domina. Conoce sus servidumbres y las ilustra. Morirá al mismo tiempo que este cuerpo. Pero su libertad consiste en saberlo.

No lo ignoramos, todas las Iglesias están contra nosotros. Un corazón tan tenso se sustrae a lo eterno y todas las Iglesias, divinas o políticas, aspiran a lo eterno. La felicidad y el valor, el salario y la justicia son para ellas fines secundarios. Proporcionan una doctrina y hay que consentir en ella. Pero yo nada tengo que ver con las ideas o lo eterno. Puedo tocar con la mano las verdades a mi medida. No puedo separarme de ellas. Por eso no se puede fundar nada sobre mí: nada del conquistador perdura, ni siquiera sus doctrinas.

Al final de todo eso, a pesar de todo, está la muerte. Lo sabemos, y sabemos también que lo termina todo. Por eso son horribles esos cementerios que cubren Europa y que atormentan a algunos de nosotros. No se embelece sino lo que se ama y la muerte nos repugna y nos cansa. También a ella hay que conquistarla. El último Carrara, prisionero en la Padua vaciada por la peste y asediada por los venecianos, recorría gritando las salas de su palacio desierto; llamaba al diablo y le pedía la muerte. Era una manera de superarla. Y es también una señal de valor propia del Occidente haber hecho tan espantosos los lugares donde la muerte se cree honrada. En el universo del rebelde la muerte exalta a la injusticia. Es el abuso supremo.

Otros, también sin transigir, han elegido lo eterno y denunciado la ilusión de este mundo. Sus cementerios sonríen entre una multitud de flores y pájaros. Eso conviene al conquistador y le da la imagen clara de lo que él

ha rechazado. Ha elegido, por el contrario, la cerca de palastro o la fosa anónima. Los mejores entre los hombres de lo eterno se sienten a veces presa de un espanto lleno de consideración y de piedad ante espíritus que pueden vivir con semejante imagen de su muerte. Sin embargo, esos hombres sacan de ella su fuerza y su justificación. Nuestro destino está frente a nosotros y lo desafiarnos, menos por orgullo que por la conciencia que tenemos de nuestra condición intrascendente. También nosotros nos compadecemos a veces de nosotros mismos. Es la única compasión que nos parece aceptable: un sentimiento que quizá no comprendáis y que os parece poco viril. Sin embargo, lo experimentan los más audaces de entre nosotros. Pero nosotros llamamos viriles a los lúcidos y no queremos una fuerza que se separe de la clarividencia.

Diremos una vez más que estas imágenes no proponen moralejas ni implican juicios: son diseños. Simbolizan únicamente un estilo de vida. El amante, el comediante o el aventurero encarnan lo absurdo. Pero también, si lo quieren, el casto, el funcionario o el presidente de la república. Basta con saber y no ocultar nada. En los museos italianos se encuentran a veces pequeñas pantallas pintadas que el sacerdote mantenía ante la vista de los condenados para ocultarles el cadalso. El salto en todas sus formas, la precipitación a lo divino o a lo eterno, el abandono a las ilusiones de lo cotidiano o de la idea son otras tantas pantallas que ocultan lo absurdo. Pero hay funcionarios sin pantalla y quiero hablar de ellos.

He elegido a los más extremados. En esa situación lo absurdo les da un poder real. Es cierto que esos príncipes no tienen reino, pero tienen sobre los otros la segura ventaja de saber que todos los reinos son ilusorios. Saben, eso constituye toda su grandeza, y es inútil que se quiera hablar a su respecto de desdicha oculta o de las cenizas de la desilusión. Estar privado de esperanza no es desesperar. Las llamas de la tierra valen tanto como los perfumes celestes. Ni yo ni nadie podemos juzgarlos aquí. No tratan de ser mejores, sino de ser consecuentes. Si la palabra sabio se aplica al hombre que vive de lo

que tiene, sin especular sobre lo que no tiene, éstos son hombres sabios. Uno de ellos, conquistador, pero del espíritu; Don Juan, pero del conocimiento; comediante, pero de la inteligencia, lo sabe mejor que nadie: «No se merece en modo alguno un privilegio en la tierra y en el cielo cuando se ha llevado la querida y pequeña manse-dumbre de carnero hasta la perfección: no por ello se deja de seguir siendo, en el mejor caso, un querido carnerito ridículo con cuernos y nada más, aun admitiendo que no se reviente de vanidad y que no se provoque el escándalo con sus actitudes de juez.»

En todo caso, era necesario restituir al razonamiento absurdo rostros más ardientes. La imaginación puede añadirle otros muchos, fijados en el tiempo y el destierro, que saben también vivir de acuerdo con un universo sin porvenir y sin debilidad. Este mundo absurdo y sin dios se puebla entonces con hombres que piensan con claridad y ya no esperan. Y todavía no he hablado del más absurdo de los personajes, que es el creador.

La creación absurda



## *Filosofía y novela*

Todas estas vidas mantenidas en el aire avaro de lo absurdo no podrían sostenerse sin algún pensamiento profundo y constante que las anime con su fuerza. También en esto sólo puede tratarse de un singular sentimiento de fidelidad. Se ha visto a hombres conscientes cumplir su tarea en medio de las guerras más estúpidas sin creerse en contradicción. Es que se trataba de no eludir nada. Hay una felicidad metafísica en la defensa de la absurdidad del mundo. La conquista o el juego, el amor innumerable, la rebelión absurda son homenajes que el hombre tributa a su dignidad en una campaña en la que está vencido de antemano.

Se trata solamente de ser fiel a la regla del combate. Este pensamiento puede bastar para alimentar a un hombre: ha sostenido y sostiene a civilizaciones enteras. No se niega la guerra. Hay que morir o vivir de ella. Lo mismo sucede con lo absurdo: se trata de respirar con él, de reconocer sus lecciones y de volver a encontrar su carne. A este respecto, el goce absurdo por excelencia es la creación. «El arte y nada más que el arte —dice Nietzsche—. Tenemos el arte para no morir de la verdad.»

En la experiencia que trato de describir y hacer sentir de muchos modos surge ciertamente un tormento allí donde muere otro. La busca pueril del olvido, el llama-

miento de la satisfacción no hallan ahora eco. Pero la tensión constante que mantiene el hombre frente al mundo, el delirio ordenado que le impulsa a acoger todo le dejan otra fiebre. En este universo es la obra la única probabilidad de mantener la propia conciencia y de fijar en ella las aventuras. Crear es vivir dos veces. La búsqueda titubeante y ansiosa de un Proust, su meticulosa colección de flores, de tapices y de angustias no significan otra cosa. Al mismo tiempo, no tiene más alcance que la creación continua e inapreciable a la que se entregan durante todos los días de su vida el comediante, el conquistador y todos los hombres absurdos. Todos tratan de imitar, repetir y recrear su propia realidad. Terminamos siempre por tener el rostro de nuestras verdades. Para un hombre apartado de lo eterno la existencia entera no es sino una imitación desmesurada bajo la máscara de lo absurdo. La creación es la gran imitación.

Estos hombres saben ante todo, y luego todo su esfuerzo consiste en recorrer, agrandar y enriquecer la isla sin porvenir a la que acaban de llegar. Pero es necesario saber, ante todo, pues el descubrimiento absurdo coincide con un tiempo de descanso en el que se elaboran y justifican las pasiones futuras. Hasta los hombres sin evangelio tienen su Monte de los Olivos. Y tampoco en el suyo hay que dormirse. Para el hombre absurdo no se trata ya de explicar y de resolver, sino de sentir y describir. Todo comienza con la indiferencia clarividente.

Describir, tal es la última ambición de un pensamiento absurdo. También la ciencia, al llegar al término de sus paradojas, deja de proponer y se detiene para contemplar y dibujar el paisaje siempre virgen de los fenómenos. El corazón aprende así que esa emoción que nos transporta ante los rostros del mundo no procede de su profundidad, sino de su diversidad. La explicación es inútil, pero la sensación subsiste y con ella los llamamientos incesantes de un universo inagotable

en cantidad. Ahora se comprende el lugar que ocupa la obra de arte.

Señala a la vez la muerte de una esperanza y su multiplicación. Es como una repetición monótona y apasionada de los temas ya orquestados por el mundo: el cuerpo, inagotable imagen en el frontón de los templos; las formas o los colores, el número o la angustia. Por tanto, no es indiferente, para terminar, encontrar nuevamente los principales temas de este ensayo en el universo magnífico y pueril del creador. Sería un error ver en ello un símbolo y creer que la obra de arte puede ser considerada, al fin y al cabo, como un refugio de lo absurdo. Ella misma es un fenómeno absurdo y se trata solamente de su descripción. No ofrece una solución al mal del espíritu. Es, por el contrario, uno de los signos de ese mal que repercute en todo el pensamiento de un hombre. Pero, por primera vez, hace que el espíritu salga de sí mismo y lo coloca frente a otro, no para que se pierda en él, sino para mostrarle con un dedo preciso el camino sin salida en que se han metido todos. En el tiempo del razonamiento absurdo, la creación sigue a la indiferencia y al descubrimiento. Señala el punto desde el que se lanzan las pasiones absurdas y en el que se detiene el razonamiento. Así se justifica su lugar en este ensayo.

Bastará con poner de manifiesto algunos temas comunes al creador y al pensador para que volvamos a encontrar en la obra de arte todas las contradicciones del pensamiento metido en lo absurdo. Son menos, en efecto, las conclusiones idénticas que sacan las inteligencias semejantes que las contradicciones que les son comunes. Lo mismo puede decirse del pensamiento y la creación. Apenas necesito decir que es un mismo tormento el que lleva al hombre a esas actitudes. En él coinciden al partir. Pero entre todos los pensamientos que parten de lo absurdo he visto que muy pocos se mantenían en él. Y por sus desvíos o sus infidelidades he podido medir mejor lo que no pertenecía sino a lo

absurdo. Paralelamente, debo preguntarme: ¿es posible una obra absurda?

No se insistirá nunca demasiado en lo arbitrario de la antigua oposición entre arte y filosofía. Si se la quiere entender en un sentido demasiado preciso, es seguramente falsa. Si se quiere decir solamente que cada una de esas dos disciplinas tiene su clima particular, eso es, sin duda, cierto, pero vago. La única argumentación aceptable residía en la contradicción promovida entre el filósofo encerrado en *medio* de su sistema y el artista colocado *ante* su obra. Pero esto valía para cierta forma de arte y de filosofía a la que nosotros consideramos aquí secundaria. La idea de un arte separado de su creador no está solamente anticuada, sino que también es falsa. Por oposición al artista se señala que ningún filósofo ha creado nunca varios sistemas. Pero esto es cierto en la medida misma en que ningún artista ha expresado nunca más de una sola cosa bajo aspectos diferentes. La perfección instantánea del arte, la necesidad de su renovación no son ciertas sino por prejuicio. Pues la obra de arte también es una construcción y todos saben cuán monótonos pueden ser los grandes creadores. El artista, lo mismo que el pensador, se empeña y se hace en su obra. Esta ósmosis plantea el más importante de los problemas estéticos. Además, nada más inútil que estas distinciones según los métodos y los objetos para quien se convence de la unidad de propósito del espíritu. No hay fronteras entre las disciplinas que el hombre se propone para comprender y amar. Se interpenetran y la misma angustia las confunde.

Es necesario decir esto desde el principio. Para que sea posible una obra absurda es necesario que se mezcle con ella el pensamiento bajo su forma más lúcida. Pero es necesario, al mismo tiempo, que no aparezca en ella sino como la inteligencia que ordena. Esta paradoja se explica con arreglo a lo absurdo. La obra de arte nace del renunciamiento de la inteligencia a razonar lo concreto. Señala el triunfo de lo carnal. Es el pensamiento lúcido

el que la provoca, pero en ese acto mismo se niega. No cederá a la tentación de agregar a lo descrito un sentido más profundo que sabe ilegítimo. La obra de arte encarna un drama de la inteligencia, pero no lo demuestra sino indirectamente. La obra absurda exige un artista consciente de estos límites y un arte en el que lo concreto sólo se describa a sí mismo. No puede ser el fin, el sentido y el consuelo de una vida. Crear o no crear no cambia nada. El creador absurdo no se atiene a su obra. Podría renunciar a ella. Renuncia a ella algunas veces. Le basta con una Abisinia.

Se puede ver en ello, al mismo tiempo, una regla de estética. La verdadera obra de arte está hecha siempre a la medida del hombre. Es esencialmente la que dice «menos». Hay cierta relación entre la experiencia global de un artista y la obra que la refleja, entre *Wilhelm Meister* y la madurez de Goethe. Esa relación es mala cuando la obra pretende dar toda la experiencia en el papel de encaje de una literatura de explicación. Esa relación es buena cuando la obra no es sino un trozo tallado en la experiencia, una faceta del diamante en que el brillo interior se resume sin limitarse. En el primer caso hay exceso de carga y pretensión a lo eterno. En el segundo, obra fecunda a causa de todo un supuesto de experiencia, cuya riqueza se adivina. Para el artista absurdo el problema consiste en adquirir esa mundología que supera a la desenvoltura. Y al final el gran artista, bajo este clima, es ante todo un gran viviente si se entiende que vivir es tanto sentir como reflexionar. La obra encarna, por tanto, un drama intelectual. La obra absurda ilustra la renuncia del pensamiento a sus prestigios y su resignación a no ser ya más que la inteligencia que hace funcionar las apariencias y que cubre con imágenes lo que no tiene razón. Si el mundo fuese claro no existiría el arte.

No hablo ahora de las artes de la forma o del color, en las que sólo reina la descripción en su espléndida modestia \*. La expresión comienza donde termina el pensamien-

\* Es curioso ver que la pintura más intelectual, la que trata de redu-

to. Esos adolescentes de ojos vacíos que pueblan los templos y los museos tienen su filosofía traducida a gestos. A un hombre absurdo le enseña más que todas las bibliotecas. Bajo otro aspecto, sucede lo mismo con la música. Si hay un arte privado de enseñanza, es precisamente ése. Está demasiado próximo a las matemáticas para no haber tomado de ellas su carácter gratuito. Ese juego del espíritu consigo mismo según leyes convenidas y medidas se desarrolla en el espacio sonoro que es el nuestro y más allá del cual las vibraciones vuelven a encontrarse, no obstante, en un universo inhumano. No existe sensación más pura. Estos ejemplos son demasiado fáciles. El hombre absurdo reconoce como suyas esas armonías y esas formas.

Pero yo querría hablar aquí de una obra en la que la tentación de explicar sigue siendo la mayor, en la que la ilusión se ofrece por sí misma, en la que la conclusión es casi inevitable. Me refiero a la creación novelesca. Me preguntaré si lo absurdo puede mantenerse en ella.

Pensar es, ante todo, querer crear un mundo (o limitar el propio, lo que equivale a lo mismo). Es partir del desacuerdo fundamental que separa al hombre de su experiencia para encontrar un terreno de armonía conforme a su nostalgia, un universo encorsetado con razones o aclarado por analogías que permitan resolver el divorcio insostenible. El filósofo, aunque sea Kant, es creador. Tiene sus personajes, sus símbolos y su acción secreta. Tiene sus desenlaces. A la inversa, la preeminencia lograda por la novela con respecto a la poesía y el ensayo representa únicamente, y a pesar de las apariencias, una mayor intelectualización del arte. Entendámonos: se trata sobre todo de las más grandes. La fecundidad y la grandeza de un género se miden con frecuencia por sus desperdicios.

ducir la realidad a sus elementos esenciales, no es ya en último término sino un goce de los ojos. No ha conservado del mundo más que el color.

El número de malas novelas no debe hacer olvidar la grandeza de las mejores. Éstas, justamente, llevan consigo su universo. La novela tiene su lógica, sus razonamientos, su intuición y sus postulados. Tiene también sus exigencias de claridad \*.

La oposición clásica de que hablaba más arriba se justifica menos todavía en este caso particular. Valía en la época en que era fácil separar a la filosofía de su autor. En la actualidad, cuando el pensamiento no aspira ya a lo universal, cuando su mejor historia sería la de sus arrepentimientos, sabemos que el sistema, cuando es válido, no se separa de su autor. *La Ética* misma, en uno de sus aspectos, no es sino una larga y rigurosa confidencia. El pensamiento abstracto encuentra por fin su apoyo carnal. Y del mismo modo, los juegos novelescos del cuerpo y de las pasiones se ordenan un poco más con arreglo a las exigencias de una visión del mundo. Ya no se cuentan «historias»; se crea el universo propio. Los grandes novelistas son novelistas filósofos, es decir, lo contrario de escritores de tesis. Así lo son Balzac, Sade, Melville, Stendhal, Dostoievski, Proust, Malraux, Kafka, por no citar más que algunos.

Pero, justamente, el hecho de que hayan preferido escribir con imágenes más bien que con razonamientos revela cierta idea, que les es común, persuadida de la inutilidad de todo principio de explicación y convencida del mensaje de enseñanza de la apariencia sensible. Consideran que la obra es al mismo tiempo un fin y un principio. Es el resultado de una filosofía con frecuencia inexpressada, su ilustración y su coronamiento. Pero no es comple-

\* Reflexiónese sobre ello: eso explica las peores novelas. Casi todo el mundo se cree capaz de pensar y, en cierta medida, bien o mal, piensa efectivamente. Muy pocos, por el contrario, pueden imaginarse poetas o forjadores de frases. Pero desde el momento en que el pensamiento ha prevalecido sobre el estilo, la multitud ha invadido la novela.

Esto no es tan malo como se dice. Los mejores tienen que exigirse más a ellos mismos. En cuanto a los que sucumben, no merecían sobrevivir.

ta, sino por los subentendidos de esa filosofía. Justifica, en fin, esta variante de un tema antiguo: que un poco de pensamiento aleja de la vida, pero mucho lleva a ella. Como es incapaz de sublimar lo real, el pensamiento se limita a imitarlo. La novela de que tratamos es el instrumento de este conocimiento a la vez relativo e inagotable, tan parecido al del amor. La creación novelesca tiene del amor el asombro inicial y la rumia fecunda.

Tales son, por lo menos, los prestigios que le reconozco al comienzo. Pero también se los reconocía a esos príncipes del pensamiento humillado cuyos suicidios pude contemplar luego. Lo que me interesa, justamente, es conocer y describir la fuerza que les hace volver al camino común de la ilusión. El mismo método me servirá ahora, por tanto. Haberlo empleado ya me servirá para abreviar mi razonamiento y resumirlo en seguida con un ejemplo concreto. Quiero saber si, una vez que se acepta vivir sin apelación, se puede consentir también en trabajar y crear sin apelación, y cuál es la ruta que lleva a esas libertades. Quiero librar a mi universo de sus fantasmas y poblarlo solamente con las verdades carnales cuya presencia no puedo negar. Puedo hacer una obra absurda, elegir la actitud creadora a otra cualquiera. Pero para que una actitud absurda siga siéndolo, debe permanecer consciente de su gratuidad. Lo mismo sucede con la obra. Si en ella no se respetan los mandamientos de lo absurdo, si no ilustra el divorcio y la rebelión, si consagra las ilusiones y suscita la esperanza, ya no es gratuita. Ya no puedo separarme de ella. Mi vida puede encontrar en ella un sentido, y eso es irrisorio. No es ya ese ejercicio de desapego y de pasión que consume el esplendor y la inutilidad de una vida de hombre.

En la creación la tentación de explicar es más fuerte, ¿se puede superar esa tentación? En el mundo ficticio, en el que la conciencia del mundo real es más fuerte, ¿puedo permanecer fiel a lo absurdo sin consagrarme al deseo de concluir? Son otras tantas preguntas que deben

encararse en un último esfuerzo. Se ha comprendido ya lo que significaban. Son los últimos escrúpulos de una conciencia que teme abandonar su primera y difícil enseñanza al precio de una última ilusión. Lo que vale para la creación, considerada como una de las actitudes posibles para el hombre consciente de lo absurdo, vale para todos los estilos de vida que se le ofrecen. El conquistador o el actor, el creador o Don Juan pueden olvidar que su ejercicio de vivir no se podría realizar sin la conciencia de su carácter insensato. Se acostumbra uno muy pronto. Se quiere ganar dinero para vivir feliz y todo el esfuerzo y lo mejor de una vida se concentran en ganar ese dinero. Se olvida la felicidad; se toma el medio por el fin. Asimismo, todo el esfuerzo del conquistador deriva hacia la ambición que no era sino un camino hacia una vida más grande. Don Juan, por su parte, va a aceptar también su destino, a satisfacer con esa existencia, cuya grandeza no vale sino por la rebelión. Para el uno es la conciencia; para el otro, la rebelión; en ambos casos ha desaparecido lo absurdo. Tan tenaz es la esperanza en el corazón humano. Los hombres más despojados terminan a veces aceptando la ilusión. Esta aprobación dictada por la necesidad de paz es la hermana interior del consentimiento existencial. Hay, por tanto, dioses de luz e ídolos de barro. Pero es el camino medio que lleva a los rostros del hombre lo que se trata de encontrar.

Hasta aquí son los fracasos de la exigencia absurda los que nos han informado mejor sobre lo que ella es. De la misma manera, nos bastará para estar prevenidos con advertir que la creación novelesca puede ofrecer la misma ambigüedad que ciertas filosofías. Por tanto, puedo elegir como ejemplo una obra en la que se reúna todo lo que indica la conciencia de lo absurdo, cuyo comienzo sea claro y el clima lúcido. Sus consecuencias nos instruirán. Si lo absurdo no es respetado en ella, sabremos a través de qué sesgo se ha introducido la ilusión. Un ejemplo concreto, un tema, una fidelidad de creador bastarán entonces. Se trata del mismo análisis que ya ha sido hecho más largamente.

Examinaré un tema favorito de Dostoievski. Hubiera podido estudiar igualmente otras obras \*, pero en ésta se trata el problema directamente, en el sentido de la grandeza y la emoción, como sucede con los pensamientos existencialistas de que ya se ha hablado. Este paralelismo sirve para mi propósito.

---

\* La de Malraux, por ejemplo. Pero habría debido abordar al mismo tiempo el problema social al que, en efecto, no puede evitar el pensamiento absurdo (aunque éste pueda proponerle muchas soluciones y muy diferentes). Sin embargo, hay que limitarse.

### *Kirilov*

Todos los personajes de Dostoievski se interrogan sobre el sentido de la vida. Son modernos en eso: no temen al ridículo. Lo que distingue a la sensibilidad moderna de la sensibilidad clásica es que ésta se nutre de problemas morales y aquélla de problemas metafísicos. En las novelas de Dostoievski se plantea la cuestión con tal intensidad que no puede traer aparejadas sino soluciones extremas. La existencia es engañosa o es eterna. Si Dostoievski se contentase con este examen sería filósofo. Pero ilustra las consecuencias que pueden tener esos juegos del espíritu en una vida de hombre, y en eso es artista. Entre esas consecuencias, la que le interesa es la última, a la que en el *Diario de un escritor* llama él mismo suicidio lógico. En efecto, en las entregas de diciembre de 1876 imagina el razonamiento del «suicida lógico». Convencido de que la existencia humana es una perfecta absurdidad para quien no tiene fe en la inmortalidad, el desesperado llega a las siguientes conclusiones:

«Puesto que a mí preguntas con respecto a la dicha se me ha respondido, por medio de mi conciencia, que no puedo ser dichoso sino en armonía con el gran todo, que no concibo ni podré concebir nunca, es evidente...

»...Puesto que, en fin, en este orden de cosas, asumo a

la vez el papel del demandante y del demandado, del acusado y del juez, y puesto que encuentro enteramente estúpida esta comedia por parte de la naturaleza, y hasta considero humillante por mi parte que acepte representarla...

»En mi calidad indiscutible de demandante y demandado, de juez y de acusado, condeno a esta naturaleza que, con una desenvoltura tan imprudente, me ha hecho nacer para sufrir: la condeno a que sea aniquilada conmigo.»

Hay todavía un poco de humorismo en esta posición. Este suicida se mata porque se le ha *vejado* en el plano metafísico. En cierto sentido, se venga. Es la manera que tiene de demostrar que «no podrán con él». Se sabe, sin embargo, que el mismo tema se encarna, pero con la amplitud más admirable, en Kirilov, personaje de *Los poseídos*, partidario también del suicidio lógico. El ingeniero Kirilov declara en alguna parte que quiere quitarse la vida porque ésa «es su idea». Se comprende bien que hay que tomar la palabra en su sentido propio. Él se dispone a morir por una idea, por un pensamiento. Es el suicidio superior. Progresivamente, a lo largo de escenas en que la máscara de Kirilov se va aclarando poco a poco, se nos revela el pensamiento mortal que lo anima. En efecto, el ingeniero repite los razonamientos del *Diario*. Siente que Dios es necesario y tiene que existir, pero sabe que no existe y que no puede existir. «¿Cómo no comprendes —exclama— que ésa es una razón suficiente para matarse?» Esta actitud trae aparejadas igualmente en él algunas de las consecuencias absurdas. Acepta por indiferencia que se utilice su suicidio en provecho de una causa a la que desprecia. «He decidido esta noche que eso no me importa.» Prepara, finalmente, su gesto con un sentimiento en el que se mezclan la rebelión y la libertad. «Me mataré para afirmar mi insubordinación, mi nueva y terrible libertad.» No se trata ya de venganza, sino de rebelión. Kirilov es, por tanto, un personaje absurdo, con

esta reserva esencial, sin embargo: que se mata. Pero él mismo explica esa contradicción, y de tal modo que revela al mismo tiempo el secreto absurdo en toda su pureza. Agrega, en efecto, a su lógica mortal una ambición extraordinaria que da al personaje toda su perspectiva: quiere matarse para hacerse dios.

El razonamiento es de una claridad clásica. Si Dios no existe, Kirilov es dios. Si Dios no existe, Kirilov debe matarse. Por tanto, Kirilov debe matarse para ser dios. Esta lógica es absurda, pero es lo que debe ser. Sin embargo, lo que interesa es dar un sentido a esta divinidad traída de nuevo a la tierra. Eso equivale a aclarar la premisa, «Si Dios no existe, yo soy dios», que sigue siendo bastante oscura. Es importante hacer notar, ante todo, que el hombre que pregona esta pretensión insensata es muy de este mundo. Hace gimnasia todas las mañanas para conservar la salud. Se conmueve con la alegría de Chatov al volver a encontrar a su esposa. En un papel que se encontrará después de su muerte quiere dibujar una figura que «les» saque la lengua. Es pueril e iracundo, apasionado, metódico y sensible. Del superhombre no tiene sino la lógica y la idea fija, pero en cambio tiene todo el registro del hombre. Sin embargo, es él quien habla tranquilamente de su divinidad. No está loco, pues en ese caso lo estaría Dostoievski. Lo que le agita no es una ilusión de megalómano. Y esta vez sería ridículo tomar las palabras en su sentido propio.

Kirilov mismo nos ayuda a comprender mejor. En respuesta a una pregunta de Stavroguín, precisa que no habla de un dios-hombre. Se podría pensar que es porque cuida de distinguirse de Cristo, pero se trata, en realidad, de subordinarlo. En efecto, Kirilov se imagina durante un momento que Jesús, al morir, *no ha vuelto a encontrarse en el Paraíso*. Entonces se da cuenta de que su tortura ha sido inútil. «Las leyes de la naturaleza —dice el ingeniero— han hecho vivir a Cristo en medio de la mentira y morir por una mentira.» En este sentido solamente, Jesús encarna todo el drama humano. Es el hombre perfecto, pues es quien ha realizado la condición más absurda. No

es el Dios-hombre, sino el hombre-dios. Y, como él, cada uno de nosotros puede ser crucificado y, engañado, y lo es en cierta medida.

La divinidad de que se trata es, por tanto, enteramente terrenal. «He buscado durante tres años —dice Kirilov— el atributo de mi divinidad y lo he encontrado. El atributo de mi divinidad es la independencia.» Ahora se advierte el sentido de la premisa kiriloviana: «Si Dios no existe, yo soy dios.» Hacerse dios es solamente ser libre en esta tierra, no servir a un ser inmortal. Es, sobre todo, por supuesto, sacar todas las consecuencias de esa independencia dolorosa. Si Dios existe, todo depende de Él y nosotros nada podemos contra su voluntad. Si no existe, todo depende de nosotros. Para Kirilov, lo mismo que para Nietzsche, matar a Dios es hacerse dios uno mismo, es realizar en esta tierra la vida eterna de que habla el Evangelio \*.

Pero si este crimen metafísico basta para la realización del hombre, ¿por qué añadirle el suicidio? ¿Por qué matarse, abandonar este mundo después de haber conquistado la libertad? Esto es contradictorio. Kirilov lo sabe, y añade: «Si sientes eso, eres un zar, y lejos de matarte, vivirás en el colmo de la gloria.» Pero los hombres no lo saben. No sienten «eso». Como en tiempos de Prometeo, mantienen en ellos mismos las esperanzas ciegas \*\*. Necesitan que se les muestre el camino y no pueden prescindir de la predicación. Por lo tanto, Kirilov debe matarse por amor a la humanidad. Debe mostrar a sus hermanos una vía real y difícil que será el primero en recorrer. Es un suicidio pedagógico. Por tanto, Kirilov se sacrifica, pero aunque se le crucifica, no se le engaña. Sigue siendo hombre-dios, convencido de que la suya es una muerte sin porvenir, empapado en la melancolía

\* «Stavroguin: ¿Cree usted en la vida eterna en el otro mundo? —Kirilov: No, pero creo en la vida eterna en éste.»

\*\* «El hombre no ha hecho más que inventar a Dios para no matarse. Así se resume la historia universal hasta este momento.»

evangélica. «Yo soy desdichado —dice—, porque me veo obligado a afirmar mi libertad.» Pero muerto él e ilustrados los hombres, esta tierra se poblará de zares y se iluminará con la gloria humana. El pistoletazo de Kirilov será la señal de la última revolución. Por tanto, no es la desesperación lo que le impulsa a la muerte, sino su amor al prójimo. Antes de terminar con sangre una indecible aventura espiritual, Kirilov pronuncia una frase tan vieja como el sufrimiento de los hombres: «Todo está bien.»

Este tema del suicidio en Dostoievski es, por lo tanto, un tema absurdo. Anotemos solamente, antes de seguir adelante, que Kirilov rebota en otros personajes que también plantean nuevos temas absurdos. Stavroguin e Iván Karamazov ejercitan en la vida práctica verdades absurdas. A ellos es a quienes libera la muerte de Kirilov. Tratan de ser zares. Stavroguin lleva una vida «irónica», ya se sabe cuál. Despierta el odio a su alrededor. Y, sin embargo, la palabra-clave de este personaje se encuentra en su carta de despedida. «No he podido detestar nada.» Es zar en la indiferencia. Iván lo es también al negarse a abdicar los poderes regios del espíritu. A quienes, como su hermano, prueban con su vida que hay que humillarse para creer, podría responder que la condición es indigna. Su frase-clave es el «todo está permitido», con el matiz de tristeza que conviene. Claro está que, como Nietzsche, el más célebre de los asesinos de Dios, termina en la locura. Pero es un riesgo que hay que correr y ante esos fines trágicos el movimiento esencial del espíritu absurdo consiste en preguntar: «¿Qué demuestra eso?»

Así las novelas, al igual que el *Diario*, plantean la cuestión absurda. Instauran la lógica hasta la muerte, la exaltación, la libertad «terrible», la gloria de los zares hecha humana. Todo está bien, todo está permitido y nada es detestable, son juicios absurdos. ¡Pero qué prodigiosa creación ésta en la que nos parecen tan familiares estos seres de fuego y de hielo! El mundo apasionado de la indiferencia que gruñe en su corazón no nos parece mons-



truoso. Volvemos a encontrar en él nuestras angustias cotidianas. Y, sin duda, nadie como Dostoievski ha sabido dar al mundo absurdo prestigios tan próximos y tan torturantes.

Sin embargo, ¿cuál es su conclusión? Dos citas mostrarán la inversión metafísica completa que lleva al escritor a otras revelaciones. Como el razonamiento del suicida lógico ha provocado algunas protestas de los críticos, Dostoievski desarrolla su posición en las siguientes entregas del *Diario*, y concluye así: «Si la fe en la inmortalidad le es tan necesaria al ser humano (que sin ella llega a matarse) es porque se trata del estado normal de la humanidad. Siendo así, la inmortalidad del alma humana existe sin duda alguna.» Por otra parte, en las últimas páginas de su última novela, al término de ese gigantesco combate con Dios, unos niños preguntan a Aliocha: «Karamazov: ¿es cierto lo que dice la religión, que nosotros resucitaremos de entre los muertos, que volveremos a vernos los unos a los otros?» Y Aliocha responde: «Ciertamente, volveremos a vernos, nos contaremos alegremente todo lo que ha ocurrido.»

Así son vencidos Kirilov, Stavroguin e Iván. Los *Karamazov* responden a los *Poseídos*. Y se trata seguramente de una conclusión. El caso de Aliocha no es ambiguo como el del príncipe Muichkin. Este último está enfermo y vive en un perpetuo presente, matizado con sonrisas e indiferencia, y ese estado bienaventurado podría ser la vida eterna de que habla el príncipe. Por el contrario, Aliocha le dice: «Volveremos a encontrarnos.» Ya no se trata de suicidio y de locura. ¿Para qué si se está seguro de la inmortalidad y de sus goces? El hombre cambia su divinidad por la felicidad. «Nos contaremos alegremente todo lo que ha ocurrido.» Así el pistoletazo de Kirilov ha resonado en alguna parte de Rusia, pero el mundo ha seguido manteniendo sus esperanzas ciegas. Los hombres no han comprendido «eso».

Quien nos habla no es un novelista absurdo, sino un novelista existencial. También en este caso el salto es conmovedor, da su grandeza al arte que lo inspira. Es

una adhesión enternecedora llena de dudas, incierta y ardiente. Hablando de los *Karamazov*, Dostoievski dice: «La cuestión principal que se tratará en todas las partes de este libro es la misma que me ha hecho sufrir consciente o inconscientemente durante toda mi vida: la existencia de Dios.» Es difícil creer que una novela haya bastado para transformar en certidumbre gozosa el sufrimiento de toda una vida. Un comentarista \* lo advierte con razón: Dostoievski va unido a Iván, y los capítulos afirmativos de los *Karamazov* le han exigido tres meses de esfuerzos, en tanto que lo que él llamaba «las blasfemias» fueron compuestas en tres semanas de exaltación. No hay un solo personaje suyo que no lleve esa espina en la carne, que no le irrite o que no busque un remedio en la sensación o en la inmoralidad \*\*. En todo caso, quedémonos en la duda. He aquí una obra en la que en un claroscuro más vivo que la luz del día podemos discernir la lucha del hombre contra sus esperanzas. Al llegar al final, el creador elige contra sus personajes. Esta contradicción nos permite introducir un matiz. Aquí no se trata de una obra absurda, sino de una obra que plantea el problema absurdo.

La respuesta de Dostoievski es la humillación; la «vergüenza», según Stavroguin. Una obra absurda, por el contrario, no proporciona respuesta alguna, y ésta es la diferencia. Advirtámoslo bien para terminar: lo que contradice a lo absurdo en esta obra no es su carácter cristiano, sino el anuncio que hace de la vida futura. Se puede ser cristiano y absurdo. Hay ejemplos de cristianos que no creen en la vida futura. A propósito de la obra de arte, sería posible, por lo tanto, precisar una de las direcciones del análisis absurdo que se ha podido presentir en las páginas precedentes. Lleva a plantear «la absurdidad del Evangelio». Aclara la idea, fecunda en consecuencias,

\* Boris de Schloezer.

\*\* Observación curiosa y penetrante de Gide: casi todos los personajes de Dostoievski son polígamos.

de que las convicciones no impiden la incredulidad. Bien se ve, por el contrario, que el autor de *Los poseídos*, familiarizado con estos caminos, ha tomado al final una vía completamente distinta. La sorprendente respuesta del creador a sus personajes, de Dostoievski a Kirilov, puede resumirse así, en efecto: la existencia es engañosa y eterna.

### *La creación sin mañana*

Advierto ahora, por tanto, que la esperanza no puede ser eludida para siempre y que puede asaltar a aquellos mismos que se creían liberados de ella. Por eso me interesan las obras que he mencionado hasta ahora. Yo podría, por lo menos en el orden de la creación, citar algunas obras verdaderamente absurdas \*. Pero todo tiene un comienzo. El objeto de esta búsqueda es una cierta fidelidad. Si la Iglesia ha sido tan dura con los herejes es porque consideraba que no hay peor enemigo que un hijo descarriado. Pero la historia de las audacias gnósticas y la persistencia de las corrientes maniqueas han contribuido más a la construcción del dogma ortodoxo que todas las plegarias. Guardadas todas las proporciones, lo mismo sucede con lo absurdo. Se reconoce su camino al descubrir los caminos que se alejan de él. Al término mismo del razonamiento absurdo, en una de las actitudes dictadas por su lógica, no es indiferente volver a encontrar a la esperanza introducida de nuevo bajo uno de sus aspectos más patéticos. Esto muestra la dificultad de la ascesis absurda. Esto muestra, sobre todo, la necesidad de una conciencia mantenida sin cesar, y se incorpora al marco general de este ensayo.

---

\* *Moby Dick*, de Melville, por ejemplo.

Pero si bien no se trata todavía de enumerar las obras absurdas, por lo menos se pueden sacar conclusiones sobre la actitud creadora, una de las que pueden completar la existencia absurda. El arte no puede ser servido por nada tan bien como por un pensamiento negativo. Sus maneras de proceder oscuras y humilladas son tan necesarias para la inteligencia de una gran obra como lo es el negro para el blanco. Trabajar y crear «para nada», esculpir en la arcilla, saber que la propia creación no tiene porvenir, ver la propia obra destruida en un día teniendo conciencia de que, profundamente, eso no tiene más importancia que construir para los siglos, es la sabiduría difícil que autoriza el pensamiento absurdo. Realizar simultáneamente estas dos tareas, negar por un lado y exaltar por el otro, es el camino que se abre al creador absurdo. Debe dar al vacío sus colores.

Esto lleva a una concepción particular de la obra de arte. Se considera con demasiada frecuencia que la obra de un creador es una serie de testimonios aislados. Se confunde entonces al artista con el literato. Un pensamiento profundo está en devenir continuo, abraza la experiencia de una vida y se amolda a ella. Del mismo modo, la creación única de un hombre se fortifica en sus aspectos sucesivos y múltiples que son las obras. Las unas completan a las otras, las corrigen o las repiten, y también las contradicen. Si hay algo que termine la creación no es el grito victorioso e ilusorio del artista cegado: «Lo he dicho todo», sino la muerte del creador, que cierra su experiencia y el libro de su genio.

Este esfuerzo, esta conciencia sobrehumana no son forzosamente visibles para el lector. No hay misterio en la creación humana. La voluntad hace este milagro. Pero por lo menos, no hay verdadera creación sin secreto. Sin duda, una serie de obras puede no ser sino una serie de aproximaciones del mismo pensamiento. Pero se puede concebir otra especie de creadores que procederían por

yuxtaposición. Puede parecer que sus obras no tienen relación entre sí. En cierta medida, son contradictorias. Pero si se las vuelve a poner en su conjunto, recuperan su ordenamiento. Por lo tanto, es de la muerte de quien reciben su sentido definitivo. Aceptan lo más claro de su luz de la vida misma de su autor. En este momento la serie de sus obras no es sino una colección de fracasos. Pero si todos esos fracasos conservan la misma resonancia, el creador ha sabido repetir la imagen de su propia condición, hacer que resuene el secreto estéril que detenta.

El esfuerzo de dominación es aquí considerable. Pero la inteligencia humana puede bastar para mucho más. Demostrará solamente el aspecto voluntario de la creación. He destacado en otra parte que la voluntad humana no tenía más finalidad que la de mantener la conciencia. Pero eso no se podría hacer sin disciplina. La creación es la más eficaz de todas las escuelas de la paciencia y de la lucidez. Es también el testimonio trastornador de la única dignidad del hombre: la rebelión tenaz contra su condición, la perseverancia en un esfuerzo considerado estéril. Exige un esfuerzo cotidiano, el dominio de sí mismo, la apreciación exacta de los límites de lo verdadero, la medida y la fuerza. Constituye una ascesis. Todo eso «para nada», para repetir y patear. Pero quizá, la gran obra de arte tiene menos importancia en sí misma que en la prueba que exige a un hombre y la ocasión que le proporciona de vencer a sus fantasmas y de acercarse un poco más a su realidad desnuda.

Pero no nos confundamos de estética. Lo que invoco aquí no es la información paciente, la incesante y estéril ilustración de una tesis. Al contrario, si es que me he explicado claramente. La novela de tesis, la obra que prueba, la más odiosa de todas, es la que se inspira con más frecuencia en un pensamiento *satisfecho*. Se demuestra la verdad que se cree detentar. Pero se trata de ideas que

se ponen en marcha y las ideas son lo contrario del pensamiento. Estos creadores son filósofos vergonzantes. Aquellos de quienes hablo o que me imagino son, por el contrario, pensadores lúcidos. En cierto punto en que el pensamiento vuelve sobre sí mismo erigen las imágenes de sus obras como los símbolos evidentes de un pensamiento limitado, mortal y rebelde.

Esas obras prueban quizá algo, pero más que proporcionarlas los novelistas se dan esas pruebas. Lo esencial es que triunfan en lo concreto y que ésa es su grandeza. Este triunfo enteramente carnal les ha sido preparado por un pensamiento en el que han sido humilladas las facultades abstractas. Cuando lo son del todo, la carne hace que resplandezca la creación con todo su brillo absurdo. Los filósofos irónicos son los que hacen las obras apasionadas.

Todo pensamiento que renuncia a la unidad exalta la diversidad. Y la diversidad es el lugar del arte. El único pensamiento que libera al espíritu es el que lo deja solo, seguro de sus límites y de su fin próximo. Ninguna doctrina lo solicita. Espera a que maduren la obra y la vida. Separada de él, la primera hará oír una vez más la voz apenas amortiguada de un alma liberada para siempre de la esperanza. O no hará oír nada si el creador, cansado de su juego, pretende desviarse. Eso es equivalente.

Por tanto, yo exijo a la creación absurda lo que exigía al pensamiento: la rebelión, la libertad y la diversidad. Luego manifestará ella su profunda inutilidad. En este esfuerzo cotidiano en el que la inteligencia y la pasión se mezclan y se transportan, el hombre absurdo descubre una disciplina que constituirá lo esencial de sus fuerzas. La aplicación que se necesita para ello, la obstinación y la clarividencia coinciden así con la actitud conquistadora. Crear es también dar una forma al destino propio. Su obra define a todos estos personajes por lo menos tanto como la definen ellos. El comediante nos lo ha enseñado: no hay frontera entre el parecer y el ser.

Repitémoslo. Nada de todo esto tiene sentido real. En el camino de esta libertad hay que hacer todavía un progreso. El último esfuerzo de estos hombres emparentados, creador o conquistador, consiste en saber liberarse también de sus empresas: en llegar a admitir que la obra misma, bien sea conquista, amor o creación, puede no ser; en consumir así la profunda inutilidad de toda vida individual. Esto mismo les da más facilidad para la realización de esa obra, así como el hecho de que advirtieran lo absurdo de la vida les autorizaba a hundirse en ella con todos los excesos.

Lo que queda es un destino cuya única salida es fatal. Fuera de esa única fatalidad de la muerte, todo lo demás, goce o dicha, es libertad. Queda un mundo cuyo único amo es el hombre. Lo que le ligaba era la ilusión de otro mundo. El sino de su pensamiento no es ya negarse a sí mismo, sino repercutir en imágenes. Se representa en mitos, sin duda, pero en mitos sin otra profundidad que la del dolor humano e inagotables como él. No es la fábula divina que divierte y ciega, sino el rostro, el gesto y el drama terrestres en los que se resumen una difícil sabiduría y una pasión sin mañana.

El mito de Sísifo

Los dioses habían condenado a Sísifo a subir sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.

Si se ha de creer a Homero, Sísifo era el más sabio y prudente de los mortales. No obstante, según otra tradición, se inclinaba al oficio de bandido. No veo en ello contradicción. Difieren las opiniones sobre los motivos que le llevaron a convertirse en el trabajador inútil de los infiernos. Se le reprocha, ante todo, alguna ligereza con los dioses. Reveló los secretos de éstos. Egina, hija de Asopo, fue raptada por Júpiter. Al padre le asombró esa desaparición y se quejó a Sísifo. Éste, que conocía el rapto, se ofreció a informar sobre él a Asopo con la condición de que diese agua a la ciudadela de Corinto. Prefirió la bendición del agua a los rayos celestiales. Por ello le castigaron enviándole al infierno. Homero nos cuenta también que Sísifo había encadenado a la Muerte. Plutón no pudo soportar el espectáculo de su imperio desierto y silencioso. Envio al dios de la guerra, quien liberó a la Muerte de las manos de su vencedor.

Se dice también que Sísifo, cuando estaba a punto de morir, quiso imprudentemente poner a prueba el amor de su esposa. Le ordenó que arrojara su cuerpo insepulto

en medio de la plaza pública. Sísifo se encontró en los infiernos y allí, irritado por una obediencia tan contraria al amor humano, obtuvo de Plutón el permiso para volver a la tierra con objeto de castigar a su esposa. Pero cuando volvió a ver el rostro de este mundo, a gustar del agua y del sol, de las piedras cálidas y del mar, ya no quiso volver a la oscuridad infernal. Los llamamientos, las iras y las advertencias no sirvieron de nada. Vivió muchos años más ante la curva del golfo, la mar brillante y las sonrisas de la tierra. Fue necesario un decreto de los dioses. Mercurio bajó a la tierra a coger al audaz por el cuello, le apartó de sus goces y le llevó por la fuerza a los infiernos, donde estaba ya preparada su roca.

Se ha comprendido ya que Sísifo es el héroe absurdo. Lo es tanto por sus pasiones como por su tormento. Su desprecio de los dioses, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida le valieron ese suplicio indecible en el que todo el ser se dedica a no acabar nada. Es el precio que hay que pagar por las pasiones de esta tierra. No se nos dice nada sobre Sísifo en los infiernos. Los mitos están hechos para que la imaginación los anime. Con respecto a éste, lo único que se ve es todo el esfuerzo de un cuerpo tenso para levantar la enorme piedra, hacerla rodar y ayudarla a subir una pendiente cien veces recorrida; se ve el rostro crispado, la mejilla pegada a la piedra, la ayuda de un hombro que recibe la masa cubierta de arcilla, de un pie que la calza, la tensión de los brazos, la seguridad enteramente humana de dos manos llenas de tierra. Al final de ese largo esfuerzo, medido por el espacio sin cielo y el tiempo sin profundidad, se alcanza la meta. Sísifo ve entonces cómo la piedra desciende en algunos instantes hacia ese mundo inferior desde el que habrá de volver a subirla hasta las cimas, y baja de nuevo a la llanura.

Sísifo me interesa durante ese regreso, esa pausa. Un rostro que sufre tan cerca de las piedras es ya él mismo piedra. Veo a ese hombre volver a bajar con paso lento pero igual hacia el tormento cuyo fin no conocerá jamás.

Esta hora que es como una respiración y que vuelve tan seguramente como su desdicha, es la hora de la conciencia. En cada uno de los instantes en que abandona las cimas y se hunde poco a poco en las guaridas de los dioses, es superior a su destino. Es más fuerte que su roca.

Si este mito es trágico, lo es porque su protagonista tiene conciencia. ¿En qué consistiría, en efecto, su castigo si a cada paso le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito? El obrero actual trabaja durante todos los días de su vida en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero no es trágico sino en los raros momentos en que se hace consciente. Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la magnitud de su miserable condición: en ella piensa durante su descenso. La clarividencia que debía constituir su tormento consuma al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se venza con el desprecio.

Por lo tanto, si el descenso se hace algunos días con dolor, puede hacerse también con alegría. Esta palabra no está de más. Sigo imaginándome a Sísifo volviendo hacia su roca, y el dolor estaba al comienzo. Cuando las imágenes de la tierra se aferran demasiado fuertemente al recuerdo, cuando el llamamiento de la felicidad se hace demasiado apremiante, sucede que la tristeza surge en el corazón del hombre: es la victoria de la roca, la roca misma. La inmensa angustia es demasiado pesada para poder sobrellevarla. Son nuestras noches de Getsemaní. Pero las verdades aplastantes perecen de ser reconocidas. Así, Edipo obedece primeramente al destino sin saberlo, pero su tragedia comienza en el momento en que sabe. Pero en el mismo instante, ciego y desesperado, reconoce que el único vínculo que le une al mundo es la mano fresca de una muchacha. Entonces resueña una frase desmesurada: «A pesar de tantas pruebas, mi avanzada edad y la grandeza de mi alma me hacen juzgar que todo está bien.» El Edipo de Sófocles, como el Kirilov de Dostoievski, da así la fórmula de la victo-

ria absurda. La sabiduría antigua coincide con el heroísmo moderno.

No se descubre lo absurdo sin sentirse tentado a escribir algún manual de la felicidad. «¡Eh, cómo! ¿Por caminos tan estrechos...?» Pero no hay más que un mundo. La felicidad y lo absurdo son dos hijos de la misma tierra. Son inseparables. Sería un error decir que la dicha nace forzosamente del descubrimiento absurdo. Sucede también que la sensación de lo absurdo nace de la dicha. «Juzgo que todo está bien», dice Edipo, y esta palabra es sagrada. Resuena en el universo feroz y limitado del hombre. Enseña que todo no es ni ha sido agotado. Expulsa de este mundo a un dios que había entrado en él con la insatisfacción y la afición a los dolores inútiles. Hace del destino un asunto humano, que debe ser arreglado entre los hombres.

Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. Del mismo modo, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hace callar a todos los ídolos. En el universo súbitamente devuelto a su silencio se elevan las mil vocecitas maravilladas de la tierra. Llamamientos inconscientes y secretos, invitaciones de todos los rostros constituyen el reverso necesario y el premio de la victoria. No hay sol sin sombra y es necesario conocer la noche. El hombre absurdo dice «sí» y su esfuerzo no terminará nunca. Si hay un destino personal, no hay un destino superior, o, por lo menos, no hay más que uno al que juzga fatal y despreciable. Por lo demás, sabe que es dueño de sus días. En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte. Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando.

Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. Él también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada fragmento mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.



APÉNDICE

*La esperanza y lo absurdo en la obra  
de Franz Kafka*

Todo el arte de Kafka consiste en obligar al lector a releer. Sus desenlaces, o la ausencia de desenlaces, sugieren explicaciones, pero que no se revelan claramente y que exigen, para que parezcan fundadas, una nueva lectura del relato desde otro ángulo. A veces hay una doble posibilidad de interpretación, de donde surge la necesidad de dos lecturas. Eso es lo que buscaba el autor. Pero sería un error querer interpretar todo detalladamente en Kafka. Un símbolo está siempre en lo general, y, por precisa que sea su traducción, un artista no puede restituírle sino el movimiento: no hay traducción literal. Por lo demás, nada es más difícil de entender que una obra simbólica. Un símbolo supera siempre a quien lo emplea y le hace decir en realidad más de lo que cree expresar. A este respecto, el medio más seguro de captarlo consiste en no provocarlo, en leer la obra con un espíritu no prevenido y en no buscar sus corrientes secretas. En cuanto a Kafka en particular, está bien consentir en su juego, y acercarse al drama por la apariencia y a la novela por la forma.

A primera vista, y para un lector desapegado, se trata de aventuras inquietantes que arrastran a personajes temblorosos y obstinados en la persecución de problemas que no formulan nunca. En *El proceso* es acusado José K. Pero no sabe de qué. Quiere, sin duda, defenderse,

pero ignora por qué. Los abogados encuentran difícil su causa. Entre tanto, no deja de amar, de alimentarse o de leer su diario. Luego le juzgan, pero la sala del tribunal está muy oscura y no comprende gran cosa. Supone únicamente que lo condenan, pero apenas se pregunta a qué. A veces duda de ello y también sigue viviendo. Mucho tiempo después, dos señores bien vestidos y corteses van a buscarle y le invitan a que les siga. Con la mayor cortesía le llevan a un arrabal desesperado, le ponen la cabeza sobre una piedra y lo degüellan. Antes de morir, el condenado dice solamente: «Como un perro.»

Es difícil, como se ve, hablar de símbolo en un relato en el que la calidad más sensible es, precisamente, lo natural. Pero lo natural es una categoría difícil de comprender. Hay obras en las cuales el acontecimiento parece natural al lector. Pero hay otras (más raras, es cierto) en las que es el personaje quien encuentra natural lo que le sucede. En virtud de una paradoja singular pero evidente, cuanto más extraordinarias sean las aventuras del personaje tanto más sensible se hará la naturalidad del relato; está en proporción con la diferencia que se puede sentir entre la rareza de una vida de hombre y la sencillez con que ese hombre la acepta. Parece que Kafka tiene esa naturalidad. Y, justamente, se advierte bien lo que quiere decir *El proceso*. Se ha hablado de una imagen de la condición humana. Sin duda. Pero se trata de algo a la vez más sencillo y más complicado. Quiero decir que el sentido de la novela es más particular y más personal de Kafka. En cierta medida, es él quien habla, si bien nos confiesa a nosotros. Vive y le condenan. Se enteran de ello en las primeras páginas de la novela que él vive en este mundo, y aunque trata de remediarlo, lo hace, no obstante, sin sorpresa. Nunca se asombrará bastante de esa falta de asombro. En estas contradicciones se reconocen los primeros signos de la obra absurda. El espíritu proyecta en lo concreto su tragedia espiritual. Y no puede hacerlo sino mediante una paradoja perpetua que da a los colores el poder de expresar el vacío y

a los gestos cotidianos la fuerza para traducir las ambiciones eternas.

Del mismo modo, *El castillo* es, quizá, una teología en acción, pero también y ante todo la aventura individual de un alma en busca de su gracia, de un hombre que reclama a los objetos de este mundo su secreto real y a las mujeres los signos del dios que duerme en ellas. *La metamorfosis*, a su vez, simboliza ciertamente la horrible imaginería de una ética de la lucidez. Pero es también el producto de ese incalculable asombro que experimenta el hombre al sentir la bestia en la que se convierte sin esfuerzo. El secreto de Kafka reside en esta ambigüedad fundamental. Estas oscilaciones perpetuas entre lo natural y lo extraordinario, el individuo y lo universal, lo trágico y lo cotidiano, lo absurdo y lo lógico, vuelven a encontrarse en toda su obra y le dan a su vez su resonancia y su significación. Hay que enumerar estas paradojas y reforzar estas contradicciones para comprender la obra absurda.

En efecto, un símbolo supone dos planos, dos mundos de ideas y de sensaciones, y un diccionario de correspondencia entre uno y otro. Este léxico es el más difícil de establecer. Pero tomar conciencia de los dos mundos puestos en presencia es ponerse en el camino de sus relaciones secretas. En Kafka esos dos mundos son el de la vida cotidiana, por una parte, y el de la inquietud sobrenatural, por la otra \*. Se asiste aquí, al parecer, a una interminable explotación de la frase de Nietzsche: «Los grandes problemas están en la calle.»

Hay en la condición humana, y éste es el lugar común de todas las literaturas, una absurdidad fundamental al

---

\* Hay que advertir que de una manera igualmente legítima se pueden interpretar las obras de Kafka en el sentido de una crítica social (por ejemplo, en *El proceso*). Es probable, además, que no haya que elegir. Las dos interpretaciones son buenas. En términos absurdos, como hemos visto, la rebelión contra los hombres se dirige también a Dios. Las grandes revoluciones son siempre metafísicas.

mismo tiempo que una grandeza implacable. Las dos coinciden, como es natural. Ambas se configuran, repitámoslo, en el divorcio ridículo que separa a nuestras intemperancias de alma de los goces perecederos del cuerpo. Lo absurdo es que sea el alma de ese cuerpo quien le sobrepase tan desmesuradamente. Quien quiera simbolizar esa absurdidad tendrá que darle vida mediante un juego de contrastes paralelos. Por eso Kafka expresa la tragedia mediante lo cotidiano y lo absurdo mediante lo lógico.

Un actor da más fuerza a un personaje trágico si se abstiene de exagerarlo. Si es mesurado, el horror que él cause será desmesurado. La tragedia griega abunda en enseñanzas a este respecto. En una obra trágica el destino se hace siempre sentir mejor bajo los rostros de la lógica y de lo natural. El destino de Edipo es anunciado de antemano. Se ha decidido sobrenaturalmente que cometa el asesinato y el incesto. Todo el esfuerzo del drama consiste en mostrar el sistema lógico que, de deducción en deducción, va a consumar la desgracia del protagonista. El anuncio de ese destino inusitado apenas es horrible por sí solo, porque es inverosímil. Pero si se nos demuestra su necesidad en el marco de la vida cotidiana, la sociedad, el Estado, la emoción familiar, entonces el horror se consagra. En esta rebelión que sacude al hombre y le hace decir: «Eso no es posible», hay ya la certidumbre desesperada de que «eso» es posible.

Tal es todo el secreto de la tragedia griega o, por lo menos, uno de sus aspectos. Pues hay otro que, mediante un método inverso, nos permitiría comprender mejor a Kafka. El corazón humano tiene una fastidiosa tendencia a llamar destino solamente a lo que lo aplasta. Pero también la felicidad, a su manera, carece de razón, pues es inevitable. Sin embargo, el hombre moderno se atribuye su mérito, cuando no la desconoce. Habría mucho que decir, por el contrario, sobre los destinos privilegiados de la tragedia griega y los favoritos de la leyenda que, como Ulises, en medio de las peores aventuras, se encuentran salvados de ellos mismos.

Lo que se debe retener, en todo caso, es esta complicidad secreta que a lo trágico une lo lógico y lo cotidiano. Por eso Samsa, el protagonista de *La metamorfosis*, es un viajante de comercio. Por eso lo único que le preocupa en la singular aventura que lo convierte en una araña es que a su patrón le causará descontento su ausencia. Le crecen patas y antenas, su espinazo se arquea, su vientre se llena de puntos blancos, y no diré que eso no le asombre, pues fallaría el efecto, pero sólo le causa un «ligero fastidio». Todo el arte de Kafka está en este matiz. En su obra central, *El castillo*, son los detalles de la vida cotidiana los que vuelven a ganar terreno y, no obstante, en esta extraña novela en la que nada termina y todo recomienza, se simboliza la aventura esencial de un alma en busca de su gracia. Esta traducción del problema en el acto, esta coincidencia de lo general y lo particular, se manifiesta también en los pequeños artificios propios de todo gran creador. En *El proceso* el protagonista se habría podido llamar Schmidt o Franz Kafka. Pero se llama José K. No es Kafka y es, no obstante, él. Es un europeo medio. Es como todo el mundo. Pero es también la entidad K. que plantea la x de esta ecuación carnal.

Del mismo modo, si Kafka quiere expresar lo absurdo, se sirve de la coherencia. Es conocido el chiste del loco que pescaba en una bañera; un médico que tenía cierta idea de los tratamientos psiquiátricos, le preguntó: «¿Y si picaran?...», y el loco le respondió con rigor: «Pero, imbécil, ¿no ves que es una bañera?» Este chiste es del género barroco. Pero se advierte en él de una manera sensible cuán ligado está el efecto absurdo a un exceso de lógica. El mundo de Kafka es, en verdad, un universo inefable en el que el hombre se permite el lujo torturante de pescar en una bañera sabiendo que no saldrá nada de ella.

Reconozco, por tanto, en esto una obra absurda en sus principios. En cuanto a *El proceso*, por ejemplo, puedo decir que el logro es total. La carne triunfa. Na-

da falta en él, ni la rebelión inexpressada (precisamente es ella quien escribe), ni la desesperación lúcida y muda (es ella quien crea), ni esa sorprendente libertad de proceder que los personajes de la novela respiran hasta la muerte final.

Sin embargo, este mundo no es tan cerrado como parece. En este universo sin progreso va a introducir Kafka la esperanza bajo una forma singular. A este respecto, *El proceso* y *El castillo* no marchan en el mismo sentido. Se completan. El insensible progreso que se puede advertir del uno al otro simboliza una conquista desmesurada en el orden de la evasión. *El proceso* plantea un problema que resuelve *El castillo* en cierta medida. El primero describe, de acuerdo con un método casi científico y sin conclusión. El segundo, en cierta medida, explica. *El proceso* diagnostica y *El castillo* imagina un tratamiento. Pero el remedio que se propone en él no cura. Lo único que hace es que la enfermedad entre en la vida normal. Ayuda a aceptarla. En cierto sentido (pensemos en Kierkegaard) la hace querer. El agrimensor K. no puede imaginar otra preocupación que la que lo roe. Aquellos mismos que le rodean se apasionan por ese vacío y ese dolor que no tiene nombre, como si el sufrimiento adquiriese en este caso un rostro privilegiado. «Cómo te necesito —le dice Frieda a K.—, cuán abandonada me siento, desde que te conozco, cuando no estás a mi lado.» Este remedio sutil que nos hace amar lo que nos aplasta y que hace que nazca la esperanza en un mundo sin salida, este «salto» brusco mediante el cual todo cambia, es el secreto de la revolución existencial y de *El castillo* mismo.

Pocas obras son más rigurosas en su desarrollo que *El castillo*. A K. le nombran agrimensor del castillo y llega a la aldea. Pero desde la aldea es imposible comunicarse con el castillo. Durante centenares de páginas se obstinará K. en encontrar su camino, hará todas las diligencias posibles, empleará astucias, andará con rodeos, no se enfadará nunca y, con una fe desconcertante, se empeñará

en ejercer la función que se le ha confiado. Cada capítulo es un fracaso. Y también una reanudación. No es lógica, sino perseverancia. La amplitud de esta obstinación constituye lo trágico de la obra. Cuando K. telefona al castillo oye voces confusas y mezcladas, risas vagas, llamamientos lejanos. Eso basta para alimentar su esperanza, como esos signos que aparecen en los cielos de estío, o esas promesas del anochecer que constituyen nuestra razón de vivir. Aquí se encuentra el secreto de la melancolía particular de Kafka. Es la misma, en verdad, que se respira en la obra de Proust o en el paisaje plotiniano: la nostalgia de los paraísos perdidos. «Me pongo muy triste —dice Olga— cuando Barnabás me dice por la mañana que va al castillo: ese trayecto probablemente inútil, ese día probablemente perdido, esa esperanza probablemente vana.» Este «probablemente» es el matiz sobre el cual Kafka hace girar toda su obra. Mas a pesar de todo, la búsqueda de lo eterno es en ella meticulosa. Y esos autómatas inspirados que son los personajes de Kafka nos dan la imagen de lo que seríamos nosotros privados de nuestras diversiones \* y entregados por completo a las humillaciones de lo divino.

En *El castillo* se convierte en una ética esta sumisión a lo cotidiano. La gran esperanza de K. es conseguir que el castillo le adopte. Como no puede conseguirlo solo, se esfuerza por merecer esa gracia, haciéndose habitante de la aldea y perdiendo esa cualidad de forastero que todos le hacen sentir. Lo que quiere es un oficio, un hogar, una vida de hombre normal y sano. Ya no puede soportar más su locura. Quiere ser razonable. Desea librarse de la maldición particular que le hace extraño a la aldea. El episodio de Frieda a este respecto es significativo. Si esta

---

\* En *El castillo*, según parece, las «diversiones», en el sentido pascaliano, están representadas por los Ayudantes, que «desvían» a K. de su preocupación. Si Frieda termina siendo la querida de uno de los ayudantes, es porque prefiere la apariencia a la verdad, la vida de todos los días a la angustia compartida.

mujer que ha conocido a uno de los funcionarios del castillo se hace su querida es a causa de su pasado. Toma de ella algo que le supera, al mismo tiempo que tiene conciencia de lo que le hace para siempre indigna del castillo. Uno recuerda a este respecto el amor singular de Kierkegaard por Regina Olsen. En ciertos hombres, el fuego de eternidad que los devora es lo bastante grande como para que quemen en él el corazón mismo de quienes los rodean. El funesto error que consiste en dar a Dios lo que no es de Dios es también el tema de este episodio de *El castillo*. Pero parecería que para Kafka no fuera un error. Es una doctrina y un «salto». No hay nada que no sea de Dios.

Más significativo aún es el hecho de que el agrimensor se separe de Frieda para acercarse a las hermanas Barnabás. Pues la familia de Barnabás es la única de la aldea que está completamente abandonada por el castillo y por la aldea misma. Amalia, la hermana mayor, ha rechazado las proposiciones vergonzosas de uno de los funcionarios del castillo. La maldición inmoral que ha seguido la ha apartado para siempre del amor de Dios. Ser incapaz de perder el honor por Dios es hacerse indigna de su gracia. Se reconoce un tema familiar de la filosofía existencial: la verdad contraría a la moral. Aquí las cosas van lejos, pues el camino que recorre el protagonista de Kafka, el que va de Frieda a las hermanas de Barnabás, es el mismo que va del amor confiado a la deificación de lo absurdo. También en esto el pensamiento de Kafka coincide con el de Kierkegaard. No es sorprendente que el «relato de Barnabás» se sitúe al final del libro. La última tentativa del agrimensor consiste en volver a encontrar a Dios a través de lo que lo niega, en reconocerlo, no de acuerdo con nuestras categorías de bondad y belleza, sino detrás de los rostros vacíos y horribles de su indiferencia, de su injusticia y de su odio. Ese forastero que pide al castillo que le adopte, se encuentra al final de su viaje un poco más desterrado, pues esta vez es infiel a sí mismo y abandona la moral, la lógica y las verdades del espíritu para

tratar de entrar, con la única riqueza de su esperanza insensata, en el desierto de la gracia divina \*.

La palabra esperanza no es ridícula en este caso. Por el contrario, cuanto más trágica es la situación de que informa Kafka tanto más rígida y provocativa se hace esa esperanza. Cuanto más verdaderamente absurdo es *El proceso* tanto más conmovedor e ilegítimo parece el «salto» exaltado de *El castillo*. Pero aquí volvemos a encontrar en estado puro la paradoja del pensamiento existencial tal como lo expresa, por ejemplo, Kierkegaard: «Se debe herir mortalmente a la esperanza terrestre, pues solamente entonces nos salva la esperanza verdadera» \*\* y que se puede traducir así: «Hay que haber escrito *El proceso* para escribir *El castillo*.»

La mayoría de quienes han hablado de Kafka han definido, en efecto, su obra como un grito desesperanzador en el que no se deja al hombre recurso alguno. Pero esto exige una revisión. Hay esperanzas y esperanzas. La obra optimista del señor Henri Bordeaux me parece singularmente desalentadora. Es que en ella nada se permite a los corazones un poco difíciles. El pensamiento de Malraux, por el contrario, es siempre tonificador. Pero en ambos casos no se trata de la misma esperanza ni de la misma desesperación. Veo solamente que la obra absurda misma puede conducir a la infidelidad que quiero evitar. La obra que no era más que una repetición sin alcance de una condición estéril, una exaltación clarividente de lo percedero, se convierte aquí en una cuna de ilusiones. Explica y da una forma a la esperanza. El creador ya no puede separarse de ella. No es el juego trágico que debía ser. Da un sentido a la vida del autor.

Es singular, en todo caso, que obras de inspiración próxima como las de Kafka, Kierkegaard o Chestov, las

---

\* Esto no vale, evidentemente, sino para la versión inconclusa de *El castillo* que nos ha dejado Kafka. Pero es dudoso que el escritor hubiese roto en los últimos capítulos la unidad de tono de la novela.

\*\* *La pureza del corazón.*

de, para decirlo en pocas palabras, los novelistas y filósofos existenciales, completamente orientados hacia lo Absurdo y sus consecuencias, desemboquen, a fin de cuentas, en ese inmenso grito de esperanza.

Abrazan al Dios que las devora. La esperanza se introduce por medio de la humildad. Pues lo absurdo de esta existencia les asegura un poco más de la realidad sobrenatural. Si el camino de esta vida va a parar a Dios, hay, pues, una salida. Y la perseverancia, la obstinación con que Kierkegaard, Chestov y los protagonistas de Kafka repiten sus itinerarios constituyen una garantía singular del poder exaltante de esta certidumbre \*.

Kafka niega a su dios la grandeza moral, la evidencia, la bondad, la coherencia, pero es para arrojarle mejor a sus brazos. Lo Absurdo es reconocido, aceptado, el hombre se resigna a él y desde ese instante sabemos que no es ya lo absurdo. En los límites de la condición humana, ¿qué mayor esperanza que la que permite escapar a esa condición? Veo una vez más que el pensamiento existencial a este respecto, contra la opinión corriente, está lleno de una esperanza desmesurada, la misma que, con el cristianismo primitivo y el anuncio de la buena nueva, sublevó al mundo antiguo. Pero en este salto que caracteriza a todo el pensamiento existencial, en esa obstinación, en esa agrimensura de una divinidad sin superficie, ¿cómo no ver la señal de una lucidez que se niega? Se quiere solamente que se trate de un orgullo que abdica para salvarse. Ese renunciamento sería fecundo. Pero lo uno nada tiene que ver con lo otro. En mi opinión, no se disminuye el valor moral de la lucidez diciendo que es estéril como todo orgullo. Pues también una verdad, por su definición misma, es estéril. Todas las evidencias lo son. En un mundo donde todo está dado y nada es explicado, la fecundidad de un valor o de una metafísica es una noción carente de sentido.

\* El único personaje sin esperanza de *El castillo* es Amalia. A ella es a quien el agrimensor se opone con más violencia.

En esto se ve, en todo caso, en qué tradición de pensamiento se inscribe la obra de Kafka. En efecto, no sería inteligente considerar como rigurosa la manera de proceder que lleva de *El proceso* a *El castillo*. José K. y el agrimensor K. son solamente los dos polos que atraen a Kafka \*. Yo hablaré como él y diré que su obra no es probablemente absurda. Pero que eso no nos prive de ver su grandeza y su universalidad. Éstas proceden de que ha sabido simbolizar con tanta amplitud el paso cotidiano de la esperanza a la angustia y de la sensatez desesperada a la obcecación voluntaria. Su obra es universal (una obra verdaderamente absurda no es universal) en la medida en que en ella se simboliza el rostro conmovedor del hombre que huye de la humanidad, que saca de sus contradicciones razones para creer, razones para esperar en sus desesperaciones fecundas, y que llama vida a su aterrador aprendizaje de la muerte. Es universal porque tiene una inspiración religiosa. Como en todas las religiones, el hombre se libera en ella del peso de su propia vida. Pero si bien sé esto, si bien puedo también admirarla, sé, asimismo, que no busco lo universal, sino lo verdadero. Ambos pueden no coincidir.

Se entenderá mejor esta manera de ver si digo que el pensamiento verdaderamente desesperante se define precisamente por los criterios opuestos y que la obra trágica podría ser la que, una vez desterrada toda esperanza futura, describiera la vida de un hombre dichoso. Cuanto más exaltante es la vida, tanto más absurda es la idea de perderla. Éste es, quizá, el secreto de esa aridez soberbia que se respira en la obra de Nietzsche. En este orden de ideas, Nietzsche parece ser el único artista que haya sacado las consecuencias extremas de una estética de lo Absurdo, pues su último mensaje reside en una lucidez

\* Sobre los dos aspectos del pensamiento de Kafka, compárense. En la colonia penitenciaria: «La culpa (entiéndase del hombre) es siempre indudable» y un fragmento de *El castillo* (relato de Momo): «La culpabilidad del agrimensor K. es difícil de probar.»

estéril y conquistadora, y en una negación obstinada de todo consuelo sobrenatural.

Lo que precede habrá bastado, sin embargo, para poner de manifiesto la importancia capital de la obra de Kafka en el marco de este ensayo. Ella nos transporta a los confines del pensamiento humano. Si se da a la palabra su sentido pleno, puede decirse que todo es esencial en esta obra. En todo caso, plantea enteramente el problema de lo absurdo. Por lo tanto, si se quiere comparar estas conclusiones con nuestras observaciones iniciales, el fondo con la forma, el sentido secreto de *El castillo* con el arte natural por el que discurre, la búsqueda apasionada y orgullosa de K. con la apariencia cotidiana por la que camina, se comprenderá lo que puede ser su grandeza. Pues si la nostalgia es la marca de lo humano, nadie ha dado, quizá, tanta carne y tanto relieve a esos fantasmas de la añoranza. Pero se advertirá, al mismo tiempo, cuál es la singular grandeza que exige la obra absurda y que ésta no tiene acaso. Si lo propio del arte es ligar lo general con lo particular, la eternidad precedera de una gota de agua con los juegos de sus luces, es más natural todavía valorar la grandeza del escritor absurdo por la diferencia que sabe introducir entre esos dos mundos. Su secreto consiste en saber encontrar el punto exacto en que se unen, en su mayor desproporción.

Y para decir verdad, los corazones puros saben ver en todas partes ese lugar geométrico del hombre y de lo inhumano. Si Fausto y Don Quijote son creaciones eminentes del arte, es a causa de las grandezas sin medida que nos muestran con sus manos terrenales. Sin embargo, siempre llega un momento en que el espíritu niega las verdades que pueden tocar sus manos. Llega un momento en que la creación no es tomada ya por lo trágico: sólo es tomada en serio. Entonces el hombre se preocupa por la esperanza. Pero ése no es asunto suyo. Lo que debe hacer es apartarse del subterfugio. Ahora bien, es éste con el que vuelvo a encontrarme al término del vehementemente proceso al que Kafka trata de someter al universo

entero. Su veredicto increíble absuelve, al fin, a este mundo horrible y trastornado en el que hasta los mismos topes se empeñan en esperar \*.

---

\* Lo que acabamos de proponer es, evidentemente, una interpretación de la obra de Kafka. Pero es justo añadir que nada impide que se la considere, al margen de toda interpretación, desde el punto de vista puramente estético. Por ejemplo, B. Groethuysen, en su notable prólogo a *El proceso*, se limita, con más prudencia que nosotros, a seguir en él las imaginaciones dolorosas de lo que él llama, de una manera sorprendente, un durmiente despierto. El destino, y quizá la grandeza de esta obra, consiste en que lo ofrece todo sin que confirme nada.



# CALÍGULA

*Obra en cuatro actos*

*Calígula* fue representada por primera vez en 1945 en el Théâtre Hébertot (dirigido por Jacques Hébertot), con dirección escénica de Paul Cettly, decorado de Louis Miquel y vestuario de Marie Viton.

#### PERSONAJES

CALÍGULA		PRIMER GUARDIA
CESONIA		SEGUNDO GUARDIA
HELICÓN		PRIMER SERVIDOR
ESCIPIÓN		SEGUNDO SERVIDOR
QUEREAS		TERCER SERVIDOR
SENECTO, el viejo patricio		MUJER DE MUCIO
METELO	} patricios	PRIMER POETA
LÉPIDO		SEGUNDO POETA
OCTAVIO		TERCER POETA
PATRICIO, el intendente		CUARTO POETA
MEREYA		QUINTO POETA
MUCIO		SEXTO POETA

*Título original: Caligula (1945)*

*Traducción de Aurora Bernárdez, revisada y completada, según la versión definitiva, por Miguel Salabert*

*La acción transcurre en el palacio de Calígula.*

*Hay un intervalo de tres años entre el primer acto y los siguientes.*

*Acto primero*

ESCENA I

*Grupo de PATRICIOS, entre ellos uno muy viejo, en una sala del palacio; dan muestras de nerviosismo.*

PRIMER PATRICIO  
Nada todavía.

EL VIEJO PATRICIO  
Nada por la mañana, nada por la noche.

SEGUNDO PATRICIO  
Nada desde hace ya tres días.

EL VIEJO PATRICIO  
Los correos van y vuelven. Menean la cabeza y dicen:  
«Nada.»

SEGUNDO PATRICIO  
Han recorrido toda la campiña, no hay nada que hacer.

PRIMER PATRICIO  
¿Por qué inquietarse por anticipado? Esperemos. Quizá vuelva tan de improviso como se fue.

EL VIEJO PATRICIO  
Yo lo vi salir del palacio. Tenía una mirada muy extraña.

PRIMER PATRICIO

Yo también estaba allí y le pregunté qué le ocurría.

SEGUNDO PATRICIO

¿Respondió?

PRIMER PATRICIO

Una sola palabra: «Nada.»

*Pausa. Entra HELICÓN comiendo cebollas.*

SEGUNDO PATRICIO (*sigue nervioso*)

Es inquietante.

PRIMER PATRICIO

Vamos, todos los jóvenes son así.

EL VIEJO PATRICIO

Por supuesto, la edad lo borra todo.

SEGUNDO PATRICIO

¿Os parece?

PRIMER PATRICIO

Esperemos que olvide pronto.

EL VIEJO PATRICIO

¡Claro! Por cada una que se pierde, se encuentran diez.

HELICÓN

¿De dónde sacáis que se trate de amor?

PRIMER PATRICIO

¿Y qué otra cosa podría ser?

HELICÓN

El hígado, tal vez. O, simplemente, el asco de veros todos los días. Se soportaría mucho mejor a nuestros contemporáneos si pudieran cambiar de hocico, de vez en cuando. Pero ¡quíá!, el menú no cambia, siempre el mismo guisote.

EL VIEJO PATRICIO

Prefiero pensar que se trata de amor. Es más enternecedor.

HELICÓN

Y menos inquietante, sobre todo, mucho menos inquietante. Ése es el género de enfermedad que no perdona ni a los inteligentes ni a los imbéciles.

PRIMER PATRICIO

De todos modos, afortunadamente, las penas no son eternas. ¿Sois capaces vosotros de sufrir más de un año?

SEGUNDO PATRICIO

Yo no.

PRIMER PATRICIO

Nadie tiene ese poder.

EL VIEJO PATRICIO

La vida sería imposible.

PRIMER PATRICIO

Tenéis razón. Mirad, perdí a mi mujer el año pasado. Lloré mucho y después la olvidé. De vez en cuando, siento pena. Pero, en suma, no es nada.

EL VIEJO PATRICIO

La naturaleza hace bien las cosas.

*Entra QUEREAS.*

PRIMER PATRICIO

¿Y bien?

QUEREAS

Como siempre, nada.

HELICÓN

Calma, señores, calma. Guardemos las apariencias. Nosotros somos el Imperio romano. Si nosotros perdemos la cara, el Imperio pierde la cabeza. No es éste el momento, ¡oh, no! Y de momento, vayámonos a almorzar, que el Imperio se sentirá mejor.

EL VIEJO PATRICIO

Es justo, más vale pájaro en mano que ciento volando.

QUEREAS

Esto no me gusta nada. Pero todo iba demasiado bien. El emperador era perfecto.

SEGUNDO PATRICIO

Sí, era como es debido: escrupuloso e inexperto.

PRIMER PATRICIO

Pero ¿qué os pasa y por qué esos lamentos? Nada le impide continuar siéndolo. Amaba a Drusila, de acuerdo. Pero al fin y al cabo, era su hermana. Acostarse con ella ya era mucho. Pero trastornar a Roma porque haya muerto, eso ya es pasarse de la raya.

QUEREAS

No importa. No me gusta esto, y su huida no me dice nada bueno.

EL VIEJO PATRICIO

Sí, no hay humo sin fuego.

PRIMER PATRICIO

En todo caso, la razón de Estado no puede admitir un incesto que toma visos de tragedia. Pase el incesto, pero que sea discreto.

HELICÓN

Ya sabéis que el incesto, naturalmente, hace siempre un poco de ruido. El lecho cruje, si puedo expresarme así. ¿Quién os ha dicho, además, que se trate de Drusila?

SEGUNDO PATRICIO

¿Y qué puede ser, entonces?

HELICÓN

Adivinidad. Tened en cuenta que la desdicha es como el matrimonio. Se cree que se elige y, en realidad, se es elegido. Así es, y no hay nada que hacer. Nuestro Calígula es desdichado, pero tal vez ni tan siquiera sepa por qué. Ha debido de sentirse angustiado, y ha huido. Es lo que hubiera hecho cualquiera de nosotros.

Mirad, el que os habla os dice que si yo hubiera podido escoger a mi padre, no habría nacido todavía.

*Entra ESCIPIÓN.*

## ESCENA II

QUEREAS

¿Y bien?

ESCIPIÓN

Nada todavía. Unos campesinos creyeron verlo anoche, cerca de aquí, corriendo entre la tormenta.

QUEREAS *vuelve hacia los senadores.* ESCIPIÓN *le sigue.*

QUEREAS

¡Ya hace tres días, Escipión!

ESCIPIÓN

Sí. Yo estaba presente, siguiéndole como de costumbre. Se acercó al cuerpo de Drusila. Lo tocó con los dedos. Luego, como si reflexionara, se volvió y salió con paso regular. Desde entonces andamos buscándolo.

QUEREAS (*meneando la cabeza*)

A ese muchacho le gustaba demasiado la literatura.

SEGUNDO PATRICIO

Es propio de su edad.

QUEREAS

Pero no de su rango. Un emperador artista no es conveniente. Hemos tenido uno o dos, por supuesto. En todas partes hay ovejas negras. Pero los otros tuvieron el buen gusto de limitarse a ser funcionarios.

PRIMER PATRICIO

Era más cómodo.

EL VIEJO PATRICIO  
Zapatero, a tus zapatos.

ESCIPIÓN  
¿Qué podemos hacer, Quereas?

QUEREAS  
Nada.

SEGUNDO PATRICIO  
Esperemos. Si no vuelve, habrá que reemplazarlo. No faltan los emperadores entre nosotros.

PRIMER PATRICIO  
No, sólo faltan personalidades.

QUEREAS  
¿Y si vuelve de mal talante?

PRIMER PATRICIO  
Vamos, todavía es un niño, le haremos entrar en razón.

QUEREAS  
¿Y si es sordo al razonamiento?

PRIMER PATRICIO (*ríe*)  
Bueno, ¿no escribí, en mis tiempos, un tratado sobre el golpe de Estado?

QUEREAS  
¡Por supuesto, si fuera necesario! Pero preferiría que me dejaran tranquilo con mis libros.

ESCIPIÓN  
Excusadme.

*Sale.*

QUEREAS  
Está ofuscado.

EL VIEJO PATRICIO  
Es un niño. Los jóvenes son solidarios.

HELICÓN  
Solidarios o no, envejecerán de todas formas.

*Aparece un GUARDIA:* «Han visto a Calígula en el jardín del Palacio.» *Todos salen.*

ESCENA III

*La escena permanece vacía unos instantes. CALÍGULA entra furtivamente por la izquierda. Tiene expresión de enajenado, está sucio, con el pelo empapado y las piernas manchadas. Se lleva varias veces la mano a la boca. Se acerca al espejo, deteniéndose en cuanto ve su propia imagen. Masculla palabras confusas, luego se sienta a la derecha, con los brazos colgando entre las rodillas separadas. HELICÓN entra por la izquierda. Al ver a CALÍGULA se detiene en el extremo del escenario y lo observa en silencio. CALÍGULA se vuelve y lo ve. Pausa.*

ESCENA IV

HELICÓN (*de un extremo a otro del escenario*)  
Buenos días, Cayo.

CALÍGULA (*con naturalidad*)  
Buenos días, Helicón.

*Silencio.*

HELICÓN  
Pareces cansado.

CALÍGULA  
He caminado mucho.

HELICÓN  
Sí, tu ausencia se ha prolongado mucho.

*Silencio.*

CALÍGULA  
Era difícil de encontrar.

HELICÓN

¿El qué?

CALÍGULA

Lo que yo quería.

HELICÓN

¿Y qué es lo que querías?

CALÍGULA (*sigue con naturalidad*)

La luna.

HELICÓN

¿Qué?

CALÍGULA

Sí, quería la luna.

HELICÓN

¡Ah! (*Silencio. HELICÓN se acerca.*) ¿Para qué?

CALÍGULA

Bueno... Es una de las cosas que no tengo.

HELICÓN

Claro. ¿Y ya está todo resuelto?

CALÍGULA

No, no he podido conseguirla.

HELICÓN

¡Qué lástima!

CALÍGULA

Sí, por eso estoy cansado. (*Pausa.*) ¡Helicón!

HELICÓN

Sí, Cayo.

CALÍGULA

Piensas que estoy loco.

HELICÓN

De sobra sabes que nunca pienso. Soy demasiado inteligente para eso.

CALÍGULA

Sí. ¡En fin! Pero no estoy loco y aún más: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí, de pronto, la necesidad de lo imposible. (*Pausa.*) Las cosas, tal como son, no me parecen satisfactorias.

HELICÓN

Es una opinión bastante difundida.

CALÍGULA

Es cierto. Pero antes no lo sabía. Ahora lo sé. (*Continúa con naturalidad.*) El mundo, tal como está hecho, no es soportable. Por eso necesito la luna o la felicidad, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo.

HELICÓN

Es un razonamiento que se tiene de pie. Pero, en general, no es posible sostenerlo hasta el fin.

CALÍGULA (*levantándose, pero con la misma sencillez*)

Tú de eso no sabes nada. Si las cosas no se consiguen es porque nunca se las persigue hasta el fin. Pero quizá baste con permanecer lógico hasta el fin. (*Mira a HELICÓN.*) También sé lo que estás pensando. ¡Cuántas complicaciones por la muerte de una mujer! Pero no es eso. Creo recordar, es cierto, que hace unos días murió una mujer a quien yo amaba. Pero ¿qué es el amor? Poca cosa. Esa muerte no significa nada, te lo juro; sólo es la señal de una verdad que me hace necesaria la luna. Es una verdad muy simple y muy clara, un poco tonta, pero difícil de descubrir y pesada de llevar.

HELICÓN

¿Y cuál es esa verdad, Cayo?

CALÍGULA (*apartado, en tono neutro*)

Los hombres mueren y no son felices.

HELICÓN (*después de una pausa*)

Vamos, Cayo, es una verdad a la que nos acomodamos

muy bien. Mira a tu alrededor. Eso no les impide almorzar.

CALÍGULA (*con súbito estallido*)

Entonces todo a mi alrededor es mentira, y yo quiero que vivamos en la verdad. Y justamente tengo los medios para hacerles vivir en la verdad. Porque sé lo que les falta, Helicón. Están privados de conocimiento y les falta un profesor que sepa lo que dice.

HELICÓN

No te ofendas, Cayo, por lo que voy a decirte. Pero deberías descansar primero.

CALÍGULA (*sentándose y con dulzura*)

No es posible, Helicón, ya nunca será posible.

HELICÓN

¿Y por qué no?

CALÍGULA

Si duermo, ¿quién me dará la luna?

HELICÓN (*después de un silencio*)

Eso es verdad.

CALÍGULA *se levanta con visible esfuerzo.*

CALÍGULA

Escucha, Helicón. Oigo pasos y rumor de voces. Guarda silencio y olvida que acabas de verme.

HELICÓN

He comprendido.

CALÍGULA *se dirige hacia la salida. Se vuelve.*

CALÍGULA

Y te lo ruego: en adelante, ayúdame.

HELICÓN

No tengo razones para no hacerlo, Cayo. Pero yo sé muchas cosas y hay pocas que me interesen. ¿En qué puedo ayudarte?

CALÍGULA

En lo imposible.

HELICÓN

Haré lo que pueda.

CALÍGULA *sale. Entran rápidamente ESCIPIÓN y CESONIA.*

ESCENA V

ESCIPIÓN

No hay nadie. ¿No lo has visto, Helicón?

HELICÓN

No.

CESONIA

Helicón, ¿de veras no te dijo nada antes de escaparse?

HELICÓN

No soy su confidente, soy su espectador. Es más prudente.

CESONIA

Te lo ruego.

HELICÓN

Querida Cesonia, Cayo es un idealista, todo el mundo lo sabe. Lo que equivale a decir que todavía no ha comprendido. Yo, sí, y por eso no me ocupo de nada. Pero si Cayo empieza a comprender, es muy capaz, al contrario, con el buen corazoncito que tiene, de ocuparse de todo. Y Dios sabe lo que eso podría costarnos. Pero, si me permitís, me voy a almorzar.

*Sale.*

ESCENA VI

CESONIA *se sienta con cansancio.*

CESONIA

Un guardia lo vio pasar. Pero Roma entera ve a Calí-



gula por todas partes. Y Calígula, en efecto, sólo ve su idea.

ESCIPIÓN  
¿Qué idea?

CESONIA  
¿Cómo puedo yo saberlo, Escipión?

ESCIPIÓN  
¿Drusila?

CESONIA  
¿Quién puede decirlo? Pero es verdad que la quería. En verdad es duro ver morir hoy lo que ayer estrechábamos en los brazos.

ESCIPIÓN (*tímidamente*)  
¿Y tú?

CESONIA  
Oh, yo soy la vieja querida.

ESCIPIÓN  
Cesonia, hay que salvarlo.

CESONIA  
¿Así que tú le quieres?

ESCIPIÓN  
Le quiero. Era bueno conmigo. Me animaba y me sé de memoria ciertas palabras tuyas. Me decía que la vida no es fácil, pero que están la religión, el arte, el amor que inspiramos. Repetía a menudo que hacer sufrir es la única manera de equivocarse. Quería ser un hombre justo.

CESONIA (*levantándose*)  
Era un niño. (*Se dirige hacia el espejo y se mira.*) Nunca tuve otro dios que mi cuerpo, y a este dios quisiera rezar hoy para que Cayo me sea devuelto.

*Entra CALÍGULA. Al ver a CESONIA y a ESCIPIÓN, vacila y retrocede. En el mismo instante entran por el lado opuesto los PATRICIOS y el INTENDENTE de palacio. Se detienen, cortados. CESONIA se vuelve. Ella y ESCIPIÓN se vuelven. Ella y ESCIPIÓN corren hacia CALÍGULA. Él los detiene con un ademán.*

#### ESCENA VII

EL INTENDENTE (*con voz insegura*)  
Te... te buscábamos, César.

CALÍGULA (*con voz breve y cambiada*)  
Ya lo veo.

EL INTENDENTE  
Nosotros..., es decir...

CALÍGULA (*brutalmente*)  
¿Qué queréis?

EL INTENDENTE  
Estábamos inquietos, César.

CALÍGULA (*acercándose*)  
¿Con qué derecho?

EL INTENDENTE  
¡Oh...! (*Súbitamente inspirado y muy rápido.*) En fin, de todos modos, ya sabes que debes resolver algunas cuestiones concernientes al Tesoro Público.

CALÍGULA (*en un acceso de risa inextinguible*)  
¿El Tesoro? Es cierto, claro, el Tesoro; es capital.

EL INTENDENTE  
Cierto, César.

CALÍGULA (*sigue riendo, a CESONIA*)  
¿No es verdad, querida, que es muy importante el Tesoro?

CESONIA

No, Calígula, es una cuestión secundaria.

CALÍGULA

Claro, es que tú de eso no entiendes nada. El Tesoro tiene un poderoso interés. Todo es importante; ¡las finanzas, la moral pública, la política exterior, el abastecimiento del ejército y las leyes agrarias! Todo es fundamental. Todo está en el mismo plano: la grandeza de Roma y tus crisis de artritis. ¡Ah! Voy a ocuparme de todo eso. Escúchame un poco, intendente.

EL INTENDENTE

Te escuchamos.

*Los PATRICIOS se adelantan.*

CALÍGULA

¿Me eres fiel, verdad?

EL INTENDENTE (*en tono de reproche*)

¡César!

CALÍGULA

Bueno, pues tengo un plan que proponerte. Vamos a revolucionar la economía política en dos fases. Te lo explicaré, intendente..., cuando hayan salido los patricios.

*Los PATRICIOS salen.*

#### ESCENA VIII

*CALÍGULA se sienta junto a CESONIA.*

CALÍGULA

Escúchame bien. Primera fase: todos los patricios, todas las personas del Imperio que dispongan de cierta fortuna —pequeña o grande, es exactamente lo mis-

mo— están obligados a desheredar a sus hijos y a testar de inmediato a favor del Estado.

EL INTENDENTE

Pero, César...

CALÍGULA

No te he concedido aún la palabra. Conforme a nuestras necesidades, haremos morir a esos personajes siguiendo el orden de una lista arbitrariamente establecida. Llegado el momento podremos modificar ese orden, siempre arbitrariamente. Y heredaremos.

CESONIA (*apartándose*)

¿Qué te pasa?

CALÍGULA (*imperturbable*)

El orden de las ejecuciones no tiene, en efecto, ninguna importancia. O, más bien, esas ejecuciones tienen una importancia idéntica, lo que significa que no tienen ninguna. Por lo demás, tan culpables son unos como otros. Tened en cuenta, por otra parte, que no es más inmoral robar directamente a los ciudadanos que infiltrar impuestos indirectos en el precio de las cosas que les son imprescindibles. Como todo el mundo sabe, gobernar es robar. Pero hay maneras y maneras. La mía será la de robar francamente. Acostumbrados como estabais a los rateros, notaréis un cambio. (*Al INTENDENTE, con rudeza.*) Ejecutarás estas órdenes sin dilación. Todos los habitantes de Roma firmarán sus testamentos esta misma tarde, y los de provincias en un mes como máximo. Envía a los correos.

EL INTENDENTE

César, no te das cuenta...

CALÍGULA

Escúchame bien, imbécil. Si el Tesoro tiene importancia, entonces la vida humana no la tiene. Eso está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que su vida no vale nada,

ya que para ellos el dinero lo es todo. Entretanto, yo he decidido ser lógico, y, como tengo el poder, veréis lo que va a costaros la lógica. Exterminaré a los contradictores y a las contradicciones. Si es necesario, empezaré por ti.

EL INTENDENTE

César, mi buena voluntad no admite duda, te lo juro.

CALÍGULA

Ni la mía, puedes creerme. La prueba es que consiento en adoptar tu punto de vista y considerar al Tesoro Público como un objeto de meditación. En suma, agradécemelo, pues intervengo en tu juego y utilizo tus cartas. (*Pausa, luego, con calma.*) Además, mi plan, por su sencillez, es genial, lo cual cierra el debate. Tienes tres segundos para desaparecer. Cuento: uno...

*El INTENDENTE desaparece.*

#### ESCENA IX

CESONIA

¡No te reconozco! Es una broma, ¿verdad?

CALÍGULA

No es exactamente eso, Cesonia. Es pedagogía.

ESCIPIÓN

¡No es posible, Cayo!

CALÍGULA

¡Justamente!

ESCIPIÓN

No te comprendo.

CALÍGULA

¡Justamente! Se trata de lo que no es posible, o más bien, de hacer posible lo que no lo es.

ESCIPIÓN

Pero ese juego no tiene límites. Es la diversión de un loco.

CALÍGULA

No, Escipión, es la virtud de un emperador. (*Se echa hacia atrás con un gesto de fatiga.*) Acabo de comprender por fin la utilidad del poder. Da oportunidades a lo imposible. Hoy, y en los tiempos venideros, la libertad no tendrá ya fronteras.

CESONIA (*tristemente*)

No sé si hay que alegrarse, Cayo.

CALÍGULA

Tampoco yo lo sé. Pero supongo que de eso habrá que vivir.

*Entra QUEREAS.*

#### ESCENA X

QUEREAS

Supe de tu regreso. Hago votos por tu salud.

CALÍGULA

Mi salud te lo agradece. (*Pausa. De improviso.*) Vete, Quereas, no quiero verte.

QUEREAS

Me sorprendes, Cayo.

CALÍGULA

No te sorprendas. No me gustan los literatos, y no puedo soportar sus mentiras. Hablan para no escucharse. Si se escucharan, sabrían que no son nada, y no podrían seguir hablando. Vamos, vamos, rompéd filas, me horrorizan los testigos falsos.

QUEREAS

Si mentimos es, con frecuencia, sin saberlo. No me considero culpable.

CALÍGULA

La mentira nunca es inocente. Y la vuestra da importancia a los seres y a las cosas. Eso es lo que no puedo perdonaros.

QUEREAS

Y, sin embargo, no hay más remedio que abogar por este mundo, si queremos vivir en él.

CALÍGULA

No abogues, la causa está juzgada. Este mundo no tiene importancia, y quien así lo entienda conquista su libertad. (*Se ha levantado.*) Y justamente os odio porque no sois libres. En todo el Imperio romano soy el único hombre libre. Alegraos, por fin, ha llegado un emperador para enseñaros la libertad. Vete, Quereas, y tú también, Escipión, pues, la amistad me da risa. Id a anunciar a Roma que le ha sido restituida al fin la libertad y que con ella empieza una gran prueba.

*Salen. CALÍGULA se ha vuelto.*

#### ESCENA XI

CESONIA

¿Lloras?

CALÍGULA

Sí, Cesonia.

CESONIA

Pero, dime, ¿qué es lo que ha cambiado? Si es cierto que amabas a Drusila, la amabas al mismo tiempo que a mí y a otras muchas. Eso no era suficiente para que su muerte te tuviera durante tres días y tres noches

por el campo y para que hayas vuelto con ese rostro enemigo.

CALÍGULA (*se vuelve*)

¿Quién ha hablado de Drusila, loca? ¿No puedes imaginar que un hombre lllore por algo que no sea el amor?

CESONIA

Perdón, Cayo. Pero trato de comprender.

CALÍGULA

Los hombres lloran porque las cosas no son lo que deberían ser. (*Ella se le acerca.*) Deja, Cesonia. (*CESONIA retrocede.*) Pero quédate cerca de mí.

CESONIA

Haré lo que quieras. (*Se sienta.*) A mi edad se sabe que la vida no es buena. Pero si el mal existe en el mundo, ¿por qué empeñarse en aumentarlo?

CALÍGULA

Tú no puedes comprender. ¿Qué importa? Quizá salga de esto. Pero siento subir en mí seres sin nombre. ¿Qué haré contra ellos? (*Se vuelve hacia CESONIA.*) ¡Oh, Cesonia! Yo sabía que era posible estar desesperado, pero ignoraba el significado de esta palabra. Creía, como todo el mundo, que era una enfermedad del alma. Pero no, el cuerpo es el que sufre. Me duele la piel, el pecho, los miembros. Tengo la cabeza vacía y el estómago revuelto. Y lo más atroz es este gusto en la boca. Ni de sangre, ni de muerte, ni de fiebre, sino de todo eso a la vez. Basta que mueva la lengua para que todo se ponga negro y los seres me repugnen. ¡Qué duro, qué amargo es hacerse hombre!

CESONIA

Hay que dormir, dormir mucho, dejarse llevar y no cavilar más. Yo velaré tu sueño. Al despertarte el mundo recobrará su sabor para ti. Haz entonces servir tu po-

der para amar mejor lo que aún puede ser amado. Lo posible también se merece una oportunidad.

CALÍGULA

Pero para eso se necesita el sueño, la despreocupación. Eso no es posible.

CESONIA

Es lo que uno cree cuando está rendido de fatiga. Pero llega luego el momento en que la mano vuelve a ser firme.

CALÍGULA

Pero hay que saber dónde posarla. ¿Y qué me importa una mano firme, de qué me sirve este asombroso poder si no puedo cambiar el orden de las cosas, si no puedo hacer que el sol se ponga por el Este, que el sufrimiento decrezca y que los que nacen no mueran? No, Cesonia, me es indiferente dormir o permanecer despierto si no puedo actuar sobre el orden de este mundo.

CESONIA

Pero eso es querer igualarse a los dioses. No conozco locura peor.

CALÍGULA

También tú me crees loco. Y, sin embargo, ¿qué es un dios para que yo desee igualarme a él? Lo que deseo hoy con todas mis fuerzas está por encima de los dioses. Tomo a mi cargo un reino donde lo imposible es el rey.

CESONIA

No podrás hacer que el cielo no sea cielo, que un rostro hermoso se vuelva feo, un corazón humano, insensible.

CALÍGULA (con exaltación creciente)

Quiero mezclar el cielo con el mar, confundir fealdad y belleza, hacer brotar la risa del sufrimiento.

CESONIA (*erguida ante él y suplicante*)

Existe lo bueno y lo malo, lo grande y lo bajo, lo justo y lo injusto. Te aseguro que todo esto no cambiará.

CALÍGULA (*en el mismo tono*)

Mi voluntad es cambiarlo. Haré a este siglo el don de la igualdad. Y cuando todo esté nivelado, lo imposible al fin en la tierra, la luna en mis manos, entonces quizá yo mismo esté transformado y el mundo conmigo; entonces, al fin, los hombres no morirán y serán dichosos.

CESONIA (*en un grito*)

No podrás negar el amor.

CALÍGULA (*estallando y con voz llena de rabia*)

¡El amor, Cesonia! (*La coge por los hombros y la zarandeada.*) He aprendido que no es nada. El otro tiene razón: ¡el Tesoro Público! Lo oíste, ¿verdad? Todo empieza con eso. ¡Ah, por fin, voy a vivir ahora! Vivir, Cesonia, vivir es lo contrario de amar. Te lo digo yo y te invito a una fiesta sin medida, a un proceso general, al más bello de los espectáculos. Y necesito gente, espectadores, víctimas y culpables.

*Se precipita hacia el gong y empieza a darle, sin tregua, golpes redoblados.*

CALÍGULA (*sin dejar de golpear*)

Haced entrar a los culpables. Necesito culpables. Y todos lo son. (*Sigue golpeando.*) Quiero que entren los condenados a muerte. ¡Público, quiero tener mi público! ¡Jueces, testigos, acusados, todos condenados de antemano! ¡Ah, Cesonia, les mostraré lo que nunca han visto, el único hombre libre de este Imperio!

*Al sonido del gong el palacio se llena poco a poco de rumores que aumentan y se acercan. Voces, ruidos de armas, pasos y pataleos. CALÍGULA ríe y sigue golpeando. Los GUARDIAS entran y luego salen.*

CALÍGULA (*golpeando*)

Y tú, Cesonia, me obedecerás. Me ayudarás siempre.  
Será maravilloso. Jura que me ayudarás, Cesonia.

CESONIA (*enojada, entre dos golpes de gong*)

No necesito jurar, puesto que te amo.

CALÍGULA (*sigue golpeando*)

Harás todo lo que yo te diga.

CESONIA (*en el mismo tono*)

Todo, Calígula, pero detente.

CALÍGULA (*golpeando*)

Serás cruel.

CESONIA (*llorando*)

Cruel.

CALÍGULA (*golpeando*)

Fría e implacable.

CESONIA

Implacable.

CALÍGULA (*lo mismo*)

También sufrirás.

CESONIA

Sí, Calígula, pero voy a enloquecer.

*Entran PATRICIOS, estupefactos, y con ellos las gentes del palacio. CALÍGULA da un último golpe, levanta el mazo, se vuelve hacia ellos y los llama.*

CALÍGULA (*fuera de sí*)

Venid todos. Acercaos. Mando que os acerquéis.  
(*Patalea.*) Un emperador exige que os acerquéis. (*Todos avanzan, llenos de temor.*) Venid en seguida. Y ahora acércate, Cesonia.

*La coge de la mano, la lleva junto al espejo y con el mazo borra frenéticamente una imagen sobre la superficie bruñida.*

CALÍGULA (*ríe*)

Nada, ya ves. ¡Ni un recuerdo, todos los rostros han huido! ¡Nada, nada más! ¿Y sabes lo que queda? Acércate un poco más. Mira. Acercaos, mirad.

*Se planta ante el espejo en una actitud demente.*

CESONIA (*mirando al espejo, con espanto*)

¡Calígula!

*CALÍGULA cambia de tono, apoya el dedo en el espejo y con la mirada súbitamente fija, dice con voz triunfante.*

CALÍGULA

Calígula.

TELÓN

*Acto segundo*

ESCENA I

*Reunión de* PATRICIOS *en casa de* QUEREAS.

PRIMER PATRICIO

Insulta a nuestra dignidad.

MUCIO

Desde hace ya tres años.

EL VIEJO PATRICIO

¡Me llama mujercita! ¡Me ridiculiza! ¡Muera!

MUCIO

Desde hace ya tres años.

PRIMER PATRICIO

¡Nos hace correr todas las noches alrededor de su litera cuando sale a pasear por el campo!

SEGUNDO PATRICIO

Y nos dice que correr es bueno para la salud.

MUCIO

Desde hace ya tres años.

EL VIEJO PATRICIO

No tiene disculpa.

TERCER PATRICIO

No, es imperdonable.

PRIMER PATRICIO

Patricio, confiscó tus bienes; Escipión, mató a tu padre; Octavio, raptó a tu mujer y ahora la hace trabajar en su prostíbulo; Lépidó mató a tu hijo: ¿Vais a tolerar esto? Por mi parte, ya he elegido. Entre el riesgo y esta vida insoportable con el temor y la impotencia, no puedo vacilar.

ESCIPIÓN

Al matar a mi padre, él eligió por mí.

PRIMER PATRICIO

¿Seguiréis dudando?

UN CABALLERO

Estamos contigo. Ha dado al pueblo nuestros asientos en el circo y nos ha obligado a luchar con la plebe para castigarnos mejor después.

EL VIEJO PATRICIO

Es un cobarde.

SEGUNDO PATRICIO

Un cínico.

TERCER PATRICIO

Un comediante.

EL VIEJO PATRICIO

Es un impotente.

CUARTO PATRICIO

Desde hace ya tres años.

*Tumulto desordenado. Blanden las armas. Cae una antorcha. Se vuelca una mesa. Todo el mundo se precipita hacia la salida. Pero entra QUEREAS, impasible, y detiene ese arrebato.*

## ESCENA II

QUEREAS

¿A dónde corréis de esta manera?

TERCER PATRICIO

Al palacio.

QUEREAS

Comprendo. Pero ¿creéis que van a dejaros entrar?

PRIMER PATRICIO

No es cuestión de pedir permiso.

QUEREAS

¡Qué valientes sois, de repente! ¿Puedo, al menos, tener la autorización para sentarme en mi casa?

*Cierran la puerta. QUEREAS se acerca a la mesa volcada y se sienta en una de las esquinas, mientras todos se vuelven hacia él.*

QUEREAS

No es tan fácil como creéis, amigos míos. El miedo que sentís no puede suplir al valor y a la sangre fría. Todo esto es prematuro.

TERCER PATRICIO

Si no estás con nosotros, déjanos, pero cierra la boca.

QUEREAS

Sin embargo, creo que estoy con vosotros. Pero no por las mismas razones.

TERCER PATRICIO

¡Basta de charla!

QUEREAS (*poniéndose en pie*)

Sí, basta de charla. Quiero que las cosas queden claras. Pues aunque estoy con vosotros, no estoy por vosotros. Por eso vuestro método no me parece bueno. No habéis reconocido al verdadero enemigo, ya que le atribuíis pequeños motivos. Sólo los tiene grandes, y corréis a la perdición. Vedlo ante todo como es, podréis combatirle mejor.

TERCER PATRICIO

Lo vemos como es: ¡el más insensato de los tiranos!



QUEREAS

No es seguro. Hemos conocido emperadores locos. Pero éste no está bastante loco. Y lo que yo detesto en él, es que sabe lo que quiere.

PRIMER PATRICIO

Quiere la muerte de todos nosotros.

QUEREAS

No, porque eso es secundario. Pone su poder al servicio de una pasión más elevada y mortal, nos amenaza en lo más profundo de nosotros mismos. Sin duda, no es la primera vez que, entre nosotros, un hombre dispone de un poder sin límites, pero es la primera vez que lo utiliza sin límites, hasta negar al hombre y al mundo. Eso es lo que me aterra de él y lo que quiero combatir. Perder la vida es poca cosa, y no me faltará valor cuando sea necesario. Pero ver cómo desaparece el sentido de esta vida, la razón de nuestra existencia es insoportable. No se puede vivir sin una razón.

PRIMER PATRICIO

La venganza es una razón.

QUEREAS

Sí, y la compartiré con vosotros. Pero quiero que comprendáis que no son vuestras pequeñas humillaciones las que me mueven a ello. Lo hago para luchar contra una gran idea, cuya victoria significaría el fin del mundo. Puedo admitir que os pongan en ridículo; no puedo aceptar que Calígula haga lo que sueña hacer y todo lo que sueña. Transforma su filosofía en cadáveres, y para desgracia nuestra, es una filosofía sin objeciones. No queda otro remedio que golpear cuando la refutación no es posible.

TERCER PATRICIO

Entonces, hay que actuar.

QUEREAS

Hay que actuar. Pero no destruiréis esa potencia injus-

ta afrontándola mientras esté en pleno vigor. Se puede combatir la tiranía, pero hay que emplear la astucia contra la maldad desinteresada. Es preciso seguirle la corriente, esperar a que esa lógica se convierta en demencia. Pero una vez más, y lo digo por honestidad, sabed que no estaré con vosotros más que durante un tiempo. No serviré después a ninguno de vuestros intereses; deseo tan sólo recobrar la paz en un mundo de nuevo coherente. No me mueve a actuar la ambición, sino un miedo razonable, el miedo a ese lirismo inhumano ante el cual mi vida no es nada.

PRIMER PATRICIO (*adelantándose*)

Creo haber comprendido, más o menos. Pero lo esencial es que coincidais con nosotros en considerar que las bases de nuestra sociedad están en peligro. Para nosotros, ¿verdad?, la cuestión es ante todo moral. La familia tiembla, el respeto al trabajo se pierde, la patria entera está entregada a la blasfemia. La virtud nos pide auxilio: ¿nos negaremos a escucharla? Conjurados: ¿aceptaréis que los patricios se vean obligados a correr todas las noches alrededor de la litera del César?

EL VIEJO PATRICIO

¿Permitiréis que les llamen «mi querida»?

TERCER PATRICIO

¿Que les quiten sus mujeres?

SEGUNDO PATRICIO

¿Y sus hijos?

MUCIO

¿Y su dinero?

QUINTO PATRICIO

¡No!

PRIMER PATRICIO

Quereas, has hablado muy bien. Asimismo, has hecho bien en calmarnos. Es demasiado pronto para actuar;

el pueblo aún estaría contra nosotros. ¿Quieres acchar con nosotros el momento oportuno?

QUEREAS

Sí, dejemos que Calígula continúe. Es más, impulsémoslo en esa dirección. Organicemos su locura. Llegará el día en que esté solo frente a un imperio lleno de muertos y de parientes de muertos.

*Clamor general. Fuera se oyen trompetas. Silencio. Luego, de boca en boca, un nombre: Calígula.*

#### ESCENA III

*Entran CALÍGULA y CESONIA, seguidos por HELICÓN y soldados. Escena muda. CALÍGULA se detiene y mira a los conjurados. Va de uno a otro en silencio, le arregla una hebilla a uno, retrocede para contemplar a un segundo, les mira una vez más, se pasa la mano por los ojos y sale sin decir palabra.*

#### ESCENA IV

CESONIA (*irónica, mostrando el desorden*)

¿Os habéis peleado?

QUEREAS

Nos hemos peleado.

CESONIA (*siempre irónica*)

¿Y por qué os habéis peleado?

QUEREAS

Por nada.

CESONIA

Entonces no es cierto.

QUEREAS

¿Qué no es cierto?

CESONIA

Que no os habéis peleado.

QUEREAS

Entonces no nos hemos peleado.

CESONIA (*sonriente*)

Acaso fuera preferible poner un poco de orden aquí. Calígula detesta el desorden.

HELICÓN (*al viejo PATRICIO*)

¡Acabaréis por sacar de sus casillas a ese hombre!

EL VIEJO PATRICIO

¿Pero, en fin, qué le hemos hecho?

HELICÓN

Nada, justamente. Es inaudito ser insignificantes hasta tal punto. Termina por resultar insoportable. Poneos en el lugar de Calígula. (*Pausa.*) Así que conspirando un poquito, ¿no?

EL VIEJO PATRICIO

¡Vamos, hombre! Eso es falso. ¿Es eso lo que él cree?

HELICÓN

No lo cree, lo sabe. Pero supongo que en el fondo lo desea un poco. Vamos, ayudemos a reparar el desorden.

*Se ponen a la tarea. CALÍGULA entra y observa.*

#### ESCENA V

CALÍGULA (*al viejo PATRICIO*)

Buenos días, querida mía. (*A los demás.*) Quereas, he decidido comer en tu casa. Mucio, me he permitido invitar a tu mujer.

*El INTENDENTE da una palmada. Entra un ESCLAVO, pero CALÍGULA le detiene.*

CALÍGULA

¡Un momento! Señores, ya sabéis que las finanzas del

Estado no se tenían de pie más que por la costumbre de hacerlo. Desde ayer, ni la costumbre basta ya a sustentarlas. Me veo, pues, en la dolorosa necesidad de proceder a reducciones de personal. Con un espíritu de sacrificio que estoy seguro sabréis apreciar, he decidido reducir mi servidumbre, liberar algunos esclavos y afectaros a mi servicio doméstico. Poned y servid la mesa.

*Los SENADORES se miran y vacilan.*

HELICÓN

Vamos, señores, un poco de buena voluntad. Comprobaréis, además, que es más fácil descender por la escala social que volver a subirla.

*Los SENADORES se desplazan con vacilación.*

CALÍGULA (a CESONIA)

¿Cuál es el castigo reservado a los esclavos perezosos?

CESONIA

El látigo, creo.

*Los SENADORES se precipitan y comienzan a poner la mesa, con torpeza.*

CALÍGULA

¡Vamos, un poco de aplicación! Con método, sobre todo con método. (A HELICÓN.) Se diría que han perdido mañana.

HELICÓN

A decir verdad, nunca la han tenido más que para golpear o mandar. Habrá que tener paciencia, no hay más remedio. Se necesita un solo día para hacer un senador y diez años para hacer un trabajador.

CALÍGULA

Pues mucho me temo que hagan falta veinte para sacar un trabajador de un senador.

HELICÓN

De todos modos, lo están consiguiendo. En mi opi-

nión, tienen vocación. Les va la servidumbre. (*Un SENADOR se seca el sudor.*) Mira, empiezan incluso a sudar. Es un progreso.

CALÍGULA

Bueno, no pidamos demasiado. No está tan mal. Y, además, un instante de justicia no es para desperdiciarlo. A propósito de justicia, tenemos que darnos prisa: me espera una ejecución. Tiene suerte Rufio de que me haya entrado el apetito. (*Confidencial.*) Rufio es el caballero que va a morir. (*Pausa.*) ¿No me preguntáis por qué va a morir?

*Silencio general. Entre tanto, los ESCLAVOS han traído víveres.*

CALÍGULA (*de buen humor*)

Vamos, veo que vais haciéndoos inteligentes. (*Mordisquea una aceituna.*) Habéis terminado por comprender que no es necesario haber hecho algo para morir. Soldados, estoy contento de vosotros. ¿No es así, Helicón?

*Deja de mordisquear y mira a los comensales con aire burlón.*

HELICÓN

Seguro. ¡Qué ejército! Pero si quieres saber mi opinión, se han hecho demasiado inteligentes y ya no van a querer batirse. Si continúan progresando, se hundirá el Imperio.

CALÍGULA

Perfecto. Descansaremos. Veamos, coloquémonos al tuntún. Nada de protocolo. De todos modos, este Rufio tiene suerte. Y estoy seguro de que no es capaz de apreciar esta pequeña tregua. Sin embargo, unas horas ganadas a la muerte son inestimables.

*Come, los otros también. Es evidente que CALÍGULA se comporta mal en la mesa. Nada le obliga a arrojar los huesos de las aceitunas en el plato de sus vecinos inmediatos, ni a escupir los restos de carne sobre el plato, ni a escarbarse los dientes con las*

*uñas, ni a rascarse la cabeza frenéticamente. Son hazañas que hará, sin embargo, durante la comida, con sencillez. Pero bruscamente deja de comer y mira a uno de los convidados, LÉPIDO, con insistencia.*

CALÍGULA (*brutalmente*)

Pareces de mal humor. ¿Será porque he matado a tu hijo?

LÉPIDO (*con la garganta apretada*)

No, Cayo, al contrario.

CALÍGULA (*resplandeciente*)

¡Al contrario! ¡Ah, cómo me gusta que el rostro desmienta las inquietudes del corazón! Tu rostro está triste. Pero ¿y tu corazón? Al contrario, ¿verdad, Lépido?

LÉPIDO (*resueltamente*)

Al contrario, César.

CALÍGULA (*cada vez más feliz*)

Ah, Lépido, a nadie quiero más que a ti. Riamos juntos, ¿quieres? Y cuéntame algo divertido.

LÉPIDO (*que ha sobrestimado sus fuerzas*)

¡Cayo!

CALÍGULA

Bueno, bueno, lo contaré yo, entonces. Pero vas a reírte, ¿no es cierto, Lépido? (*Con mirada maligna.*) Aunque sólo sea por tu segundo hijo. (*De nuevo risueño.*) Por otra parte, no estás de mal humor. (*Bebe; luego, dictando.*) Al... al... Vamos, Lépido.

LÉPIDO (*con cansancio*)

Al contrario, Cayo.

CALÍGULA

Ya era hora. (*Bebe.*) Ahora, escucha. (*Soñador.*) Había una vez un pobre emperador a quien nadie quería. Él, que quería a Lépido, ordenó matar al hijo más pequeño de éste para arrancarse ese amor del corazón.

(*Cambiando de tono.*) Naturalmente, no es cierto. Gracioso, ¿verdad? Veo que no te ríes. ¿Nadie se ríe? Escuchad, entonces. (*Con violenta cólera.*) Quiero que todo el mundo ría. Tú, Lépido, y todos los demás. Levantaos, reíd. (*Golpea en la mesa.*) Lo quiero, ¿oís? Quiero veros reír.

*Todo el mundo se levanta. Durante la escena entera, los actores, salvo CALÍGULA y CESONIA, actuarán como títeres.*

CALÍGULA (*tumbándose en el lecho, resplandeciente, con una risa irresistible*)

No. Pero... míralos, Cesonia. Nada. La honestidad, la respetabilidad, el qué dirán, la sabiduría de las naciones, nada significa ya nada. Todo desaparece ante el miedo. El miedo, ¿eh Cesonia?, ese hermoso sentimiento, sin mezcla, puro y desinteresado, uno de los pocos que obtienen su nobleza del vientre. (*Se pasa la mano por la frente y bebe. En tono amistoso.*) Ahora hablemos de otra cosa. Vamos, Quereas, muy silencioso te veo.

QUEREAS

Estoy dispuesto a hablar, Cayo. En cuanto lo permitas.

CALÍGULA

Perfecto. Entonces, cállate. Me gustaría oír a nuestro amigo Mucio.

MUCIO (*a regañadientes*)

A tus órdenes, Cayo.

CALÍGULA

Bueno, pues hablemos de tu mujer. Y empieza por mandármela aquí, a mi izquierda.

*La mujer de MUCIO se acerca a CALÍGULA.*

MUCIO (*un poco perdido*)

Mi mujer... pero yo la quiero.

*Risa general.*

CALÍGULA

Claro, amigo mío, claro. ¡Pero qué vulgar! *(Ya tiene a la mujer a su lado y le lame distraídamente el hombro izquierdo. Cada vez más a sus anchas.)* En realidad, cuando entré, estabais conspirando, ¿no es así? Marchaba la conspiración, ¿eh?

EL VIEJO PATRICIO

Cayo, ¿cómo puedes...?

CALÍGULA

No tiene importancia, preciosa. La vejez es así. No tiene importancia, de veras. Sois incapaces de un acto de valor. Ahora recuerdo que debo resolver algunas cuestiones de Estado. Pero antes demos satisfacción a los deseos imperiosos que nos impone la naturaleza.

*Se levanta y se lleva a la mujer de MUCIO a una habitación vecina.*

#### ESCENA VI

MUCIO *hace ademán de levantarse.*

CESONIA *(amablemente)*

Oh, Mucio, este vino es excelente. Me gustaría beber un poco más.

MUCIO, *dominado, le sirve en silencio. Momento penoso. Las sillas crujen. El diálogo siguiente es un poco acompasado.*

CESONIA

Bueno, Quereas, ¿y si me dijeras ahora por qué os peleabais hace un rato?

QUEREAS *(fríamente)*

Todo fue, Cesonia, porque discutíamos sobre si la poesía debe ser asesinada o no.

CESONIA

Es muy interesante. Sin embargo, eso excede mi en-

tendimiento de mujer. Pero me admira que vuestra pasión por el arte os lleve a golpearos.

QUEREAS *(con la misma frialdad)*

Es cierto. Pero Calígula me dijo una vez que no hay pasión profunda sin un poco de crueldad.

HELICÓN

Ni amor sin una brizna de violación.

CESONIA *(comiendo)*

Hay algo de verdad en esa opinión. ¿No os parece?

EL VIEJO PATRICIO

Calígula es un fino psicólogo.

PRIMER PATRICIO

Nos ha hablado con elocuencia del valor.

SEGUNDO PATRICIO

Debería compendiar sus ideas. Sería inestimable.

QUEREAS

Sin contar con que eso le proporcionaría una distracción. Y es evidente que la necesita.

CESONIA *(continúa comiendo)*

Os encantará saber que lo ha pensado y que está escribiendo un gran tratado.

#### ESCENA VII

*Entran CALÍGULA y la mujer de MUCIO.*

CALÍGULA

Mucio, te devuelvo a tu mujer. Pero perdonadme, tengo que dar algunas instrucciones.

*Sale rápidamente. MUCIO, pálido, se ha puesto de pie.*

#### ESCENA VIII

CESONIA *(a MUCIO, que ha permanecido de pie)*

Ese gran tratado igualará a los más célebres, Mucio, no lo dudamos.

MUCIO (*mirando todavía a la puerta por la que ha desaparecido CALÍGULA*)

¿Y de qué se trata, Cesonia?

CESONIA (*indiferente*)

Ah, eso rebasa mi entendimiento.

QUEREAS

Entonces debemos inferir que trata del poder asesino de la poesía.

CESONIA

Así es, creo.

EL VIEJO PATRICIO (*con jovialidad*)

Bueno, eso le distraerá, como decía Quereas.

CESONIA

Sí, preciosa. Pero lo que sin duda os molestará un poco es el título de la obra.

QUEREAS

¿Cuál es?

CESONIA

«La Espada».

#### ESCENA IX

*Entra rápidamente CALÍGULA.*

CALÍGULA

Perdonad, pero los asuntos de Estado también son urgentes. Intendente, harás cerrar los graneros públicos. Acabo de firmar el decreto. Lo encontrarás en la cámara.

EL INTENDENTE

Pero...

CALÍGULA

Mañana habrá hambre.

EL INTENDENTE

Pero el pueblo va a protestar.

CALÍGULA (*con fuerza y precisión*)

Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo sabe lo que es el hambre, es una calamidad. Mañana habrá calamidad... y detendré la calamidad cuando me plazca. (*Explica a los demás.*) Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal. (*Con una ojeada a MUCIO.*) Aplicad este pensamiento a los celos y veréis. (*Pensativo.*) Con todo, ¡qué feo es ser celoso! ¡Sufrir por vanidad y por imaginación! Ver a la mujer de uno...

MUCIO *aprieta los puños y abre la boca.*

CALÍGULA (*muy rápido*)

Comamos, señores. ¿Sabéis que estoy trabajando en firme con Helicón? Estamos perfeccionando un tratado sobre la ejecución, que va a gustaros mucho.

HELICÓN

Suponiendo que se os pida vuestra opinión.

CALÍGULA

Seamos generosos, Helicón. Descubrámosles nuestros pequeños secretos. Anda, sección tercera, párrafo primero.

HELICÓN (*se pone de pie y recita mecánicamente*)

«La ejecución alivia y libera. Es tan universal, fortalecedora y justa en sus aplicaciones como en su intención. Se muere por ser culpable. Se es culpable por ser súbdito de Calígula. Ahora bien, todo el mundo es súbdito de Calígula. Luego todo el mundo es culpable. De donde resulta que todo el mundo debe morir. Es cuestión de tiempo y de paciencia.»

CALÍGULA (*riendo*)

¿Qué os parece? Paciencia, ¿eh?, qué hallazgo. ¿Que-

réis que os lo diga?: es lo que más admiro en vosotros. Ahora, señores, podéis disponer. Quereas ya no os necesita. ¡Sin embargo, que se quede Cesonia! ¡Y Lépidio! Y Octavio. Mereya también. Quisiera discutir con vosotros la organización de mi prostíbulo. Me causa grandes preocupaciones.

*Los otros salen lentamente. CALÍGULA sigue a MUCIO con la mirada.*

#### ESCENA X

QUEREAS

A tus órdenes, Cayo. ¿Hay algo que no va bien? ¿El personal es malo?

CALÍGULA

No, pero los ingresos no son buenos.

MEREYA

Hay que aumentar las tarifas.

CALÍGULA

Mereya, acabas de perder una ocasión de callarte. Dada tu edad, estas cuestiones no te interesan y no te pido tu opinión.

MEREYA

Entonces, ¿por qué me has hecho quedarme?

CALÍGULA

Porque dentro de un momento necesitaré una opinión desapasionada.

*MEREYA se aparta.*

QUEREAS

Si puedo hablarte del asunto con pasión, Cayo, diré que no hay que tocar las tarifas.

CALÍGULA

Naturalmente, claro. Pero necesitamos aumentar la cifra de negocios. Ya he explicado mi plan a Cesonia, quien va a exponérselo. He bebido demasiado vino y empiezo a tener sueño.

*Se tumba y cierra los ojos.*

CESONIA

Es muy sencillo. Calígula crea una nueva condecoración.

QUEREAS

No veo la relación.

CESONIA

Sin embargo, existe. Esta distinción constituirá la Orden del Héroe Cívico. Recompensará a aquellos ciudadanos que más hayan frecuentado el prostíbulo de Calígula.

QUEREAS

Es luminoso.

CESONIA

Ya lo creo. Olvidaba decir que la recompensa se otorgará todos los meses, después de examinar los bonos de entrada; el ciudadano que no haya obtenido una condecoración al cabo de doce meses será desterrado o ejecutado.

·TERCER PATRICIO

¿Por qué «o ejecutado»?

CESONIA

Porque Calígula dice que eso no tiene ninguna importancia. Lo esencial es que él pueda elegir.

QUEREAS

Bravo. El Tesoro Público sale hoy a flote.

HELICÓN

Y de forma muy moral, como podéis ver. Después de

todo, más vale hacer pagar al vicio que a la virtud como se hace en las sociedades republicanas.

CALÍGULA *abre a medias los ojos y ve que el viejo MEREYA, aparte, saca un frasquito y bebe un trago.*

CALÍGULA *(continúa acostado)*  
¿Qué bebes, Mereya?

MEREYA  
Es para el asma, Cayo.

CALÍGULA *(se le acerca apartando a los otros y le huele la boca)*  
No; es un contraveneno.

MEREYA  
No, Cayo, ¿quieres burlarte de mí? Me ahogo de noche y ya hace mucho que me cuido.

CALÍGULA  
¿Así que tienes miedo de que te envenene?

MEREYA  
El asma...

CALÍGULA  
No. Llamemos a las cosas por su nombre: temes que te envenene. No te fías de mí. Me espías.

MEREYA  
¡No, por todos los dioses!

CALÍGULA  
Sospechas de mí. En cierto modo, desconfías de mí.

MEREYA  
¡Cayo!

CALÍGULA *(con rudeza)*  
Responde. *(Matemático.)* Si tomas un contraveneno, me atribuyes la intención de envenenarte.

MEREYA  
Sí..., quiero decir... no

CALÍGULA  
Y como crees que he decidido envenenarte, haces todo lo necesario para oponerte a esa voluntad.

*Silencio. Desde el comienzo de la escena, CESONIA y QUE-REAS se han retirado al fondo. Sólo, LÉPIDO sigue el diálogo con expresión angustiada.*

CALÍGULA *(cada vez más preciso)*  
De este modo son dos crímenes y una alternativa de la que no saldrás: o yo no quería hacerte morir y sospechas injustamente de mí, o lo quería y tú, insecto, te atreves a oponerte a mis proyectos. *(Una pausa. CALÍGULA contempla satisfecho al anciano.)* Eh, Mereya, ¿qué me dices de esta lógica?

MEREYA  
Es... rigurosa, Cayo. Pero no se aplica al caso.

CALÍGULA  
Y, tercer crimen, me tomas por un imbécil. Escúchame bien. De estos tres crímenes, sólo uno te honra: el segundo, porque el hecho de atribuirme una decisión y oponerte a ella, implica una rebeldía en ti. Eres un conductor de hombres, un revolucionario. Eso está bien. *(Tristemente.)* Te quiero mucho, Mereya. Por eso serás condenado por tu segundo crimen, y no por los otros. Morirás virilmente, por haberte rebelado.

*Durante todo el discurso, MEREYA se achica poco a poco en su asiento.*

CALÍGULA  
No me lo agradezcas. Es muy natural. Toma. *(Le tiende una ampolla y le dice amablemente.)* Bebe este veneno.

MEREYA, *sacudido por los sollozos, rehúsa con la cabeza.*

CALÍGULA *(impacientándose)*  
Vamos, vamos.



MEREYA *intenta huir. Pero CALÍGULA, con un salto salvaje, lo alcanza en medio del escenario, lo derriba sobre una banqueta y después de una lucha de algunos instantes, le mete la ampolleta entre los dientes y la rompe a puñetazos. Tras unas convulsiones, con el rostro lleno de agua y de sangre, MEREYA muere.*

CALÍGULA *se levanta y se seca maquinalmente las manos.*

CALÍGULA (*a CESONIA, dándole un fragmento del frasco de MEREYA*)

¿Qué es? ¿Un contraveneno?

CESONIA (*con calma*)

No, Calígula. Es un remedio contra el asma.

CALÍGULA (*mirando a MEREYA, después de un silencio*)

No importa. Es lo mismo. Un poco antes o un poco después...

*Sale bruscamente, con aire atareado, secándose las manos.*

#### ESCENA XI

LÉPIDO (*aterrado*)

¿Qué se puede hacer?

CESONIA (*con sencillez*)

Creo que lo primero que hay que hacer es llevarse el cadáver. ¡Es demasiado feo!

QUEREAS y LÉPIDO *cargan con el cuerpo y lo sacan entre bastidores.*

LÉPIDO (*a QUEREAS*)

Habrà que darse prisa.

QUEREAS

Tenemos que ser doscientos.

*Entra el JOVEN ESCIPIÓN. Al ver a CESONIA, intenta marcharse.*

#### ESCENA XII

CESONIA

Ven aquí.

EL JOVEN ESCIPIÓN

¿Qué quieres?

CESONIA

Acércate. (*Le levanta la barbilla y le mira a los ojos. Pausa. Fríamente.*) ¿Mató a tu padre?

EL JOVEN ESCIPIÓN

Sí.

CESONIA

Lo odias.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Sí.

CESONIA

¿Quieres matarlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN

Sí.

CESONIA (*soltándolo*)

Entonces, ¿por qué me lo dices?

EL JOVEN ESCIPIÓN

Porque no temo a nadie. Matarlo o que me maten, son dos maneras de terminar. Además, tú no me traicionarás.

CESONIA

Tienes razón, no te traicionaré. Pero quiero decirte algo, o más bien, quisiera dirigirme a lo mejor de ti mismo.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Lo mejor de mí mismo es el odio.

CESONIA

Escúchame, por lo menos. La palabra que quiero decirte es a la vez difícil y evidente. Pero es una palabra que, si fuera realmente escuchada, realizaría la única revolución definitiva en este mundo.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Entonces dila.

CESONIA

Todavía no. Piensa primero en el rostro convulso de tu padre cuando le arrancaban la lengua. Piensa en aquella boca llena de sangre y en aquel grito de bestia torturada.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Sí.

CESONIA

Ahora piensa en Calígula.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*con todo el acento del odio*)

Sí.

CESONIA

Escucha ahora: trata de comprenderlo.

*Sale, dejando desamparado al JOVEN ESCIPIÓN. Entra HELICÓN.*

#### ESCENA XIII

HELICÓN

Calígula vuelve. ¿Y si fueras a comer, poeta?

EL JOVEN ESCIPIÓN

¡Helicón, ayúdame!

HELICÓN

Es peligroso, paloma. Y no entiendo nada de poesía.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Podrías ayudarme. Sabes muchas cosas.

HELICÓN

Sé que los días pasan y que hay que apresurarse a comer. También sé que podrías matar a Calígula... y que él no lo vería con malos ojos.

*Entra CALÍGULA. Sale HELICÓN.*

#### ESCENA XIV

CALÍGULA

Ah, eres tú. (*Se detiene, en cierto modo como si buscara aplomo.*) Hacía mucho que no te veía. (*Acercándose lentamente.*) ¿Qué haces? ¿Sigues escribiendo? ¿Puedes mostrarme tus últimas obras?

EL JOVEN ESCIPIÓN (*turbado también, dividido entre el odio y no sabe qué*)

He escrito poemas, César.

CALÍGULA

¿Sobre qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN

No sé, César. Sobre la naturaleza, creo.

CALÍGULA (*más tranquilo*)

Hermoso tema. Y vasto. ¿Qué es lo que te ha hecho la naturaleza?

EL JOVEN ESCIPIÓN (*recobrándose, con aire irónico y maligno*)

Me consuela de no ser César.

CALÍGULA

¡Ah! ¿Y crees que podría consolarme de serlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN (*en la misma actitud*)  
Ha curado heridas más graves.

CALÍGULA (*extrañamente sencillo*)  
¿Heridas? Lo dices con maldad. ¿Es porque he matado a tu padre? Si supieras, sin embargo, qué justa es esa palabra. ¡Heridas! (*Cambiando de tono.*) No hay como el odio para que las personas se vuelvan inteligentes.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*rígido*)  
He contestado a tu pregunta sobre la naturaleza.

CALÍGULA *se sienta, mira a ESCIPIÓN, luego le coge bruscamente las manos y lo atrae con fuerza a sus pies. Le sujeta el rostro entre las manos.*

CALÍGULA  
Recítame tu poema.

EL JOVEN ESCIPIÓN  
Por favor, César, no.

CALÍGULA  
¿Por qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN  
No lo tengo conmigo.

CALÍGULA  
¿No lo recuerdas?

EL JOVEN ESCIPIÓN  
No.

CALÍGULA  
Dime por lo menos de qué trata.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*rígido y como a pesar suyo*)  
En él hablaba...

CALÍGULA  
¿Y bien?

EL JOVEN ESCIPIÓN  
No, no sé.

CALÍGULA  
Inténtalo.

EL JOVEN ESCIPIÓN  
Habla en él de un cierto acuerdo de la tierra...

CALÍGULA (*interrumpiéndolo, con aire absorto*)  
... de la tierra y el pie.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*sorprendido, vacila y continúa*)  
Sí, más o menos eso.

CALÍGULA  
Continúa.

EL JOVEN ESCIPIÓN  
Y también de la línea de las colinas romanas y de ese sosiego fugitivo y turbador que a ellas lleva la noche...

CALÍGULA  
... del grito de los vencejos en el cielo verde.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*abandonándose un poco más*)  
Sí, también.

CALÍGULA  
¿Y...?

EL JOVEN ESCIPIÓN  
Y de ese momento sutil en el que el cielo, aún lleno de oro, bruscamente gira y nos muestra un instante su otra faz, colmada de estrellas resplandecientes.

CALÍGULA  
De ese olor a humo, árboles y agua que sube entonces de la tierra hacia la noche.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*entregado*)  
... el grito de las cigarras y la declinación del calor, los perros, el ruido de los últimos carros, las voces de los campesinos.

CALÍGULA

... y los caminos inundados de sombra entre los lentiscos y los olivares...

EL JOVEN ESCIPIÓN

Sí, sí. ¡Todo eso! ¿Pero cómo te has enterado?

CALÍGULA (*estrechando contra sí al JOVEN ESCIPIÓN*)

No sé. Quizá porque nos gustan las mismas verdades.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*estremecido, esconde la cabeza en el pecho de CALÍGULA*)

¡Oh, qué importa, puesto que todo adopta en mí el rostro del amor!

CALÍGULA (*sigue acariciador*)

Es la virtud de los grandes corazones, Escipión. ¡Si por lo menos pudiera conocer tu transparencia! Pero conozco demasiado la fuerza de mi pasión por la vida; no le bastará la naturaleza. Tú no puedes comprenderlo. Eres de otro mundo. Eres puro en el bien, como yo soy puro en el mal.

EL JOVEN ESCIPIÓN

Puedo comprender.

CALÍGULA

No. Eso que hay en mí, ese lago de silencio, esas hierbas podridas... (*Cambiando bruscamente de tono.*) Tu poema debe de ser hermoso. Pero si quieres mi opinión...

EL JOVEN ESCIPIÓN (*en la misma actitud*)

Sí.

CALÍGULA

A todo eso le falta sangre.

ESCIPIÓN, *como picado por una víbora, se echa bruscamente hacia atrás y mira a CALÍGULA con horror. Sigue retrocediendo y habla con voz sorda frente a CALÍGULA, a quien mira con intensidad.*

EL JOVEN ESCIPIÓN

¡Ah, monstruo, monstruo infecto! Otra vez has representado. Acabas de representar una comedia, ¿eh? ¿Y estás contento de ti mismo?

CALÍGULA (*con un poco de tristeza*)

Hay algo de verdad en lo que dices. He fingido.

EL JOVEN ESCIPIÓN (*en el mismo tono*)

¡Qué corazón hediondo y ensangrentado tienes! ¡Oh, cómo deben de torturarte tanta maldad y tanto odio!

CALÍGULA (*suavemente*)

Cállate ya.

EL JOVEN ESCIPIÓN

¡Cómo te compadezco y cómo te odio!

CALÍGULA (*colérico*)

¡Calla!

EL JOVEN ESCIPIÓN

¡Y qué soledad inmundada debe de ser la tuya!

CALÍGULA (*estallando, se arroja sobre él, lo coge por el cuello y lo zarandea*)

¿Acaso sabes tú lo que es la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? ¿Pero cuál? Ah, tú no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña la misma y pesada carga de porvenir y de pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros. Y con éstos todavía sería fácil. Pero con los que hemos querido, con los que no hemos querido y que nos quisieron, los remordimientos, el deseo, la amargura y la dulzura, las putas y la pandilla de los dioses. (*Lo suelta y retrocede hasta su sitio.*) ¡Solo! ¡Ah, si por lo menos, en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera saborear la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol! (*Sentado, con súbito cansancio.*) ¡La soledad! No, Escipión. La atraviesa un rechinar de dientes y resuenan en ella ruidos y clamo-

res perdidos. Y junto a las mujeres con las que me acuesto, cuando la noche se cierra sobre nosotros y, alejado por fin de mi carne satisfecha, creo asir un poco de mí mismo entre la vida y la muerte, mi soledad entera se llena del agrio olor del placer en las axilas de la mujer que aún naufraga a mi lado.

*Parece extenuado. Largo silencio.*

EL JOVEN ESCIPIÓN *pasa por detrás de CALÍGULA y se acerca, vacilante. Extiende una mano hacia CALÍGULA y la apoya en su hombro. CALÍGULA, sin volverse, la cubre con una de las suyas.*

EL JOVEN ESCIPIÓN

Todos los hombres tienen algún dulce consuelo en la vida. Eso les ayuda a continuar. A él recurren cuando se sienten demasiado gastados.

CALÍGULA

Es cierto, Escipión.

EL JOVEN ESCIPIÓN

¿No hay, pues, en la tuya nada semejante? ¿La llegada de las lágrimas? ¿Un refugio silencioso?

CALÍGULA

Sí, a pesar de todo.

EL JOVEN ESCIPIÓN

¿Y qué es?

CALÍGULA *(lentamente)*

El desprecio.

TELÓN

## Acto tercero

### ESCENA I

*Antes de levantarse el telón, ruido de címbalos y tambores. El telón se eleva sobre una especie de barraca de feria. En el centro una colgadura, delante de la cual, sobre un pequeño estrado, se encuentran HELICÓN y CESONIA. Los cimbaleros a cada lado. Sentados, de espaldas a los espectadores, algunos PATRICIOS y EL JOVEN ESCIPIÓN.*

HELICÓN *(recitando en tono de charlatán de feria)*

¡Acercaos! ¡Acercaos! *(Címbalos.)* Una vez más los dioses han bajado a la tierra. Cayo, César y dios, llamado Calígula, les ha prestado su forma humana. Acercaos, groseros mortales, el milagro sagrado se opera ante nuestros ojos. Por un favor especialmente otorgado al reino bendito de Calígula, los secretos divinos se ofrecen a la vista de todos.

*Címbalos.*

CESONIA

¡Acercaos, señores! Adorad y dad vuestro óbolo. El misterio celestial está hoy al alcance de todos los bolsillos.

*Címbalos.*

HELICÓN

El Olimpo y sus entre bastidores, sus intrigas, sus pan-

tufas y sus lágrimas. ¡Acercaos! ¡Acercaos! ¡Toda la verdad sobre vuestros dioses!

*Címbalos.*

CESONIA

Adorad y dad vuestro óbolo. Acercaos, señores. Va a empezar la función.

*(Címbalos. Movimiento de esclavos que llevan diversos objetos al estrado.)*

HELICÓN

Una reconstitución de impresionante verismo, una realización sin precedentes. Los majestuosos decorados del poder divino traídos a la tierra; una atracción sensacional y desmesurada, el rayo (*los esclavos encienden fuegos griegos*), el trueno (*hacen rodar un tonel lleno de guijarros*), el destino mismo en su marcha triunfal. ¡Acercaos y contemplad!

*Descorre la cortina y CALÍGULA, disfrazado de Venus grotesca, aparece sobre un pedestal.*

CALÍGULA (*amable*)

Hoy soy Venus.

CESONIA

La adoración comienza. Prosternaos (*todos, salvo ESCIPIÓN, se prosternan*) y repetid conmigo la oración sagrada a Calígula-Venus:

«Diosa de los dolores y la danza...»

LOS PATRICIOS

«Diosa de los dolores y la danza...»

CESONIA

«Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma...»

LOS PATRICIOS

«Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma...»

CESONIA

«Tú, que eres como una risa y una añoranza...»

LOS PATRICIOS

«Tú, que eres como una risa y una añoranza...»

CESONIA

«... Un rencor y un impulso...»

LOS PATRICIOS

«... Un rencor y un impulso...»

CESONIA

«Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores...»

LOS PATRICIOS

«Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores...»

CESONIA

«Instrúyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla...»

LOS PATRICIOS

«Instrúyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla...»

CESONIA

«Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual...»

LOS PATRICIOS

«Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual...»

CESONIA

¡Pausa!

LOS PATRICIOS

¡Pausa!

CESONIA (*prosiguiendo*)

«Cólmanos de tus dones, extiende sobre nuestros ros-

tros tu imparcial crueldad, tu odio objetivo; abre por encima de nuestros ojos tus manos llenas de flores y de crímenes.»

LOS PATRICIOS

«... tus manos llenas de flores y de crímenes.»

CESONIA

«Acoge a tus hijos extraviados. Recíbelos en el desnudo asilo de tu amor indiferente y doloroso. Danos tus pasiones sin objeto, tus dolores privados de razón y tus alegrías sin porvenir...»

LOS PATRICIOS

«... y tus alegrías sin porvenir...»

CESONIA (*muy alto*)

«Tú, tan vacía y tan ardiente, inhumana, pero tan terrenal, embriáganos con el vino de tu equivalencia y sácianos para siempre de tu corazón negro y salado.»

*Cuando los PATRICIOS pronuncian la última frase, CALÍGULA, hasta entonces inmóvil, resopla y dice con voz estentórea.*

CALÍGULA

Concedido, hijos míos; vuestros ruegos serán satisfechos.

*Se sienta en cuclillas en el pedestal. Los PATRICIOS se prosternan uno a uno, depositan el óbolo y se alinean a la derecha antes de desaparecer. El último, turbado, olvida el óbolo y se retira. Pero CALÍGULA de un salto se pone en pie.*

CALÍGULA

¡Eh! ¡Eh! Ven aquí, muchacho. Adorar está muy bien, pero dar está mucho mejor. Gracias. Así está bien. Si los dioses no tuvieran otras riquezas que el amor de los mortales, serían tan pobres como el pobre Calígula. Y ahora, señores, podéis marcharos y difundir por la ciudad el asombroso milagro que habéis presenciado: habéis visto a Venus, lo que se dice visto, con vuestros

propios ojos, y Venus os ha hablado. Id, señores. (*Movimiento de los PATRICIOS.*) ¡Un momento! Al salir, tomad por el pasillo de la izquierda. En el de la derecha he apostado guardias para asesinaros.

*Los PATRICIOS salen con mucha prontitud y un poco de desorden. Los esclavos y los músicos desaparecen.*

## ESCENA II

HELICÓN *amenaza a ESCIPIÓN con el dedo.*

HELICÓN

¡Escipión, otra vez haciéndote el anarquista!

ESCIPIÓN (*a CALÍGULA*)

Has blasfemado, Cayo.

CALÍGULA

¿Qué puede significar eso?

ESCIPIÓN

Mancillas el cielo después de haber ensangrentado la tierra.

HELICÓN

Este joven adora las grandes frases.

*Va a acostarse en un diván.*

CESONIA (*muy tranquila*)

Cómo te conduces, muchacho; hay en este momento en Roma hombres que mueren por discursos mucho menos elocuentes.

ESCIPIÓN

He resuelto decir la verdad a Cayo.

CESONIA

Bueno, Calígula, era lo que le faltaba a tu reinado: ¡una noble figura moral!

CALÍGULA (*interesado*)

¿Así que crees en los dioses, Escipión?

ESCIPIÓN

No.

CALÍGULA

Entonces no comprendo: ¿por qué eres tan sensible a las blasfemias?

ESCIPIÓN

Puedo negar una cosa sin creermelo obligado a mancharla o a quitar a los demás el derecho de creer en ella.

CALÍGULA

¡Pero eso es modestia, modestia de verdad! ¡Oh, querido Escipión, cuánto me alegro por ti! Y cómo te envidio, ¿sabes? Porque la modestia es el único sentimiento que acaso jamás llegue a conocer.

ESCIPIÓN

No me envidias a mí, sino a los mismos dioses.

CALÍGULA

Si lo permites, eso será el gran secreto de mi reinado. Todo lo que se me puede reprochar hoy es haber conseguido otro pequeño progreso en la vía del poder y de la libertad. Para un hombre que ama el poder, hay en la rivalidad de los dioses algo irritante. La he suprimido. He demostrado a esos dioses ilusorios que un hombre, si se lo propone, puede ejercer, sin aprendizaje, su ridículo oficio.

ESCIPIÓN

Ésa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA

No, Escipión, es clarividencia. Simplemente he comprendido que no hay más que una manera de igualarse a los dioses: basta con ser tan cruel como ellos.

ESCIPIÓN

Basta con convertirse en un tirano.

CALÍGULA

¿Qué es un tirano?

ESCIPIÓN

Un alma ciega.

CALÍGULA

No es seguro, Escipión. Pero un tirano es un hombre que sacrifica pueblos a sus ideas o a su ambición. Yo no tengo ideas y ya no me queda nada a qué aspirar en materia de honores y de poder. Si ejerzo el poder, es para compensar.

ESCIPIÓN

¿Para compensar qué?

CALÍGULA

La estupidez y el odio de los dioses.

ESCIPIÓN

El odio no compensa el odio. El poder no es una solución. No conozco más que una manera de contrabalancear la hostilidad del mundo.

CALÍGULA

¿Cuál?

ESCIPIÓN

La pobreza.

CALÍGULA (*arreglándose los pies*)

Tendré que probarla también.

ESCIPIÓN

Mientras tanto, muchos hombres mueren a tu alrededor.

CALÍGULA

Muy pocos, Escipión, de veras. ¿Sabes cuántas guerras he rechazado?



ESCIPIÓN  
No.

CALÍGULA  
Tres. ¿Y sabes por qué las rechacé?

ESCIPIÓN  
Porque te importa un bledo la grandeza de Roma.

CALÍGULA  
No: porque respeto la vida humana.

ESCIPIÓN  
Te burlas de mí, Cayo.

CALÍGULA  
O por lo menos la respeto más que a un ideal de conquista. Pero es cierto que no la respeto, como tampoco respeto a mi propia vida. Y si me resulta tan fácil matar, es porque no me resulta difícil morir. No, cuanto más lo pienso más me convengo de que no soy un tirano.

ESCIPIÓN  
¿Qué importa si nos cuesta tan caro como si lo fueras?

CALÍGULA (*con un poco de impaciencia*)  
Si supieras contar sabrías que la menor guerra emprendida por un tirano razonable os costaría mil veces más caro que los caprichos de mi fantasía.

ESCIPIÓN  
Pero por lo menos sería razonable, y lo esencial es comprender.

CALÍGULA  
Nadie comprende al destino y por eso me he erigido en destino. He adoptado el rostro estúpido e incomprensible de los dioses. Eso es lo que tus compañeros de hace un momento han aprendido a adorar.

ESCIPIÓN  
Y ésa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA  
¡No, Escipión, es arte dramático! El error de todos esos hombres reside en no creer suficientemente en el teatro. Si no fuera por eso, sabrían que a todo hombre le está permitido representar las tragedias celestiales y convertirse en dios. Basta con endurecerse el corazón.

ESCIPIÓN  
Tal vez, Cayo. Pero si eso es cierto, creo que has hecho lo necesario para que un día, a tu alrededor, legiones de dioses humanos se levanten, implacables, y ahoguen en sangre tu divinidad de un momento.

CESONIA  
¡Escipión!

CALÍGULA (*con voz precisa y dura*)  
Deja, Cesonia. No sabes cuánta razón tienes, Escipión; he hecho lo necesario. Apenas puedo imaginarme el día de que hablas. Pero lo sueño a veces. Y en todos los rostros que avanzan entonces desde el fondo de la noche amarga, en sus facciones retorcidas por el odio y la angustia, reconozco, sí, maravillado, al único dios al que he adorado en este mundo: miserable y cobarde como el corazón humano. (*Irritado.*) Y ahora, vete. Has hablado más de la cuenta. (*Cambiando de tono.*) Todavía tengo que pintarme las uñas de los pies. Me corre prisa.

*Todos salen, salvo HELICÓN, que da vueltas en torno a CALÍGULA, absorto en el cuidado de sus pies.*

ESCENA III

CALÍGULA  
¡Helicón!

HELICÓN  
¿Qué hay?

CALÍGULA

¿Adelanta tu trabajo?

HELICÓN

¿Qué trabajo?

CALÍGULA

¡Bueno..., la luna!

HELICÓN

Va progresando. Es cuestión de paciencia. Pero quisiera hablar contigo.

CALÍGULA

Puedo tener paciencia, pero no dispongo de mucho tiempo. Hay que darse prisa, Helicón.

HELICÓN

Ya te lo dije, haré lo que pueda. Pero antes tengo cosas graves que anunciarte.

CALÍGULA (*como si no le hubiera oído*)

Ya la he poseído.

HELICÓN

¿A quién?

CALÍGULA

A la luna.

HELICÓN

Sí, naturalmente. Pero ¿sabes que conspiran contra tu vida?

CALÍGULA

La he poseído, enteramente. Sólo dos o tres veces, es cierto. Pero de todos modos, la he poseído.

HELICÓN

Llevo ya mucho tiempo intentando hablar contigo de eso, sin conseguirlo.

CALÍGULA

Fue el verano pasado. Después de mirarla y acariciarla sobre las columnas del jardín, acabó por comprender.

HELICÓN

Terminemos con este juego, Cayo. Mi obligación es decírtelo, aunque no quieras oírlo. Peor para ti si no me escuchas.

CALÍGULA (*sigue ocupado en pintarse las uñas de los pies*)

Este barniz no vale nada. Pero volviendo a la luna, fue una hermosa noche de agosto. (HELICÓN *se aparta con despecho y calla, inmóvil*.) Hizo algunos remilgos. Yo ya me había acostado. Al principio, ella estaba ensangrentada, sobre el horizonte. Luego, empezó a subir, cada vez más ligera, con rapidez creciente. Cuanto más subía, más clara iba haciéndose. Llegó a ser un lago de agua lechosa en medio de aquella noche cuajada de estrellas. Llegó entonces con el calor, dulce, ligera y desnuda. Cruzó el umbral del aposento y con segura lentitud llegó hasta mi cama. Decididamente, este barniz no vale nada. Pero ya ves, Helicón, puedo decir sin jactancia que la he poseído.

HELICÓN

¿Quieres escucharme y enterarte de lo que te amenaza?

CALÍGULA (*se detiene y le mira fijamente*)

Sólo quiero la luna, Helicón. Sé de antemano lo que me matará. Todavía no he agotado todo lo que puede hacerme vivir. Por eso quiero la luna. Y no reaparezcas por aquí antes de habérmela conseguido.

HELICÓN

Entonces cumpliré con mi deber y te diré lo que tengo que decir. Han organizado una conspiración contra ti. Quereas es el jefe. He conseguido apoderarme de esta tablilla que te revelará lo esencial. Aquí la tienes.

*Deja la tablilla en uno de los asientos y se retira.*

CALÍGULA  
¿Adónde vas, Helicón?

HELICÓN (*desde el umbral*)  
A buscarte la luna.

ESCENA IV

*Lllaman débilmente a la puerta del fondo. CALÍGULA se vuelve con brusquedad y ve al* VIEJO PATRICIO.

EL VIEJO PATRICIO (*vacilante*)  
¿Me permites, Cayo?

CALÍGULA (*impaciente*)  
Bueno, entra. (*Mirándole.*) ¡Vaya, preciosa, así que venimos a ver de nuevo a Venus!

EL VIEJO PATRICIO  
No, no es eso. ¡Chis! ¡Oh!, perdón, Cayo... Quiero decir... Tú sabes que te quiero mucho... y además lo único que deseo es terminar tranquilo mis últimos días...

CALÍGULA  
¡Démonos prisa! ¡Démonos prisa!

EL VIEJO PATRICIO  
En fin... (*Muy rápido.*) Es muy grave, eso es todo.

CALÍGULA  
No, no es grave.

EL VIEJO PATRICIO  
Pero ¿qué cosa, Cayo?

CALÍGULA  
¿De qué hablábamos, amor mío?

EL VIEJO PATRICIO (*mirando a su alrededor*)  
Es decir... (*Muy agitado termina por estallar.*) Una conspiración contra ti...

CALÍGULA  
Ya lo ves, es lo que yo decía, nada grave.

EL VIEJO PATRICIO  
Cayo, quieren matarte.

CALÍGULA (*se le acerca y le coge por los hombros*)  
¿Sabes por qué no puedo creerte?

EL VIEJO PATRICIO (*haciendo ademán de jurar*)  
Por todos los dioses, Cayo...

CALÍGULA (*suavemente y empujándolo poco a poco hacia la puerta*)  
No jures, sobre todo no jures. Escucha, en cambio. Si lo que dices fuera cierto, tendría que suponer que traicionas a tus amigos, ¿no es así?

EL VIEJO PATRICIO (*un poco perdido*)  
Es decir, Cayo, que mi cariño por ti...

CALÍGULA (*en el mismo tono*)  
Y no puedo suponer eso. Siempre he detestado tanto la cobardía que nunca podré contenerme las ganas de matar a un traidor. Bien sé lo que vales. Y seguramente no querrás traicionar ni morir.

EL VIEJO PATRICIO  
¡Claro, Cayo, claro!

CALÍGULA  
Ya ves, entonces, que tenía razón al no creerte. ¿Tú no eres un cobarde, verdad?

EL VIEJO PATRICIO  
Oh, no...

CALÍGULA  
¿Ni un traidor?

EL VIEJO PATRICIO  
Naturalmente que no, Cayo.

CALÍGULA

Y en consecuencia, si no hay conspiración, dime, ¿sólo era una broma?

EL VIEJO PATRICIO (*descompuesto*)

Una broma, una simple broma...

CALÍGULA

Nadie quiere matarme, ¿no es evidente?

EL VIEJO PATRICIO

Nadie, claro está, nadie.

CALÍGULA (*respirando con fuerza; luego, lentamente*)

Entonces lárgate, preciosa. Un hombre honorable es un animal tan raro en este mundo que no podría soportar su presencia demasiado tiempo. Necesito quedarme solo para saborear este gran momento.

#### ESCENA V

CALÍGULA *contempla un instante la tablilla desde su sitio. La coge y la lee. Respira hondo y llama a un guardia.*

CALÍGULA

Trae a Quereas. (*El GUARDIA sale.*) Un momento. (*El GUARDIA se detiene.*) Con consideración.

*El GUARDIA sale. CALÍGULA va y viene. Luego se dirige hacia el espejo.*

CALÍGULA

Habías decidido ser lógico, idiota. Sólo es cuestión de saber hasta dónde se puede llegar con la lógica. (*Irónico.*) Si te trajeran la Luna, todo cambiaría, ¿verdad? Lo imposible resultaría posible y al mismo tiempo, y de una vez, todo se transfiguraría. ¿Por qué no, Calígula? ¿Quién puede saberlo? (*Mira a su alrededor.*) Cada vez hay menos gente a mi alrededor, es curioso. (*Al espejo, con voz sorda.*) Demasiados muertos, demasiados muer-

tos, eso vacía. Aunque me trajeran la luna, no podría echarme ya atrás. Aunque los muertos se estremecieran de nuevo bajo la caricia del sol, los asesinatos no volverían bajo tierra. (*Con acento furioso.*) La lógica, Calígula, hay que proseguir con la lógica. El poder hasta el fin, el abandono hasta el fin. ¡No, no es posible volverse atrás; es preciso llegar hasta la consumación!

*Entra QUEREAS.*

#### ESCENA VI

CALÍGULA *se ha echado un poco hacia atrás en el asiento, envuelto en su manto. Parece extenuado.*

QUEREAS

¿Me has llamado, Cayo?

CALÍGULA (*con voz débil*)

Sí, Quereas. ¡Guardias! ¡Antorchas!

*Silencio.*

QUEREAS

¿Tienes algo especial que decirme?

CALÍGULA

No, Quereas.

*Silencio*

QUEREAS (*un poco irritado*)

¿Estás seguro de que es necesaria mi presencia?

CALÍGULA

Absolutamente seguro, Quereas. (*Nuevo silencio. Súbitamente solícito.*) Pero, discúlpame. Estaba distraído y te he recibido muy mal. Siéntate y conversemos como buenos amigos. Necesito hablar un poco con alguien inteligente.

QUEREAS *se sienta.*

*Natural, parece, por primera vez desde el comienzo de la obra.*

CALÍGULA

Quereas, ¿crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano, como si estuvieran desnudos uno frente al otro, despojados de los prejuicios, de los intereses particulares y de las mentiras de que viven?

QUEREAS

Pienso que es posible, Cayo. Pero creo que tú eres incapaz de eso.

CALÍGULA

Tienes razón. Sólo quería saber si pensabas como yo. Cubrámonos, pues, con las máscaras. Utilicemos las mentiras. Hablemos como se combate, cubiertos hasta la guarnición de la espada. Quereas, ¿por qué no me quieres?

QUEREAS

Porque no hay nada amable en ti, Cayo. Porque estas cosas no se ordenan. Y además, porque te comprendo demasiado bien y porque no se puede querer al rostro que uno trata de enmascarar en sí mismo.

CALÍGULA

¿Por qué me odias?

QUEREAS

En eso te equivocas, Cayo. No te odio. Te juzgo nocivo y cruel, egoísta y vanidoso. Pero no puedo odiarte, porque creo que no eres feliz. Y no puedo despreciarte, porque sé que no eres cobarde.

CALÍGULA

Entonces, ¿por qué quieres matarme?

QUEREAS

Ya te lo he dicho: te juzgo nocivo. Me gusta la seguridad y la necesito. La mayoría de los hombres son como yo, incapaces de vivir en un universo donde el pensamiento más descabellado puede en un segundo entrar en la realidad; donde, la mayoría de las veces, entra en ella como el cuchillo en el corazón. Tampoco yo quiero vivir en semejante universo. Prefiero la seguridad.

CALÍGULA

La seguridad y la lógica no suelen ir juntas.

QUEREAS

Es cierto. No es lógico, pero es sano.

CALÍGULA

Continúa.

QUEREAS

No tengo nada más que decirte. No quiero entrar en tu lógica. Tengo otra idea de mis deberes de hombre. Sé que la mayoría de tus súbditos piensa como yo. Eres molesto para todos. Es natural que desaparezcas.

CALÍGULA

Todo eso está muy claro y es muy legítimo. Para la mayoría de los hombres hasta sería evidente. No para ti, sin embargo. Eres inteligente y la inteligencia se paga cara o se niega. Yo pago, pero tú, ¿por qué ni la niegas ni quieres pagar?

QUEREAS

Porque tengo ganas de vivir y de ser feliz. Creo que no es posible ni lo uno ni lo otro llevando lo absurdo hasta sus últimas consecuencias. Soy como todo el mundo. Para sentirme liberado de ello, deseo a veces la muerte de aquellos a quienes amo, codicio mujeres que me están vedadas por las leyes de la familia o de la amistad. Para ser lógico, debería entonces matar o poseer. Pero pienso que esas vagas ideas no tienen im-

portancia. Si todo el mundo se pusiera a realizarlas, no podríamos vivir ni ser felices. Te repito que eso es lo que me importa.

CALÍGULA

Así que necesitas creer en una idea superior.

QUEREAS

Creo que hay acciones que son mejores que otras.

CALÍGULA

Para mí todas son equivalentes.

QUEREAS

Lo sé, Cayo, y por eso no te odio. Pero eres molesto y tienes que desaparecer.

CALÍGULA

Es muy justo. Pero ¿por qué anunciármelo con riesgo de tu vida?

QUEREAS

Porque otros me reemplazarán y porque no me gusta mentir.

*Silencio.*

CALÍGULA

¡Quereas!

QUEREAS

Dime, Cayo.

CALÍGULA

¿Crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano?

QUEREAS

Creo que es lo que acabamos de hacer.

CALÍGULA

Sí, Quereas. Sin embargo, tú me creías incapaz de ello.

QUEREAS

Me equivocaba, Cayo, lo reconozco y te doy las gracias. Ahora espero tu sentencia.

CALÍGULA (*distraído*)

¿Mi sentencia? Ah, quieres decir... (*Sacando la tablilla de debajo del manto.*) ¿Conoces esto, Quereas?

QUEREAS

Sabía que estaba en tus manos.

CALÍGULA (*con pasión*)

Sí, Quereas, y tu misma franqueza era simulada. Los dos hombres no se han hablado con el corazón en la mano. Pero no importa. Ahora vamos a cesar el juego de la sinceridad y a seguir como antes. Es preciso aún que trates de comprender lo que voy a decirte, que soportes mis ofensas y mi mal humor. Escucha, Quereas. Esta tablilla es la única prueba.

QUEREAS

Me voy, Cayo. Estoy harto de todo este juego grotesco. Me lo sé ya de memoria y no quiero verlo más.

CALÍGULA (*con la misma voz apasionada y atenta*)

Quédate un momento. Es la única prueba, ¿verdad?

QUEREAS

No creo que necesites pruebas para condenar a muerte a un hombre.

CALÍGULA

Es cierto. Pero por una vez quiero contradecirme. Eso no hace daño a nadie. Y es bueno contradecirse de vez en cuando. Es un descanso. Necesito descansar, Quereas.

QUEREAS

No comprendo, y a mí me gustan muy poco estas complicaciones.

CALÍGULA

Por supuesto, Quereas. Tú eres un hombre sano. ¡No deseas nada extraordinario! *(Lanzando una carcajada.)* ¡Quieres vivir y ser feliz! ¡Nada más ni nada menos que eso!

QUEREAS

Creo que es preferible que acabemos con esto de una vez.

CALÍGULA

Todavía no. Un poco de paciencia, ¿quieres? Tengo esta prueba, mírala. Quiero pensar que no puedo condenaros a muerte sin ella. Es, a la vez, mi opinión y mi descanso. Bueno, ¡mira en lo que se convierten las pruebas en manos de un emperador!

*Acerca la tablilla a una antorcha. QUEREAS se le acerca. La antorcha los separa. La tablilla se derrite.*

CALÍGULA

¡Ya lo ves, conspirador! Se derrite, y a medida que desaparece esta prueba, un alba de inocencia se levanta en tu rostro. ¡Qué admirable la frente tan pura que tienes, Quereas! ¡Qué hermoso, qué hermoso es un inocente! Admira mi poder. Ni los mismos dioses pueden restituir la inocencia sin antes castigar. Y a tu emperador le basta una llama para absolverte y alentarte. Continúa, Quereas, prosigue hasta el fin el magnífico razonamiento que me has expuesto. Tu emperador aguarda el descanso. Es su manera de vivir y de ser feliz.

*QUEREAS mira a CALÍGULA con estupor. Esboza apenas un ademán, parece comprender, abre la boca y parte bruscamente. CALÍGULA continúa sosteniendo la tablilla en la llama y, sonriendo, sigue a QUEREAS con la mirada.*

TELÓN

## Acto cuarto

### ESCENA I

*El escenario está en penumbra. Entran QUEREAS y ESCIPIÓN. QUEREAS se dirige a la derecha, luego a la izquierda y vuelve hacia ESCIPIÓN.*

ESCIPIÓN *(con semblante hosco)*

¿Qué quieres de mí?

QUEREAS

El tiempo apremia. Debemos mantenernos firmes en nuestra resolución.

ESCIPIÓN

¿Quién te ha dicho que yo no lo esté?

QUEREAS

No viniste a nuestra reunión de ayer.

ESCIPIÓN *(apartándose)*

Es verdad, Quereas.

QUEREAS

Escipión, tengo más años que tú y no acostumbro a pedir ayuda. Pero lo cierto es que te necesito. Este asesinato exige fiadores respetables. En medio de tanta vanidad herida y de tantas viles cobardías, sólo las tuyas y las mías son razones puras. Sé que si nos aban-

donas, no traicionarás a nadie. Pero eso es indiferente. Lo que deseo es que te quedes con nosotros.

ESCIPIÓN

Te comprendo. Pero te juro que no puedo.

QUEREAS

¿Estás, pues, con él?

ESCIPIÓN

No. Pero no puedo estar contra él. (*Pausa; luego, sordamente.*) Si lo matara, mi corazón por lo menos estaría con él.

QUEREAS

¡Sin embargo, mató a tu padre!

ESCIPIÓN

Sí, y ahí empieza todo. Pero también ahí todo termina.

QUEREAS

Él niega lo que tú crees. Escarnece lo que veneras.

ESCIPIÓN

Es cierto, Quereas. Pero, sin embargo, hay algo en mí que se le asemeja. La misma llama nos quema a ambos el corazón.

QUEREAS

Hay momentos en que es preciso elegir. Yo he sofocado en mí todo lo que podía asemejarsele.

ESCIPIÓN

No puedo elegir porque además de lo que padezco, sufro también por lo que le hace sufrir. Mi desgracia es comprenderlo todo.

QUEREAS

Entonces eliges darle la razón.

ESCIPIÓN (*gritando*)

¡Oh, por favor, Quereas, para mí ya nadie, nadie tendrá nunca razón!

*Pausa; se miran.*

QUEREAS (*emocionado, acercándose a ESCIPIÓN*)

¿Sabes que lo odio aún más por lo que ha hecho de ti?

ESCIPIÓN

Sí, él me enseñó a exigirlo todo.

QUEREAS

No, Escipión, te ha desesperado. Y desesperar a un alma joven es un crimen que supera a todos los que ha cometido hasta ahora. Te juro que sólo eso sería bastante para que yo lo matara con furor.

*Se dirige a la salida. Entra HELICÓN.*

## ESCENA II

HELICÓN

Te buscaba, Quereas. Calígula quiere mantener aquí una pequeña reunión amistosa. Debes esperarle. (*Se vuelve hacia ESCIPIÓN.*) A ti nadie te necesita, pichón. Puedes marcharte.

ESCIPIÓN (*en el momento de salir, se vuelve hacia QUEREAS.*)

¡Quereas!

QUEREAS (*con mucha dulzura*)

Sí, Escipión.

ESCIPIÓN

Trata de comprender.

QUEREAS (*con mucha dulzura*)

No, Escipión.

ESCIPIÓN y HELICÓN *salen.*

## ESCENA III

*Ruido de armas entre bastidores. Aparecen dos GUARDIAS a la derecha, con el VIEJO PATRICIO y el PRIMER PATRICIO, quienes dan muestras de terror.*



PRIMER PATRICIO (*al GUARDIA, tratando de dar firmeza a su voz*)

Pero ¿para qué nos quieren a estas horas de la noche?

EL GUARDIA (*señala los asientos de la derecha*)  
Siéntate ahí.

PRIMER PATRICIO  
Si se trata de matarnos como a los demás, no hace falta tanta tramoya.

EL GUARDIA  
Siéntate ahí, vieja mula.

EL VIEJO PATRICIO  
Sentémonos. Este hombre no sabe nada. Es evidente.

EL GUARDIA  
Sí, preciosa, es evidente.  
*Sale.*

PRIMER PATRICIO  
Era necesario actuar con rapidez, lo sabía. Ahora nos espera la tortura.

#### ESCENA IV

QUEREAS (*tranquilo, sentándose*)  
¿Qué pasa?

PRIMER PATRICIO y EL VIEJO PATRICIO (*a un tiempo*)  
Han descubierto la conjuración.

QUEREAS  
¿Y qué?

EL VIEJO PATRICIO  
La tortura.

QUEREAS (*impasible*)  
Recuerdo que Calígula dio 81.000 sestericios a un esclavo ladrón que no confesó, a pesar de la tortura.

PRIMER PATRICIO  
Mucho adelantamos con eso.

QUEREAS  
No, pero eso prueba que le gusta el valor. Deberíais tenerlo en cuenta. (*Al VIEJO PATRICIO.*) ¿No podrías dejar de castañetear los dientes? Me crispa ese ruido.

EL VIEJO PATRICIO  
Es que...

PRIMER PATRICIO  
Basta de cuentos. Nos estamos jugando la vida.

QUEREAS (*sin inmutarse*)  
¿Conocéis la frase favorita de Calígula?

EL VIEJO PATRICIO (*casi al borde de las lágrimas*)  
Sí. Se la dice al verdugo: «Mátalo lentamente para que se sienta morir.»

QUEREAS  
No, es mejor. Después de una ejecución, bosteza y dice con seriedad: «Lo que más admiro es mi insensibilidad.»

PRIMER PATRICIO  
¿Oís?

*Ruido de armas.*

QUEREAS  
Esa frase revela una debilidad.

EL VIEJO PATRICIO  
¿Te importaría dejarte de filosofías? Me da grima.

*Entra por el fondo un esclavo que trae armas y las coloca sobre un asiento.*

QUEREAS (*que no lo ha visto*)  
Reconozcamos por lo menos que este hombre ejerce una innegable influencia. Obliga a pensar. Obliga a

todo el mundo a pensar. La inseguridad hace pensar.  
Y por eso lo persiguen tantos odios.

EL VIEJO PATRICIO (*temblando*)

Mira.

QUEREAS (*ve las armas; le cambia un poco la voz*)

Quizá tengas razón.

PRIMER PATRICIO

Había que proceder rápido. Hemos esperado demasiado.

QUEREAS

Sí. Es una lección un poco tardía.

EL VIEJO PATRICIO

Pero esto es una locura. Yo no quiero morir.

*Se levanta e intenta escapar. Aparecen dos GUARDIAS y lo detienen a la fuerza después de abofetearle. El PRIMER PATRICIO se desploma en su asiento. QUEREAS dice algunas palabras que no se oyen. De improviso una extraña música, agria, saltarina, de sistros y címbalos, suena al fondo. Los PATRICIOS guardan silencio y miran. CALÍGULA, con vestido corto de bailarina y con flores en la cabeza, aparece como una sombra chinesca detrás de la cortina del fondo, remeda algunos ridículos movimientos de danza y desaparece. Poco después un GUARDIA dice con voz solemne: «El espectáculo ha terminado.» Entretanto, CESONIA entra silenciosamente por detrás de los espectadores. Habla con una voz neutra que, sin embargo, les sobresalta.*

#### ESCENA V

CESONIA

Calígula me ha encargado decirlos que hasta ahora siempre que os convocaba era por asuntos de Estado, pero que hoy os ha invitado a comulgar con él en una emoción artística. (*Pausa; luego, con la misma voz.*) Agregó, además, que a quien no comulgase, se le cortara la

cabeza. (*Todos callan.*) Disculpadme si insisto. Pero debo preguntaros si os ha parecido hermosa esta danza.

PRIMER PATRICIO (*después de una vacilación*)

Muy hermosa, Cesonia.

EL VIEJO PATRICIO (*desbordante de gratitud*)

¡Oh, sí, Cesonia!

CESONIA

¿Y tú, Quereas?

QUEREAS (*fríamente*)

Una muestra de gran arte.

CESONIA

Perfecto; voy a decírselo a Calígula.

#### ESCENA VI

Entra HELICÓN

HELICÓN

Dime, Quereas, ¿de veras te ha parecido una muestra de gran arte?

QUEREAS

En cierto sentido, sí.

HELICÓN

Comprendo. Eres muy astuto, Quereas. Tan falso como un hombre honrado. Pero verdaderamente astuto. Yo no soy astuto. Pero no consentiré que toquéis a Cayo, incluso si es eso lo que él desea.

QUEREAS

No entiendo ese discurso. Pero te felicito por tu abnegación. Me gustan los buenos domésticos.

HELICÓN

Muy orgulloso te veo, ¿eh? Sí, yo sirvo a un loco. Pero

y tú, ¿a quién sirves tú? ¿A la virtud? Voy a decirte lo que pienso de eso. Yo he nacido esclavo. Así que la música de la virtud, hombre honrado, la he bailado bajo el látigo. Cayo no me soltó discursos. Me emancipó y me metió en su palacio. Así es como he podido miraros a vosotros, los virtuosos. Y he visto que tenáis un sucio aspecto y un pobre olor, el olor insípido de los que nunca han sufrido ni arriesgado nada. He visto las lujosas túnicas, pero también los harapos en el corazón, el rostro avaro y la mano huidiza. ¿Vosotros, jueces? Vosotros, tenderos de la virtud, vosotros que soñáis con la seguridad como las muchachas sueñan con el amor, y que, sin embargo, vais a morir en el espanto sin tan siquiera saber que os habéis pasado toda la vida mintiendo, ¿sois vosotros quienes os atrevéis a juzgar al que ha sufrido sin tasa, al que sangra cada día por mil nuevas heridas? Antes tendréis que pasar por mi cadáver, estad seguros. Sí, puedes despreciar al esclavo, Quereas. ¡Pero está por encima de tu virtud, puesto que aún puede querer a este amo miserable, al que defenderá de vuestras mentiras, de vuestras bocas perjuras...!

QUEREAS

Mi querido Helicón, te dejas llevar por la elocuencia. Francamente, antes tenías mejor gusto.

HELICÓN

Lo siento de veras. Esto es lo que trae rozarse demasiado con vosotros. Los viejos esposos llegan a parecerse tanto, que acaban por tener el mismo número de pelos en las orejas. Pero me corregiré, no temas, me corregiré. Sólo que... mira, ¿ves este rostro? Bien. Pues míralo bien. Perfecto. Ahora ya has visto a tu enemigo.

*Sale.*

ESCENA VII

QUEREAS

Y ahora, a darse prisa. Quedaos aquí los dos. Esta noche seremos un centenar.

*Sale.*

EL VIEJO PATRICIO

¡Quedaos aquí! ¡Quedaos aquí! Bien que me gustaría irme. (*Husmea.*) Aquí apesta a muerto.

PRIMER PATRICIO

O a mentira. (*Tristemente.*) Dije que la danza era hermosa.

EL VIEJO PATRICIO (*conciliador*)

Lo era, en cierto sentido. Lo era.

*Interrumpen de pronto varios patricios y caballeros.*

ESCENA VIII

SEGUNDO PATRICIO

¿Qué pasa? ¿Lo sabéis vosotros? El emperador nos ha llamado.

EL VIEJO PATRICIO (*distráido*)

Quizá sea por la danza.

SEGUNDO PATRICIO

¿Qué danza?

EL VIEJO PATRICIO

Sí, bueno, la emoción artística.

TERCER PATRICIO

Me dijeron que Calígula estaba muy enfermo.

PRIMER PATRICIO

Lo está.

TERCER PATRICIO

¿Y qué tiene? (*Encantado.*) Por todos los dioses, ¿va a morir?

PRIMER PATRICIO

No lo creo. Su enfermedad sólo es mortal para los demás.

EL VIEJO PATRICIO

Si así puede decirse.

SEGUNDO PATRICIO

Te comprendo. Pero ¿no tiene alguna enfermedad menos grave y más ventajosa para nosotros?

PRIMER PATRICIO

No, esa enfermedad no admite competencia. Con permiso, debo ver a Quereas.

*Sale. Entra CESONIA; breve silencio.*

#### ESCENA IX

CESONIA (*con indiferencia*)

Calígula está enfermo del estómago. Ha vomitado sangre.

*Los PATRICIOS la rodean.*

SEGUNDO PATRICIO

Oh, dioses todopoderosos; si se restablece, prometo entregar 200.000 sestercios al tesoro del Estado.

TERCER PATRICIO (*exagerando*)

Júpiter, toma mi vida a cambio de la suya.

CALÍGULA *ha entrado hace un momento. Escucha.*

CALÍGULA (*avanzando hacia el SEGUNDO PATRICIO*)

Acepto tu ofrenda, Lucio. Te lo agradezco. Mi tesoro

se presentará mañana en tu casa. (*Se acerca al TERCER PATRICIO y lo besa.*) No puedes imaginarte qué conmovido estoy. (*Pausa; luego, tiernamente.*) ¿Así que me quieres?

TERCER PATRICIO (*emocionado*)

César, no hay nada que yo no diera por ti inmediatamente.

CALÍGULA (*besándolo de nuevo*)

Ah, esto es demasiado, Casio. No merezco tanto cariño. (*CASIO hace un ademán de protesta.*) No, no, te digo que no. Soy indigno de él. (*Llama a los GUARDIAS.*) Llévadlo. (*A CASIO, con dulzura.*) Anda, amigo. Y recuerda que Calígula te ha dado su corazón.

TERCER PATRICIO (*vagamente inquieto*)

Pero ¿adónde me llevan?

CALÍGULA

A la muerte, hombre. Has dado tu vida por la vida. Ahora me siento mucho mejor. Ni siquiera tengo ese terrible gusto a sangre en la boca. Me has curado. ¿Estás contento, Casio, de poder dar tu vida por otro, cuando ese otro se llama Calígula? Ya estoy de nuevo dispuesto a todas las fiestas.

*Se llevan a CASIO, que se resiste y grita.*

TERCER PATRICIO

No quiero. Esto es una broma, ¿no?

CALÍGULA (*soñador, entre los gritos*)

Los caminos que bordean el mar pronto estarán cubiertos de mimosas. Las mujeres llevarán vestidos de telas livianas. ¡Un gran cielo fresco y resplandeciente, Casio! ¡Las sonrisas de la vida!

*CASIO está a punto de salir, CESONIA lo empuja suavemente.*

CALÍGULA (*volviéndose, súbitamente serio*)

Amigo mío, si de verdad amaras tanto la vida, no te la habrías jugado con tanta imprudencia.

*Se llevan a CASIO.*

CALÍGULA (*volviendo hacia la mesa*)

Y cuando se pierde hay que pagar. (*Una pausa.*) Ven, Cesonia. (*Se vuelve hacia los otros.*) A propósito, se me ha ocurrido una hermosa idea que quiero compartir con vosotros. Hasta ahora mi reinado ha sido demasiado feliz. Ni peste universal, ni religión cruel, ni siquiera un golpe de Estado; en resumen, nada que pueda haceros pasar a la posteridad. En parte por eso, ¿sabéis?, es por lo que trato de compensar la prudencia del destino. Quiero decir..., no sé si me habéis comprendido. (*Con una risita.*) En fin, yo reemplazo a la peste. (*Cambiando de tono.*) Pero callad. Aquí está Quereas. Te toca a ti, Cesonia.

*Sale. Entran QUEREAS y el PRIMER PATRICIO.*

#### ESCENA X

CESONIA *se dirige vivamente al encuentro de QUEREAS.*

CESONIA

Calígula ha muerto.

*Vuelve la cara como si llorara, y mira a los demás, que callan. Todo el mundo parece consternado, pero por razones diferentes.*

PRIMER PATRICIO

¿Estás..., estás segura de esa desgracia? No es posible, danzó hace un rato.

CESONIA

Justamente. El esfuerzo acabó con él.

QUEREAS *va rápidamente del uno al otro y se vuelve hacia*

CESONIA. *Todo el mundo guarda silencio.*

CESONIA (*lentamente*)

No dices nada, Quereas.

QUEREAS (*también lentamente*)

Es una gran desgracia, Cesonia.

CALÍGULA *entra brutalmente y se acerca a QUEREAS.*

CALÍGULA

Has estado muy bien, Quereas. (*Gira sobre sí mismo y mira a los demás. De mal humor.*) Bueno. Falló. (*A CESONIA.*) No olvides lo que te dije.

*Sale.*

#### ESCENA XI

CESONIA, *en silencio, le mira.*

EL VIEJO PATRICIO (*sostenido por una esperanza infatigable*)

¿Es que está enfermo, Cesonia?

CESONIA (*mirándole con odio*)

No, preciosa, pero lo que tú ignoras es que ese hombre duerme sólo dos horas cada noche, y el resto del tiempo, incapaz de descansar, deambula por las galerías del palacio. Lo que ignoras, lo que nunca te has preguntado es en qué piensa este hombre durante las horas mortales que van desde la medianoche hasta la salida del sol. ¿Enfermo? No, no lo está. A menos que inventes un nombre y medicamentos para las úlceras que cubren su alma.

QUEREAS (*en apariencia conmovido*)

Tienes razón, Cesonia. No ignoramos que Cayo...

CESONIA (*más rápido*)

No, no lo ignoráis. Pero como todos los que no tienen alma, no podéis soportar a los que tienen demasiada. ¡Demasiada alma! Esto es lo que molesta, ¿verdad? Entonces a eso se le llama enfermedad; los pedantes quedan justificados y contentos. (*En otro tono.*) ¿Has sido capaz de amar alguna vez, Quereas?

QUEREAS (*de nuevo dueño de sí*)

Ya somos demasiado viejos para aprender a hacerlo, Cesonia. Y además, no es seguro que Calígula nos dé tiempo.

CESONIA (*que se ha recobrado*)

Es cierto. (*Se sienta.*) Casi olvido las recomendaciones de Calígula. Todos sabéis que hoy es un día consagrado al arte.

EL VIEJO PATRICIO

¿Según el calendario?

CESONIA

No, según Calígula. Ha convocado a algunos poetas. Les propondrá una composición improvisada sobre un tema determinado. Desea que aquellos de vosotros que seáis poetas concurren especialmente. Ha designado en particular al joven Escipión y a Metelo.

METELO

Pero no estamos preparados.

CESONIA (*como si no hubiera oído, con voz neutra*)

Naturalmente, habrá recompensas. También castigos. (*Ligero retroceso de los otros.*) Os diré, en confianza, que no son muy graves.

*Entra* CALÍGULA. *Está más sombrío que nunca.*

#### ESCENA XII

CALÍGULA

¿Está todo listo?

CESONIA

Todo. (*A un GUARDIA.*) Que entren los poetas.

*Entran, de dos en dos, una docena de POETAS que bajan por la derecha a paso cadencioso.*

CALÍGULA

¿Y los otros?

CESONIA

¡Escipión y Metelo!

*Los dos se unen a los POETAS. CALÍGULA se sienta al fondo, a la izquierda, con CESONIA y el resto de los PATRICIOS. Breve silencio.*

CALÍGULA

Tema: la muerte. Plazo: un minuto.

*Los POETAS escriben precipitadamente en las tablillas.*

EL VIEJO PATRICIO

¿Quién hará de jurado?

CALÍGULA

Yo. ¿No es suficiente?

EL VIEJO PATRICIO

Oh, sí, absolutamente suficiente.

QUEREAS

¿Vas a participar en el concurso, Cayo?

CALÍGULA

Es inútil. Hace tiempo hice mi composición sobre el tema.

EL VIEJO PATRICIO (*solícito*)

¿Dónde se puede leerla?

CALÍGULA

A mi manera, la recito todos los días.

CESONIA *le mira, angustiada.*

CALÍGULA (*brutalmente*)

¿Te desagrada mi cara?

CESONIA (*suavemente*)

Perdóname.

CALÍGULA

Ah, por favor, nada de humildad. Sobre todo, nada de humildad. ¡Ya eres difícil de soportar, pero tu humildad...!

CESONIA *sube lentamente.*

CALÍGULA (*a QUEREAS*)

Continúo. Es la única composición que he escrito. Pero también prueba que soy el único artista que Roma haya conocido, el único, ¿oyes?, que ponga de acuerdo su pensamiento con sus actos.

QUEREAS

Es sólo una cuestión de poder.

CALÍGULA

Así es. Los otros crean por falta de poder. Yo no necesito una obra: yo vivo. (*Brutalmente.*) Bueno, y vosotros, ¿ya estáis?

METELO

Ya estamos, creo.

TODOS

Sí.

CALÍGULA

Bueno, escuchadme bien. Os levantaréis. Yo tocaré el silbato. El primero empezará la lectura. Al oír el silbato se detendrá y empezará el segundo. Y así sucesivamente. El vencedor, naturalmente, será aquel cuya composición no haya interrumpido el silbato. Preparaos. (*Se vuelve hacia QUEREAS; confidencial.*) Se necesita organización en todo, hasta en el arte.

*Silbato.*

PRIMER POETA

Muerte, cuando más allá de las negras orillas...

*Silbato. El POETA desciende por la derecha. Los otros harán lo mismo. Escena muy mecánica.*

SEGUNDO POETA

Las tres parcas en su antro...

*Silbato.*

TERCER POETA

Te llamo, oh muerte...

*Silbato rabioso...*

*El CUARTO POETA avanza y adopta una actitud declamatoria. El silbato resuena antes de que haya hablado.*

QUINTO POETA

Cuando era un niño pequeñito...

CALÍGULA (*gritando*)

¡No! ¿Qué relación puede tener con el tema la infancia de un imbécil? ¿Quieres decirme dónde está la relación?

QUINTO POETA

Pero Cayo, no he terminado...

*Silbato estridente.*

SEXTO POETA (*avanza aclarándose la voz*)

Inexorable, ella camina...

*Silbato.*

SÉPTIMO POETA (*misterioso*)

Recóndita y difusa oración...

*Silbato entrecortado. ESCIPIÓN avanza sin tablillas.*

CALÍGULA

Y tú, Escipión, ¿no tienen tablillas?

ESCIPIÓN

No las necesito.

CALÍGULA

Veamos.

*Mordisquea el silbato.*

ESCIPIÓN (*muy cerca de CALÍGULA, sin mirar y con una especie de cansancio*)

«¡Ansía de la dicha que purifica a los seres,  
cielo en que el sol derrama,  
fiestas únicas y salvajes, mi delirio sin esperanza!...»

CALÍGULA (*suavemente*)

Detente, ¿quieres? (A ESCIPIÓN.) Eres demasiado joven para conocer las verdaderas lecciones de la muerte.

ESCIPIÓN (*mirando fijo a CALÍGULA*)

También era demasiado joven para perder a mi padre.

CALÍGULA (*apartándose bruscamente*)

Vamos, vosotros a formar fila. Un poetastro es un castigo demasiado duro para mi gusto. Hasta hoy había pensado conservaros como aliados y a veces imaginé que formaríais el último escuadrón de mis defensores. Pero es inútil; os mandaré con mis enemigos. Los poetas están contra mí; puedo decir que éste es el fin. ¡Salid en orden! Desfilareis ante mí, lamiendo vuestras tablillas para borrar las huellas de vuestras infamias. ¡Atención! ¡En marcha!

*Silbidos rítmicos. Los POETAS salen por la derecha marcando el paso y lamiendo sus inmortales tablillas.*

CALÍGULA (*con voz muy baja*)

Y salid todos.

*En la puerta, QUEREAS retiene al PRIMER PATRICIO por el hombro.*

QUEREAS

Ha llegado el momento.

*El joven ESCIPIÓN, que ha oído, vacila en el umbral de la puerta y se acerca a CALÍGULA.*

CALÍGULA (*con maldad*)

¿No puedes dejarme en paz, como lo hace ahora tu padre?

ESCENA XIII

ESCIPIÓN

Vamos, Cayo, todo esto es inútil. Ya sé que has elegido.

CALÍGULA

Déjame.

ESCIPIÓN

Te dejaré, sí, porque creo haberte comprendido. Ni para ti ni para mí, que me parezco tanto a ti, hay ya salida. Voy a marcharme muy lejos a buscar las razones de todo esto. (*Pausa; mira a CALÍGULA. Con énfasis.*) Adiós, querido Cayo. Cuando todo haya terminado, no olvides que te he querido.

*Sale. CALÍGULA le mira. Hace un ademán. Pero se recupera brutalemente y vuelve junto a CESONIA.*

CESONIA

¿Qué te ha dicho?

CALÍGULA

Eso rebasa tu entendimiento.

CESONIA

¿En qué piensas?

CALÍGULA

En él. Y en ti también. Pero es lo mismo.

CESONIA

¿Qué pasa?



CALÍGULA (*mirándole*)

Escipión se ha ido. He terminado con la amistad. Pero me pregunto por qué estás tú todavía aquí...

CESONIA

Porque te gusto.

CALÍGULA

No. Si te hiciera matar, creo que comprendería.

CESONIA

Sería una solución. Hazlo, pues. ¿Pero no puedes, siquiera por un minuto, despreocuparte y vivir libremente?

CALÍGULA

Hace ya varios años que me ejercito en vivir libremente.

CESONIA

No es así como yo lo entiendo. Compréndeme. ¿Podría ser tan bueno vivir y amar en la pureza del corazón!

CALÍGULA

Cada uno se gana la pureza como puede. Yo, persiguiendo lo esencial. Nada de eso me impide, por lo demás, matarte. (*Ríe.*) Sería la coronación de mi carrera.

CALÍGULA *se levanta y hace girar el espejo. Camina en círculo, con los brazos colgando, casi sin gestos, como un animal.*

CALÍGULA

Es curioso. Cuando no mato, me siento solo. Los vivos no bastan para poblar el universo y alejar el tedio. Cuando estáis todos aquí, me hacéis sentir un vacío sin límites. Sólo estoy bien entre mis muertos. (*Se planta frente al público, un poco inclinado hacia adelante, olvidado de CESONIA.*) Ellos son verdaderos. Son como yo. Me esperan y me apremian. (*Menea la cabeza.*) Tengo

largos diálogos con los que me gritaron pidiendo gracia y a quienes hice cortar la lengua.

CESONIA

Ven. Échate a mi lado. Apoya la cabeza en mis rodillas. (CALÍGULA *obedece.*) Estás bien. Todo está en silencio.

CALÍGULA

Todo está silencioso. Exageras. ¿No oyes ese ruido de hierros? (*Ruidos.*) ¿No adviertes esos mil ligeros rumores que revelan el odio al acecho?

*Rumores.*

CESONIA

Nadie se atrevería...

CALÍGULA

Sí, la estupidez.

CESONIA

La estupidez no mata. Da cordura.

CALÍGULA

Es asesina, Cesonia. Es asesina cuando se considera ofendida. ¡Oh!, no me asesinarán aquellos cuyos padres o hijos he matado. Ellos han comprendido. Están conmigo, tienen el mismo gusto en la boca. Pero estoy indefenso contra la vanidad de los otros; aquellos de quienes me he burlado, a quienes he puesto en ridículo.

CESONIA (*con vehemencia*)

Te defenderemos nosotros; todavía somos muchos los que te queremos.

CALÍGULA

Cada vez sois menos numerosos. He hecho todo lo posible para que así fuera. Y además, seamos justos, no sólo está en contra de mí la estupidez; también lo

están la lealtad y el valor de los que quieren ser felices.

CESONIA (*vehemente*)

No, no te matarán. O entonces algo venido del cielo los aniquilará antes de que te hayan tocado.

CALÍGULA

¡Del cielo! No hay cielo, pobre mujer (*Se sienta.*) ¿Pero por qué tanto amor, de pronto? No está en nuestras costumbres.

CESONIA (*que se ha levantado y camina*)

¿No es bastante verte matar a los demás; hay que saber también que te matarán? ¿No basta recibarte cruel y desgarrado, sentir tu olor a crimen cuando te apoyas en mi vientre? Cada día veo morir un poco más tu apariencia humana. (*Se vuelve hacia él.*) Soy vieja y ya casi fea, lo sé. Pero la preocupación que siento por ti me ha dejado el alma de tal modo que ya no importa que no me ames. Sólo querría verte curado, a ti que eres todavía un niño, con toda una vida por delante. ¿Y puedes pedir algo que sea más grande que toda una vida?

CALÍGULA (*se levanta y la mira*)

Hace ya demasiado tiempo que estás aquí.

CESONIA

Es cierto. Pero me guardarás a tu lado, ¿verdad?

CALÍGULA

No lo sé. Sólo sé por qué estás aquí; por todas aquellas noches en que el placer era agudo y sin alegría, y por todo lo que sabes de mí. (*La coge en sus brazos y con la mano le echa la cabeza un poco hacia atrás.*) Tengo veintinueve años. Es poco. Pero en esta hora en que mi vida me parece, sin embargo, tan larga, tan cargada de despojos, en fin, tan cumplida, tú eres el último testigo. Y no puedo evitar sentir cierta ternura vergonzosa por la vieja que serás.

CESONIA

¡Dime que quieres guardarme a tu lado!

CALÍGULA

No lo sé. Sólo tengo conciencia y esto es lo más terrible, de que esta ternura vergonzosa es el único sentimiento puro que la vida me haya dado hasta ahora.

CESONIA *se desprende de sus brazos, CALÍGULA la sigue. Ella apoya la espalda en él, que la abraza.*

CALÍGULA

¿No sería mejor que desapareciera el último testigo?

CESONIA

Eso no tiene importancia. Soy feliz por lo que me has dicho. ¿Pero por qué no puedo compartir esta felicidad contigo?

CALÍGULA

¿Quién te ha dicho que yo no soy feliz?

CESONIA

La felicidad es generosa. No vive de la destrucción.

CALÍGULA

Entonces hay dos clases de felicidad y yo he elegido la de los asesinos. Pues soy feliz. Hubo un tiempo en el que creí haber llegado al límite del dolor. Pues bien, no, todavía es posible ir más lejos. En el confín de esta comarca hay una felicidad estéril y magnífica. (*CESONIA se vuelve hacia él.*) Me río, Cesonia, cuando pienso que durante varios años Roma entera evitó pronunciar el nombre de Drusila. Pues Roma se equivocó durante esos años. El amor no me basta: eso es lo que comprendí entonces. Es lo que comprendo también hoy, al mirarte. Amar a una persona es aceptar envejecer con ella. Yo no soy capaz de este amor. Drusila vieja era mucho peor que Drusila muerta. Suele creerse que un hombre sufre porque la persona a quien amaba muere un día. Pero su verdadero sufrimiento es me-

nos fútil: es advertir que tampoco la pena dura. Hasta el dolor carece de sentido. Ya ves, yo no tenía excusa; ni siquiera la sombra de un amor, ni la amargura de la melancolía. No tengo coartada. Pero hoy soy más libre que hace años, libre del recuerdo y de la ilusión. (*Ríe apasionadamente.*) ¡Sé que nada dura! ¡Saber esto! Sólo dos o tres en la historia hemos pasado por esta experiencia, hemos logrado esta felicidad demente. Cesonia, has seguido hasta el fin una tragedia muy curiosa. Es hora ya de que caiga para ti el telón.

*Pasa de nuevo tras ella y desliza el antebrazo en torno al cuello de CESONIA.*

CESONIA (*con espanto*)

¿Acaso es la felicidad esa espantosa libertad?

CALÍGULA (*apretando poco a poco con el brazo la garganta de CESONIA*)

Tenlo por seguro, Cesonia. Sin ella hubiera sido un hombre satisfecho. Gracias a ella, he conquistado la divina clarividencia del solitario. (*Se exalta cada vez más, estrangulando poco a poco a CESONIA, quien se entrega sin resistencia, con las manos un poco extendidas hacia adelante. Él le habla, inclinado, al oído.*) Vivo, mato, ejerzo el poder delirante del destructor, comparado con el cual el del creador parece una parodia. Eso es ser feliz. Ésa es la felicidad, esta insoportable liberación, este universal desprecio, la sangre, el odio a mi alrededor, este aislamiento sin igual del hombre que tiene toda su vida bajo su mirada, la alegría desmedida del asesino impune, esta lógica implacable que tritura vidas humanas (*ríe*), que te tritura, Cesonia, para lograr por fin la soledad eterna que deseo.

CESONIA (*debatándose débilmente*)

¡Cayo!

CALÍGULA (*cada vez más exaltado*)

No, nada de ternura. Hay que terminar, el tiempo apremia. ¡El tiempo apremia, querida Cesonia!

CESONIA *agoniza. CALÍGULA la arrastra hacia el lecho, donde la deja caer.*

CALÍGULA (*mirándola con ojos extraviados; con voz ronca*)

Y tú también, también tú eras culpable. Pero matar no es la solución.

#### ESCENA XIV

*Gira sobre sí mismo, hosco, y se acerca al espejo.*

CALÍGULA

¡Calígula! Tú también, también tú eres culpable. ¡Entonces, ¿no es verdad?, un poco más, un poco menos! ¿Pero quién se atrevería a condenarme en este mundo sin juez, donde nadie es inocente? (*Con acento de angustia, apretándose contra el espejo.*) Ya lo ves, Helicón no ha venido. No tendré la luna. Pero qué amargo es tener razón y deber llevarla a su consumación. Porque me da miedo la consumación. ¡Ruido de armas! Es la inocencia, que prepara su triunfo. ¡Por qué no estaré en su lugar! Tengo miedo. Qué asco, después de haber despreciado a los demás, sentir la misma cobardía en el alma. Pero no importa. Tampoco el miedo dura. Voy al encuentro de ese gran vacío donde el corazón se sosiega.

*Retrocede un poco, vuelve hacia el espejo. Parece más tranquilo. Reanuda el discurso, pero en voz más baja y concentrada.*

CALÍGULA

¡Todo parece tan complicado! Sin embargo, ¡todo es tan sencillo! Si yo hubiera conseguido la luna, si bastara el amor, todo habría cambiado. ¿Pero dónde saciar esta sed? ¿Qué corazón, qué dios tendrían para mí la profundidad de un lago? (*De rodillas y llorando.*) Nada hay, en este mundo ni en el otro, hecho a mi medida. Sin embargo, sé, y tú también lo sabes (*tiende las manos*

*hacia el espejo, llorando*), que bastaría que lo imposible exista. ¡Lo imposible! Lo he buscado en los límites del mundo, en los confines de mí mismo, he tendido mis manos (*gritando*), tiendo mis manos y eres tú lo que encuentro, siempre tú frente a mí, y estoy lleno de odio hacia ti. No he tomado el camino verdadero, no llego a nada. Mi libertad no es la buena. ¡Helicón! ¡Helicón! ¡Nada! Nada todavía. ¡Ah, cómo pesa esta noche! Helicón no vendrá; ¡seremos culpables para siempre! Esta noche pesa tanto como el dolor humano.

*Ruido de armas y cuchicheos entre bastidores.*

HELICÓN (*surgiendo al fondo*)  
¡Guárdate, Cayo! ¡Guárdate!

*Una mano invisible apuñala a HELICÓN.*

CALÍGULA *se levanta, coge con la mano una banqueta y se acerca al espejo respirando con fuerza. Se observa, simula un salto hacia adelante y frente al movimiento simétrico de su doble en el espejo, le arroja la banqueta con todas sus fuerzas, gritando:*

CALÍGULA

¡A la historia, Calígula, a la historia!

*El espejo se rompe y en ese momento, por todas las puertas, entran los conjurados en armas. CALÍGULA les hace frente con una risa loca. EL VIEJO PATRICIO lo hiere en la espalda; QUE- REAS en medio de la cara. La risa de CALÍGULA se transforma en hipo. Todos lo hieren. Con un último hípido, CALÍGULA, riendo y resollando, grita:*

CALÍGULA

¡Todavía estoy vivo!

TELÓN

## CARNETS, I

(Mayo de 1935 - febrero de 1942)

## Cuaderno I

*(Mayo de 1935 - septiembre de 1937)*

*Título original: Carnets (mai 1935 - février 1942) (1962)*

*Traducción de Eduardo Paz Leston*

*Revisión de Esther Benítez*

*Mayo del 35*

Lo que quiero decir:

Que se puede tener —sin romanticismo— nostalgia de una pobreza perdida. Cierta suma de años vividos miserablemente bastan para construir una sensibilidad. En ese caso particular, el sentimiento extraño que el hijo manifiesta hacia su madre constituye *toda su sensibilidad*. Las expresiones de esa sensibilidad en los dominios más diversos se explican suficientemente por el recuerdo latente, material, de su infancia (una viscosidad que se pega al alma).

De ahí, para quien repara en ello, un reconocimiento y por consiguiente una mala conciencia. De ahí también y por comparación, si se ha cambiado de ambiente, la sensación de las riquezas perdidas. A los ricos el cielo, dado por añadidura, les parece un don natural. A los pobres, su carácter de gracia infinita les es restituido.

A mala conciencia, confesión necesaria. Debo dar testimonio: la obra es una confesión. Pensándolo bien, no tengo sino una cosa que decir. Es en esta vida de pobreza, entre estas gentes humildes o vanidosas, donde he alcanzado con más seguridad lo que me parece el verdadero sentido de la vida. Las obras de arte nunca bastarán. El arte no es todo para mí. Que al menos sea un medio.

Lo que también cuentan son las vergüenzas culpables, las pequeñas cobardías, la consideración inconsciente que se otorga al otro mundo (al del dinero). Creo que el mundo de los pobres es uno de los pocos, si no el único que está replegado en sí mismo, que es una isla en la sociedad. Con pocos gastos se puede jugar a los Robinsones. Para quien se asoma, hay que decir «allá abajo», hablando del piso del médico que se encuentra a dos pasos.

Todo aquello debería expresarse por intermedio de la madre y del hijo.

Eso, en general.

Al precisar todo se complica.

1. Un decorado. El barrio y sus habitantes.
2. La madre y sus actos.
3. La relación del hijo con la madre.

¿Qué solución? ¿La madre? Último capítulo: ¿el valor simbólico realizado por nostalgia del hijo?

\*

Grenier: nos menospreciamos siempre. Pero por pobreza, enfermedad, soledad, tomamos conciencia de nuestra eternidad. «Es preciso que nos acorralen.»

Es exactamente eso, ni más ni menos.

\*

Vanidad de la palabra experiencia. La experiencia no es experimental. No se la provoca, se la sufre. Más bien paciencia, que experiencia. Esperamos con paciencia, mejor dicho, padecemos.

Muy práctico: al salir de la experiencia, no se es sabio, se es experto. ¿Pero en qué?

\*

Dos amigas: la una y la otra muy enfermas. Pero la una de los nervios; siempre es posible una resurrección. La otra, tuberculosis avanzada. Ni la menor esperanza.

Una tarde. La tuberculosa, a la cabecera de su amiga. Ésta:

—¿Ves? Hasta ahora, y aun en mis peores crisis, algo

me quedaba. Una esperanza de vida muy tenaz. Hoy me parece que ya no hay nada que esperar. Estoy tan débil que creo que nunca me levantaré.

Entonces la otra, con un relámpago de alegría salvaje en los ojos, y tomándola de la mano, le dice: «¡Oh! Haremos juntas el gran viaje.»

Las mismas: la tuberculosa moribunda, la otra casi sana. Para eso hizo un viaje a Francia, para probar un nuevo método.

*Y la otra se lo reprocha.* Aparentemente le reprocha haberla abandonado. En verdad, sufre de verla sana. Había tenido la loca esperanza de no morir sola, de arrastrar consigo a su amiga más querida. Va a morir sola. Y saberlo alimenta su amistad con un odio terrible.

\*

Cielo de tormenta en agosto. Aire abrasador. Nubes negras. Al este, sin embargo, una banda azul, delicada, transparente. Imposible mirarla. Su presencia es una molestia para los ojos y para el alma, porque la belleza es insoportable. Nos desespera, eternidad de un minuto que querríamos, sin embargo, estirar a lo largo del tiempo.

\*

Está a sus anchas en la sinceridad. Muy raro.

\*

Importante también el tema de la comedia. Lo que nos salva de nuestros peores dolores es la sensación de estar abandonados y solos, no lo bastante sin embargo como para que «los otros» no nos «consideren» en nuestra desgracia. En ese sentido nuestros minutos de felicidad son a veces aquellos en que la sensación de nuestro abandono nos embarga y nos subleva con una tristeza sin fin. También ese sentido la felicidad a menudo no es sino el sentimiento apiadado de nuestra desgracia.

Sorprendente en los pobres; Dios puso la complacencia al lado de la desesperación, como el remedio al lado del mal.

\*

De joven, pedía a los seres más de lo que podían darme: una amistad continua, una emoción permanente.

Sé pedirles ahora menos de lo que pueden darme: una compañía sin frases. Y sus emociones, su amistad, sus gestos nobles conservan a mis ojos su entero valor de milagro: un entero efecto de la gracia.

\*

... Habían bebido demasiado y querían comer. Pero era la noche de fin de año y no había ya sitio. Rechazados, insistieron. Los pusieron de patitas en la calle. Y entonces la emprendieron a patadas con la dueña, que estaba encinta. Y el dueño, un joven frágil y rubio, había tomado un arma y había disparado. La bala se había alojado en la sien derecha del hombre. La cabeza se había vuelto sobre la herida y ahora reposaba. Ebrio de alcohol y de espanto, su amigo se puso a bailar alrededor de su cuerpo.

La aventura era simple y acabaría mañana en un artículo periodístico. Pero, por el momento, en ese rincón apartado del barrio, la luz escasa sobre el pavimento pringoso con la lluvia reciente, las lentas rodadas húmedas de los automóviles, la llegada espaciada de tranvías sonoros e iluminados, daban un relieve inquietante a esa escena de otro mundo: imagen empalagosa e insistente de ese barrio cuando el fin del día puebla de sombras sus calles; cuando, más bien, una sola sombra, anónima, señalada por un pataleo sordo y un ruido confuso de voces, surge a veces, inundada de gloria sangrienta, en la luz roja de un globo de farmacia.

\*

#### *Enero del 36*

De ese jardín del otro lado de la ventana, no veo sino los muros. Y unas cuantas ramas por donde se desliza la luz. Más arriba, sigue habiendo ramas. Más arriba, el sol. Y de todo ese júbilo del aire que se siente fuera, de toda esa dicha esparcida sobre el mundo, no percibo si-

no sombras de ramas que juegan sobre las cortinas blancas. Cinco rayos de sol también, que derraman pacientemente en la habitación un perfume rubio de hierbas secas. Una brisa, y las sombras se animan sobre la cortina. Que una nube cubra, luego descubra al sol, y he aquí que de la sombra surge el amarillo brillante de ese floreo de mimosas. Basta ese solo resplandor naciente y heme aquí inundado de una dicha confusa que me aturde.

Prisionero de la caverna, heme aquí solo frente a la sombra del mundo. Tarde de enero. Pero el frío permanece en el fondo del aire. Por todas partes una película de sol que se quebraría bajo la uña pero que reviste todas las cosas de una sonrisa eterna. Quién soy y qué puedo hacer, sino entrar en el juego de las ramas y de la luz. Ser ese rayo de sol donde mi cigarrillo se consume, esa dulzura y esa pasión discreta que respira en el aire. Si trato de alcanzarme, es en el fondo de esa luz. Y si intento comprender y saborear ese delicado sabor que entrega el secreto del mundo, es a mí mismo a quien encuentro en el fondo del universo. Yo mismo, es decir, esa emoción extrema que me libra del decorado. Muy pronto otras cosas y los hombres me solicitarán. Pero dejadme recortar este minuto en la tela del tiempo, como otros dejan una flor entre las páginas. En ella encierran un paseo en el que el amor los ha rozado. Y yo también me paseo, pero es un dios quien me acaricia. La vida es corta y es pecado perder el tiempo. Yo pierdo el mío durante todo el día y los demás dicen que soy muy activo. Hoy hago un alto y mi corazón va al encuentro de sí mismo.

Si una angustia todavía me oprime, es la de sentir ese impalpable instante deslizarse entre mis dedos como las perlas del mercurio. Dejad, pues, a aquellos que quieren separarse del mundo. Ya no me quejo, puesto que me contemplo nacer. Estoy feliz en este mundo, pues mi reino es de este mundo. Nube que pasa e instante que palidece. Muerte de mí mismo a mí mismo. El libro se abre en una página amada. ¡Qué insulsa hoy en presencia del libro del mundo! Es cierto que he sufrido, ¿no es cierto,



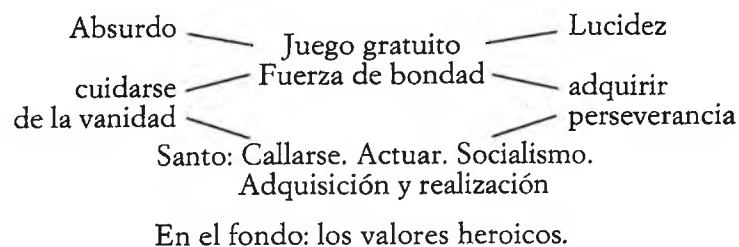
acaso, que sufro? y que ese sufrimiento me embriaga debido a este sol y estas sombras, este calor y este frío que se siente tan lejos, en el fondo del aire. Me preguntaré si algo muere y si los hombres sufren, puesto que todo está escrito en esa ventana donde el cielo vuelca su plenitud. Puedo decir y diré en seguida que lo que cuenta es ser humano, sencillo. No, lo que cuenta es ser auténtico, y, por tanto, todo se inscribe en eso, la humanidad y la sencillez. ¿Y cuándo soy más verdadero y más transparente que cuando soy el mundo?

Instante de adorable silencio. Los hombres callaron. Pero el canto del mundo se eleva y yo, encadenado al fondo de la caverna, estoy colmado antes de haber deseado. La eternidad está ahí y yo la esperaba. Ahora puedo hablar. No sé qué mejor podría desear que esta continua presencia de mí mismo en mí mismo. No es ser feliz lo que deseo ahora, sino solamente estar consciente. Uno se cree a resguardo del mundo, pero basta que un olivo se alce en el polvo dorado, bastan algunas páginas deslumbrantes bajo el sol de la mañana, para que uno sienta ceder esa resistencia. Así sucede conmigo. Tomo conciencia de las posibilidades de las cuales soy responsable. Cada minuto de vida lleva en sí su valor de milagro y su rostro de eterna juventud.

\*

No se piensa sino por imágenes. Si quieres ser filósofo, escribe novelas.

\*



## Segunda parte

A. En presente

B. En pasado

- Cap. A 1. La Casa ante el Mundo. Presentación.
- Cap. B 1. Él Recuerda. Relación con Lucienne.
- Cap. A 2. Casa ante el Mundo. Su juventud.
- Cap. B 2. Lucienne cuenta sus infidelidades.
- Cap. A 3. Casa ante el Mundo. Invitación.
- Cap. B 4. Celos sexuales. Salzburgo. Praga.
- Cap. A 4. Casa ante el Mundo. El sol.
- Cap. B 5. La huida (carta). Argel. Coge frío, enferma.
- Cap. A 5. Noche frente a las estrellas. Catherine.

\*

Patrice relata su historia de condenado a muerte: «Veo a este hombre. Está en mí. Y cada palabra que dice me oprime el corazón. Está vivo y respira en mí. Tiene miedo conmigo.»

«... Y ese otro que quiere doblegarlo. También lo veo vivir. Está en mí. Todos los días le envío el sacerdote para debilitarlo.»

«Sé que ahora voy a escribir. Llega un tiempo en que el árbol, después de haber sufrido mucho, debe dar sus frutos. Cada invierno concluye en una primavera. Debo dar testimonio. El cielo se reanudará.

«... No diré otra cosa sino mi amor por la vida. Pero lo diré a mi manera...»

Otros escriben por tentaciones diferidas. Y cada decepción de su vida se les convierte en una obra de arte, mentira tejida con las mentiras de su vida. Pero, en mi caso, es de mis dichas de donde saldrán mis escritos. Aun en lo que tendrán de cruel. Tengo que escribir como tengo que nadar, porque mi cuerpo lo exige.»

## Tercera parte (todo en presente)

Capítulo I. Catherine, dice Patrice, sé que ahora voy a escribir. Historia del condenado a muerte. He recobrado mi verdadera función, que es escribir.

Capítulo II. Bajada de La Casa ante el Mundo al puerto, etc. Gusto por la muerte y el sol. Amor a la vida.

\*

6 historias:

Historia del juego brillante. Lujo.  
Historia del barrio pobre. Muerte de la madre.  
Historia de La Casa ante el Mundo.  
Historia de los celos sexuales.  
Historia del condenado a muerte.  
Historia del descenso hacia el sol.

\*

*En las Baleares: el verano pasado*

Lo que vale la pena de un viaje es el miedo. Es que en cierto momento, tan lejos de nuestro país, de nuestra lengua (un periódico francés adquiere un valor inestimable. Y esas horas de la tarde, en los cafés, en que buscamos tocar con el codo a otros hombres), un miedo vago se apodera de nosotros y un deseo instintivo de recobrar el amparo de los viejos hábitos. Es la más clara contribución del viaje. En ese momento somos febriles pero porosos. El menor choque nos conmueve hasta el fondo del ser. Encontrar una cascada de luz, y ahí está la eternidad. Por eso no hay que decir que se viaja por placer. Veo más bien una ascesis. Uno viaja por su cultura, si por cultura se entiende el ejercicio de nuestro sentido más íntimo, que es el de la eternidad. El placer nos aparta de nosotros mismos, como la diversión de Pascal aleja de Dios. El viaje, que es como una ciencia más vasta y más grave, nos lo devuelve.

\*

*Baleares*

La bahía.  
San Francisco: Claustro.  
Bellver.  
Barrio rico (la sombra y las ancianas).  
Barrio pobre (la ventana).  
Catedral (mal gusto y obra maestra).  
Café cantante.  
Costa de Miramar.  
Valldemosa y las terrazas.  
Sóller y el mediodía.  
San Antonio (convento). Felanitx.  
Pollensa: ciudad. Convento. Pensión.  
Ibiza: bahía.  
La Peña: fortificaciones.  
Santa Eulalia: la playa. La fiesta.  
Los cafés del puerto.  
Los muros de piedra y los molinos en el campo.

\*

*13 de febrero del 36*

Pido a los seres más de lo que pueden darme. Vanidad de pretender lo contrario. Pero qué error y qué desesperación. Y yo mismo quizá...

\*

Buscar contactos. Todos los contactos. Si quiero escribir sobre los hombres, ¿cómo apartarme del paisaje? ¿Y si el cielo o la luz me atraen, olvidaré los ojos o la voz de aquellos que amo? Me suelen dar los elementos de una amistad, los fragmentos de una emoción, jamás la emoción, jamás la amistad.

Vamos a ver a un amigo mayor para contárselo todo. Al menos eso que nos oprime. Pero tiene prisa. Hablamos de todo y de nada. La hora pasa. Y heme aquí más solo y más vacío. ¡Esa enfermiza sabiduría que intento construir y que destruye la distraída frase de un amigo que me re-

húye! «Non ridere, non lugere»... y las dudas sobre mí mismo y los demás.

\*

*Marzo*

Día atravesado de nubes y de sol. Un frío recamado de amarillo. Debería llevar diariamente un cuaderno sobre el tiempo. Ese hermoso sol transparente de ayer. La bahía palpitante de luz, como un labio húmedo. Y trabaje todo el día.

\*

Un título: Esperanza del mundo.

\*

Grenier, a propósito del comunismo: «Toda la cuestión estriba en esto: ¿por un ideal de justicia hay que aprobar necedades? Se puede responder sí: es hermoso. No: es honesto.

Guardadas las proporciones: el problema del cristianismo. ¿Al creyente lo desconciertan las contradicciones de los evangelios y los excesos de la Iglesia? ¿Crear es admitir el Arca de Noé, es defender la Inquisición o el tribunal que condenó a Galileo?

Pero, por otra parte, ¿cómo conciliar comunismo y repugnancia? Si intento las formas extremas, en la medida en que llegan a lo absurdo y lo inútil, niego el comunismo. Y esa preocupación religiosa...

\*

La muerte, que da al juego y al heroísmo su verdadero sentido.

\*

Ayer. El sol sobre los muelles, los acróbatas árabes y el puerto estremeciéndose de luz. Se diría que, por ser el último invierno que paso aquí, este país se prodiga y se esponja. Este invierno único, tan resplandeciente de frío y de sol. De frío azul.

Lúcida embriaguez y despojamiento sonriente, la desesperación en la viril aceptación de las estelas griegas. ¿Qué necesidad tengo de escribir o de crear, de amar o de sufrir? Lo que en mi vida está perdido no es en el fondo lo más importante. Todo se vuelve inútil.

Ni la desesperación ni las alegrías me parecen fundadas frente a este cielo y al luminoso calor canicular que de él descende.

\*

*16 de mayo*

Largo paseo. Colinas con el mar de fondo. Y el sol delicado. Escaramujos blancos en todos los matorrales. Gruesas flores almibaradas, de pétalos violeta. A la vuelta también, dulzura de la amistad de las mujeres. Rostros graves y sonrientes de mujeres jóvenes. Sonrisas, bromas y proyectos. Uno vuelve a entrar en el juego. Y, sin creer en ello, todos sonríen ante las apariencias y fingen someterse. Ninguna nota falsa. Estoy unido al mundo por todos mis gestos, a los hombres por todo mi agradecimiento. Desde lo alto de las colinas se veía renacer bajo la presión del sol las brumas dejadas por las últimas lluvias. Aun descendiendo a través del bosque, internándome en ese algodón en rama, el sol adivinábase arriba y ese día milagroso en que se dibujaban los árboles. Confianza y amistad, sol y casas blancas, matices apenas oídos. ¡Oh, mis dichas intactas que ya se apartan y que sólo me entregan en la melancolía de la tarde una sonrisa de mujer joven o la mirada inteligente de una amistad que se sabe comprendida!

\*

Si el tiempo transcurre tan rápidamente es porque no sembramos en él puntos de referencia. Lo mismo sucede con la luna en el cenit y en el horizonte. Por eso son tan lentos esos años de juventud, por ser tan plenos, y tan breves los años de vejez por estar ya cons-

tituidos. Observar, por ejemplo que es casi imposible mirar una aguja girar durante cinco minutos en una esfera, de tan lento y exasperante como resulta.

\*

*Marzo*

Cielo gris. Pero la luz se infiltra. Algunas gotas de agua cayeron hace un rato. Allá abajo la bahía comenzaba a difuminarse. Luces que se animan. La felicidad y los que son felices. No tienen sino lo que se merecen.

\*

*Marzo*

Mi dicha no tiene fin.

\*

Dolorem exprimit quia movit amorem.

\*

*Marzo*

Clínica en lo alto de Argel. Una brisa bastante fuerte sube por la colina agitando las hierbas y el sol. Y todo ese movimiento tierno y rubio se detiene a cierta distancia de la cima, al pie de cipreses negros que trepan por la cumbre en filas apretadas. Admirable luz que baja del cielo. Abajo, el mar sin una arruga y la sonrisa de sus dientes azules. Bajo el sol que me calienta un solo lado del rostro, de pie frente al viento, miro transcurrir esta hora única sin poder pronunciar palabra. Pero llega un loco con su enfermero. Lleva una caja bajo el sobaco y se aproxima, serio.

—Buenos días, señorita (a la joven que está conmigo). Señor, permítame que me presente: señor Ambrosino.

—Señor Camus.

—¡Ah!, conocí un Camou. Empresa de camiones en Mostaganem. Un pariente, sin duda.

—No.

—No importa. Permítame quedarme un momento con ustedes. Tengo derecho todos los días a media hora de salida. Pero he de ponerme boca abajo ante el enfermero para que consienta en acompañarme. ¿Es usted pariente de la señorita?

—Sí, señor.

—¡Ah!, le anuncio, entonces, que vamos a comprometernos para la Pascua. Mi mujer me lo ha permitido. Tome, señorita, acepte estas pocas flores. Y esta carta es para usted. Siéntese a mi lado. No tengo más que media hora.

—Debemos irnos, señor Ambrosino.

—Ah, bueno, ¿pero cuándo volveré a verlos?

—Mañana.

—Ah, pero no tengo más que media hora y vine a tocar un poco de música.

Nos vamos. En el camino, el maravilloso brillo de los geranios rojos. El loco sacó de su caja un junco hendido a lo largo, cuya hendidura está tapizada con un poco de caucho. Arranca una música extraña, quejumbrosa y cálida: «Llueve sobre el camino...» La música nos persigue hasta los geranios y los grandes macizos de margaritas, hasta ese mar de sonrisa imperturbable.

Abrió la carta. Contenía anuncios recortados y clasificados cuidadosamente valiéndose de números escritos a lápiz.

\*

M.— Todas las noches colocaba el arma sobre la mesa. Terminado el trabajo, ordenaba sus papeles, acercaba el revólver, se lo ponía contra la frente y se frotaba las sienes, calmando sobre el frío del metal la fiebre de sus mejillas. Y luego permanecía así un rato largo, dejando correr los dedos a lo largo del gatillo, manejando el seguro, hasta que el mundo callara en torno a él y que, ya soñoliento, todo su ser se replegara en la sola sensación del metal frío y salado de donde podía salir la muerte.

Desde el instante en que no nos suicidamos, debemos guardar silencio ante la vida. Y él, despertándose, la boca

llena de una saliva ya amarga, lamía el cañón del arma, introduciendo en él la lengua, y, en un estertor de felicidad insondable, repetía maravillado: «Mi dicha no tiene precio.»

\*

M.— 2.<sup>a</sup> parte

Las catástrofes sucesivas. Su valor. La vida se entreteje con esas desgracias. Él se instala en esa tela dolorosa, construye sus días alrededor de aquellos regresos nocturnos, de su soledad, de su desconfianza, de sus sinsabores. Lo creen estoico y resistente. Pensándolo bien, las cosas no pueden marchar mejor. Un día, un incidente insignificante: uno de sus amigos le habla distraídamente. Vuelve a su casa. Se mata.

\*

31 de marzo

Me parece que emerjo poco a poco.  
La amistad dulce y contenida de las mujeres.

\*

Cuestión social arreglada. Equilibrio restablecido. Dentro de quince días sabré exactamente dónde estoy. Pensar constantemente en mi libro. Organizar sin falta mi trabajo, a partir del domingo.

Reconstruir de nuevo tras este largo período de vida trepidante y desesperada. El sol, al fin, y mi cuerpo jadeante. Callar. Tenerme confianza.

\*

Abril

Primeros días de calor. Sofocante. Todos los animales están extenuados. La extraña cualidad del aire sobre la ciudad, cuando el día declina. Los ruidos que ascienden y se pierden como globos. Inmovilidad de los árboles y de los hombres. Moras que platican esperando la tarde en las terrazas. Café que se tuesta y cuyo olor también asciende.

Hora tierna y desesperada. Nada que abrazar. Nada donde hincarse de rodillas, loco de agradecimiento.

\*

El calor de los muelles. Enorme, aplastante, corta la respiración. Olores voluminosos de alquitrán que raspan la garganta. El aniquilamiento y el gusto por la muerte. El verdadero clima de la tragedia y no la noche, como se suele pensar.

\*

Los sentidos y el mundo. Los deseos se confunden. Y en este cuerpo que retengo contra mí, siento también esa alegría extraña que desciende del cielo hacia el mar.

\*

Sol y muerte. El descargador de la pierna rota. Las gotas de sangre, una a una, sobre las piedras ardientes del muelle. Su crepitación. En el café me cuenta su vida. Los demás se han ido, quedan seis vasos. Quinta en las afueras. Solo, no volvía sino de noche, a cocinar. Un perro, un gato, una gata, seis gatitos. La gata no puede alimentarlos. Todas las noches muere uno, repentinamente, entre basuras. Dos olores también: orina y muerte mezclados. La noche pasada (extiende los brazos sobre la mesa, los aparta suavemente y empuja lentamente los vasos hasta el borde de la mesa) murió el último gato. Pero la madre se comió la mitad. ¡Medio gato! Siempre las basuras. El viento que silba en torno a la casa. Un piano, a lo lejos. Y él sentado en medio de aquellas ruinas y aquella miseria. Y todo el sentido del mundo se le había subido de golpe a la garganta. (Los vasos caen uno tras otro sin que deje de abrir los brazos.) Permanece allí varias horas, sin hablar, poseído por una cólera tremenda, las manos en la orina y el pensamiento puesto en la comida por hacer.

Todos los vasos se han roto. Y él sonríe. «Está bien —dijo al patrón—, se le pagará todo.»

\*

Pierna rota del descargador. Un muchacho ríe silenciosamente en un rincón.

\*

«No es nada. Lo que me hizo más daño son las ideas generales.» Carrera tras del camión, velocidad, polvo, estruendo. Ritmo enloquecedor de tornos y de máquinas, danza de mástiles en el horizonte, balanceo de los cascos. En el camión: saltos sobre los adoquines desiguales del muelle. Y en medio del polvo blanco y gredoso, del sol y la sangre, en el inmenso y fantástico decorado del puerto, dos jóvenes que se alejan a toda velocidad y que ríen hasta perder el aliento, como poseídos por el vértigo.

\*

*Mayo*

No separarse del mundo. No malogra uno su vida cuando la saca a la luz. Todo mi esfuerzo, en todas las situaciones, las desdichas, las desilusiones, consiste en volver a reanudar los contactos. Y aun en medio de esta tristeza qué deseos siento de amar y qué embriaguez ante el solo espectáculo de una colina en el aire de la tarde.

Contactos con lo verdadero: la naturaleza, en primer lugar; luego el arte de aquellos que han comprendido, y mi arte si soy capaz de ello. Si no, la luz y el agua y la embriaguez están aún ante mí, y los labios húmedos del deseo.

Desesperación sonriente. Sin salida, pero ejerciendo sin cesar un dominio que uno sabe vano. Lo esencial: no perderse y no perder lo que de sí está latente en el mundo.

\*

*Mayo*

¿Todos los contactos = culto del Yo? No.

Culto del yo presupone amateurismo u optimismo. Dos bagatelas. No elegir nuestra vida, sino desarrollarla.

Atención: Kierkegaard, el origen de nuestros males, es la comparación.

Comprometerse a fondo. Luego, aceptar con igual fuerza el sí y el no.

\*

*Mayo*

Esos crepúsculos de Argel en que las mujeres son tan hermosas.

\*

*Mayo*

En los confines. Y encima, el juego. Niego, soy cobarde y débil, actúo como si afirmara, como si fuera fuerte y valiente. Cuestión de voluntad = llevar el absurdo hasta el extremo = soy capaz de...

De ahí, pues, tomar el juego a lo trágico, en su esfuerzo; a lo cómico, en el resultado (más bien indiferente).

Pero, para eso, no perder el tiempo. Buscar la experiencia extrema en la soledad. Purificar el juego por la conquista de uno mismo, sabiéndola absurda.

Conciliación del sabio hindú y del héroe occidental.

«Son las ideas generales las que me hicieron más daño.»

Esa experiencia extrema debe detenerse siempre ante una mano tendida. Para proseguir luego. Las manos tendidas son raras.

\*

Dios — Mediterráneo: construcciones — nada natural.  
Naturaleza = equivalencia.

\*

Contra recaída y debilidad: esfuerzo — Atención demonio: cultura — el cuerpo.  
voluntad — trabajo (Fil.).

Pero contrapartida: los intercesores — todos los días  
mi obra (las emociones)  
las experiencias extremas.

Obra filosófica: el absurdo.

Obra literaria: fuerza, amor y muerte bajo el signo de la conquista.

Mezclar los dos géneros en las dos, respetando el tono particular. Escribir algún día un libro que dará el sentido.

Y sobre esa tensión, la impasibilidad—. Despreciar la comparación.

\*

Un ensayo sobre la muerte y la Filosofía — Malraux.  
La India.

Un ensayo sobre la química.

\*

*Mayo*

Que la vida es la más fuerte: verdad, pero principio de todas las cobardías. Hay que pensar ostensiblemente lo contrario.

\*

Y helos aquí que mugen: soy inmoralista.

Traducción: necesito imponerme una moral. Confíesalo, pues, imbécil. Yo, también.

\*

El otro sonsonete: hay que ser simple, auténtico, nada de literatura: aceptar y darse. Pero no hacemos sino eso.

Si estamos persuadidos de nuestra desesperación, debemos actuar como si esperáramos, o matarnos. El sufrimiento no da derechos.

\*

¿Intelectual? Sí. Y no renegar nunca de ello. Intelectual = aquel que se desdobra. Eso me gusta. Estoy contento de ser los dos. «¿Si eso puede unirse?» Cuestión práctica. Hay que hacer la prueba. «Desprecio la inteligencia» significa en realidad: «no puedo soportar mis dudas.»

Prefiero tener los ojos abiertos.

\*

*Noviembre*

Ver Grecia. Espíritu y sentimiento, gusto por *la expresión* como pruebas de decadencia. La escultura griega decae cuando aparecen la sonrisa y la mirada. También la pintura italiana con los «coloristas» del siglo XVI.

Paradoja del griego: gran artista a pesar suyo. Los Apolos dóricos, admirables porque carecen de expresión. La expresión sólo estaba dada por la pintura (lamentable). Pero desaparecida la pintura, queda la obra maestra.

\*

Las nacionalidades aparecen como signos de disgregación. Unidad religiosa apenas rota del Sacro Imperio Romano Germánico: las nacionalidades. En Oriente el todo permanece.

El internacionalismo trata de devolver a Occidente su verdadero sentido y su vocación. Pero el principio ya no es cristiano, es griego. El humanismo de hoy confirma todavía el foso que existía entre Oriente y Occidente (caso Malraux). Pero restituye una fuerza.

\*

Protestantismo. Matiz. En teoría, actitudes admirables: Lutero, Kierkegaard. ¿En la práctica?

\*

*Enero*

Calígula o el sentido de la muerte. 4 actos.

I. a) Su advenimiento. Júbilo. Discurso virtuoso. (Cfr. Suetonio.)

b) Espejo.

II. a) Sus hermanas y Drusila.

b) Desprecio de los grandes.

c) Muerte de Drusila. Huida de Calígula.

III.

Fin: Calígula aparece abriendo el telón: «No, Calígula no ha muerto. Está aquí y allá. Está en cada uno de voso-

tros. Si el poder os fuera dado, si tuvierais corazón, si amarais la vida, veríais desencadenarse ese monstruo o ese ángel que lleváis dentro. Nuestra época muere por haber creído en los valores, por haber creído que las cosas podían ser bellas y dejar de ser absurdas. Adiós, vuelvo a la historia, donde desde hace tanto tiempo me tienen encerrado los que temen amar demasiado.»

\*

### *Enero*

Ensayo: La Casa ante el Mundo.

En el barrio la llamaban la casa de los tres Estudiantes.

—Cuando se sale de allí, es para encerrarse.

—La casa ante el mundo no es una casa donde uno se divierte, sino es una casa donde se es feliz.

\*

—«Aquí no hay más que muchachas», dice M. ante quien X. dice groserías.

M. y el amor:

—«Ha llegado usted a una edad en que se es feliz reconociéndose en el hijo de los demás.»

—«Hay que enseñarle la teoría de la relatividad de Einstein para poder hacer el amor.»

—«Dios me libre» —dice M.

\*

Y subir cada vez es conquistarla cada vez, tan escarpado es el camino que conduce allí.

\*

### *Febrero*

La civilización no consiste en un grado más o menos alto de refinamiento, sino en una conciencia común a todo un pueblo. Y esa conciencia nunca es refinada. Es además muy recta. Hacer de la civilización la obra de una elite es identificarla con la cultura, que es otra cosa.

Hay una cultura mediterránea. Pero hay también una civilización mediterránea. Por el contrario, no confundir civilización y pueblo.

\*

### *Giras (teatro)*

Por la mañana, ternura y fragilidad de una Orania que uno sabe tan dura y tan violenta en el sol del día: «ueds» reverberantes bordeados de adelfas, tintes casi convencionales del cielo naciente, montañas moradas de franjas rosadas. Todo anuncia un día radiante. Pero con un pudor y una delicadeza que uno siente ya próxima a su fin.

\*

### *Abril del 37*

Curioso: Incapacidad de estar solo, incapacidad de no estarlo. Se aceptan las dos. Las dos aprovechan.

\*

La tentación más peligrosa: no parecerse a nada.

\*

*Kasbah*: Llega siempre un momento en que nos separamos de nosotros mismos. Fuego de carbón que chisporrotea en medio de una calleja viscosa y oscura.

\*

Locura. — Hermoso decorado de la mañana admirable. — Sol. Cielo y osamentas. Música. Un dedo en el vidrio de la ventana.

\*

La necesidad de tener razón, signo de un espíritu vulgar.

\*

Relato: el hombre que no quiere justificarse. Prefiere la idea que nos hacemos de él. Muere, único en tener conciencia de su verdad. — Vanidad de ese consuelo.

\*



## *Abril*

Las mujeres —que prefieren sus ideas a sus sensaciones.

—Para el ensayo sobre las ruinas:

El viento que deseca. El anciano tan despojado como un olivo del Sahel.

1. Ensayo sobre las ruinas: el viento en las ruinas o la muerte al sol.
2. Retomar la «muerte en el alma». Presentimiento.
3. La casa ante el mundo.
4. Novela. Trabajar en ella.
5. Ensayo sobre Malraux.
6. Tesis.

\*

En un país extranjero, sol que dora las casas sobre una colina. Sentimiento más poderoso que ante el mismo hecho en su propio país. No es el mismo sol. Lo sé, yo, que no es el mismo sol.

\*

Dulzura del mundo sobre la bahía, al atardecer. Hay días en que el mundo miente, hay días en que dice la verdad. Esta tarde dice la verdad, y con qué insistente y triste belleza.

\*

## *Mayo*

Error de una psicología del detalle. Los hombres que se buscan, que se analizan. Para conocerse, afirmarse. La psicología es acción, no reflexión sobre sí mismo. Uno se determina a lo largo de su vida. Conocerse perfectamente es morir.

\*

1. La prestigiosa poesía que precede al amor.
2. El hombre que ha fallado en todo, aun en su muerte.

3. De joven, uno se adhiere más a un paisaje que a un hombre.

Es porque los primeros se dejan interpretar.

\*

## *Mayo*

*Proyecto de prólogo para El revés y el derecho.*

Para muchos, estos ensayos, tal como están presentados, son informes. Lo cual que no se debe a un cómodo desprecio de la forma, sino sólo a una madurez insuficiente. Para los que tomen estas páginas por lo que en verdad son, ensayos, lo único que puedo pedirles es seguir su progresión. Quizá se perciba, desde la primera a la última, un ritmo secreto que les da unidad, querría decir que los legitima, si la justificación no me pareciera vana y si no supiera que, antes que un hombre, preferimos la idea que nos hacemos de ese hombre.

\*

Escribir es desinteresarse. Cierta renuncia en arte. Volver sobre lo escrito. El esfuerzo que siempre reporta una ganancia, sea cual sea. Cuestión de pereza para los que no aciertan.

\*

Lutero: «Es mil veces más importante creer firmemente en la absolución que ser digno de ella. Esa fe os hace dignos y constituye la verdadera satisfacción». (Sermón sobre la *Justificación*, predicado en Leipzig en 1519.)

\*

## *Junio*

Condenado a muerte a quien un sacerdote visita todos los días. Debido a la cabeza cortada, las rodillas que ceden, los labios que querrían articular un nombre, el loco impulso de echarse al suelo para ocultarse tras un «¡Dios mío, Dios mío!».

Y cada vez el hombre se resiste a esa facilidad y pre-

fiere tragarse el miedo. Muere sin pronunciar una palabra, con los ojos arrasados en llanto.

\*

Las filosofías valen lo que valen los filósofos. Cuanto más grande es el hombre, más verdadera la filosofía.

\*

### *La civilización contra la cultura*

El imperialismo es civilización (cfr. Cecil Rhodes). «La expansión es todo» —las civilizaciones son islotes—. La civilización como la resultante fatal de la cultura (cfr. Spengler).

Cultura: grito de los hombres ante su destino.

Civilización, su decadencia: deseo del hombre ante las riquezas. Deslumbramiento.

De una teoría política sobre el Mediterráneo.

«Hablo de lo que conozco.»

\*

1. Evidencias económicas (marxismo).
2. Evidencias espirituales (Sacro Imperio Romano Germánico).

\*

Combate trágico del mundo que sufre. Futilidad del problema de la inmortalidad. Lo que nos interesa es nuestro destino, sí. Pero no «después», sino «antes».

\*

Poder consolador del Infierno.

1. Por un lado, sufrimiento sin fin, no tiene sentido para nosotros. Imaginamos pausas.
2. No somos sensibles a la palabra eternidad. Inapreciable para nosotros. Salvo en la medida en que hablamos de «segundo eterno».
3. El infierno es la vida con este cuerpo, lo cual es preferible a la aniquilación.

\*

Regla lógica: el singular tiene valor universal.

— ilógica: lo trágico es contradictorio.

— práctica: un hombre inteligente en cierto plano puede ser en otros un imbécil.

\*

Ser profundo por insinceridad.

\*

La *chica*, vista por Marcel. «Su marido no sabía hacerlo. Un día ella me dice: con mi marido nunca es así.»

\*

La batalla de Charleroi vista por Marcel.

«A nosotros, los zuavos, nos pusieron como cazadores. El comandante dijo “a la carga”. Y luego bajamos a lo que parecía un barranco con árboles. Nos dijeron de atacar. No había nadie delante de nosotros. Por tanto avanzamos, avanzamos como si tal cosa. Y de golpe las ametralladoras comienzan a acribillarnos. Todos caemos, unos sobre otros. Había tantos heridos y muertos que en el fondo del barranco había tanta sangre que se podía atravesar con una canoa. Algunos gritaban “Mamá”, lo cual era terrible.»

\*

—¿Cuántas medallas tienes, Marcel? ¿Dónde ganaste todo eso?

—¿Dónde gané todo esto? En la guerra, hombre.

—¿Cómo en la guerra?

—Oye, ¿quieres que te traiga los diplomas donde está escrito? ¿Quieres que te los deje leer? ¿Qué te crees?

Trae los «diplomas».

Los «diplomas» conciernen a todo el regimiento del cual Marcel formaba parte.

\*

Marcel. Nosotros no somos ricos, pero comemos bien. ¿Ves a mi nieto? Come más que su padre. A su padre le basta con una libra de pan, él necesita un kilo. Y venga de sobrasada. Y venga de escabeche. A veces, cuando ha terminado, dice «ñam, ñam» y come más.

\*

## Julio

Paisaje de la Madeleine. Belleza que da el gusto por la pobreza. Estoy tan alejado de mi fiebre, tan poco capaz de otro orgullo que de amar. Mantenerse a distancia. Decir y decir pronto lo que me colma el corazón.

\*

«Ninguna relación.» Verdadera novela. El que defien-  
de una fe toda su vida. Su madre muere. Abandona todo.  
De todos modos no cambió la verdad de su fe. Ninguna  
relación; sucede así.

\*

Hidroavión: gloria del metal refulgente sobre la bahía  
y en el cielo azul.

\*

Los pinos, el amarillo de los pólenes y el verde de las  
hojas.

\*

El Cristianismo, como Gide, exige al hombre reprimir  
su deseo. Pero Gide encuentra en ello un placer añadi-  
do. El Cristianismo considera que es mortificante. En ese  
sentido es más «natural» que Gide, que es intelectual.  
Pero menos natural que el pueblo que apaga su sed en  
las fuentes y que sabe que el fin del deseo es la saciedad  
(una «Apología de la saciedad»).

\*

Praga. Huida ante sí mismo.

—Querría una habitación.

—Cómo no. ¿Para una noche?

—No. No sé.

—Tenemos habitaciones de 18, 25 y 30 coronas  
(ninguna respuesta).

—¿Qué habitación desea, señor?

—Cualquiera (mira hacia fuera).

—Botones, lleve el equipaje a la habitación núm. 12  
(se despierta).

—¿Cuánto cuesta esta habitación?

—30 coronas.

—Es demasiado caro. Querría una habitación de 18  
coronas.

—Botones, habitación núm. 34.

\*

1. En el tren que lo llevaba hacia «...», «X» se mira-  
ba las manos.

2. El tipo que está siempre ahí. Pero es pura coinci-  
dencia.

\*

Lyon.

Voralberg-Halle.

Kupstein. La capilla y los campos bajo la lluvia a lo lar-  
go del Inn. Soledad que echa el ancla.

Salzburgo. Ildermann. Cementerio de San Pedro. Jar-  
dín Mirabelle y su precioso resultado. Lluvias, floxias  
—Lago y montañas— caminata por la meseta.

Linz. Danubio y barrios obreros. El médico.

Butweiss. Barrio. Pequeño claustro gótico. Soledad.

Praga. Los cuatro primeros días. Claustro barroco. Ce-  
menterio judío. Iglesias barrocas. Llegada al restaurante.  
Hambre. Sin dinero. El muerto. Pepinillo en vinagre. El  
manco y su acordeón bajo la nalga.

Dresde. Pintura.

Bautzen. Cementerio gótico. Geranios y soles en los ar-  
cos de ladrillo.

Breslau. Llovizna. Iglesias y chimeneas de fábrica. Su  
peculiaridad trágica.

Planicies de Silesia. Implacables e ingratas —dunas—. Vuelos de pájaros en la mañana sucia y la tierra viscosa.

Olmütz. Planicies tiernas y lentas de Moravia. Ciruelos  
agrios y lejanías conmovedoras.

Brno. Barrios pobres.

Viena. Civilización. Lujo hacinado y jardines protectores.  
Angustia íntima que se oculta bajo los pliegues de esa seda.

\*

### Italia

Iglesias. Sentimiento peculiar con que se las relaciona:  
Cfr. Andrea del Sarto.

Pintura: mundo grave e inmovilizado. Confianza, etcétera.  
Tomar nota: pintura italiana y su decadencia.

\*

El intelectual ante la adhesión (fragmento).

\*

### Julio

Lo que tiene de insoportable para las mujeres la ternura sin amor que un hombre puede ofrecerles.

Para el hombre, una amarga dulzura.

\*

Las parejas: el hombre trata de brillar delante de un tercero. La mujer, inmediatamente: «Pero tú también...» y trata de disminuirlo, de volverlo solidario con su mediocridad.

\*

*En los trenes:* una madre a su hijo:

—No te chupes los dedos, cochino.

O: —Si sigues, vas a cobrar.

Id. Parejas: la mujer que se levanta en el tren atestado.

—Dame —dice ella.

El marido busca en su bolsillo y le entrega el papel que necesita.

\*

### Julio del 37

Para la Novela del jugador.

Cfr. *Las Pléyades*: cadencia desbordante. Entrar en el juego.

Alma de lujo. El aventurero.

\*

### Julio del 37 — Jugador

Revolución, gloria, amor y muerte. ¿De qué vale todo eso al precio de ese algo en mí, tan grave y tan verdadero?

—¿Y qué?

—Este duro camino de lágrimas en que consiste mi gusto por la muerte —dice.

\*

### Julio del 37

El aventurero. Tiene el sentimiento inequívoco de que en arte no queda nada por hacer. Nada grande ni nada nuevo es posible —en esta cultura de Occidente, al menos—. No queda más que la acción. Pero quien es portador de un alma grande no entrará sino desesperadamente en la acción.

\*

### Julio

Cuando la ascesis es voluntaria, se puede ayunar seis semanas (el agua basta). Cuando es obligada (hambre), no más de diez días.

Reserva de energía real.

\*

Costumbres respiratorias de los yoguis del Tibet. Lo que habría que hacer es aportar nuestra metodología positiva a experiencias de esa envergadura. Tener «revelaciones» en las cuales no creemos. *Lo que me gusta:* llevar su lucidez al éxtasis.

\*

Mujeres en la calle. La bestia ardiente del deseo que llevamos adujada en la cavidad de los riñones se agita con una dulzura salvaje.

\*

*Agosto*

Camino a París: esa fiebre que late en las sienes, el abandono singular y repentino del mundo y de los hombres. Luchar contra el propio cuerpo. Sentado en un banco, en medio del viento, sintiéndome vacío y hueco por dentro, pensaba todo el tiempo en K. Mansfield, en esa larga historia tierna y dolorosa de una lucha contra la enfermedad. Lo que me espera en los Alpes es, junto con la soledad y la idea de que estaré allí para curarme, la conciencia de mi enfermedad.

\*

Ir hasta el fondo no es sólo resistir sino también dejarse llevar. Necesito sentir mi persona, en la medida en que es sentimiento de lo que me sobrepasa. Necesito a veces escribir cosas que, en parte, se me escapan, pero que son la prueba precisamente de lo que en mí es más fuerte que yo mismo.

\*

*Agosto*

Ternura y emoción de París. Los gatos, los niños, la naturalidad de la gente. Los colores grises, el cielo, un gran desfile de piedra y de agua.

\*

Arlés.

\*

*Agosto del 37*

Se internaba todos los días en la montaña y volvía de allí mudo, con los cabellos llenos de hierbas y cubierto de arañazos de todo un día. Y cada vez era la misma conquista sin seducción. Poco a poco cedía ante la resistencia de ese país hostil. Llegaba a parecerse a esas nubes redondas y blancas detrás del único abeto que se recortaba sobre un pico, semejante a esos campos de epilobium rosados, de serbales y campánulas. Se integraba en ese mundo aromático y rocoso. Llegado a la lejana

cumbre, ante el paisaje inmenso de pronto descubierto, no era el apaciguamiento del amor lo que nacía en él, sino una suerte de pacto interior que concertaba con esa naturaleza extranjera, la tregua que se establece entre dos rostros duros y salvajes, la intimidad de dos adversarios y no la confianza de dos amigos.

\*

Dulzura de Saboya.

\*

*Agosto del 37*

Un hombre que ha buscado la vida allí donde comúnmente se la supone (matrimonio, posición, etc.) y que de golpe se da cuenta, leyendo un catálogo de modas, de hasta qué punto ha sido ajeno a su propia vida (la vida tal como es considerada en los catálogos de modas).

1.<sup>a</sup> parte. Su vida hasta entonces.

2.<sup>a</sup> parte. El juego.

3.<sup>a</sup> parte. El abandono de los compromisos y la verdad en la naturaleza.

\*

*Agosto del 37*

¿Último capítulo? París-Marsella. El descenso hacia el Mediterráneo.

Y entró en el agua y lavó las imágenes negras y gesticulantes que el mundo había dejado sobre su piel. De pronto el olor de su piel renacía para él en el juego de los músculos. Quizá nunca había sentido hasta tal punto su armonía con el mundo, su curso paralelo al del sol. Sus ademanes, a esa hora en que la noche rebosaba de estrellas, se dibujaban sobre el inmenso rostro mudo del firmamento. Si mueve ese brazo, dibuja el espacio que separa aquel astro brillante de aquel otro que a ratos parece desaparecer, y arrastra en su arrebatado gavillas de estrellas, colas de nubes, así como también el agua del cie-

lo agitada por su brazo y la ciudad alrededor de él como un manto de conchas resplandecientes.

\*

Dos personajes. ¿Suicidio de uno de ellos?

\*

*Agosto del 37*

El jugador.

—Esto resultará difícil, muy difícil. Pero no es ésa una razón.

—Desde luego —dice Catherine, levantando los ojos hacia el sol.

\*

El Jugador.

La señora X, por otra parte una perfecta vieja ramera, tenía talento para la música.

Para la novela.

1.<sup>a</sup> parte. Teatro ambulante. Cine. Historia del gran Amor (colegio Sainte-Chantal).

\*

*Agosto del 37*

Proyecto de plan. Combinar juego y vida.

*Primera parte.*

A. Huida ante sí mismo.

B. M. y la pobreza. (Todo en presente.) Los capítulos de la serie A describen al jugador. Los de la serie B, la vida hasta la muerte de la madre (Muerte de Marguerite—Diferentes oficios: corretaje, repuestos de automóviles, prefectura, etc.).

Último capítulo: Descenso hacia el sol y muerte (suicidio —muerte natural).

*Segunda parte.*

Inversa. A en presente: Redescubrimiento de la alegría. Casa ante el Mundo. Relación con Catherine.

B en pasado. Atrapado en el juego. Celos sexuales. Huida.

*Tercera parte.*

Todo en presente. Amor y sol. No, dice el muchacho.

\*

*Agosto del 37*

Cada vez que escucho un discurso político o leo los que nos dirigen, me asusta, desde hace años, no oír nada que produzca un sonido humano. Son siempre las mismas palabras que dicen las mismas mentiras. Que los hombres se conformen con ellas, que la cólera del pueblo no haya abatido todavía a los fantoches, es una prueba, a mi modo de ver, de que los hombres no conceden ninguna importancia a sus gobiernos y que juegan, sí, realmente, juegan con toda una parte de sus vidas y de sus llamados intereses vitales.

\*

A 2 o A 5 de I.

Me fastidia la importancia que se concede a los movimientos del alma. Está usted melancólico, y la vida en común se torna imposible. Pues si tiene un alma noble, no puede soportar las múltiples preguntas que le formulan. Siendo así que eso tiene más o menos tanta importancia como tener apetito o querer...

\*

*Agosto del 37*

Plan. 3 partes.

1.<sup>a</sup> parte: A en presente.

B en pasado.

Cap. A 1. Día de Mersault visto desde el exterior.

Cap. B 1. Barrio pobre de París. Carnicería equina. Patrice y su familia. El mudo. La abuela.

Cap. A 2. Conversación y paradojas. Grenier. Cine.

Cap. B 2. Enfermedad de Patrice. El médico. «Esa puntada...»

Cap. A 3. Un mes de teatro ambulante.

Cap. B 3. Los oficios (corretaje, repuestos de automóviles, prefectura).

Cap. A 4. Historia del gran amor: «¿Nunca sintió eso?» «Sí, señora, con usted.» Tema del revólver.

Cap. B 4. Muerte de la madre.

Cap. A 5. Reencuentro con Raymonde.

\*

O bien:

I. A. Celos sexuales.

B. Barrio pobre —madre.

II. A. Casa ante el Mundo —estrellas.

B. Vida desbordante.

III. Huida —Catherine, a quien no ama.

\*

Reducir y condensar. Historia de celos sexuales que conduce a la desorientación. Retorno a la vida.

«La lección que fue a buscar tan lejos, conservaba, sí, todo su valor, pero sólo por haber sido devuelta al país de la luz.»

\*

Llegada a Praga —hasta la partida— enfermedad.

Explicación —Lucile— Huida.

\*

Agosto

Ausencia de filósofos españoles.

\*

Novela: el hombre que comprendió que, para vivir, había que ser rico, que se entrega entero a esa conquista del dinero, la logra, vive y muere *feliz*.

\*

Septiembre

Este mes de agosto ha sido como una bisagra, una gran respiración antes de desatar todo en un esfuerzo

delirante. Provenza y algo en mí que se cierra. Provenza como una mujer que se apoya.

Hay que vivir y crear. Vivir hasta llorar, como delante de esta casa de tejas redondas y postigos azules sobre una colina plantada de cipreses.

\*

Montherlant: soy aquel a quien algo sucede.

\*

En Marsella, felicidad y tristeza. Todo en el fondo de mí mismo. Ciudad viviente que amo. Pero, al mismo tiempo, ese gusto amargo de la soledad.

\*

8 de septiembre

Marsella, habitación de hotel. Grandes flores amarillas en la tapicería de fondo gris. Geografías de la mugre. Rincones mugrientos y enlodados detrás del radiador enorme. Cama de lamas, interruptor roto... Esa suerte de libertad que proviene de lo dudoso y de lo equívoco.

\*

M., 8 de septiembre

Lento ocaso resplandeciente. Las adelfas de Mónaco y Génova llenas de flores. Las tardes azules de la costa ligure. Mi fatiga y este deseo de lágrimas. Esta soledad y esta ansia de amar. Pisa, al fin, viviente y austera, sus palacios verdes y amarillos, sus catedrales y, a lo largo del Arno severo, su gracia. Todo lo que hay de noble en esa negativa a entregarse. Ciudad púdica y sensible, tan cerca de mí en las calles desiertas de la noche que, paseándome solo, ceden al fin las lágrimas. Eso abierto en mí, que comienza a cicatrizar.

\*

Sobre las paredes de Pisa: «Alberto fa l'amore con la mia sorella».

\*

*Jueves 9*

Pisa y sus hombres recostados frente al Duomo. El Campo Santo, sus líneas rectas, cipreses en las cuatro esquinas. Se comprenden las querellas de los siglos xv y xvi. Cada ciudad cuenta aquí con su rostro y su verdad profunda.

No hay otra vida que aquella cuya soledad marcaba el ritmo de mis pasos a lo largo del Arno. También la que me excitaba en el tren que bajaba a Florencia. Aquellos rostros de mujeres, tan graves, arrebatados de pronto por la risa. Una sobre todo, de nariz larga y boca orgullosa, que reía. En Pisa estuve una hora larga holgazaneando sobre el césped de la Piazza del Duomo. Bebí en las fuentes y el agua estaba un poco tibia, pero tan fluida... Bajando a Florencia me entretuve contemplando rostros, bebiendo sonrisas. ¿Soy feliz o desdichado? La pregunta tiene poca importancia. Vivo con tal ímpetu.

Cosas, seres me esperan y sin duda yo también los espero y los deseo con todas mis fuerzas y mi tristeza. Pero aquí me gano la vida a fuerza de silencio y de secreto.

El milagro de no tener que hablar de sí.

\*

Gozzoli y el Antiguo Testamento (con trajes de época).

\*

Los Giotto de Santa Croce. La sonrisa interior de San Francisco, amante de la naturaleza y de la vida. Justifica a quienes sienten inclinación por la felicidad. Luz dulce y fina sobre Florencia. La lluvia espera y dilata el cielo. Entierro del Giotto: el dolor en los dientes apretados de María.

\*

Florencia. En la esquina de cada iglesia, puestos de flores, carnosas y brillantes, perladas de agua, cándidas.

\*

*Mostra Giottesca*

Lleva tiempo percatarse que los rostros de los primitivos florentinos son los que uno encuentra todos los días

por la calle. Sucede que hemos perdido la costumbre de ver lo esencial de un rostro. Ya no vemos a nuestros contemporáneos, no tomamos de ellos sino lo que nos sirve para orientarnos (en todos los sentidos). Los primitivos no deforman, «realizan».

En el claustro de los Muertos, en la Santissima Annunziata, cielo gris cargado de nubes, arquitectura severa, pero nada allí habla de la muerte. Hay losas funerarias y exvotos, éste fue un padre tierno y un marido fiel; aquel otro, al mismo tiempo que el mejor de los esposos, un comerciante listo; aquella una mujer joven, modelo de todas las virtudes, hablaba francés e inglés «si come il nativo». (Todos se crearon deberes y hoy los niños juegan a pídola sobre las losas que quieren perpetuar su virtud.) Allí, una muchacha era toda la esperanza de los suyos, «Ma la gioia é pellegrina sulla terra». Pero nada de esto me convence. Casi todos, según las inscripciones, se resignaron, y sin lugar a dudas, puesto que aceptaron sus otros deberes. Yo no me resignaré. Con todo mi silencio protestaré hasta el fin. No decir «hay que». Es mi rebeldía la que tiene razón, y esta dicha, que es como un peregrino sobre la tierra, debo seguirla paso a paso.

Encima del claustro las nubes se abultan y la noche poco a poco ensombrece las losas donde se inscribe la moral con la cual se dota a los que están muertos. Si tuviera que escribir un libro de moral, tendría cien páginas y 99 estarían en blanco. En la última escribiría: «No conozco sino un solo deber y es el de amar.» Y al resto, digo que *no*. Digo que *no* con todas mis fuerzas. Las losas me dicen que es inútil, que la vida es como «col sol levante, col sol cadente». Pero no veo lo que la inutilidad quita a mi rebeldía y me doy buena cuenta de lo que le agrega.

Pensaba en todo eso, sentado en el suelo, apoyado en una columna, mientras los niños reían y jugaban. Un sacerdote me sonrió. Unas mujeres me miraban con curiosidad. En la iglesia, el órgano sonaba en sordina y el color pálido de su dibujo reaparecía a veces detrás de los



gritos de los niños. ¡La muerte! Si sigo así, terminaré por morir feliz. Habré consumido toda mi esperanza.

\*

### *Septiembre*

Si dice usted: «no comprendo el cristianismo, quiero morir sin consuelo», entonces es un espíritu limitado y parcial. Pero si, viviendo sin consuelo, dice: «comprendo la posición cristiana y la admiro», es un diletante que carece de profundidad. Empiezo a ser sensible a la opinión.

\*

Claustro de San Marcos. El sol en medio de las flores.

\*

Primitivos seneses y florentinos. Su obstinación de hacer los monumentos más pequeños que los hombres, no proviene de una ignorancia de la perspectiva, sino de la perseverancia en el crédito que otorgan al hombre y a los santos que ponen en escena. Inspirarse en ello para un decorado de teatro.

\*

Las rosas tardías y las mujeres en el claustro de Santa María Novella, esa mañana de domingo en Florencia. Los senos libres, los ojos y los labios que hacen latir el corazón y dejan la boca seca y un calor en los riñones.

\*

Fiésole.

Llevamos una vida difícil de vivir. No llegamos siempre a ajustar nuestros actos a la visión que tenemos de las cosas. (Y el color de mi destino, que creí entrever, he-lo aquí que huye ante mi mirada.) Nos afanamos y luchamos por reconquistar nuestra soledad. Pero un día la tierra nos ofrece su sonrisa primitiva e ingenua. Entonces es como si luchas y vida en nosotros quedasen borradas de golpe. Millones de ojos han contemplado este paisaje, y

para mí es como la primera sonrisa del mundo. Me pone fuera de mí en el sentido más profundo de la palabra. Me asegura que al margen de mi amor todo es inútil y que mi amor, si no es inocente y sin objeto, no tiene valor para mí. Me niega una personalidad y me devuelve mis sufrimientos sin eco. El mundo es hermoso y todo está allí. Su gran verdad, que pacientemente enseña, es que el espíritu no es nada ni aun el corazón. Y que la piedra que calienta el sol, o el ciprés que el cielo despejado agranda, delimitan el único mundo donde «tener razón» cobra sentido: la naturaleza sin hombres. Ese mundo me aniquila. Me lleva hasta el extremo. Me niega sin cólera. Y yo, consintiendo, vencido, me encamino hacia una sabiduría en la que todo ha sido ya conquistado —si las lágrimas no se me subieran a los ojos y si ese gran sollozo de poesía que me dilata el corazón no me hiciera olvidar la verdad del mundo.

\*

### *13 de septiembre*

El olor del laurel que en Fiésole se encuentra en cada esquina.

\*

### *15 de septiembre*

En el claustro de San Francesco, en Fiésole, un patio rodeado de arcadas, colmado de flores rojas, de sol y de abejas amarillas y negras. En un rincón, una regadera verde. Por todas partes zumban moscas. El jardincito, recocado de calor, exhala dulces vapores. Estoy sentado en el suelo y pienso en esos franciscanos cuyas celdas acabo de ver, cuyas inspiraciones estoy viendo, y me doy cuenta de que, si tienen razón, es conmigo con quien la tienen. Detrás del muro donde me apoyo, sé que está la colina que baja hacia la ciudad y toda esa ofrenda de Florencia con sus cipreses. Pero este esplendor del mundo es como la justificación de aquellos hombres. Pongo todo mi orgullo en creer que es también la mía y la de

todos los hombres de mi índole, que saben que un punto extremo de pobreza coincide siempre con el lujo y las riquezas del mundo. Si se despojan, es para una vida más grande (y no para otra vida). Es el único sentido que acepto entender en la palabra «despojado». «Estar desnudo» conserva siempre un sentido de libertad física y ese acuerdo de la mano y de las flores, ese entendimiento amoroso de la tierra y del hombre liberado de lo humano. ¡Ah!, me convertiría a ella, si no fuera ya mi religión.

Hoy me siento libre respecto a mi pasado y a lo que he perdido. No quiero sino esta estrechez y este espacio cerrado, este fervor lúcido y paciente. Y como el pan caliente que uno aprieta y fatiga, quisiera solamente tener mi vida entre mis manos, como estos hombres que supieron encerrar la suya entre flores y columnas. O como en esas largas noches de tren en que uno puede hablarse y prepararse a vivir, uno frente a uno mismo, con esa admirable paciencia para retomar ideas, detenerlas en su huida, seguir luego avanzando. Chupar la vida como un pirulí, formarla, aguzarla, amarla, en fin, como se busca la palabra, la imagen, la frase definitiva, aquella que concluye, que detiene, con la cual partiremos y que constituirá en el futuro todo el color de nuestra mirada. Puedo muy bien detenerme allí, encontrar al fin el término de un año de vida desenfadada y agotadora. Mi esfuerzo consiste en llevar esa presencia de mí mismo en mí mismo hasta el fin, en mantenerla frente a todos los rostros de mi vida, aun a costa de la soledad, que sé ahora tan difícil de soportar. No ceder; en eso consiste todo. No consentir, no traicionar. A ello contribuye toda mi violencia, y al punto que me lleve, mi amor me alcanza y, con él, la furiosa pasión de vivir que da sentido a mis días.

Cada vez que uno (que yo) cede a sus vanidades, cada vez que uno piensa y vive para «aparentar», se traiciona. Y siempre fue la gran desgracia de querer aparentar lo que me disminuyó frente a lo verdadero. No es necesario confiarse a los demás, sino sólo a aquellos que amamos.

Pues entonces no es confiarse para aparentar sino únicamente para dar. Hay mucha más fuerza en un hombre que no *aparenta* sino cuando es necesario. Llegar hasta el final es saber guardar su secreto. Sufrí al estar solo, pero por haber guardado mi secreto vencí el sufrimiento de estar solo. Y hoy no conozco mayor gloria que vivir solo e ignorado. ¡Escribir, mi dicha más profunda! Consentir al mundo y al gozo, pero sólo en el despojamiento. No sería digno de amar la desnudez de las playas si no pudiera permanecer desnudo ante mí mismo. Por primera vez el sentido de la palabra felicidad no me parece equivoco. Es un poco lo contrario de lo que se entiende comúnmente por «soy feliz».

Cierta continuidad en la desesperación termina por engendrar la dicha. Y aun los hombres que en San Francisco viven ante las flores rojas, tienen en su celda la calavera que alimenta sus meditaciones. Florencia frente a su ventana y la muerte sobre la mesa. Yo, si me siento en un recodo de mi vida, no es por lo que he adquirido, sino por lo que he perdido. Me siento con fuerzas extremas y profundas. Gracias a ellas debo vivir como lo entiendo. Si hoy me encuentro tan lejos de todo, es porque no tengo otra fuerza que amar y admirar. Vida con rostro de lágrimas y sol, vida sin la sal y la piedra caliente, vida como la amo y la entiendo, me parece que al acariciarla todas mis fuerzas de desesperación y de amor se conjugan. Hoy no es como un alto entre sí y no, sino que es sí y es no. No hay rebeldía ante todo lo que no sea lágrimas y sol. Sí a mi vida, en la cual siento por primera vez la promesa venidera. Italia y un año ardiente y desordenado que termina; lo incierto del porvenir, pero la libertad absoluta respecto a mi pasado y a mí mismo. En eso está mi pobreza y mi riqueza única. Es como si recomenzara la partida; ni más feliz ni más desdichado. Pero con la conciencia de mis fuerzas, el desprecio de mis vanidades y esta fiebre lúcida que me acucia frente a mi destino.

15 de septiembre del 37

Cuaderno II  
*(Septiembre de 1937 - abril de 1939)*

22 de septiembre

*La muerte feliz.* «Mire, Claire, es bastante difícil de explicar. Sólo cuenta una cosa: saber lo que uno vale. Pero, para eso, hay que dejar a Sócrates a un lado. Para conocerse hay que actuar, lo que no significa que uno pueda definirse. ¡El culto del yo! ¡Hágame el favor! ¿Qué yo y qué personalidad? Cuando contemplo mi vida y su color secreto, siento en mí como un temblor de lágrimas. Soy tanto aquellos labios que he besado como aquellas noches de «la casa ante el mundo», aquel niño pobre, como esa locura de vivir y de ambición que me arrebató en ciertos momentos. Muchos de los que me conocen no me reconocen a ciertas horas. Y yo me siento en todas partes semejante a esa imagen inhumana del mundo que es mi propia vida.

—Sí —dice Claire—, usted juega en dos planos a la vez.

—Sin duda. Pero, cuando tenía veinte años, leía como todos que la vida podía ser una comedia, etc. Pero no es eso lo que quiero decir. Varias vidas, varios planos, es verdad. Pero cuando el actor está en escena, se acepta la convención. No Claire, sabemos bien que es algo serio; hay algo que nos lo dice.

—¿Por qué? —dice Claire.

—Porque si el actor representara sin saber que está re-

presentando una obra, sus lágrimas serían lágrimas y su vida sería una vida. Y cada vez que pienso en mi camino de dolor y de dicha, sé bien, y con qué arrebató, que la partida que juego es la más seria y la más enaltecida de todas.

«Y yo quiero ser ese actor perfecto. Me burlo de mi personalidad y no me interesa cultivarla. Quiero ser lo que la vida hace de mí y no hacer de mi vida una experiencia. Soy yo la experiencia y es la vida la que me moldea y me dirige. Si tuviera bastante fuerza y paciencia, sé bien hasta qué grado de perfecta impersonalidad llegaría, hasta qué grado de nada activa podrían llegar mis fuerzas. Lo que siempre me detuvo es la vanidad personal. Hoy comprendo que actuar, amar y sufrir es, en efecto, vivir, pero vivir en la medida en que se es transparente y aceptar el destino como el reflejo único de un arco iris de alegrías y pasiones.

El camino, etcétera.

Pero, para eso, se necesita tiempo; ahora tengo tiempo.

Claire, largo tiempo silenciosa, miró a Patrice de frente, y dijo lentamente:

—Muchos dolores esperan a quienes le aman.

Patrice se levantó, con cierta desesperación en la mirada, y dijo violentamente:

—El amor que me tienen no me obliga a nada.

—Es verdad —dijo Claire—. Pero lo comprobaba. (Un día se quedará solo.)

\*

23 de septiembre

De K en F. F. (*Futilezas filosóficas*.)

«En lo referente a la palabra pasión, el lenguaje tiene razón al insistir sobre el sufrimiento del alma; ya que el empleo de la palabra pasión nos hace pensar más bien en la impetuosidad convulsiva que nos sorprende, y olvidar así que se trata de un sufrimiento (orgullo—desafío).»

*Id.* El actor perfecto (en la vida) es aquel que «es impulsado» —a sabiendas— a la pasión pasiva.

\*

«Se despertó sudoroso, desaliñado, vagó un instante por el piso. Luego encendió un cigarrillo y, sentado, con la cabeza en blanco, miró los pliegues de su pantalón arrugado. Toda la amargura del sueño y del cigarrillo estaba en su boca y su jornada flácida y blanda chapoteaba como fango a su alrededor».

\*

Rama Krishna, a propósito del regateo:

«El hombre verdaderamente sabio es aquel que no desdena nada.»

No confundir idiotez con santidad.

\*

23 de septiembre

Soledad, lujo de los ricos.

\*

26 de septiembre

1) Que fragmentos de diario precedan la novela (fin).

2) Llevar la lucidez hasta el éxtasis.

Descripción concreta: Desaparición de los amigos.

Tranvías (¿terminal?).

Ideas — leitmotiv.

Se internaba de silencio en silencio, se acurrucaba en sí mismo...

...Llegado al punto en que la lucidez puede invertirse. Esfuerzo inmenso: vuelve al mundo —gotas de sudor—, piensa en piernas abiertas de mujer—. Va hacia el balcón y se vierte totalmente en el mundo de carne y luces. «Es higiénico.»

Luego se da una ducha y hace ejercicios con el extensor.

\*

\*

En Georges Sorel. Dedicarlo al «humanismo de izquierda» que quiere que consideremos a Helvecio, Diderot y Holbach como las cumbres de la literatura francesa.

La idea de progreso que contamina los movimientos obreros es una idea burguesa originaria del siglo XVIII. «Todos nuestros esfuerzos deben tender a impedir que las ideas burguesas lleguen a envenenar la clase en ascenso; por eso nunca se habrá hecho bastante para romper todo vínculo entre el pueblo y la literatura del siglo XVIII.» (*Ilusión del progreso*, págs. 285 y 286.)

\*

30 de septiembre

Acabo siempre por hacer el recorrido de un ser. Basta dedicarle tiempo. Llega siempre un momento en que siento la ruptura. Lo interesante es que siempre sucede en el momento en que, delante de una cosa, lo siento «no curioso».

\*

Diálogo.

—¿Y qué hace usted en la vida?

—Enumero, señor.

—¿Cómo?

—Enumero. Digo: uno, el mar; dos, el cielo (ah, qué hermoso es); tres, las mujeres; cuatro, las flores (ah, qué contento estoy).

—Eso acaba, por tanto, en la tontería.

—Caramba, usted opina como su periódico. Yo opino como el mundo. Usted piensa como *L'Echo de Paris* y yo pienso como el mundo. Cuando está en su plenitud, cuando el sol pica, siento deseos de amar y de besar, de deslizarme en los cuerpos como entre luces, de tomar un baño de carne y sol. Cuando el mundo está gris, me pongo melancólico y lleno de ternura. Me siento mejor,

capaz de amar hasta el punto de casarme. En ninguno de los dos casos tiene importancia.

Después que se hubo marchado:

1) Es un imbécil.

2) Un pretencioso.

3) Un cínico.

—Nada de eso —dice la maestra—, es un niño mimado; vamos, es evidente. Un hijo de familia que no ha conocido la vida.

(Porque cada día es más frecuente que, para considerar la vida hermosa y fácil, no hay que haberla conocido.)

\*

30 de septiembre

Por brillar más pronto no se admite corregir lo escrito. Despreciable. Recomenzar.

\*

2 de octubre

«Bajo la llovizna caminaba sin parar por las calles enlodadas. No veía más que a pocos pasos más allá de donde estaba. Pero caminaba completamente solo en aquella pequeña ciudad tan alejada de todo. De todo y de sí mismo. No, ya no era posible. Llorar delante de un perro y delante de todos. Quería ser feliz. Tenía derecho a serlo. No había merecido aquello.»

\*

4 de octubre

«Viví hasta hace poco con la idea de que había que hacer algo en la vida y más precisamente, que, siendo pobre, había que ganarse la vida, hacerse una posición, instalarse. Y es de creer que esta idea, que no me atrevo sin embargo a llamar prejuicio, estaba bien arraigada en mí, puesto que persistía a pesar de mis ironías y mis palabras definitivas al respecto. Y allá, una vez nombrado en Bel-Abbès, ante lo que tenía de definitivo semejante instala-

ción, todo volvió de pronto a refluir. Me opuse a ello, no dando valor sin duda a mi seguridad frente a mis oportunidades de verdadera vida. Retrocedí ante lo lúgubre y embotador de aquella existencia. Si hubiera superado los primeros días habría accedido, ciertamente. Pero ése era el peligro. Tuve miedo, miedo de la soledad y de lo definitivo. No sabría decir hoy si fue fuerza o debilidad lo que me llevó a desechar esa vida, cerrándome el acceso a todo lo que se llama "el porvenir", para seguir aún en la incertidumbre y la pobreza. Pero sé al menos que, si hubo conflicto, fue por algo que valía la pena. A menos que, pensándolo bien... No, lo que sin duda me hizo huir no fue tanto sentirme instalado como sentirme instalado en algo feo.

Ahora, ¿soy capaz de lo que otros llaman "algo serio"? ¿Soy perezoso? No lo creo y lo he demostrado. Pero ¿tiene uno derecho a rechazar el trabajo con el pretexto de que no le gusta? Pienso que la ociosidad no disgrega sino a los que carecen de temperamento. Y, si me faltara, no me quedaría más que una solución.»

\*

*10 de octubre*

Tener o no tener valor. Crear o no crear. En el primer caso, todo está justificado. Todo, sin excepción. En el segundo caso, es el Absurdo total. Queda elegir el suicidio más estético: matrimonio + 40 horas o revólver.

\*

En el camino de la Madeleine, todavía ese deseo inmenso de despojamiento ante una naturaleza tan hermosa como ésta.

\*

*15 de octubre*

Giraudoux (por una vez). «La inocencia de un ser es su adaptación absoluta al universo en el cual vive.»

Ejemplo: inocencia del lobo.

El inocente es aquel que no se explica.

\*

*17 de octubre*

Por los caminos de encima de Blida, la noche como leche y dulzura, con su gracia y su meditación. La mañana sobre la montaña, con su pelo al rape erizado de cólquicos —las fuentes heladas, la sombra y el sol—, mi cuerpo que consiente, que luego se niega. El esfuerzo concentrado de la marcha, el aire en los pulmones como un hierro candente o una navaja afilada. Todo entero en la aplicación y la superación que se esfuerzan por vencer la pendiente, como un conocimiento de sí por el cuerpo. El cuerpo, verdadero camino de la cultura, nos muestra nuestros límites.

\*

Aldeas agrupadas alrededor de puntos naturales, viviendo cada una su propia vida. Hombres vestidos con largas telas blancas, cuyos ademanes precisos y simples se destacan sobre el cielo siempre azul. Caminitos bordeados de chumberas, de olivos, de algarrobos y azufaifos. Uno se cruza con hombres con asnos cargados de aceitunas. Los rostros son morenos y los ojos claros. Y del hombre al árbol, del ademán a la montaña, nace una suerte de consentimiento a la vez patético y regocijado. ¿Grecia? No, Kabília. Y es como si de pronto, a siglos de distancia, toda la Hélade, transportada entre el mar y las montañas, renaciera en su antiguo esplendor, apenas acusado en su pereza y su respeto al Destino por la vecindad de Oriente.

\*

*18 de octubre*

En el mes de septiembre los algarrobos dejan sobre toda Argelia un perfume de amor, como si después de haberse entregado al sol, la tierra entera reposara, impregnado todo su vientre de una simiente con olor a almendras.

\*

En el camino de Sidi-Brahim el perfume de amor, pesado y oprimiente, desciende de los algarrobos, después de la lluvia, con todo su peso de agua. Luego que el sol hubo absorbido toda el agua, entre los colores de nuevo resplandecientes, el perfume de amor se vuelve leve, sensible apenas al olfato. Y es como una amante con quien salimos a la calle, después de una tarde sofocante, y que nos mira, pegada a nuestro hombro, entre las luces y la multitud.

\*

Huxley. «Después de todo, más vale ser un buen burgués como los demás que un mal bohemio, un falso aristócrata o un intelectual de segundo orden.»

\*

*20 de octubre*

La exigencia de la felicidad y su búsqueda paciente. No es necesario desterrar la melancolía, pero sí, en cambio, destruir en nosotros esa inclinación por lo difícil y lo fatal. Ser feliz con los amigos, estar en armonía con el mundo, y lograr la felicidad siguiendo un camino que conduce, sin embargo, a la muerte.

«Usted temblaría ante la muerte.»

«Sí, pero en nada habría faltado a lo que constituye mi misión, que es vivir.» No admitir la convención y las horas de oficina. No renunciar. No renunciar jamás; exigir siempre más. Pero ser lúcido aun durante aquellas horas de oficina. Aspirar a la desnudez a que el mundo nos relega, tan pronto como quedamos solos ante él. Pero, sobre todo, para ser, no tratar de aparentar.

\*

*21 de octubre*

Se necesita singularmente más energía para viajar pobremente que para jugar al viajero acosado. Sacar un pasaje de cubierta en los barcos, llegar cansado y sentirse vacío por dentro, viajar largamente en tercera, no comer

a menudo más de una vez al día, contar el dinero y temer a cada instante que un accidente impensado interrumpa un viaje de por sí tan penoso, todo eso requiere un valor y una voluntad que prohíben que se tomen en serio las prédicas sobre el «desarraigo». Viajar no es divertido ni fácil. Hay que tener afición a lo difícil y amor a lo desconocido para realizar sus sueños de viaje cuando se es pobre y no se cuenta con dinero. Pero, pensándolo bien, eso previene contra el diletantismo y sin duda no diré que lo que les falta a Gide y Montherlant es viajar con descuentos en los trenes que los obliguen al mismo tiempo a permanecer seis días en una misma ciudad. Pero bien sé que en el fondo no puedo ver las cosas como Montherlant o Gide, a causa de los descuentos en los trenes.

\*

*25 de octubre*

Las habladorías: lo que tienen de insoportable y de degradante.

\*

*5 de noviembre*

Cementerio de El Kettar. Un cielo encapotado y un mar agitado frente a las colinas llenas de tumbas blancas. Los árboles y la tierra mojados. Palomas entre las losas blancas. Un solo geranio rosa y rojo a la vez y una gran tristeza perdida y muda que nos vuelve familiar el hermoso rostro puro de la muerte.

\*

*6 de noviembre*

Camino de La Madeleine. Árboles, tierra y cielo. ¡Ah, qué distancia y a la vez qué secreto entendimiento había en mi ademán a esa primera estrella que nos esperaba al regresar!

\*



7 de noviembre

Personaje. A. M. inválido —las dos piernas amputadas— paralizado de un lado.

«Me ayudan a hacer mis necesidades. Me lavan. Me secan. Estoy casi sordo. Y bien, no haría jamás un ademán para acortar una vida en la cual tanto creo. Aceptaría algo peor aún. Estar ciego y sin ninguna sensibilidad —estar mudo y sin contacto con el exterior— sólo con tal de sentir en mí esa llama sombría y ardiente que soy yo, yo viviente, agradeciendo aún a la vida por haberme permitido arder.»

\*

8 de noviembre

En el cine de barrio se venden pastillas donde está escrito: «¿Se casaría conmigo algún día?» «¿Me ama usted?» Y las respuestas: «Esta noche.» «Mucho», etc. Uno se las pasa a su vecina, que contesta del mismo modo. Vidas que se comprometen en un intercambio de pastillas de menta.

\*

13 de noviembre

Cviklinsky. «Siempre actué por despecho. Ahora las cosas marchan mejor. ¿Actuar con miras a ser feliz? Si debo instalarme, ¿hacerlo más bien en este país que me gusta? Pero la anticipación sentimental es siempre falsa, siempre. Por tanto, hay que vivir como nos resulte más fácil. No forzarse, aunque parezca chocante. Es un poco cínico, pero es también el punto de vista de la muchacha más linda del mundo».

\*

Sí, pero no estoy seguro de que toda anticipación sentimental sea falsa. Sólo es disparatada. En todo caso, la única experiencia que me interesa es aquella en la que justamente todo se encontraría tal como se esperaba. Ha-

cer algo para ser feliz y estar feliz con ello. Lo que me atrae es ese vínculo que me une al mundo, ese doble reflejo que hace que el corazón pueda intervenir y dictar mi felicidad hasta un límite preciso en que el mundo pueda entonces consumarlo o destruirlo.

*Aedificabo et destruam*, dice Montherlant. Prefiero: *Aedificabo et destruat*. La alternancia no va de mí a mí, sino del mundo a mí y de mí al mundo. Cuestión de humildad.

\*

16 de noviembre

Dice él: «Hay que tener un amor —un gran amor en la vida—, porque sirve de coartada a las desesperaciones que nos abaten sin razón.»

\*

17 de noviembre

«Voluntad de Felicidad.»

3.<sup>a</sup> parte. Realización de la felicidad.

Varios años. Sucesión del tiempo en las estaciones y sólo eso.

1.<sup>a</sup> parte (fin). Inválido que dice a Mersault: «El Dinero. Es por una suerte de esnobismo espiritual por lo que se pretende creer que se puede ser feliz sin dinero.»

M., volviendo a su casa, examina los acontecimientos de su vida a la luz de aquellos hechos. Respuesta: sí.

Para un hombre «bien nacido», ser feliz es retomar el destino de todos, no con voluntad de renunciamiento, sino con voluntad de dicha. Para ser feliz se necesita tiempo, mucho tiempo. La felicidad es también una larga paciencia. Y es la necesidad de dinero la que nos roba el tiempo. El tiempo se compra. Todo se compra. Ser rico es tener tiempo para ser feliz cuando se es digno de serlo.

\*

22 de noviembre

Es normal dar un poco de su vida para no perderla del todo. Seis o siete horas al día para no morir de hambre. Y luego todo es provecho para quien quiera disfrutar.

\*

Diciembre

Sobre los vidrios una lluvia espesa como aceite, el ruido hueco de los cascos de los caballos y el aguacero sordo y persistente, todo adquiriría un rostro del pasado, cuya profunda melancolía penetraba en el corazón de Mersault como el agua en sus zapatos húmedos y el frío en sus rodillas mal protegidas por una tela delgada. Desde el fondo del cielo nubes negras llegaban sin cesar, pronto desaparecidas, pronto reemplazadas. Aquella agua vaporizada que descendía, ni bruma ni lluvia, lavando el rostro de M. como una mano leve, desnudaba sus ojos considerablemente ojerosos. La raya de su pantalón había desaparecido junto con aquel calor y aquella confianza que un hombre normal pasea en un mundo hecho para él.

(En Salzburgo.)

\*

Ironía con Marthe: la abandona.

\*

El individuo que tanto prometía y que trabaja ahora en una oficina. No hace nada, por otra parte, vuelve a su casa, se acuesta y espera fumando la hora de la cena, se acuesta otra vez y duerme hasta la mañana siguiente. El domingo se levanta muy tarde y, acodado a la ventana, contempla la lluvia o el sol, los transeúntes o el silencio. Así todo el año. Espera. Espera morir. Para qué las promesas, ya que de todos modos...

\*

La política y la suerte de los hombres están labradas por hombres sin ideal y sin grandeza. Los que llevan en

sí la grandeza no hacen política. Así en todo. Pero se trata ahora de crear en sí a un nuevo hombre. Se trata de que los hombres de acción sean también hombres de ideal y poetas industriales. Se trata de vivir los sueños, de ponerlos en práctica. Antes uno renunciaba a ellos o se perdía. No hay que perderse ni renunciar a ellos.

\*

No tenemos tiempo de ser nosotros mismos. No tenemos tiempo más que de ser felices.

\*

Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*). Forma y realidad:

«Llamo comprender el mundo a estar a su altura.»

«El que define no conoce el destino.»

«Además de la necesidad que une la causa con el efecto —y que yo llamaría la lógica del espacio— hay en la vida, otra necesidad: la necesidad orgánica del sino —lógica del tiempo».

Ausencia de sentido histórico en los griegos.

«La historia antigua hasta las guerras médicas, es el producto de una manera de pensar esencialmente mítico.»

La columna egipcia era al principio una columna de piedra, la columna dórica era una columna de madera. El alma ática expresaba en ella su profunda hostilidad a la duración. «La cultura egipcia encarna la preocupación.» Los griegos, pueblo feliz, no tienen historia.

El mito y su significado antipsicológico. Al comienzo de la historia espiritual de Occidente, se hallaba, por el contrario, un fragmento de autoanálisis íntimo, que es la Vita Nuova de Occidente. (Cfr. por el contrario: los fragmentos míticos de Heracles: los mismos desde Homero a las tragedias de Séneca. Un milenario. Es decir: Antiguo = presente.)

Ejemplo: «Fueron los alemanes quienes inventaron los relojes mecánicos, símbolos espantosos del tiempo que pa-

sa, cuyos golpes sonoros, resonando noche y día sobre las innumerables torres a través de la Europa occidental, son quizá la expresión más gigantesca de que haya sido capaz un sentimiento histórico del universo.»

«Hombres de cultura europea occidental, dotados de sentido histórico; somos una excepción y no la regla.»

Estupidez del esquema: Antigüedad —Edad Media— Tiempos Modernos.

«¿Qué significa el tipo de superhombre para el mundo islámico?»

«La civilización es el destino de una cultura. Así el romano sucede al heleno. *Alma* griega e *inteligencia* romana. El paso de la cultura a la civilización se cumple en la Antigüedad en el siglo IV; en Occidente, en el siglo XIX.

Nuestra literatura y nuestra música son para los ciudadanos.

Así hacemos de la Historia de la Filosofía el único tema serio de toda filosofía.

Toda la cuestión:

la antítesis de la historia y de la naturaleza  
las Matemáticas, la Historia  
y cuadros (rever).

\*

### *Diciembre*

Lo que lo emocionaba era su manera de asirse a su ropa, su manera de seguirlo, apretándole el brazo; ese abandono y esa confianza que conmovían al hombre que había en él. También su silencio, que la concentraba en su ademán del momento, completando, con la gravedad que ponía en sus besos, su parecido con los gatos...

De noche sintió bajo los dedos los pómulos helados y salientes y los labios calentados por una tibieza donde el dedo se hundía. Entonces hubo en él como un tremendo grito desinteresado y ardiente. Ante la noche que rebosaba de estrellas hasta estallar, y la ciudad como un cielo volcado, colmado de luces humanas, bajo la brisa cálida

y profunda que subía del puerto hasta su rostro, sintió deseos de acercarse a esa fuente tibia, la voluntad sin freno de captar en esos labios vivientes todo el sentido de aquel mundo inhumano y dormido, como un silencio encerrado en su boca. Se inclinó y fue como si posara sus labios sobre un pájaro. Marthe gimió. Mordió sus labios y, durante unos minutos, boca contra boca, aspiró esa tibieza que lo transportaba, como si estrechara al mundo en sus brazos. Ella, sin embargo, se aferraba a él, como una ahogada, surgía por relámpagos de ese gran pozo profundo donde estaba echada, rechazaba entonces los labios que atraía luego, volviendo a hundirse entonces en las aguas heladas y negras que la quemaban como un tropel de dioses.

\*

### *Diciembre*

Un hombre que tiene sentido del juego es siempre feliz en la sociedad de las mujeres. La mujer es buen público.

\*

Lo que nos fastidia siempre fastidia desde el principio. Después viene la muerte. «Nunca podré llevar esta vida»; pero llevarla es lo que permite aceptarla.

\*

Novela. 1.<sup>a</sup> parte. Partida de cartas (brisca). Las conversaciones.

«Nosotros los zuavos...»

«Con mi marido...»

Un individuo siniestro: «Me repugnas. Me repugnas. Y te diré por qué. Porque eres un reconcentradito. No me gustan los reconcentraditos. *No sabes vivir.*»

(Parque Saint-Raphaël)

Novela. Títulos: Un corazón puro.

Los bienaventurados sobre la tierra.

El rayo dorado.

\*

—¿Conoce usted muchos hombres «cariñosos» que rechazarían una linda mujer que se ofrece? Y aun así, si existen, sería por falta de temperamento.

—Usted llama temperamento a la ausencia de todo sentimiento serio.

—Exactamente. (Al menos en el sentido que da usted a «serio».)

\*

Novela. 1.<sup>a</sup> parte.

Habitación de Zagreus en el campo, en las afueras. Asesinato. La pieza está demasiado recalentada. Mersault, que siente sus orejas enrojecer, se sofoca. Se resfría al salir (de ahí la enfermedad que acabará con él).

Cap. IV: conversación con Z. entablada por «impersonalidad».

—Sí —dice Z.—, pero eso no lo puede usted hacer trabajando.

—No, porque estoy en estado de rebeldía y eso es malo.

—... En el fondo —dice M.—, soy un peligroso exaltado.

\*

Novela. 4.<sup>a</sup> parte. Una mujer pasiva.

«El error —dice M.— es creer que hay que elegir, que hay que hacer lo que uno quiere, que hay condiciones para la felicidad. La felicidad está o no está. Es la voluntad de ser feliz lo que cuenta, una suerte de enorme consciencia siempre presente. El resto, mujeres, obras de arte, éxitos mundanos, no son sino pretextos. Un cañamazo que espera nuestros bordados.»

\*

Novela. 3.<sup>a</sup> parte.

Al poco tiempo de ello Mersault anunció su partida. Iba a viajar primeramente y a establecerse luego en los alrededores de Argel. Un mes después estaba de regreso, ya que el viaje representaba una vida cerrada para él. El viaje le parecía lo que en verdad es: una dicha inquieta. No es eso

lo que quería M., que buscaba una felicidad consciente. Asimismo se sentía enfermo y sabía lo que quería. Por segunda vez se dispuso a abandonar la Casa ante el mar.

\*

*Febrero del 38*

Aquí los hombres son sensibles al destino. Eso es lo que los caracteriza.

\*

El sufrimiento de no tener todo en común y la desgracia de tener todo en común.

\*

*Febrero del 38*

Todo el espíritu revolucionario cabe en una protesta del hombre contra la condición del hombre. En ese sentido, bajo formas diversas, es el único tema eterno del arte y la religión. Una revolución se cumple siempre contra los Dioses, comenzando por la de Prometeo. Es una reivindicación del hombre contra su destino, cuyos tiranos y títeres burgueses no son sino pretextos.

Y este espíritu, sin duda, se puede percibir en su acto histórico. Pero se necesita toda la emoción de Malraux para no ceder entonces a la voluntad de probar. Resulta más fácil encontrarlo en su esencia y su destino. Por eso, una obra de arte que trazara la conquista de la felicidad sería una obra revolucionaria.

\*

Encontrar una desmesura en la medida.

\*

*Abril del 38*

Lo que tiene de sórdido y miserable la condición de un hombre que trabaja y una civilización basada en hombres que trabajan.

Pero se trata de aguantar, de no ceder. La reacción natural es siempre la de dispersarse fuera de las horas de trabajo, de crear en torno a sí admiraciones fáciles, un público, un pretexto de cobardías y comedias (la mayoría de los hogares fueron creados para eso). Otra reacción inevitable es hacer frases. Esta última suele también ir junto con aquélla, si se agrega el abandono físico, la incultura del cuerpo y el relajamiento de la voluntad.

En primer lugar hay que callarse, suprimir al público y saber juzgarse. Equilibrar una aplicada cultura del cuerpo con una aplicada conciencia de vivir. Abandonar toda pretensión y consagrarse a un doble trabajo de liberación —respecto al dinero y a nuestras propias vanidades y cobardías. Vivir en regla. No están de más dos años en una vida para reflexionar sobre un solo punto. Hay que liquidar todo los estados anteriores y aplicar todas las fuerzas, primeramente, a no olvidar lo aprendido, y luego a aprender pacientemente.

A ese precio hay una oportunidad sobre diez de escapar a la más sórdida y miserable de las condiciones: la del hombre que trabaja.

\*

#### *Abril*

Despachar dos Ensayos. *Calígula*. Ninguna importancia. No está lo bastante maduro. Publicar en Argel.

Retomar: Filosofía y cultura. Abandonar todo para esto: Tesis.

sea Biología + oposición.

sea Indochina.

Anotar *diariamente* en este cuaderno: Dentro de dos años escribir *una obra*.

\*

#### *Abril del 38*

Melville corre la aventura y termina en una oficina. Muere desconocido y pobre. A fuerza de soledad y aislamiento (no es lo mismo), se termina incluso por hacer

uso de la maldad y las calumnias. Pero en todo instante hay que prevenir en sí la maldad y la calumnia.

\*

#### *Mayo*

Nietzsche. Condena de la Reforma, que salva al cristianismo contra los principios de vida y amor que le infundía César Borgia. El Papa Borgia justificaba, a fin de cuentas el cristianismo.

\*

Lo que me atrae de una idea, es lo que tiene de punzante y original, de nuevo y superficial. Preciso es confesarlo.

\*

C., que juega a seducir, que da demasiado a todos y no conserva nunca nada. Que tiene necesidad de adquirir, de ganarse el amor y la amistad, siendo incapaz de ambos. Hermosa figura de novela y lamentable imagen de amigo.

Escena: el marido, la mujer y los espectadores.

El primero tiene valor y le gusta brillar. La segunda se calla, pero con frasecitas cortantes destroza todos los efectos de su querido esposo. Marca constantemente su superioridad. El otro se domina, pero sufre con la humillación y es así como nace el odio.

Ej.: Con una sonrisa: «No se haga más tonto de lo que es, amigo mío.»

Los espectadores se retuercen y sonríen incómodos. Él se pone colorado, va hacia ella, le besa la mano sonriendo: «Tiene razón, querida.»

Se salva la fachada y el odio engorda.

\*

Recuerdo aquella crisis de desesperación que me entró cuando mi madre me anunció que «ahora era bastante mayor y que recibiría regalos útiles para Año Nuevo». Aun hoy no puedo evitar una secreta crispación cuando

recibo regalos de esa categoría. Y, sin duda, sabía bien que entonces era el amor el que hablaba. ¿Pero por qué el amor tiene a veces un lenguaje tan irrisorio?

\*

Sobre una misma cosa no se piensa de la misma manera por la mañana o por la noche. ¿Pero dónde está lo cierto, en el pensamiento de la noche o en el espíritu de mediodía? Dos respuestas, dos castas de hombres.

\*

### Mayo

La anciana que muere en el asilo de ancianos. Su amiga, la amiga que conoció hace tres años, que llora «porque ya no le queda nada». El portero del pequeño depósito de cadáveres, que es parisiense y que vive allí con su mujer. «¿Quién les hubiera dicho que a los 74 años terminaría en un asilo de ancianos en Marengo?» Su hijo tiene un buen empleo. Vinieron de París. La nuera no los quiso. Peleas. El viejo terminó por «levantarle la mano». Su hijo los metió en el asilo. El enterrador que era amigo de la muerta. De noche iban a veces a la aldea. El viejecito que insistió en seguir el cortejo hasta la iglesia y el cementerio (2 km). Como es inválido, no puede aguantar el ritmo y los sigue a veinte metros. Pero conoce el campo y toma por atajos que lo reúnen dos o tres veces con el cortejo, hasta que vuelve a quedarse atrás nuevamente.

La enfermera mora que cierra el ataúd tiene un chancho en la nariz y lleva una venda perpetua.

Los amigos de la muerta: Viejecitos mitómanos. Todo fue hermoso en el pasado. El uno a la otra: «¿No le escribió su hija? —No. —Podría acordarse de que tiene madre.»

La otra está muerta, como una señal y una advertencia para todos.

\*

### Junio

Para *La muerte feliz*: Una serie de cartas de ruptura. Tema conocido: es porque te amo demasiado.

Y la última: una obra maestra de lucidez. Pero también en ella, la parte de comedia es imperceptible.

\*

Fin. Mersault bebe.

«¡Oh! —dice Celeste limpiando el mostrador—. Envejeces, Mersault.»

Mersault se detuvo y dejó el vaso. Se miró al espejo de detrás del mostrador. Era cierto.

\*

Verano en Argel.

¿Para quién ese haz de pájaros negros en el cielo verde? El verano ciego y sordo que se infiltra y da un sentido más puro a las llamadas de los vencejos y a los gritos de los vendedores de diarios.

\*

Junio. Para el verano:

1. Terminar Florencia y Argel.
2. Calígula.
3. Impromptu de verano.
4. Ensayo sobre el teatro.
5. Ensayo sobre 40 horas.
6. Volver a escribir Novela.
7. El Absurdo.

\*

Para el Impromptu de verano:

—Espectador.

—¡Eh!

—Espectador.

—¡Eh!

—Eres raro, espectador.

—¿Cómo, raro? (Volviéndose.)

—¡Raro! No eres muchos. Eres algunos.

—Se es lo que se puede.

—Desde luego. Tal como eres, nos convienes.

\*

Novela.

—Estoy obligado a reconocer que tengo graves defectos —dice Bernard—. Por ejemplo, soy mentiroso.

—¿...?

—¡Oh!, lo sé. Hay defectos que nunca se confiesan. Otros que no cuesta nada reconocer. ¡Con el tono de la falsa humildad, desde luego! «Es verdad, soy colérico, soy goloso.» En cierto sentido, los halaga. Pero ser mentiroso, vanidoso, envidioso, eso no se confiesa. Son los otros quienes lo son. Y, por otra parte, al confesar nuestras cóleras, evitamos hablar del resto. A alguien que se acusa espontáneamente, no vamos a buscarle otros defectos, ¿verdad?

Yo no tengo mérito. Me he aceptado a mí mismo. De ahí que todo sea tan simple.

\*

Calígula: «Lo que nunca comprenderéis es que soy un hombre sencillo.»

\*

Ensayo sobre 40 horas.

En mi familia: 10 horas de trabajo. Sueño. Domingo — Lunes. Paro: el hombre llora. La gran miseria del hombre es que tenga que llorar y desear lo que lo humilla (concurso).

\*

«Se habla mucho en estos momentos de la dignidad del trabajo, de su necesidad. El señor Gignoux, en particular, tiene opiniones muy concretas al respecto...»

Pero es un engaño. No hay dignidad del trabajo sino en el trabajo libremente aceptado. Sólo la ociosidad es un valor moral, porque puede servir para juzgar a los hombres. No es nefasta sino para los mediocres. Ésa es su lección y su grandeza. El trabajo, al contrario, aplasta por igual a todos los hombres. No funda un juicio. Pone en acción una metafísica de la humillación. Los mejores

no sobreviven a ella bajo la forma de esclavitud que le da actualmente la sociedad de bien pensantes...

Propongo que se invierta la fórmula clásica y que se haga del trabajo un fruto de la ociosidad. Hay una dignidad del trabajo en las pequeñas tareas que se realizan los domingos. Aquí el trabajo se une al juego y el juego aplicado a la técnica llega a la obra de arte y a la creación total...

Sé de quienes se extasían y se indignan: ¡Caramba, mis obreros ganan 40 francos diarios!...

Fin de mes en que la madre dice con una sonrisa alentadora: «Esta noche tomaremos café con leche. No viene mal un cambio de vez en cuando...»

Pero al menos podrán hacer el amor...

\*

Ahora la única fraternidad posible, la única que se nos ofrece y que se nos permite, es la sórdida y viscosa fraternidad ante la muerte militar.

\*

*Junio*

La pequeña oranesa va al cine con su marido y llora a moco tendido con los infortunios del héroe. Su marido le suplica que cese de llorar: «Pero, en fin, dice ella entre lágrimas, déjame aprovechar.»

\*

*La muerte feliz*

En el tren, Zagreus está sentado frente a él. Sólo que en vez del pañuelo negro que solía llevar, se había puesto una corbata de verano muy clara. (Después del asesinato recupera su piso. No cambia nada. Pone solamente un espejo nuevo.)

\*

El cinismo, tentación común a todas las inteligencias.

\*

Miseria y grandeza de este mundo: no ofrece verdades sino amores.

El Absurdo reina y el amor lo salva.

\*

Hay una acertada psicología en los folletines. Pero es una psicología generosa. No tiene en cuenta los detalles: da crédito. Por eso resulta falsa.

\*

La anciana ante las felicitaciones del Año Nuevo: No se pide gran cosa: trabajo y salud.

\*

Esa singular vanidad del hombre que hace y quiere creer que aspira a una verdad, cuando en realidad lo que pide al mundo es amor.

\*

Comprender que se puede ser superior a muchos sin ser por eso alguien superior, es una comprobación difícil de hacer. Y la verdadera superioridad...

\*

*Agosto*

Una pieza da al patio, abre sobre una segunda pieza que de ella recibe luz y que, a su vez, desemboca en una tercera sin ventanas. En esa pieza, tres colchones. Tres personas que duermen. Pero como el mayor ancho de la pieza no llega a la longitud del colchón, se adosó contra la pared la parte superior de los colchones y los hombres duermen en arco de circunferencia.

\*

El ciego que sale de noche entre la una y las cuatro con otro amigo ciego, porque están seguros de no encontrar a nadie en las calles. Si encuentran un farol, pueden reír a sus anchas. Ríen. Mientras que de día está la piedad de los otros que les impide reír.

«Escribir, dice este ciego. Pero eso no interesa a nadie. Lo que interesa en un libro es el testimonio de una existencia patética. Y nuestras vidas nunca son patéticas.»

\*

Para escribir es siempre mejor estar un poco más acá de la expresión (que más allá). En todo caso, nada de charlatanerías.

La experiencia «real» de la soledad es una de las menos literarias que puedan existir, a mil leguas de la idea literaria que nos hacemos de la soledad.

Cfr. lo que hay de degradante en todos los sufrimientos. No abandonarse al vacío. Tratar de vencer y de «llenar». El tiempo, no perderlo.

\*

La única libertad posible es una libertad respecto a la muerte. El hombre verdaderamente libre es aquel que, aceptando la muerte como tal, acepta asimismo las consecuencias, es decir, el derrumbe de todos los valores tradicionales de la vida. El «Todo está permitido», de Iván Karamazov es la única expresión de una libertad coherente. Pero hay que ir hasta el fondo de la fórmula.

\*

*21 de agosto de 1938*

«Sólo aquel que ha conocido el “presente” sabe realmente lo que es el infierno» (Jacob Wassermann).

\*

Leyes de Manú:

«La boca de una mujer, el seno de una muchacha, la oración de un niño, el humo del sacrificio son siempre puros.»

\*

Sobre la muerte consciente, cfr. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, pág. 203.



Nietzsche: «Los hombres más espirituales, suponiendo que sean los más valerosos, son también los que viven con mucho las tragedias más dolorosas: pero ellos honran la vida justo porque ésta les opone su hostilidad máxima» (*Crepúsculo de los ídolos*).

\*

Nietzsche: «¿Qué deseamos ante el aspecto de la belleza? Ser bellos. Nos figuramos que mucha felicidad está relacionada con ella, pero es un error» (*Humano, demasiado humano*).

\*

El aire está poblado de aves crueles y temibles.

\*

Acrescentar la felicidad de una vida de hombre es extender lo trágico de su testimonio. La obra de arte verdaderamente trágica (si es testimonio) debe ser la del hombre feliz. Porque esa obra de arte estará íntegramente dictada por la muerte.

\*

Método de la meteorología. La temperatura varía de un minuto a otro. Es una experiencia demasiado variable para ser estabilizada en conceptos matemáticos. La observación representa aquí un corte arbitrario en la realidad. Y solo la noción de media permite proporcionar una imagen de esa realidad.

\*

Bibliografía etrusca:

A. Grenier: «Investigaciones etruscas» en la *Revista de Estudios Antiguos*, IX, 1935, 219 ss.

B. Nogara: *Los etruscos y su civilización*, París, 1936.

Fr. de Ruyt: *Caronte, demonio etrusco de la muerte*. (¿Referencia?)

\*

Belcourt.

La mujer joven cuyo marido duerme la siesta y no debe ser molestado por los hijos. Dos habitaciones. Echa una manta en el suelo del comedor y entretiene a los niños sin hacer ruido para que el hombre pueda dormir. Deja la puerta del descansillo abierta, porque hace calor. A veces se adormece, se la puede ver al pasar, tumbada, rodeada de los hijos que observan en silencio los leves movimientos de su cuerpo.

\*

Belcourt.

Despedido. No se atreve a decírselo. Habla.

—Bueno, de noche tomaremos café. No viene mal un cambio de vez en cuando.

La mira. A menudo leyó historias de pobreza en que la mujer es «valiente». Ella no sonrió, volvió a la cocina. ¿Valiente? No, resignada.

\*

El ex boxeador que perdió a su hijo. «¿Qué somos en este mundo? Y nos afanamos, nos afanamos.»

\*

Belcourt.

Historia de R. «Conocí a una señora... era, digamos, mi querida... Me di cuenta de que me engañaba: Historia de los billetes de lotería. (¿Compraste uno para mí?) Historia del conjunto y de la hermana. Historia de las pulseras y de la "Indicación".»

Cálculo de los 1.300 francos. No tiene bastante con eso. «¿Por qué no trabajas medio día? Me aliviarías bastante para esas pequeñeces. Te compré el conjunto, te doy 20 francos diarios, te pago el alquiler y tomas el café de la tarde con tus amigas. Le das café y azúcar. Yo, te doy dinero. Me porté bien contigo y me pagas de mala manera.»

Pide consejo. Guardaba todavía «un sentimiento por

su coito». Quiere una carta con «patadas» y «cosas que la hagan arrepentirse».

Ej.: «Divertirte con el sexo es todo lo que quieres.» Y luego: «Yo creía que...», etc.

«¿No ves que el mundo está celoso de la felicidad que te doy?»

—«Le pegaba, pero cariñosamente, por así decirlo. Ella gritaba, yo cerraba los postigos.»

Idem con la compañera.

Quiere que sea ella quien vuelva. Personaje trágico en ese gusto por humillarla. La llevará a un hotel y llamará a los «antivicio».

Historia de los amigos y la cerveza. «Vosotros decís que sois del ambiente.» «Me dijeron que, si quería, podían señalarla.»

Historia del gabán. Historia de los fósforos.

«Conocerás la dicha que te daba.»

Ella es árabe.

\*

Tema: el universo de la muerte. Obra trágica: obra feliz.

...—Pero esta vida, Mersault, no le satisface a juzgar por su tono.

—No me satisface porque van a quitármela; o más bien, porque me satisface demasiado, siento todo el horror de perderla.

—No comprendo.

—No quiere comprender.

—Quizá.

Al cabo de un rato, Patrice se marcha.

—Pero Patrice, existe el amor.

Se volvió, el rostro alterado por la desesperación.

—Sí —dice Patrice—, pero el amor es de este mundo.

\*

Asilo de ancianos (el anciano a campo traviesa). Entierro. El sol que derrite el alquitrán de la carretera; los pies

se hunden y dejan abierta la carne negra. Se descubre una semejanza entre ese lodo negro y el sombrero de cuero lavable del cochero. Y todos esos negros: negro viscoso del alquitrán abierto, negro mate de los trajes, negro laca del coche; el sol, el olor a cuero y estiércol, el olor a barniz e incienso. El cansancio. Y el otro, a campo traviesa.

Asiste al antierro porque es su única amiga. En el asilo le decían como a los niños: «¡Ah!, es su novia.» Y él reía y se ponía contento.

\*

Personajes.

A) Étienne, personaje «físico»; la atención que concede a su cuerpo:

1.º la sandía;

2.º la enfermedad (las marcas);

3.º las necesidades naturales —Bueno— Caliente, etc;

4.º ríe de placer cuando lo que come es rico.

B) Marie C. Su cuñado, «que paga el alquiler», y su vida en común.

C) Marie Es. Infancia. Su posición en la familia. Su virginidad, de la cual todos hablan. San Francisco de Asís. Sufrimiento y humillación.

D) Mme. Leca. Cfr. más arriba.

E) Marcel, el chófer, y la vieja del café.

\*

No experimentamos sentimientos que nos transforman, sino sentimientos que nos sugieren la idea de transformación. Así el amor no nos purga del egoísmo, pero nos lo deja sentir y nos da la idea de una patria lejana donde el egoísmo no contara.

\*

Retomar trabajo sobre Plotino.

Tema: la Razón plotiniana.

I. La Razón —el concepto no es unívoco. Interesante considerar su juego en la historia en un momento en que debía adaptarse o perecer.

Cfr. Diploma.

Es y no es la misma razón.

Es que son dos razones:

la una ética y la otra estética.

Profundizar: la imagen plotiniana como el silogismo de esa razón estética.

La imagen como parábola: ese intento de deslizar lo indefinible del sentimiento en lo indefinible evidente de lo concreto.

El gran problema en meteorología, como en todas las ciencias descriptivas (estadísticas, que coleccionan hechos), es un problema práctico: el de reemplazar la carencia de observaciones. Y los métodos de interpolación que las suplen recurren siempre al concepto de media; de ahí que supongan la generalización y la racionalización de una experiencia cuyo aspecto racional se trata justamente de descubrir.

\*

Belcourt. El especulador en azúcar que se suicida en unos urinarios.

\*

La familia alemana en el 14. Cuatro meses de tregua. Vienen a buscar al padre. Campo de concentración. Cuatro años sin noticias. La vida durante ese lapso. Vuelve en el 19, tuberculoso. Muere en pocos meses.

Las niñas en el colegio.

\*

Artista y obra de arte. La verdadera obra de arte es la que dice menos. Hay cierta relación entre la experiencia global de un artista, su pensamiento + su vida (su sistema, en cierto sentido, omisión hecha de lo que la palabra implica de sistemático), y la obra que refleja esa expe-

riencia. Esa relación es mala cuando la obra de arte presenta toda la experiencia adornada de literatura. Esa relación es buena cuando la obra de arte es una parte tallada en la experiencia, faceta de diamante cuyo brillo interior se resume sin limitarse. En el primer caso, hay sobrecarga y literatura. En el segundo, obra fecunda a causa de toda la experiencia sobreentendida, cuya riqueza se adivina.

El problema es adquirir ese saber —vivir (haber vivido, más bien) que supera el saber— escribir. Y a fin de cuentas, el gran artista es antes que nada un gran viviente (entendiéndose que vivir, aquí, es también pensar en la vida; es incluso esa relación sutil entre la experiencia y la conciencia que se tiene de ella).

\*

El amor puro es un amor muerto, si el amor implica una vida amorosa, la creación de cierta vida; por tanto, no es en esta vida sino una perpetua referencia y, por consiguiente, hay que entenderse sobre el resto.

\*

El pensamiento siempre se adelanta. Ve demasiado lejos, más lejos que el cuerpo, que está en el presente.

Suprimir la esperanza es devolver el pensamiento al cuerpo. Y el cuerpo está destinado a corromperse.

\*

Acostado, sonrió torpemente y sus ojos se iluminaron. Ella sintió todo su amor fluir a su garganta y las lágrimas a sus ojos. Se lanzó sobre sus labios y aplastó las lágrimas entre sus rostros. Ella lloraba sobre su boca y él mordía en sus labios salados toda la amargura de su amor.

\*

El corazón seco del creador.

\*

«Si al menos supiera leer! Pero de noche, con luz artificial, no puedo calcetar. Por tanto, me veo obligada a re-

costarme y esperar. Se hacen largas, dos horas así. ¡Ah!, si tuviera a mi nieta conmigo, hablaría con ella. Pero soy demasiado vieja. Quizá huelo mal. Mi nieta nunca viene. Y lo paso así, completamente sola.»

\*

2 P.

Hoy mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé. He recibido un telegrama del asilo. «Madre fallecida. Entierro mañana. Sentimientos distinguidos.» Nada quiere decir. Tal vez fue ayer...

Como decía el portero: «En la llanura hace calor. Se entierra más rápido. Sobre todo aquí.» Me dijo que era de París y que le había costado acostumbrarse. Porque en París uno se queda dos y a veces tres días con el muerto. Aquí no hay tiempo. Uno se ha hecho ya a la idea de que hay que correr tras el coche fúnebre.

... Pero también el cortejo iba demasiado rápido. El sol, además, caía como una bestia gigantesca. Y como decía acertadamente la enfermera delegada: «Si se va despacio, se corre el riesgo de una insolación. Y si se va demasiado de prisa, se transpira y, en la iglesia, se pilla un enfriamiento.» Tenía razón. No había otra alternativa.

El empleado de Pompas Fúnebres me dijo algo que no entendí. Se enjugaba el sudor del cráneo pasándose un pañuelo bajo el sombrero con una mano, mientras lo tenía levantado durante un momento con la otra. Le dije: «¿Cómo?» Me repitió, mostrándome el cielo: «Quema.» «Sí», dije yo. Poco después me preguntó: «¿Es su madre quien está allí?» Yo dije: «Sí. — ¿Era anciana?» Contesté «más o menos», porque no sabía la cifra exacta. Luego se calló.

\*

Diciembre del 38

Para Calígula: El anacronismo es lo más enfadoso que se puede inventar en el teatro. Por eso Calígula no pro-

nuncia en la pieza la única frase razonable que podría haber pronunciado: «Un solo ser que piense y no queda nadie.»

\*

Calígula. «Necesito que los seres se callen a mi alrededor. Necesito silencio para acallar esos espantosos tumultos del corazón.»

\*

15

La prisión. Cfr. reportaje.

\*

En el mitin. El viejo ferroviario, limpio, bien afeitado, en el brazo el impermeable forrado de tela escocesa cuidadosamente doblado por el lado del forro —los zapatos lustrados— que pregunta si «es allí» donde tiene lugar la reunión, y que me participa su inquietud por el futuro obrero.

\*

En el hospital. El tuberculoso a quien el médico dio cinco días de vida. Se adelanta y se corta el cuello de un navajazo. No puede esperar cinco días, es evidente.

«No lo mencionen en sus diarios», dice el enfermero a un periodista presente. «Ya sufrió bastante.»

\*

Aquel que ama *en esta tierra* y aquella que lo ama con la certidumbre de reunirse con él en la eternidad. Sus amores no están hechos a la misma medida.

\*

La muerte y la obra. Cercano a la muerte, pide que le lean su última obra. Nuevamente, no es lo que tenía que decir. Ordena quemarla. Y muere sin consuelo, con algo que cruje en su pecho como un acorde roto.

\*

*Domingo*

El viento de tempestad en la montaña, que nos impedía avanzar, nos amordazaba y silbaba en nuestros oídos. Todo el bosque torcido de arriba abajo. Por encima de los valles, los helechos rojos que vuelan de una montaña a otra. Y ese hermoso pájaro de color anaranjado.

\*

Historia del legionario que mata a su querida en una trastienda. Luego coge al cadáver de los pelos y lo arrastra por el local hasta la calle, donde lo arrestan. Tiene intereses en el café-restaurant y el dueño le había prohibido traer a su querida. Ella vino de todas formas. Él le ordenó que se marchara. Ella se negó. Por eso la mató.

\*

La parejita en el tren. Los dos feos. Ella lo agarra del brazo y ríe, coqueta, tratando de seducirlo. Él, con los ojos sin brillo, está incómodo de ser amado delante de todos por una mujer de la cual no se siente orgulloso.

\*

El mundo elegante o los dos viejos periodistas que se insultan en plena comisaría, rodeados de un círculo de agentes burlones. El furor senil, que no puede traducirse en golpes, se desahoga en un sorprendente exceso de groserías: «Basura — Cabrón — Gilipollas de mierda — Farsante — Chulo de putas.»

—Yo soy un tipo decente.

—Entre nosotros hay una diferencia.

—Sí, y grande. Tú eres un gilipollas de cuidado.

—No sigas o te rompo la jeta y te hundo el culo a patadas.

—Tu fuerza me la paso por los cojones. Para que yo soy un tipo decente.

\*

España. El individuo que está en el partido. Quiere apuntarse. Después de un interrogatorio, es por penas íntimas. *No lo aceptan.*

\*

En toda vida hay un pequeño número de grandes sentimientos y un gran número de pequeños sentimientos. Si se elige: dos vidas y dos literaturas.

\*

Pero, *en realidad*, son dos monstruos.

\*

El placer que encontramos en las relaciones entre hombres. Aquél, sutil, que consiste en dar o pedir fuego —una complicidad, una masonería del cigarrillo.

\*

P., que se declara dispuesto a ofrecer «una miniatura de virgen encinta en un marco de clavículas de toreador».

\*

Letrero en el cuartel: «El alcohol apaga al hombre para encender la bestia», lo cual le hace comprender por qué le gusta el alcohol.

\*

«La tierra sería una jaula espléndida para animales que no tuvieran nada de humano.»

\*

Es a Jeanne a quien están ligadas algunas de mis dichas más puras. Me decía a menudo: «Eres un tonto». Era su frase favorita, la que decía riendo, pero siempre en el momento en que más me amaba. Los dos pertenecíamos a una familia humilde. Ella vivía a unas calles de la mía, en la calle central. Ni ella ni yo salíamos nunca

del barrio, donde todo nos acercaba. Y en su casa, como en la mía, reinaba la misma tristeza y la misma vida sordida. Nuestro encuentro era una manera de escapar de todo eso. Y, sin embargo ahora, que vuelvo a través de los años hacia su rostro de niña cansada, comprendo que no escapábamos de esa vida miserable y que, en verdad, era amarnos en el seno mismo de esa sombra lo que nos daba tanta emoción que ya nada podrá compensar jamás.

Creo que sufrí mucho cuando la perdí. Pero sin embargo no me rebelé, pues nunca me sentí muy a gusto en medio de la posesión. Me parece siempre más natural lamentarse. Y, aunque veo claro dentro de mí, nunca pude dejar de creer que Jeanne está más en mí en un momento como hoy, de lo que lo estaba cuando se ponía de puntillas para echarme los brazos al cuello. Ya no sé cómo la conocí. Pero sé que iba a verla a su casa. Y que su padre y su madre se reían al vernos. Su padre era ferroviario y, cuando estaba en su casa, se le veía siempre sentado en un rincón, pensativo, mirando por la ventana, con las manos enormes apoyadas en las piernas. Su madre, siempre ocupada con la casa. Y Jeanne también, pero al verla delicada y risueña, yo no pensaba que estaba trabajando. Era de estatura mediana, pero me parecía baja. Y al sentirla tan menuda, tan delicada, me afligía un poco cuando la veía cruzar la calle en medio de los camiones. Reconozco ahora que, sin duda, no era inteligente. Pero entonces ni se me ocurría preguntármelo. Tenía un modo particular de jugar a estar enojada que colmaba mi corazón de un arrobamiento lleno de lágrimas. ¿Y este corazón cerrado a tantas cosas, cómo no iba a sentirse conmovido, incluso años más tarde, por aquel ademán secreto con el cual se volvía hacia mí y se echaba en mis brazos cuando le rogaba que me perdonara? Hoy ya no sé si la deseaba. Sé que todo era confuso. Sólo sé que todo lo que me inquietaba se resolvía en ternura. Si la deseaba, lo olvidé el primer día en que me dio sus labios, en el pasillo de su piso para agradecerme un pe-

queño broche que le había regalado. Con sus cabellos estirados hacia atrás, su boca desigual, de dientes un poco grandes, sus ojos claros y su nariz recta, se me apareció aquella tarde como una niña que yo hubiera engendrado para sus besos y su ternura. Y durante mucho tiempo tuve esa impresión, ayudado también por Jeanne, que me llamaba siempre «su gran amigo».

Compartíamos dichas singulares. Cuando nos hicimos novios, yo tenía veintidós años y ella dieciocho. Pero lo que suscitaba en nuestro corazón un amor grave y dichoso, era el carácter oficial del asunto. Y que Jeanne entrara en casa, que mamá la besara y le dijera «Hijita», eran otras tantas alegrías un poco ridículas que no tratábamos de ocultar. Pero el recuerdo de Jeanne está ligado en mí a una impresión que me parece hoy inexpresable. Vuelvo a sentirla y basta que esté triste y que encuentre, minutos después, un rostro de mujer que me conmueva y un escaparate iluminado para que recupere, con una verdad que me hace daño, el rostro de Jeanne inclinado hacia mí, diciéndome: «¡Qué lindo!» Era durante la época de las fiestas. Las tiendas de nuestro barrio no escatimaban luces ni adornos. Nos deteníamos delante de las pastelerías. Todo nos fascinaba: las figuras de chocolate, la rocalla en papel plateado y dorado, los copos de nieve de algodón hidrófilo, los platos dorados y los dulces con los colores del arco iris. Yo sentía un poco de vergüenza, pero no podía poner freno a esa dicha que colmaba mi corazón y hacía brillar los ojos de Jeanne.

Hoy, si trato de precisar esa emoción singular, veo muchas cosas. Desde luego, aquella dicha me venía en primer lugar de Jeanne: de su perfume y de su mano apretada sobre mi muñeca, de sus muecas disciplicentes, que yo esperaba. Pero también del repentino resplandor de las tiendas en un barrio por lo común tan sordido, al aspecto apresurado de los transeúntes cargados de compras, de la alegría de los niños en las calles, todo contribuía a arrancarnos de nuestro mundo solitario. El papel de plata de aquellos bombones de chocolate era el signo

de que un período confuso pero ruidoso y dorado se iniciaba para los corazones sencillos, y Jeanne y yo nos estrechábamos un poco más el uno contra el otro. Quizá sentíamos confusamente esa dicha singular del hombre que siente su vida en armonía consigo mismo. Por lo general paseábamos el desierto encantado de nuestro amor por un mundo donde el amor ya no contaba. Y en aquellos días nos parecía que la llama que se elevaba en nosotros cuando nuestras manos estaban entrelazadas era la misma que bailaba en los escaparates, en el corazón de los obreros vueltos hacia sus hijos y en la profundidad del cielo puro y helado de diciembre.

\*

#### *Diciembre*

Fausto al revés. El joven pide al diablo los bienes de este mundo. El diablo (que lleva traje sport y declara de buena gana que el cinismo es la gran tentación de la inteligencia) le dice con suavidad: «Pero los bienes de este mundo los tienes. Es a Dios a quien debes pedirle lo que te falta, si crees que algo te falta. Harás trato con Dios y, por los bienes del otro mundo, le venderás tu cuerpo.»

Después de una pausa, el diablo, que enciende un cigarrillo inglés, agrega: «Y ése será tu castigo eterno.»

\*

Peter Wolf. Se evade de un campo de concentración, mata a un centinela y logra cruzar la frontera. Se refugia en Praga, donde trata de rehacer su vida. Después de la anexión de Múnich es extraditado por el gobierno de Praga. Entregado a los nazis. Condenado a muerte. Ejecutado horas después con hacha.

\*

Sobre una puerta: «Entre. Yo estoy ahorcado.» Entran y es verdad. (Dice «yo», pero ya no es «yo»).

\*

Danzas javanesas. La lentitud, principio de la danza hindú. El despliegue. Las eflorescencias de detalle en el movimiento de conjunto. Como la acumulación de detalles en la arquitectura. Una proliferación de ademanes. Nada es apresurado, todo se desarrolla paulatinamente. No es un acto o un ademán, sino una participación.

Al lado de eso, lo trágico por medio de saltos en ciertas danzas crueles. El empleo de pausas en el acompañamiento (que, por lo demás, es un espectro de la música). La música no describe aquí el dibujo que sigue la danza. Forma un fondo, envuelve el ademán y la música. Se desliza alrededor de los cuerpos y su insensible geometría.

(Otelo en la danza de las cabezas.)

\*

Para el final de *Nupcias*.

¡La tierra!, ese gran templo abandonado por los dioses. La tarea del hombre es poblarlo con inefables ídolos a su imagen, rostros de amor y pies de barro.

... esos monstruosos ídolos de la dicha, rostro de amor y pies de barro.

\*

El diputado de Constantina que es elegido por tercera vez. El día de la elección, a mediodía, muere. A la noche van a aclamarlo. La mujer sale al balcón y dice que está ligeramente cansado. Poco después, el cadáver es elegido diputado. Era necesario.

\*

#### *¿Sobre el Absurdo?*

Sólo hay un caso en que la desesperación sea pura. Es el del condenado a muerte (permítasenos aquí una pequeña evocación). Se podría preguntar a un desesperado de amor si quiere ser guillotinado al día siguiente, y se negaría. ¿A causa del horror del suplicio? Sí. Pero el horror nace aquí de la certidumbre— más bien del elemen-

to matemático que compone esa certidumbre. El Absurdo es aquí perfectamente claro. Es lo contrario de un irracional. Tiene todos los signos de la evidencia. Lo que es irracional, lo que lo sería, es la esperanza pasajera y moribunda de que aquello va a cesar y que aquella muerte podría ser evitada. Pero no el absurdo. Lo evidente es que le van a cortar la cabeza mientras está lúcido, mientras todavía toda su lucidez se concentra en el hecho de que le van a cortar la cabeza.

Kirilov tiene razón. Suicidarse es dar pruebas de libertad. Y el problema de la libertad tiene una solución simple. Los hombres tienen la ilusión de ser libres. Los condenados a muerte no tienen esa ilusión. Todo el problema se basa en la realidad de dicha ilusión.

*Antes:* «Ese corazón, ese ruidito que me acompaña desde hace tanto tiempo, cómo imaginar que cesará, cómo imaginarlo sobre todo en el segundo mismo...»

¡Ah!, la prisión, ese paraíso.

(La madre: «Y ahora me lo devuelven... Ved lo que hicieron con él... Me lo devuelven en dos pedazos.»)

\*

«Terminé por no dormir más que un poco durante el día, esperando pacientemente en mis noches que la luz estallara y, con ella, la verdad de un nuevo día. Durante toda la hora dudosa en que sabía que *ellos* solían venir... me ponía como una bestia... Después, me quedaba otro día más...

Calculaba. Trataba de dominarme. Estaba mi recurso. Y suponía siempre lo peor, que era rechazado. Y bien, por lo tanto moriré. Tal vez antes que otros. Pero cuántas veces la vida me pareció absurda ante la idea de morir. Desde el momento en que uno muere, poco importa cómo y cuándo. Debo, pues, aceptarla. Y entonces, en ese momento, *tenía derecho* a abordar la segunda hipótesis. Me indultaban. Trataba de serenar un poco ese ímpetu de la sangre y del cuerpo que brillaba en mis ojos con

una alegría insensata. Y reducía ese grito, su importancia, para volver más plausible mi resignación en la primera hipótesis. Pero para qué. Con el despuntar del día volvía la hora dudosa...

... Pero son ellos. Y, sin embargo, está muy oscuro. Vinieron más temprano. Me engañaron. Os digo que me engañaron.

... Huir. Romper todo. Pero no, me quedo. ¿Un cigarrillo? Por qué no. Tiempo. Pero al mismo tiempo corta el cuello de mi camisa. Al mismo tiempo. Es al mismo tiempo. No hay tiempo ganado. Os digo que me engañaron.

... Qué largo es este corredor, pero qué rápido camina esta gente... Con tal de que sean muchos, con tal de que me reciban con gritos de odio. Con tal de que sean muchos y no esté solo...

... Tengo frío. ¡Qué frío hace! ¿Por qué me dejaron en mangas de camisa? Es verdad que eso no tiene importancia. Ya no hay enfermedades para mí. He perdido el paraíso del sufrimiento, lo pierdo, y la alegría de escupir los pulmones o de ser mordido por un cáncer bajo la mirada de un ser querido.

... Y ese cielo sin estrellas, esas ventanas sin luces, y esa calle bulliciosa, y ese hombre en primera fila, y el pie de aquel hombre que...».

Fin

\*

El Absurdo. Gurvitch. Tratado de la desesperación. Poder de los jefes...

\*

Mersault.

Calígula.

Número especial de *Rivages* sobre el teatro. Volver a



buscar las puestas en escena. Comentario al plan de Miguel. Presentación. Todo lo relacionado con el teatro.

El Jardín Mirabelle en Salzburgo.

La compañía de gira por Bordj-bou-Argeridj.

\*

1939

Arder es mi reposo. No sólo nos hace arder la dicha sino también el trabajo incesante, el matrimonio incesante o el deseo incesante.

\*

Orden de trabajo:

Conferencia sobre el teatro.

Absurdo, lectura.

Calígula.

Mersault.

Teatro.

*Rivages* en casa de Charlot, el lunes.

Lección.

Diario.

\*

Febrero

Vidas que la muerte no sorprende, que se las arreglaron para que no las sorprenda, que la tuvieron en cuenta.

\*

Así como la muerte de un escritor contribuye a que se exagere la importancia de su obra, la muerte de un individuo contribuye a que se sobreestime su lugar entre nosotros. Así el pasado está hecho enteramente de la muerte, que lo puebla de ilusiones.

\*

Un amor que no soporta ser confrontado con la realidad no es amor. Pero, entonces, no poder amar es el privilegio de los corazones nobles.

\*

Novela. Esas conversaciones juntos, de noche, esas interminables confidencias habladas...

«Y esa vida de espera. Espero la cena y espero el sueño. Pienso en el despertar con una vaga esperanza— ¿de qué? No lo sé. Viene el despertar y espero el almuerzo. Y luego así, hasta el día siguiente... Decirse continuamente: ahora está en su oficina, almuerza, está en su oficina, está libre... y ese hueco en su vida que hay que imaginar, que nos imaginamos, que hace daño hasta el punto de gritar...»

«... Venir alegre para volver a marcharse al día siguiente— ¡qué cerca está la desesperación de la alegría! Volvemos hacia esos dos días. Fueron hermosos y las lágrimas los recubren.

\*

Argelia, país medido y a la vez desmedido. Medido en sus líneas, desmedido en su luz.

\*

La muerte de «Cabo». Cfr. papel.

\*

El loco en la librería. Cfr. papel.

\*

La tragedia es un mundo cerrado, en que tropezamos y se produce un encuentro brusco. En el teatro debe nacer y morir en el espacio restringido de la escena.

\*

Cfr. Stuart Mill: «Más vale ser Sócrates descontento que un cerdo satisfecho.»

\*

Mañana de pleno sol: las calles calurosas y colmadas de mujeres. En todas las esquinas venden flores. Esos rostros de muchachas sonrientes.

\*

### Marzo

Cuando me encontré en aquel departamento de primera, iluminado y con calefacción, cerré la puerta y bajé todas las cortinillas. Y entonces, una vez sentado, en medio del silencio extraordinario que de pronto me acogió, me sentí liberado. Liberado en primer lugar de aquellos días jadeantes que acababan de pasar, de aquel esfuerzo por dominar mi vida, de aquellos difíciles tumultos. Todo se callaba. El vagón vibraba suavemente. Y si oía tras de los cristales los crujidos de la noche lluviosa, seguía oyéndolos como un silencio. Por unos días no tenía que pensar sino dejarme llevar. Era prisionero de los horarios, de los hoteles, de una tarea humana que me esperaba. Al fin me pertenecía, no perteneciéndome ya. Y gustosamente cerré los ojos sobre esa paz que surgía junto con aquel universo apacible que acababa de nacer, sin tiranía, sin amor y fuera de mí.

\*

Orán. Bahía de Mers-el-Kebir, encima del jardincito de geranios rojos y de freesias. El tiempo no es del todo bueno: nubes y sol. País armonizado. Basta un gran pedazo de cielo y la calma vuelve a los corazones demasiado tensos.

\*

### Abril del 39

En Orán un «sufoco» es una afrenta. Un sufoco no se tolera. Se repara, y en seguida. Los oraneses tienen sangre ardiente.

Un paisaje puede ser magnífico sin ser grande. Puede faltarle grandeza por una nimiedad. Es así como a la bahía de Argel le falta grandeza por exceso de belleza. Mers-el-Kebir, visto desde Santa Cruz da, al contrario, la medida de su grandeza. Magnífico y sin ternura.

\*

En los alrededores inmediatos de Orán, unos metros después de las últimas casas, comienzan interminables extensiones de tierras incultas y cubiertas en esta estación de retamas deslumbrantes. Más allá se encuentra la primera aldea de colonización. Sin alma, atravesada por una sola calle donde se levanta un simbólico kiosco de música.

\*

Las Altas Mesetas y el Djebel Nador.

Interminables extensiones de trigales, sin árboles, sin hombres. De tarde en tarde, un «gurbi» y una silueta friolenta que camina sobre una cima y se recorta sobre el horizonte. Algunos cuervos y el silencio. Nada en donde refugiarse, nada que retenga una alegría o una melancolía que podría ser fecunda. Lo que surge de estas tierras es la angustia y la esterilidad.

En Tiaret algunos maestros me dijeron que «estaban hechos la puñeta».

—¿Y qué hacen cuando están hechos la puñeta?

—Nos emborrachamos.

—¿Y luego?

—Vamos al burdel.

Fui con ellos al burdel. Nevaba. La nieve caía fina y penetrante. Todos habían bebido. Un portero me hizo pagar dos francos a la entrada. Era una sala inmensa, rectangular, curiosamente pintada de franjas oblicuas, negras y amarillas. Bailaban al son de un fonógrafo. Las mujerzuelas no eran ni lindas ni feas.

Una de ellas decía:

—¿Vienes a echar un polvo?

El hombre se defendía débilmente.

—A mí —decía la mujerzuela— me apetece que me la metas.

Al salir, seguía nevando. Por un claro se veía el campo. Siempre la misma extensión desolada, pero blanca esta vez.

\*

En Trezel — café moro. Té de menta y conversaciones.  
La calle de las mujerzuelas se llama «Calle de la Verdad». Un polvo rápido cuesta tres francos.

\*

Tolba y las trifulcas.

«No soy malo, pero soy impetuoso. Salto a derecha e izquierda.» El otro me dijo: «Baja del tranvía si eres hombre.» Yo le dije: «Vamos, quédate tranquilo.» Me dijo: «No eres hombre.» Entonces bajé y le dije: «Basta, es mejor, o te lo hago entender de otra manera.» «¿Cómo?» Entonces le di uno. Cayó. Iba a levantarlo cuando me dio golpes desde el suelo. Entonces le di un rodillazo y dos taconazos. Tenía la cara ensangrentada y le dije: «¿Tienes bastante?» «Sí», me dijo.

\*

Movilización.

El hijo mayor se marcha. Está sentado al lado de su madre, y le dice: «No será nada.» La madre no dice nada. Coge un diario que estaba sobre la mesa. Lo dobla en dos, luego en cuatro, luego en ocho.

\*

En la estación, la multitud que acompaña. Los hombres amontonados en los vagones. Una mujer llora. «Nunca me imaginé que fuera así, tan terrible.» Otra: «Es extraño correr de ese modo para morir.» Una muchacha llora junto a su novio, él está serio. No dice nada. Humo, gritos, sacudidas. El tren parte.

\*

Rostros de mujeres, alegría del sol y del agua, he ahí lo que se asesina. Y sin aceptar el asesinato, habrá que aguantar. Estamos en plena contradicción. Toda esta época se ahoga y vive en la contradicción hasta el cuello, sin una lágrima que la alivie.

No solamente no hay soluciones, sino que aún no hay problemas.

### Cuaderno III

*(Abril de 1939 - febrero de 1942)*

Mientras que por lo común los cipreses son manchas sombrías en los cielos de Provenza y de Italia, aquí, en el cementerio de El Kettar, ese ciprés chorreaba luz, rebosaba oros del sol. Parecía que, desde su corazón negro, borboteara un jugo dorado hasta las extremidades de sus cortas ramas y manara en largos regueros leonados sobre el verde del follaje.

\*

... Como esos libros abundantemente subrayados con lápiz para que se tenga buena opinión del gusto y la inteligencia del lector.

\*

Diálogo Europa-Islam.

—Y cuando contemplamos vuestros cementerios y lo que habéis hecho de ellos, sentimos entonces por vosotros una suerte de lastimosa admiración, un pavor lleno de consideración por los hombres que tienen que vivir ante semejante imagen de su muerte...

—... Nosotros también tenemos a veces lástima de nosotros mismos. Eso nos ayuda a vivir. Es un sentimiento que apenas conocéis y que os parecería poco viril. Y, sin embargo, son los más viriles de nosotros los que lo experimentan. Pues llamamos viriles a los lúci-

dos y no queremos para nada una fuerza separada de la clarividencia. Para vosotros la virtud del hombre reside, al contrario, en el acatamiento.

\*

En la guerra. Los que evalúan el grado particular de peligro en cada frente. «El mío fue el más expuesto.» Hacen, además, jerarquías en el envilecimiento universal. Así se las apañan.

\*

—Sí —dice el pocero—, y si vierais los retretes que «les» construyeron a los de la Marina. Es una pena dar a esa gente retretes semejantes.

\*

La mujer que vive con su marido sin comprender nada. Un día él habla por radio. La colocan detrás de un vidrio y ella puede verlo sin oírlo. Sólo hace ademanes, es todo lo que sabe. Lo ve por primera vez con su cuerpo, como un ser físico, y también como el pelele que es.

Lo abandona. «Pensar que esta marioneta se me sube encima todas las noches.»

\*

Tema para una pieza de teatro. El enmascarado.

Después de un largo viaje regresa a su casa enmascarado. Permanece así durante toda la obra. ¿Por qué? Ése es el tema.

Al final, se desenmascara. No había motivo. Era sólo por ver bajo la máscara. Hubiera permanecido mucho tiempo así. Era feliz, si esa palabra tiene algún sentido. Pero lo que lo obliga a desenmascararse es el sufrimiento de su mujer.

«Hasta este momento te amé con todo lo que eres y de ahora en adelante te amaré como quieres ser amado. Pero habrá que creer que prefieres ser despreciada a amar sin comprender. Doble grandeza.»

(O dos mujeres. Una lo ama enmascarado porque la tiene intrigada. Luego no lo ama. «Me amabas con tu cerebro. Debías amarme *también* con tus entrañas.» La otra lo ama *a pesar* de la máscara y continúa amándolo.)

Por una reacción singular, pero natural, ella imaginaba ante el dolor del hombre amado las razones que precisamente le causaban más daño. Se había acostumbrado tanto a privarse de toda esperanza que, desde el momento en que trataba de comprender la vida de ese hombre, veía siempre y solamente lo que ella consideraba desfavorable. Y eso es precisamente lo que lo irritaba.

\*

Espíritu histórico y espíritu eterno. El uno tiene el sentimiento de lo bello, el otro el de lo infinito.

\*

Le Corbusier. «Lo que hace a un artista, veis, son esos momentos en que se siente más que un hombre.»

\*

Pia y los documentos que desaparecerán. El desmoronamiento voluntario. Ante la nada, el hedonismo y el desplazamiento continuo. El espíritu histórico se vuelve aquí espíritu geográfico.

El tipo medio negro que se me pega en el tranvía. «Si eres humano, dame un franco. Tú, tú eres humano. Mira, salgo del hospital. ¿Dónde voy a dormir esta noche? Pero si eres humano, iré a tomar una copa y olvidaré. Soy un desgraciado, no tengo a nadie.»

Le doy cinco francos. Me toma de la mano, me mira, se echa contra mi pecho y prorrumpe en sollozos. «¡Ah!, eres un gran tipo. Me comprendes. No tengo a nadie, entiendes, a nadie.» Cuando lo dejo, el tranvía arranca y se queda en el interior, perdido, llorando aún.

\*

El hombre que lleva muchos años viviendo solo y adopta a un niño. Derrama sobre él su pasado de sole-

dad, y en el universo cerrado que es el suyo, cara a cara con este ser, se siente dueño del niño y de un reino magnífico sobre el cual tiene dominio. Lo tiraniza, le mete miedo, lo enloquece con caprichos y deseos exigentes. Hasta que el niño se larga y él recobra su soledad, con lágrimas y un horrible impulso de amor hacia el juguete que acaba de perder.

\*

«Esperaba el momento en que, ya en la calle, ella volvía su rostro hacia mí. Y lo que me mostraba entonces era una cara resplandeciente y pálida de la que los besos habían desalojado los afeites y hasta la expresión. Su rostro estaba desnudo. Y por primera vez era a ella a quien veía después de haberla perseguido durante las largas y sofocantes horas del deseo. Mi paciencia al amarla se veía al fin recompensada. Y era a ella a quien poseía profundamente en ese rostro de labios más pálidos y pómulos blancos que mis labios habían exhumado de su ganga de afeites y sonrisas.»

\*

Poe y las cuatro condiciones de la felicidad.

1. La vida al aire libre.
2. El amor de un ser.
3. El desprendimiento de toda ambición.
4. La creación.

\*

Baudelaire. «Se olvidaron de dos derechos en la Declaración de los Derechos del Hombre: el de contradecirse y el de marcharse.»

*Id.* «Hay seducciones tan poderosas que no pueden ser sino virtudes.»

\*

Madame du Barry en el cadalso: «Un minuto más, señor verdugo.»

\*

14 de julio de 1939. Hace un año.

\*

El hombre en la playa con los brazos en cruz, crucificado al sol.

\*

En Pierre la obscenidad es como una forma de la desesperación.

\*

«Aquellos años terribles de duda en que esperaba el matrimonio o lo que fuera, en que construía ya la filosofía del renunciamento que justificaría su fracaso y su cobardía.»

\*

«Con su mujer. El problema que se le presentaba era saber si estaba permitido a un hombre como él vivir sin degradarse en medio de las mentiras de esa mujer.»

\*

*Agosto*

1. Edipo suprime la esfinge y, si desvela los misterios, es por su conocimiento del hombre. Todo el universo del griego es claro.

2. Pero es el mismo hombre a quien el destino desgarrar ferozmente, el destino implacable de lógica ciega. Claridad sin sombra de lo trágico y lo perecedero.

\*

Ver Epicuro (ensayo).

La gruta de Aglauro sobre la Acrópolis. Estatua de Minerva despojada una vez al año de sus vestiduras. Probablemente todas las estatuas estaban vestidas. El desnudo griego es un invento nuestro.

\*

En Atenas había un templo consagrado a la vejez. Se llevaba allí a los niños.

Creso y Calíroe (pieza de teatro).

Sacrificado sacrificada. Se sorprende ante esa prueba de amor.

\*

La leyenda de las divinidades camufladas de mendigos incitando a la caridad. No era natural.

\*

En Sicione, Prometeo engañó a Zeus. Dos odres, uno lleno de carne y el otro de huesos. Zeus eligió el último. Por eso a los hombres se les retiró el uso del fuego. Baja venganza.

\*

La hija del alfarero Dibutades, que amaba a un joven, siguió con un estilete la sombra de su perfil sobre la pared. Su padre, viendo el dibujo, descubrió el estilo de ornamentación de los vasos griegos. El amor está al comienzo de todas las cosas.

\*

En Corinto, dos templos están próximos: el de la violencia y el de la necesidad.

\*

Dimetos tuvo un amor culpable por su sobrina, que se ahorcó. Sobre la arena fina de la playa, las olas trajeron un día a una maravillosa joven muerta. Dimetos, al verla, cayó de rodillas, perdidamente enamorado. Pero asistió a la descomposición de ese cuerpo admirable y se volvió loco. Fue la venganza de su sobrina y el símbolo de una condición que habría que definir.

\*

En Pallantion, en Arcadía, el altar de los «Dioses puros».

\*

Estoy dispuesto a morir por ella, dice P. Pero que no me pida vivir.

\*

*Septiembre del 39. La guerra*

La gente que se hace operar a prisa y corriendo por un renombrado médico de Argel porque tiene miedo de que sea movilizado.

Gastón: «Lo esencial es que antes de ser movilizado tenga tiempo de echar una cana al aire.»

En el andén de la estación, una madre a un joven reservista: «Sé prudente.»

En el tranvía: «Polonia se deja invadir.»

«El pacto "anti-comertín" ya no cuenta.»

«A Hitler, si se le da un dedo, habrá que cederle todo.»

En el mercado: — ¿Sabe?, el sábado es la respuesta.

— ¿Qué respuesta?

— La respuesta de Hitler.

— ¿Y qué?

— Entonces se sabrá si hay guerra.

— ¡Qué desgracia!

En la estación unos reservistas abofetean a los empleados: «¡Emboscados!»

\*

Estalló la guerra. ¿Dónde está la guerra? Fuera de las noticias que hay que creer y de los carteles que hay que leer, ¿dónde encontrar los signos de este absurdo acontecimiento? No está en este cielo azul sobre el mar azul, en este chirrido de las cigarras, en los cipreses de las colinas. No es esta luz joven y saltarina en las calles de Argel.

Quisiéramos creer en ella. Buscamos su rostro y se nos niega. Sólo el mundo es rey y sus rostros espléndidos.

Haber vivido en el odio de esta bestia, tenerla delante de sí y no saber reconocerla. Tan pocas cosas han cambiado. Más adelante, sin duda, vendrán el lodo, la sangre y el asco inmenso. Pero por el momento sentimos que el comienzo de las guerras es semejante a los inicios de la paz: el mundo y el corazón los ignoran.

\*

... Singular e instructivo destino, recordar los primeros días de una guerra tan probablemente desastrosa como días de una dicha prodigiosa... Trato de legitimar mi rebeldía que, hasta ahora, nada, en los hechos, vino a fundar.

\*

Están los que están hechos para amar y los que están hechos para vivir.

\*

Se exagera siempre la importancia de la vida individual. Tanta gente no sabe qué hacer con ella que no es absolutamente inmoral privarla de la misma. Por otra parte, todo adquiere un valor nuevo. Pero eso ya ha sido dicho. La absurdidad esencial de esta catástrofe para nada la modifica. Generaliza la absurdidad un poco más esencial de la vida. La vuelve más inmediata y más pertinente. Si esta guerra puede tener algún efecto sobre el hombre, es el de fortalecerlo en la idea que se ha hecho de su existencia y en el juicio que se forja sobre la misma. Desde el instante en que esta guerra «es», todo juicio que no puede integrarla es falso. Un hombre que reflexiona se pasa generalmente el tiempo adaptando la idea que se ha formado de las cosas a los hechos nuevos que la desmienten. Es en esa inclinación, en esa torpeza del pensamiento, en esa corrección consciente, donde radica la verdad, es decir, la enseñanza de una vida. Por eso, por muy innoble que sea esta guerra, no está permitido permanecer apartado. Para mí naturalmente, y en primer lugar, que puedo arriesgar mi vida apostando sin miedo

por la muerte. Y para todos aquellos, anónimos y resignados, que van hacia esa matanza imperdonable, y por quienes siento plena fraternidad.

\*

Un viento frío entra por la ventana.

Mamá: —Empieza a cambiar el tiempo.

—Sí.

—¿Se mantendrán las restricciones de luz durante la guerra?

—Sí, probablemente.

—Durante el invierno será muy triste.

—Sí.

\*

Todos han traicionado, los que incitaban a la resistencia y los que hablaban de paz. Están ahí, tan dóciles y más culpables que los otros. Y nunca el individuo ha estado más solo ante la máquina de fabricar mentiras. Puede aún despreciar y luchar con su desprecio. Si no tiene derecho a apartarse y despreciar, conserva todavía el de juzgar. Nada puede salir de lo humano, de la multitud. La traición era creer lo contrario. Se muere solo. Todos morirán solos. Que al menos el hombre solitario conserve aquí el poder de su desprecio y sepa elegir en la espantosa prueba lo que sirve a su grandeza.

Aceptar la prueba y todo lo que implica. Pero jurar no realizar en la menos noble de las tareas sino el más noble de los gestos. Y el fondo de la nobleza (la verdadera, la del corazón) es el desprecio, el coraje y la indiferencia profunda.

\*

Estar hecho para crear, amar y ganar partidas, es estar hecho para vivir en la paz. Pero la guerra enseña a perder todo y volverse lo que uno no es. Todo se convierte en una cuestión de estilo.

\*



Soñé que, victoriosos, entrábamos en Roma. Y pensaba en la entrada de los bárbaros en la Ciudad Eterna. Pero yo estaba entre los bárbaros.

\*

Conciliar la obra que describe con la obra que explica. Dar su verdadero sentido a la descripción. Sola, es admirable pero no contiene nada. Basta hacer sentir por tanto que nuestros límites fueron colocados intencionalmente. Así desaparecen y la obra «repercute».

\*

«Por un lado, dice el soldado de baja que comparece ante la junta de revisión, esto me revienta. Pero por otro, ya me tenían hartos.» «¿No te fuiste todavía?» «¿Todavía estás aquí?» Donde vivo somos cuarenta y cuatro hombres. Yo era el único que quedaba. Regresaba por lo tanto de noche y salía a la mañana temprano.»

\*

El otro reservista a quien sacaron una radiografía de estómago:

«Me hicieron beber al menos tres litros de cal. Antes cagaba negro, ahora blanco. Así es la guerra.»

\*

*7 de septiembre*

Nos preguntábamos dónde estaba la guerra, lo que, en ella, era innoble. Y advertimos que sabemos dónde está, que la llevamos dentro, que para la mayoría es esa incomodidad, esa obligación de elegir que los obliga a partir con el remordimiento de no haber sido lo bastante valientes para abstenerse o que los obliga a abstenerse lamentando no compartir la muerte de los otros.

Está allí, realmente allí, y nosotros la buscábamos en el cielo azul y en la indiferencia del mundo. Está en esa espantosa soledad del combatiente y del que no combate, en esa humillada desesperación que es común a todos

y en esa creciente abyección que sentimos asomar a los rostros, a medida que transcurren los días. El reino de las bestias ha comenzado.

\*

Este odio y esta violencia que sentimos asomar en los seres. Ya nada puro en ello, ya nada inapreciable. Piensan simultáneamente. No se encuentran sino bestias, caras bestiales de europeos. Repugnante es este mundo y esta marea universal de cobardía, este escarnio del coraje, esta parodia de la grandeza, este menoscabo del honor.

\*

Es pasmoso ver con qué facilidad se derrumba la dignidad de ciertos seres. Reflexionando, eso es normal, puesto que la dignidad en cuestión no se mantuvo en ellos sino por medio de incesantes esfuerzos contra su propia naturaleza.

\*

Hay una fatalidad única, que es la muerte y fuera de la cual no hay ya fatalidad. En el lapso que va del nacimiento a la muerte, nada está fijado: se puede cambiar todo y aun detener la guerra y aun mantener la paz, si de veras y por mucho tiempo se lo desea.

\*

Regla: buscar en primer lugar lo que hay de valioso en cada hombre.

\*

Cfr. Groethuysen a propósito de Dilthey: «Así, habiendo reconocido el carácter fragmentario de nuestra existencia y lo que hay de accidental y de limitado en cada vida tomada separadamente, buscaremos en el conjunto de las vidas lo que no sabríamos ya encontrar en nosotros mismos.»

\*

Si es verdad que el absurdo está consumado (revelado más bien), es, por tanto, verdad que ninguna experiencia tiene valor en sí, y que todos los gestos son por igual aleccionadores. La voluntad no es nada, la aceptación, todo. A condición de que ante la experiencia más humilde o más desgarradora el hombre esté siempre «presente» y la soporte sin desmayo, provisto de toda su lucidez.

\*

Es siempre vano querer insolidarizarse, aunque sólo fuera de la estupidez y la crueldad de los otros. No se puede decir «lo ignoro». Se colabora o se la combate. Nada es menos disculpable que la guerra o la incitación a los odios nacionales. Pero una vez que sobreviene una guerra, es vano y cobarde querer apartarse con el pretexto de que no se es responsable. Las torres de marfil se han derrumbado. La complacencia está prohibida para uno mismo y para los demás.

Juzgar un acontecimiento es imposible e inmoral si es desde afuera. Es en el seno de esta absurda desgracia donde se conserva el derecho de despreciarla.

La reacción de un individuo no tiene en sí la menor importancia. Puede servir de algo, pero no justifica nada. Querer, por diletantismo, ser espectador y separarse de su medio es hacer uso de la libertad del modo más irrisorio. Por eso era necesario que yo tratara de servir. Y si no me necesitan, tengo también que aceptar la posición del civil desdeñado. En los dos casos mi juicio puede seguir siendo absoluto y mi repugnancia sin reservas. En los dos casos estoy en medio de la guerra y tengo derecho a juzgar. A juzgar y actuar.

\*

Aceptar. Y ver lo bueno en lo malo, por ejemplo. Si no me necesitan para combatir es porque constantemente me fue dado quedarme aparte. Y de esta lucha por seguir siendo un hombre normal en condiciones excepcio-

nales siempre saqué mis mayores fuerzas y mi mayor utilidad.

\*

Goethe (con Eckermann): «Si hubiera querido dejarme llevar sin freno, no estaba sino en mí arruinarme a fondo con cuantos me rodean...»

Lo primero es aprender a dominarse.

\*

De Goethe: «Es tolerante sin indulgencia.»

\*

Un Prometeo —como ideal revolucionario.

«Lo que no me hace morir me vuelve más fuerte» (Nietzsche).

\*

«La voluntad del sistema es una falta de lealtad» (*Crepúsculo de los ídolos*).

\*

«El artista trágico no es un pesimista. Dice que sí a todo lo que es problemático y terrible» (*Crepúsculo de los ídolos*).

\*

¿Qué es la guerra? Nada. Es profundamente indiferente ser civil o militar, hacerla o combatirla.

El hombre visto por Nietzsche (*Crepúsculo de los ídolos*).

«El hombre concebido por G. era un hombre fuerte, de cultura elevada, hábil en todas las actividades corporales, que se tiene a sí mismo a raya, que siente respeto por sí mismo, al que le es lícita la osadía de permitirse el ámbito entero y la riqueza entera de la naturalidad, que es lo bastante fuerte para esa libertad; el hombre de la tolerancia, no por debilidad, sino por fortaleza, porque sabe emplear en provecho suyo incluso aquello que haría

perecer a una naturaleza media; el hombre para el cual no hay nada prohibido, a no ser la debilidad, llámese ésta vicio o virtud... Con un fatalismo alegre y confiado ese espíritu que ha llegado a ser libre está inmerso en el todo y abraza la creencia de que sólo lo individual es reprochable, de que en el conjunto todo se redime y se afirma —ese espíritu no niega ya...

\*

¿Superar esto todavía? Será necesario. Pero este esfuerzo incesante no excluye la tristeza. Eso, al menos, ¿no podía sernos evitado? Pero también debe superarse este desaliento. Nada se habrá perdido. Una noche nos acercamos al espejo y una arruga un poco más profunda surca nuestros labios. ¿Qué es eso? Aquello que tuvimos que superar para lograr nuestra dicha.

Esa anécdota de Jarry agonizante, a quien le preguntaban qué quería. «Un escarbadientes.» Lo tuvo, se lo puso en la boca y murió satisfecho. Oh miseria, se ríen de ello y nadie ve la terrible lección. Nada más que un escarbadientes, tanto como un escarbadientes; de ahí todo el valor de esa vida enaltecedora.

\*

«Pero este chico está muy enfermo, dice el teniente. No podemos admitirlo.» Tengo 26 años, una vida, y sé lo que quiero.

\*

Paulhan se asombra en la N. R. F., después de tantos otros, de que la guerra de 1939 no haya principiado en la atmósfera del 14. Ingenuos que creían que el horror tiene siempre el mismo rostro, ingenuos que no pueden desprenderse del caudal de imágenes con el cual han vivido.

\*

La primavera en París: una promesa o un botón de castaño y el corazón da un vuelco. En Argel la transición

es más brusca. No es un pimpollo de rosa, son miles de pimpollos que, una mañana, nos sofocan. Y no es la calidad sutil de una emoción que nos atraviesa, sino el enorme e innumerable aflujo de miles de perfumes y miles de colores resplandecientes. No es la sensibilidad que se afirma sino el cuerpo que sufre un asalto.

\*

### Noviembre del 39

Con lo que se hace la guerra:

1. con lo que todos conocen;
2. con la desesperación de aquellos que no quieren hacerla;
3. con el amor propio de aquellos a quienes nada obliga a partir y que parten para no estar solos;
4. con el hambre de aquellos que se alistaban porque ya no tienen trabajo;
5. con muchos sentimientos nobles, tales como:
  - a) la solidaridad en el sufrimiento;
  - b) el desprecio que no quiere expresarse;
  - c) la ausencia de odio.

Todo aquello es vilmente utilizado y todo conduce a la muerte.

\*

Muerte de Luis XVI. Pide al hombre que lo conduce al suplicio que entregue una carta a su mujer. Contestación: «No estoy aquí para hacer sus recados, sino para conducirlo al cadalso.»

\*

En los museos italianos, las pantallitas pintadas que el sacerdote colocaba delante del rostro de los condenados para que no vieran el cadalso.

El salto existencial es la pantallita.

\*

Carta a un desesperado.

Me escribe usted que esta guerra lo abruma, que consentiría morir pero que no puede soportar esta necesidad universal, esta cobardía sanguinaria y esta ingenuidad criminal que cree aún que la sangre puede resolver los problemas humanos.

Lo leo y lo comprendo. Comprendo sobre todo esa elección y esa oposición entre su disposición a morir y su repugnancia de ver morir a los otros. Eso prueba la calidad de un hombre. Eso lo sitúa en las filas de aquellos con quienes se puede hablar. En efecto, ¿cómo no desesperarse? Muy a menudo la suerte de aquellos a quienes amamos se encuentra amenazada. Enfermedad, muerte, locura. ¡Pero quedamos nosotros y aquello en lo cual habíamos creído! Muy a menudo los valores que eran nuestra vida estuvieron a punto de sucumbir. Nunca esa suerte y esos valores se vieron amenazados en su integridad y al mismo tiempo. Nunca hemos estado tan totalmente abocados a la aniquilación.

Lo comprendo pero no estoy de acuerdo con usted cuando pretende hacer de esa desesperación una norma de vida, y, juzgando que todo es inútil, escudarse en su repugnancia. Pues la desesperación es un sentimiento y no un estado. No puede permanecer en ella. Y el sentimiento debe dejar lugar a una visión clara de las cosas.

Usted dice: «¿Y por otra parte, qué hacer? ¿Qué puedo hacer?» Pero, en primer lugar, la cuestión no se plantea así. Usted cree aún en el individuo, desde luego, puesto que comprende perfectamente lo que hay de bueno en los que lo rodean y en usted mismo. Pero esos individuos no pueden hacer nada y usted desespera de la sociedad. Pero tenga cuidado, que usted había repudiado ya esa sociedad mucho antes de la catástrofe, usted y yo sabíamos que el fin de esa sociedad era la guerra, usted y yo lo denunciábamos y, en fin, no sentíamos nada en común entre nosotros y ella. Esa sociedad hoy es la misma. Llegó a su fin normal. Y en verdad, considerando fríamente las cosas, no tiene usted más razones para de-

sesperarse que las que tenía en 1928. Tiene exactamente las mismas.

Y pensándolo bien, los que hicieron la guerra de 1914 tenían más razones para desesperarse, puesto que comprendían menos las cosas. Me dirá usted que con saber que 1928 era tan desesperante como 1939, no adelantamos nada. Eso sólo aparentemente. Pues en 1928 usted no desesperaba totalmente, y ahora todo le parece en vano. Si las cosas no han cambiado, su juicio es falso. Lo es como cada vez que una verdad, en lugar de aparecer a la luz del razonamiento, se encarna en lo viviente. Usted previó la guerra, pero pensaba impedirla. Y ésa es la razón por la cual no se desesperaba totalmente. Piensa ahora que ya no puede impedir nada. Ahí está el meollo de la cuestión.

Pero en primer lugar debe preguntarse si hizo lo necesario para impedir esta guerra. Si es así, esta guerra podría parecerle fatal y podría juzgar que ya no hay nada que hacer. Pero estoy seguro que no hizo todo lo necesario, no más que cualquiera de nosotros. ¿Usted no pudo impedirla? No, eso es falso. Esta guerra, usted bien lo sabe, no era fatal. Bastaba que el tratado de Versalles se revisara a tiempo. No se revisó. Ésa es toda la historia y usted ve que podría haber sido otra. Pero ese tratado o cualquier otra causa, aún puede ser revisado. Aún se puede lograr que sea considerada inútil la lealtad a la palabra de Hitler. Esas injusticias que han provocado otras injusticias, uno puede aún rechazarlas y pedir que sus réplicas también lo sean. Queda todavía una tarea útil por cumplir. Usted supone que su papel de individuo es prácticamente nulo. Pero invertiré entonces mi razonamiento anterior y le diré que no es ni mayor ni menor de lo que era en 1928. Sé además que no está muy asentada en usted esa noción de inutilidad. Pues no creo que apruebe de ninguna manera la objeción de conciencia. Y si no la aprueba, no es por falta de valor ni de admiración, sino porque considera que no tiene ninguna utilidad. Usted ya concibió, pues, la idea de cierta utilidad que le permite seguir lo que estoy diciendo.

Tiene algo que hacer, no lo dude. Cada hombre dispone de una zona más o menos grande de influencia, que se debe tanto a sus defectos como a sus cualidades. Pero no importa, está ahí, inmediatamente utilizable. No incite a nadie a la rebelión. Hay que ser parco con la sangre y la libertad de los demás. Pero puede convencer a diez, veinte, treinta hombres de que esta guerra no era y no es fatal, que pueden ensayarse medios de detenerla y que todavía no se ha hecho, que hay que decirlo, escribirlo cuanto se pueda, gritarlo cuanto sea necesario. Esos diez o treinta hombres a su vez lo dirán a diez otros que lo repetirán. Si la pereza los detiene, tanto peor; vuelva a empezar con otros. Y cuando usted haya hecho lo que debía hacer en su zona, en su terreno, deténgase y desespérese a sus anchas. Comprenda que se puede desesperar del sentido de la vida *en general*, pero no de sus formas particulares; de la existencia, puesto que no se tiene poder sobre ella, pero no de la historia, en la que el individuo lo puede todo. Son individuos los que hoy nos hacen morir. ¿Por qué los individuos no logran dar la paz al mundo? Sólo hay que comenzar sin pensar en grandes metas. Comprenda, pues, que se hace la guerra tanto con el entusiasmo de los que la desean como con la desesperación de quienes reniegan de ella con toda su alma.

\*

Una frase citada por Green en su Diario:

«No hay que temer a la muerte. Es rendirle demasiado honor.»

\*

Green y su Diario.

Anota demasiados sueños. Los sueños contados me aburren invariablemente.

\*

La muerte de Le Poittevin, el amigo de Flaubert.

«¡Cerrad la ventana! Es demasiado hermoso.»

\*

Catedral de Burdeos. En un rincón:

«Gran San Pablo, haz que esté entre las diez primeras.»

«Gran San Pablo, haz que él acuda a la cita.»

\*

Es Montherlant quien cita en exergo de *Servicio inútil* una frase admirable de monseñor Darbout: «Vuestro error está en creer que el hombre ha sido puesto sobre la tierra para realizar algo.» Saca de ello admirables y amargas lecciones de heroísmo. Pero se puede sacar una enseñanza contraria y justificar a Diógenes o a Ernest Renan. No hay como los grandes pensamientos para ser capaces de esa contradictoria fecundidad.

\*

Siempre me impresiona el aspecto «chusco» que toma en Argelia todo lo que atañe a la muerte. Nada me parece más legítimo. Nunca se insistirá lo suficiente sobre el carácter ridículo de un acontecimiento que surge por lo general entre gorgoteos y sudor. No se podría, igualmente, degradar demasiado la apariencia sagrada que se le atribuye. Nada es más despreciable que el respeto fundado sobre el temor. Y, a fin de cuentas, la muerte no es más respetable que el emperador Nerón o el comisario de mi distrito.

\*

Lawrence: «Lo trágico debería ser como una gran patada a la desgracia» (Cfr. su comunismo aristocrático).

*Id.* «No hay que hacer la Revolución para dar el poder a una clase sino para dar una oportunidad a la vida.»

\*

M. «Los hombres no son mis semejantes. Son los que me contemplan y me juzgan; mis semejantes son aquellos que me aman y no me contemplan, que me aman contra todo, que me aman contra la decadencia, contra la bajeza,

contra la traición, a mí y no lo que hice o haré, que me amarían tanto como yo me amaría a mí mismo, incluso hasta el suicidio.»

... «sólo con ella (May) tengo en común ese amor, desgarrado o no, como otros tienen, juntos, niños enfermos y que pueden morir.»

\*

Personajes absurdos.

Calígula. La espada y el puñal.

«Creo que no me comprendieron bien anteayer cuando maté a golpes al sacrificador, con el mazo con que iba a matar la becerra. Era muy sencillo, sin embargo. Por una vez quise cambiar el orden de las cosas; para ver, en suma. Lo que vi es que nada cambió. Un poco de asombro y de pavor en los espectadores. Por lo demás, el sol se puso a la misma hora. Saqué en conclusión que era indiferente cambiar el orden de las cosas.»

¿Por qué el sol no saldría un día por el Oeste?

\*

*Id.* (Ptolomeo). Lo mandé matar porque no había razón para que exhibiera un manto más hermoso que el mío. No había absolutamente ninguna razón. Naturalmente, no había ninguna razón tampoco para que mi capa fuera la más hermosa. Pero él no tenía conciencia de ello y, ya que era yo el único en ver claro, es normal que fuera el beneficiado.

\*

Don Quijote y La Pallice.

La Pallice: Un cuarto de hora antes de mi muerte, tenía vida aún. Eso bastó a mi gloria. Pero esa gloria fue usurpada. Mi verdadera filosofía es que un cuarto de hora después de mi muerte ya no tendré vida.

Don Quijote: Sí, luché contra molinos de viento. Pues es absolutamente indiferente luchar contra molinos de

viento o gigantes. Tan indiferente que es fácil confundirlos. Tengo una metafísica de miope.

\*

Vedas. El hombre se convierte en lo que piensa.

\*

Gisèle y la guerra. «No, no leo los diarios. Sólo me interesa el tiempo. El domingo me iré de acampada.»

\*

«¿Sabe, Fontanes, lo que más admiro? Es la impotencia de la fuerza para conservar algo. No hay sino dos poderes en el mundo: el sable y el espíritu. A la larga el sable es siempre vencido por el espíritu». Napoleón.

\*

Luis XIV: «Hijo mío, vais a ser un gran rey; no me imitéis en la afición que tuve a la guerra. Tratad de aliviar a vuestros pueblos... pues soy bastante desdichado por no haber podido hacerlo.»

\*

Orán.

El Tlélat, como una preparación a Orán. El despojamiento y la disponibilidad antes de sumergirse en los sentidos, el recogimiento antes del descenso a los deliciosos infiernos.

Para ir a Orán se viaja de día o se viaja de noche. De día, no sé. Pero de noche, sé que se llega al amanecer a Santa Bárbara del Tlélat después de haber pasado los eucaliptos temblorosos de Perrégaux a esa hora que no es de día, pero que no es de noche. En el Tlélat se encuentra la pequeña estación de postigos verdes, con el gran reloj...

... Ahora, El Tlélat cuando llueve...

... Santa Bárbara del Tlélat, vos, que sois indiferencia, equivalencia y disponibilidad, guardadnos de nuestras

elecciones demasiado precipitadas y dejadnos esa libertad exclusiva que lleva el nombre de despojamiento. Dentro de unos minutos aparecerá Orán, el peso de una vida carnal y sin esperanza. Santa Cruz inmóvil y el olor de anís en las calles de Mers-el Kébir. Volverán las «Viejas Curas», que el café Cintra sirve con hielo picado, las oranesas cuyos tobillos son un poco gruesos y que andan siempre con la cabeza al aire. Santa Bárbara, preservada a las oranesas hasta el umbral de su vejez y reemplazadas entonces por muchas otras semejantes que se pasearán también bajo los árboles de la vieja prefectura. Impedid, Santa Bárbara, que las oranesas piensen en Argel y en París, y enseñadles la verdad de este mundo que es la de no poseer ninguna. Vos, que sois como un muelle donde soñando se fuma un cigarrillo mientras se espera el silbato que volverá a lanzarnos hacia los paisajes de la tierra, sabéis que no suelo ser religioso. Pero cuando lo soy, sabéis que no tengo necesidad de Dios y que no puedo serlo sino en el momento en que quiero jugar a serlo, porque un tren va a partir y mi oración no tendrá mañana. Santa Bárbara, vos que sois un punto en el espacio de la línea Orán-Argel, más cerca de Orán, muy cerca de Orán, y una parada en el tiempo que me encamina hacia Orán, vos, tan carnal y tan precisa, tan terrestre y tan cardinal, sed por unos instantes la santa de un incrédulo y la consejera de un inocente.

\*

Orán. Ciudad extravagante donde las zapaterías exponen horribles modelos en yeso de pies torturados, donde los matasuegras están próximos en los escaparates de las billeteras tricolores, donde todavía se puede encontrar extraordinarios cafés, con mostrador barnizado de mugre y espolvoreados de patas y alas de moscas, donde os sirven en vasos desportillados. Felices cafés de un país feliz donde una tacita cuesta 60 céntimos y un café doble 90. En una tienda de antigüedades, una innoble virgen tallada en madera, de sonrisa indecente, firmada por un

ilustre desconocido. Pero a sus pies, para que nadie lo ignore, la gerencia puso un rótulo: «Virgen de madera, por Maya.» Las casas de fotografías exponen rostros sorprendentes, desde el marino oranés con el codo apoyado sobre una consola, hasta la muchacha casadera, curiosamente ataviada, sobre un fondo silvestre, pasando por el auténtico producto de Orán, el joven apuesto, pelo pegado, adornado de una boca como una zanja de defensa pasiva.

Ciudad sin igual y fácil con su desfile de muchachas imperfectas y conmovedoras, rostros sin afeites, incapaces de adobar la emoción, simulando tan mal la coquetería que la astucia queda enseguida al descubierto.

Café de Apolo, Casa Milo, pequeños bares, tranvías en forma de barquilla, pasteles del siglo XVIII apoyados en un borrico mecánico de peluche, agua de Provenza para hacer aceitunas verdes, ramos patrióticos de las floristas. ¡Orán, Chicago de nuestra absurda Europa!

Santa Cruz, cincelada en la peña, las montañas, el mar liso, el viento violento y el sol, las grandes grúas y las rampas gigantescas que suben por el peñón de la ciudad, los tranvías, los puentes y los hangares, uno se da cuenta, sin embargo, que allí hay grandeza.

\*

Con frecuencia oí a los oraneses quejarse de su ciudad. «No hay ambiente interesante.» ¡Ah, diablos, no lo querríais! Cierta grandeza no se presta a la elevación. Es infecunda por esencia. Mantiene al hombre en su condición. Dejad, pues, los ambientes y bajad a la calle. (Pero Orán no está hecho para los oraneses.)

\*

Orán. Canastel y el mar inmóvil al pie de los acantilados rojos. Dos cabos soñolientos y macizos en el agua clara. El ruidito de un motor que sube hacia donde estamos. Y un guardacostas que avanza imperceptiblemente en el mar resplandeciente, bañado de luz radiante.

Un exceso en la indiferencia y la belleza, la llamada de fuerzas inhumanas y centelleantes. Sobre la meseta cólicos de color exquisito y de carne nerviosa.

\*

La bahía de Mers-el-Kébir y el camino bajo los almendros en flor; el dibujo perfecto de la bahía —su extensión *media*— el agua como una lámina de metal azul. Indiferencia.

*Id.* por encima la fábrica de tejas. Rojo y azul. Transparencia de las cosas. Indiferencia.

\*

#### *Noviembre*

En presencia de Borgia, elegido papa, se enciende tres veces un fuego de estopa para recordar a ese amo del mundo que la gloria del mundo es pasajera.

Impartía justicia de un modo «admirable» (Burchard).

\*

Inocencio VIII, a quien un *medium* judío había hecho beber leche de mujer mezclada con sangre humana...

Fernando de Nápoles, que embalsama los cadáveres ajusticiados de sus enemigos para «adornar sus aposentos».

Alejandro y Lucrecia Borgia, que protegían en toda ocasión a los judíos. Alejandro divide el mundo entre españoles y portugueses trazando una línea recta desde las Azores al polo austral. El mundo no vale más que eso.

\*

#### *Según Burchard*

Después del asesinato del duque de Gandía, su hijo, Alejandro VI, no salía del estupor de una pena atroz. Con la mirada fija había contemplado el despojo inerte y sanguinolento; luego se encerró en su habitación, donde se le oyó sollozar.

Estuvo sin comer y sin beber desde el jueves hasta el sábado y sin dormir hasta el domingo.

César Borgia. Siendo robusto, sufría «accidentes de salud», abscesos que lo clavaban a la cama, «presentimientos fúnebres acosaban a esa joven gloria.» Interrumpía entonces su trabajo con placeres violentos. Dormía de día —trabajaba de noche—. «Aut Caesar aut nihil.»

\*

#### *29 de noviembre*

Novela. No llega a nada y no llegará a nada porque se dispersa, porque no sabe elegir entre sus deberes y no se realiza una obra de arte si no...

Está explicado enteramente por sus costumbres. Su costumbre más fatal: quedarse en cama. Es más fuerte que él. Y lo que quiere, lo que sueña, lo que admira es lo contrario. Quiere una obra nacida de lo contrario de la costumbre; las resoluciones que toma.

\*

#### *29 de noviembre*

La exaltación de lo diverso, de la cantidad, en particular de la vida de los sentidos y del abandonarse a los movimientos profundos, no es legítima si no se dan pruebas de desinterés respecto del objeto.

Está también el salto en la materia, y muchos hombres que exaltan los sentidos no lo hacen sino porque son sus esclavos. Aquí también el buitre es abrasado.

De ahí la necesidad absoluta de haber dado pruebas, por ejemplo, de castidad, de haberse tratado con rigor. Antes de toda empresa teórica que apunta a la glorificación de lo inmediato, se impone *un mes* de ascesis en todos los sentidos.

Castidad sexual.

Castidad en el pensamiento: prohibir a los deseos extraviarse, al pensamiento dispersarse.

Un solo tema —constante— de meditación: rechazar el resto.

Un solo trabajo a hora fija, continuo, sin desfallecimientos, etc. (ascesis moral también).



Un solo desfallecimiento y todo se desmorona: práctica y teoría.

\*

El palacio Schifanoia, en Ferrara, construido por Alberto de Este para «esquivar el hastío».

Los Este.

Hipólito, que mandó arrancar los ojos a su hermano Julio porque la mujer que amaba dijo «preferir los ojos de Julio al cuerpo de Hipólito».

Julio y Fernando que quieren asesinar a Hipólito y a Alfonso de Este. Descubiertos, condenados e indultados sádicamente sobre el cadalso. Pero treinta y cinco años de calabozo para Fernando, que murió allí, cincuenta y cuatro para Julio, que salió loco.

Alfonso de Este, que mandó fundir una estatua de Julio II hecha por Miguel Ángel para hacer con ella un cañón.

Cfr. Gonzague Truc. «No edificaban sino para ellos mismos y, temiendo ser eclipsados por la obra, no la insertaban con humildad en el sentido de la obra misteriosa del mundo (?), no la alimentaban con valores eternos (?), condenándola así a desaparecer tan pronto como nacía. De ellos mismos no subsistía más que nombres altivos y malditos.» *Justamente*.

\*

#### Bibliografía Borgia.

Louis de Villefosse (*Maquiavelo y nosotros*, 1937).

Rafael Sabatini (*César Borgia*, 37).

Fred Bérence (*Lucrecia Borgia*, 37).

Gab. Brunet (*Sombras vivientes*, 36).

L. Collison-Morley (*Historia de los Borgias*).

Charles Benoist (*Maquiavelo*).

El *Diario* de Jean Burchard (ed. Turmel, 1933), etc.

\*

1940

Las tardes en la terraza de «Las Dos Maravillas». La palpitación del mar que se adivina en lo profundo de la noche. El temblor de los olivos y el olor a humo que sube de la tierra.

Las rocas en el mar cubiertas de gaviotas blancas. Su masa gris alumbrada por la blancura de las alas, como cementerios flotantes y luminosos.

\*

Novela.

Esa historia que comenzó sobre una playa ardiente y azul, en los cuerpos bronceados de dos seres jóvenes —baños, juegos de agua y sol—, tardes de verano en los caminos de las playas con el olor a fruta y humo en la profundidad de la sombra, el cuerpo y su relajamiento en los vestidos livianos. La atracción, la embriaguez secreta y tierna en un corazón de diecisiete años.

—Terminada en París con el frío o el cielo gris, las palomas entre las piedras negras del Palais-Royal, la ciudad y sus luces, los besos rápidos, la ternura enervante e inquieta, el deseo y la sabiduría que asoma a un corazón de hombre de veinticuatro años— el «quedemos como amigos».

*Id.* Esa otra historia comenzada durante una noche fría y tormentosa, de espaldas al suelo entre los cipreses ante un cielo atravesado de estrellas y de nubes;

—Continuada en las colinas de Argel o delante del puerto misterioso y vasto.

—Casbah miserable y magnífica, cementerio de El Kettar, inclinando todas sus tumbas hacia el mar, labios cálidos y blandos entre las flores de granado y una tumba —árboles, colinas, subida hacia la Bouzareh seca y pura y, vueltos hacia el mar, el sabor de los labios y los ojos llenos de sol.

Esto no comienza en el amor sino en el deseo de vivir. ¿Tan lejos está el amor cuando, en la gran casa cuadrada,

sobre el mar, los dos cuerpos se juntan y se estrechan después de haber subido en el viento y, cuando, desde el fondo del horizonte, la respiración sorda del mar sube hacia esa habitación aislada del mundo? Noche maravillosa en que la esperanza de amor no se separa de la lluvia, del cielo y de los silencios de la tierra. Justo equilibrio de dos seres unidos por lo exterior y vueltos semejantes por una común indiferencia a cuanto no fuese ese momento en el mundo.

Ese otro momento que es como una danza; ella con vestido de fiesta, él con traje de bailarín.

\*

Los primeros almendros en flor sobre el camino, delante del mar. Una noche bastó para que se cubrieran de esa nieve frágil; cuesta imaginar que pueda resistir el frío y esa lluvia que empapa todos los pétalos.

\*

En el trolebús.

La vieja señora que tiene cara de alcahueta pero que lleva una cruz entre los senos ausentes:

«Las mujeres honestas saben estar en su sitio. No son como esas mujeres que se aprovechan de la guerra. Ido el marido, reciben la pensión y entonces lo engañan. Mire, conozco una que me dijo: "Por mí que revienta en el frente. En la vida civil era malo. La guerra no lo cambiará." En vano le dije: "Ahora que está en el frente tiene que perdonarlo", no hubo nada que hacer. Pero, señor, las malas mujeres son así. Lo llevan en la sangre, lo llevan en la sangre, le digo que lo llevan en la sangre.»

\*

Febrero

Orán. De muy lejos, a partir de Valmy, se divisa la montaña de Santa Cruz desde el tren, con su muesca profunda en plena tierra y la misma catedral como un dedo de piedra alzado en el cielo azul.

En la esquina del boulevard Gallieni hay que hacerse lustrar los zapatos a las diez de la mañana. Un viento fresco, el sol claro, hombres y mujeres apresurados y, encaramado en los altos sillones, la extraordinaria satisfacción que se siente al contemplar el trabajo de los limpiabotas. Todo está perfecto, esmerado, llevado al mínimo detalle. En un momento dado podría creerse que la asombrosa operación está terminada, al verlos manejar los cepillos suaves y contemplar el lustre definitivo de los zapatos. Pero entonces la misma mano encarnizada vuelve a pasar crema por la superficie brillante, la empaña, la frota, hace penetrar la crema hasta las profundidades de la piel y bajo el cepillo brota el doble y verdaderamente definitivo brillo salido de las profundidades del cuero.

\*

La casa del colono que expresa a la vez una metafísica, una moral y una estética. Pieza montada rematada en un *pschent* egipcio. Curioso mosaico de estilo bizantino, no se sabe por qué, donde encantadoras enfermeras con sandalias llevan canastas de uvas y donde todo un cortejo de esclavos vestidos a la usanza antigua se apresura hacia un elegante colono con casco colonial y corbata de pajarita.

\*

La calle de Austerlitz y sus judíos centenarios. Cada acción, una pequeña escena de teatro.

\*

Los trajes sastre, según Marie-Christine, deben ser "not only fashionable but always up to date". Los laxantes no «son sino el último recurso. Una evacuación forzada no logra el efecto deseado».

\*

Tal es el espesor de los acantilados desde lo alto de la carretera de cornisa que, a fuerza de maravilla, el paisaje

resulta irreal. El hombre se encuentra proscrito, hasta el punto de que tanta belleza agobiadora parece provenir de otro mundo.

\*

Pequeña plaza de la Perle donde juegan los niños a las dos de la tarde. Mezquita, minaretes, bancos, un poco de cielo. La radio española cuya voz tiritita. Lo que amo aquí es una hora que no es ésta sino otra que presiento, en que el calor abandona el cielo de verano, serenando la pequeña plaza donde militares y mujeres pasean a la redonda por la tarde mientras el olor de anís atrae a los hombres hacia los bares.

\*

Novela de mujeres: Un solo tema: la sinceridad.

\*

«Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible» (Píndaro, *Pítica III*).

\*

Personajes.

El viejo y su perro. Ocho años de odio.

El otro y su tic de lenguaje: «Era encantador, diré más, agradable.»

«Un ruido ensordecedor, diré más, estridente.»

«Es eterno, diré más, humano.»

A. T. R.

\*

Una mañana al sol y los cuerpos desnudos. Ducha, luego calor y luz.

\*

*Febrero*

Ese rostro florentino que cuenta su amor y su pasado doloroso. ¿Qué parte corresponde al juego? ¿Qué parte,

también, a la emoción, tan grande, tan devastadora en ciertos momentos, tan tenue en otros?

M. —como el alma de París. Esta mañana al sol y la ciudad llena de luces— sus ojos como la ciudad y esa vida fácil. «O dolore dei tuoi martiri, o diletto del tuo amore».

«Ella no representa un amor, sino una oportunidad de vida; todo lo que no es exilio, todo lo que es aceptación de la vida. Y nunca una oportunidad de vida tuvo rostro tan conmovedor. ¿Quién puede estar seguro de amar? Pero todos saben reconocer la emoción. Esa canción, ese rostro, esa voz profunda y suave, esa vida ingeniosa y libre, es todo lo que aguardo y espero. Y si renuncio a ello, permanecen, sin embargo, como tantas promesas de liberación y como esa imagen de sí mismo de la cual no puedo desprenderme.»

\*

*Marzo*

¿Qué significa ese súbito despertar —en esa habitación oscura— con los ruidos de una ciudad de pronto ajena? Y todo me es ajeno, todo, sin un ser que sea mío, sin un lugar donde cerrar esta llaga. ¿Qué hago aquí, a qué vienen estos gestos, estas sonrisas? No soy de aquí —tampoco de otra parte—. Y el mundo ya no es sino un paisaje desconocido donde mi corazón ya no encuentra apoyo. Extranjero, ¿quién puede saber lo que esta palabra significa?

\*

Ajeno, reconocer que todo me es ajeno.

Ahora que todo está claro, esperar y no escatimar nada. Trabajar al menos para perfeccionar a la vez el silencio y la creación. Todo el resto, todo el resto, ocurra lo que ocurra, es indiferente.

\*

Noche: Acontecimientos. Personajes. Reacciones personales.

\*

Trouville. Una meseta cubierta de asfódelos frente al mar. Pequeños chalés con empalizadas verdes o blancas, con porches, algunos ocultos bajo los tamariscos, otros, desnudos en medio de las piedras. El mar ruge un poco, allá abajo. Pero el sol, el viento suave, la blancura de los asfódelos, el azul ya duro del cielo, todo permite imaginar el verano y su juventud dorada, sus muchachas y muchachos tostados, las pasiones nacientes, las largas horas al sol y la súbita suavidad de las noches. Qué otro sentido encontrar a nuestros días sino la lección de esta meseta: un nacimiento y una muerte y, entre los dos, la belleza y la melancolía.

\*

R. C. Uno de esos individuos de quienes se dice que van a escondidas a los urinarios públicos. Y luego no es así, su actitud no obedece a una teoría; la grandeza del hombre consiste en sentir lo que lo degrada. Y de golpe somos nosotros los que estamos asqueados.

\*

S., que quiere escribir el diario de una novela que su autor no ha escrito.

\*

Cada vez más, ante el mundo de los hombres, la única reacción posible es el individualismo. El hombre es en sí mismo su propio fin. Todo lo que se intenta para el bien de todos acaba en un fracaso. Aun si se quiere, no obstante, intentarlo, es conveniente hacerlo con el desprecio requerido. Retirarse del todo y jugar su propio juego. (Idiota.)

\*

El hombre que recibe una carta del marido de la mujer de quien es amante. En esa carta el marido proclama su amor y confiesa que antes de entregarse a la ira quiere dirigirse directamente a su rival. Lo que el amante teme

es la ira. De ahí que admire el rapto de generosidad del marido. Y cuanto más miedo tiene, más lo dice. Insiste. Su papel, desde luego, es el más lucido. Dejará todo, sólo en reconocimiento de aquel rapto de generosidad se sacrificará —sin protesta—, él vale mucho menos. Por otra parte, sólo a medias cree en todo eso. Pero también hay que contar con el miedo a las bofetadas.

Un perro en el chalé. S. lo acoge a pesar de su madre. El perro roba dos anchoas. La madre lo persigue y el perro huye despavorido, mientras S. dice: «Quédate, quédate. No te asustes.»

Después: S. —El pobre perro creía ya en el paraíso.

La madre: —Yo también creí en paraísos y nunca los he visto.

S.: —Sí, pero él ya había entrado.

\*

Descenso hacia el mar por encima de Mers-el-Kébir. La línea de colinas y acantilados que rodean la bahía. Corazón insensible.

\*

Marsella. La feria: «¿La vida? ¿La Nada? ¿Ilusiones? Pero la verdad en cualquier caso.» Bombo. Bum, bum, entrad en la Nada.

\*

En el alba de los tiempos modernos: ¿Todo está consumado? De acuerdo; por tanto, comencemos a vivir.

\*

*París. Marzo de 1940*

Lo que tiene París de odioso: la ternura, el sentimiento, la horrorosa sentimentalidad que encuentra bonito lo que es hermoso y hermoso lo que es bonito. La ternura y la desesperación de los cielos brumosos, de los techos brillantes, de esa lluvia interminable.

Lo que causa exaltación: la terrible soledad. La gran ciudad, como remedio a la vida de sociedad. Es en el fu-

turo el único desierto disponible. El cuerpo aquí carece ya de prestigio. Está cubierto, oculto bajo pieles informes. No queda sino el alma, el alma con todos sus desbordamientos, sus embriagueces, sus intemperancias de emoción llorona y el resto. Pero el alma también con su única grandeza: la soledad silenciosa. Cuando se ve París desde lo alto de la Butte como un monstruoso vaho bajo la lluvia, una hinchazón informe y gris de la tierra, y se vuelve uno entonces hacia el Calvario de Saint Pierre de Montmartre, se siente el parentesco entre un país, un arte y una religión. Todo el contorno de esas piedras se estreмеce, todos los cuerpos crucificados o flagelados llenan el alma con la misma emoción despavorida y mancillada que la ciudad.

Pero, sin embargo, el alma no tiene nunca razón y aquí menos que en otra parte. Pues los rostros más espléndidos que haya dado a esta religión tan preocupada por el alma están tallados en piedra a imagen de la carne. Y ese dios, si os conmueve, es por su rostro de hombre. Singular limitación de la condición humana que le imposibilita salir de lo humano, que confiere la apariencia del cuerpo a aquellos símbolos que pretenden negarlo. Lo niegan pero les otorga sus prestigios. Sólo el cuerpo es generoso. A ese legionario romano lo sentimos vivo a causa de esa nariz prominente o de esa espalda gibosa, a aquel Pilatos a causa de esa expresión de tedio ostensible que la piedra conserva a través de los siglos.

El cristianismo, en ese sentido, lo ha comprendido. Y si nos ha conmovido tan hondamente es por su Dios hecho hombre. Pero su verdad y su grandeza cesan ante la cruz, en el momento en que proclama su abandono. Arranquemos las últimas páginas del Evangelio y he aquí que se nos propone una religión humana, un culto de la soledad y de la grandeza. Su amargura la vuelve desde luego insoportable, pero ahí radica su verdad y la mentira de todo lo restante.

De ahí que saber permanecer solo en París, durante un año, en una habitación miserable, enseñe más al hombre que cien salones literarios y cuarenta años de expe-

riencia de la «vida parisina». Es algo duro, espantoso, a veces atormentador y siempre lindando con la locura. Pero en esa vecindad la calidad de un hombre debe temerse y afirmarse —o perecer—. Y si perece, es porque no era lo suficientemente fuerte para vivir.

\*

Eisenstein y las Fiestas de la Muerte en México.

Las máscaras macabras para entretener a los niños, las calaveras de azúcar que mordisquean con deleite. Los niños ríen con la muerte, la encuentran alegre, la encuentran dulce y azucarada. También «muertitos». Todo acaba con «Nuestra amiga la Muerte».

\*

París.

La mujer del piso de arriba se suicidó arrojándose al patio de la casa. Tenía 31 años, dijo un inquilino; era bastante para vivir y, si vivió un poco, podía morir. En la casa aún persiste toda la sombra del drama. Bajaba a veces y pedía a la patrona quedarse a cenar. Solía besarla de repente, por necesidad de una presencia y de calor humano. Eso termina con una grieta de seis centímetros en la frente. Antes de morir, dijo: «¡Por fin!»

\*

París. Los árboles negros en el cielo gris y las palomas color de cielo. Las estatuas en el césped y esa elegancia melancólica...

El vuelo de las palomas como un chasquido de ropa que se despliega. Su arrullo en el césped reverdecido.

\*

París. Los pequeños cafés a las cinco de la mañana, el vaho sobre los cristales, el café hirviendo, el público del mercado de Les Halles y los asentadores, la copita mañanera y el *beaujolais*.

La Chapelle. Brumas —vías aéreas y farolas.

\*

Léger. Esa inteligencia, esa pintura metafísica que vuelve a pensar la materia. Es curioso que lo único permanente sea justamente lo que confería la *apariencia*: el color.

\*

El individuo en la cervecería que oye a una señora llamar por teléfono a su número, preguntar por su nombre. Él contesta del otro lado de la línea y ella le habla como si él estuviera allá (familia, detalles concretos, etcétera). Él no comprende. Sucede así.

\*

*Sin mañana*

«Las obras de las cuales habla aquí J. M. fueron quemadas. Pero se entiende perfectamente que lo mismo hubiera podido publicarlas y que no había por tanto sino indiferencia o contradicción, lo que es volver a lo mismo.» S. L.

\*

Para dar la puntuación y la respiración, escribirla a lo largo de mi vida. «Hoy tengo 27 años», etcétera.

\*

Hacer un sistema de notas por comentarista (o prólogo que las resuma).

\*

El soldadito español en el restaurante. Ni una palabra de francés y ese deseo de calor humano cuando se dirige a mí. Campesino de Extremadura, combatiente republicano, campo de concentración de Argelès, alistado en el ejército francés. Cuando pronuncia el nombre de España, todo su cielo está presente en sus ojos. Tiene ocho

días de permiso. Vino a París, que lo machacó en pocas horas. Sin saber una palabra de francés, perdiéndose en el metro, extranjero; extranjero a todo lo que no sea su tierra, su dicha será volver a encontrar a sus amigos del regimiento. Y aun si debe morir bajo un cielo encapotado, en medio del lodazal, será al menos junto a los hombres de su tierra.

\*

*Abril*

En La Haya. El hombre que vive en una pensión ignorando que es un prostíbulo. Nunca hay nadie en el comedor. Baja en batín. Entra un señor con chaqué y chistera. Tieso, meticuloso y negro. Pide una comida muy buena. La paloma del comedor arrulla. Luego el hombre se va, dejando sobre la mesa el precio de la comida. Silencio repentino. El mozo vuelve y de pronto se desespera. El negro se llevó la paloma bajo el clac.

\*

Novela (2.<sup>a</sup> parte— consecuencias).

El hombre (J. C.) fijó tal día para morir, bastante próximo. Su sorprendente e inmediata superioridad sobre las fuerzas sociales y las otras.

\*

El militarcito en el metro. Unos cuarenta años. Quiere obtener una cita con una muchacha bastante joven. «Tal vez podría ir a verla si paso por allá uno de estos días. —No, mi hermano se enojaría conmigo. —Ah, sí, evidentemente, es natural, tiene usted razón. ¿Pero puedo escribirle? —No, preferiría darle una cita.» Se entusiasma con esta aquiescencia directa que trataba de obtener por medios indirectos. «Ah, bien, eso es, eso es. Sí, tiene razón, toda la razón, es preferible. Y bien, veamos. Mañana es lunes. Sí, lunes. Veamos, ¿alrededor de qué hora? Busco, sabe, porque en esta profesión... Veamos, sí, mañana es lunes. Y bien, ¿a las cinco?

ELLA (siempre directa).— ¿No puede después de cenar?

ÉL (siempre superado).— Sí, claro que sí, tiene usted razón.

ELLA.— A las ocho.

ÉL.— Sí, sí, a las ocho. ¿En la Terrasse, le parece?

ELLA.— Sí.

Él se calla. Pero de pronto nos damos cuenta que está con un pánico que no quiere confesar. Tiene necesidad de tomar precauciones contra la posible pérdida de una aventura que de pronto se volvió tan fácil y tan valiosa. «¿Y si hubiera un impedimento, podría escribirle? —No, prefiero que no. —Y bien, podríamos arreglar otra cita en caso que hubiera un impedimento. —Sí, el jueves a las ocho en el mismo lugar.» Está contento, pero de pronto tiene miedo que esa nueva cita reste valor a la del día siguiente. —«Pero mañana, ¿no es verdad, a las ocho sin falta? No es sino por algún contratiempo. —Sí», dice la otra. Ella baja en La Concorde y él en Saint-Lazare.

\*

Pintor que va a Port-Cros para pintar. Y todo es tan bonito que compra una casa, coloca sus cuadros y no los toca más.

\*

Sentir en *Paris-Soir* todo el corazón de París y su abyecto espíritu de modistilla. La buhardilla de Mimí se convirtió en rascacielos, pero el corazón es el mismo. Está podrido. La sentimentalidad, lo pintoresco, la complacencia, todos esos refugios viscosos donde el hombre se protege en una ciudad tan dura para el hombre.

\*

No escribiríais tanto sobre la soledad si supierais sacar el máximo partido de ella.

\*

«Soy, dice, un olfativo. No hay arte que se dirija a este sentido. Sólo la vida.»

\*

Novela breve. Sacerdote feliz con su suerte en una campiña provenzal. Accidentalmente asiste a un conde-nado a muerte en sus últimos momentos. Pierde la fe.

\*

### *Abril*

Prólogo Terracini— ... Muchos de entre nosotros sentimos también nostalgia de esa inclinación por el exilio. Esas tierras de Italia y de España han formado tantas almas europeas que pertenecen un poco a Europa, a esa Europa de espíritus que prevalecerá sobre todas aquellas que se forjarán por las armas. Quizá sea ése el significado de estas páginas. Pero esa actualidad ya era valedera hace doscientos años. Lo es aún. Y no hay que desesperar de que su juventud esté todavía viva el día en que las flores terminen por renacer de entre las ruinas.

\*

2.<sup>a</sup> serie. Para Don Juan. Ver Larousse: los monjes franciscanos lo asesinaron y lo hicieron pasar como fulminado por el Comendador. Último acto. Discurso de los franciscanos al pueblo: «Don Juan se convirtió», etc. «Gloria a Don Juan.»

Penúltimo acto: provocaciones del Comendador, que no viene. Amargura de tener razón.

\*

2.<sup>a</sup> serie. Para Don Juan.

(El padre y Don Juan entran en el vestíbulo de Don Juan y éste acompaña al monje hasta la puerta.)

Comienzo I:

El padre franciscano: ¿No creéis, por tanto, en nada, Don Juan?

Don Juan: Sí, padre, en tres cosas.

El padre: ¿Se puede saber cuáles?

Don Juan: Creo en el valor, en la inteligencia y en las mujeres.

El padre: Habrá, por tanto, que desesperar de vos.

Don Juan: Sí, si hay que compadecer a un hombre feliz. Adiós, padre.

El padre (en la puerta). Rogaré por vos, Don Juan.

Don Juan: Os lo agradezco, padre. Quiero ver en ello una forma de valor.

El padre (con suavidad): No, Don Juan, se trata solamente de dos sentimientos que os obstináis en no reconocer: la caridad y el amor.

Don Juan: No conozco sino la ternura y la generosidad, que son las formas viriles de esas virtudes femeninas. Adiós, padre.

El padre: Adiós, Don Juan.

\*

Mayo

*El extranjero* está terminado.

\*

El admirable Misántropo, con sus groseros contrastes y sus personajes tipos.

Alceste y Philinte.

Célimene y Eliante.

La monotonía de Alceste —la absurda consecuencia de un carácter llevado hasta el extremo— que constituye todo el tema. Y el verso, «el mal verso», apenas escandido como la monotonía misma del personaje.

\*

Éxodo.

Clermont. La casa de locos y su extraño reloj. Las ma-  
drugadas sucias a las cinco. Los ciegos —el loco del in-  
mueble que grita todo el día—, este mundo en pequeña  
escala. Todo el cuerpo vuelto hacia dos polos: el mar o  
París. Es en Clermont donde podemos conocer París.

\*

Septiembre

Terminada primera parte de Absurdo.

El hombre que arrasa su casa, quema sus campos y los  
cubre de sal para no cederlos.

\*

Hombrecito del Banco de Francia. Trasladado a Cler-  
mont, trata de tener los mismos hábitos. Casi lo logra,  
pero con un imperceptible desplazamiento.

\*

Octubre de 1940. Lyon

Santo Tomás (vasallo él mismo de Federico) reconoce  
a los vasallos el derecho a la rebelión. Cfr. Baumann: *Pol-  
ítica de Santo Tomás*, pág. 136.

\*

El último Carrara, prisionero en una Padua evacuada  
por la peste y sitiada por los venecianos, recorría gritan-  
do todos los salones de su palacio: llamaba al diablo y le  
pedía la muerte.

En Siena, sin duda, un *condottiero* salva la ciudad. Pi-  
de todo. Razonamiento del público: «Nada lo recompen-  
sará bastante, ni siquiera el poder supremo. Matémoslo.  
Luego lo adoraremos.» Así se hizo.

Juan Pablo Baglione, de quien Maquiavelo dijo que  
perdió la oportunidad de volverse inmortal al dejar esca-  
par la de asesinar al papa Julio II.

Burchard: «La infamia, la impiedad, el talento militar y  
la cultura intelectual se encontraban reunidas en J. Mala-  
testa (muerto en 1417).»

Felipe María Visconti, *condottiero* de Milán, nunca  
quería oír hablar de la muerte y pedía que se hiciera de-



saparecer de su vista a sus favoritos agonizantes. Y Burchard, sin embargo: «Murió con nobleza y dignidad.»

En la tumba de Dante, en Rávena, el pueblo quitó los cirios del altar para honrarlo. «Eres más digno que el otro, el crucificado.»

\*

Novela breve: seguir el curso del Ródano y el Saona. El uno salta, el otro vacila y termina por reunirse con aquél, perdiéndose en su ímpetu. Dos seres paralelos descienden de ellos.

\*

Novela breve: historia Y.

\*

Ternay. Pequeña aldea desierta y fría, que domina al Ródano. Cielo gris y viento helado como un vestido suave. Las altas tierras baldías. Algunos surcos negros y el vuelo de los cuervos. Pequeño cementerio abierto en pleno cielo: todos fueron buenos esposos y buenos padres. Todos dejaban añoranzas eternas.

\*

La vieja iglesia con una copia de Boucher. La sillera: tuvo tanto miedo cuando vinieron los bombarderos alemanes. Ya en la última guerra, el municipio tuvo treinta muertos. Ahora sólo hay dieciocho prisioneros, pero es penoso, sin embargo. Dentro de un rato habrá una boda: dos jóvenes. La maestra es una refugiada de Alsacia, no tiene noticias de sus padres. «¿Cree, señor, que esto terminará pronto?» Su hijo murió en la guerra del 14. Fue a buscar su cuerpo herido y lo halló cerca de la retirada del Marne. Lo trajo y murió en su casa. «No olvidaré nunca lo que vi.»

Afuera, el mismo cielo y el mismo frío. Las labranzas están tibias y abajo el río fluye, quieto y reluciente, con

un estremecimiento de tanto en tanto. Un poco más lejos, la sala de espera de una pequeña estación en Serresin. Iluminación de guerra, sombra sobre los carteles que invitaban a vivir feliz en Bandol. La estufa apagada y el riego matutino a las ocho han quedado calcados sobre las frías losas. Una hora de espera con el fragor lejano de los trenes y el viento nocturno sobre el valle. Tan aislado y tan próximo. Uno toca aquí su libertad y qué horrible parece. Solidario, solidario con este mundo en que las flores y el viento nunca permitirán perdonar el resto.

\*

*Diciembre*

(Egipto)

Los griegos — Los etruscos — Roma y su decadencia — Los alejandrinos y los cristianos — Sacro Imperio Romano Germánico y el pensamiento audaz — Provenza y cismas provenzales — Renacimiento italiano — Período isabelino — España — De Goethe a Nietzsche — Rusia.

India, China, Japón.

México — Estados Unidos.

Los estilos: de la columna dórica al arco de cemento por el gótico y el barroco.

Historia. Filosofía. Arte. Religión.

P. S. M.

\*

*Diciembre*

Los griegos. Historia — Literatura — Arte — Filosofía.

\*

Conscientemente o no, las mujeres utilizan siempre ese sentimiento del honor y de la palabra dada que está tan arraigado en los hombres.

\*

Los hijos de Caín, al natural. El padre, espectador del asesinato de Abel y que no lo impide. Pero Caín

crece en sufrimiento y fuerza. El padre ofrece su perdón, que Caín rechaza: «No quiero mirar más tu cara.»  
(O bien poema — *id.* Judá.)

\*

#### *Orán. Enero del 41*

Historia de P., el viejecito que arroja pedazos de papel del primer piso para atraer a los gatos. Luego les escupe encima y, cuando acierta, el viejo ríe.

\*

No hay lugar que los oraneses no hayan mancillado con alguna horrible construcción que podría deshonorar cualquier paisaje. Una ciudad que da la espalda al mar y que se edifica alrededor de sí misma a la manera de los caracoles. Al principio rondamos por ese laberinto buscando el mar como signo de Ariadna. Pero giramos en redondo por esas calles feas y sin gracia, y al final, el Minotauro devora a los oraneses: es el tedio.

Pero todo es en vano: una de las tierras más vigorosas del mundo hace estallar el desdichado decorado con que la cubren, lanza sus gritos violentos entre cada casa y por encima de todos los tejados. Y la vida que podemos llevar en Orán, más allá del tedio, es igual a esta tierra. Orán prueba que en los hombres hay algo más poderoso que sus obras.

No se puede saber lo que es la piedra si no se ha estado en Orán. En una de las ciudades más polvorientas del mundo, el guijarro y la piedra son reyes. En otras partes los cementerios árabes tienen una dulzura ya proverbial. Aquí, por encima del barranco del Raz el Aïn, frente al mar, recostados contra el cielo azul, son friables campos de piedras calizas cuya blancura ciega. En medio de esas osamentas de la tierra, un geranio rojo de trecho en trecho como la sangre fresca y la vida.

\*

Se escriben libros sobre Florencia y Atenas. Estas ciudades han formado tantos espíritus europeos que forzo-

samente tienen que tener un sentido. Conservan elementos con qué exaltar o enternecer. Calman cierta hambre del alma cuyo alimento es el recuerdo. Pero a nadie se le ocurriría escribir sobre una ciudad donde nada solicita al espíritu, donde la fealdad no tiene límites, donde el pasado está reducido a nada. Y, sin embargo, esa idea es a veces tentadora.

¿Qué hace que uno se apegue y se interese por algo que no tiene nada que ofrecer? ¿Cuáles son las seducciones de ese vacío, de ese tedio bajo un cielo implacable y magnífico? Puedo responder: la creatura. Para cierta raza de hombres la creatura, allí donde es bella, es una patria con mil capitales. Orán es una de ellas.

Café. Langostinos, «brochettes», caracoles cuya salsa excita al paladar, que luego se calma con un moscatel dulce y repugnante. Eso no se inventa. Al lado, un ciego canta «flamenco».

\*

Las colinas arriba de Mers-el-Kébir como un paisaje perfecto.

\*

*Servidumbre y grandeza militar.* Libro admirable que hay que leer en la edad madura.

«Montecuculli, quien, muerto Turenne, se retira, no dignándose ya a proseguir el combate con un adversario mediocre.»

El honor «es una virtud muy humana que puede considerarse engendrada por la muerte, sin recompensas después de la muerte; es la virtud de la vida».

\*

Orán. Barranco de Noiseux: largo camino entre dos vertientes secas y polvorientas. La tierra se resquebraja bajo el sol. Los lentiscos son del color de la piedra. Arriba, el cielo vierte regularmente su provisión de calor y de fuego. Poco a poco los lentiscos se agrandan y ver-

dean. Una hinchazón vegetal primero imperceptible, luego sorprendente. Al cabo de un camino muy largo los lentiscos poco a poco se vuelven robles. Todo a la vez crece y se suaviza, y, en un recodo brusco, un campo de almendros en flor: como agua fresca para la vista. Un vallecito como un paraíso perdido.

La ruta empinada que domina el mar. Carretera, pero abandonada. Ahora está cubierta de flores. Margaritas y botones de oro vuelven la ruta amarilla y blanca.

\*

24 de febrero del 41

Terminé *Sísifo*. Los tres Absurdos acabados.  
Comienzos de la libertad.

\*

15 de marzo de 1941

En el tren:

—¿Conoció usted a Camps?

—¿Camps? ¿Uno alto, con bigote negro?

—Sí, que estaba en las agujas, en Bel-Abbes.

—Sí, desde luego.

—Murió.

—¡Ah! ¿Y de qué?

—Del pecho.

—Mire usted, quién lo hubiera dicho.

—Sí, pero tocaba en el orfeón. Siempre soplando en un cornetín. Eso acaba a cualquiera.

—Sí, evidentemente. Cuando se está enfermo, hay que cuidarse. No se puede soplar en un cornetín.

\*

La señora que tiene aspecto de sufrir un estreñimiento de tres años: «Estos árabes que ocultan el rostro de sus hijas bajo un velo. ¡Ah, todavía no se han civilizado!»

Poco a poco nos revela su ideal de civilización: un marido de 1.200 francos mensuales, un apartamento de dos

habitaciones, cocina y dependencias, cine el domingo y un interior de *Galerie Barbès* en semana.

\*

El Absurdo y el Poder — profundizar (cfr. Hitler).

\*

18 de marzo del 41

Los altos de Argel desbordan de flores en primavera. El olor a miel de las rosas amarillas se desliza por las callejuelas. Enormes cipreses negros despiden desde sus copas destellos de glicinia y de espinos ocultos en su interior. Un viento suave, el golfo inmenso y plano. Deseo intenso y simple— y lo absurdo de abandonar todo esto.

\*

Santa Cruz y la subida a través de los pinos. El ensanchamiento continuo del golfo hasta la cima, donde la vista se pierde en la inmensidad. Indiferencia — y yo también tengo mis peregrinaciones.

\*

19 de marzo

La floración anual de las muchachas sobre las playas. Sólo tienen una estación. Al año siguiente son reemplazadas por otros rostros de flores que en la estación anterior eran todavía niñas. Para el hombre que las mira son olas anuales, cuyo peso y esplendor rompen sobre la arena amarilla.

\*

20 de marzo

A propósito de Orán. Escribir una biografía insignificante y absurda. A propósito de Caín, el insignificante desconocido que esculpió los insignificantes leones de la plaza de Armas.

\*

21 de marzo

El agua helada de los baños de primavera. Las medusas muertas sobre la playa: un gelatina que vuelve paulatinamente a la arena. Las inmensas dunas de arena pálida. — El mar y la arena, esos dos desiertos.

\*

El semanario *Gringoire* pide el traslado de los campos de refugiados españoles al extremo sur tunecino.

\*

Renunciar a esa servidumbre: la atracción femenina.

\*

Rosanov. «Miguel Ángel, Leonardo construyeron. La revolución les sacará la lengua y los degollará a la edad de doce o trece años, cuando manifiesten su personalidad, su alma propia.»

\*

«Privado de lo que es pecado, el hombre no podría vivir; no viviría sino demasiado bien privado de lo que es santo.» — La inmortalidad es una idea sin porvenir.

\*

Sakia-Muni, durante largos años, permaneció en el desierto, inmóvil y con los ojos fijos en el cielo. Los dioses mismos envidiaban esa sabiduría y ese destino de piedra. En sus manos tendidas y yertas anidaron las golondrinas. Pero un día volaron para no volver. Y aquel que había matado en sí deseo y voluntad, gloria y dolor, se echó a llorar. Las flores nacen así de las piedras.

\*

«They may torture, but shall not subdue me.»

\*

«El abate — ¿Pero por qué no vivir, no actuar con los hombres?»

«Manfred — Su sola existencia repugna a mi alma.»

\*

¿Cómo se gobierna un corazón? ¿Amar? Nada es menos seguro. Podemos saber lo que es el sufrimiento de amor, no sabemos lo que es el amor. Aquí es privación, nostalgia, manos vacías. No tendré el arrebató; me queda la angustia. Un infierno donde todo supone el paraíso. Con todo, un infierno. Llamo vida y amor a lo que me deja vacío. Despedida, obligación, ruptura, ese corazón sin luz desparramado en mí, el gusto salado de las lágrimas y del amor.

\*

El viento, una de las pocas cosas limpias del mundo.

\*

*Abril. 2.ª serie*

El mundo de la tragedia y el espíritu de rebeldía — Bujedovice (3 actos).

Peste o aventura (novela).

\*

*La peste liberadora*

Ciudad feliz. Se vive de acuerdo con sistemas diferentes. La peste: reduce todos los sistemas. Pero lo mismo mueren. Doblemente inútil. Un filósofo escribió allí «una antología de los actos insignificantes». Llevará, desde ese ángulo, el diario de la peste. (Otro diario, pero desde un ángulo patético. Un profesor de latín y griego. Comprende que hasta ese momento no había comprendido a Tucídides y Lucrecio.) Su frase favorita: «Según todas las probabilidades»: «La compañía de tranvías no puede disponer más que de 760 obreros en vez de 2.130. Según todas las probabilidades, la peste es responsable de ello.»

Un cura joven pierde la fe ante el pus negro que se escapa de las llagas. Trae sus óleos. «Si me salvo de ésta...» Pero no se salva. Todo debe pagarse.

Llevan los cuerpos en los tranvías. Largos convoyes llenos de flores y de muertos costean el mar. Pronto licencian a los cobradores; los viajeros ya no pagan.

La agencia «Ransdoc-SVP» da todas las informaciones por teléfono. «200 víctimas hoy, señor. Le cargamos dos francos en su recibo telefónico», «Imposible, señor, no hay coches fúnebres hasta antes de cuatro días. Diríjase a la Compañía de Tranvías. Le cargamos...» La agencia hace su publicidad por la radio: «¿Quiere saber el número diario, semanal, mensual de víctimas de la peste? Diríjase a Ransdoc — 5 números de teléfono: 353-91 y subsiguientes.»

Cierran las puertas de la ciudad. Mueren encerrados y en el hacinamiento. Un señor que no pierde, sin embargo, sus costumbres. Sigue vistiéndose para la cena. Uno a uno, los miembros de su familia desaparecen de la mesa. Él muere delante de su plato, siempre vestido. Como dice la criada: «Siempre algo se gana. No habrá necesidad de vestirlo.» Ya no los entierran, los arrojan al mar. Pero son demasiados, es como una espuma monstruosa sobre el mar azul.

Un hombre ama a una mujer y lee en su rostro los signos de la peste. Nunca la querrá tanto; pero nunca le disgustó tanto. Existe un divorcio en él. Pero siempre triunfa el cuerpo. El asco se apodera de él. La toma de la mano, la saca de la cama, la lleva a la habitación, luego al vestíbulo, atraviesan el corredor del inmueble, dos callejuelas hasta la calle ancha. La deja delante de una alcantarilla. «Después de todo hay otras.»

Al final, el personaje más insignificante se decide a hablar: «En cierto sentido, dice, es una plaga.»

\*

Mientras tanto: un opúsculo sobre Orán. Los griegos.

\*

Todo el esfuerzo del arte occidental es proponer tipos a la imaginación. Y la historia de la literatura europea no parece otra cosa que una serie de variaciones sobre esos tipos y esos temas dados. El amor raciniano es una variación sobre un tipo de amor que no tiene curso quizá en la vida. Es una simplificación: un estilo. Occidente no relata su vida cotidiana. Se propone sin cesar grandes imágenes que lo enardecen. Corre en pos de ellas. Quiere ser Manfred o Fausto, Don Juan o Narciso, pero la aproximación sigue siendo vana. Es siempre el afán de unidad que lo arrastra todo. Como resultado de la desesperación, se ha inventado el héroe cinematográfico.

\*

Las dunas frente al mar; la mañanita tibia y los cuerpos desnudos ante las primeras olas todavía negras y amargas. El agua resulta pesada de llevar. El cuerpo se zambulle en ella y corre por la playa bajo los primeros rayos de sol. Todas las mañanas de verano en las playas parecen las primeras del mundo. Las tardes de verano frente al mar eran desmesuradas. Los días de sol frente a las dunas, abrumadores. Caminar cien metros a las dos de la tarde, sobre la arena caliente, produce embriaguez. Uno caerá pronto desplomado. Ese sol mata. De mañana, belleza de los cuerpos bronceados sobre las arenas rubias. Terrible inocencia de esos juegos y de esas desnudeces en la luz saltarina.

De noche la luna vuelve las dunas blancas. Un poco antes, la tarde acusa todos los colores, los oscurece y los vuelve más violentos. El mar es ultramar, la carretera es roja, sangre coagulada, la playa amarilla. Todo desaparece con el sol verde, y la luna brilla en las dunas. Noches de felicidad sin medida bajo una lluvia de estrellas. ¿Lo que se estrecha contra sí, es un cuerpo o la noche tibia? Y aquella noche de tormenta en que los rayos corrían a lo largo de las dunas, palidecían, ponían sobre la arena y en los ojos resplandores anaranjados o blancuzcos. Son bo-

das inolvidables. Poder escribir: fui feliz durante ocho días.

\*

Hay que pagar y ensuciarse en el abyecto sufrimiento humano. El sucio, repugnante y viscoso universo del dolor.

\*

«Un lamento mezclado con sollozos reina solo mar adentro, hasta la hora en que la noche de rostro sombrío viene a detener todo» (*Los persas*—batalla de Salamina).

\*

En el año 477, para consagrar la confederación de Delos, arrojaban bloques de hierro al fondo del mar. El pacto de alianza debía ser respetado tanto tiempo como el hierro permaneciera en el fondo del mar.

\*

No se ha sentido bastante en política hasta qué punto cierta igualdad es enemiga de la libertad. En Grecia había hombres libres porque había esclavos.

\*

«Es siempre un gran crimen destruir la libertad de un pueblo con el pretexto de que hace uso indebido de ella» (Tocqueville).

\*

El problema, en arte, es un problema de traducción. Los malos escritores: aquellos que escriben teniendo en cuenta un contexto interior que el lector no puede conocer. Hay que ser dos cuando se escribe: lo primero, una vez más, es aprender a dominarse.

\*

Manuscritos de guerra, de prisioneros, de combatientes. Todos pasaron por experiencias indecibles y no han

sacado nada de ellas. Seis meses en una administración de correos no les hubiera enseñado menos. Repiten lo que dicen los diarios. Lo que han leído les impresiona mucho más que lo que han visto con sus propios ojos.

\*

«He aquí el momento de probar con actos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses» (*Ifigenia en Táuride*).

\*

«Quiero el imperio, la posesión. La acción es todo, la gloria nada» (*Fausto*).

\*

Para el hombre sabio el mundo no es secreto. ¿Qué necesidad tiene de extraviarse en la eternidad?

\*

La voluntad es también una soledad.

\*

Liszt, sobre Chopin: «No se servía del arte sino para representarse a sí mismo su propia tragedia.»

\*

### *Septiembre*

Todo puede arreglarse: es simple y evidente. Pero interviene el sufrimiento humano y cambia todos los planes.

\*

Vértigo de perderse y negar todo, de no parecerse a nada, de romper para siempre con lo que nos define, de ofrecer al presente la soledad y la nada, de volver a encontrar la plataforma única en que los destinos puedan de pronto recomenzar. La tentación es perpetua. ¿Hay que obedecerla o rechazarla? ¿Puede llevarse la obsesión

de una obra al vacío de una vida ronroneante, o hay por el contrario que igualar su vida, obedecer al relámpago? La Belleza, mi peor preocupación, junto con la libertad.

\*

J. Copeau. «En las grandes épocas no busquéis al poeta dramático en su gabinete de trabajo. Está en el teatro, en medio de sus actores. Es actor y director de escena.»

No estamos en una gran época.

\*

Sobre el teatro griego:

G. Meautis: *Esquilo y la trilogía.*

*La aristocracia ateniense.*

Navarre: *El teatro griego.*

\*

En la pantomima los actores ambulantes emplean un lenguaje incomprensible (esperanto de la farsa), no por el sentido sino por la vida.

Chancerel insiste justamente en la importancia del mimo. El cuerpo en el teatro: todo el teatro francés contemporáneo (salvo Barrault) lo ha olvidado.

\*

Constitución de los Zibaldone en la Commedia dell'Arte. (*Louis Moland: Molière y la comedia italiana.*) (Telón de telas aplicadas.)

Molière, agonizante, se hace llevar al teatro no queriendo privar de las ganancias de la representación a actores, músicos, tramoyistas, «que no contaban más que con un sueldo para vivir».

El libro de Chancerel interesante a pesar de un defecto: riesgo de desalentar. También es significativo ver a un hombre preocupado por la influencia moral del teatro aconsejar sin embargo un repertorio en que figuran los isabelinos. Se ha perdido la costumbre de esa inteligencia.

\*

Opinión de Nicolás Clément, bibliotecario de Luis XIV, sobre Shakespeare: «Este poeta inglés tiene una hermosa inspiración, se expresa de una manera sutil; pero esas buenas cualidades se ven oscurecidas por las obscenidades que mezcla en sus comedias.»

Ese gran siglo no fue tal sino por una mutilación del alma y del espíritu del cual Clément es la prueba. Durante ese tiempo el poeta inglés escribía magníficamente de Ricardo II: «Hablemos de tumbas, versos y epitafios.» Y Webster: «Un hombre es como el fruto de la cañafistula; para que desprenda su olor hay que tritularlo.»

\*

Las máscaras, diversión de circunstancias. Los bailarines trazan en el suelo, mediante sus pasos, las iniciales de los recién casados en honor de los cuales se ofrece la fiesta.

\*

«Oh! no, there is not the end; the end is death and maddnes» (Kyd: *La tragedia española*) y a los treinta años muere Marlowe de una puñalada en la frente, asesinado por un policía.

Cincuenta y tres piezas manuscritas de la colección Warburton (Philipp Massinger y Fletcher) quemadas por una cinta azul que envolvía sus borrones. Ésa es la conclusión.

\*

Cfr. Georges Conne: *El misterio shakespeariano* (Boivin). *Estado actual de los estudios shakespearianos* (Didier).

\*

Octubre

Peste. Bonsels, págs. 144 y 222.

1342. Peste negra en Europa. Se asesina a los judíos.

1481. La peste asola el sur de España. La Inquisición dice: los judíos. Pero un inquisidor muere a consecuencia de la peste.

\*

Discusiones en el siglo II sobre la apariencia personal de Jesús. San Cirilo y san Justino: para dar todo su sentido a la encarnación era preciso que tuviera un aspecto abyecto y repugnante. (San Cirilo: «el más horrible de los hijos de los hombres.»)

Pero el espíritu griego: «Si no es hermoso, no es Dios.» Los griegos vencieron.

\*

Sobre los cátaros: Douais: *Los herejes del Mediodía en el siglo XIII*.

\*

La hermosa Sembra. Denuncia a su padre que conspira contra la Inquisición, pues tiene un amante castellano y son «conversos» \*. Ella entra en el convento. Devorada de deseos, lo deja. Tiene muchos hijos. Se afea. Muere bajo la protección de un abacero; pide que su cráneo sea colocado encima de la puerta de su casa para recordar su mala vida. En Sevilla.

\*

Fue Alejandro Borgia quien primero se opuso a Torquemada. Demasiado listo y demasiado «distinguido» para soportar esa furia.

\*

Ver Herder. Ideas para servir a una filosofía de la Historia de la Humanidad.

\*

---

\* Sic en el texto original. (N. del T.)

Aquellos que crearon en pleno período de confusión: Shakespeare, Milton, Ronsard, Rabelais, Montaigne, Malherbe.

\*

Alemania carece desde su origen de sentimiento nacional. Lo que lo reemplazaba era una conciencia de raza creada íntegramente por sus intelectuales. *Mucho más virulento*. Lo que interesa al alemán es la política extranjera; al francés, la política interior.

\*

Sobre la monotonía.

Monotonía de las últimas obras de Tolstoi. Monotonía de los libros hindúes —monotonía de las profecías bíblicas—, monotonía del Buda. Monotonía del Corán y de todos los libros religiosos. Monotonía de Nietzsche —de Pascal — de Chestov — terrible monotonía de Proust, del marqués de Sade, etc.

\*

Durante el sitio de Sebastopol, Tolstoi salta las trincheras y huye hacia el bastión bajo el fuego cerrado del enemigo: tenía un miedo horrible de las ratas y había visto una.

\*

La política nunca puede ser el objeto de la poesía (Goethe).

Agregar a la Absurda cita de Tolstoi como modelo de lógica ilógica:

«Si todos los bienes terrenales por los cuales vivimos, si todos los goces que nos proporciona la vida, las riquezas, la gloria, los honores, el poder, nos son arrebatados por la muerte, esos bienes carecen de sentido. Si la vida no es infinita, es sencillamente absurda, no vale la pena de ser vivida y hay que deshacerse de ella lo antes posible por medio del suicidio» (*Confesión*).



Pero, más adelante, Tolstoi rectifica: «La existencia de la muerte nos obliga, sea a renunciar voluntariamente a la vida, sea a transformar nuestra vida *de tal manera que le demos un sentido que la muerte no pueda arrebatarle.*»

\*

Miedo y dolor: las emociones más pasajeras, dice Byrd. En la soledad absoluta del Norte comprende que el cuerpo tiene necesidades tan exigentes como el espíritu: «No puede privarse de sonidos, olores y voces.»

\*

T. E. Lawrence, que vuelve a alistarse después de la guerra como *soldado raso* y bajo un nombre falso. Habría que ver si el anonimato aporta lo que no puede dar la grandeza. Rechaza las condecoraciones del rey, da su cruz de guerra a su perro. Envía anónimamente sus manuscritos a los editores que los rechazan. Accidente de motocicleta.

De ahí la definición de A. Fabre Luce: El superhombre se reconoce por el rigor con que se encierra en la historia y por la libertad interior que adopta frente a ella.

\*

Relectura de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*: libro insignificante. El responsable: París. Es una derrota parisiense. Una infección parisiense no superada. Ejemplo: «El mundo considera al solitario como a un enemigo.» Error, al mundo le importa un bledo, y está en su derecho.

Lo único valedero: la historia de Arvers, que en el momento de morir corrige un error de francés: «Hay que decir *collidor.*»

\*

Como dice Newton: pensando siempre en ello.

\*

Jean Hytier acerca del dramaturgo: «Hace lo que quiere a condición de hacer lo que debe.»

\*

Para Montherlant (la decadencia de la caballería con las mujeres). Jehan de Saintré, pág. 108. M. A. LF.

\*

Pietre de Larivey: traductor. *Los espíritus*, traducción de Lorenzino de Medicis — Saint-Evremond.

\*

Todos los cabos de la costa tienen el aspecto de una flotilla en marcha. Esas naves de roca y azur tiemblan sobre su quilla como si se prepararan a singlar hacia islas luminosas. Toda Orania está lista para partir, y todos los días, a mediodía, un estremecimiento de aventura la recorre. Una mañana quizá partiremos juntos.

\*

En pleno calor, sobre las dunas inmensas, el mundo se cierra y se limita. Es una jaula de calor y de sangre. No va más lejos que mi cuerpo. Pero que un asno rebuzne a lo lejos: las dunas, el desierto, el cielo reciben su distancia. Y ésta es infinita.

\*

Ensayo sobre la tragedia.

- I. El silencio de Prometeo.
- II. Los isabelinos.
- III. Molière.
- IV. El espíritu de rebeldía.

\*

Peste. «Tengo necesidad de algo que sea justo». «He ahí justamente la peste.»

\*

«La noche», una «verdadera noche», ¿cuántos hombres la conocen ahora? Las aguas y la tierra, el silencio que ha vuelto. «Y mi alma también es una fuente borbollante.» «¡Ah!, que el mundo se aleje, que el mundo se calle. Allá lejos, encima de Pollensa...»

Romper con este corazón vacío — rechazar todo lo que lo insensibilice. Si las aguas vivas están lejanas, ¿por qué mantenerme?

\*

En cierto momento ya no se puede experimentar la emoción del amor. No queda sino lo trágico. Vivir para alguien o algo no tiene sentido. No se puede encontrar algo sino *con el pensamiento* de morir por algo.

\*

Un éforo inflige una afrenta pública a un espartano, porque tenía un vientre demasiado voluminoso.

Un refrán ateniense relegaba al último rango de los ciudadanos a aquel que no sabía leer ni nadar.

Ver Alcibíades, según Plutarco: «En Esparta, hombre de gimnasio, frugal, austero; en Jonia, delicado y ocioso; en Tracia, amante de la bebida; en Tesalia, siempre a caballo; con el sátrapa Tisafernes, sobrepasando todo el lujo persa por sus gastos y su fasto.»

\*

«¿Habré dicho una estupidez?», dijo Foción un día que el pueblo lo aplaudía.

\*

¡Decadencia! ¡Los discursos sobre la decadencia! El siglo III antes de Cristo es un siglo de decadencia para Grecia. Da al mundo la geometría, la física, la astronomía y la trigonometría con Euclides, Arquímedes, Aristarco e Hiparco.

\*

Todavía hay gente que confunde individualismo y gusto por la personalidad. Es mezclar dos planos: el social y el metafísico. «Os dispersáis.» Ir de vida en vida es no tener rostro propio. Pero tener rostro propio es una idea propia de cierta forma de civilización. Eso puede parecer a otros el peor de los males.

\*

Contradicción del mundo moderno. En Atenas el pueblo no podía ejercer verdaderamente su poder sino porque consagraba a ello la mayor parte de su tiempo, y los esclavos hacían todo el día los trabajos que quedaban por hacer. A partir del momento en que se suprimió la esclavitud, pusieron a todos a trabajar. Y es en la época en que la proletarización del europeo está más acentuada cuando el ideal de soberanía se vuelve más fuerte: eso es imposible.

\*

En el teatro griego, solamente tres actores: no se trata de crear un *personaje*.

En Atenas el espectáculo es algo serio: las representaciones tienen lugar dos o tres veces al año. ¿En París? ¡Y quieren volver a lo que está muerto! Cread más bien vuestras propias formas.

\*

«Nada hay, por inocente que sea, contra lo cual los hombres no atenten» (Molière, Prólogo de *Tartufo*).

\*

Ver la última escena del acto I de *Tartufo*: «Sostiene el interés y lo deja en suspenso»: la continuación el próximo viernes.

Solón realiza la obra que todos conocemos y, en su vejez, inmortaliza su obra por medio de la poesía.

\*

Tucídides pone en boca de Pericles que lo que caracteriza a los atenienses «es tener una gran audacia y, sin embargo, pesar bien sus empresas».

Los trirremes victoriosos en Salamina eran conducidos por los atenienses más *menesterosos*.

Cfr. Cohen: «Atenas no poseyó teatro digno de ese nombre sino a partir del momento en que no tuvo poeta digno de animarlo.»

\*

O. Flake sobre Sade: «Ningún valor es estable para quien no pueda inclinarse ante él. Sade no ve la razón por la cual se inclinaría, buscó esa razón durante mucho tiempo y no la encontraba.» Según Sade, el hombre desprovisto de la gracia es irresponsable.

Cfr. la matemática del mal en Juliette.

El monómano de la rebelión contra la ley fundamental que reconoce la misma razón de ser al espíritu y la sexualidad. Para acabar en Charenton, perseguido y cuerdo, donde hace actuar a los locos en representaciones en que él mismo dirige todo: Cuadro.

«Forjó crueldades que no vivió y no hubiera querido vivir, para entrar en contacto con grandes problemas.»

\*

*Moby Dick y el símbolo*: págs. 120, 121, 123, 129, 173-177, 203, 209, 241, 310, 313, 339, 373, 415, 421, 452, 457, 460, 472, 485, 499, 503, 517, 520, 522.

Los sentimientos, las imágenes multiplican la filosofía por diez.

\*

En Atenas no se ocupaban de los muertos sino durante las Antesterias. Una vez concluidas: «Idos, almas, las Antesterias han concluido.»

Al principio, en la religión griega, todos están en los Infiernos. No hay recompensa ni castigo — y en la reli-

gión judaica. Es una razón social la que origina la idea de recompensa.

\*

404. Habiendo firmado Atenas un armisticio con Lisandro, el fin de la guerra del Peloponeso está señalado por el asalto de Lisandro a los muros de Atenas al son de flautas.

\*

La hermosa historia de Timoleón, tirano de Siracusa (había prendido a su padre para matarlo como traidor a la patria) (págs. 251, 2, 3).

\*

En el siglo IV, en algunas ciudades griegas, los oligarcas prestaban este juramento:

«Seré siempre enemigo del pueblo y aconsejaré lo que sé que podrá perjudicarlo.»

La huida de Darío perseguido por Alejandro (293-4).

Las juergas de Susa: 10.000 soldados, 80 generales y Alejandro se unen a los persas.

\*

Demetrio Poliorcetes — ora en la cumbre del trono, ora vagando de villorrio en villorrio.

Antístenes: «Es cosa de reyes hacer el bien y oír hablar mal de sí.»

\*

Cfr. Marco Aurelio: «En todas partes en que se pueda vivir, se puede vivir bien.»

«Lo que detiene una obra proyectada se convierte en la obra misma.»

*Lo que cierra el paso abre el camino.*

*Terminado en febrero de 1942*